

PASADO Y *Memoria*

Revista de Historia Contemporánea

Nº 10 · 2011

Los políticos europeos y Napoleón



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

PASADO Y MEMORIA

PASADO Y *Memoria*

Revista de Historia Contemporánea

n.º 10, 2011

<http://www.ua.es/hum.contemporaneas/pasado-memoria>

Los números anteriores de *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* pueden consultarse en el
Repositorio Institucional de la Universidad de Alicante <<http://rua.ua.es>>
y en Dialnet <<http://dialnet.unirioja.es/>>

Dirección: Mónica Moreno Seco

Secretaría: Rafael Fernández Sirvent

Consejo de redacción: Gloria Bayona Fernández, Salvador Forner Muñoz, Rosa Ana Gutiérrez Lloret, Emilio La Parra López, Alicia Mira Abad, Roque Moreno Fonseret, Glicerio Sánchez Recio, José Miguel Santacreu Soler, Heydi Senante Berendes, Francisco Sevillano Calero y Rafael Zurita Aldeguer, *Universidad de Alicante*; Paul Aubert, *Aix-Marseille Université*; Alfonso Botti, *Università degli studi di Modena e Reggio Emilia*.

Consejo asesor:

Julio Aróstegui Sánchez
(*Universidad Complutense*)
Gérard Chastagnaret
(*Aix-Marseille Université*)
José Luis de la Granja
(*Universidad del País Vasco*)
Gérard Dufour
(*Aix-Marseille Université*)
Eduardo González Calleja
(*Universidad Carlos III de Madrid*)
Jesús Millán
(*Universidad de Valencia*)
Conxita Mir Curcó
(*Universitat de Lleida*)
M^a Encarna Nicolás Marín
(*Universidad de Murcia*)
Marco Palla
(*Università degli Studi di Firenze*)
Juan Sisinio Pérez Garzón
(*Universidad de Castilla-La Mancha*)

Manuel Pérez Ledesma
(*Universidad Autónoma de Madrid*)
Manuel Redero San Román
(*Universidad de Salamanca*)
Maurizio Ridolfi
(*Università degli Studi della Toscana*)
Fernando Rosas
(*Universidade Nova de Lisboa*)
Ismael Saz Campos
(*Universidad de Valencia*)
Manuel Suárez Cortina
(*Universidad de Cantabria*)
Julio Tascón Fernández
(*Universidad de Oviedo*)
Ramón Villares
(*Universidade de Santiago de Compostela*)
Pere Ysàs
(*Universitat Autònoma de Barcelona*)

Edita: Departamento de Humanidades Contemporáneas,
con la colaboración del Vicerrectorado de Investigación, Desarrollo e Innovación
(programa "Ayudas para la Publicación de Revistas Científicas")
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
Ap. 99 - 03690 Alicante

Contacto: pasadoymemoria@ua.es

Pasado y Memoria se encuentra indexada en las siguientes bases de datos: CARHUS, CINDOC-CSIC, CIRC, Dialnet, DICE, ERIH, Latindex, MIAR, ULRICH'S, RECOLECTA y RESH.

Depósito legal: A-293-2002
ISSN: 1579-3311

PASADO Y *Memoria*

Revista de Historia Contemporánea

LOS POLÍTICOS EUROPEOS
Y NAPOLEÓN

EUROPEAN POLITICIANS AND NAPOLEON

Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© de la presente edición: Universidad de Alicante

ISSN: 1579-3311
Depósito legal: A-293-2002

Diseño de portada: candela ink

Composición:
Marten Kwinkelenberg

Impresión y encuadernación:
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etcétera–, sin el permiso previo de los titulares de la propiedad intelectual.

ÍNDICE / SUMMARY

Nota del nuevo equipo de dirección	9
--	---

DOSSIER

LOS POLÍTICOS EUROPEOS Y NAPOLEÓN

EUROPEAN POLITICIANS AND NAPOLEON

Rafael Fernández Sirvent y Vicente León Navarro (coords.)

Rafael Fernández Sirvent y Vicente León Navarro

Presentación / Foreword.....	13
------------------------------	----

Gérard Dufour

Napoléon et Ferdinand VII	19
---------------------------------	----

Napoleon and Ferdinand VII

Alicia Laspra Rodríguez

De la Revolución al Imperio: Imágenes discordantes de Napoleón en Gran Bretaña, 1795-1804	41
--	----

From Revolution to Empire: Conflicting Images of Napoleon in Britain,
1795-1804

Marie-Pierre Rey

Alexandre Ier, Napoléon et les relations franco-russes	73
--	----

Alexander I, Napoleon and Franco-Russian Relations

Remedios Solano Rodríguez

Napoleón Bonaparte y Karl vom und zum Stein.....	99
--	----

Napoleon Bonaparte and Karl vom und zum Stein

Beatriz Sánchez Hita

El matrimonio de Napoleón Bonaparte con la archiduquesa María Luisa visto desde la prensa andaluza coetánea	115
--	-----

The Marriage of Napoleon Bonaparte and the Archduchess

Marie-Louise in contemporary Andalusian press

ESTUDIOS / STUDIES

Encarna García Monerris y Carmen García Monerris

Palabras en guerra. La experiencia revolucionaria y el lenguaje de la reacción	139
---	-----

Words at War. The Revolutionary Experience and Reactionary Language

<i>Antonio Calvo Maturana</i>	
«Dios nos libre de más revoluciones»: el Motín de Aranjuez y el Dos de Mayo vistos por la condesa viuda de Fernán Núñez	163
«God save us from more revolutions»: The Aranjuez Mutiny and the Dos de Mayo uprising in the light of Count Fernán Núñez's widow	
<i>Claude Morange</i>	
<i>El Espectador sevillano</i> de Alberto Lista (1809). ¿Un discurso revolucionario?	195
Alberto Lista's <i>El Espectador sevillano</i> (1809). An Example of Revolutionary Discourse?	
<i>Jesús Millán</i>	
Autoritat, opinió i mobilització a l'Oriola del Trienni. Una aproximació als significats del liberalisme	219
Authority, Opinion and Mobilization in Orihuela during the Constitutional period of 1820-1823. An approach to the meanings of Liberalism	
<i>Gemma Rubí</i>	
Protesta, desobediencia y violencia subversiva. La Semana Trágica de julio de 1909 en Cataluña	243
Protest, Disobedience and Subversive Violence. The July 1909 Tragic Week in Catalonia	
<i>Coral Morera Hernández</i>	
El último ciclo de la Guerra Fría en <i>La Vanguardia</i> : miedo, pacifismo y propaganda (1979-1984)	269
The Cold War final stage in <i>La Vanguardia</i> : Fear, Pacifism and Propaganda (1979-1984)	

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS / BIBLIOGRAPHICAL NOTES

<i>Vicente León Navarro y Rafael Fernández Sirvent</i>	
Los españoles y Napoleón antes del bicentenario de la Guerra de la Independencia	299
The Spaniards and Napoleon before the Bicentennial of the Peninsular War	
RESEÑAS DE LIBROS / REVIEWS	311
AUTORES / AUTHORS	357
NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES	363
NORMES PER A LA PRESENTACIÓ D'ORIGINALS	367
INSTRUCTIONS FOR AUTHORS (STYLE SHEET)	371

Nuevo equipo de dirección de *Pasado y Memoria*

En marzo de 2012, el Consejo de Redacción de *Pasado y Memoria* nos depositó su confianza para coordinar las labores de edición de esta revista. Desde 2002, en que comenzó su andadura, la tarea desarrollada por nuestros antecesores, Glicerio Sánchez Recio como director y Francisco Sevillano Calero como secretario, fue decisiva en el impulso original del proyecto, en su consolidación y en que la revista obtuviera un amplio reconocimiento entre los y las especialistas en Historia Contemporánea.

Nos gustaría, en la medida de nuestras posibilidades, continuar el trabajo precedente y plantear nuevos retos. En este sentido, quisiéramos en primer lugar abrir la revista a nuevos ámbitos de estudio circunscritos entre los siglos XIX y XXI y a perspectivas teóricas actuales, con la finalidad de contribuir al debate epistemológico y teórico en la investigación sobre la época contemporánea.

En segundo lugar, nos proponemos adaptar la revista a los niveles de calidad exigidos actualmente a las publicaciones académicas, introduciendo algunos cambios formales que permitan que *Pasado y Memoria* se convierta en una herramienta útil de reflexión. Nos interesa también que los contenidos de la revista sean accesibles, por lo que queremos reforzar y mantener al día su presencia en los foros y repositorios más utilizados en la profesión, como Dialnet y RUA (Repositorio de la Universidad de Alicante).

Para afrontar esta nueva etapa, que entendemos como un proyecto colectivo, contamos con el respaldo y la colaboración de todo el Consejo de Redacción, del Consejo Asesor y, estamos convencidos, de quienes se dedican a la Historia Contemporánea. Vaya nuestro agradecimiento por delante, así como nuestro compromiso de intentar ofrecer un espacio de discusión que contribuya al avance del conocimiento y la reflexión en nuestra disciplina.

Mónica Moreno Seco, directora, y Rafael Fernández Sirvent, secretario.

**LOS POLÍTICOS EUROPEOS
Y NAPOLEÓN**

EUROPEAN POLITICIANS AND NAPOLEON

PRESENTACIÓN / FOREWORD

Como los grandes emperadores de la antigua Roma, Napoleón Bonaparte acabaría siendo conocido por su nombre de pila. Y así sucede hasta el presente. No hace falta más que poner en un buscador como *Google* la palabra “Napoleón” para corroborarlo. Los quebraderos de cabeza que provocó en los políticos y militares europeos, al alterar a su antojo el *statu quo ante bellum* de Europa, así como los enormes raudales de tinta vertidos sobre él, le convirtieron en el hombre más popular (también impopular y detestado) de su tiempo. La progresiva admiración del militar victorioso y del político sibilino y la construcción y difusión de forma paralela de una imagen mitificada del personaje están directamente relacionadas con su ambición desmesurada y su política expansionista. Napoleón se convirtió en un antropónimo omnipresente en los medios de comunicación de la época –prensa y panfletos fundamentalmente, que eran leídos y también escuchados–, y que, para bien o para mal, contribuyó al proceso de politización de las masas populares de las sociedades europeas. En este sentido, pueden verse, por una parte, los recientes trabajos historiográficos que componen el dossier “La politisation des anonymes dans l’Europe napoléonienne”, en ENGELS, Jens Ivo; MONIER, Frédéric; PETITEAU, Natalie, *La politique vue d’en bas: pratiques privées, débats publics dans l’Europe contemporaine (XIXe-XX siècles)*, París, Armand Colin, 2011. Por otra, la ingente cantidad de documentación administrativa que generará la política de Bonaparte en los Estados europeos referente a la Francia napoleónica. Y, finalmente, la cantidad de obras de distintos géneros de los autores del Romanticismo que orientaron su catelejo tanto hacia la Francia posrevolucionaria como hacia la figura excepcional de Napoleón. Todo ello, como apuntamos, permitió la pronta forja de una imagen mítica del personaje que ha ido pasando de generación en generación y que aún sigue estando muy presente en numerosos trabajos historiográficos y en otros medios de mayor divulgación, como en su momento estudiaron de forma prolija Jean Tulard (*Napoléon, ou*

le mythe du sauveur, París, Fayard, 1977) y Natalie Petiteau (*Napoléon, de la mythologie à l'Histoire*, París, Éditions du Seuil, 1999), entre otros.

En efecto, Napoleón se ha convertido, y con razón, en un personaje legendario. Sus múltiples facetas han permitido que cada cual encuentre en él lo que quiere ver: el héroe, el villano, el genio tanto político como militar, la manifestación de la voluntad, el estratega, el semidiós, el sanguinario, el traidor, el tirano, el demonio o la bestia del Apocalipsis. En todos los países, desde Gran Bretaña a España, desde Rusia a Portugal, lo caricaturizaron con odio y con ironía no exenta de gracia y desenfado. Pero ahí estaba el mito y el antimito rodeado de su leyenda blanca y negra, tan odiado como admirado, frío y calculador aunque no contara con el espíritu de los pueblos capaces de sustituir a los ejércitos y romper la dinámica bélica en que basaba su fuerza y poder el emperador de los franceses que quiso serlo de toda Europa.

Porque el fin de Napoleón era conseguir la hegemonía francesa sobre Europa; a su vez, el objetivo a batir para la mayoría de los europeos, en el plano político y en el militar, era Napoleón y los distintos miembros de la nueva dinastía Bonaparte que el emperador colocó ajedrecísticamente en diversos Estados europeos. En este contexto tuvieron lugar las denominadas «Guerras Napoleónicas» y en esta dialéctica entrará en liza todo el potencial humano y propagandístico de los Estados europeos, como la movilización de los ejércitos y de los pueblos (insurrecciones populares y guerras de liberación nacional), los agentes diplomáticos y la propaganda en sus múltiples variantes. Monarcas, príncipes y hombres de Estado europeos habrán de entablar negociaciones o enfrentarse con un genio militar de desmesurada ambición política, hecho a sí mismo y convertido en emperador, quien por todos los medios, bélicos y diplomáticos, intentará construir un nuevo orden europeo bajo sus directrices políticas y administrativas (cabe destacar en este punto la reciente celebración del Symposium International «*L'Empire: une expérience de construction européenne?*», Bruselas, 20-22 de octubre de 2011).

El dossier que aquí se presenta dedicado a “Los políticos europeos y Napoleón” tiene por objeto ofrecer diversas visiones, todas ellas complementarias y concurrentes en muchos puntos, de la imagen que de Napoleón Bonaparte se forjaron sus contemporáneos europeos, y viceversa, así como de las relaciones y confrontaciones habidas entre éste y algunos de los principales actores políticos europeos.

Gerárd DUFOUR centra su objeto de estudio en las relaciones e imágenes recíprocas habidas entre Napoleón y Fernando VII, a quien el emperador francés menospreciaba por el mero hecho de ser un Borbón y a quien dio en todo momento el simple e intencionado tratamiento de «príncipe de Asturias».

Pero la «maldita guerra de España» –a la que se refiere Napoleón desde su exilio en la isla de Santa Elena y que, por cierto, da título a uno de los libros recientes más renovadores sobre la Guerra de la Independencia, obra del hispanista Ronald Fraser– fue un punto de inflexión en el declive del poder napoleónico en Europa, hasta el punto que, finalmente, mediante el Tratado de Valençay (1813), el emperador se verá forzado a ceder el trono de España a un hombre a quien tenía por cobarde y servil y que claramente menospreciaba. Ya desde los acontecimientos conocidos como «la conspiración de El Escorial» (1807), Napoleón pudo formarse una opinión bastante negativa sobre el heredero a la corona de España. La facilidad con que el emperador logró dirigirle a Bayona en 1808 y la poca resistencia de Fernando a sus designios, no harían más que corroborar esa primera impresión y Fernando de Borbón permanecería cautivo, con todas las comodidades, en el Château de Valençay mientras la mayoría de sus súbditos españoles se batían en armas durante largos y cruentos años contra el invasor francés en nombre y defensa de su venerado y cautivo monarca (Fernando VII).

El trabajo de Alicia LASPRA RODRÍGUEZ abarca el estudio de las imágenes discordantes que de Napoleón Bonaparte se forjaron en Gran Bretaña desde que éste fuera promovido a general y comenzara a obtener sonadas victorias militares (1795) hasta que fuese coronado de forma peculiar emperador de los franceses (1804). La percepción del general Bonaparte en la sociedad del momento y sus representaciones sufrió una clara evolución en los medios británicos, condicionada por la propia carrera meteórica de Napoleón y por los distintos tiempos históricos en cuanto a relaciones diplomáticas se refiere. Este estudio se enmarca, pues, en el campo de la *imagología* y pretende ofrecer una revisión de la evolución de la controvertida y fluctuante imagen de la Revolución Francesa y de Napoleón Bonaparte que algunos de los más eximios políticos y hombres de letras británicos (William Pitt, Edmund Burke, etc.) contribuyeron a conformar, así como la influencia que todo ello tuvo en diversos poetas románticos (como Wordsworth o Lord Byron), quienes también actuaron como mediadores de los acontecimientos ante la ciudadanía británica. Como demuestra la profesora Laspra con su aportación, tanto la Revolución Francesa como la figura de Napoleón Bonaparte fueron instrumentalizadas en Gran Bretaña por *Whigs* y *Tories*, en función de la concepción ideológica e intereses coyunturales de cada grupo político. Al igual que sucedió en otros países, la imagen inicial del genio militar Bonaparte, motivo de admiración para muchos, pronto se vería sobrepasada por su omnívora apetencia política y territorial, prevaleciendo una imagen bastante generalizada de tirano y traidor a los originarios y verdaderos ideales revolucionarios.

Marie-Pierre REY, por su parte, focaliza su atención en las fluctuantes relaciones franco-rusas durante las dos primeras décadas del siglo XIX y finaliza con una reflexión sobre el protagonismo del zar Alejandro I en el Congreso de Viena (1814-1815) y la evolución ideológica con respecto a lo que debería significar para Europa la Santa Alianza, convertida fundamentalmente en la principal vacuna para erradicar el virus del liberalismo. Tras ofrecer un acercamiento a la vida y personalidad de Alejandro I de Rusia y a las circunstancias que rodearon su llegada al trono en 1801, el grueso del artículo se centra en las relaciones cambiantes entre el zar y Napoleón y en los orígenes de las tensiones que devinieron en el sanginario conflicto armado franco-ruso, así como en las consecuencias a corto y medio plazo que se derivarían de la victoria rusa ante los ejércitos napoleónicos. Alejandro I saldría reforzado del conflicto y estaría llamado a jugar un papel importante en el Congreso de Viena y en el Tratado de la Santa Alianza. Como señala la profesora Rey, la transformación espiritual que sufrió el zar a lo largo de su trayectoria vital fue pareja a una visión del mundo cada vez más paranoica, lo que le hizo entender la Santa Alianza como un mero instrumento represivo al servicio de las potencias cristianas contrarrevolucionarias.

Remedios SOLANO RODRÍGUEZ nos presenta una aproximación biográfica a un personaje clave de la vida pública alemana durante la época napoleónica: el barón Karl vom und zum Stein. Von Stein fue un eficiente funcionario al servicio de Prusia, cuyo deseo –en palabras de la autora– habría sido convertir su país en una suerte de Inglaterra continental, y las reformas que en esta dirección aprobó durante su etapa al frente del gobierno prusiano –consideradas una *revolución desde arriba* en un país anticuado e inmovilista– son en cierto modo comparables con las que Napoleón llevó a cabo para conseguir la modernización de Francia. Von Stein se instaló en Berlín desde 1804 para ocuparse del Ministerio de Finanzas y Economía. En varias ocasiones intentó persuadir al monarca Federico Guillermo III de Prusia de la conveniencia de romper relaciones con París. Tras las batallas de Jena y Auerstedt (octubre de 1806), el ejército francés ocupó el territorio germano y las condiciones impuestas a Prusia en el Tratado de Tilsit (julio de 1807) serían de enorme dureza: pérdida de gran parte de su territorio y una indemnización de guerra de 120 millones de francos. Ese talante reformista de Stein hizo que el político prusiano llegara a ser en cierto modo admirado por Napoleón y, en un primer momento, el político prusiano fue visto por Napoleón como una pieza clave para sus planes en Alemania, pero, muy al contrario, aquel acabará convirtiéndose en uno de los más férreos enemigos del emperador. En 1808, tras el comienzo de la Guerra de la Independencia española y al calor de la

sonada derrota francesa en Bailén, aumentaría la repulsa de Stein hacia la invasión francesa y comenzaría a urdir una conspiración contra el emperador francés, pero los servicios de espionaje de Napoleón acabarían descubriendo sus intenciones y Von Stein se vería forzado a dimitir como jefe del gobierno de Prusia y a exiliarse. En 1812, Stein aceptó la invitación del zar Alejandro I para alojarse en su corte e iniciar una campaña propagandística antinapoleónica conjunta. La merma de las fuerzas napoleónicas tras la guerra franco-rusa, unido a otro factor decisivo como fue la suma de derrotas militares en España, propiciaron la *Befreiungskriege*, guerra de liberación que acabaría con el dominio napoleónico en territorio germano.

Beatriz SÁNCHEZ HITa incide en su investigación en el dispar tratamiento propagandístico que la prensa andaluza –la «patriota» y la «afrancesada»– dio a la alianza del emperador Napoleón con una de las casas reales más antiguas de Europa, la Casa de Habsburgo, a través de su enlace matrimonial con la archiduquesa María Luisa de Austria (11 de marzo de 1810). En concreto, la autora maneja las noticias sobre el particular aparecidas durante algunos meses en las gacetas de Sevilla y de Granada –las más estables de las afrancesadas– y, del otro bando, las publicaciones antinapoleónicas del *Diario Mercantil de Cádiz*, *El Observador* y *El Conciso*, así como alguna información difundida a través de la *Gazeta de la Regencia*. La instrumentalización política de la boda de Napoleón y María Luisa de Austria, en el contexto de la Guerra de la Independencia española, quedó bien patente en la prensa: en los medios josefinos el enlace matrimonial fue interpretado en clave de estabilidad política, como una alianza estratégica con los Habsburgo y, en consecuencia, un acercamiento simbólico y legitimador del emperador francés hacia la figura referencial del viejo emperador de Occidente, Carlomagno; las cabeceras antibonapartistas, sin embargo, a caballo entre la crónica y la sátira política, presentaron el enlace como el detonante de futuras e inminentes hostilidades hacia Napoleón y su política voraz, y el principio del fin de la hegemonía francesa como consecuencia de los presumibles recelos y graves conflictos diplomáticos que tal alianza haría aflorar.

Rafael Fernández Sirvent y Vicente León Navarro

Napoléon et Ferdinand VII

Napoleon and Ferdinand VII

Gérard Dufour

Aix-Marseille Université

Recibido: 15-V-2011

Aceptado: 7-IX-2011

Resumen

Para Napoleón, Fernando era un enemigo por el mero hecho de ser un Borbón. Además, no sabía casi nada de él cuando los acontecimientos de El Escorial le revelaron que era cobarde y fácil de engañar. La facilidad con la que le atrajo a Bayona y la poca resistencia a sus exigencias, le confirmaron en su opinión, negándose a reconocerlo como rey. Con lo cual, lleno de menosprecio, no cesó de humillarle, exasperándose del servilismo que Fernando le manifestó. La situación militar de 1813 obligó al Emperador a negociar con Fernando e incluso a proponerle la mano de su sobrina Zénaïde. Pero su odio era tal que estaba decidido, en cuanto lo permitieran las circunstancias, a volver a arrebatárle el trono que se veía obligado a devolverle.

Palabras clave: Napoleón, Fernando VII, Bayona, Tratado de Valençay.

Abstract

For Napoleon, Fernando was an enemy by the simple fact of being a Bourbon king. Moreover, Napoleon hardly knew about Fernando until the incidents of El Escorial revealed to him he was a coward and an easy to deceive. The ease with which Fernando fell in the trap of Bayona and his little resistance to his requirements confirmed the Emperor of his opinion. In this way, Napoleon in disdain, kept humiliating him by exasperated by the servility he demonstrated. The military situation in 1813 obligated Napoleon to negotiate with Fernando and even to suggest a marriage with his niece, Zenaïde. However, his hatred was such that, as soon as the circumstances permitted, he was determined to dethrone the king.

Keywords: Napoleon, Ferdinand VII, Bayonne, Treaty of Valençay.

«Si Bonaparte eut fait pendre le prince de la Paix, renvoyé Ferdinand VII en Espagne avec la constitution de Bayonne, une de ses nièces pour femme, une garnison de 80.000 hommes et un homme d'esprit pour ambassadeur, il tirait de l'Espagne tous les vaisseaux et tous les soldats qu'elle pouvait fournir»¹. Telle était du moins l'opinion exprimée par Henri Beyle dans la *Vie de Napoléon* qu'il composa à Milan en 1817-1818 et ne fut publiée pour la première fois que dans les œuvres complètes de Stendhal, en 1929². Ce fut aussi, *in fine*, celle de l'Empereur, qui estimait toutefois qu'il n'aurait dû adopter cette solution qu'après la désastreuse campagne de Russie³. De fait, le mépris qu'il professait à l'égard de Ferdinand ne pouvait en aucun cas l'amener à composer avec lui avant qu'il ne fût obligé par la force des armes à s'extraire du «bourbier espagnol» dans lequel il s'était lui-même précipité.

La tache originelle d'être un Bourbon

Avant même d'avoir pu se forger la moindre opinion sur l'héritier de la couronne d'Espagne, Napoléon l'avait jugé: c'était un Bourbon, et donc un ennemi. Il arriva, paraît-il, à l'Empereur, une fois marié à Marie-Louise, de parler de Louis XVI en l'appelant son «pauvre oncle»⁴. Mais jusque là, la menace que faisait peser sur son trône l'existence d'une branche «légitime» l'avait poussé à souhaiter la disparition sinon physique (comme dans le cas du duc d'Enghien), du moins politique des Bourbons. Selon Bourrienne, «le nom de ces seuls princes lui causait des terreurs secrètes» et il lui «parlait souvent d'élever un mur d'airain entre la France et eux»⁵. Certes, on ne saurait se fier aveuglément aux propos de cet ancien condisciple et confident de Bonaparte qui, dépité d'avoir perdu la confiance du Premier Consul qui l'exila à Hambourg en 1802 en raison de malversations notoires dans la soumission de l'équipement de la cavalerie française, garda à Napoléon une rancune tenace

1. STENDHAL, *Napoléon I. Vie de Napoléon*, établissement du texte et préface par Henri Martineau, Paris, Le Divan, 37 rue Bonaparte, 1929, pp. 154-155.

2. *Napoléon*, texte établi et annoté avec un avant-propos par Louis Royer; préface d'Albert Pingaud, in *Oeuvres complètes de Stendhal publiées sous la direction de Paul Arbeld*, Paris, Champion, 1929, 2 vols.

3. BERTRAND, Général, Grand Maréchal du Palais, *Cahiers de Sainte-Hélène. Journal 1818-1819. Manuscrit déchiffré et annoté par Paul Fleuriot de Langle*, Paris, Editions Albain Michel, 1959, p. 228.

4. TULARD, Jean, *Napoléon ou le Mythe du sauveur. Nouvelle édition revue et complétée, une filmographie et des tableaux annexes*, Paris, Arthème Fayard, 1987, p. 391.

5. *Mémoires de Monsieur de Bourrienne, ministre d'Etat, sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*, tome troisième, Bruxelles, Auguste Walhen et H. Tahlher, libraires, 1829, p. 114.

qui lui valut la reconnaissance de Louis XVIII et d'être fait ministre d'Etat: ses «erreurs volontaires ou involontaires» furent d'ailleurs dénoncées dès la parution de ses *Mémoires* par diverses personnalités civiles et militaires de l'Empire parmi lesquelles Cambacérès, le maréchal Davout, prince d'Eckmühl, le général Belliard, le baron Méneval... et le comte de Survilliers, autrement dit l'ex-roi Joseph⁶. Toutefois, un témoin moins suspect, le maréchal Jourdan, confirme les propos de Bourrienne en déclarant dans ses *Mémoires*:

«Nous croyons que le projet d'expulser la dynastie régnante était dans sa pensée depuis longtemps. Nous fondons notre opinion sur un long entretien que ce prince [Napoléon] eut à Vérone en 1805 avec l'auteur des présents mémoires dans lequel, cherchant à démontrer la nécessité de rétablir l'empire d'occident, tant pour l'affermissement de sa dynastie que pour la sureté de la France, il répéta plusieurs fois qu'un Bourbon sur le trône d'Espagne était un voisin dangereux pour la France»⁷.

C'était d'ailleurs ce que Talleyrand n'avait cessé de lui répéter, comme l'a justement souligné André Fugier dans son remarquable ouvrage sur *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*⁸. A Bayonne, Napoléon fit même cette confidence au chanoine Escoiquiz: «il est impossible que vous ne voyez pas comme moi que tant que les Bourbons rèneront en Espagne, je ne pourrai m'attendre à avoir avec cette puissance une alliance sincère»⁹. A Sainte-Hélène l'Empereur confessa même à son grand maréchal du palais, le général Bertrand, qu'il avait été conduit à commettre sa plus grande faute, l'expédition d'Espagne, «par l'opinion qu'il fallait chasser d'Espagne les Bourbons» et qu'il avait «là-dessus des idées erronées»¹⁰. Mais en 1808, quelle que fût la personnalité du

6. Bourrienne et ses erreurs volontaires et involontaires, ou *Observations sur ces [sic] mémoires par MM. le général Belliard, le général Gougoud, le Cte. d'Aure, le Cte. de Survilliers, le Bon Méneval, le Cte Bonacossi, le prince d'Eckmühl, le Bon Massias, le Cte Boulay de la Meurthe, le ministre de Stein, Cambaceres, recueillies par A. B. [A. Bulos], Paris, Heideloff, 1830.*

7. *Mémoires militaires du maréchal Jourdan (Guerre d'Espagne) écrits par lui-même, publiés d'après le manuscrit original par M. le vicomte de Gouchy, Paris, Ernest Flammarion, éditeur, 26, rue Racine, près l'Odéon, s.f., p. 9.*

8. FUGIER, André, *Napoléon et l'Espagne, 1797-1808*, Paris, Librairie Félix Alcan, 1930. Pour des raisons de commodité, nous avons utilisé la traduction en espagnol réalisée par Elena Bernardo et Alicia Martorell, avec introduction d'Emilio La Parra López, *Napoléon y España, 1797-1808*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008. Dans cette version, pp. 640-641.

9. ESCOQUIZ, Juan, *Conversation...*, cité par de Pradt, *Mémoires historiques sur la Révolution d'Espagne, par l'auteur du Congrès de Vienne, etc., etc.* (M. de Pradt, archevêque de Malines), Paris, chez Rosa, Libraire, au Cabinet littéraire, grande Cour du Palais-Royal et rue Montesquieu, n.º 7 ; et chez M^{me}.V^e. Perronneau, Imprimeur-Libraire, quai des Augustins, n.º 39, 1816, p. 17, n. 1.

10. BERTRAND, Général, *Cahiers de Sainte-Hélène...*, p. 225.

prince des Asturies, en tant que Bourbon, il était politiquement incompatible avec Napoléon qui l'avait jugé sans avoir la moindre idée de ses principes et de ses dispositions à son égard.

Un parfait inconnu

Dans sa *Vie de Napoléon*, Stendhal soutint également qu'au début de 1808 «tout ce que Napoléon savait du prince des Asturies, c'est qu'il avait osé lui demander la main d'une de ses nièces»¹¹. L'Empereur le reconnut lui-même, quand il fut informé des événements d'Aranjuez, en déclarant à Savary:

«Si le prince des Asturies règne, j'ai besoin de connaître ce prince, de savoir s'il est capable de gouverner lui-même, et dans ce cas, quels sont ses principes.

S'il doit gouverner par ses ministres, je veux savoir par quelle intrigue il est dominé et si nos affaires pourraient rester à cette cour sur le pied où elles étaient à la cour du roi son père»¹².

Ce manque d'information de Napoléon sur la personnalité du prince des Asturies et son entourage ne laisse d'être surprenant. Mais ce n'était que la conséquence de l'indifférence qu'il avait jusque là manifestée pour ce qui se passait Outre-Pyrénées: comme l'a souligné André Fugier, la conviction que les seules relations avec l'Espagne qui pouvaient avoir quelque intérêt pour lui étaient celles qu'il avait avec le Prince de la Paix l'avait même conduit à laisser vacant le poste d'ambassadeur à Madrid du 22 mai 1806 au premier janvier 1807, soit pendant sept mois¹³. Mais, à défaut d'informations et d'analyses précises, Napoléon (qui se targuait, non sans raison, de savoir rapidement juger les hommes) s'était déjà formé une opinion bien arrêtée sur l'héritier de la couronne d'Espagne.

Une première impression vite confirmée

La demande de Ferdinand d'épouser une princesse impériale et son attitude quand fut découvert le «complot de l'Escurial» avaient en effet mis à nu ses faiblesses aux yeux de l'Empereur. Contrairement à ce que pensait Stendhal, c'était moins l'impudence de la requête que l'imprudance de la démarche qui l'avait frappé. Que l'ambassadeur de France, Beauharnais, eut agi sur ordre ou

11. STENDHAL, *Napoléon...*, p. 121.

12. SAVARY, M., *Mémoires du duc de Rovigo pour servir à l'histoire de Napoléon*, Paris, A. Bossange, rue Cassette n° 22, Mame et Delaunay-Vallée, rue Guénégaud, n° 25, 1828, t. III, p. 252.

13. FUGIER, André, *Napoleón y España 1799-1808...*, p. 454.

motu proprio, le prince des Asturies s'était livré pieds et poings liés à Napoléon. Il ne manqua d'ailleurs pas de le lui rappeler dans un courrier qu'il lui adressa de Bayonne le 13 avril 1808 en lui disant benoitement:

«Quand le roi Charles me fit part de l'événement du mois d'octobre dernier, j'en fus douloureusement affecté et je pense avoir contribué, par les insinuations que j'ai faites, à la bonne issue de l'affaire de l'Escurial»¹⁴.

En outre, l'attitude de Ferdinand lors de son arrestation le 29 octobre 1807 permit à l'Empereur de déceler un autre trait du caractère du prince des Asturies: la lâcheté. Les deux lettres que ce dernier adressa à au Roi son père et à Madame sa mère pour implorer leur pardon lui parurent si révélatrices de l'inconsistance de leur auteur qu'il en fit communiquer la traduction à la presse qui s'empessa de les publier intégralement: le *Moniteur*, le 18 novembre 1807¹⁵; le *Journal de l'Empire*, le lendemain¹⁶. Des ordres avaient sans doute été donnés aux journalistes, puisqu'aucun d'entre eux ne s'avisa d'ajouter le moindre commentaire aux documents révélés à leurs lecteurs: ces billets se suffisaient à eux-mêmes pour discréditer l'héritier de la couronne d'Espagne auprès de l'opinion publique française en dévoilant toute l'étendue de sa veulerie. Mais la perception par l'Empereur d'un Ferdinand facile à duper et pusillanime fut indubitablement décisive quand il décida de la stratégie à adopter pour détrôner les Bourbons d'Espagne en organisant le «guet-apens de Bayonne».

Napoléon ne s'était trompé que sur un point: jamais il n'aurait pu imaginer que la naïveté du prince des Asturies pût l'amener, de son plein gré, à se précipiter dans le piège qu'il lui tendait. Certes, pour l'engager à se réunir avec lui, il lui avait promis, dans une lettre qu'il lui adressa à Vitoria le 13 avril 1808, de ne faire aucune «aucune difficulté» pour le reconnaître comme roi d'Espagne s'il était avéré que l'abdication du roi son père avait été «de pur mouvement» et qu'il n'y avait pas été poussé par l'émeute d'Aranjuez. Par ailleurs, tout en le tañçant d'avoir sollicité une alliance matrimoniale à l'insu du souverain, il lui avait assuré qu'il tenait le mariage d'une princesse française avec Son Altesse Royale pour conforme à l'intérêt de ses peuples et surtout comme une circonstance qui l'attacherait par de nouveaux liens à une Maison dont il n'avait eu qu'à se louer depuis qu'il était monté sur le trône¹⁷.

14. *Correspondance de Napoléon I publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*, Paris, Henri Plon, éditeur des œuvres de l'Empereur, rue Garancière, 8 - J. Dumaine, libraire-éditeur de l'Empereur, rue Dauphine, 30, t. XVII, 1865, p. 11.

15. *Gazette nationale ou Le Moniteur universel*, mercredi 18-XI-1807, n° 323, p. 1241c.

16. *Journal de l'Empire*, jeudi 19-XI-1807, p. 1.

17. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 11.

Mais Napoléon n'était nullement persuadé que le prince des Asturies se laisserait prendre à ces belles paroles et à ces promesses qui, selon le mot attribué à Talleyrand, n'engageaient que celui qui y croirait. Pour obliger Ferdinand à passer la frontière, l'Empereur était en effet déterminé à employer la force et, comme il en avait usé avec le duc d'Enghien, à le faire arrêter puis transférer en France comme prisonnier: les ordres qu'il communiqua au maréchal Bessières, qui se trouvait à Burgos, le 17 avril 1808 ne laissent aucun doute à ce sujet¹⁸. Aussi quand, deux jours avant l'arrivée du Prince au château de Marrac, un aide de camp du Prince vint lui apporter une missive que celui-ci lui adressait d'Irun pour lui annoncer qu'il se proposait de quitter la ville pour venir «faire la connaissance de son frère», Napoléon ne put en croire ses yeux et laissa même paraître sa profonde stupeur devant son valet de chambre, Constant, et d'autres en s'exclamant: «Comment? Il vient ici? Mais vous vous trompez; il nous trompe! Cela n'est pas possible»¹⁹. Et quand l'Empereur put constater que Ferdinand ne cherchait nullement à jouer au plus fin avec lui et que sa démarche était dépourvue de toute ruse, il fut cette fois convaincu que le trait dominant de la personnalité de Ferdinand n'était pas la naïveté, mais la stupidité.

Le mépris et la haine

La prostration dans laquelle tomba le prince des Asturies quand il se rendit compte qu'il s'était jeté dans la gueule du loup ne fit que confirmer Napoléon dans son opinion. «Il est indifférent à tout, très matériel, mange quatre fois par jour et n'a idée de rien» écrivit-il le 22 avril 1808 son ministre des Affaires Extérieures, Champagny²⁰. «Le Prince des Asturies est très bête, très méchant, très ennemi de la France» commenta-t-il le 1 mai à Talleyrand, prince de Bénévent²¹. «Il ne se résout à rien: tantôt il veut reconnaître son père, tantôt il ne le veut plus. Il est tiraillé en tous sens», lui affirma-t-il le 5 mai²², avant de compléter le tableau le lendemain en déclarant:

«Quant au prince des Asturies, c'est un homme qui inspire peu d'intérêt. Il est bête au point que je n'ai pu en tirer un mot. Quelque chose qu'on lui dise, il ne répond pas; qu'on le tance ou qu'on lui fasse des compliments, jamais

18. *Ibid.*, t. XVII, p. 18.

19. *Mémoires de Constant, premier valet de chambre de L'Empereur, sur la vie privée de Napoléon, sa famille et sa cour*, à Paris, chez Ladvocat, libraire de SAR le duc de Chartres, quai Voltaire et Palais Royal, 1830, t. IV, pp. 27-28.

20. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 37.

21. *Ibid.*, t. XVII, p. 50.

22. *Ibid.*, t. XVII, p. 62.

il ne change de visage. Pour qui le voit, son caractère se dépeint en un seul mot: un sournois»²³.

L'avenir devait prouver que, là encore, Napoléon avait vu juste. Mais pour l'instant, l'Empereur profitait de la veulerie du Prince pour lui imposer sa volonté: «Vous sentez bien qu'avec mon habitude de manier les hommes, son expérience de 24 ans n'a pu m'en imposer» fanfaronna-t-il auprès de Talleyrand²⁴. Malgré les formes courtoises que mit l'Empereur dans ses relations avec celui qu'il ne désignait que par l'expression «le prince des Asturies, qui se fait appeler Ferdinand VII»²⁵, le refus obstiné de Napoléon de traiter en souverain son hôte-prisonnier ne tarda pas à venir à bout des prétentions de ce dernier. Le 5 mai 1808, à midi, Napoléon pouvait triomphalement écrire au grand duc de Berg, Murat:

«Le prince des Asturies ne s'appelle plus que prince des Asturies, même de son aveu. Il m'avait fait demander il y a plusieurs jours une audience comme *Majesté*. Je l'ai refusée; hier il m'en a fait demander une comme *Altesse Royale*, je l'ai accordée»²⁶.

La jubilation d'avoir humilié Ferdinand qui perce dans ces propos laisse entrevoir, de la part de Napoléon, non pas seulement le fruit d'une tactique politique, mais un véritable dessein de sa vengeance. De fait, le prince des Asturies avait commis aux yeux de l'Empereur un véritable crime de lèse majesté en osant l'appeler *son frère* et même *son bon frère* dans la lettre qu'il lui avait adressée d'Irun pour lui annoncer sa venue à Bayonne²⁷: devenu empereur et roi, le fils du notable d'Ajaccio Charles Bonaparte ne badinait pas avec l'étiquette et n'avait pas l'humilité de sa mère Letitia qui, devant l'incroyable ascension de sa famille, ne pouvait s'empêcher de s'exclamer: «pourvu que ça *doure!*».

Mais, au-delà des circonstances personnelles, Napoléon avait d'autres motifs de détester Ferdinand. «Ferdinand est l'ennemi de la France. C'est pour cela qu'on l'a fait roi», déclara-t-il au duc de Rovigo, Savary, l'homme de l'enlèvement du duc d'Enghien, qu'il avait chargé cette fois d'«escorter» le prince de la Paix jusqu'à Bayonne²⁸. Ce «on» qui avait voulu porter le prince des Asturies sur le trône, c'était bien évidemment le gouvernement anglais

23. *Ibid.*, t. XVII, p. 66

24. *Ibid.*, t. XVII, p. 50.

25. *Ibid.*, t. XVII, p. 39, (Napoléon à Talleyrand, Bayonne, 25 avril 1808): «Le prince des Asturies est ici; je le traite fort bien. Je l'accompagne au haut de l'escalier, je le reçois de même, mais ne le reconnais pas».

26. *Ibid.*, t. XVII, p. 62

27. *Mémoires de Constant...*, IV, pp. 27-28.

28. *Mémoires du duc de Rovigo...*, III, p. 261.

auquel l'Empereur attribua dans les mois qui suivirent l'origine de tous les soulèvements qui eurent lieu contre lui en Espagne²⁹. Pour en avoir la preuve, l'Empereur n'hésita pas à violer le droit international et, le 1 mai 1808, il put écrire à Talleyrand:

«J'ai fait arrêter [...] ses courriers, sur lesquels on a trouvé des lettres pleines de fiel et de haine contre les Français, qu'il appelle à plusieurs reprises *ces maudits Français*»³⁰.

Pour Napoléon, qui fit montre à Bayonne d'une fourberie telle qu'elle provoqua la réprobation d'un homme comme Talleyrand, qui méritait bien son surnom de «diable boiteux»³¹, Ferdinand n'était bien qu'un «sournois». Pire: un traître. Comme si un prince espagnol avait eu quelque motif d'allégeance naturelle à l'Empire, ou plutôt, à l'Empereur.

La nullité politique et morale du Prince des Asturies

En outre, Napoléon fut toujours persuadé que, comme il l'écrivit au grand duc de Berg, Murat, Ferdinand n'avait «aucune des qualités qui sont nécessaires au chef d'une nation»³². Dès les premiers contacts épistolaires qu'il eut avec lui, l'Empereur prit des accents de Machiavel pour indiquer à Ferdinand les principes politiques élémentaires à partir desquels il devait se diriger. Ainsi, dès le 13 avril 1808, lui asséna-t-il dans une lettre qu'il lui adressa de Bayonne que «les droits du trône sont sacrés: toute démarche d'un souverain étranger auprès d'une cour étrangère est criminelle»³³. Trois jours plus tard, le 16, il lui déclarait, à propos de la conduite à tenir à l'égard de Godoy:

«En arrivant à Madrid, j'espérais porter mon illustre ami [Charles IV] à quelques réformes nécessaires dans ses états et à donner quelque satisfaction à l'opinion publique. Le renvoi du Prince de la Paix me paraissait nécessaire pour son bonheur et celui de ses sujets. Les affaires du Nord ont retardé mon voyage. Les événements d'Aranjuez ont eu lieu. Je ne suis pas juge de ce qui s'est passé, et de la conduite du prince de la Paix; mais ce que je sais bien, c'est qu'il est dangereux pour les rois d'accoutumer les peuples à répandre le sang et à faire justice eux-mêmes. Je prie Dieu que V. A. R. n'en fasse pas un jour l'expérience. Il n'est pas de l'intérêt de l'Espagne de faire du mal à un Prince qui a épousé une princesse de sang royal et qui a si longtemps régi le

29. *Journal de l'Empire*, mardi 6-IX-1808, p. 1: «Relation des événements d'Espagne» et du 9-IX-1808, p. 4 (reprise d'un article de *L'Argus*).

30. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 50.

31. *Mémoires de Mme de Rémusat 1802-1808, publiés par son petit-fils Paul de Rémusat, sénateur de la Haute-Garonne*, Paris, Calmann-Lévy, éditeurs, 3 rue Auber, 1906, III, p. 361.

32. Cité par Savary, *Mémoires du duc de Rovigo...*, III, p. 259.

33. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 11.

royaume. Il n'a plus d'ami; V. A. R. n'en aura plus, si jamais elle est malheureuse. Comment d'ailleurs saurait-on faire le procès au prince de la Paix, sans le faire à la reine et au roi votre père? Ce procès alimentera les haines et les passions factieuses: le résultat sera funeste pour votre couronne. V.A.R. n'a de droits que ceux que lui a transmis sa mère. Si le procès la déshonore, V.A.R. déchire par là ses droits»³⁴.

Mais Napoléon n'entendait nullement être le Mentor de Ferdinand. Il ne voulait que l'impressionner par l'ampleur de ses vues, et lui faire prendre conscience, par comparaison, de sa chétivité. Le mépris dans lequel l'Empereur tenait le prince des Asturies ne fut un secret pour personne (et surtout pas pour l'intéressé) quand, pour mieux s'informer sur la position du Prince, il s'adressa, au mépris de l'étiquette et des convenances les plus élémentaires, non à ce dernier, mais à son conseiller, le chanoine Escoiquiz. Ce dernier en tira vanité. Mais son interlocuteur naturel était l'archevêque de Malines, M. de Pradt, celui qu'on appelait «l'aumônier de Mars», avec qui il eut effectivement de nombreuses entrevues du 24 au 30 avril 1808³⁵. Mais certainement pas l'Empereur lui-même qui, en préférant s'entretenir avec l'ancien précepteur du Prince plutôt qu'avec celui-ci, manifesta publiquement le peu de cas qu'il faisait des vues politiques et de la capacité d'analyse de Ferdinand.

Au reste, au dire de Méneval, «les scènes scandaleuses dont l'Empereur fut témoin dans l'intérieur de cette famille, des preuves acquises de la profonde duplicité de Ferdinand lui ôtèrent toute confiance dans la stabilité d'une alliance avec ce prince»³⁶. Être le fils de Marie-Louise ne pouvait qu'être un motif supplémentaire de mépris pour Napoléon qui fut si désagréablement impressionné par la vulgarité de l'épouse de Charles IV et mère du prince des Asturies qu'il l'exprima à Talleyrand en ces termes: «la reine a son cœur et son histoire sur sa physionomie; c'est assez dire...»³⁷. Sans déchoir de son trône, Napoléon ne pouvait insulter plus explicitement le prince des Asturies.

La lâcheté d'un prince

N'étant pas une «âme bien née», Ferdinand ne pouvait être qu'un lâche. Comme nous l'avons vu, Napoléon en était persuadé depuis l'affaire de

34. *Œuvres de Napoléon*, Paris, C.L.F. Panckouke, éditeur, rue des Poitevins n° 14, 1821, t. IV, pp. 289-289.

35. DE PRADT, *Mémoires historiques...*, p. XIII.

36. MENEVAL, C. F., *Napoléon et Marie-Louise. Souvenirs historiques de M. le baron Méneval, ancien secrétaire du portefeuille de Napoléon premier consul et empereur, ancien secrétaire des commandements de l'Impératrice-Régente*, Bruxelles, Société Belge de Librairie, Hauman et C^e, 1843, I, p. 177.

37. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 50 (Bayonne, 1-V-1808).

l'Escurial et les lettres suppliantes que le prince des Asturies avait adressées à ses parents pour les implorer de lui accorder leur pardon. Aussi, quand arriva l'heure du dénouement et d'obtenir de Ferdinand et de son frère Carlos la reconnaissance de leur père comme seul roi légitime d'Espagne avant d'exiger leur renonciation à leurs droits à la couronne, n'hésita-t-il pas un seul instant à proférer à leur encontre des menaces de mort s'il n'obéissaient pas à ses ordres. La satisfaction de la façon dont il obtint le renoncement des princes apparaît nettement dans la façon dont il informa Murat de la manière dont il était parvenu à ses fins:

«Immédiatement après avoir reçu votre lettre, je me suis rendu chez le roi Charles; j'y ai fait venir les deux princes. Le Roi et la Reine leur ont parlé avec la plus vive indignation. Quant à moi, je leur ai dit: «si d'ici à minuit, vous n'avez pas reconnu votre père pour votre roi légitime et ne le mandez à Madrid, vous serez traités comme rebelles»³⁸.

La menace n'était pas à prendre à la légère: Napoléon en avait usé de la sorte en 1804 en faisant passer par les armes le duc d'Enghien après avoir ordonné son enlèvement en territoire étranger et l'avoir traduit devant une commission militaire. Mais, à Bayonne, l'Empereur était-il prêt à mettre sa menace à exécution? Certainement pas. Il n'entendait pas «faire un héros» de Ferdinand et le déclara dans une lettre qu'il adressa à Murat pour lui signifier qu'il ne voulait pas que l'on use de violence contre les membres de la famille royale espagnole car, affirmait-il sentencieusement, «il n'est jamais utile de se rendre odieux et d'enflammer les haines»³⁹. Mais encore une fois, Napoléon avait vu juste: la perspective de se retrouver devant un peloton d'exécution avait annihilé chez le Prince tout sentiment d'honneur et de devoir.

Si l'on en croit les confidences qu'aurait faites l'Empereur à divers membres de la Cour qui l'avaient accompagné au château de Marrac, Napoléon aurait même eu quelque mérite à laisser la vie sauve au Prince des Asturies puisque la reine Marie-Louise «lui demanda de faire monter son fils à l'échafaud»⁴⁰. Il n'est pas impossible toutefois que Napoléon, informé par sa police des critiques que suscitait dans le faubourg Saint-Germain le traquenard qu'il avait tendu à la famille royale espagnole à Bayonne, ait exagéré (voire inventé) les propos de l'épouse de Charles IV pour montrer que les Bourbons de Madrid ne méritaient pas le moindre égard. Mais en tout état de cause, en le confiant à l'hospitalité vigilante de Talleyrand, Napoléon avait le sentiment de lui

38. *Ibid.*, t. XVII, p. 63 (Bayonne, 5-V-1808).

39. Cité par Savary, *Mémoires...*, III, p. 259.

40. JOURDAN, *Mémoires...*, p. 29.

confier un homme brisé qui ne chercherait nullement à tenter de reconquérir le trône dont il avait été spolié.

Un mépris de plus en plus profond

Napoléon tenta de faire sentir le moins possible à Ferdinand sa situation de prisonnier et fit même relever de son commandement à Valençay le chef d'escadron de gendarmerie Henri, au seul fait que «cet homme [...] paraissait peu agréable» aux princes espagnols⁴¹.

Ce fut bien la seule considération qu'il eut à leur égard. En effet, Napoléon n'eut aucun scrupule à ne pas respecter les engagements financiers qu'il avait pris à Bayonne auprès de Ferdinand et, au lieu des 400 000 francs annuels que ce dernier devait percevoir, par douzièmes, il dut se contenter, au dire de son ministre des finances Mollien, de la moitié à peine de cette somme, inscrite au budget de l'Etat, non comme dépense, mais comme prêt au royaume d'Espagne⁴². Or la convention signée en son nom à Bayonne le 10 mai 1808 par le général Duroc, grand maréchal du Palais, et par D. Juan de Escoiquiz, représentant le prince des Asturies spécifiait que «l'Empereur des Français et Roi d'Italie accordait à S.A.R. le prince des Asturies 400 000 francs de rentes apanagères sur le trésor de France»⁴³, Napoléon viola cette clause en imposant à son frère cette clause du traité qu'il signa avec lui le 7 juillet 1808:

«S. M. le Roi Joseph-Napoléon, devenu Roi d'Espagne, s'engage à remplir toutes les conditions imposées à S. M. l'Empereur par le Traité du 5 mai 1808 conclu avec le Roi Charles IV et par le traité du 10 mai avec le Prince des Asturies»

et que:

«En conséquence, S. M. Joseph Napoléon aura à verser par douzième, chaque mois, dans le trésor public de France, à compter du 1 mai dernier, les sommes annuelles ci-dessous spécifiées, savoir:
7 500 000 francs à payer au Roi Charles IV

41. *Correspondance de Napoléon I...*, t. 17, p. 137.

42. MOLLIEN, Comte de, *Mémoires d'un Ministre du trésor Public, 1780-1815. Avec une notice par M. Ch. Gomal*, Paris, Guillaumin et C^{ie}, éditeurs du Journal des économistes, rue de Richelieu, 15, 1898, II, p. 225 et 2363.

43. «Convention signée à Bayonne le 10 mai 1808 entre l'Empereur Napoléon et le Prince des Asturies pour l'abandon par celui-ci de ses droits à la couronne d'Espagne», in *Recueil des Traités de la France publié sous les auspices de M. C. de Frayssinet, ministre des Affaires Etrangères, publié par M. de Clercq, Ancien Ministre Plénipotentiaire, tome deuxième, 1808-1815*, Paris, A. Durand et Pedone-Laurel éditeurs, Libraires de la Cour d'Appel de l'Ordre des Avocats, G. Pedone-Lauriel, successeur, 13, rue Soufflot, 1880, p. 249.

1 000 000 id. à D. Ferdinand-Marie François de Paule, Prince des Asturies [...]».

On peut sourire en constatant que Napoléon n'aurait pas dépareillé dans la galerie de loups cerviers financiers dépeints par Honoré de Balzac dans la *Comédie humaine* puisque les «droits réunis» qu'il avait appliqués sur la rente promise au Prince des Asturies s'élevaient à 150% (un million au lieu de 400 000 francs)! Mais le plus important, c'est que les conventions passées avec Charles IV et les princes d'Espagne n'étaient pour l'Empereur que des traités léonins qu'il pouvait respecter (ou non) en raison de son humeur, ou des circonstances. En faisant porter, sans la moindre concertation avec eux, les rentes qui leur étaient dues non plus sur le budget de l'empire français, mais du royaume d'Espagne, Napoléon manifestait son peu de respect de la parole donnée, mais aussi le peu de cas qu'il faisait des membres d'une famille royale déchue. Pire: en écrivant à son ministre des finances, Mollien, qu'il donnerait probablement au prince des Asturies 500 000 francs de plus que prévu⁴⁴, c'est-à-dire, en faisant dépendre les revenus du Prince de son bon plaisir impérial, Napoléon rabaisait Ferdinand au rang d'un serviteur dont les gages pouvaient être augmentés en fonction de son dévouement. Il aurait difficilement pu se montrer plus vexant ou injurieux.

Par ailleurs, Ferdinand ayant eu l'outrecuidance (selon l'Empereur) de lui adresser une lettre dans laquelle il l'appelait «son cousin», il lui fit signifier, par l'intermédiaire de Talleyrand et du duc de San Carlos que cela était «ridicule» et qu'il devait s'en tenir, comme tout à chacun, à la formule «Sire»⁴⁵. Non seulement le Prince se le tint pour dit, mais il multiplia les témoignages de servilité à l'égard de celui qui l'avait privé de ses droits à la couronne d'Espagne. Loin de lui en savoir gré, l'Empereur ne vit dans l'attitude de Ferdinand qu'une preuve de plus de sa lâcheté. Et s'il préféra, dans un premier temps, garder par devers lui de telles preuves de la bassesse de Ferdinand, il ne manqua pas de les utiliser par la suite pour tenter de le discréditer, comme lorsqu'il fit publier dans le *Moniteur* du 5 février 1810 un certain nombre de lettres que lui avait adressées Ferdinand de Valençay, comme celle-ci, datée du 26 juillet 1808:

«Sire, j'ai reçu avec bien de la reconnaissance la lettre de votre majesté impériale et royale du 20 du mois courant, dans laquelle elle daigne m'assurer la prompte expédition de ses ordres pour mes affaires.

44. *Correspondance de Napoléon I...*, t. XVII, p. 79.

45. *Ibid.*, t. XVII, p. 189. Lettre à Talleyrand, 24-V-1808: « Mon Cousin, le prince Ferdinand, en m'écrivant, m'appelle son *Cousin*. Tachez de faire comprendre à M. de San Carlo combien cela est ridicule et qu'il doit m'appeler simplement *Sire* ».

Mon oncle et mon frère ont été charmés comme moi de l'annonce de l'arrivée de votre majesté impériale et royale à Paris, qui nous rapproche de sa présence; et puisque, quelle que soit sa route, elle doit passer près d'ici, nous regarderions comme une bien grande satisfaction que votre majesté impériale et royale eût la bonté de nous permettre d'aller à sa rencontre, et de lui renouveler personnellement nos hommages à l'endroit qu'elle désignera, pourvu que cela ne l'incommodât pas.

Votre majesté impériale et royale excusera ce désir inséparable du sincère attachement et du respect avec lesquels j'ai l'honneur d'être, Sire, de votre majesté impériale et royale, le très humble et très dévoué serviteur»⁴⁶.

Napoléon s'étonna toujours de ce que Ferdinand fit célébrer en grande pompe les victoires des armées impériales ou le 15 août (Talleyrand, par la suite, se plaindra que les princes espagnols avait «tout dégradé» à Valençay «à force d'y tirer des feux d'artifices pour la Saint-Napoléon»!⁴⁷) et qu'il pût le «féliciter avec le respect, l'amour, la sincérité et la reconnaissance» dans lesquels il vivait «sous la protection de sa majesté impériale et royale»⁴⁸. Une telle platitude ne pouvait que renforcer, si faire se pouvait, le profond mépris dans lequel Napoléon tenait le Prince depuis l'affaire de l'Escurial.

Mais ce qui provoqua plus que tout l'indignation de Napoléon, ce fut l'obstination de Ferdinand à vouloir entrer dans la famille impériale, soit en obtenant la main d'une de ses nièces, comme il en fit la demande le 28 novembre 1808, en même temps qu'il sollicita d'être nommé dans l'Ordre Royal d'Espagne créé par Joseph⁴⁹; soit en devenant le fils adoptif de l'Empereur, comme il le confia dans un billet qu'il adressa à M. Berthemy, gouverneur du château de Valençay, autrement dit, son geôlier, le 4 avril 1810⁵⁰. A en croire une proche de Joséphine, Georgette Ducrest, qui tenait l'anecdote de l'impératrice, en constatant que Ferdinand caressait toujours l'espoir d'une alliance matrimoniale avec la famille impériale, Napoléon ne put contenir son indignation et tint ces propos:

46. Publié par Juan Antonio Llorente, sous l'anagramme de *Nellerto*, *Mémoires pour servir à la révolution d'Espagne, avec des pièces justificatives*, tome second, Paris, imprimerie de Plassan, rue de Vaugirard, n° 17, près de l'Odéon, 1815, pièce justificative n° LXXXI, pp. 262-263.

47. *Mémoires de Mme de Rémusat...*, III, p. 395.

48. «Lettre de Ferdinand à l'empereur, 6-VIII-1809», publiée dans le *Moniteur* du 5-II-1810, et reproduite par Llorente dans les *Mémoires pour servir à la révolution d'Espagne*, document XCIV, pp. 306-307.

49. *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph, publiés, annotés et mis en ordre par A. du Casse, aide de camp de S.A.I. le prince Jérôme Napoléon*, Paris, Perrotin, libraire-éditeur, 41 rue Fontaine Molière, 1854, tome VII, pp. 106-107.

50. *Mémoires pour servir...*, document XCVII, p. 316-317.

«Est-il possible qu'il s'abaisse ainsi? [...] Moi, lui donner quelqu'un qui m'appartienne! Je lui refuserais votre femme de chambre, Madame, car je suis persuadé qu'elle aurait des sentiments trop élevés pour un tel époux. Aucune princesse ne voudra de lui. Qu'il reste à jouer des proverbes à Valençay, chez Talleyrand qu'il s'amuse; moi je donnerai à son peuple un roi qui saura régner»⁵¹.

On ne saurait dire que Napoléon réussit dans son projet. Mais il est curieux de constater qu'il fit à son frère Joseph le même reproche qu'il adressait à Ferdinand: celui de trop se complaire dans la compagnie des femmes, à «jouer des proverbes» pour l'un, «à cache-cache ou à colin-maillard» pour l'autre...⁵². Toutefois, l'Empereur entendit bien tirer parti chez Ferdinand de ce faible pour le beau sexe qui l'exaspérait chez son frère. En ordonnant au prince de Bénévent de recevoir les princes espagnols dans sa propriété de Valençay, Napoléon qui voulut sans doute punir Talleyrand d'avoir eu l'impudence et l'imprudance de le critiquer dans les salons parisiens sur la façon dont il s'était conduit à Bayonne⁵³, transforma son ancien ministre des Affaires Extérieures et vice-grand électeur non seulement en geôlier, mais en proxénète et mari complaisant, et son château en une véritable maison close, puisqu'il n'hésita pas à lui suggérer (c'est-à-dire, lui ordonner) de «faire venir [à Valençay] Mme de Talleyrand avec quatre ou cinq femmes». «Si le prince des Asturies -ajoutait-il- s'attachait à quelque jolie femme, et qu'on en fût sûr, cela n'aurait aucun inconvénient, puisqu'on aurait un moyen de plus de le surveiller»⁵⁴. Les rapports de galanterie que pouvaient entretenir Ferdinand et son frère Carlos avec la maîtresse des lieux, l'épouse de Talleyrand, amusèrent même Napoléon au point de commettre l'indélicatesse de s'en gausser devant le prince de Bénévent qui s'en offusqua. Pour l'apaiser, l'épouse infidèle fut priée de quitter son château: elle s'exécuta en emportant les regrets et le misel des princes⁵⁵.

51. [DUCREST, Georgette], *Mémoires sur l'Impératrice Joséphine, ses contemporains, la cour de Navarre et de la Malmaison*, Paris, Ladvocat, Libraire de SAR M. le duc de Chartres, quai Voltaire et palais Royal, 1826, II, p. 84-85.

52. ROEDERER, P. L., *Bonaparte me disait... Conversations notées par le comte P. L. Roederer [préface de Maximilien Vox]*, Paris, Horizons de France, 1942, p. 183.

53. MENEVAL, C. F., *Napoléon et Marie-Louise. Souvenirs historiques*, I, p. 183 sq.

54. Napoléon à Talleyrand, Bayonne, 9-V-1808, cité par François Bonneau, *Les Princes d'Espagne à Valençay ou l'Espagne humiliée*, s.l.n.d., 1986, p. 15.

55. [DUCREST, Georgette], *Mémoires sur l'Impératrice Joséphine...*, II, p. 85 (n.): «Madame de Talleyrand mit tous ses soins à rendre le séjour de Valençay agréable aux princes d'Espagne. Elle y parvint, puisque, peu occupés de l'affreuse position d'une malheureuse patrie en proie à tous les maux, qu'entraînaient une révolution et les horreurs d'une guerre civile, le plus grand fléau qui puisse peser sur un peuple, LL. AA. passaient leur vie dans les plaisirs et les fêtes. Cette conduite détruisait l'intérêt qu'inspirait leur

Une ténébreuse affaire

Napoléon se refusa à rendre publique la demande d'alliance matrimoniale formulée par Ferdinand, estimant qu'une telle démarche était «trop honteuse pour être croyable et ne manquerait pas d'être regardée comme une fabrication mensongère»⁵⁶. Mais il ne perdit pas l'occasion de divulguer par voie de presse les autres lettres dans lesquelles le prisonnier de Valençay manifestait son «amour» et son «attachement parfaits pour la personne sacrée de Sa Majesté» comme sa «soumission et [...] obéissance entière à ses intentions et à ses ordres»⁵⁷. Sans doute espérait-il ainsi détacher de leur *Désiré* ceux qui se sacrifiaient pour lui. Mais seul Blanco White reprit dans *El Español* la lettre adressée à Berthemy dans laquelle Ferdinand demandait à devenir le fils adoptif de Napoléon⁵⁸. La *Gazeta de Madrid*, pour sa part, ne publia aucun des documents compromettants adressés par le prisonnier de Valençay à l'Empereur, sans doute par volonté systématique de ne jamais faire de référence à l'«Absent». Au reste, la différence entre l'idée que se faisaient les patriotes espagnols de leur souverain légitime était si diamétralement opposée à ce

malheur. C'était une politique très fine que de les entraîner ainsi à suivre une marche opposée à celle dictée par leur position. M^{me} de Talleyrand ne se rendit pas coupable; elle suivit les mouvements d'un bon cœur, en tachant d'adoucir les désirs de ceux qui l'entouraient. Un ordre de Napoléon força la princesse de Talleyrand à s'éloigner de Valençay. Elle emporta les regrets de ses nobles prisonniers, qui, pour lui témoigner leur reconnaissance, la prièrent d'accepter ce qu'ils avaient de plus précieux: leur livre de prières. Le roi Ferdinand lui a depuis envoyé d'Espagne l'ordre de la Reine, accompagné d'une lettre très flatteuse».

56. LORD HOLLAND, *Souvenirs diplomatiques de Lord Holland publiés par son fils Lord Henri Edouard Holland, traduit de l'anglais par G. de Chonski*, Paris, Just Rouvier, rue du Paon, 8, école de Médecine, A. Ledoyen, Palais-National, Galerie d'Orléans, 11, 1851, 296 p. [Edition originale: *Lord Holland's Foreign Reminiscence edited by his Son Henry Edward Lord Holland*, London, Longman, Green and Longmans, 1850.], p. 90: «Stanislas Girardin, homme d'une grande véracité, et ami intime de Joseph quand celui-ci était roi d'Espagne, m'a assuré que Ferdinand écrivit de sa propre main à Napoléon ou à Joseph pour les féliciter de la victoire de Tudela et qu'il renouvela en même temps sa demande d'une alliance matrimoniale avec la maison de Bonaparte. Plusieurs des conseillers impériaux étaient d'avis d'imprimer la lettre dans le *Moniteur* dans l'espoir de révolter les partisans enthousiastes de Ferdinand en leur faisant voir la lâcheté de leur chef. L'empereur fit observer que non seulement la connaissance de ce fait pouvait avoir plus tard des inconvénients, mais que l'objet immédiat de la publication ne serait pas atteint à cause de cette même bassesse qu'on voulait mettre dans tout son jour. Cela était trop honteux pour paraître croyable, et ne manquerait pas d'être regardé comme une fabrication mensongère. Il détruisit la lettre».
57. «Lettre de Ferdinand VII à M. Berthemy, gouverneur de Valencé [sic], 4-IV-1810» publiée dans le *Moniteur* le 26-IV-1810, in *Mémoires pour servir...*, document XCVIII, pp. 316 -317.
58. *El Español*, t. I, p. 118; cité par Nellerto, *Mémoires pour servir...*, I, p. 333.

que révélait sa correspondance avec l'Empereur qu'ils n'auraient jamais pu admettre qu'il ne s'agissait pas de faux inventés de toute pièce par le perfide Napoléon ou ses sbires.

De tels soupçons n'auraient pas été sans fondement. En transmettant ses ordres au chef de la «haute police» (c'est-à-dire, la police politique), Desmaret, au sujet de la machination qu'il avait mise au point avec l'Empereur après l'arrestation du soi-disant Kolli, en mars 1810, pour prouver au gouvernement anglais que Ferdinand se refusait à s'évader de Valençay, Foucher, duc d'Otrante, avait été d'une clarté lumineuse:

«Aussitôt cette lettre reçue, vous réunirez toutes les pièces qui concernent l'affaire Kolli et vous me ferez un rapport pour l'empereur sur cette affaire qui pourra être publié dans le *Moniteur*.

[...] Le but de ce rapport est de persuader le ministère anglais que les princes de Valençay ne veulent avoir aucune communication avec les insurgés et qu'ils les regardent même comme les ennemis de leur pays. Il sera même bien de faire les honneurs de cette arrestation à l'avis que les princes ont donné des propositions qui leur ont été faites par le baron de Kolli. On donnera à la suite de ce rapport le détail de la fête que les princes ont donnée à l'occasion du mariage de sa majesté»⁵⁹.

Naturellement, Desmaret s'empressa de rassembler ou confectionner les pièces demandées et, le 26 avril 1810, le *Moniteur*, avec l'accord de Napoléon publia (entre autres documents) l'annonce la prétendue arrestation à Valençay du baron de Kolli, le rapport du gouverneur du château sur les festivités organisées sur ordre des princes pour célébrer les noces de Napoléon et de Marie-Louise, la lettre dans laquelle Ferdinand demandait à devenir le fils adoptif de Napoléon ainsi que celle, en date du 8 avril 1810, adressée au gouverneur de Valençay, dans laquelle il déclarait:

«Monsieur le gouverneur, un inconnu vient de s'introduire en ce palais, sous prétexte de faire voir des ouvrages au tour, et il a de suite osé faire à M. d'Amezaga, notre premier écuyer et intendant-général, la proposition de m'enlever de Valencé [sic], de me remettre des lettres dont il est porteur, enfin de conduire à sa fin le projet et le plan de cette entreprise affreuse.

Notre honneur, notre repos, la bonne opinion due à nos principes, tout était singulièrement compromis si M. d'Amezaga n'eût pas été à la tête de notre maison, et n'eût pas donné en cette circonstance périlleuse une nouvelle

59. *Témoignages historiques ou 15 ans de haute police par M. Desmaret, chef de cette partie pendant tout le Consulat et l'Empire*, Paris, Alphonse Levavasseur, Libraire, rue de Choiseul, 9, Bousquet, Libraire, Palais Royal, 1833, p. 357-358. Sur cette «ténébreuse affaire», comme aurait dit Balzac, on pourra également consulter la version de l'intéressé: *Mémoires du baron de Kolli et de la reine d'Etrurie*, Paris, G. L. Michaud, Libraire-éditeur, place des Victoires, n° 5, 1823.

preuve de sa fidélité et de son attachement inviolable pour S.M. l'empereur et roi et pour moi. Cet officier, qui a commencé, monsieur, par vous informer au moment même de l'entreprise dont il s'agit, m'en a donné connaissance immédiatement après.

J'ai voulu, monsieur, vous faire savoir moi-même que je suis informé de cette affaire, et manifester itérativement dans cette occasion mes sentiments de fidélité inviolable pour l'empereur Napoléon, et l'horreur que m'inspire ce projet infernal, dont je désire que l'auteur et les complices soient punis comme ils le méritent.»⁶⁰

Mais cette lettre était-elle bien de la main de Ferdinand? Certes, on avait bien réussi (non sans difficulté) à introduire près de lui «sous forme de marchand» un faux baron de Kolli. Mais de l'aveu même de Desmarest, «après quelques emplettes», le Prince «lui tourna le dos et en resta là» et, lorsqu'il publia ses mémoires en 1833, l'ancien chef de la «haute police» en était encore à se demander si Ferdinand avait, non pas «compris, mais entendu ce que lui disait le marchand»⁶¹. On imagine mal, dans ces conditions, qu'il ait pu rédiger la lettre qui fut publiée dans le *Moniteur*.

Le triomphe de Ferdinand VII

Après n'avoir cessé, par tous les moyens (même les moins honorables) de jeter le discrédit sur Ferdinand dans l'opinion publique française, Napoléon se vit contraint, par la force des armes, à suivre les conseils de Talleyrand⁶² et à négocier avec son prisonnier pour tenter de séparer l'Espagne de l'alliance avec l'Angleterre. Le «mon Cousin» qui commençait la lettre qu'il lui adressa le 12 novembre 1813 par l'intermédiaire du comte de La Forest, chargé des négociations qui devaient aboutir au traité de Valençay, dut faire naître beaucoup d'espoir et sembler bien doux à l'hôte de Talleyrand⁶³. Mais malgré ce

60. NELLERTO, Juan, *Mémoires pour servir...*, document CIII, pp. 327-328.

61. *Ibid.*, p. 360.

62. *Mémoires de Mme. de Rémusat...*, I, p. 107.

63. Cité par Escoiquiz, *Exposé des motifs qui ont engagé en 1808 S. M. C. Ferdinand VII à se rendre à Bayonne; présenté à l'Espagne et à l'Europe par D. Juan Escoiquiz, Conseiller d'Etat, commandeur de l'ordre de Charles III, etc., traduit librement de l'espagnol en français, augmenté de notices historiques sur D. Juan Escoiquiz, ainsi que sur plusieurs Ministres et grands Seigneurs espagnols et où on trouvera des pièces authentiques sur le massacre de Madrid. Orné du portrait de l'Empereur*, Paris, L. G. Michaud, imprimeur du Roi, rue des Bons Enfants, n° 34, 1816, p. 76 ; p. 87 dans la version en espagnol: *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del Rey Fernando VII a Bayona en el mes de abril de 1808, dada al público de España y Europa por el Exmo Señor D. Juan Escoiquiz, &c, &c, para su justificación y la de las demás personas que componían entonces el Consejo privado de S. M. contra las imputaciones vagas de imprudencia o ligereza divulgadas contra ellos por algunos sujetos poco instruidos de las expresadas razones, acompañada*

traitement courtois, Napoléon continuait de donner à Ferdinand le simple titre de prince des Asturies. Pour lui, il ne s'agissait nullement de restaurer Ferdinand sur son trône, mais de l'y élever: l'attitude de l'Empereur à l'égard du Prince n'avait nullement changé depuis les événements d'Aranjuez de 1808. Mais la situation militaire rendait maintenant sa prétention ridicule.

Pour faire pression sur Ferdinand, la presse impériale n'hésita pas à publier de prétendues rumeurs tirées de journaux espagnols (dont elle ne donnait évidemment pas les titres) selon lesquelles le duc de Wellington s'apprêtait à devenir roi d'Espagne⁶⁴. Sans doute n'avait-il pas besoin de cela pour accepter le traité que son représentant, le duc de San Carlos, et celui de Napoléon, le comte de La Forest, signèrent le 11 décembre 1813. En France, la presse garda le plus grand silence sur cette affaire. A Cadix, *El Conciso* du 20 janvier 1814 rendit compte des événements en déclarant que Ferdinand devait revenir de la manière dont les espagnols le souhaitaient et non pas comme Bonaparte l'entendait⁶⁵. Les adversaires de Napoléon craignaient en effet que Ferdinand ne fût tombé dans quelque piège et ne se fût livré, une nouvelle fois, pieds et poings liés, à l'Empereur. Peltier, dans la soixante-troisième livraison de la chronique intitulée «Le Logographe ou Le Moniteur secret» (publiée dans *L' Ambigu* du 20 février 1814), exprima cette crainte dans de prétendues «Instructions verbales de Napoléon à Caulincourt» en faisant dire à l'Empereur:

«Il est inutile de parler de l'Espagne; c'est un pays divisé dans lequel j'introduirai, quand il me conviendra, tous les éléments de la guerre civile. Je mets Ferdinand en liberté et je lui fais nommer un ministre au Congrès; je l'enverrai même s'il le faut au quartier général des Alliés. Une fois intronisé en Espagne, il aura contre lui les partisans du gouvernement représentatif, les grands qui n'ont pas voulu figurer à la farce de Bayonne et que j'ai traités comme vous savez, les partisans de son père, les créatures de sa mère. S'il parvient à se maintenir malgré ces divers opposants, je le marie à la princesse Zénaïde, fille de mon frère Joseph, et alors je serai plus maître des Espagnes que si ce dernier .y régnait encore. Enfin, si le roi Ferdinand m'échappe, j'ai encore en réserve le vieux roi dont je ferai un personnage attendrissant»⁶⁶.

de una noticia breve de los sucesos y negociaciones de Valençay, hasta la vuelta de S. M. a España, Madrid, en la Imprenta Real, 1814.

64. *Journal de l'Empire*, 17-XII-1813, p. 3.

65. Cité par *L' Ambigu ou Variétés littéraires et politiques. Recueil périodique publié les 10, 20 et 30 de chaque mois par M. Peltier*, à Londres, de l'imprimerie de P. Da Ponte, n° 15, Poland Street, Oxford Street. On souscrit chez le Rédacteur, M. Peltier, n° 7, Duke Street, Portland Place, n° CCCXCI, 10-II-1814, vol. 44, p. 434.

66. *L' Ambigu...*, n.° CCCXCI [sic pour CCCXCII], 20-II-1814, vol. 44, pp. 563-564.

Peltier ne manquait ni de renseignements, ni de perspicacité. Malgré ses refus antérieurs, Napoléon avait bel et bien offert la main la fille aînée de Joseph, Zénaïde, à celui qu'il s'apprêtait à reconnaître comme Ferdinand VII. Le mariage avait même été arrêté, mais Ferdinand avait demandé à ce qu'il fût différé. C'était au tour de l'Empereur d'être dupe de promesses: à Sainte Hélène, il était encore persuadé qu'il était «hors de doute que, si les affaires de 1814 eussent tourné différemment» le roi d'Espagne aurait épousé sa nièce⁶⁷. Mais il n'avait pas renoncé, non plus, comme le prévoyait Peltier, à soutenir, contre Ferdinand, «les partisans du gouvernement représentatif». En apprenant, le 2 février 1816, l'exécution de Porlier, il l'avouera d'ailleurs au comte de Las Cases, qui consigna ses paroles dans le *Mémorial de Sainte-Hélène*:

«Je ne suis pas du tout surpris de cette tentative en Espagne. A mon retour de l'île d'Elbe, ceux des Espagnols qui s'étaient montrés les plus acharnés contre mon invasion, qui avaient acquis le plus de renommée dans la résistance, s'adressèrent immédiatement à moi: ils m'avaient combattu, disaient-ils, comme tyran; ils venaient m'implorer comme un libérateur. Ils ne me demandaient qu'une légère somme, disaient-ils, pour s'affranchir eux-mêmes et produire dans la Péninsule une révolution semblable à la mienne. Si j'eusse vaincu à Waterloo, j'allais les secourir. Cette circonstance m'explique la tentative d'aujourd'hui. Nul doute qu'elle se renouvelle encore. Ferdinand, dans sa fureur, a beau vouloir serrer avec rage son sceptre, un de ces beaux matins, il lui glissera de la main comme une anguille»⁶⁸.

On peut légitimement douter de l'exactitude de ces propos. Mais ce qui est certain, c'est que, pendant les Cent Jours, Napoléon avait bel et bien envisagé de fomenter une guerre civile en Espagne contre Ferdinand VII puisqu'il avait chargé son frère Joseph, le 2 mai 1815, de former une Junte «composée de cinq membres, les plus actifs et les plus entreprenants» qui ferait rédiger à Paris une gazette en espagnol dont le but serait d'éclairer leurs compatriotes, «de les porter à l'insurrection et à la désertion» et devrait également «s'occuper des projets d'expédition de guérillas, de leur organisation et des moyens de les faire entrer en Espagne»⁶⁹.

67. LAS CASES, Comte de, *Mémorial de Sainte-Hélène, illustré de 120 nouveaux dessins par Janet-Lange et Gustave Janet. Publié avec le concours de M. Emanuel de las Cases, page de l'Empereur à Sainte-Hélène*, Paris, Gustave Barba, libraire-éditeur, rue de Seine, 31, s.d. [1862], p. 132.

68. *Ibid.*, p. 70.

69. *Lettres inédites de Napoléon I* éditées par L. Lecestre, II, p. 339. Cité par ARTOLA, Miguel, *Los afrancesados. Prólogo de Gregorio Marañón*, Madrid, ediciones Turner, 1976, p. 270 (première édition, 1953). Cf. également DUFOUR, Gérard, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1823). Contribution à l'étude du libéralisme Chrétien en France et en Espagne au début du XIX^e siècle*, Genève, Droz, 1982, p. 82.

Pour Napoléon, la paix avec Ferdinand VII n'était pas suffisante: il avait une revanche à prendre, humilié qu'il était d'avoir dû céder à un homme qu'il méprisait.

De la Revolución al Imperio: Imágenes discordantes de Napoleón en Gran Bretaña, 1795-1804

From Revolution to Empire: Conflicting Images of Napoleon in Britain, 1795-1804

Alicia Laspra Rodríguez

Universidad de Oviedo

Recibido: 20-IX-2011

Aceptado: 19-XII-2011

Resumen

La irrupción de Napoleón Bonaparte en el escenario político británico a partir de 1795 suscitó diversas representaciones de su imagen que responden a la configuración ideológica del país en el momento. Tales representaciones sufrieron una evolución condicionada por la propia carrera de Bonaparte. Este dinámico proceso tuvo un precedente importante en la forma en que se había interpretado la Revolución Francesa en Gran Bretaña. El presente trabajo analiza ambos procesos a la luz de las representaciones sucesivas de que fueron objeto por parte de la clase política y de los intelectuales de la época. La influencia que todo ello tuvo en los poetas románticos, como mediadores de los acontecimientos ante la ciudadanía británica, junto con la proyección icónica de Bonaparte, son también objeto de revisión.

Palabras clave: Gran Bretaña 1795-1804, Napoleón, Revolución Francesa, Imágenes, Escritores románticos ingleses, Políticos británicos.

Abstract

The emergence of Napoleon Bonaparte in the British political theatre from 1795 onwards inspired a wealth of changing representations of his image, which responded to the prevailing ideological lines shaping the country. Such representations evolved in parallel with Bonaparte's own career. The ways in which the French Revolution had been interpreted in Britain set a precedent for that dynamic process. This paper examines both processes in the light of their successive representations in the minds

of contemporary politicians and intellectuals. The influence of said processes on the Romantic poets, as mediators of the events to the British public, together with Napoleon's iconic representations, are likewise revisited.

Keywords: Britain 1795-1804, Napoleon, French Revolution, Images, English Romantic writers, British politicians.

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo revisar la evolución de la controvertida imagen que políticos e intelectuales británicos de distinto signo construyeron de Napoleón Bonaparte, desde su emergencia como personaje de interés unánime en 1795 hasta su peculiar coronación como Emperador de los franceses en 1804¹. A partir de ese acontecimiento, las representaciones de Napoleón en Gran Bretaña, con algunas excepciones, escasas y excéntricas, fueron confluyendo hacia una orientación mayoritariamente descalificadora.

El estudio previo de la forma en que evolucionaron las diferentes representaciones de la Revolución Francesa en Gran Bretaña resulta de gran utilidad para comprender el proceso paralelo que tuvo lugar en la interpretación de quien se presentaba ante la opinión pública británica como el fruto más prometedor de los sucesivos procesos revolucionarios.

La imagen de Napoleón que se fue forjando en Gran Bretaña, desde los inicios de su fulgurante carrera hasta su derrota definitiva y confinamiento en Santa Helena, no fue una ni fue uniforme, prácticamente desde que comenzó su notoriedad en ese país. Los personajes más destacados en los ambientes sociales y políticos, al igual que en los culturales y literarios, trataron de entender y explicar la figura de Napoleón partiendo de su propio posicionamiento ideológico, actitud que puede ser considerada como inevitable ya que, en mayor o menor medida, ha prevalecido en la interpretación del mundo a lo largo de la historia. Ello tuvo como consecuencia visiones de Napoleón diametralmente opuestas entre los representantes parlamentarios del pueblo británico y también entre los miembros de los principales grupos socio-culturales y literarios, los cuales, en muchos casos, tenían una presencia importante en los dos ámbitos señalados, el político y el literario-cultural. La trayectoria del personaje, con su evolución progresiva hacia derivaciones insospechadas, generó una evolución igualmente progresiva en esas visiones, inicialmente discrepantes entre sí, hacia una confluencia derivada de la contundencia de los hechos. Hubo sonadas excepciones, naturalmente, en su mayoría relacionadas con un idealismo romántico rebelde y pertinaz –que podría ser definido

1. Este estudio se enmarca así en los parámetros teóricos de la «imagología»: véase BELLER, Manfred y LEERSSEN, Joep, *The Cultural Construction and Literary Representation of National Characters*, Amsterdam, 2007. Por otro lado, es concordante con los objetivos del Proyecto Nacional I+D+i Ref. FFI2011-23532, de cuyo equipo investigador forma parte la autora.

como militante— representado de forma magistral por Lord Byron, quien mantuvo su admiración por Napoleón durante toda su vida².

La respuesta británica a la Revolución Francesa

La evolución de la impronta de Bonaparte en el Reino Unido tiene un precedente en el desarrollo del modo en que la Revolución Francesa había sido interpretada en ese mismo país, pasando de una recepción entusiasta inicial, observable en gran parte de la intelectualidad, al mayor de los desconciertos. Ambos fenómenos —Revolución Francesa y Napoleón— generaron desde el primer momento una mayor o menor ilusión en amplios círculos británicos y fueron dando paso a una también mayor o menor decepción, a medida que sus repercusiones afectaban de una forma cada vez más directa a la estabilidad y a la tranquilidad de los ciudadanos de ese país.

La respuesta de los dirigentes británicos, y de gran parte de la ciudadanía, a la primera fase de la Revolución Francesa (1789-1792), fue en general entusiasta, incluso entre los miembros del partido conservador, *Tory*, encabezados por William Pitt el Joven, que a la sazón estaba al frente del Gobierno. La simpatía que suscitaron las noticias llegadas a Gran Bretaña acerca de la crisis política que estaba teniendo lugar en Francia en el verano de 1789 se explican principalmente por el resentimiento antiborbónico que había generado en el Reino Unido el apoyo del rey francés a los independentistas norteamericanos en su exitosa guerra contra la Corona británica, hasta tal punto que cualquier hecho que pusiese en peligro la estabilidad de Luis XVI era considerado moral y diplomáticamente deseable en el Reino Unido³.

Los acontecimientos franceses de este período inicial, que en el Reino Unido se describe como una etapa de monarquía constitucional, eran contemplados incluso con un punto de admiración, y como un modelo digno de seguir entre los reformistas más radicales, representados por los seguidores de Fox. La *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* y las reformas legislativas introducidas en Francia por la Asamblea Constituyente (en especial, la abolición del feudalismo y el establecimiento de algunas libertades) hicieron renacer entre los reformistas británicos el espíritu de su propia Revolución Gloriosa de 1688. Con esa experiencia los británicos se consideraban especialmente cualificados para valorar y admirar los acontecimientos

2. Para más detalles sobre la identificación de Byron con Bonaparte, véase MARCHAND, Leslie A., *Byron: A Portrait* Chicago, 1970, pp. 387-388, 408-409 y MACCARTHY, Fiona, *Byron: Life and Legend* London, 2003, pp. VII-X, 221, 224 y 279.

3. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia? Reflections on the threat of revolution in Britain, 1789-1848*, Manchester, 2007, pp. 13-15.

franceses, que llegaron a generar verdadero interés entre la población. Todavía entre 1790 y 1791 se representaría una obra teatral titulada *La toma de la Bastilla* (*Taking the Bastille*) como mínimo en tres teatros británicos de importancia⁴. La mayoría de los intelectuales británicos estaban fascinados con la Revolución Francesa y sus logros. Algunos escritores románticos llegaron incluso a viajar a Francia con la finalidad de ser testigos presenciales de los cambios que se estaban introduciendo en el sistema político-social del país. El exponente más paradigmático de esa curiosidad es William Wordsworth, quien viajó a Francia en tres ocasiones. Su primer encuentro con la Revolución Francesa, que recogería posteriormente en *The Prelude*, tuvo lugar durante una excursión que realizó por los Alpes en 1790. Con el fin de conocer de primera mano los acontecimientos, Wordsworth realizó un segundo viaje a Francia que duraría un año, entre 1791 y 1792. Visitó los lugares clave de París y las ruinas de La Bastilla, comprometiéndose al mismo tiempo con el espíritu revolucionario y republicano. Recorrió también el sur del país y volvió a París poco después de las masacres de septiembre. Wordsworth regresó a Inglaterra, al parecer, a mediados de diciembre, y en los primeros meses de 1793 escribió, aunque no lo publicó, un panfleto pro-republicano, *A Letter to the Bishop of Landaff*, en el que justificaba la ejecución de Luis XVI y reclamaba el fin de la guerra que Francia mantenía con Austria y Prusia⁵. Como se verá más abajo, el caso de Wordsworth ilustraría del modo más extremo la evolución del pensamiento británico respecto a la Revolución Francesa, y respecto a la propia figura de Napoleón, desde un entusiasmo ciego hasta la mayor de las decepciones.

La iniciativa revolucionaria que mayores simpatías generó en el reino de Jorge III fue sin duda el desmantelamiento de un absolutismo borbónico que era denostado en Gran Bretaña por parte de Whigs y Tories sin distinción. Incluso en los momentos más difíciles de las relaciones anglo-francesas la trascendencia de este logro fue inusitada. Para el propio Primer Ministro Pitt –cuyo Gobierno, no obstante, nunca llegó a reconocer oficialmente a la República Francesa, ni tampoco a otorgar el estatus de embajador a los sucesivos representantes de la misma en Londres– ese reconocimiento, que suponía legitimar

4. MEISTER, Jackes Henry, *Letters Written During a Residence In England. Translated from the French of Henry Meister... Together with a letter from the Margravine of Anspach*, Londres, 2010, pp. 29-30. Para una revisión de la reacción inicial de la prensa británica, véase SCHWIZER, K. y KLEIN, R., «The French Revolution and the developments in the London Daily Press to 1793», *Publishing History*, 18, 1985, pp. 85-97.

5. ROE, Nicholas, «Wordsworth», en MCCALMAN, Iain (ed.) *An Oxford Companion to the Romantic Age, British Culture 1776-1832*, pp. 771-773.

la nueva forma de Estado, siempre fue un motivo de reflexión y prudencia. Es este factor el que explica en gran medida su permanente inclinación a respaldar el derecho de los franceses a decidir su propio destino resolviendo sus problemas internamente, y a defender una política de neutralidad respecto al país vecino, incluso en momentos en que esa neutralidad comenzaba a resultar bastante incómoda, como reflejan las difíciles relaciones diplomáticas del Reino Unido con Prusia y Austria en 1792⁶.

El expansionismo territorial francés anterior a enero de 1793, que tanto había provocado al resto de Europa, no había sido suficiente para implicar al Reino Unido en una guerra abierta contra el país agresor. Pitt se había conformado con intentar conseguir por la vía de la negociación diplomática la evacuación de las zonas ocupadas por Francia y el restablecimiento de las líneas fronterizas existentes antes de 1789⁷. Y ello a pesar de que el Gobierno de Pitt tenía constancia de que la Francia revolucionaria llevaba años infiltrando agentes en Gran Bretaña con el fin de propagar los principios de la Revolución y promover sediciones y revueltas mediante sendas campañas propagandísticas⁸. A ello se sumó la creación de numerosas sociedades por todo el país cuyos miembros eran Whigs reformistas, en muchos casos radicales, y *Dissenters*, es decir, disidentes religiosos. En tres ocasiones –marzo de 1787 y mayo de 1789, liderados por Henry Deaufoy, y marzo de 1790, liderados por Charles Fox– habían fracasado en sus intentos por lograr la mayoría parlamentaria suficiente para conseguir la derogación de la ley denominada *Test and Corporation Act*. Esta norma convertía en ciudadanos de segunda clase a todos los miembros de comunidades religiosas minoritarias, especialmente porque se les negaba el acceso a la función pública y, en el caso de los católicos, al Parlamento. La revocación de esta ley, aunque en ningún caso triunfó oficialmente debido al reducido número de parlamentarios disidentes, fue objeto de gran controversia y debate, como refleja la prensa del momento⁹. Si bien el proyecto de derogación no obtuvo el apoyo oficial necesario para convertirse en realidad, sirvió como revulsivo para la organización de los inconformistas, que exigían más derechos civiles y políticos. En respuesta a estas asociaciones se crearon otras de orientación *Tory*. A las nuevas sociedades

6. MORI, Jennifer, *William Pitt and the French Revolution 1785-1795*, Edimburgh, 1997, pp. 109-12.

7. *Ibid.*, pp. 87-108.

8. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia?...*, pp. 16-18.

9. DITCHFIELD, Grayson M., «The Parliamentary Struggle over the Repeal of the Test and Corporation Acts, 1787-1790», *The English Historical Review*, vol. 89, n° 352 (julio, 1974), pp. 551-577.

se unieron algunas ya existentes, formadas hacia 1785 con la finalidad de conmemorar el primer centenario de la revolución británica por excelencia, la Revolución Gloriosa de 1688. La principal consecuencia de este conflicto había sido la derrota y deposición del último rey católico, Jacobo VII de Escocia y II de Inglaterra e Irlanda, y su abandono del país. La corona pasó entonces a ser compartida por el matrimonio formado por su hija María y el primo de esta, Guillermo de Orange, ambos protestantes y acérrimos defensores de la filosofía de «Church and Kingdom», que garantizaba para la Corona la jefatura de la Iglesia Anglicana. Esta revolución, aunque considerada como incompleta por los más radicales, supuso una modernización precoz del sistema político respecto al reparto de poderes entre la Corona y el Parlamento. Con las disposiciones legislativas contenidas en la denominada *Bill of Rights* quedaba excluida de forma definitiva cualquier posibilidad de una monarquía católica. Pero la consecuencia más revolucionaria en sentido estricto fue que, con la introducción de importantes limitaciones al poder del rey, se puso fin al absolutismo en Gran Bretaña un siglo antes de que se iniciara el proceso revolucionario en Francia.

Tras las conmemoraciones de la Gloriosa, la mayoría de esas sociedades habían perdido protagonismo quedando en cierto modo aletargadas, pero los acontecimientos franceses de 1789 provocaron la reactivación de las más importantes. Esto sucedió, por ejemplo, en noviembre de ese mismo año con la *London Revolution Society*, de orientación *Whig*, en cuyo seno el líder de la disidencia Richard Price tuvo una famosa intervención dedicada a ensalzar la Revolución Francesa, la cual a su juicio marcaba el camino a seguir para lograr la culminación de la «incompleta» Gloriosa. Se produjo así una proliferación de sociedades y clubes, no solo en Londres sino también en las principales ciudades inglesas y escocesas, como expresión del esfuerzo colectivo de la ciudadanía británica, tanto reformista como conservadora, por apoyar las posiciones de uno y otro signo. La derrota de los foxitas en marzo de 1790 sirvió de aliciente para las celebraciones de los partidarios del sistema *Church and Kingdom*. En Manchester se creó ese mismo mes de marzo el *Church and King Club*, que celebraba la derrota de Fox. La respuesta de los reformistas se materializó en la creación, en octubre, de la *Manchester Constitutional Society*. Durante los meses siguientes, la proliferación de sociedades similares se extendió a Norwich, Birmingham, Derby, Bristol y otras ciudades. Se llegaron a producir serios enfrentamientos entre los partidarios de una y otra tendencia. En 1791, coincidiendo con el segundo aniversario de la toma de La Bastilla,

una multitud enfurecida de signo político conservador atacó los domicilios y las iglesias de los reformistas en Nottingham, Manchester y Birmingham¹⁰.

En esa primera fase de la Revolución Francesa, los reformistas parlamentarios británicos acusaron también la influencia de la Revolución Americana, especialmente tras el regreso a Inglaterra de ciudadanos que habían colaborado con los colonos norteamericanos en su revuelta contra la metrópoli, quienes sin duda hicieron circular nuevos ideales libertarios¹¹. En este caldo de cultivo, no sorprende que muchos británicos considerasen razonables las demandas del Tercer Estado en Francia, y por tanto de la Asamblea Nacional.

Edmund Burke y el debate en torno a la Revolución

Surgió entonces la temprana, y profética, voz discrepante de Edmund Burke entre las filas de la facción moderada de los *Whigs*. A pesar de la extensa obra de este escritor y estadista, que incluye la implantación en 1759 de *The Annual Register*, anuario británico por excelencia, su trabajo más influyente sería el extenso tratado *Reflections on the Revolution of France*, que sentó las bases del conservadurismo británico moderno¹². Consiste el famoso documento en un alegato, profético en muchos sentidos, contra los, a juicio de su autor, peligros derivados de un cambio institucional en manos del pueblo:

«Aunque deseo de todo corazón que Francia se halle movida por un espíritu de libertad racional –y creo que están ustedes comprometidos en actuaciones de absoluta honestidad– ante la necesidad de crear una institución permanente en la que ha de residir dicho espíritu, y un órgano gestor, mediante el cual pueda actuar, no puedo por desgracia evitar albergar serias dudas respecto a algunas cuestiones planteadas en sus últimas declaraciones.

(...) Debo posponer mis felicitaciones por la nueva libertad de Francia hasta conocer el modo en que libertad se combina con gobierno, con fuerzas públicas, con disciplina y obediencia a los ejércitos, con recaudación de impuestos eficaz y bien distribuida, con moralidad y religión, con la solidez de la propiedad, con paz y orden, con modales cívicos y sociales. Todos estos elementos (a su manera) son beneficiosos; y sin ellos la libertad no es un beneficio mientras dura, y no es probable que se mantenga mucho tiempo. Me siento como si estuviera ante una gran crisis, no en Francia solamente sino en toda Europa, quizás más allá de Europa. Considerando de forma conjunta todas las circunstancias, la Revolución Francesa es lo más asombroso que ha sucedido en el mundo hasta ahora.

10. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia?...*, pp. 13-15.

11. CALÉIS, Gregory, *The French Revolution. Debate in Britain*, New York, 2007, p. 2.

12. Para un análisis pormenorizado de los planteamientos de Burke, véase HAMPSHER-MONK, Iain, «Edmund Burke», en MCCALMAN, Iain (ed.), *An Oxford Companion...*, pp. 435-437.

(...) Al contemplar esta monstruosa escena tragicómica, las pasiones más opuestas triunfan necesariamente, y en ocasiones se entremezclan en la mente; el desdén y la indignación alternan; la risa alterna con las lágrimas; el desprecio alterna con el horror»¹³.

Combinando el entusiasmo por los ideales revolucionarios con la cautela propia del racionalismo, Burke, que estaba situado ideológicamente entre los radicales *Whig* y los conservadores *Tory*, se anticipó también a dudar de la validez del razonamiento abstracto y del derecho natural preconizados por la Revolución Francesa:

«¿Debo felicitar al asesino salteador de caminos que se ha fugado de la cárcel por recobrar sus derechos naturales?»

Con sus reflexiones, Burke introdujo los primeros debates en torno a la hasta entonces no cuestionada Revolución Francesa. El entusiasmo inicial ya no fue compartido de forma generalizada, sino que se produjo una división entre quienes permanecían a favor de los principios revolucionarios y quienes pasaron a dudar de su validez. El prestigio personal de Burke y sus posicionamientos moderados, aunque de cuño *Whig*, le otorgaban un alto grado de credibilidad. Por otro lado, en los círculos intelectuales y en otros muchos ámbitos de la sociedad resultaba traumático enfrentarse a unas ideas que colisionaban con el imaginario prevalente. Una de las razones más poderosas que explican la trascendencia de la obra de Burke se halla en la confirmación posterior de sus temores al preconizar que Francia se convertiría en una «democracia militar», es decir, un país en el que el poder es ostentado por el pueblo en armas:

«La naturaleza de las cosas requiere que el Ejército jamás actúe si no es como un mero instrumento. En el momento en que, erigiéndose a sí mismo como un órgano deliberativo, actúe de acuerdo con sus propias resoluciones, el Gobierno, sea del signo que sea, degenerará de inmediato hacia una democracia militar –esa especie de monstruo político que siempre ha terminado por devorar a quienes lo han creado–»¹⁴.

La reacción más ponderada e influyente a las reflexiones de Burke vino de la mano del radical Thomas Paine quien, emigrado en América, había ya

13. BURKE, Edmund, *Reflections on the Revolution in France, and on the Proceedings in Certain Societies in London Relating to that Event. In a Letter Intended to Have Been Sent to a Gentleman in Paris*, London, 1790, disponible en <http://books.google.es/>. [consultado: 18-VII-2011]. Esta y las siguientes traducciones inglés-español son de la autora del trabajo.

14. *Ibid.*, pp. 8-12 y 306. También en <http://www.constitution.org/eb/rev_fran.htm> [consultado: 18-VII-2011].

publicado allí un muy influyente texto, el panfleto titulado *Common Sense*¹⁵, considerado como crucial para convencer a los norteamericanos de la conveniencia de independizarse de Gran Bretaña, a cuya causa contribuyó directamente sirviendo como soldado en el conflicto independentista. Habiendo vuelto a Inglaterra en 1790, Paine publicó su respuesta al tratado de Burke, titulada *Rights of Man*¹⁶, en dos entregas que vieron la luz en 1791 y 1792 respectivamente. La segunda parte, considerada oficialmente como «un libelo sedicioso»¹⁷, le costó muy cara a su autor, siendo procesado a causa de la misma y la obra proscrita en Gran Bretaña. Paine se vio forzado a huir a Francia donde inicialmente fue recibido como un héroe, hasta el punto de que fue uno de los dos únicos extranjeros elegidos miembros de la Convención Nacional. Sin embargo, durante la época del Terror liderada por Robespierre, un atónito Paine fue encarcelado y estuvo a punto de probar la guillotina por manifestarse en apoyo del exilio, en lugar de la ejecución, como solución para Luis XVI. Su decepción posterior con el rumbo que tomó la Revolución fue inmensa¹⁸. *Rights of man* ofrece una defensa vigorosa de las bases del pensamiento democrático moderno, al tiempo que un ataque igualmente vigoroso a Burke, a quien considera culpable de haber provocado un cambio en la actitud de los británicos respecto a la Revolución Francesa.

Aunque Paine estaba en lo cierto, sería la propia evolución de los acontecimientos, en mayor medida que Burke, la que pondría a cada uno en su sitio e induciría a modificar los posicionamientos inicialmente compartidos por la gran mayoría de los británicos. Ello se percibe ya, como mínimo, a partir de abril 1792, cuando los efectos de la preocupación oficial respecto a los peligros intelectuales y sociales de la revolución se hacen evidentes. La expresión más nítida de ese nerviosismo –e incluso quizás alarmismo– del gabinete ministerial fue la emisión de una proclama real, el día 21 de mayo, advirtiendo a la nación contra los peligros de los previsibles efectos sociales negativos de publicaciones y escritos sediciosos. En ella, el responsable del *Home Office*, equivalente al ministro del Interior, Charles Dundas, calificaba a los parlamentarios reformistas de *revolucionarios en potencia*. La proclama, sin embargo, no debió de ser muy eficaz pues, según Thompson, entre 1791 y 1793 se vendieron como mínimo 200.000 ejemplares de la obra de Paine

15. Texto completo en <<http://www.earlyamerica.com/earlyamerica/milestones/common-sense/text.html>> [consultado: 22-VII-2011].

16. Texto completo en <http://books.google.com/books> [consultado: 22-VII-2011].

17. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, p. 108.

18. CALÉIS, Gregory, *The French Revolution...*, p. 35. Este mismo autor ofrece en la obra citada un estudio pormenorizado de ambas partes del tratado de Paine.

(teniendo en cuenta ambas partes y descontando su venta en Irlanda, que también fue masiva, así como las traducciones a distintas lenguas europeas)¹⁹. Por si la situación doméstica fuese poco preocupante, con grandes disturbios en Edimburgo y otras ciudades importantes, en el exterior las cosas se complicaban cada vez más. La declaración de guerra a Austria por parte de la Asamblea Nacional francesa en ese mismo mes de abril añadió una gran tensión a la ya existente. Los foxitas, liderados por Grey, habían además lanzado una fuerte campaña nacional reformista que el Gobierno de Pitt tuvo que afrontar con muchas dificultades. El año 1792 marcó así un cambio importante en la política de Pitt, con el posicionamiento de su Gobierno, de forma pública y notoria, contra la Revolución Francesa. Los ideales fundamentales de la misma permanecieron no obstante intactos en el imaginario de los sectores más radicales de la sociedad británica.

El asalto al palacio de las Tullerías el 10 de agosto y las masacres de prisioneros a primeros de septiembre, también en París, demostraron a muchos desilusionados británicos que la Revolución no tenía el futuro que habían preconizado y supusieron la confirmación de las primeras profecías de Burke. Con la llegada masiva a Inglaterra de exiliados procedentes del país vecino la desilusión se hizo aún mayor, y la mediación de la prensa quedó superada por la realidad directamente percibida a través de las experiencias que relataban los exiliados. La sustitución de la segunda Asamblea Nacional por la Convención jacobina fue también un motivo de gran preocupación para los británicos moderados.

A pesar de todo ello, se mantenían las reticencias de Pitt a abandonar su estudiada neutralidad, que venía sosteniendo desde el estallido de la Revolución Francesa. Pero ahora esa neutralidad comenzaba a ser indefendible. La reacción de Pitt ante aquellos sucesos fue de nuevo contenida. Reiteró la neutralidad de Gran Bretaña y se conformó con llamar de vuelta a su embajador en París y publicar una proclama en la que anunciaba se negaría asilo a los franceses regicidas. En cuanto a los exiliados, ante las sospechas fundadas de que había entre ellos elementos sediciosos, en el *Home Office* se hizo necesario dictar órdenes a los oficiales de aduanas para controlar los equipajes de los recién llegados y confiscar posibles libelos y panfletos pro-revolucionarios. También se realizaron esfuerzos por impedir ediciones populares de la obra de Paine aunque, como queda indicado más arriba, no fueron suficientes para impedir su distribución masiva²⁰.

19. THOMPSON, Edward, P., *The Making of the English Working Class*, New York, 1963, pp. 107-108. Texto completo en <http://books.google.com/books> [consultado: 7-X-2011].

20. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, p. 120.

Las victorias francesas en Europa, por otra parte, provocaron el resurgimiento del radicalismo popular en Gran Bretaña, sucediéndose por todo el país las celebraciones de esas victorias, con frecuencia acompañadas de disturbios. Octubre y la primera quincena de noviembre fueron especialmente conflictivos. La prioridad de Pitt pasó entonces a ser el orden público. Y de ahí se deriva el proceso de reformas legislativas de carácter represivo que se desarrollaría a lo largo de los meses siguientes.

Una guerra inevitable

Con la ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793, el conflicto bélico se presentó ya como inevitable. La declaración de guerra formulada por la Francia revolucionaria a Gran Bretaña del 1 de febrero obligó a Pitt a renunciar a esa difícil neutralidad por la que tanto se había esforzado. El día 24 de ese mismo mes, el rey Jorge III declaraba a su vez la guerra a la ya enemiga Francia. Difícilmente habría podido Pitt imaginar que el enfrentamiento bélico que comenzaba en febrero de 1793 se prolongaría durante veinte años, con el breve intervalo de cese de hostilidades –más que de paz– fruto del Tratado de Amiens firmado el día 25 de marzo de 1802 y que llegaría a su fin el 18 de mayo de 1803. A lo largo de esta larga guerra, no obstante, el territorio británico nunca sería utilizado como campo de batalla –los desembarcos en Gales de febrero de 1797 fueron acciones propias de un sainete y los intentos por alcanzar Irlanda en 1798 un desastre para los invasores revolucionarios–. Los primeros enfrentamientos anglo-franceses de una larga guerra que no llegaría a librarse en territorio británico tuvieron lugar en las provincias holandesas, tras integrarse Gran Bretaña en 1793, junto con varios estados europeos, en la primera de una serie de seis coaliciones antifrancesas²¹. Estas coaliciones, de las que el Reino Unido siempre fue parte integrante, sufrieron variaciones respecto al resto de países que las componían, debido especialmente a los recelos y a la desconfianza existente entre los principales estados continentales.

Los inicios de la guerra fueron favorables a los coaligados. Eliminada la amenaza de invasión en Holanda, el Ejército británico destinó 40.000 soldados a apoyar a los austriacos en Bélgica, mientras que la *Royal Navy* confirmaba su dominio marítimo en Europa, al tiempo enviaba expediciones con la misión de conquistar las colonias francesas. La victoria parecía segura cuando, en agosto de 1793, la importante base naval francesa de Toulon en manos

21. PHILIP, Mark, «Revolution» en MCCALMAN, Iain (ed.), *An Oxford Companion...*, p. 23. Véase también, OMAN, Carola, *Britain against Napoleon*, Londres, 1942, pp. 58-62 y 89-91.

de disidentes realistas, se alzó contra la Revolución y solicitó la cooperación de Gran Bretaña y sus aliados.

Fue allí donde tuvo lugar la primera, y fortuita, actuación estelar de un joven Napoleón Bonaparte –acababa de cumplir 24 años– que irrumpiría en el escenario esbozado interviniendo eficazmente en una acción contra los enemigos de la Revolución apoyados, precisamente, por varias unidades de la Armada británica. Tras caer herido el oficial al mando de la artillería del ejército revolucionario, el 16 de septiembre de 1793, se encomendó el mando al entonces comandante Napoleón, quien demostró sus grandes cualidades tácticas como artillero identificando y ocupando las posiciones clave para cerrar el paso a los británicos y recuperar el puerto²².

El empuje francés consiguió dar un vuelco a la situación y pronto las fuerzas aliadas tuvieron que retirarse, quedando la Primera Coalición hecha trizas. Toulon cayó a finales de 1793; Bélgica y Holanda sufrieron la invasión francesa en 1794-1795 y, en abril de 1795, los restos del Ejército Auxiliar británico (formado en su mayor parte por tropas alemanas mercenarias) fueron evacuados de Hanover tras una difícil retirada durante un invierno feroz. Hasta la expedición británica a las colonias francesas sufrió pérdidas desorbitadas provocadas por diversas enfermedades.

Aunque la hazaña de Toulon no hizo todavía famoso al comandante Bonaparte en Gran Bretaña, fue crucial como catapulta hacia su fulgurante carrera en Francia, siendo ascendido a general de brigada y nombrado comandante en jefe de la Artillería francesa en la campaña de Italia.

Los británicos ante Napoleón Bonaparte: del entusiasmo a la decepción

La biografía de Napoleón ha sido objeto de estudio y revisión constante a lo largo de la historia. Resulta un tanto pretencioso tratar de aportar algo nuevo a la misma. Merece la pena, sin embargo, destacar su condición de hablante nativo de italiano, la lengua propia de su isla natal, Córcega. Antes de ser enviado a Francia, a la edad de nueve años, Napoleón tuvo que seguir un curso intensivo de francés para preparar su futura carrera. A pesar de ello, y de formarse en este país, nunca llegó a desprenderse de su acento italiano ni a escribir en francés con corrección gramatical, lo que podría explicar que, de manera sistemática, siempre dictara cuantos documentos oficiales firmó. Algunos historiadores sostienen que Francia nunca fue para él *la patrie*, y que siempre se sintió corso, al menos emocionalmente. Parece cierto también que, influido por la teoría de la «soberanía popular» de Rousseau, al

22. REES, D. y STILES, A., *Napoleon, France and Europe*, Londres, 1993, pp. 6-11.

principio contempló la Revolución como una oportunidad para los corsos de independizarse de Francia, tal y como antaño habían soñado respecto a separarse de Génova. Con el tiempo, una vez que Córcega pasó a ocupar un plano secundario en la vida de Napoleón, el sentido corso de lealtad familiar prevaleció en él y determinó muchos de los nombramientos y cargos políticos que otorgó²³.

Los acontecimientos políticos e institucionales que tuvieron lugar en Francia, ya en 1794 –con la caída de Robespierre e implantación del Directorio– influyeron de forma decisiva en una mayor división ideológica entre la ciudadanía en Gran Bretaña. Los *Whigs* más radicales, con Fox al frente, adoptaron posturas muy extremistas, lo cual supuso una reducción considerable de sus partidarios. En el centro del espectro ideológico estaban los *Whigs* moderados, seguidores de Burke. Y muy próximos a ellos, aunque con diferencias, se situaban los *Tories* liderados por Pitt. La división de los primeros favoreció al Gobierno de Pitt, que pudo dedicarse a combatir a fondo la agitación social y las graves revueltas que se extendían por todo el país. La situación, no obstante, en ningún momento implicó el peligro claro de una revolución propiamente dicha. Las agitaciones no eran monocolor sino que en muchas ocasiones resultaban protagonizadas por grupos enfrentados, al participar en ellas los sectores de la ciudadanía más leales al sistema establecido, y más horrorizados ante el devenir de Francia.

En este contexto de decepción con la Revolución Francesa por parte de la mayoría, y de aferramiento obstinado a los ideales que representaba por parte del resto, emerge en Gran Bretaña la figura de Napoleón, que pronto pasaría a remplazar a la Revolución como elemento unificador entre los diferentes grupos enfrentados.

La primera mención pública que se hace al futuro emperador es seguramente la que se registra en la edición correspondiente a 1795 y publicada en 1796 del ya mencionado *Annual Register* editado por Burke. Se trata de una breve referencia relacionada con los acontecimientos de París de principios de octubre, o *Vendémiaire*, utilizando la terminología revolucionaria, y que en Francia se denomina *L'insurrection royaliste d'octobre 1795*. El texto del anuario reza así:

«(...) Fue en medio de este conflicto cuando Bonaparte apareció por primera vez en el escenario de la guerra, y con su conducta y su valor sentó las bases

23. *Ibid.*, p. 5.

de esa confianza en sus facultades que pronto le llevarían al ascenso y a la gloria»²⁴.

Ya en esta brevísima mención se aprecia una admiración y una confianza en el futuro del general realmente llamativas, además de una actitud muy objetiva por parte del autor del texto, teniendo en cuenta que estaba describiendo a alguien que había provocado una masacre mediante el uso de artillería contra sus propios conciudadanos.

La siguiente referencia, ya de mayor extensión, que se hace a Bonaparte aparece en la edición del mismo anuario correspondiente a 1796 y publicada en 1797. La mención a Bonaparte está relacionada ahora con la campaña de Italia, en la que el corso cosecha victoria tras victoria.

«Los franceses estaban al mando del general Bonaparte, quien ya destacó a raíz del enfrentamiento habido entre las tropas de la Convención y los grupos parisinos en octubre de 1795. Un oriundo de Córcega nacido para mandar, que combina la intrepidez del antiguo romano con la sutileza y la habilidad del italiano moderno. Y ambas cualidades se ven enriquecidas por una educación liberal, además de militar. Con apenas treinta años de edad, había manifestado su destreza militar no solo en aquella sino también en otras ocasiones muy decisivas, y había adquirido una reputación que le había proporcionado el más alto grado de estima entre los de su profesión. Las tropas a su mando consistían en poco más de cincuenta mil hombres. Pero contaba con la confianza absoluta de todos ellos y se le consideraba igualmente valioso para la ardua tarea que se había aventurado a emprender»²⁵.

Esta misma edición del anuario ya recoge más noticias relativas a Napoleón, incluyendo una larga arenga que supuestamente dirigió a sus tropas tras la victoria obtenida en Cerdeña, con abundantes referencias a las hazañas de la antigua Roma y caracterizada por una inteligente oratoria, muy acorde con la gratificación psicológica que necesita el soldado para seguir luchando. La presencia del general «francés» en las páginas de este y sucesivos números del anuario, así como en la prensa periódica londinense, irá poco a poco acaparando la atención y el interés de redactores y lectores.

En medio de esa recepción positiva de Napoleón por parte de la sociedad británica, entre 1796 y 1798 el país sufrió una sucesión de importantes reveses. Bonaparte había conquistado el norte de Italia y había continuado

24. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1795*, London, (2ª ed.) 1800, p. 106. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 8-X-2011].

25. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1796*, London, (2ª ed.) 1807, pp. 87-88. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 7-X-2011].

avanzando hasta llegar cerca de Viena, forzando a Austria a firmar un tratado de paz en abril de 1797. Por otra parte, el Banco de Inglaterra, acuciado por una grave crisis financiera, se vio obligado a interrumpir los pagos en moneda y a recurrir al papel moneda a partir de febrero de 1797, lo cual tuvo un efecto ominoso en un país de reconocida estabilidad financiera. Otro símbolo del orgullo nacional que se tambaleó fue la prestigiosa Royal Navy cuando, entre abril y mayo de 1797, la flota del Canal se amotinó en Spithead y The Nore (Kent). Para algunos miembros del Gobierno de Londres, como el secretario del War Office, William Windham, estos alarmantes sucesos habían sido instigados hábilmente por la prensa radical pro-revolucionaria, considerada como principal responsable de la rebelión naval²⁶. El Gobierno británico, sin embargo, supo afrontar inteligentemente esta revuelta admitiendo gran parte de las reivindicaciones de los marineros, con lo que se solucionó el problema con relativa rapidez. Una última afrenta que sufrió el país llegó desde Irlanda en mayo de 1798, cuando estalló una insurrección generalizada, aunque breve, contra el dominio británico²⁷.

A medida que la figura de Napoleón iba alcanzando una magnitud más trascendente, en Gran Bretaña se le fue identificando con la encarnación del éxito profesional fruto del talento, idea muy respetada en ese país. Su relación con la Revolución Francesa fue objeto de amplio debate, naturalmente sujeto a las divergentes líneas ideológicas y partidistas predominantes. De todos modos, al principio de su fama, como se refleja en la forma en que se le presenta ante los lectores del anuario británico, la acogida fue unánimemente favorable e incluso esperanzadora. Las alianzas que Gran Bretaña fue estableciendo con Austria, Prusia, Rusia y el resto de Europa nunca resultaron del todo satisfactorias. Ello fue debido especialmente a los recelos entre unos y otros aliados, y al insaciable afán de todos ellos por obtener «indemnizaciones de guerra» de carácter expansionista y territorial tras las eventuales victorias²⁸. La interminable sucesión de guerras, revolucionarias primero, y napoleónicas después, no fue solamente responsabilidad de Napoleón, como explica Gates²⁹, sino también de británicos, austríacos, prusianos, rusos, suecos y otros países

26. ASPINALL, Arthur, *Politics and the Press, 1780-1850*, Brighton, 1973, p. 86. Para un estudio muy completo y actualizado de los principales periódicos londinenses de la época y su adscripción política, véase DURÁN DE PORRAS, Elías, *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia. Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en A Coruña (1808-1809)*, A Coruña, 2008.

27. MUIR, Rory, *Britain and the defeat of Napoleon*, London, 1996, pp. 2-3.

28. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, pp. 204-206.

29. GATES, David, *The Napoleonic Wars. 1803-1815*, London, 2003, pp. 1-2.

beligerantes, que lucharon no solo contra Bonaparte sino también entre ellos por conseguir y retener la hegemonía.

Por otra parte, como sucedió con la propia Revolución, según ya se ha adelantado, la imagen de Napoleón fue cambiando a medida que sus acciones daban un giro cada vez mayor hacia el absolutismo militar. Y con ello, de la unanimidad inicial se fue pasando a la mayor de las discrepancias. Para los radicales *Whig*, Napoleón surgía como el mejor fruto de la Revolución, una promesa de resultado positivo que demostraría que todo había valido la pena, la última esperanza para poder justificar, o al menos olvidar, las atrocidades cometidas. Para el conjunto de la intelectualidad británica, su admirable carrera militar se explicaba sobre la base de sus dotes profesionales y de sus incuestionables habilidades personales. Al valorar esa fulgurante carrera no se tuvo en cuenta un factor crucial para la misma derivado de que, con algunas excepciones, Francia se había ido quedando sin oficiales, especialmente en la época de la Convención y debido a la persecución a que fue sometida la nobleza –de donde procedían exclusivamente los militares de carrera anteriores a la revolución–.

La popularidad de Napoleón no crecía solamente en Gran Bretaña. Aumentaba, y preocupaba mucho más en la propia Francia. A su vuelta de Italia, en diciembre de 1797, con la colaboración de Talleyrand, y apoyado en esa popularidad, presentó al Directorio un ambicioso proyecto para invadir Egipto. Su sorpresa, y la de su colaborador, fue inmensa cuando se le respondió con una negativa. El Directorio prefirió encargarle la supervisión de una posible invasión de Inglaterra. Tras inspeccionar los puertos del Canal de la Mancha desde Boulogne hasta Amberes, en febrero de 1798, Napoleón volvió a París mostrándose contrario a emprender esa aventura por considerarla demasiado arriesgada. Lo que quería era abordar una campaña mucho más ambiciosa que le permitiría hacer realidad su sueño oriental. Sus planes para invadir Egipto fueron rechazados en dos ocasiones más por el Directorio, pero finalmente consiguió convencer a sus miembros y desapareció de la escena europea durante un tiempo, llevándose 335 buques con sus tripulaciones al completo, 1.200 caballos, 171 piezas de artillería, 35.000 soldados y un «Comité de Artes y Ciencias» formado por 167 sabios que incluía científicos, matemáticos, artistas, inventores, escritores y orientalistas³⁰.

La expedición de Napoleón pasó a ser el objetivo principal de la Armada británica, con el almirante Nelson a la cabeza. Aunque Francia logró conquistar Egipto, que ocupó hasta 1801, el balance de la campaña fue desastroso, y

30. STRATHERN, Paul, *Napoleon in Egypt*, New York, 2008, pp. 20-30.

suficiente motivo para truncar la carrera del artillero. No fue así, aunque la forma en que abandonó a su ejército y algunas de sus actuaciones, como la matanza de prisioneros en Acre, han quedado para la historia como algunas de las mayores razones de su deshonra. Para la Armada británica, el esfuerzo fue «un paseo», a modo de una útil serie de ejercicios prácticos de táctica naval. El gran beneficio, de carácter científico y cultural, fue para la humanidad. El botín, Piedra de Rosetta incluida, para Gran Bretaña. La edición del *Annual Register* correspondiente a 1799 dedicó sus tres primeros y extensos capítulos a dar cuenta de las actuaciones de Bonaparte en Egipto, incluyendo documentación ilustrativa y citando las fuentes correspondientes. La serie de epígrafes que anuncian y resumen los contenidos del capítulo VI de este anuario es digna de revisión por su elocuencia:

«Vicisitudes de Colonización, Comercio y Artes. Reacción de la expedición de Egipto, sobre los asuntos de Europa. Política interna de Francia. Violación de la libertad en las elecciones. Disensiones civiles. Finanzas. Supresión de periódicos. Ejecución de leyes contra los eclesiásticos y los emigrantes. Fuga y retorno de diputados deportados. De Guayana a Europa. Ley para la confiscación de las propiedades de los exiliados, en caso de que eviten o abandonen el lugar de su destierro. Debates en ambos consejos acerca de esto. Comisiones militares, procesos judiciales y ejecuciones. Ley para investigar todos cuantos ataques se han perpetrado contra personas y propiedades por causa de animadversión contra lo público y sus simpatizantes. Espantosos efectos de esta ley. Saqueo, venalidad y corrupción»³¹.

La imagen que se proyecta de la represión practicada en la Francia revolucionaria «post-Terror» no puede ser más descarnada, especialmente al incluir el término «ejecuciones» con total naturalidad, mezclado con otras referencias a asuntos habituales. Las noticias que luego se ofrecen con mayor detalle explican que se han suprimido doce periódicos, el endurecimiento de las leyes que regulan la persecución a los eclesiásticos, y la forma en que se abren las puertas a acciones vengativas, o inspiradas por la avaricia, con la nueva ley cuyos espantosos efectos ya se anuncian en el texto de arriba, por mencionar solamente algunos ejemplos.

La información que Burke transmite a sus lectores está orientada a desprestigiar los resultados de la Revolución haciendo campaña contra la misma. A la altura de 1801, cuando ve la luz este anuario, Napoleón no es aún el principal objeto de las críticas de los políticos moderados y conservadores británicos, todavía mucho más preocupados con los riesgos de las

31. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1799*, London, 1801, p. 85. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 8-X-2011].

agitaciones populares en su propio país. Napoleón, como se puede observar en los registros de los debates parlamentarios, no es considerado como un enemigo político, sino como un poderoso rival militar al que hay que vencer y respetar al mismo tiempo, ya que está al servicio de su patria y lucha por conseguir los objetivos que se le señalan, al igual que sucede con sus homólogos británicos. El anuario dedicado a 1799 recoge ya muy brevemente la importante noticia de la inesperada vuelta de Napoleón a Francia y su actuación involucionista contra el Directorio, el que pasaría a la historia como *Golpe de Brumario* de los días 9 y 10 de noviembre de 1799. Se cumplía la profecía de Burke. El breve pero explícito relato de los hechos que se ofrece a los lectores, tras referir las más recientes intrigas y conspiraciones en torno al Directorio, es como sigue:

«(...) Baste recordar lo que ya ha sido comentado: que los nuevos gobernantes, cuando accedieron al cargo recurrieron al uso y al poderío de las armas. Y ello a pesar de que, mientras que la voz de los jacobinos se alzaba a favor de la guerra, los impuestos y la conscripción, el grito de la mejor parte de la nación clamaba por la seguridad personal, la preservación de la propiedad y la paz. En esta dualidad, que supondría, por un lado, la vuelta de los realistas (que ha de tener lugar, si las potencias aliadas no encuentran una vigorosa y eficaz resistencia) y el sistema del Terror, con todas las cargas de la guerra, por el otro lado, la nación francesa, con admiración y pesar, recordó a su héroe quien, sin conscriptos ni contribuciones monetarias de procedencia francesa, condujo a Francia a la victoria y a la gloria. En estas circunstancias, a principios de octubre desembarcó Bonaparte repentinamente en Fréjus, en Provence, cual espíritu procedente de otro mundo. Y con la misma inmediatez desmanteló la obra revolucionaria de diez años y asumió el poder soberano sobre una nación incapaz de asumir la libertad republicana –presa de facciones enfrentadas, corruptas por igual– bajo el nombre de cónsul jefe»³².

La figura histórica de Napoleón se presenta ante los lectores del anuario como la de un héroe mesiánico («like a spirit from another world») en quien se confía para salvar a Francia de la Revolución y destruir lo que se ha hecho desde su estallido diez años antes. Como se puede apreciar, para los conservadores británicos, así como para los *Whig* moderados, Napoleón es todavía considerado como alguien beneficioso en quien se ponen todas las esperanzas.

El anuario correspondiente a 1799 en el que, como queda indicado, aparecía el texto citado elogiando a Napoleón, no vio la luz hasta 1801, es decir, más de un año después de que sucedieran los acontecimientos que relata.

32. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1799*, London, 1801, p. 318. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 8-X-2011].

Podría pensarse que todavía en ese momento la figura de Napoleón era mayoritariamente respetada. Sin embargo la situación era muy diferente. En 1799, antes de los sucesos de noviembre, Napoleón era respetado y admirado en Gran Bretaña tanto por la mayoría de los *Whigs* como por gran parte de los intelectuales y escritores en general. Las victorias que el general francés había cosechado en Egipto frente a los mamelucos inspiraban un gran respeto hacia su genio y cualidades militares, y se valoraba especialmente también su habilidad como líder, capaz de inspirar en sus soldados una confianza ciega. Sin embargo, a raíz del proceso involucionista de noviembre, fueron muchos los admiradores de Bonaparte que sufrieron una grandísima decepción y, como siempre, con la excepción de los *Whigs* más radicales, aquella admiración se transformó en un rechazo frontal. El gran estratega militar no podía convertirse en un político, y mucho menos por la fuerza.



James Gillray. *El Triunvirato Consular francés redactando la nueva Constitución*. 1799³³

33. Colección particular.

En el caso de Pitt y sus seguidores, la desconfianza hacia Bonaparte era generalizada. A pesar de los aparentes intentos de este último por firmar un tratado de paz con Gran Bretaña ya en 1800, el Gobierno británico nunca se fió de él. Durante las sesiones de los debates parlamentarios, el Primer Ministro no ocultaba la intensa antipatía que sentía por el Primer Cónsul. El día 3 de febrero de 1800, por ejemplo, aprovechando una intervención acerca de las que consideraba «ilusorias» propuestas de paz procedentes de Bonaparte, Pitt ofreció un breve resumen de las fases por las que había pasado la política francesa, describiendo los actos de agresión cometidos por el país vecino, según él «ensombrecidos por la perfidia» a costa de los territorios circundantes. Y refiriéndose a su antagonista manifestó:

«Este es el principal espíritu de la Revolución y su impulsor: (...) Es el mismo que ha caracterizado a Brissot, Robespierre, Tellien, Reubel, Barras y a todos los líderes del Directorio, pero a ninguno de ellos en mayor medida que a Bonaparte, en quien están unidos todos los poderes (...)»

A continuación, tras denunciar su participación en los saqueos de Italia y Suiza, en el golpe de «Fructidor» de 1797, y en la «despótica» ocupación de Malta y Egipto, Pitt añadía:

«Su dominio de Francia se debe a la espada, y a nada más. ¿Está vinculado a la tierra, o a las costumbres, o los afectos, o desafectos del país? Es un extraño, un extranjero y un usurpador; combina en su persona todo cuanto un verdadero republicano debe detestar; todo aquello a lo que un rabioso jacobino ha renunciado, todo cuanto un realista sincero y fiel ha de percibir como un insulto. ¿Si encuentra oposición en su carrera, a qué recurre? *Recurre a su fortuna*; en otras palabras, a su Ejército y a su espada, depositando pues toda su confianza en el apoyo militar ¿Puede consentir que su renombre militar se desvanezca, que sus laureles se marchiten, que la memoria de sus logros se hunda en la oscuridad? (...) ¿No hay nada que permita comprobar si la fortuna de este último aventurero en la lotería de las revoluciones tendrá visos de permanencia?»³⁴

En el anuario correspondiente a 1801 se anticipaban ya con total claridad y acierto las principales líneas de actuación que el Primer Cónsul parecía haber diseñado respecto a su política exterior. Estas consistían en provocar la unión

34. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon. Essays and Letters*, London 1912, p. 14. Dos años después de la muerte de Pitt se publicaría en el efímero periódico valenciano *El Correo del otro mundo* una carta apócrifa de Pitt, dirigida a Napoleón desde el más allá, que posiblemente habría hecho feliz a su supuesto autor. En ella se repasan con detalle los numerosos actos de traición a España cometidos por el emperador. Véase LEÓN NAVARRO, Vicente, «Papel y poder de la prensa en la Guerra de la Independencia (1808-1809). El caso valenciano», *El Argonauta Español*, n° 7 (2010). <<http://argonauta.imageson.org/sommaire46.html>> [consultado: 8-X-2011].

de todas las potencias marítimas en contra de Gran Bretaña, a fin de excluirla de los puertos europeos; atacar y, si fuese necesario, someter a Portugal, como única potencia aliada que le quedaba; y, finalmente, acosar hasta agotar su paciencia a la nación británica mediante la continua amenaza de invasión³⁵. Estas tres presuntas líneas de actuación se cumplirían en un plazo más o menos largo, según los casos.

El primero de los propósitos de Napoleón llegó a lograrse en gran medida, como uno de los resultados de sus campañas expansionistas por Europa. Al igual que otros países en la órbita francesa, España contribuyó al Bloqueo Continental en 1807 con el envío a Dinamarca de la llamada División del Norte, formada por 15.000 soldados a las órdenes del general Caro Sureda, marqués de La Romana³⁶. La cuestión portuguesa sería abordada seriamente ese mismo año, esta vez exclusivamente con ayuda española³⁷. Respecto a la eterna y nunca cumplida amenaza de invasión, en realidad lo que Bonaparte hizo fue, precisamente, mantener el acoso para tener ocupada a parte de la flota británica. Y también para beneficiarse del efecto psicológico que producía en la población y, por tanto, en los dirigentes del país, una situación de alerta permanente. Parece ser que el momento más claro en que se planteó seriamente la invasión se sitúa entre marzo y julio de 1805³⁸. Finisterre primero y Trafalgar después acabarían ese mismo año con la ilusoria aventura.

El principal efecto que tuvo esa amenaza en Gran Bretaña no fue precisamente positivo para la imagen de Bonaparte en el país, ya que sus fieles defensores *Whig* se quedaron con muy pocos argumentos para seguir siéndolo. Desde los primeros momentos en que se puso en práctica el Bloqueo Continental, y se detectaron desde los buques de la Navy y desde las costas inglesas los preparativos para una posible invasión, localizados sobre todo en las costas de Boulogne, la clase política británica y la ciudadanía en general desarrollaron un sentimiento antinapoleónico que no desaparecería hasta Waterloo. Los sucesivos anuarios, al igual que la prensa en general, se dedicaron a denostar su imagen e incluso a demonizarle.

35. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1801*, Londres, 1802, p. 76. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

36. Véase, por ejemplo, FRASER, Ronald, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, 2006, pp. 204-210.

37. MOLINER PRADA, Antonio, «La Guerra de la Independencia en el contexto de las guerras napoleónicas», en MOLINER PRADA, A. (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, pp. 16-17.

38. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon...*, pp. 114-145.

El prefacio a la edición del *Annual Register* correspondiente a 1802, publicada en 1803, ilustra perfectamente esta tendencia cuando hace referencia a los doce años que han pasado ya desde que Europa se viese envuelta en una guerra desoladora, con sus antiguas fronteras alteradas por el «espíritu innovador de la Revolución» y con sus habitantes expuestos sucesivamente, bien a los «estrados del invasor», bien a la «amistad no menos agotadora del país protector». Napoleón pasa a ser un «innombrable aventurero militar o el corso usurpador», evitándose mencionarle directamente³⁹. Es precisamente en 1802 cuando aparece el primer número de una de las publicaciones periódicas más influyentes del momento. Se trata del famoso *Cobbett's Weekly Political Register*. Si bien al describir la naturaleza de este periódico, ya suficientemente definido en su cabecera, Cobbett anuncia en primer lugar que ofrecerá un resumen y análisis del contenido de los debates parlamentarios, las actuaciones del Gobierno de Francia –especialmente aquellas que «directa o indirectamente» afecten a los intereses británicos– ocupan el segundo lugar en la relación de contenidos previstos. Aunque en ese momento se «disfrutaba» de una fase de tregua –más que de paz– entre ambos países, el recelo y la desconfianza respecto a la política armamentista francesa y su sospechosa orientación colonialista son notorios a lo largo de las páginas de Cobbett⁴⁰.

Las críticas al Consulado que las publicaciones británicas difundían en sus páginas no se limitaban a su afán expansionista. Fueron muchas las voces que se alzaron también contra la forma en que se desarrollaba la política interior del Primer Cónsul, caracterizada por una fuerte represión y una despiadada persecución de sus opositores, tras cuyos pasos él siempre veía la sombra de Inglaterra. Pero el punto culminante de esas críticas se produjo cuando los observadores británicos comprendieron que Napoleón había decidido dar el paso más espectacular de su vida y convertirse en emperador de los franceses:

«(...) Nada podría favorecer más a la ambición personal de Bonaparte que el estado actual de las cosas. Toda Francia se postraba ante él como nunca, y estaba dispuesta a anticiparse a sus deseos con la sumisión más abyecta. Si su vanidad y osadía le hubiesen inducido, a la manera de algunos héroes de la antigüedad, a exigir que se le reconociese un origen divino, probablemente no habría encontrado la menor resistencia por parte de la nación. Pero

39. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1802*, London, 1803. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

40. *Cobbett's Weekly Political Register*, nº 1, London, 16-I-1802, pp. 2-3 y 16-18. A partir del mes de septiembre de 1802, William Cobbett decidió recopilar los números de su publicación semanal formando con ellos lo que denominó *Cobbett's Annual Register*, que en realidad era semestral.

la corona de Francia era el objeto de sus aspiraciones desde mucho tiempo atrás. Los sentimientos de pesar de la población por su antigua monarquía hacían sin duda que cualquier sistema de gobierno cercano a ella, incluso en la persona de Bonaparte, se les antojase aceptable. Y por ello vemos la utilización de ese sentir general como argumento principal para anticipar sus pretensiones (...)»⁴¹.

La pomposa coronación de Napoleón, cuya immortalización en óleo el ya emperador encargó a Jacques-Louis David, escenificaría el descalabro de gran parte de los logros de la Revolución Francesa de la mano de un «extranjero», para deleite de la mayoría de los británicos. En medio de ese rechazo, no obstante, Napoleón aún se erguía como una figura ambivalente, gracias a la persistencia de aquella admiración generalizada de que había gozado su genio militar.

Los grandes poetas y escritores del Romanticismo inglés reflejaron en sus obras los procesos por los que había pasado la ciudadanía y la clase política británica en sus representaciones de Napoleón. Todos ellos demostraron también muy pronto un gran entusiasmo con su figura. Sin embargo, ya a principios de 1799 expresaba su gran decepción el más prestigioso del momento, el poeta laureado y temprano hispanista Robert Southey. En un poema titulado «History», repite este autor de forma recurrente la siguiente pregunta: «Was it for this?» («¿Todo para esto?») ⁴². El finalizar ese año de 1799, tampoco ellos fueron unánimes en el modo de construir sus respectivos *napoleones*. El ya mencionado Wordsworth, junto con Coleridge y Southey –los conocidos como *Lake Poets*–, comenzaron a diferir en sus representaciones de Napoleón de sus principales antagonistas ideológicos Byron y Hazlitt. Ambos grupos de autores aplicaron sus particulares puntos de vista políticos y culturales sobre los debates del momento a sus respectivas imágenes de Napoleón, quien fue crucial para la forma en que concibieron su propio papel y el concepto de sí mismos, hasta el punto de que incluso llegaron a rivalizar con él a través de sus obras literarias. Todos ellos estuvieron obsesionados con el dicotómico héroe/rufián en que se había convertido Bonaparte ⁴³.

Los procesos de construcción y deconstrucción del inspirado artillero quedan bien ilustrados mediante el repaso de algunos de los numerosos

41. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1804*, London, 1806, pp. 165-166. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

42. BAINBRIDGE, Simon, *British Poetry and the Revolutionary and Napoleonic Wars. Visions of Conflict*, Oxford, 2003, pp. 80-82.

43. Para un detallado estudio de las representaciones de Napoleón en el Romanticismo inglés, véase BAINBRIDGE, Simon, *Napoleón and English Romanticism*, Cambridge, 1995.

calificativos contradictorios que se le aplican en las referencias contemporáneas a su carrera: por un lado, «extraordinario», «gigante», «grandioso», «gran», «maravilloso», «prodigioso» y «generoso»; por el otro, «cruel», «mezquino», «despiadado», «pérfido», «cobarde», «lunático» e «imperioso». Y lo mismo sucede con las numerosas, y contradictorias entre sí, alusiones a Bonaparte tomadas de una gran cantidad de arquetipos históricos y personajes míticos y literarios, tanto de renombre como denostados. Bainbridge registra un total de 54, entre los que destacan Alejandro Magno, Augusto, Tiberio, Julio César, Diocleciano, Carlos V de España, Gengis Khan, Cambises, Aníbal, Atila, Catilina, Carlo Magno, Alí Pachá, Oliver Cromwell, George Washington, William Pitt, Wellington, Macbeth, Ulises, Prometeo, Argos, Júpiter, Saturno, Marte, Goliat, Magog, y Byron⁴⁴.

Un número superior aún de epítetos denostadores atribuidos a Napoleón aparecieron recogidos en *Buonapartephobia*, un folleto de gran formato obra de William Hone, que vio la luz en 1815 y que en 1820 iba por la décima edición⁴⁵.

De todos los creadores románticos, es posible que Wordsworth sea quien mejor ilustre la evolución del pensamiento de la época, pasando de una defensa ciega de la Revolución que, como ya se ha señalado, le llevó a justificar la ejecución de Luis XVI, a una gran decepción provocada por la época del Terror. Napoleón aparecería ante él como una promesa destinada a resucitar el mejor espíritu revolucionario, para convertirse a continuación en un traidor a todo cuanto la Revolución prometía. En 1802, cuando Napoleón consiguió ser nombrado Primer Cónsul vitalicio e introducir el principio hereditario en la nueva Constitución, que consagraba su poderío, tanto Wordsworth como Coleridge y como Southey vieron desmoronarse definitivamente todas aquellas ilusiones. Aprovechando la breve tregua derivada del tratado de Amiens, Wordsworth volvió a Francia por tercera vez en 1802 para visitar a Annette Vallon y a la hija de ambos, Caroline, de diez años de edad. Coincidió entonces con multitud de ingleses que cruzaron también el Canal ese mismo año para admirar a la Francia republicana. El enfado de Wordsworth con sus compatriotas viajeros quedó reflejado en sus sonetos sobre la independencia y la libertad, especialmente en el titulado *Calais*, de agosto de 1802⁴⁶:

44. *Ibid.*, pp. 1-9.

45. Se encuentra *online* la novena edición de este panfleto, publicada también en 1820 en formato de cuadernillo, en <http://honearchive.org/etexts/buonapartephobia/buonapartephobia-html.html> [consultado: 25-XI-2011].

46. Is it a Reed that's shaken by the wind,/Or what is it that ye go forth to see?/Lords, lawyers, statesmen, squires of low degree,/Men known, and men unknown, sick, lame,

«Es un junco por el viento agitado,
 O qué es lo que vais allí a ver?
 Lores, letrados, hombres de estado,
 Señores de baja estofa,
 Hombres famosos, y hombres ignotos, enfermos, ciegos y cojos,
 Transportados allá todos, como iguales criaturas,
 Con ofrendas de temprana fruta se agolpan para inclinar la rodilla
 En Francia, ante la recién- nacida Majestad.
 Es así siempre. Vosotros, hombres cuya mente se humilla,
 El reverente gesto puede al poder tributarse;
 Mas es ello leal virtud, nunca mostrada
 De forma apresurada, ni brotando de pasajera lluvia:
 Desaparecidas la verdad, la sensatez, la libertad,
 ¿Esperar una hora habría sido tal penuria?
 ¡Qué vergüenza, inconscientes, a la esclavitud tendentes!»

Sus quejas se centraron en el hecho de que los curiosos viajeros británicos se congratulaban ante una Francia que se había traicionado a sí misma aclamando a un general del Ejército como Primer Cónsul vitalicio⁴⁷. La referencia a una «recién nacida Majestad» encarnada en el Primer Cónsul atribuye un carácter advenedizo a Napoleón al tiempo que anticipa proféticamente la vuelta al *ancien régime* de su mano. Tras la auto-coronación de Napoleón, que establecía un imperio dinástico, de la desilusión mayoritaria se pasó a la más traumática estupefacción, ya generalizada. No sucedió así en el caso de Wordsworth, para quien los acontecimientos venían simplemente a corroborar sus predicciones.

Por otra parte, al igual que sucedía con los radicales reformistas, Byron y Hazlitt mantuvieron hasta el final una defensa –aunque no ciega– de la figura de Napoleón, utilizando su imagen como el símbolo de su firme oposición al gobierno *Tory*. Efectivamente, ya en su poema épico *Childe Harold's Pilgrimage*, cuya primera parte se publicó en 1812, Byron aludiría a la tiranía del imperialismo napoleónico y se referiría al emperador como «el azote del mundo» («The Scourger of the World»)⁴⁸. A pesar de reconocer, y censurar, los errores

and blind./Post forward all, like creatures of one kind,/With first-fruit offerings crowd
 to bend the knee/In France, before the new-born Majesty./'Tis ever thus. Ye men of
 prostrate mind./A seemly reverence may be paid to power;/But that's a loyal virtue,
 never sown/In haste, nor springing with a transient shower:/When truth, when sense,
 when liberty were flown./What hardship had it been to wait an hour?/Shame on you,
 feeble Heads, to slavery prone!

47. THOMPSON, Edward P., *The Romantics, England in a Revolutionary Age*, Suffolk, 1997, pp. 60-61.

48. BYRON, George G., *Childe Harold's Pilgrimage*, Canto I, 52, en *The Complete Poetical Works*, 6 vols., ed. de Jerome MCGANN, Oxford, 1986. Byron escribe lo anterior a raíz

de Napoleón, Byron siempre se esforzó por mantener contracorriente la imagen positiva que quiso construir de su héroe, incluso después de la derrota definitiva del general en Waterloo y su posterior y final confinamiento en Santa Helena. Todavía en 1823, Byron se referiría a sí mismo como «El gran Napoleón de los reinos de la rima» («The Grand Napoleon of the realms of rhyme»)⁴⁹. Al igual que Byron, el ensayista Hazlitt y los más radicales opositores de los sucesivos gobiernos *Tory* se aferrarían a una imagen de Napoleón tan interesada como contradictoria y le serían fieles hasta el final. Napoleón fue muy consciente de que tenía valedores entre los políticos británicos, especialmente Fox y sus seguidores. Durante su primer confinamiento en Elba, recibió un día la visita de dos oficiales de la milicia británica, el comandante I. H. Vivian y un «Mr. Wildman», con quienes mantuvo una entrevista a finales de enero de 1815. En un momento de la conversación, según registró posteriormente Vivian:

«[Napoleón] expresó la opinión de que Inglaterra y Francia deberían ser aliadas. Al indicarle yo con la cabeza lo improbable de tal situación, dijo: «Por qué no? –El mundo es suficientemente grande – Francia no necesita inmiscuirse en asuntos comerciales. Hubo un hombre, Fox, que habría podido lograrlo pero, desgraciadamente, está muerto»⁵⁰.

La controversia que suscitó la figura de Napoleón fue en gran medida la causa principal de su inmensa popularidad, que llegó a todas las capas de la sociedad británica y en la que se combinaban el odio y el temor con una cierta veneración fetichista. Ya en 1807, su imagen se reproducía con mucho éxito de ventas en las famosas fábricas de porcelana de Staffordshire, siendo el personaje representado con mayor frecuencia⁵¹. Y no era raro encontrar figuras suyas en los lugares más insospechados, como le sucedió a Southey en una posada, según recoge en su obra *Letters from England*⁵². Byron y Hazlitt, naturalmente, poseían bustos del emperador. A finales del siglo XIX existían, solamente en Londres, cientos de esculturas, figuras y bustos de Bonaparte en otros tantos domicilios particulares. Bainbridge ha desarrollado la teoría

de su paso en el verano de 1809 por una España sublevada contra el emperador: véase sus *Cartas y poesías mediterráneas*, ed. de COLETES BLANCO, Agustín, Oviedo, 2010, pp. 191-220.

49. BYRON, George G., *Don Juan*, ed. de STEFFAN, T. G., STEFFAN, E., y PRATT, W.W., Harmondsworth, 1982, XI, 55, pp. 5-8.

50. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon...*, p. 174. Efectivamente, Fox había fallecido ya en 1806, justamente el mismo año que su rival Pitt.

51. Véanse, por ejemplo, <http://www.frostantiques.co.uk/staffordshire-figures/P813.html> y /P782.html.

52. SOUTHEY, Robert, *Letters from England by Don Manuel Alvarez Espriella. Translated from the Spanish*, London, 1807. ed. utilizada, New York, 1836, p. 38.

de que esos iconos tenían la función de «domesticar» al enemigo, cuya efigie formaba parte integrante de los enseres familiares⁵³.

Napoleón protagonizó además —especialmente en 1803, cuando el temor a una invasión francesa de Inglaterra fue más intenso⁵⁴— una inmensa cantidad de grabados elaborados por Gillray y otros artistas del momento, quienes recrearon su imagen mediante las más diversas caricaturizaciones de su personalidad. Estos grabados controlaron en cierto sentido la forma en que Napoleón se hizo visible en Gran Bretaña, siendo representado principalmente de manera cómica y ridiculizadora en unas ocasiones, y diabólica y monstruosa en otras. Aunque la circulación de los grabados era necesariamente limitada, la impresión y difusión masiva de otras formas de texto, como los folletos y los famosos *broadsides*, o carteles apaisados de gran tamaño, permitió garantizar que las imágenes denostadoras de Bonaparte llegaban a todas las capas de la población, analfabetos incluidos. Las imágenes de los acontecimientos relacionados con el presunto invasor inminente, que se difundían por todo el país, le representaban sobre todo como un advenedizo, o un usurpador. Los numerosísimos autores de los *broadsides* eran anónimos, aunque se tiene constancia de que el propio Cobbett y Hester Lynch Piozzi se encuentran entre ellos⁵⁵. La profusión de este tipo de sátira gráfica contribuyó así a moldear en gran medida la percepción que la población británica fue teniendo de Bonaparte, adquiriendo un alto valor propagandístico en su contra⁵⁶.

La siguiente caricatura, firmada por Gillray en 1803, resume todo ello. Al fondo, a la izquierda, se muestra un difuminado *broadside* titulado *The Roast Beef of Old England*, precedido de un grabado que representa a un buey (animal emblemático de Gran Bretaña) observado por una diminuta rana, en inglés *frog*, apodo peyorativo utilizado por los británicos para referirse a los franceses. Delante de este cartel se encuentra una silla parecida a la llamada *Coronation Chair* en la que está grabado el escudo real. A su izquierda, sobre una mesa, se halla un ejemplar de la *London Gazette*, órgano de difusión oficial en la que se leen dos elocuentes titulares: *List of Captures e Imports*. Un divertido y nada alarmado John Bull, personificación emblemática de Gran

53. Intervención de Simon Bainbridge en el Simposio titulado «Napoleon in the Zenith. A Bicentennial Symposium» y celebrado en la Universidad de Liverpool en junio de 2007.

54. El número de grabados que aparecen registrados en la British Library correspondientes a 1803, en su gran mayoría representando a Napoleón, es equivalente a la suma de los registrados para 1801, 1802 y 1804.

55. SEMMEL, Stuart, *Napoleon and the British*, London, 2004, p. 41.

56. Para una recopilación de las principales sátiras gráficas de Napoleón creadas entre 1801 y 1815, véase BRYANT, Mark, *Napoleonic Wars in Cartoons*, London, 2009.

Bretaña, cargado de folletos patrióticos en los bolsillos de su chaleco, escucha el mensaje del alarmista. En su mano izquierda sostiene una jarra de cerveza adornada con una corona y rebosante de espuma. A pesar de su atuendo de campesino, John Bull es sin duda el rey Jorge III. Porta en su mano derecha un grueso bastón coronado con una talla en forma de cabeza de un bulldog. Al fondo, a la derecha, se observan multitud de panfletos, todos ellos encolados sobre un muro de ladrillo, tal y como se mostraban al pueblo. El alarmista se parece mucho al líder de la oposición *Whig*, Richard B. Sheridan, aunque va vestido como un andrajoso, asomando incluso los dedos de su pie izquierdo por su destrozada bota. Porta fajos de panfletos, junto con un cepillo de largo mango, listos para encolar en las paredes. Es muy interesante la típica gorra roja que cuelga de su bolsillo identificándole con un jacobino. Su postura ligeramente encorvada aporta un aspecto siniestro al conspirador. Los panfletos que presuntamente ha encolado al muro tienen títulos muy alarmistas, como «Vivid libres o morid esclavizados», «Monstruo consular», «Para devorar a mujeres y niños», «Invasión de Gran Bretaña, Pillaje, Destrucción, Violaciones, Asesinato», etc.



James Gillray, *John Bull and the Alarmist*. 1803⁵⁷

57. <http://pucl.princeton.edu/objects> [consultado: 26-XI-2011].

El mensaje del alarmista reza como sigue: «¡El ladrón corso ha abandonado su emplazamiento y viene para violar a vuestras mujeres e hijas!»⁵⁸. La respuesta de John Bull a esta advertencia no puede ser más entusiasta: «¡Dejadle que venga y sea derrotado! ¡Qué le importa a Johnny Bull! Con mi grueso bastón bien firme le romperé el cráneo, o estrujaré al vil reptil entre mis dedos índice y pulgar. ¡Le haremos apestar como un chinche si osa intentarlo!»⁵⁹

Efectivamente, mientras que los británicos pro-revolucionarios más radicales trataban de sembrar la alarma entre la población, insistiendo en una inminente invasión del país, liderada por Bonaparte, los moderados trataban de evitar que se generase un estado de desasosiego tal que provocase movilizaciones incontrolables de la población. Los anti-jacobitas más radicales, por su parte, se envalentonaban, como demuestra John Bull y, lejos de alarmarse, lo que deseaban era una oportunidad para aplastar a los invasores y eliminar la amenaza para siempre. El rechazo a Napoleón era compartido por todos ellos; sin embargo, las razones esgrimidas para ese rechazo no eran las mismas en todos los casos, como también era desigual la forma en que cada uno de los dos grandes bandos enfrentados (*Whigs* y *Tories*) trataba de utilizar en su beneficio la situación.

En noviembre de 1803 un todavía monárquico Cobbett se quejaba de que los periodistas clamaban contra Napoleón por considerarle «un déspota, no un demagogo, un tirano, en lugar de un usurpador, un traidor a su pueblo, no a su soberano» y les reprochaba que, en lugar de esforzarse por convencer al pueblo de que en Francia la tiranía había surgido del principio de igualdad, los articulistas londinenses protestaban contra Bonaparte por haber destruido tal nefasto principio⁶⁰. Las quejas de Cobbett reflejan con nitidez la forma paradójica en que se interpretó la imagen de Napoleón en Gran Bretaña. El rechazo hacia su persona y sus actos era unánime. Sin embargo, los motivos sobre la base de los cuales se construía esa imagen negativa y denostada del Primer Cónsul eran muy diferentes. Para los sectores más radicales, Bonaparte era un traidor a la todavía admirada e idealizada Revolución. Para los moderados, Napoleón era, precisamente, el monstruo resultante de la misma.

58. «The Corsican Thief has slip'd from his Quarters \ And coming to Ravish your Wives & your Daughters».

59. «Let him come and be D—n'd! – what cares Johnny Bull! \ With my Crabstick assured I will fracture his Scull! \ Or I'll squeeze the vile reptile 'twixt my Finger & Thumb, \ Make him stink like a Bug, if he dares to presume!»

60. *Cobbett's Annual Register for 1803*, vol. II, 12-XI-1803, pp. 705-706.

Conclusiones

Como había sucedido con la Revolución Francesa, en el Reino Unido, desde la aparición de Napoleón en el escenario revolucionario hasta su transformación en un ambicioso déspota ilustrado, los políticos, ensayistas, periodistas, poetas románticos, intelectuales y autores literarios británicos en general asumieron diferentes representaciones del personaje en función de su propia orientación ideológica. Representaciones que fueron evolucionando de forma paralela a la propia evolución del futuro emperador e intentaron, o bien otorgarle un lugar importante en el imaginario popular, o bien desplazarle del mismo. Esa doble y dinámica imagen del famoso general, compatible consigo misma, se reflejó con gran fidelidad en el conjunto de la ciudadanía. Napoleón se proyectó en Inglaterra en dos dimensiones: como un personaje histórico real, el brillante oficial cuyo genio militar, digno de veneración, se vio superado por la desmesurada ambición y el ansia de poder político, y como un decepcionante traidor a los ideales revolucionarios que se convirtió en un tirano condenado al fracaso, aunque en ningún caso al olvido.

Tanto la Revolución Francesa como Napoleón Bonaparte fueron instrumentalizados en Gran Bretaña por *Whigs* y *Tories* con el fin de reforzar sus respectivas y encontradas posturas y, quizás lo más importante, en su pugna por conseguir el apoyo de la ciudadanía. La imprenta, la prensa, la sátira gráfica, y la propaganda mediática en general, al igual que la creación literaria, especialmente la poética, se pusieron incondicionalmente al servicio del sector de opinión coincidente con la respectiva orientación ideológica de sus autores.

En el caso de los poetas románticos, la mediación fue muy sincera y muy fiel a la realidad que se presentaba inexorable ante ellos. El ejemplo más paradigmático de todo este proceso se encuentra en la persona de Wordsworth quien, por un lado, pasó de justificar la ejecución de Luis XVI en 1793 a rechazar de la forma más contundente las consecuencias de la Revolución y, por otro, de admirar y ensalzar a Napoleón a denostarle con la misma contundencia. El ejemplo más interesante de una lucha contumaz por mantener el mito del héroe Napoleón, a pesar de admitir sin paliativos sus errores históricos, se encuentra en el caso de Byron.

Todavía dos siglos más tarde, esa dualidad está presente en las representaciones de Napoleón, inspirando admiración y rechazo al mismo tiempo. Quienes eligen el lado positivo de su imagen apelan a la forma en que garantizó para Francia, y para gran parte de Europa, las bases de un sistema administrativo eficaz. Otros prefieren quedarse con la figura autoritaria del traidor a los principios de la Revolución, o la del represor que desarrolló un expansionismo territorial agresivo y restauró el sistema monárquico con el establecimiento de

su propio imperio absolutista. Todos reconocen su genio militar. En cualquier caso, el nombre de Napoleón ha conseguido enraizar en la cultura popular y convertirse en un mito –en la actualidad es aún frecuente encontrar figuras y bustos de Napoleón en los hogares europeos y norteamericanos–. También ha sido objeto de multitud de investigaciones científicas. Una de las imágenes más famosas del general es la creada por Jacques-Louis David en 1812, *Napoleón dans son Bureau*. Representa a un personaje poco atractivo, de baja estatura y ligero sobrepeso, con escaso pelo y marcadas entradas. Está impecablemente vestido y peinado en un entorno asociado al estudio y al conocimiento gracias a la presencia de numerosos libros, entre los que destacan dos gruesos volúmenes depositados en el suelo –con seguridad representando algunos de los muchos tomos de la magna obra auspiciada por él, *Description de l'Égypte*– y rodeado de mobiliario y decorados alusivos a Egipto. Napoleón oculta la mano derecha en el interior de su chaleco. Esta postura, junto con el conocido bicornio, es identificada universalmente con el emperador francés de origen corso a quien, al igual que lo que sucede con los clásicos grecolatinos y con los emperadores romanos, se reconoce simplemente por su nombre: Napoleón.



Jacques-Louis David, *Napoléon dans son Bureau*. 1812⁶¹

61. National Gallery of Art, Washington, USA.

Alexandre I^{er}, Napoléon et les relations franco-russes

Alexander I, Napoleon and Franco-Russian Relations

Marie-Pierre Rey

Université Paris I-Panthéon Sorbonne

Recibido: 3-VII-2011

Aceptado: 19-XII-2011

Resumen

Alejandro I, entronizado en marzo de 1801 y educado en el espíritu de las Luces, toma conciencia de la necesidad de reformar el imperio dando prioridad a las cuestiones internas; pero pronto la política exterior le absorbe totalmente, de forma que su reinado quedará marcado por el enfrentamiento con Napoleón. La alianza de Tilsit se revela ambigua y las relaciones franco-rusas se degradan hasta la tragedia de 1812. El zar, que salió victorioso y transformado de la prueba –se volvió profundamente religioso–, hace sentir su peso en la reconstrucción del continente europeo, jugando un papel personal importante en el Congreso de Viena y en Tratado de la Santa Alianza. Sin embargo, desde 1820-1821 Alejandro I tiene una visión del mundo cada vez más paranoica, y la Santa Alianza se convierte en una herramienta represiva al servicio del absolutismo.

Palabras clave: Alejandro I de Rusia, Napoleón Bonaparte, Imperio, Tilsit, Congreso de Viena, Santa Alianza, Represión.

Abstract

Educated in the spirit of the Enlightenment, upon his accession to the throne in March 1801, Alexander I, intending to reform his empire, gave priority to domestic issues; but very quickly, foreign policy came to dominate the agenda, and his duel with Napoleon wholly absorbed his energies. Because of the ambivalence of the Tilsit alliance, Russian-French relations continuously deteriorated after 1807, leading to the 1812 tragedy. Vanquisher of Napoleon, the tsar who has been transformed by the ordeal (he became religious), became anxious to rebuild the European continent on a new basis. This explains the personal role he played during the Vienna Congress and the project

of Holy Alliance that he encouraged. But by 1820-21, Alexander became more and more paranoiac in his political views and the Holy Alliance has been transformed into a tool to repress liberal ideas in the service of conservative regimes.

Keywords: Alexander, Napoleon, Empire, Tilsit, Vienna Congress, Holy Alliance, Repression.

En juin 1812, la Grande Armée napoléonienne, forte de 450.000 soldats dont la moitié seulement sont français, envahit l'empire russe, –alors le plus grand empire au monde– avant de s'y trouver en grande difficulté, d'être contrainte à la retraite à la fin octobre et de rentrer chez elle, décimée au sens propre: sur les 600.000 hommes engagés (au fil de la guerre 150.000 hommes furent appelés en renfort) un peu plus de 10% seulement revirent leurs familles et leurs villages.

Au-delà du choc de la guerre proprement dite, la campagne de 1812, appelée guerre patriotique par les Russes, eut des conséquences majeures tant pour le continent européen que pour la France et la Russie: l'empire napoléonien disparaît avec sa défaite tandis que la Russie devient après sa victoire un acteur majeur du jeu diplomatique européen et l'une des puissances dominantes du Congrès de Vienne.

Or, loin de constituer un épisode militaire isolé, cette campagne s'apparenta non seulement à un duel géopolitique entre Napoléon I^{er} et Alexandre I^{er} qui, débutant en 1805 et se prolongea jusqu'en 1815, mais plus encore à une lutte idéologique autant que psychologique et religieuse, voire messianique, entre deux individus et deux conceptions du monde.

De ces deux hommes, l'histoire n'a pas gardé le même souvenir: alors que Napoléon I^{er} reste une figure majeure de la mémoire collective, l'histoire européenne n'a pas conservé grand-chose d'Alexandre I^{er}: sa personnalité, ses idées politiques et les raisons qui l'ont amené à triompher d'un ennemi qu'il percevait comme «un génie militaire» tandis qu'il se décrivait, lui, comme «un homme ordinaire», tout ceci a été oublié ou est demeuré largement méconnu. L'étude de ce face à face sera donc l'occasion ici de traiter non seulement de l'affrontement franco-russe et de ses conséquences pour la scène européenne, mais aussi également de la personnalité et des idées politiques d'Alexandre I^{er}¹.

Pour ce faire, cette contribution sera structurée en trois parties: la première partie évoquera les traits saillants de la vie et de la personnalité d'Alexandre avant le choc avec la France; la seconde traitera des origines du conflit franco-russe et de l'engrenage qui conduit à l'affrontement de 1812;

1. Pour une étude récente et fondée sur archives de la personnalité et du règne d'Alexandre I^{er}, voir REY, Marie-Pierre, *Alexandre I^{er}*, Paris, Flammarion, 2009. Voir également: HARTLEY, Janet, *Alexander I*, Londres et New York, Longman, 1994; HARTLEY, Janet, «Russia and Napoleon: State, Society and the Nation» in ROWE, Michael, (ed.) *Collaboration and Resistance in Napoleonic Europe: State formation in an age of upheaval, c.1800-1815*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2003; et HELLER, Michel, *Histoire de la Russie et de son empire*, Paris, Plon, 1997.

enfin, la dernière partie traitera des conséquences à court et moyen termes de la victoire russe.

I. «Le porteur de couronne en herbe»²

Né en décembre 1777, Alexandre est l'aîné des petits-enfants de la grande impératrice Catherine II³ qui depuis son coup d'Etat de 1762, règne d'une main de fer sur l'empire russe.

L'enfance et la formation du tsarévitch

Choyé par sa grand-mère Catherine II qui l'appelle «Monsieur Alexandre» ou «le porteur de couronne en herbe», Alexandre a été très tôt destiné au trône: alors qu'il n'a que sept ans, l'impératrice décide de le soustraire à l'influence de ses parents, son fils Paul⁴ et sa belle-fille Maria Fiodorovna⁵ pour lesquels elle n'a que mépris et de le faire éduquer auprès d'elle au Palais d'Hiver. L'enfant vit donc à la cour de Catherine II, avec son jeune frère Constantin tandis que ses parents vivent avec le reste de la famille à une trentaine de kilomètres du Palais d'hiver, soit à Gatchina, le palais préféré de Paul qu'il a transformé en véritable forteresse militaire, soit à Pavlovsk, un château magnifiquement aménagé par Maria Fiodorovna, la mère d'Alexandre. Très tôt, le jeune Alexandre est donc confronté à deux univers radicalement différents:

Au Palais d'Hiver, Alexandre s'habille à la française –veste de velours, bas de soie et souliers à nœud; il applaudit avec enthousiasme aux pièces de théâtre, aux concerts et aux fêtes données en l'honneur de sa grand-mère; il assiste au spectacle d'une Cour occupée à célébrer, dans la magnificence, la toute-puissance et la gloire de Catherine II. Il y côtoie des courtisans, des artistes et des écrivains de grand talent. A Gatchina, l'atmosphère est tout autre: ici point de courtisans, mais des bataillons de soldats revêtus de l'uniforme prussien, en hommage au roi Frédéric de Prusse pour lequel Paul affiche une grande admiration. Bottés, sanglés dans leurs uniformes prussiens, Alexandre

2. L'expression est de sa grand-mère Catherine II. Récurrente sous sa plume, elle apparaît pour la première fois dans la lettre au baron Grimm du 28-III-1779.

3. Sur le règne de Catherine II, voir DIXON, Simon, *Catherine The Great*, London and New York, Longman, 2001, et MADARIAGA, Isabel de, *Russia in the age of Catherine the Great*, London, Littlehampton Book Services Ltd., 1981.

4. MACGREW, Roderick, *Paul I of Russia, 1754-1801*, New York, Oxford University Press, 1992. Et RAGSDALE, Hugh, *Tsar Paul and the Question of Madness: An Essay in History and Psychology*, New York, Greenwood Press, 1988.

5. MARTIN, Marie, *Maria Feodorovna en son temps, 1759-1828, contribution à l'histoire de la Russie et de l'Europe*, Paris, L'Harmattan, 2003.

et son frère Constantin y participent, une fois par semaine en été, aux manœuvres auxquelles se livrent les soldats de leur père.

Cette dualité des lieux et des contextes a sans nul doute compté dans la personnalité du futur empereur: elle l'a rendu secret, réservé à l'égard de son prochain et de fait, le jeune homme ne se confie librement qu'à un tout petit nombre de personnes: sa mère Maria Fiodorovna, sa sœur Catherine et bientôt son précepteur, le Suisse Frédéric-César de Laharpe⁶. C'est à partir de septembre 1784 et jusqu'en mai 1795 que Laharpe est nommé par l'impératrice précepteur des grands-ducs Alexandre et Constantin et que, selon un plan d'éducation édicté par Catherine II elle-même, il va quotidiennement, donner aux deux enfants un enseignement de français, d'histoire, de littérature, de droit et de géographie, tandis que d'autres précepteurs enseignent aux enfants, les mathématiques, la physique, les sciences naturelles et la religion. Républicain convaincu, épris des idées des Lumières, Laharpe se montre attaché à donner au futur empereur et à son frère Constantin des valeurs et des principes politiques et moraux. Son but n'est pas de faire du futur souverain un érudit mais «un honnête homme» et un «citoyen éclairé», capable d'exercer son esprit critique et par là même d'assumer au mieux ses fonctions d'empereur. Mais dans le même temps, passionnément attaché aux idéaux de démocratie, de république, Laharpe est très influencé par la pensée de Rousseau. Au fil de ses cours⁷, et en particulier de ses cours d'histoire, il affirme des idées fortes: chaque homme, y compris le souverain, doit respecter les lois; la tyrannie et l'oppression d'un homme par un homme sont condamnables; le bon prince doit être prudent et tempéré dans ses comportements, travailler pour le bien de son peuple et ne jamais sombrer dans la paresse et l'oisiveté, bannir l'usage de la torture. Enfin —et cette idée est évidemment une idée maîtresse dans l'enseignement de Laharpe—, la monarchie de droit divin est un leurre et il est nécessaire de promouvoir des lois et une constitution pour le plus grand bonheur de tous: autant d'idées en complet décalage par rapport au régime autocratique dont devra hériter le tsarévitch.

6. Sur Laharpe, voir *Le Gouverneur d'un prince, Frédéric-César de Laharpe, et Alexandre Ier de Russie* Paris, Georges Bridel, 1902.

7. Dont on peut se faire une idée assez précise grâce aux notes du cours d'histoire in *Le Gouverneur d'un prince...* En outre le cours de littérature de Laharpe, pour l'année 1786, est conservé dans le fonds intitulé « Katalog sobraniâ rukopisej hranâ ihsâ v biblioteke Zimnego Dvorca », (Catalogue de la collection des manuscrits conservés à la bibliothèque du Palais d'Hiver) fonds n° 728, in archives de la Fédération de Russie, (GARF), sous la forme d'un cahier épais rédigé par Laharpe, delo n° 306. Dans ce même fonds, figure aussi le compte rendu de l'activité hebdomadaire des grands-ducs Alexandre et Constantin rédigé chaque semaine par Laharpe.

A partir de 1792-1793, Catherine II détourne Alexandre de ses études en le soumettant à toutes sortes d'obligations de cour; elle le fiance au mois de mai 1793 avec la très belle et très jeune Louise de Bade –elle a alors un peu plus de 14 ans seulement– et le marie dès septembre 1793. En mai 1795, convaincue que l'éducation de son petit-fils est désormais achevée, Catherine II congédie Laharpe.

A cette date, âgé de 17 ans et demi, Alexandre est un adolescent très cultivé, –il parle français sans accent, à la différence de Napoléon qui ne parviendra jamais à se débarrasser de son accent corse–, mais il se montre timide: «J'ai toujours été embarrassé de paraître en public» confiera-t-il plus tard et peu sûr de lui: «Je n'ai été qu'un accident heureux»⁸ dira-t-il en 1815, au lendemain de sa victoire sur Napoléon. Avec le temps, cette timidité disparaîtra mais Alexandre restera un homme aux goûts simples. Il porte rarement une montre, jamais de bijoux⁹, se déplace dans des attelages que rien ne distingue de ceux des courtisans. Son train de vie relativement modeste contraste avec le lustre de celui de Catherine II comme il contrastera plus tard avec celui de Napoléon.

Cette timidité ne l'empêche pas cependant d'exercer son esprit critique et de formuler des idées politiques. Viscéralement hostile à l'expansionnisme russe en Pologne et au troisième partage de la Pologne¹⁰, il se montre critique à l'égard de la corruption qui règne autour de Catherine II et déplore le manque d'intérêt de l'impératrice pour le bien-être de ses sujets: à cette date, Alexandre est bien le digne élève de Laharpe.

Mais il n'a pas, pour autant, d'appétit pour le pouvoir: alors qu'à partir de 1795, Catherine II envisage de désigner son petit-fils comme son héritier légitime au détriment de son fils Paul, Alexandre, informé des projets de sa grand-mère, ne les encourage pas: certes, il est conscient que l'empire russe souffre de dysfonctionnements et d'anachronismes, et rêve de mettre en place une constitution et d'abolir le servage; mais il ne se sent pas encore capable de porter l'esprit de réforme et de l'incarner: à la mort de Catherine II en novembre 1796, il voit donc avec respect son père Paul Ier monter sur le trône.

8. Propos tenus à Madame de Staël qui le complimentait sur son rôle décisif dans la lutte contre Napoléon. Le propos daté de 1812 a été rapporté en 1821 in Mme de Staël, *Dix années d'exil*, chapitre XVII.

9. Dépêche de Joseph de Maistre, en date du 17 (29)-VII-1803. Citée in *Mémoires politiques et correspondance politique de Joseph de Maistre*, Paris, Librairie Nouvelle, 1858, p. 97.

10. L'atteste sa lettre à sa mère, pas de date précise, sans doute début 1794, in GARF, fonds n° 728, opis' n° 1, delo n° 357, 2, p. 52.

Ce règne débute sous de bons auspices; des mesures généreuses d'amnistie sont adoptées à l'égard des prisonniers politiques, le tsar libère les 12.000 Polonais emprisonnés en Russie depuis la dernière guerre d'indépendance polonaise et il interdit le travail forcé le dimanche et les jours de fêtes religieuses; mais très vite, le régime devient de plus en plus arbitraire et tyrannique, tandis que sur le plan diplomatique, les intentions du tsar se brouillent. En octobre 1800, alors que la Russie entretient des liens étroits avec l'Angleterre et que cette dernière est son premier partenaire commercial, Paul se prend à envisager une guerre contre l'Angleterre et une alliance avec la France dans laquelle il voit le moyen de reprendre Constantinople et les Détroits. Et en janvier 1801, pour donner corps à son projet, il ordonne l'organisation d'une expédition militaire antibritannique en Inde.

Jugé déraisonnable par une partie des élites, ce projet aboutit à la préparation d'un coup de force contre le tsar dont Alexandre est informé. Mené par de grands aristocrates anglophiles, le complot vise à déposer Paul au profit de son fils mais il aboutit à l'assassinat brutal de l'empereur, étranglé dans son palais. Cette fin constitua une tragédie personnelle pour Alexandre qui espérait, peut-être naïvement d'ailleurs, que son père aurait la vie sauve et c'est donc par un parricide et un tsaricide, deux pêchés au regard de la loi de Dieu, qu'Alexandre accède au trône impérial.

La tentation de la réforme

A son arrivée sur le trône, Alexandre I^{er} adopte des mesures inscrites dans le droit fil des idées enseignées par Laharpe: ainsi de son décret sur l'abolition définitive de la torture ou de celui sur la dissolution de la police politique secrète. De même, il cherche à promouvoir un projet constitutionnel et songe à abolir le servage. Mais sur ces deux questions clefs, il n'aboutira pas, découragé tant par l'hostilité viscérale de la noblesse russe à tout projet susceptible de remettre en cause l'ordre socio-politique en place que par l'absence de relais sur lesquels s'appuyer pour concrétiser ces projets. Toutefois, l'esprit de réforme ne sera pas vain car Alexandre fait adopter des réformes à la périphérie occidentale de son empire, là où la noblesse semble moins conservatrice et plus ouverte aux idées des Lumières: en 1809, la Finlande conquise par la force est dotée d'une autonomie garantissant à la population un certain nombre de droits et de prérogatives; en 1815 la Pologne nouvellement acquise par la Russie se voit accorder une constitution; en 1816-1817, les provinces baltes de l'empire abolissent le servage... Alexandre I^{er} accorde donc la priorité aux questions intérieures mais très vite, les questions de politique extérieure, et en

particulier les relations franco-russes à l'heure napoléonienne, vont l'absorber tout entier.

II. Les relations franco-russes: des premières tensions à la guerre de 1812

En 1801, le jeune tsar n'a pas encore d'idées bien arrêtées au plan international et les premières conquêtes de Bonaparte ne suscitent pas chez lui de réaction très affirmée.

Les prémisses de la crise

A cette date, aux yeux d'Alexandre Ier, la Russie doit rester à l'écart des affaires de l'Europe. D'une part, parce que la paix est nécessaire pour promouvoir les réformes intérieures auxquelles le tsar aspire, et d'autre part parce qu'une partie de l'armée russe se trouvant alors engagée dans la conquête de la Transcaucasie, il ne convient pas de multiplier les zones de front. Mais cet attentisme n'empêche pas le tsar d'observer d'un œil critique l'évolution diplomatique et plus encore l'évolution politique de Bonaparte.

A partir de 1803, en effet, le jugement à l'égard de celui qui de Consul est devenu Premier consul puis consul à vie se fait de plus en plus critique. L'atteste une lettre qu'il adresse à Laharpe en juillet et où, ce tsar autocrate, doté de tous les pouvoirs, reproche à Bonaparte, de manière pour le moins paradoxale, d'avoir trahi l'esprit de la Révolution Française en préférant «singer les cours» et en s'attribuant des pouvoirs illimités¹¹. Mais en dépit de ces griefs, le tsar reste encore attaché à préserver la paix au nom de l'intérêt national. Toutefois, dans les mois qui suivent, la situation évolue, sous l'influence de deux facteurs clefs.

Le premier facteur, c'est l'intérêt nouveau que montre alors la France de Bonaparte pour l'empire ottoman. En juin 1802, la signature d'un traité de paix entre Paris et Istanbul suscite l'inquiétude des diplomates russes qui se sentent menacés dans leur sphère d'influence privilégiée. Le second facteur, décisif, c'est l'affaire de l'enlèvement du duc d'Enghien. En mars 1804, le duc, grande figure du parti royaliste accusé de conspirer contre Napoléon Ier, est brutalement enlevé par la police française à Ettenheim puis sommairement exécuté en France. Or Ettenheim se trouve en pays de Bade c'est-à-dire dans un territoire de l'Empire allemand cher à la famille du tsar puisque l'épouse

11. Lettre du 7 (19)-VII-1803, Kammenye Ostrova, in *Correspondance de Frédéric-César de La Harpe et Alexandre Ier, suivie de la correspondance de F.-C. de la Harpe avec les membres de la famille impériale de Russie*, publiée par BIAUDET, Jean-Charles et NICOD, Françoise, Neuchâtel, éditions de la Baconnière, 3 vols., 1978-1980, t. II, pp. 44-45.

d'Alexandre, l'impératrice Elisabeth, est née Louise de Bade. Cet enlèvement qui viole la neutralité du pays de Bade résonne comme un affront personnel pour le tsar: il lui faut, désormais, pense-t-il, s'opposer coûte que coûte, politiquement et militairement, aux ambitions de Napoléon Bonaparte et pour ce faire, rejoindre les rangs de la coalition.

Mais pour Alexandre I^{er}, il est crucial non seulement de nouer une entente militaire contre l'empereur français, mais de lui donner une dimension géopolitique et idéologique. En septembre 1804, Alexandre I^{er} envoie donc un de ses amis et conseillers le comte Novossiltsev, auprès du premier ministre britannique Pitt, afin de convaincre ce dernier de la nécessité de lutter contre Napoléon par les armes et par les idées. Pour ce faire, le tsar propose la mise en place d'une nouvelle carte européenne qui serait respectueuse de l'équilibre entre les Etats européens et l'instauration d'un système de sécurité collective capable d'assurer une paix durable au continent. Il évoque même l'idée d'une «ligue des nations européennes», ce qui atteste la grande modernité de ce projet. Mais de ces idées à la fois trop neuves, trop ambitieuses et trop floues, Pitt ne voudra pas: la mission Novossiltsev n'aboutit qu'à la signature d'une alliance militaire classique faisant de l'empire russe un partenaire de la nouvelle coalition qui se forme en 1805 contre Napoléon.

Du fiasco d'Austerlitz à l'alliance de Tilsit

A l'hiver 1805, pour Alexandre I^{er}, qui vient de prendre la tête de ses troupes en écartant le général Koutouzov de son poste de chef d'état-major, l'heure est à l'optimisme. Le tsar est convaincu que la troisième coalition ne pourra qu'être victorieuse, tant les troupes alliées engagées dans le conflit sont nombreuses. Au même moment, Napoléon qui, lui, ne veut pas d'un conflit avec la Russie, cherche à temporiser: son ennemi, c'est l'Angleterre, dans une moindre mesure l'Autriche et la Prusse mais en aucun cas la Russie. Pour Napoléon, qui minimise volontairement l'importance de l'affaire du duc d'Enghien, aucun différent sérieux ne sépare les deux pays. Aussi en novembre envoie-t-il auprès d'Alexandre un émissaire chargé de le convaincre d'accepter une entrevue bilatérale. Mais d'humeur belliciste, Alexandre décline l'offre, rendant par là la guerre inéluctable.

Le 2 décembre, sous le soleil d'Austerlitz, le conflit à peine engagé est immédiatement défavorable aux troupes russes et celles-ci sont submergées sous l'assaut des Français. Sans appel, la défaite est particulièrement traumatique pour le tsar puisqu'il y a pris une part directe en assumant lui-même la direction des opérations. Le bilan humain, très lourd, se double d'un désastreux bilan diplomatique: dès le 26 décembre, l'empereur d'Autriche signe le

traité de Presbourg qui marque la fin de la troisième coalition. A cette date, le tsar se dit prêt à poursuivre le combat contre Napoléon aux côtés du roi de Prusse. Mais ce dernier, conscient des pertes énormes que son armée a subies, est à son tour poussé à conclure un traité avec Napoléon. Au début de l'année 1806, Alexandre Ier apparaît donc comme très isolé dans son combat contre l'empereur des Français.

Les mois qui suivent amènent un nouveau revirement, la guerre reprenant entre la France et la Prusse. Mais elle tourne au fiasco pour la Prusse: le 14 octobre, en deux batailles, celle d'Iena, et celle d'Auerstaedt, l'armée prussienne est anéantie.

Cinglante, la défaite prussienne prend le tsar par surprise mais alors qu'une partie de l'armée russe se trouve engagée dans une guerre contre l'empire ottoman, le 26 octobre 1806, Alexandre Ier annonce par un manifeste solennel le début d'une nouvelle guerre contre la France. Et quelques jours plus tard, le 16 novembre, il ordonne à l'Eglise orthodoxe d'excommunier Napoléon: Alexandre veut que le pays, et ses élites en particulier, soient en mesure de résister à la séduction idéologique et politique que l'empereur des Français exerce en Russie¹². Une annonce du Saint Synode, lue dans toutes les églises russes les dimanches et les jours de fêtes religieuses, accuse Napoléon d'être la «bête de l'Apocalypse» et de vouloir la fin de l'Eglise orthodoxe, tandis que caricatures et pamphlets anti-napoléoniens se multiplient dans la presse pour souder la population derrière le tsar. Mais en dépit de cette mobilisation et des moyens mis en œuvre par la Russie –120.000 hommes aux côtés des 14.000 soldats prussiens–, le nouvel engagement contre Napoléon s'achève par une nouvelle catastrophe. Le 14 juin 1807, avec 12.000 morts ou blessés et près de 10.000 soldats faits prisonniers alors que les pertes françaises ne s'élèvent qu'à 1.645 tués et 8.000 blessés, la bataille de Friedland contraint Alexandre à une réorientation diplomatique douloureuse. Il lui faut désormais solliciter de la part de Napoléon la signature d'une paix bilatérale, scellée lors de l'entrevue de Tilsit.

On a beaucoup écrit sur l'entrevue de Tilsit, y compris des chansons et des poèmes populaires et l'événement a fait l'objet d'interprétations très diverses en raison de son impact tant sur les relations franco-russes que sur le devenir du continent européen. La difficulté qui se pose à l'historien soucieux de comprendre ce qui s'est réellement passé à Tilsit s'explique largement par le fait que, malgré le décorum et la théâtralité qui entourèrent un événement talentueusement mis en scène, la réalité de la rencontre elle-même fut largement

12. Voir HARTLEY, Janet, *Alexander I...*

soustraite aux regards et aux commentaires: «Des bords du fleuve, on put voir les deux souverains aborder le radeau, entrer par les deux extrémités du pavillon, s'embrasser... et ce fut tout. Le reste fut voilé à tous les regards»¹³ rappelle dans ses *Souvenirs* le général Paulin alors présent dans l'escadre de Napoléon.

Durant leur première rencontre le 25 juin 1807, les deux souverains s'observent dans un duel à fleuret moucheté. Pour le Russe, il s'agit d'obtenir une paix honorable, pour le Français, il s'agit de sceller une alliance fiable. Napoléon attend d'Alexandre I^{er} qu'il reconnaisse la légitimité de ses titres et de ses conquêtes en Europe occidentale et centrale, qu'il admette le démembrement de la Prusse et le soutienne activement dans sa lutte contre l'Angleterre; quant à Alexandre I^{er}, il espère, lui, signer la paix sans perte territoriale et sauver la monarchie prussienne sans pour autant s'engager trop avant dans une alliance. Durant près de deux semaines, Napoléon et Alexandre vont se livrer à de fréquents entretiens, tandis que leurs conseillers diplomatiques travaillent à la préparation des textes. Et les conversations des deux souverains portent sur des sujets stratégiques et géopolitiques mais aussi politiques. Alexandre I^{er}, en digne élève de Laharpe, affiche des positions libérales qui surprennent l'empereur des Français. A Sainte-Hélène, Napoléon confiera ainsi à Las Cases à propos de ses conversations avec le tsar russe:

«Croira-t-on jamais», disait l'Empereur, ce que j'ai eu à débattre avec lui: il me soutenait que l'hérédité était un abus dans la souveraineté, et j'ai dû passer plus d'une heure et user toute mon éloquence et ma logique à lui prouver que cette hérédité était le repos et le bonheur des peuples»¹⁴.

Durant ces quinze jours, les deux souverains font mutuellement assaut d'amabilités et de compliments et la séduction semble partagée. Dans une célèbre lettre à Joséphine, Napoléon écrit: «Mon amie, je viens de voir l'Empereur Alexandre: j'ai été fort content de lui; c'est un fort beau, bon et jeune empereur; il a de l'esprit plus que l'on ne pense communément». Et plus loin, il conclut sans hésitation que «si Alexandre était une femme, j'en ferais mon amoureuse»¹⁵. Quant à Alexandre I^{er}, il se dit lui-même impressionné par le «génie» et le charme de l'empereur et écoute, avec admiration semble-t-il, Napoléon briller dans leurs conversations. Mais en réalité, il fait semblant

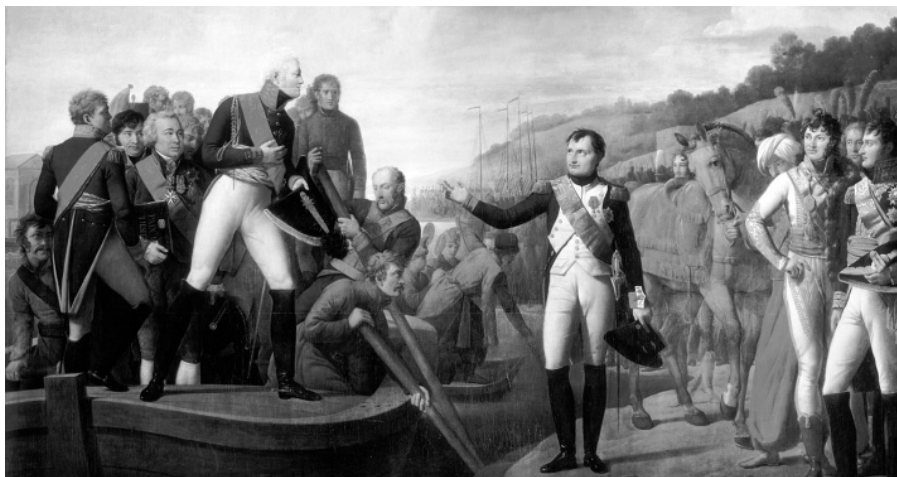
13. *Souvenirs du général baron Paulin*, Paris, 1895. Cité in SHILDER, Boris N., *Imperator Aleksandr I: ego žizn' i carstvovanie*, (*L'Empereur Alexandre I^{er}, sa vie et son règne*), 4 vols., Peterburg, A.S. Suvorin, 1897-1898, t. II, p. 293.

14. LAS CASES, Emmanuel de, *Mémorial de Sainte-Hélène*, propos tenus par Napoléon entre le dimanche 10 et le mardi 12-III-1816.

15. Cité par ENGLUND, Steven, in *Napoléon*, Paris, de Fallois, 2004, p. 359.

d'apprécier l'esprit de l'empereur des Français, le flatte tout en restant lucide, conscient de l'importance des enjeux engagés à Tilsit et de sa propre fragilité. Les négociations, imposées par les circonstances, ne changent rien à ses priorités diplomatiques; loin d'être ébloui par l'alliance sur le point d'être conclue, il reste viscéralement hostile à celui qu'il continue d'appeler dans sa correspondance privée, «Bonaparte» ou «le Corse». Le 7 juin 1807, alors qu'il se trouve encore à Weimar, sur le point de se mettre en route pour Tilsit, il écrit à sa sœur Catherine, dans une formule sans équivoque sur son état d'esprit: «Bonaparte prétend que je ne suis qu'un sot. *Rira bien qui rira le dernier !* Et moi je mets tout mon espoir en Dieu»¹⁶.

Pour Alexandre, l'usurpateur qui a trahi l'idéal de la Révolution française et des Lumières, qui, pour des mobiles personnels a jeté l'Europe dans la tourmente et la guerre, reste un tyran¹⁷ qu'il faudra abattre dès que les circonstances le permettront. Mais en attendant, ces mêmes circonstances, hostiles, incitent à la prudence. D'où la paix conclue le 7 juillet. Mais cette paix que Napoléon, soucieux de se concilier la Russie dans sa lutte obsessionnelle contre l'Angleterre a voulu généreuse, s'avère ambivalente pour le tsar.



Adieux de Napoléon et d'Alexandre Ier après Tilsit (1810).
Gioacchino Serangeli. Château de Versailles.

16. Lettre d'Alexandre Ier à sa sœur Catherine, écrite de Weimar le 26 mai (7 juin) 1807, citée *Perepiska Imperatora Aleksandra I so sestroj Velikoj Knâginej Ekaterinoj Pavlovnoj*, Sankt Peterburg, édition 1910, présentée par le grand duc Nicolas Mikhaïlovitch, p. 17.

17. Le mot *tyran*, souvent employé par Alexandre, fait directement écho aux leçons d'histoire romaine dispensées par Laharpe.

La paix de Tilsit et ses lendemains, de déceptions en crises non résolues

A l'issue des négociations, l'empire russe n'est pas affaibli territorialement. Tout au plus les troupes russes, engagées dans une guerre contre l'empire ottoman allié de la France, doivent-elles évacuer les provinces de Moldavie et de Valachie qu'elles occupaient alors ; en outre, même si la Prusse est sortie amputée du conflit, Alexandre I^{er} a réussi à sauver l'existence même de l'Etat prussien, son allié depuis 1802; enfin, il a obtenu de l'empereur des Français un blanc-seing concernant une possible annexion de la Finlande, alors rattachée à la Suède. Mais la paix de Tilsit n'en demeure pas moins coûteuse pour l'empire russe.

Alexandre I^{er} est contraint d'entériner les changements géopolitiques intervenus en Allemagne, à savoir la formation de la Confédération du Rhin et la création du royaume de Westphalie; il doit renoncer à sa primauté dans les Balkans et concéder à la France napoléonienne un droit de regard dans cette région, alors que Constantinople et les Détroits sont depuis des décennies dans la ligne de mire des Russes; il est sommé d'accepter la constitution d'un grand duché de Varsovie, embryon d'Etat polonais sous tutelle française situé à sa frontière; enfin, il est obligé de s'engager dans une alliance bilatérale contre Londres et de s'associer au blocus continental alors même que l'empire russe réalise la plus grande partie de son commerce extérieur avec l'Angleterre.

En septembre 1808, revenues sur la table lors de la rencontre des deux empereurs à Erfurt, ces sources de tension n'y sont pas résolues. Alors que Napoléon, de plus en plus englué dans les affaires espagnoles, espère l'actif soutien de la Russie dans sa lutte contre l'Autriche et contre l'Angleterre, Alexandre I^{er}, encouragé dans cette voie par Talleyrand qui joue double jeu¹⁸, refuse de céder à la plupart de ses demandes. Certes, le tsar reconnaît la légitimité des conquêtes françaises en Italie et en Espagne et réaffirme sa fidélité au blocus continental; mais il rechigne à s'engager aux côtés de l'empereur des Français pour exiger le désarmement de l'Autriche et se contente de promettre, au cas où l'Autriche reprendrait les hostilités, d'engager contre elle une armée de 150.000 hommes: pour Alexandre, il n'est pas question de participer à l'anéantissement de ce pays. Outre qu'il serait incompatible avec l'idée d'équilibre européen à laquelle il est profondément attaché, cet anéantissement offrirait aux territoires polonais de l'empire autrichien la possibilité de s'émanciper pour s'agréger au duché de Varsovie. Quant à l'engagement du tsar dans une

18. Sur le double jeu de Talleyrand à Erfurt voir WARESQUIEL, Emmanuel de, *Talleyrand, le prince immobile*, Paris, Fayard, 2003, pp. 390-392.

éventuelle guerre contre l'Angleterre, il se limite à de vagues résolutions de principe... De son côté, Alexandre échoue à obtenir de Napoléon, qu'il retire ses troupes de Prusse et il ne parvient pas davantage à lui arracher d'assurances quant au partage de l'empire ottoman et à l'avenir de Constantinople. Aussi, après 18 jours de palabres, les négociations s'avèrent infructueuses: «Les souverains, comme les ministres, comme la cour, commençaient à s'ennuyer, à se fatiguer de cette vie de représentation et surtout de ces discussions qui ne terminaient rien»¹⁹ souligne dans ses Mémoires, Caulaincourt, duc de Vicence, l'ambassadeur de Napoléon à la cour de Saint-Petersbourg.

Sept mois plus tard, lorsqu'en avril 1809 la guerre reprend entre la France et l'Autriche, Napoléon réclame du tsar qu'il respecte ses engagements d'Erfurt et lui accorde son soutien militaire. Mais si Alexandre fait bien masser 70.000 hommes aux frontières de l'Autriche, il en retarde sciemment la mise en mouvement: l'ordre de marche promis pour le 27 avril n'est donné que le 18 mai et une fois les troupes russes en route, ces dernières avancent si lentement, —elles ne franchissent la frontière que le 3 juin—, qu'elles semblent tout faire pour éviter de rencontrer l'ennemi sur le terrain. De cette «traîtreuse» conduite, Napoléon ne tarde pas à tirer les conséquences: en juin 1809, Champagny, ministre français des Affaires étrangères, écrit à Caulaincourt que «blessé», Napoléon «n'apprécie plus l'alliance de la Russie»²⁰, mais il précise aussi que les apparences doivent rester sauves: en Europe, chacun, y compris le tsar, doit encore croire à la solidité de l'alliance franco-russe.

Quelques mois plus tard, en décembre, qu'il s'agisse pour lui de feindre son attachement à l'alliance ou de tenter vraiment de la sauver, Napoléon esquisse une ultime tentative de rapprochement, via son projet de mariage russe.

Ce projet n'est pas le premier. A l'automne 1808, l'empereur des Français a fait part à Talleyrand de son intention de divorcer de Joséphine pour demander en mariage une des sœurs du tsar, afin d'ancrer l'alliance franco-russe tout en donnant un héritier à l'empire. A Erfurt, hostile à ce mariage, Talleyrand, s'en ouvre à Alexandre qui, lui-même réticent, s'empresse en avril 1809 de marier sa sœur Catherine à Georges d'Oldenbourg, fils cadet de Pierre d'Oldenbourg: pour Alexandre, l'alliance franco-russe, purement circonstancielle, ne saurait se prolonger par un lien familial susceptible par la suite, de le gêner dans sa politique européenne.

19. *Mémoires du général de Caulaincourt, duc de Vicence, grand écuyer de l'Empereur*, introduction et notes de Jean Hanoteau, Paris, Plon, 1933, t. I, p. 261.

20. Lettre de Champagny à Caulaincourt, 2-VI-1809, citée in REY, Marie-Pierre, *Alexandre Ier...*, pp. 262-263.

Le 28 décembre 1809, c'est, cette fois, Anne, la plus jeune sœur d'Alexandre, alors âgée de 14 ans, que Napoléon demande en mariage par l'intermédiaire de Caulaincourt. Cette demande suscite autant l'opposition de Maria Fiodorovna que les doutes d'Alexandre: pour la mère comme pour le fils, la jeune Anne ne saurait épouser l'illégitime Bonaparte et s'exposer par là à un avenir incertain. Mais alors que les Romanov tergiversent, finissant le 2 février 1810 par répondre que ce mariage, vu l'âge de la jeune fille, ne pourrait en tout état de cause se conclure avant deux ans, Napoléon, qui n'a pas attendu la réponse définitive de la famille impériale pour négocier (à l'insu de Caulaincourt) un mariage autrichien, obtient la main de l'archiduchesse Marie-Louise. La dernière tentative de rapprochement franco-russe aura fait long feu.

En octobre 1809, le traité de Vienne inflige à l'Autriche vaincue des pertes territoriales en Galicie²¹ et une partie des terres confisquées sont rattachées au grand duché de Varsovie ; or, pour Alexandre I^{er}, ces dispositions ne peuvent qu'augurer de la reconstitution d'un Etat polonais officiellement indépendant mais *de facto* sous tutelle française, ce dont il ne veut pas. Le tsar réclame alors à Napoléon la signature d'un document promettant le non rétablissement de la Pologne: le 4 janvier 1810, à Saint-Pétersbourg, le ministre russe des Affaires étrangères Roumiantsev et l'ambassadeur Caulaincourt élaborent et signent une convention qui, d'une part, précise dans son article I que «le royaume de Pologne ne sera rétabli» et d'autre part, interdit dans son article V tout nouvel agrandissement du duché de Varsovie. Mais à peine signée, la convention est rejetée par Napoléon qui propose de lui substituer un article rédigé dans les termes suivants: «l'empereur Napoléon s'engage à ne jamais donner aucun secours ni assistance à quelque puissance ou à quelque soulèvement intérieur qui se puisse être qui tendraient à rétablir le royaume de Pologne»²². Jugée trop vague et trop floue, la formule se heurte au refus d'Alexandre I^{er}. C'est l'impasse.

Au problème polonais, s'ajoutent encore deux points de contentieux qui gagnent en importance en 1810.

A la veille de l'entrée en vigueur du Blocus continental, c'est vers l'Angleterre que la Russie exporte la plus grande partie de ses matières premières dont le fer, le chanvre, le bois, le lin, le blé, la potasse et la cire; à elle seule,

21. Territoire de l'Union polono-lituanienne, la Galicie a été intégrée dans l'Empire des Habsbourg en 1772, à la suite du premier partage de la Pologne.

22. Cité in VANDAL, A., *Napoléon et Alexandre I^{er}, l'alliance russe sous le I^{er} Empire*, Paris, Plon, Nourrit et Cie., 1896, t. II, p. 284. Pour une analyse détaillée de la question polonaise dans les relations franco-russes d'alors voir SIROTKIN, Vladlen G., *Napoleon i Rossia, (Napoléon et la Russie)*, Moskva, Ilma-Press, 2000.

l'Angleterre représente plus de la moitié du commerce extérieur russe. De surcroît, à cette date, une grande partie des exportations russes (dont le blé) sont acheminées vers l'Europe occidentale par des navires battant pavillon britannique. Or le blocus qui se met en place en Russie au printemps 1808 interrompt ces flux sans que les négociants et les industriels russes aient été en mesure de trouver d'autres armateurs. Les conséquences ne se font pas attendre : dès la fin de l'année 1808, le volume des exportations de marchandises russes transitant par les ports de la mer Baltique est trois fois moins élevé qu'en 1806, ce qui engendre une crise économique et financière. En quelques mois, le rouble assignat perd 50% de sa valeur, la mévente des produits agricoles se traduit par un marasme sans précédent et le Trésor impérial connaît un déficit croissant : 126 millions de roubles en 1808, 157 en 1809. Dans ce contexte, Alexandre Ier tente de plaider auprès de son allié la cause des navires neutres, Etats-Unis au premier plan et de mettre en avant ses propres difficultés, mais il ne parvient pas à faire fléchir Napoléon. Devant l'échec des discussions, le tsar réplique le 31 décembre par un oukase ouvrant les ports russes aux navires neutres et taxant lourdement les produits français de luxe venus par terre. Désormais, l'alliance économique n'est pas plus de mise que l'alliance politique.

Enfin, un dernier sujet, l'affaire du duché d'Oldenbourg, vient mettre un comble à la tension.

A la mi-décembre 1810, Napoléon prend la décision d'annexer le duché d'Oldenbourg au motif que celui-ci est devenu un entrepôt de marchandises de contrebande anglaise qui rend le blocus inefficace. Compte tenu des liens unissant la Russie au duché, –le fils du duc d'Oldenbourg, Georges, est le beau-frère d'Alexandre– la décision de Napoléon suscite, comme l'affaire du duc d'Enghien six ans plus tôt, la colère d'Alexandre. Pour désamorcer l'exaspération du tsar, Napoléon propose de dédommager le duc en lui offrant Erfurt mais ce marchandage, jugé odieux par le duc comme par Alexandre Ier, se heurte à une fin de non recevoir. Le 13 mars 1811, dans une lettre à Napoléon, le tsar exprime en termes retenus mais explicites, l'ampleur de son ressentiment et de sa déception devant l'évolution des relations franco-russes²³; pour lui, à cette date, comme pour Napoléon quelques mois plus tôt, la guerre est désormais inexorable: «Je vous trace ces lignes avec un cœur serré (...) Tout prend une teinte assez noire. Georges²⁴ vous montrera ma lettre. Il paraît que le sang doit couler encore : du moins ai-je fait tout ce qu'il était

23. La lettre est citée *in extenso* par TATISCHEFF, S., *Alexandre Ier et Napoléon d'après leur correspondance inédite, 1801-1812*, Paris, Perrin et Cie, 1891, pp. 137-138.

24. Il s'agit de Georges d'Oldenbourg, son beau-frère.

humainement possible de faire pour l'éviter»²⁵ écrit-il en janvier, soucieux, à sa sœur Catherine. Aux yeux du tsar, le conflit qu'il attribue aux ambitions démesurées de Napoléon est devenu inéluctable mais quelle stratégie adopter pour lutter contre «un génie militaire» quand on se perçoit soi-même comme «un homme ordinaire»?

III. La guerre patriotique de 1812 et ses conséquences: un tsar entre succès militaires et crise morale et spirituelle

Lorsqu'à la tête de sa Grande Armée, Napoléon se décide à envahir l'empire russe, il table sur une guerre rapide, qu'il compte remporter grâce à une bataille décisive. A ses yeux, cette bataille décisive contraindra Alexandre I^{er} à capituler, le repoussera définitivement vers l'Est et permettra à la France d'avoir les mains libres en Europe.²⁶ L'objectif de Napoléon c'est en effet d'en finir d'abord avec la Russie pour en finir ensuite avec l'Angleterre et l'Espagne et s'avancer ainsi vers son rêve ultime, la naissance d'une Europe unifiée, sous tutelle française.

Dans les mois qui précèdent le déclenchement de l'opération, plusieurs de ses proches tentent de le mettre en garde contre ce projet téméraire: ses ministres Cambacérès, Fouché, son frère Jérôme, l'ambassadeur Caulaincourt, tous s'efforcent de le dissuader d'entreprendre une campagne qui leur paraît hasardeuse —elle présuppose un long étirement des lignes de communications— autant qu'illégitime. Mais Napoléon n'écoute pas: il veut coûte que coûte mener cette campagne pour aller de l'avant dans son rêve européen. Il déclare ainsi à son ministre Fouché:

«L'Espagne tombera dès que j'aurai anéanti l'influence anglaise à Saint-Petersbourg ; il me fallait 800 000 hommes et je les ai ; je traîne toute l'Europe avec moi. (...) Dans six ou huit mois, vous verrez ce que peuvent les plus vastes combinaisons réunies à la force qui sait mettre en œuvre. (...) Soyez sans inquiétude; regardez la guerre de Russie comme celle du bon sens, des vrais intérêts, du repos et de la sécurité de tous. (...) Ma destinée n'est pas accomplie ; je veux achever ce qui n'est qu'ébauché. Il nous faut un code européen, une cour de cassation européenne, une même monnaie, les mêmes poids et mesures, les mêmes lois ; il faut que je fasse de tous les peuples d'Europe le

25. Lettre d'Alexandre I^{er} à sa sœur Catherine, 26-XII (vieux style)-1810, in *Perepiska Imperatora Aleksandra I so sestroj Velikoj Knyaginej Ekaterinoj Pavlovnoj*, Saint-Petersbourg, édition 1910, présentée par le grand duc Nicolas Mikhaïlovitch, p. 35.

26. Pour une vue d'ensemble de la stratégie et des objectifs napoléoniens, voir LENTZ, Thierry, *Nouvelle Histoire du Premier Empire*, t. II, *L'effondrement du système napoléonien, 1810-1814*, Paris, Fayard, 2004.

même peuple, et, de Paris, la capitale du monde. Voilà, Monsieur le duc, le seul dénouement qui me convienne»²⁷.

En face, le tsar est inquiet. Le 16 mars 1812, recevant le Britannique Parrot au Palais d'Hiver, il lui confesse avec franchise²⁸ son angoisse devant la guerre à venir mais dans le même temps si la guerre à ses yeux s'annonce difficile, Alexandre est bien décidé à faire face à l'envahisseur, confiant dans son peuple comme dans l'immensité et le climat russes. Dès 1811, il déclare à l'ambassadeur de France Caulaincourt:

«Si l'empereur Napoléon me fait la guerre, il est possible, même probable, qu'il nous battra si nous acceptons le combat, mais cela ne lui donnera pas la paix. (...) Le Français est brave, mais de longues privations et un mauvais climat l'ennuient et le découragent. Notre climat, notre hiver feront la guerre pour nous»²⁹.

Cette déclaration revêt évidemment un très grand intérêt : elle atteste, que près d'un an avant l'invasion, Alexandre Ier a déjà compris que tout contact direct avec l'ennemi risque de lui être fatal et que c'est dans le refus de combattre que se trouvera, peut-être, le salut de l'empire.

La guerre patriotique de 1812³⁰

C'est à Vilnius qu'Alexandre Ier et les membres de son quartier général vont dès les premières heures de l'invasion de juin, arrêter définitivement la stratégie à suivre. Pour Mikhaïl Barclay de Tolly, ministre de la guerre et commandant des armées russes, —et il a formulé cette idée clef dès le printemps 1810—, il faudra, en cas de guerre contre Napoléon, éviter tout engagement direct

27. *Mémoires de Joseph Fouché, Duc d'Otrante, Ministre de la Police générale*, tome second, Bruxelles, J; de Mat, 1825, p. 70.

28. SHILDER, Boris N., *Imperator Aleksandr I...*, t. III, p. 368.

29. Cité par CATE, Curtis, *La campagne de Russie, 1812, le duel des empereurs*, Paris, Tallandier, Bibliothèque napoléonienne, 2006, p. 62.

30. De nombreux ouvrages ont été consacrés à la campagne de Russie. Pour une bibliographie récente voir: CATE, Curtis, *La campagne de Russie, 1812...*; *Jepoha 1812, issledovanija, istochniki, istoriografija, sbornik materialov, (1812, recherches, sources, historiographie, recueil de documents)* Moskva, Trudy Istoricheskogo Muzeja, (collection: Travaux du Musée Historique), 2003, 3 tomes; LIEVEN, Dominic, *Russia against Napoleon, the battle for Europe from 1807 to 1814*, Londres, Allan Lane, 2009; REY, Marie-Pierre, *L'effroyable tragédie, un nouvelle histoire de la campagne de Russie*, Paris, Flammarion, 2012 ; TROICKIJ, Nikolaj A., 1812, *Velikij god Rossii, (1812, la grande année de la Russie)* Moskva, Omega, 2007 ; *Otechestvennaja Vojna 1812 goda, Jenciklopedija, (La guerre patriotique de 1812, encyclopédie)* Moskva, ROSSPEN, 2004 et l'article de HARTLEY, Janet, «The Patriotism of the Russian Army in the 'Patriotic' or 'Fatherland' War of 1812», in ESDAILE, Charles J. (ed.), *Popular Resistance in the French Wars: Patriots, Partisans and land Pirates*, Basingstoke, Palgrave, 2005.

avec l'ennemi et se retirer sans cesse vers l'Est, pour contraindre la Grande Armée napoléonienne à avancer, à s'étendre démesurément et par là même à s'affaiblir. D'autres partagent ce point de vue: c'est le cas du Prussien Phüll, conseiller militaire d'Alexandre I^{er}. Mais cette stratégie ne fait pas l'unanimité au sein des généraux russes³¹: pour eux, fuir devant l'ennemi et lui abandonner une grande partie du territoire n'est pas moralement acceptable. Toutefois, le tsar tranche en faveur de cette stratégie qui va s'avérer payante.

Dans la nuit du 23 au 24 juin, Napoléon franchit donc le Niémen et avec son avant-garde, il se dirige vers Vilnius qu'il atteint le 27. Mais dans l'intervalle, Vilnius s'est vidée de ses garnisons et le 28, c'est dans une ville vide où la Grande Armée aura du mal à s'approvisionner, que Napoléon fait son entrée. Or l'armée napoléonienne commence déjà à manquer de pain et la dysenterie à sévir au sein des combattants. Au fil des semaines, le même scénario se répète: le 28 juillet, la Grande Armée entre dans Vitebsk, déserte, sans avoir obtenu la victoire décisive tant convoitée. Quinze jours plus tard, après de violents combats dans les faubourgs de Smolensk, Napoléon entre le 18 août dans une ville qui n'est plus que dévastation et ruines. Mais la prise de la ville ne marque toujours pas de victoire décisive tandis que la Grande Armée est confrontée à des difficultés croissantes: mal nourris car les charriots de vivres s'embourbent sur les mauvaises routes de Russie et ne parviennent pas à approvisionner les fantassins en marche qui dans ces villes désertées, ne trouvent pas à se nourrir, les hommes sont considérablement affaiblis; en outre, la chaleur de l'été provoque des épidémies et une mortalité élevée. Dans ce contexte difficile, Napoléon décide alors de marcher sur Moscou pour aller y chercher la bataille décisive dont il a tant besoin: à ses yeux, en effet, les Russes ne pourront que défendre pied à pied la ville sacrée.

Au même moment, l'armée russe traverse une crise aiguë et la stratégie de Barclay de Tolly se trouve de plus en plus contestée: au sein de l'état-major, les rumeurs enflent contre les «étrangers» coupables de trahison et le moral des troupes ne cesse de décliner devant cet interminable repli qui a déjà livré à l'ennemi une partie du territoire impérial. Pour remédier à cette situation, le tsar choisit alors de remplacer Barclay par le général Koutouzov³². Cette décision n'a pas été facile à prendre car Alexandre I^{er} déteste Koutouzov. Outre que la vue du vieux général lui rappelle sans cesse le fiasco d'Austerlitz, il n'a que mépris pour le caractère et les mœurs dissolues de Koutouzov. Mais le vieux soldat, borgne et impotent, n'en reste pas moins populaire et

31. Bagration en particulier était très hostile à cette stratégie de repli.

32. Il a alors 67 ans.

charismatique. En outre, parce qu'il est russe, l'homme paraît mieux à même d'incarner la guerre patriotique qui se déroule à présent non plus dans les provinces lituaniennes mais au cœur du territoire russe.

Pourtant, et ce n'est pas le moindre des paradoxes, la nomination de Koutouzov à la tête de l'état-major n'apportera que des changements mineurs à une stratégie demeurée pour l'essentiel inchangée. Car après la bataille terriblement meurtrière de Borodino³³, qui se déroulant à 120 km. de Moscou, marque le premier engagement d'envergure des deux armées et aboutit à une victoire française peu convaincante, Koutouzov, incapable de défendre militairement Moscou, prend la décision de céder la ville sans combattre. Le 25 septembre, il appelle la population à s'enfuir, suscitant dans la panique et en moins de 24 heures, l'exode de près de 300.000 personnes; et le 26, c'est dans une ville morte que Napoléon fait son entrée, accompagné de près de 130.000 hommes (le reste des troupes déjà très diminuées s'effiloche sur plusieurs centaines de kilomètres) qui n'aspirent qu'à se nourrir et à se reposer.

Dans la nuit même, un gigantesque incendie éclate en plusieurs points de la ville. Or dans cette cité où la majorité des maisons, des églises et des hangars sont en bois, et où les pompes à eau ont toutes été évacuées de la ville sur ordre du gouverneur général Rostopchine, l'incendie qui va durer trois nuits et trois jours et dévaster la ville entière, prend des allures d'Apocalypse. Mais il cimentera bientôt la population autour de son tsar, transformant le conflit en une guerre patriotique qui fonde le nationalisme russe et fait émerger un patriotisme transcendant les classes sociales. En face, au contraire, l'ennemi se montre de plus en plus indiscipliné.

Moscou incendiée a rapidement été la proie des pillards et des maraudeurs et l'esprit général de l'armée est à la démission et à l'indiscipline. Cette situation pousse Napoléon à solliciter la paix. Mais en vain : le tsar refuse d'entamer les moindres pourparlers tant qu'un seul combattant ennemi sera encore sur le sol russe et le 19 octobre, alors que les premières neiges ont fait leur apparition, Napoléon doit sonner la retraite, contraint devant les attaques cosaques, de reprendre la même route qu'à l'aller. Or, à partir de la mi-novembre, en raison des chutes de neige de plus en plus abondantes, du froid très vif qui commence à sévir et de l'absence de vivres sur le chemin du retour, la retraite à marches forcées tourne au calvaire.

Dans cette retraite, le passage de la Berezina³⁴, –petite rivière située à 60 km. au nord-est de Minsk– qui durera du 24 au 28 novembre, constituera

33. Appelée bataille de la Moskova par les Français.

34. Voir BEAUCOUR, Fernand, TABEUR, Jean, IVTCHENKO, Lidia, *La Berezina, une victoire militaire*, Paris, Economica, 2006.

un épisode à la fois héroïque et douloureux: Le seul pont sur la rivière a été incendié par les armées russes et la rivière, qui charrie des blocs de glace sans être gelée en profondeur, est intraversable. Aussi durant de longues heures, les 400 pontonniers du général Eblé dont la plupart mourront de froid et d'épuisement au cours de cette épreuve, œuvrent-ils dans l'eau glacée, à construire deux ponts de fortune qui permettront à 60.000 combattants soit le dixième des effectifs de la Grande Armée de franchir la rivière et le 13 décembre, de retraverser le Niémen, marquant ainsi la fin de la campagne de Russie.

Pour les Russes et leur empereur, c'est l'heure de la libération. Mais le bilan de cette guerre s'avère effroyablement lourd: aux destructions matérielles de villes, de bourgs et de villages entièrement incendiés ou ravagés, s'ajoutent des pertes humaines colossales. C'est dire l'ampleur d'un cataclysme dont les conséquences sont immenses tant pour Alexandre et la Russie que pour l'ensemble du continent européen.



La désastreuse campagne de Russie (1812).
Illarion Prianishnikov. Galerie Tretyakov, Moscou.

De la crise mystique au renouveau spirituel

Jusqu'en 1812, Alexandre, en digne élève de Laharpe, initié à la franc-maçonnerie depuis 1801 ou 1802, ne montre que peu d'intérêt pour la foi religieuse. Il se dit déiste à la manière des philosophes des Lumières mais sans conviction réelle. Mais à partir de juin 1812, les traumatismes suscités par l'invasion de la Grande Armée, les doutes et les angoisses qui sont les siennes, –il est souvent

seul dans ses décisions, en butte aux critiques de la cour, de sa mère, de sa sœur Catherine, de ses généraux qui ont du mal à accepter le principe de la retraite devant l'ennemi—, tout ceci se conjugue dans un chemin de croix qui le mène vers Dieu. Car à ses yeux, cette lutte engagée à armes inégales contre un ennemi dont il est le premier à reconnaître l'intelligence supérieure, c'est une lutte contre le Mal, contre le Diable, une lutte contre l'Antéchrist dont il ne pourra triompher seul et, s'il parvient à vaincre Napoléon, c'est parce qu'il aura été élu et soutenu par Dieu qui lui sera venu en aide.

L'incendie de Moscou constitue le tournant de son existence³⁵ et c'est une véritable révolution spirituelle qui s'est jouée en quelques semaines. Dès lors, c'est dans les livres de piété et dans la Bible, devenue son ouvrage préféré, qu'il médite, prie, et se recueille et à la fin de l'année 1812, c'est un Alexandre Ier profondément transformé, croyant qui surgit des cendres et des décombres laissés par la Grande Armée. Or cette foi sincère qui guide son cheminement spirituel et moral, va également s'étendre au champ politique.

Une paix européenne sous le sceau du christianisme ?

Alors que Koutouzov aurait souhaité que la Grande Armée partie, l'armée russe soit rendue à la paix, Alexandre Ier décide de poursuivre la guerre, d'abord en terre allemande, au fil de l'année 1813 et en terre française, en 1814. Pour lui, il faut en finir définitivement avec Napoléon, l'anéantir politiquement car se contenter de le chasser de Russie ne saurait à terme, garantir la paix du continent européen³⁶. Mais pour Alexandre, l'heure victorieuse n'est ni aux représailles ni à la revanche. Certes, lorsque les négociations au Congrès de Vienne vont s'ouvrir, il se montrera farouchement attaché à promouvoir les intérêts nationaux de la Russie et il obtiendra à son profit, pour prix de sa participation à la victoire contre Napoléon, la formation d'un royaume de Pologne dynastiquement lié à la Russie; mais il accorde à sa Pologne une large autonomie et une constitution dont il affirme lors de son discours devant la Diète polonaise de 1818, qu'elle pourrait être progressivement étendue au reste de son empire dès lors que la population russe sera mûre pour un régime constitutionnel.

35. Comme il le dira lui-même in Entretiens avec l'abbé Eylert, *Charakterzüge ans dem Leben Königs Friedrich-Wilhelms III*, cité par SCHNITZLER, Henri, *Histoire intime de la Russie*, Paris, 1847, pp. 461-462.

36. Dans son ouvrage *Russia against Napoleon...*, LIEVEN, Dominic, insiste à juste titre sur ce point qui explique pourquoi Alexandre poursuivra Napoléon jusqu'à Paris où il entre au printemps 1814 à la tête des armées alliées.

Dans le même temps, totalement habité par l'idée de sa responsabilité divine, il rêve d'une ère nouvelle, fondée sur l'entente fraternelle et chrétienne des souverains d'Europe. Entré en vainqueur dans Paris au printemps 1814, Alexandre y affiche une volonté de paix œcuménique et il fait célébrer le jour de Pâques, sur la place de la Concorde, par sept ministres du culte orthodoxe assistés des chantres de la chapelle impériale, un service solennel à la grâce de Dieu. Un *Te Deum* y retentira à l'endroit même où Louis XVI a été guillotiné. Et c'est dans cette même approche œcuménique qu'en septembre 1815, Alexandre propose aux souverains prussien et autrichien, la signature de la Sainte Alliance³⁷.

Considérant que les trois Etats catholique, protestant et orthodoxe appartiennent à une seule et même famille, la «nation chrétienne», le texte de la Sainte Alliance souligne la nécessité de promouvoir entre eux des relations fraternelles, en conformité avec le principe de charité chrétienne. Le texte suscite le scepticisme des Anglais, qui y voient une «pièce de mysticisme sublime et de non sens», et l'ironie du chancelier autrichien Metternich, qui dénonce «des aspirations philanthropiques déguisées sous le manteau de la religion». Mais la position dominante de la Russie sur la scène européenne contraint les gouvernements autrichien et prussien aux concessions et le 26 septembre François I^{er} d'Autriche et Frédéric-Guillaume III de Prusse acceptent, «au nom de la Très Sainte et Indivisible Trinité», de signer le document. Désormais, un paradigme chrétien doit servir de fondement à tout acte diplomatique et favoriser la paix entre les nations et les peuples d'Europe.

Un an plus tard, renouant avec ses projets pacifistes de 1805 qui déjà, mettaient en avant la nécessité de promouvoir un système de sécurité collective, Alexandre I^{er}, dans une lettre adressée en 1816 au premier ministre britannique Castlereagh, propose la réduction des forces armées de tout genre: pour la première fois dans l'histoire européenne, il s'agit donc, à l'initiative d'un souverain régnant, de procéder à un début de désarmement multilatéral susceptible d'alléger le coût d'une défense rendue inutile par la signature de la Sainte Alliance. Mais comme en 1805, l'initiative de l'empereur russe se heurte au scepticisme de Britanniques peu convaincus par la dimension utopique du projet et de cette proposition, il ne sortira rien.

37. Sur la Sainte Alliance, voir LEY, Francis, *Alexandre I^{er} et sa Sainte-Alliance: 1811-1825, avec des documents inédits*, Paris, Fischbacher, 1975 et Henri Pirenne, *La Sainte-Alliance; organisation européenne de la paix mondiale*, Neuchâtel, Éditions de la Baconnière, L'Évolution du monde et des idées, 1946.

Or, par la suite, à partir de 1819-1820, le tsar abandonne progressivement ses convictions libérales et ses ambitions réformatrices. Deux facteurs essentiels ont joué un rôle dans cette évolution conservatrice:

Il y a d'abord le poids du contexte international. Alors que les aspirations nationalistes et libérales s'étendent à l'Allemagne, à l'Italie et à l'Espagne au début des années 20, le tsar s'inquiète de la dimension déstabilisatrice de ces mouvements et s'affirme désireux de préserver à tout prix l'ordre hérité du Congrès de Vienne pour préserver les équilibres géopolitiques et diplomatiques existants. Et il y a aussi son propre cheminement de plus en plus mystique et réactionnaire:

En février 1821, Alexandre Ier adresse à son ami Alexandre Golitzyne, procureur du Saint Synode³⁸, une longue lettre, –il en commence la rédaction le 8 février et l'achève le 15³⁹– qui atteste bien ses préoccupations à la fois spirituelles et politiques. A ses yeux, l'Europe est menacée d'un fléau révolutionnaire anti-chrétien qu'il faut combattre coûte que coûte. Et le style de la lettre où se mêlent de manière étonnante des considérations géopolitiques et des accents mystique en dit beaucoup sur l'évolution politique et psychologique d'Alexandre. Le tsar commence par s'en prendre aux «principes désorganiseurs qui dans moins de six mois, ont révolutionné trois pays et qui menacent de s'étendre et d'embraser l'Europe entière»; il se penche ensuite sur ces «principes désorganiseurs» qui «tout en étant ennemis des trônes, sont dirigés plus encore contre la religion chrétienne» et précise que «c'est elle surtout qu'ils poursuivent, ce dont mille et mille documents authentiques peuvent vous être produits. En un mot, ce n'est que la mise en pratique des doctrines prêchées par Voltaire, Mirabeau, Condorcet, et par tous les prétendus philosophes, connus sous le nom d'Encyclopédistes». Et il enfonce le clou en affirmant:

«Je dirais que le mal actuel est d'un genre plus dangereux encore que ne l'était le despotisme dévastateur de Napoléon puisque les doctrines actuelles sont bien plus séduisantes pour la multitude, que le joug militaire sous lequel il la tenait»⁴⁰.

Or le danger lui semble d'autant plus grand qu'il voit désormais dans les mouvements nationalistes et révolutionnaires, une conspiration générale savamment orchestrée contre Dieu:

38. C'est l'institution qui coiffe toute l'Eglise orthodoxe.

39. La lettre figure in extenso in Archives de la Fédération de Russie, GARF, lettre d'Alexandre Ier à Alexandre Golitzyne, 8-15-II-1821, in fonds n° 728, opis' n° 1, delo n° 1113.

40. *Ibid.*

«Ne vous faites pas d'illusion sur cela: il y a une conspiration générale de toutes ces sociétés ; elles s'entendent et se communiquent toutes ; j'en ai des preuves certaines en mains. (...) Toutes ces sectes, qui sont anti-chrétiennes, et qui sont fondées sur les principes de la soi disant philosophie de Voltaire et d'autres pareils, ont voué à tous les gouvernements la vengeance la plus acharnée. Nous en avons vu des tentatives en France, en Angleterre, en Prusse, tandis qu'en Espagne, à Naples et au Portugal, ils ont réussi déjà à culbuter les gouvernements. Mais ce qu'ils poursuivent, c'est moins les gouvernements que la religion du Sauveur».⁴¹

A partir de 1820-1821, le tsar sombre donc dans une lecture de plus en plus paranoïaque du monde qui transforme la Sainte Alliance en outil répressif au service des régimes légitimistes et conservateurs ; c'en est, à cette date, bel et bien terminé des aspirations généreuses d'Alexandre I^{er} nées de sa victoire sur Napoléon.

41. *Ibid.*

Napoleón Bonaparte y Karl vom und zum Stein

Napoleon Bonaparte and Karl vom und zum Stein

Remedios Solano Rodríguez

Wissenschaftliche Hochschule für Unternehmensführung,
Vallendar-Coblenza

Recibido: 10-VI-2011

Aceptado: 7-IX-2011

Resumen

Napoleón Bonaparte y Karl vom Stein procedían de lugares y circunstancias muy diferentes. No llegaron a conocerse, pero la política que ambos practicaron hizo que terminaran enfrentados. El emperador francés comenzó sintiendo admiración por el político reformador prusiano, en quien vio a alguien adecuado para su proyecto respecto a Alemania. Cuando en 1808 descubrió que Stein conspiraba contra él, forzó su dimisión como jefe del gobierno de Prusia. El barón tuvo que huir al exilio. En 1812 pasará al servicio de Rusia para preparar la guerra en el norte de Alemania contra Napoleón. De esta manera tomará parte activa en la caída del que ya era su peor enemigo. Pese a pertenecer al bando de los vencedores, Stein no tendrá un lugar destacado en la Europa que surge del Congreso de Viena y, al igual que Napoleón, pasará sus últimos años apartado del poder.

Palabras clave: Napoleón Bonaparte, Von Stein, Prusia, Rusia, Congreso de Viena.

Abstract

Napoleon Bonaparte and Karl vom Stein were born in different places and had a very different background. Although they never met, the policies they pursued led to their confrontation. At first, the French emperor felt admiration for the Prussian political reformer and saw in him a qualified person for his projects concerning Germany. But when Napoleon learnt in 1808 that Stein had conspired against him, he enforced the resignation of the German statesman from his position as chief of the Prussian government. The baron had to flee into exile. In 1812 he moved on to serve the Russians in order to prepare the war against Napoleon in the North of Germany. In this way he

actively participated in the fall of the man who was already his worst enemy. In spite of belonging to the winning side, Stein did not hold a high position in the Europe that emerged from the Congress of Vienna. Like Napoleon he would spend his last years far away from power.

Keywords: Napoleon Bonaparte, Von Stein, Prussia, Russia, Congress of Vienna.

Los orígenes de los protagonistas

Es difícil imaginar a dos personas más contrapuestas que Napoleón Bonaparte y Karl vom Stein. Como muy bien hace notar el historiador renano Heinz Duchhardt¹, las circunstancias en que ambos vivieron fueron, en gran parte, responsables de tales antagonismos en su personalidad y pensamiento. El primero, de Córcega, hizo una de las carreras más fulminantes de la historia: pasó en un tiempo meteórico de oficial de artillería a general revolucionario, cónsul de la República Francesa, emperador de Francia y rey de Italia. En pocos años, salvo contadísimas excepciones, tuvo a Europa a sus pies. Por si tal poder no fuera suficiente se emparentó en 1810 con Marie Louise, hija del emperador austriaco Franz II, quedando así su linaje ennoblecido. Si rápido fue el ascenso, la caída, como es de sobra conocido, lo fue mucho más.

Heinrich Friedrich Karl vom und zum Stein procedía de la nobleza de Nassau, una pequeña ciudad, no lejos del Rin, donde Napoleón tantos cambios introduciría en décadas posteriores. En dicho lugar nació en 1757 y allí pasaría su infancia y adolescencia, hasta que en 1773 comenzó a estudiar en Gotinga Derecho, Historia y algo que hoy llamaríamos Ciencias Económicas. El joven pronto se decantaría por una carrera de funcionario al servicio de Prusia, país en el que ejercería la mayor parte de su vida profesional.

Desde Berlín, donde recibió uno de sus primeros cargos, se convirtió en un buen conocedor de los engranajes del Estado prusiano. Sus estancias en otras ciudades alemanas, como Maguncia, le permitirían ampliar tales conocimientos. Decisivo en su formación sería el viaje que emprendió en 1786 a Inglaterra, considerado la base de su futura admiración por el sistema británico². La pericia con que solucionaba los problemas administrativos hizo que ascendiera rápidamente. En 1804 fue llamado a Berlín como ministro real de Finanzas y Economía. Al frente de esta tarea intentó aumentar los impuestos y, a la vez, conseguir una equiparación fiscal entre las distintas regiones prusianas.

Para la mayoría de estudiosos que se han ocupado de él, no cabe duda de que Stein reconoció pronto la necesidad de introducir reformas que

1. DUCHHARDT, Heinz, «Napoleon und der Freiherr vom Stein», en *Stein-Facetten*, Münster, 2007, pp. 43-44.

2. Sobre los avatares biográficos de Stein, pueden consultarse las obras de DUCHHARDT, Heinz, *Stein. Eine Biographie*, Münster, 2007; HERRE, Franz, *Freiherr vom Stein. Sein Leben. Seine Zeit*, Colonia, 1973; NIPPERDEY, Thomas, *Deutsche Geschichte (1800-1866). Bürgerwelt und starker Staat*, Múnich, 1991; STERN, Alfred, «Heinrich Friedrich Karl Freiherr vom Stein», en *Allgemeine Deutsche Biographie*, t. 35, Leipzig, 1895, pp. 614-641.

modernizaran Prusia. Su deseo hubiera sido transformar el país en una suerte de Inglaterra continental. Para un burócrata como él, la estabilidad institucional y política que había al otro lado del Canal eran profundamente admiradas, pues, aunque en un principio había sentido cierta simpatía por el movimiento revolucionario galo, le repelía la Francia resultante, es decir, «la lucha incesante entre los partidos (...), el permanente cambio de constituciones, una administración arruinada y falta de principios sólidos»³.

El desastre prusiano de 1806

Recién comenzado el siglo XIX, el poder de Napoleón en Alemania se ejerció de forma brutal, especialmente en relación al reino prusiano. Stein –y otros como él, entre los que se cuenta la propia reina Luisa– era partidario de la guerra contra su vecino francés. En 1805 entregó una memoria a Friedrich Wilhelm III para convencerlo de la necesidad de romper con París. El monarca, sin embargo, deseaba a toda costa evitar el conflicto armado con el ya autoproclamado emperador, a sabiendas de que su país podría salir mal parado, como de hecho sucedió. Para impedir el enfrentamiento, el rey incluso se avino a adoptar comportamientos y maneras condescendientes que en ocasiones rebasaron los límites tolerables, como cuando en marzo de 1806 cerró los puertos del norte al comercio inglés para no contrariar a Bonaparte⁴.

Llegó un momento en que esta política de contención no pudo mantenerse durante más tiempo. La gota que acabaría con diez años de neutralidad, desde la Paz de Basilea de 1795, fueron las negociaciones secretas que Napoleón había emprendido con los británicos para devolverles Hannover. El ministro de Asuntos Extranjeros de Berlín, Christian Kurt von Haugwitz, decidió adoptar una actitud enérgica y, a causa de ello, recomendó al rey ordenar la movilización general, algo que se hará efectivo el 9 de agosto de 1806. En la corte berlinesa se abrigaba la esperanza de que esta medida fuera suficiente para hacer desistir a Napoleón de sus propósitos. En lugar de ello, desde París se exige a Prusia que las tropas vuelvan sin demora a sus cuarteles. Friedrich Wilhelm III, a su vez, empieza a reclamar que el ejército francés evacue el sur de Alemania.

Vencidos los plazos del ultimátum sin que ninguna de las partes hubiera cumplido los requerimientos exigidos recíprocamente, la guerra se inició el 9 de octubre de 1806. Una semana más tarde el ejército francés vencía en las

3. DUCHHARTD, Heinz, «Napoleon und der Freiherr vom Stein...», p. 46.

4. CRAIG, Gordon A., *The End of Prussia*, Londres, 1984, p. 13.

batallas de Jena y Auerstedt. Cinco días bastaron para que los soldados prusianos claudicaran incondicionalmente. Las causas de una derrota tan fulminante radicarón en la superioridad de las fuerzas francesas, la falta de armamento y la mala organización de las tropas prusianas.

Es conocida la dureza impuesta por la Paz de Tilsit en julio de 1807 sobre Prusia. El país perdía casi la mitad de su territorio: las posesiones al oeste del río Elba –con las que se formarán el reino de Westfalia poco después–, el distrito de Cottbus y las provincias de Polonia. El Estado prusiano vio cómo se le iban de la noche a la mañana cinco millones de habitantes, el cincuenta por ciento de la población total en ese momento. Una convención paralela estipulaba, asimismo, que ciento cincuenta mil soldados franceses permanecerían en tierra prusiana hasta que Bonaparte hubiera recibido ciento veinte millones de francos.

La derrota y la Paz acabaron con la influencia y el poder que los Hohenzollern habían ido acumulando a lo largo del siglo XVIII. No resulta difícil imaginar la desesperación que invadió a la clase política, especialmente a la corte refugiada en Königsberg. Eran días en los que ni Stein ni muchos de sus coetáneos creían que Napoleón permitiera la existencia de Prusia a corto plazo. Los historiadores han llegado a la conclusión de que la magnanimidad de Bonaparte se debió en realidad a que necesitaba la presencia de un Estado tapón frente al peligroso enemigo ruso que, si bien derrotado, podría convertirse de nuevo en una amenaza temible para los intereses franceses⁵.

La animadversión que ya sentía Stein hacia Napoleón aumentó tras los sucesos de 1806. Dado el poder que ostentaba el emperador, la influencia de éste en la vida del barón fue mayor que al contrario, aunque en ciertas ocasiones sus caminos se cruzaron y Stein terminó dando algún que otro quebradero de cabeza al supremo jefe francés. En un principio, cuando Bonaparte supo del político prusiano, creyó ver en él un hombre que encajaba en sus proyectos de dominación europea por la experiencia que poseía en materia económica. Hasta tal punto fue así que hubo incluso tanteos para colocarlo como ministro de Finanzas en el recién creado reino de Westfalia⁶.

No era sólo por los conocimientos de economía por lo que Bonaparte quería servirse del estadista alemán. Conocedor de las diferencias que siempre había habido entre Friedrich Wilhelm III y Stein, al emperador francés le pareció más adecuado para dirigir el gobierno prusiano que el hombre que en ese momento ocupaba el cargo, Karl August von Hardenberg. Desde París

5. NIPPERDEY, Thomas, *Deutsche Geschichte (1800-1866)*..., p. 16.

6. DUCHHARDT, Heinz, *Stein. Eine Biographie*..., pp. 52-122.

se ejercieron presiones para que éste último dimitiera. A partir del otoño de 1807, los asuntos prusianos quedaron bajo la dirección de Stein, quien, paradójicamente, se revelaría como un fuerte oponente a la política bonapartista, más duro y menos manipulable que su predecesor⁷.

Reformar un país

El cargo fue para el nuevo ministro la oportunidad de poner en marcha el proceso reformador. Como acabamos de ver, no era su estreno como hombre de Estado, pues entre octubre de 1804 y enero de 1807 había sido ministro de Finanzas de Prusia. Sus discrepancias con Friedrich Wilhelm III sobre la forma de conducir el problema de la guerra le hicieron caer entonces en desgracia y hubo de retirarse. Aun así, la experiencia política de Stein le había servido para conocer a la perfección la mala salud de la administración y del ejército prusianos, siendo entonces cuando concibe la idea de cambiar el país.

En los meses que permaneció alejado del poder, entre enero y octubre de 1807, tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre cómo habrían de efectuarse las transformaciones. Sus conclusiones quedaron plasmadas en un documento conocido como *Nassauer Denkschrift*⁸, una suerte de memoria donde se hallan resumidas las reformas que poco después habrían de aplicarse. En total, el proyecto se considera hoy una especie de revolución desde arriba con transformaciones en el ejército, la administración, el sistema educativo, las finanzas y la sociedad. Dentro de este último campo merece destacarse la abolición de la servidumbre a partir de noviembre de 1810.

Las transformaciones que Stein introdujo en Prusia son comparables, hasta cierto punto, con las de Napoleón en Francia en el intento de racionalizar un sistema obsoleto en muchos sentidos. La labor reformadora bonapartista partió de la necesidad de acabar con los excesos de los revolucionarios, para lo cual se reorganizó la administración, el sistema judicial y las escuelas, además de realizarse una tipificación de las leyes francesas. Stein no partía

7. HOLMSTER, Georg, *Freiherr vom Stein in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo, 1975, p. 60.

8. El verdadero nombre del documento, probablemente el más famoso de Stein, es *Über die zweckmäßige Bildung der obersten und der Provinzial, Finanz und Polizeibehörden in der preussischen Monarchie* [Sobre la formación adecuada de las autoridades provinciales, financieras y policiales de la monarquía prusiana]. Cfr. SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios, *La influencia de la guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y de la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1815)*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 29.

de situación revolucionaria alguna, sino más bien de lo contrario: de un inmovilismo que había convertido a Prusia en un país anticuado e ineficaz a principios del siglo XIX.

En cualquiera de los ámbitos, los cambios del barón y sus partidarios se realizaron en dos momentos diferentes: comenzaron bajo la dirección de Stein y fueron continuados más tarde por Hardenberg, que retornó al gobierno a mediados de 1810. Durante el intervalo que separó el gobierno de ambos estadistas, entre noviembre de 1808 y junio de 1810, el proceso reformador prusiano se detuvo, puesto que los sucesores del barón, Alexander von Dohna y Karl von Altenstein, no contaron con apoyos suficientes para continuarlo⁹.

El corto tiempo que permaneció Stein al frente del gobierno impidió que pudiera llevar a cabo todas las modificaciones que en un principio había previsto. A fin de que éstas prosiguiesen después de su dimisión en octubre de 1808 por el camino ya iniciado, redactó antes de marcharse una especie de testamento político en el que aparecían resumidos los cambios que ya habían sido realizados y los que aún quedaban por hacer¹⁰.

La carta a Sayn-Wittgenstein

¿Qué ocurrió para que Stein tuviera que dimitir al año escaso de su llegada al poder? ¿Qué sucedió para que pasara de ser candidato napoleónico a enemigo del imperio? El año 1808 está marcado por las negociaciones con Francia para suavizar las duras condiciones económicas estipuladas en Tilsit. Napoleón no estaba dispuesto a rebajar un céntimo la deuda prusiana. Ni los argumentos del barón Carl Christian Friedrich von Brockhausen, embajador de los Hohenzollern en París, ni los razonamientos del príncipe Wilhelm, hermano de Friedrich Wilhelm III y enviado también a la capital francesa como ministro plenipotenciario para ejercer más presión, consiguieron convencer a Bonaparte de que adoptase una actitud más benévola¹¹.

9. ANDREAS, Willy, *Das Zeitalter Napoleons und die Erhebung der Völker*, Heidelberg, 1955, p. 498.

10. El *testamento político*, nombre con que se le conoce, fue redactado el 24-XI-1808, el mismo día que Stein fue destituido. Está publicado en SCHEEL, Heinrich y SCHMIDT, Doris, *Das Reformministerium Stein. Akten zur Verfassung und Verwaltungsgeschichte aus den Jahren 1807/1808*, Berlín, 1968, pp. 1136-1139. Cfr. BOCK, Helmut, «Karl Freiherr vom und zum Stein und die nationalen Ziele seines preußischen Reformministeriums», p. 35.

11. Las negociaciones en París han sido estudiadas por VON BROCKHAUSEN, Hans Joachim, *Carl Christian von Brockhausen. Ein preußischer Staatsmann um die Wende des XVIII Jahrhunderts*, tesis doctoral, Greifswald, 1927, pp. 110-160.

A principios del verano de 1808 entra repentinamente en escena un factor con el que no se había contado en absoluto: el estallido de la guerra en España. La situación en el sur no era estable desde el motín de Aranjuez. En Königsberg, donde ya se ha dicho que residía la corte prusiana desde Tilsit, se iban archivando todas las noticias procedentes de la Península en espera del desarrollo de los acontecimientos. Si se trataba de levantamientos aislados, no tardarían en ser sofocados por las tropas napoleónicas. Si la rebelión se agravaba, París necesitaría enviar más recursos militares a España para reinstaurar la calma. Dado que parte de esas fuerzas tendrían que ser sacadas de las tropas que ocupaban Prusia, la actitud de Bonaparte no podría seguir siendo tan arrogante hacia la corte de los Hohenzollern y tendría que hacer alguna concesión.

En las semanas siguientes, las noticias de España no cesaban de llegar, adoptando un cariz cada vez más alarmante para los franceses, a pesar del esfuerzo que éstos hacían por minimizar sus problemas en el sur. A partir de julio de 1808, confirmada ya la generalización de la revuelta española y la ayuda inglesa a los insurrectos, cede la dureza mostrada por los negociadores franceses. El Ministro de Asuntos Exteriores de París, Jean-Baptiste de Nompère de Champagny, transmite a Friedrich Wilhelm III el interés de su gobierno por cerrar cuanto antes la alianza¹².

Los prusianos comprenden enseguida la verdadera causa que motiva las repentinas prisas de París. En Stein se produce una evolución desde la defensa de una alianza con Bonaparte a la ruptura con éste. Su ardor aumenta cuando, tras confirmarse definitivamente la derrota de Dupont en Bailén, Francia retira algunas de las tropas estacionadas en Silesia para destinarlas a España. Esa era la prueba que le faltaba al ministro para comprobar la vulnerabilidad de Napoleón con un frente de guerra abierto al sur de los Pirineos.

Karl vom Stein, apoyado por los militares Gerhard Johann David von Scharnhorst, August Wilhelm Antonius Neidhardt von Gneisenau¹³ y otros, redacta varias memorias dirigidas a Friedrich Wilhelm III para exhortarle a cambiar de planes, convencido de aprovechar el buen momento de las circunstancias políticas. La estrategia que propone es la del doble juego: firmar

12. Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz (Berlín-Dahlem) [citado desde ahora: GSPK], Ministerium der Auswärtigen Angelegenheiten, n° 4872, el barón Brockhausen a Friedrich Wilhelm III, París, 11-VIII-1808.

13. Scharnhorst (Bordenau 1755 – Praga 1813) y Gneisenau (Schildau 1760 – Posen 1831) se contaron entre los principales generales prusianos de la época. Ambos se hallaban convencidos firmemente de que la mejor manera de derrotar a Napoleón era reformar el ejército abriéndolo al pueblo. Sus aportaciones a las reformas militares fueron inestimables.

con Francia una convención lo más favorable posible a los intereses prusianos e iniciar al mismo tiempo los preparativos para enfrentarse en una futura guerra al supuesto aliado. La nueva política incluía un acercamiento a Austria, cuyo desacuerdo con Napoleón resultaba cada vez más evidente, si bien antes era imprescindible poner fin a la enemistad que dominaba las relaciones entre los Hohenzollern y los Habsburgo. En una carta, Stein se decantaba por la conveniencia de «hacer prevalecer la idea de que es necesario acabar con la desconfianza, el distanciamiento y la envidia que ha alimentado la rivalidad de ochenta años entre la Austria y la Prusia y que ha sido cuidada por la influencia extranjera»¹⁴.

Junto con estas propuestas de acercamiento a Viena, Stein pedía, asimismo, un levantamiento popular para paliar así las carencias del ejército prusiano, notablemente reducido tras el desastre de Jena y Auerstedt. La incorporación del pueblo a la lucha armada mediante la organización de un *Landsturm* [corriente popular] es una de las líneas de influencia más claras de la recién iniciada Guerra de la Independencia.

Friedrich Wilhelm III se limitaba a escuchar atentamente las proposiciones que le llegaban de un lado y de otro, sin tomar decisiones que le pudiesen comprometer ante los ojos de Francia. No parecía inclinado a formar con Francisco II una alianza que le embarcara de nuevo en una guerra incierta contra Napoleón. Por el contrario, sí que estaba dispuesto a aprovechar la situación propicia creada por el estallido de la guerra española, como se encargó de comunicar a su embajador en París y a su hermano Wilhelm¹⁵.

De repente, a finales de agosto, la actitud de Francia hacia Prusia en esas negociaciones cambia otra vez. La corte de Königsberg recibió de sus representantes un despacho en el que tanto el embajador como el príncipe expresaban su extrañeza ante la nueva postura de Champagny, quien volvía a ser tan inflexible como a principios de año e, incluso, aumentaba la cantidad de dinero que Prusia había de abonar a Francia en concepto de indemnización por la guerra de 1806¹⁶. El gobierno francés se mostraba, además, esquivo y lleno de misterio. El 8 de septiembre, durante el encuentro que mantendrán los dos representantes prusianos con el ministro de Relaciones Exteriores,

14. Karl vom Stein a Friedrich Wilhelm III, Königsberg, 27-VII-1808, en BOTZENHARDT, Erich (ed.), *Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, Berlín, 1936, t. 2, p. 469.

15. GSPK, n° 4872, Friedrich Wilhelm III al barón Brockhausen, Königsberg, 27-VIII-1808, y Friedrich Wilhelm III al príncipe Wilhelm, Königsberg, 25-VIII-1808 (HASSEL, Paul, *Geschichte der preussischen Politik 1807 bis 1815*, Leipzig, 1881, p. 478).

16. GSPK, n° 4872, el barón Brockhausen a Friedrich Wilhelm III, París, 31-VIII-1808.

se desvelará por fin cuál era la baza que escondían los franceses desde hacía unos días:

«Después de habernos escuchado durante algún tiempo, el conde de Champigny cogió de un montón de papeles dos cartas atribuidas al ministro de Estado de S[u] M[ajestad], el barón de Stein, que nos dice han sido incautadas en la persona de un asesor Koppe, arrestado como espía en el norte de Alemania... La segunda de esas cartas, remitida al príncipe de Sayn-Wittgenstein... manifiesta intenciones tan hostiles contra Francia y, por consiguiente, tan contrarias a las verdaderas intenciones de S[u] M[ajestad], que basta la sola suposición de que el barón de Stein sea el autor para comprometeros muy desagradablemente»¹⁷.

La carta a la que se refiere el hermano del rey prusiano constituye uno de los escándalos políticos más sonados de la época. Fue escrita el 15 de agosto por Stein bajo la euforia producida por las últimas noticias llegadas de España. Los pasajes más delicados de la misiva hacían referencia precisamente a la resistencia de los españoles contra las tropas napoleónicas:

«Los asuntos de España provocan una gran sensación y prueban de una manera palpable lo que debería haber sido creído desde hace ya algún tiempo; sería prudente propagar esos acontecimientos con precaución, puesto que demuestran hasta qué punto puede llegar la sutileza y el deseo de dominar, así como de lo que es capaz una nación que tiene fuerza y coraje»¹⁸.

Tan malas como estas alusiones cargadas de simpatía hacia los españoles eran las referencias a la guerra que se preparaba entre Francia y Austria. Stein expresaba su deseo de que las hostilidades entre ambos Imperios estallasen lo antes posible e insinuaba que, cuando eso sucediera, Prusia se volcaría en ayudar a Austria. Había en el texto una alusión a los preparativos que se estaban efectuando.

Un descubrimiento tan grave no podía dejar de traer caras consecuencias. El precio de tal desliz no tardó en pagarse: en la misma reunión en que Champigny enseñó la carta al embajador Brockhausen y al príncipe Wilhelm, les emplazó para que en el término de dos días firmasen el abusivo convenio propuesto por Napoleón. Algunas de las condiciones eran la reducción del ejército a 42.000 hombres –muchos de los cuales pasarían al servicio de Francia cuando así se exigiese–, la permanencia de las tropas bonapartistas en algunas fortalezas prusianas y, lo más inaceptable de todo, la deuda que el

17. El príncipe Wilhelm a Friedrich Wilhelm III, París, 9-IX-1808 (HASSEL, Paul, *Geschichte der preussischen Politik...*, pp. 484-489, p. 485).

18. Karl vom Stein al príncipe Sayn-Wittgenstein, Königsberg, 15-VIII-1808 (*Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, t. 2, pp. 487-488).

gobierno prusiano habría de abonar en los próximos años se cifraba en 150 millones de francos¹⁹.

Para presionar aún más, Napoleón ordena publicar el 8 de septiembre en *Le Moniteur Universel* y al día siguiente en *Journal de l'Empire*²⁰ la carta, en el último caso acompañándola de notas del editor que han de dejar claro al lector el sentido en que debe entenderse el contenido. Respecto al párrafo que alude a España, *Journal de l'Empire* escribe:

«Usted le desea [a Alemania] las desgracias de España; usted le prepara el terrible espectáculo de magistrados despedazados en las plazas públicas, de ciudades incendiadas y de todos los horrores de la guerra extranjera y la guerra civil. Usted es un mal ciudadano. La Alemania que le conoce le tendrá en cuenta vuestros buenos sentimientos hacia ella»²¹.

A los plenipotenciarios prusianos no les queda otra alternativa que estampar su rúbrica al pie del tratado y enviarlo a Friedrich Wilhelm III para que lo ratifique. El príncipe Wilhelm, en el despacho que remite a su hermano, explica las razones por las que ha aceptado semejantes condiciones:

«Hace seis meses el incidente de la interceptación de las cartas del barón de Stein habría entrañado enseguida la pérdida de la monarquía. Las coyunturas actuales disminuyen quizás ese peligro, pero no lo descartan por completo. Con el número inmenso de tropas a disposición de Napoleón, le quedarán siempre suficientes como para emplear contra Prusia las medidas más violentas, y la tenencia de las cartas interceptadas le proporcionan amplios medios para colorear la injusticia ante los ojos de la nación francesa... Dando un carácter oficial a esas cartas, se apoyaría en ellas para considerar la paz de Tilsit como rota. Una vez declarado el estado de guerra contra nosotros, podría arrasarnos nuestras fortalezas, abatir nuestros bosques, repartir nuestros dominios entre los condes del Imperio... Tal es, Sire, el peligro que he evitado...»²²

Este despacho del príncipe Wilhelm llenó de consternación al rey y a su corte. Todas las esperanzas depositadas durante los últimos meses en conseguir una suavización de las severas condiciones de Tilsit se derrumbaron por la polémica carta de Stein, que tuvo también la virtud de destruir de un soplo la ventajosa posición que Prusia había alcanzado con el estallido de la guerra española. En Königsberg se sospechaba que Napoleón se traía algo entre manos

19. HERRE, Franz *Freiherr vom Stein...*, p. 207. La deuda sería rebajada en el Congreso de Erfurt a ciento veinte millones.

20. La carta se publica por primera vez en Prusia en *Berliner Telegraph* el 18-IX-1808. En los días siguientes aparecerá también en otros muchos periódicos alemanes.

21. *Journal de l'Empire*, 9-IX-1808.

22. El príncipe Wilhelm a Friedrich Wilhelm III, París, 9-IX-1808 (HASSEL, *Geschichte der preussischen Politik...*, p. 487). Despacho de Brockhausen al rey del 8-IX-1808 (GSPK, n° 4872).

desde que llegó la noticia de la detención del mensajero Koppe²³, pero nadie imaginaba que eso tendría consecuencias tan nefastas para Prusia.

La hostilidad contra Stein era enorme en la corte²⁴. Nadie entendía cómo un ministro, conocedor de los métodos de espionaje que usaba el gobierno francés, había podido cometer la estupidez de mandar una carta tan comprometedor. Muchas otras incógnitas quedaban sin resolver, una de las cuales resulta aún hoy interesante: ¿había sido todo una operación cuidadosamente montada por la facción de la corte enfrentada a Stein por las reformas que estaba introduciendo con consecuencias tan negativas para los nobles? La princesa Guillermina, uno de los miembros de la familia real que estimaba sinceramente al ministro, le había avisado unos días antes de que estallara el escándalo de que sus enemigos estaban preparando una conspiración para destituirle. La advertencia de la princesa era clara:

«Una persona, que le es leal y que está convencida de que sólo con su dirección podrá llegarnos la salvación, me ha recomendado que le ponga sobre aviso de una vergonzosa cábala que está en marcha contra usted a fin de arrancarle para siempre de nuestro lado»²⁵.

No sería extraño, pues, que el confidente de Guillermina se hubiera referido al asunto de la carta. Ya fuera una casualidad que Koppe hubiera caído en manos de la policía francesa o una operación preparada por sus enemigos, resulta incuestionable que Karl vom Stein había cometido un error de gravísimas consecuencias para su país. Consciente de su culpa, el barón presenta su dimisión en octubre²⁶, aunque el rey le mantendrá en su cargo de ministro hasta noviembre. En esas semanas, Stein sigue defendiendo la necesidad de dar un nuevo rumbo a la política y prepararse para entrar en guerra contra Francia, sobre todo desde que queda claro que las intenciones de Napoleón

23. La noticia fue comunicada a Stein por el director de Correos (Breese a Karl vom Stein, Berlín, 26-VIII-1808, en *Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, t. 2, pp. 500-501).

24. CAVAINAC, Godefroy, «La saisie de la lettre de Stein en 1808», en *Revue Historique*, t. 60, París, 1896, pp. 76-77. Confr. la Carta de Heinrich von Beguelin a Neithardt von Gneisenau del 23-IX-1808 (PICK, Albert, *Aus der Zeit der Noth (1806 bis 1815). Schilderungen zur preußischen Geschichte aus dem brieflichen Nachlasse des Feldmarschalls Neithardt von Gneisenau*, Berlín, 1900, p. 124), así como los informes del mariscal Nicolas Jean de Dieu Soult a Napoleón del 19-IX-1808 (GRANIER, Hermann, *Berichte aus der Berliner Franzosenzeit (1807-1809). Nach den Akten des Berliner Geheimen Staatsarchivs und der Pariser Kriegsarchivs*, París, 1913, pp. 299-301).

25. La princesa Wilhelmine a Karl vom Stein, Königsberg, 5-IX-1808 (*Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, t. 2, pp. 507-508).

26. Karl vom Stein a Friedrich Wilhelm III, Königsberg, 18-X-1808 (PERTZ, *Das Leben des Ministers Freiherrn vom Stein*, t. 2, p. 260).

son mantener a Prusia en una situación de semi-independencia. Sus razonamientos caen en saco roto²⁷.

El 24 de noviembre de 1808, el mismo día en que se publica el edicto sobre la administración prusiana, el barón deja de formar parte del gobierno. Su futuro será incierto a partir de entonces. Poco después, en diciembre, Napoleón lo declara «enemigo de Francia y de la Confederación del Rin»²⁸. No era sólo que sus posesiones quedaran confiscadas, sino que su propia vida corría peligro. Gracias a sus amistades recibe el aviso a tiempo y consigue huir a Bohemia y Moravia.

Desde entonces, los esfuerzos de Stein irán encaminados a terminar con Napoleón. Dejará incluso a un lado amistades cuando considere que las muestras de apego al emperador francés son excesivas. Así sucedió con su amigo de largos años Ferdinand August vom Spiegel, con quien rompió tras avenirse éste a dar un Tedeum por una victoria de Bonaparte²⁹. En marzo de 1810, Stein escribía desde su retiro que el poder de Napoleón se hallaba en «contradicción con la opinión pública, con la razón, así como (...) con los sentimientos más nobles de las personas y con el sentimiento de justicia, verdad y libertad. La meta de su gobierno no es la suerte de los gobernados (...), sino la satisfacción de su incontrolado despotismo.»³⁰

La guerra entre Rusia y Francia: el fin del dominio napoleónico en Alemania

Los años que permanece Stein en su retiro austriaco cambian las circunstancias en Europa. Pese a que Napoleón salió fortalecido en la guerra de 1809 contra los Habsburgo y su dominación sobre el continente era incuestionable, la lucha contra España e Inglaterra estaba mermando su poder. Conocido es el hecho de que Rusia quería aprovechar las nuevas circunstancias para derrotar a Francia. El zar Alejandro I, consciente de que no era una tarea que los rusos debiesen emprender en solitario, intenta embarcar en tal proyecto a los alemanes del norte, en especial a los prusianos. Piensa el zar que en esas zonas es necesaria una insurrección popular contra la alianza de sus respectivos gobiernos con París, porque así a éstos no les quedará más remedio que romper con Napoleón, si no quieren ser víctimas de la revuelta. En la

27. Sobre estos últimos intentos del ministro por cambiar de rumbo la política prusiana, confr. Stein a Friedrich Wilhelm III, Königsberg, 12-X-1818 (*ibid.*, pp. 231-233).

28. El decreto de Napoleón fue aprobado en Madrid el 16-XII-1808. Se halla publicado en *Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, t. 3, p. 1.

29. DUCHHARDT, Heinz, „Napoleon und der Freiherrn vom Stein«, pp. 52-53.

30. *Freiherr vom Stein. Briefwechsel, Denkschriften und Aufzeichnungen*, t. 6, p. 292.

primavera de 1812, el emperador ruso invita a Stein a su corte para que sea él quien se encargue de organizar las actividades propagandísticas dirigidas a Prusia y al resto del mundo alemán, incluido el ducado de Varsovia.³¹ La respuesta del político prusiano no se hace esperar, trasladándose enseguida a territorio ruso.

Una vez allí, en junio de 1812, el barón redacta una larga memoria en la que expone al zar sus proyectos con respecto a Prusia y al norte de Alemania, incluyendo también un detallado resumen acerca de la opinión pública existente en esas zonas:

«El ánimo de la población alemana está contra la situación actual de las cosas y, exasperada contra [Napoleón] el causante (...), es oprimida, torturada e injuriada por hordas extranjeras, es forzada a luchar contra pueblos que o bien son sus aliados naturales, o bien no están en relaciones de enemistad con ellos; se han destruido todas las instituciones, todas las antiguas costumbres y no queda ni rastro de un resto de dicha, de la cual gozó esta rica e instruida nación hace veinte años»³².

En opinión de Stein, los rusos deben utilizar el descontento entre la población alemana contra Francia para ganarse el apoyo de toda la sociedad. Para ello, sin embargo, es necesario el reparto de impresos y otro tipo de propaganda que incida en la «funesta y degradante» situación en que se hallan Prusia y varias zonas de Europa a causa de Bonaparte, a quien Stein convierte en el culpable de los males que sufre Europa. En la misma memoria propone a eventuales escritores y académicos que colaborarían en las tareas de agitación, entre ellos el conocido Ernst Moritz Arndt. La propaganda, continuaba el político en la misma memoria, habría de ser apoyada con otro tipo de acciones, algunas de las cuales recordaban a la guerrilla española.

Alejandro I acepta los planes de Stein³³. En cuanto recibió el visto bueno, el barón comienza los preparativos, organizando en primer lugar un comité que se encargará de los asuntos prusianos y alemanes. Forman parte de él, además de Stein, eminentes germanos exiliados en Rusia por desacuerdos con la política napoleónica. Como consejero se elige al militar Johann von Lieven y al político Viktor von Kotschubey se le pone al frente de las finanzas. A Stein se le deja el campo de la política exterior. A la cabeza del grupo se coloca al príncipe Georg von Oldenburg, uno de los nobles desheredados por

31. Alejandro I a Karl vom Stein, San Petersburgo, 27-III-1812 (PERTZ, *Das Leben des Ministers Freiherrn vom Stein*, t. 3, pp. 51-52).

32. Memoria de Karl vom Stein a Alejandro I, Wilna, 18-VI-1812 (*ibid.*, p. 68).

33. Alejandro I a Karl vom Stein, Wilna, 8/20-VI-1812 (*ibid.*, pp. 74-75). Véase la memoria de Stein del 15/27-VI-1812 (*ibid.*, pp. 87-91).

Napoleón. Poco después de su primera reunión, el *Deutsches Komitee*, como se llama oficialmente el grupo, redacta unas instrucciones en las que se desarrolla casi en su integridad el plan propuesto por Stein al zar³⁴. Las metas dicen ser la creación de una legión alemana en Rusia, la influencia sobre la opinión pública, el control de los movimientos militares franceses y cuestiones diversas relacionadas con el estallido de la insurrección popular.

A finales del otoño de 1812 empiezan a extenderse por Europa las primeras noticias sobre las dificultades que hallaban los franceses en territorio ruso. Los rumores se ven confirmados cuando las tropas napoleónicas inician el regreso por territorio alemán en un estado lamentable. El 16 de diciembre, *Le Moniteur* anuncia el desastre del ejército en territorio zarista. La información que llega de la Península tampoco es esperanzadora para Napoleón, pues evidencia el avance cada vez mayor de Wellington.

El desastre francés en Rusia anima, finalmente, a gran parte de Alemania a levantarse contra Napoleón, iniciándose a comienzos de 1813 las llamadas *Befreiungskriege* (guerras de Liberación) que acabarán con la dominación napoleónica en tierras germanas y en el continente europeo. No fue la guerra popular que Stein y otros prusianos hubieran deseado, pero sí tuvo elementos en cuanto a la participación del pueblo que la diferenciaron notablemente de conflictos anteriores.

La etapa final

Los planes de Stein terminaron triunfando frente a Bonaparte. ¿Puede decirse entonces que el noble prusiano fuera un ganador en la nueva situación de Europa tras las guerras antinapoleónicas? A lo largo de 1813 y 1814 escribió varias memorias sobre el orden que, en su opinión, debía imponerse en Alemania. No quería volver a las fronteras existentes en el siglo XVIII, pero sí deseaba una federación entre Prusia y Austria y las demás regiones alemanas. Sus planes se hallaban profundamente influidos por una visión idealizada del Imperio Alemán. Sin embargo, en el Congreso de Viena, a donde acudió como enviado ruso, sus ideas no encontraron apoyo entre los mandatarios alemanes. Antes de que se firmaran los tratados surgidos de Viena, abandonó la capital austriaca.

Al igual que Napoleón, Stein fue borrado del mapa político europeo a partir de 1815³⁵. Si bien su descalabro no fue tan extremo como el de Bonaparte

34. Las instrucciones se hallan publicadas en *ibid.*, t. 3, pp. 620-624.

35. Sobre la última etapa de Stein, véanse los estudios contenidos en DUCHHARDT, Heinz (ed.), *Stein. Die späten Jahre des preußischen Reformers 1815-1831*, Gotinga, 2007.

—su ascenso tampoco lo había sido, de ahí que resulte absurdo comparar en este sentido—, ya no tuvo ocasión de ejercer cargos de la importancia que su experiencia tal vez se habría merecido. La gran política le estuvo vedada. Recuperadas las posesiones que Napoleón le había quitado, Stein vivió los últimos años de su vida retirado la mayor parte del tiempo en ellas. La última empresa en la que participó fue en la introducción de cambios en las estructuras administrativas prusianas, un tema que siempre le interesó. Sólo con mucho esfuerzo, víctima de movimientos conservadores, consiguió llegar a un compromiso en que algunas de sus aspiraciones quedaban anuladas.

El 29 de junio de 1831 moría en Cappenberg. Fue enterrado en Bad Ems, a orillas del río Lahn. Su enemigo Napoleón lo había hecho justo una década antes en una isla perdida del Atlántico. A lo largo de sus vidas, ambos ganaron y perdieron varias veces. El final fue modesto para uno y desastroso para otro. En ambos casos, la influencia de Stein en Alemania y la de Napoleón en Francia aún hoy se deja sentir.

El matrimonio de Napoleón Bonaparte con la archiduquesa María Luisa visto desde la prensa andaluza coetánea¹

The Marriage of Napoleon Bonaparte and the Archduchess Marie-Louise in contemporary Andalusian press

Beatriz Sánchez Hita

Universidad de Cádiz

Recibido: 5-X-2011

Aceptado: 12-III-2012

Resumen

La prensa periódica fue un arma más durante la Guerra de la Independencia (1808-1814). En Andalucía, conforme se ocupaban los territorios, se fueron creando periódicos afines a José I, en los que se informaba sobre las principales actuaciones de Napoleón Bonaparte y su política en Europa; frente a estos periódicos se sitúan los diarios y gacetas patrióticas editadas en Cádiz –uno de los pocos territorios libres de la Península–, que entre otros asuntos ofrecen datos sobre la política de Napoleón y censuran tanto al personaje como sus actuaciones. Entre las cuestiones tratadas por unos y otros nos centraremos aquí en las opiniones que suscita la boda del Emperador con María Luisa de Austria el 11 de marzo de 1810, con la que para los primeros se consolidaba la expansión francesa y para los segundos se iniciaba su debacle al agudizarse los problemas con Rusia y otros territorios. En este estudio recorreremos los textos que en relación con el enlace publican los papeles de los invasores y de los patriotas.

Palabras clave: Guerra de la Independencia, Periódicos afrancesados, Prensa patriótica, Boda, Napoleón Bonaparte, Archiduquesa María Luisa de Austria.

1. Este trabajo forma parte de los resultados de investigación del proyecto FFI2010-15098 del Plan Nacional de I+D+i «Historia de la literatura española entre 1808 y 1833».

Abstract

The journals were used as a weapon during the Peninsular War (1808-1814). In Andalusia, several *afrancesados* newspapers were edited in the cities occupied by the French invaders; in these publications the European policy and main actions of Napoleon Bonaparte were extracted. At the same time, in Cadiz –one of the few free areas in the Peninsula– some patriotic journals began their life, reflecting the social situation of the city and some information about the politic performance of Napoleon, which was strongly criticized in their pages. In those articles the Emperor's wedding with Maria Luisa of Austria was one of the more addressed issues. The marriage was considered by the *afrancesados* journals a proof and a chance for the French expansion in Europe. However, this union symbolized for the patriotic ones the beginning of the debacle, because it enhanced the problems with Russia and other territories. In this paper we review the texts related to this matrimonial and political alliance.

Keywords: Peninsular War (1808-1814), *Afrancesados* journals, Patriotic Press, Marriage, Napoleon Bonaparte, Archduchess Marie-Louise of Austria.

Durante la Guerra de la Independencia la prensa no tardó en convertirse en un verdadero cuarto poder, a través del que las ideas políticas de los bandos en lid entrarían en confrontación, mientras que las noticias sobre la evolución del conflicto y sobre la política desarrollada por Napoleón en España y Europa quedaban reflejadas a menudo de forma contradictoria, como consecuencia del posicionamiento ideológico del medio en el que se insertaban, no en vano el periodismo fue un arma más en la lucha.

Los invasores eran muy conscientes de la capacidad de los papeles públicos como mecanismo de difusión de ideas; por ello, de manera paralela a la ocupación del territorio, comienzan a crear cabeceras afrancesadas desde las que se difunde la propaganda napoleónica. Aunque, como apunta Checa Godoy, sacaron realmente pocos títulos, pues no se solía editar más de uno por capital tomada, y a menudo no tuvieron el respaldo necesario como para hacer rentable su edición². En muchos casos estos impresos adoptaron el nombre del papel gubernamental previo existente en el lugar, siendo habitual que se denominasen *gacetas*. Uno de los casos más destacados de esta práctica lo constituye el de la *Gazeta de Madrid*,³ al que siguieron otros varios en importantes plazas de la geografía española.

En los territorios libres, reducidos en la época que aquí tratamos casi exclusivamente a Cádiz, se empleó también la prensa para difundir noticias sobre la evolución de la lucha, relativas al nuevo orden político en gestación o destinadas a combatir y ridiculizar al enemigo, prestando a su vez atención a lo que sobre este y su política se decía en las cabeceras de Europa.

De entre el conjunto de las publicaciones afines al gobierno francés nos vamos a fijar en este estudio en las editadas en Andalucía, cuyos contenidos referentes a la política europea de Napoleón, así como sobre la propia

2. CHECA GODOY, Antonio, *La prensa española durante la Guerra de la Independencia*, Cádiz, 2009, pp. 52-57. Distingue el investigador entre periódicos afrancesados, creados por la administración de José I para el control de los territorios ocupados, y los propiamente franceses, editados en el norte del Ebro, País Vasco y Cataluña –y puntualmente en otros territorios como sucede con el *Courrier d'Espagne* (1809) estampado en Madrid–, que o bien se redactan en francés, o en dicho idioma y castellano o catalán.

3. Sobre la tirada de esta cabecera bajo el dominio francés puede verse el documentado trabajo de DUFOUR, Gérard, «La *Gazeta* afrancesada de Madrid», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII*, n° 16 (2010), <http://revistas.uca.es/index.php/cyr/article/viewFile/187/184>; del mismo autor «Les autorités françaises et la *Gazeta* de Madrid à l'aube de la Guerre d'Indépendance», *El Argonauta Español*, n° 1 (2004), <http://argonauta.imageson.org/document42.html>; PIQUERES DÍEZ, Antonio J., «El «rey intruso» y la *Gazeta* de Madrid: la construcción de un mito, 1808-1810», *El Argonauta Español*, n° 6 (2009), <http://argonauta.imageson.org/document115.html>; así como el estudio introductorio de LARRIBA, Elisabel, *El Imparcial o *Gazeta* política y literaria (21 de marzo de 1808-4 de agosto de 1809)*, Madrid, 2010; entre otros.

evolución de la Guerra de la Independencia divergen de lo que sobre los mismos asuntos se decía en los periódicos de Cádiz, que igualmente analizaremos aquí. De manera concreta, nos centraremos en el modo en el que durante el año de 1810 se enfoca en unos textos y otros el matrimonio de Napoleón con María Luisa y en las explicaciones que en clave política se ofrecen del mismo. No nos vamos a detener en ofrecer pormenores sobre la relación entre Bonaparte y la archiduquesa austriaca, sino que trataremos de reflejar exclusivamente a través de los contenidos de la prensa cómo las aspiraciones políticas del primero se vieron reflejadas tanto en la prensa afín, como en la de sus detractores, y en cómo la unión se convirtió en un elemento de ataque más contra los invasores en los impresos gaditanos⁴.

Periódicos andaluces afrancesados y patriotas de 1810

En líneas generales hay que señalar que las cabeceras afrancesadas suelen dar comienzo haciendo referencia a su intención de convertirse en verdaderas empresas ilustradas, seguidoras de la mejor tradición hispana, e insisten en sus prospectos en que su propósito no es otro que regenerar el país. De este modo se presenta como lícita la apropiación de los diarios anteriores una vez que se ha invadido un territorio, para desde ellos contribuir a la difusión de las luces. A su vez, esto pudo servir para atraer a la causa bonapartista a reconocidos hombres de letras que se situaron al frente de estos periódicos acaso convencidos de la posible reforma del país, aunque otros muchos lo hicieron por la necesidad de ganarse la vida en un contexto hostil.

En Andalucía es desde 1810 en adelante cuando comienzan su andadura varias gacetas afrancesadas de acuerdo con el momento en que fueron tomadas la mayor parte de las capitales o bien destacadas ciudades.

El 13 de febrero de 1810 saldría a la palestra la *Gazeta de Sevilla*, que se mantuvo hasta el 21 de agosto de 1812, y que estaba bajo la dirección de Alberto Lista. Antes de principiar su tirada editó un prospecto en el que se destacaba la importancia de obras como aquella para la divulgación de los saberes. No obstante, conviene advertir que esta cabecera es continuación de la *Gazeta del Gobierno*, que desde el día 3 hasta el 11 tiran los invasores

4. Para lo que respecta a su relación puede verse PALMER, Alan, *Napoleón y María Luisa*, Barcelona, 2002, entre los muchos trabajos dedicados a la figura de Napoleón. Para un acercamiento a su política en Europa pueden consultarse ESDAILE, Charles, *Las guerras de Napoleón. Una historia internacional, 1803-1815*, Barcelona, 2009; CANALES, Esteban, *La Europa napoleónica 1792-1815*, Madrid, 2008, y LENTZ, Thierry, *Nouvelle Histoire du premier Empire*, París, 2002-2010.

adoptando el título de la publicación de la Junta Central y editándose en ese corto periodo diariamente⁵.

En marzo, en concreto los días 20 y 23, se editarían en Sevilla dos números del afrancesado *Periódico de Noticias Extranjeras*, que recoge informaciones sobre toda Europa⁶.

En las mismas fechas comenzaba su tirada la *Gazeta del Gobierno de Granada*, que prolongaría su vida desde el 6 de febrero de 1810 a septiembre de 1812, publicándose los martes y sábados⁷. Para reforzar su oferta en el mes de julio intentó editar un periódico destinado al entretenimiento: *El Ambigü Literario*⁸. La *Gazeta de Granada* nº 54 (26-VI-1810) anunciaba su inminente

5. ARCO, Luis del, *La prensa periódica en España durante la Guerra de la Independencia (1808-1814): Apuntes bibliográficos*, Castellón, 1914, pp. 71-72, apunta este dato del que posteriormente se ha hecho eco GIL NOVALES, Alberto, *Prensa, guerra y revolución. Los periódicos durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2009, p. 124. CHECA GODOY, Antonio, *Historia de la prensa andaluza*, 1991, p. 46, incluye la *Gazeta del Gobierno* como parte de la *Gazeta de Sevilla*, pero sin referir el cambio de denominación; lo mismo hizo en su día CHAVES REY, Manuel, *Historia y bibliografía de la prensa sevillana*, 1896 [ed. facs. 1995], pp. 22-25. GÓMEZ IMAZ, Manuel, *Los Periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, 1910; [reed., prólogo de Manuel Moreno Alonso, Sevilla, 2008], p. 162-169, la da como publicada desde el 13. Estos 9 ejemplares de la *del Gobierno* seguidos de los de la *Gazeta de Sevilla* se localizan en la Colección Documental del Fraile, vols. 81-85 y vol. 775. Existen cuadernos también en el Fondo histórico de la Universidad de Sevilla, en la Hemeroteca Municipal de Madrid, en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, en la Real Biblioteca y en la Hemeroteca Municipal de Sevilla, aunque en todos estos casos se trata de colecciones muy fragmentadas.

6. Las únicas entregas que parecen haber quedado se custodian en la Biblioteca Nacional, y se consultan desde la Hemeroteca Digital.

7. El título varía de *Gazeta del Gobierno de Granada* a *Gazeta de Granada* en el mes de abril. Los cuadernos a los que hemos tenido acceso se custodian en la Hemeroteca de la Casa de los Tiros (Granada) y pueden consultarse desde la página de la Biblioteca Virtual de Andalucía. De manera concreta allí se localizan de 1810 los cuadernos: 1, 2, 4-10, 33, 35, 36-38, 40-81, 83-97, 99-107; y de 1811: 108-161, 163-167 y 197. En la Hemeroteca Municipal de Madrid se conservan los ejemplares que van del 13 al 16, publicados entre el 17 y el 20 de marzo de 1810. Una descripción general del papel, además de en los estudios que aquí se citan, puede verse en los trabajos específicos sobre prensa de Granada de GALLEGU Y BURÍN, Antonio, *Los periódicos granadinos en la Guerra de la Independencia*, Granada, 1918 [ed. 1990], pp. 8-10; y de MANJÓN-CABEZA SÁNCHEZ, Antonio, *Guía de la prensa de Granada y provincia (1706-1989): Hemeroteca del Museo de la Casa de los Tiros, catálogo general y análisis de publicaciones*, Granada, p. 254.

8. Este periódico no ha sido citado en ninguno de los catálogos dedicados a la Guerra de la Independencia y tampoco en los estudios específicos sobre prensa granadina. Un intento similar al hecho en Granada fracasaba en Madrid casi un año después, cuando se trató de acompañar la edición de la *Gazeta* con la de la *Continuación del Semanario Erudito* en julio de 1811. Sobre este último aspecto véase DUFOUR, Gérard, «La prensa en la España ocupada por los franceses», en LA PARRA LÓPEZ, Emilio, *La Guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Madrid, 2010, p. 144.

publicación, precisando que saldría los lunes y jueves, y que trataría todo género de literatura y materias que versen sobre el origen de las ciencias y las artes. En el nº 56 (3-VII-1810) se publicita la venta del primer número, mientras el cuarto, que parece ser uno de los últimos, se anuncia en el nº 59 (13-VII-1810). En el nº 61 (20-VII-1810) se inserta la lista de suscriptores, que es bastante escasa, por lo que se establece que si en un plazo de ocho días no aumentan los abonados se procederá a suspender la tirada, lo que parece que en efecto ocurrió.

La *Gazeta de Jaén*, publicada desde el 9 de abril de 1810 hasta junio de 1811, fue en el fondo un intento fallido de cabecera afrancesada, que tras algo más de un año de vida se fusiona con el *Correo Político de Córdoba*, que amplía su título añadiendo y *Jaén*, aunque por un plazo breve (en los cuadernos que van del 256 al 268), pues posteriormente se recupera el original⁹.

El *Correo Político y Militar de Córdoba*, comienza el 8 de enero de 1809 como órgano de la Junta Central, pero pasa a convertirse en periódico afrancesado tras la invasión de la ciudad, manteniéndose como tal hasta 1812¹⁰.

En Málaga vería la luz desde principios de 1810 hasta teóricamente el verano de 1812 la *Gazeta de Málaga*, que salía con una periodicidad bisemanal, y que tuvo mala acogida. Estaba redactada por el fraile mercenario P. Carrera¹¹.

9. No se conservan demasiados ejemplares de esta cabecera. En la Hemeroteca Municipal de Madrid se halla el nº 8 (4-V-1810). En la Real Biblioteca VIII/10271 se encuentran los números que van del 84 al 87 publicados en 1811. GIL NOVALES, Alberto, *Prensa, guerra y revolución...*, p. 125, indica que en el Archivo General de Simancas están los cuadernos 2, 3, 5, 7-9 y 11.

10. Se custodian ejemplares de la etapa afrancesada en la Biblioteca Central de Córdoba; para 1810: del 15 marzo al 8 julio y del 11 noviembre al 23 diciembre; de 1811: del 3 enero al 29 agosto; y de 1812: del 5 y 19 de enero. En la Hemeroteca Municipal de Madrid F5/12 (142) hay números sueltos de esas mismas fechas. En la Real Biblioteca VIII/10270(1) se ubican para 1811 los números 214 al 217 y en VIII/10270(2) se conservan para 1811 los números que van del 307 al 311 y de 1812 los que van del 312 al 330.

11. Lamentablemente, de esta publicación no hemos conseguido ver ejemplares y las noticias que se ofrecen aquí proceden de varios estudios dedicados a la Guerra de la Independencia, entre los que a su vez existen algunas contradicciones en lo relativo a la fecha de aparición de la *Gazeta*. Tanto ARCO, Luis del, *La prensa periódica en España...*, p. 77, como GIL NOVALES, Alberto, *Prensa, guerra y revolución...*, p. 130, la dan como iniciada el 15 de junio de 1810; mientras CHECA GODOY, Antonio, *Historia de la prensa andaluza...*, p. 49, sitúa su irrupción en torno a febrero de 1810. La autoría de la redacción la aporta GÓMEZ IMAZ, Manuel, *Los Periódicos durante la Guerra de la Independencia...*, p. 161. Debido a la falta de cuadernos, a la utilización de la *Gazeta del Gobierno de Granada* para tratar cuestiones de interés para Málaga, y a la carencia de referencias directas a esta publicación en las cabeceras coetáneas nos inclinamos a pensar que realmente se trató de una empresa breve y de escaso éxito.

En el Puerto de Santa María se editó un periódico afín a Bonaparte: la *Gazeta del Puerto de Santa María*, una cabecera de la que no han quedado demasiados ejemplares¹² y que tuvo una frecuencia bastante irregular, pues tal y como se indica en la primera entrega, correspondiente al 21 de marzo de 1810, «esta Gazeta no saldrá en días determinados»¹³.

Mientras estos periódicos partidarios de José I circulaban, en Cádiz¹⁴, uno de los pocos bastiones libres y epicentro de la política al instalarse allí en 1810 el Gobierno de la nación, comenzaban su andadura aguerridas cabeceras de cariz político, y otras como el *Diario Mercantil*, publicado desde noviembre de 1802, modificaban sus contenidos e incluso intentaban variar su denominación para adaptarse a la nueva realidad, en este caso pasando a convertirse en un papel liberal¹⁵.

El 13 de marzo de 1810 aparecía en Cádiz la *Gazeta de la Regencia de España e Indias*, para editarse en la ciudad hasta el 30 de diciembre de 1813, y pasar luego a Madrid acompañando a las Cortes en su traslado¹⁶. Poco después veía la luz otro impreso de carácter gubernamental, más cercano a la obra por entregas que al verdadero periódico, *La Centinela de la Patria* (21 de junio-22 de agosto de 1810), editado por Capmany por encargo del Gobierno.

Pronto empezaban su vida otras iniciativas particulares como *El Observador* (16 de julio-diciembre de 1810) de Francisco de Laiglesia y Darrac.

12. Hemos tenido acceso al primer número conservado en la Biblioteca de Temas Gaditanos, y a los cuadernos custodiados en el Archivo Histórico Nacional, *Diversos-Colecciones*, 94, n. 86 donde se halla el nº 1 y en *Estado*, leg. 3095 están los números 1, 3, 4, 5, Suplemento a la gaceta del 23 de abril, y 10, –hasta aquí editadas en cuarto–; 11-12, 14-28 Suplemento al 6 de agosto, Continuación al Suplemento al 6 de agosto, segunda Continuación al Suplemento al 6 de agosto, tercera Continuación al Suplemento al 6 de agosto, y Suplemento al 16 de noviembre –en todos los casos en folio y a doble columna–.

13. *Gazeta del Puerto de Santa María*, nº 1 (21-III-1810), p. 7.

14. Para la localización en diferentes bibliotecas de cada uno de los títulos, véase SÁNCHEZ HITA, Beatriz, *Los periódicos del Cádiz de la Guerra de la Independencia (1808-1814). Catálogo comentado*, Cádiz, 2008.

15. La documentación relativa al intento de cambio de título se conserva en el Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, 12006, exp. 27.

16. En el texto de presentación de la *Gazeta de la Regencia* sus responsables precisan que era continuación de la *Gazeta de Madrid*, que tras la ocupación francesa y con el Gobierno instalado en Sevilla tomó el título de *Gazeta del Gobierno*, que aquí se modifica –como ya se había hecho antes– para diferenciarse de la estampada por el Gobierno de Bonaparte. De esta forma se quería fomentar la idea de la continuidad del Gobierno legítimo de España en las nuevas instituciones, pues tal y como expresan en el texto introductorio del primer número: «Una de las señales más públicas y autorizadas de la existencia y unidad del Gobierno no interrumpido de la soberanía española, debe ser la continuación de la gaceta de la Corte», p. 2.

Luego vendría uno de los títulos más significativos de los surgidos en 1810: *El Conciso* (24 de agosto de 1810-24 de diciembre de 1813, en Cádiz; 16 de enero-11 de mayo de 1814, en Madrid), cuyos redactores destacan, tanto en la solicitud de permiso al Consejo Reunido de España e Indias como en su primera entrega, la importancia de una empresa como aquella para contrarrestar la influencia de los papeles franceses. Meses después aparecería la *Tertulia Patriótica* (17 de octubre de 1810-15 de febrero de 1811) de Mariano de Carnerero y Félix Enciso Castrillón¹⁷.

En estos papeles gaditanos de 1810 se le otorga una clara finalidad política al periodismo, que adopta una forma mucho más combativa que la de etapas anteriores, donde la información, la sátira y la arenga se dan la mano.

Napoleón y María Luisa, un matrimonio estratégico dibujado en los papeles públicos

Buena parte de los textos incluidos en las publicaciones afrancesadas citadas tienen que ver con la gestión de José I en el gobierno de España (decretos, designación de autoridades en cada lugar, medidas promovidas para la educación, el mantenimiento del orden público, etc.) o bien se refieren al comercio y el día a día de la ciudad en que se imprimen. Se dedica en ellos una especial atención a lo que publicaban los periódicos ingleses, indicando con frecuencia que los gastos de la guerra resultarían insostenibles para los aliados, mientras que ponen en tela de juicio las verdaderas intenciones de la *pérfida Albión* con la ayuda prestada a los defensores de Fernando VII.

En las cabeceras gaditanas, junto a la actualidad local, a la constatación de la actividad política y al acopio de noticias de papeles extranjeros, es frecuente la publicación de otros textos –con mayor o menor carga literaria– que sirven para satirizar la figura del emperador de los franceses, al tiempo que se destinan a tratar otras cuestiones directamente vinculadas con la política europea, y de manera muy concreta con las tensiones existentes entre Francia y Rusia.

17. Las peticiones de licencia de los periódicos citados aquí pueden consultarse en el Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, 11991, exp. 19; han sido estudiadas por SÁNCHEZ HITA, Beatriz, «La prensa y la imprenta en el Cádiz de la Guerra de la Independencia (1808-1814)», en SEOANE, Maricruz y SÁNCHEZ HITA, Beatriz (ed.), *Prensa y libertad de imprenta. Los periódicos en el Cádiz de las Cortes*, Madrid, 2010, pp. 57-92; y con mayor detalle en la misma autora «Periódicos y licencias de impresión antes del decreto de 10 de noviembre de 1810», en DURÁN LÓPEZ, Fernando y LARRIBA, Elisabel, *El nacimiento de la libertad de imprenta: antecedentes, promulgación y consecuencias del decreto de 1810* (en prensa).

En las siguientes páginas nos centraremos en los artículos que abordaron el matrimonio de Napoleón Bonaparte con la archiduquesa María Luisa de Austria, por ser esta una cuestión que durante unos meses ocupó cierto espacio en los títulos afrancesados y patriotas, y donde puede observarse con nitidez cómo un hecho noticiable se convierte en un medio más para la propaganda en uno y otro caso. Nos basaremos en los textos publicados en las gacetas de Sevilla y Granada –por ser las más estables de las afrancesadas–, y en el *Diario Mercantil de Cádiz*, *El Observador* y *El Conciso* y en menor medida en lo apuntado en la *Gazeta de la Regencia*, pues en ella las referencias al hecho poseen un tono fundamentalmente informativo¹⁸.

En lo que respecta a las publicaciones afines a Bonaparte el acontecimiento se recoge con detalle, y sin que se deje sentir un ápice de crítica sobre Napoleón o la emperatriz. La fuente principal de estos textos parece ser la *Gazeta de Madrid*, donde en los meses de febrero a mayo en las noticias de «Austria» y en las de «París» se incluyen de forma pormenorizada los preliminares, la ceremonia, la marcha de María Luisa hacia París, mientras que, unas veces entre líneas y otras de forma evidente, se mencionan las ventajas que para Francia y Austria supone el enlace¹⁹. En este sentido, la crónica hecha por las cabeceras andaluzas viene a ser una visión global de aquel acontecimiento –publicada con un desfase de entre dos y tres semanas respecto a la gaceta de Madrid y con un orden diferente a veces–, y sirve de un lado para dar una idea a los andaluces de la expectación que en el Viejo Continente despertó la boda y de otro para mostrar la benevolencia de los invasores, pues para honrar el acontecimiento se harán fiestas y se gratificará a determinados grupos ciudadanos.

La *Gazeta de Sevilla* fue la cabecera que más espacio destinó a la noticia, sobre todo a partir del nº 16 (6-IV-1810) cuando se ofrecen con fecha de 31 de enero unos datos relativos a la futura esposa de Napoleón, de la que se

18. No incluimos lo dicho en la *Tertulia Patriótica*, pues no entró a valorar específicamente el hecho y solo en el nº 2 (19-X-1810) dirá, en unas «Reflexiones sobre la situación política de Europa» refiriéndose a Napoleón, que Austria, de donde era su nueva esposa, «le teme y le obedece», pintándose como cada vez más destacadas las tensiones con Rusia. El texto puede verse editado en ANGULO EGEA, María, *Tertulia Patriótica de Cádiz*, Cádiz, 2010, pp. 149-152.

19. Valga como muestra de las ventajas que Austria conseguía con la unión la noticia publicada en la *Gazeta de Madrid* nº 95 (5-IV-1810) donde en la sección de «Austria» y con fecha de «Viena 26 de febrero» se lee lo siguiente: «Dícese que S. M. el Emperador de los franceses ha perdonado los últimos plazos de las contribuciones de guerra que debía pagarse todavía por el Austria en virtud del convenio relativo a tal objeto». A esto hay que añadir los propios discursos de petición de mano que por extenso se recogen en la *Gazeta de Madrid* nº 101 (11-IV-1810).

destaca que es una joven de dieciocho años y dos meses; y a continuación en un texto remitido desde París el 27 de febrero, aunque datado el 7, se da cuenta de las disposiciones matrimoniales, indicándose que se ha enviado a Viena en calidad de embajador extraordinario al príncipe Neufchatel para pedir la mano de María Luisa, cuyas virtudes se elogian. Acto seguido se señala lo provechoso del matrimonio y se indica que la dote, arras y diamantes serán los acostumbrados; la inclusión de este dato no es baladí, pues se rumoreaba que Napoleón había agasajado en demasía a su futura esposa, y esto era algo que podía molestar a los franceses, pero también a los españoles de los lugares ocupados que debían contribuir a los gastos de la guerra. Esto explica por qué en las gacetas afrancesadas andaluzas –que prácticamente habían empezado a salir en esos días, al caer muchas de sus principales ciudades– se aportan menos datos sobre las características de algunos de los regalos de los cónyuges²⁰.

La información sobre el enlace se amplía en los números 17 (10-IV-1810) y 18 (13-IV-1810) en los que se parte de lo dicho en los papeles de Austria del 10 de febrero, y se explica que la Emperatriz, María Luisa de Austria-Este (tercera esposa de Francisco I), había estado enferma cuando recibió al conde de Otto, embajador de Francia, que luego se entrevistó con la archiduquesa María Luisa; se matiza que se están haciendo grandes arreglos para dotar al evento de la brillantez que merece, para lo que se disponen fiestas los días 5, 6 y 7 de marzo –estaba previsto que se firmasen los contratos el día 4 y que los esponsales se hicieran en la iglesia de los agustinos el día 5–, y que será el archiduque Carlos, tío de María Luisa, el que se case en nombre de Napoleón; después de la ceremonia ella se trasladará de Viena a París, donde se organiza otra recepción con igual o superior boato. En el n° 23 (18-IV-1810) se ofrecen unos pocos apuntes de la boda, procedentes de los papeles de París, y así se señala que el día de la celebración en Viena se dará un banquete en el salón del teatro del palacio de las Tullerías, y se añade que Josefina partió el 9 de febrero hacia Malmaison, y que granaderos de Soissons y Reims se preparan para recibir a la nueva emperatriz María Luisa.

En el n° 25 (20-IV-1810) se destaca la alegría del emperador de Austria, diciendo que nunca se había visto en su semblante una felicidad semejante, lo

20. Algunos de los regalos se describen con precisión en la *Gazeta de Madrid*, sirva como ejemplo el del retrato en miniatura que Napoleón le ha regalado a María Luisa «guarnecido de 16 solitarios» que se cita en el n° 93 (3-IV-1810), p. 389. Este presente se menciona sin aportar datos sobre su valor en la *Gazeta de Sevilla* n° 29 (24-IV-1810), p. 218.

Sobre el lujo que rodeó todas las celebraciones, puede tomarse como muestra lo dicho en la *Gazeta de Madrid* n° 120 (30-IV-1810), pp. 500-501 respecto al adorno de la ciudad de París.

que se manifiesta en las gratificaciones que han recibido los empleados de los ministerios y las administraciones; y dicho esto se aportaban las fechas previstas para la marcha de María Luisa a Francia, incluyéndose de igual modo las referencias a los bailes y festejos que tendrán lugar para celebrar el enlace. Lo dicho en este ejemplar se perfila en el nº 29 (24-IV-1810), donde se da el día exacto de la llegada del embajador del emperador de los franceses, el príncipe Neufchatel, que entró en Viena el día 5, describiéndose su recibimiento y los banquetes que tuvieron lugar los días siguientes, así como los parlamentos de María Luisa aceptando su unión con Napoleón, y del archiduque Carlos que en la ceremonia por poderes, celebrada finalmente el 11 de marzo, haría de conducto del emperador. Tras esto se apunta que el 13 partió la nueva emperatriz de los franceses hacia París. Durante el mes de mayo se incluirán breves bosquejos sobre el viaje y recepción de la emperatriz²¹.

La información que figura en la *Gazeta del Gobierno de Granada* es similar a la aportada por la de Sevilla, aunque resulta algo más breve y directa, lo que hace fácil su interpretación en clave política. Una de las primeras referencias se localiza en un telegrama de Estrasburgo publicado en el nº 35 (20-IV-1810) donde se anuncia que el día 11 tuvo lugar la boda. En el nº 37 (27-IV-1810) se reproduce la petición hecha en nombre de Napoleón por su embajador al emperador de Viena en la que se indica que «la unión de dos familias poderosas, dará nuevas seguridades de tranquilidad y felicidad»²² a ambas naciones, y se incluye igualmente la respuesta favorable del monarca, que presenta la alianza como garante del mutuo bienestar.

Más tarde, aunque en menor proporción debido al paso del tiempo, vuelve a citarse el enlace de Napoleón como un hecho capital para la política francesa. En este último aspecto se insiste en la *Gazeta* nº 65 (3-VIII-1810) donde en las noticias de Frankfort del 15 de junio se hace mención al capítulo 75 «Napoleón y la Princesa Luisa» de la obra de M. Vogt *La nación alemana y sus vicisitudes*, donde se insiste en que esa boda tiene el valor de alianza para la nación alemana con la francesa, augurando un porvenir próspero y asimilando la figura del francés con la de Carlomagno, pues «Los antepasados de Luisa han llevado la corona de Carlomagno por muchos siglos, Napoleón le vuelve su esplendor por sus victorias»²³; en ese mismo número se inserta una proclama, en español y en francés, en la que se anuncia la celebración del cumpleaños de Napoleón «el Grande» el 15 de agosto, y su matrimonio con María Luisa con una misa solemne en las iglesias de Granada y Málaga, a la

21. Como otros textos parecen ser resúmenes de lo publicado en la *Gazeta de Madrid*.

22. *Gazeta de Granada*, nº 37 (27-IV-1810), p. 145.

23. *Gazeta de Granada*, nº 65 (3-VIII-1810), p. 259.

que seguirán diversiones públicas –en el nº 66 (7-VIII-1810) se especifican todos los preparativos y las disposiciones adoptadas para ese día–. Este documento es sin duda interesante pues se añaden los artículos dispuestos por el Excelentísimo señor conde Sebastiani, para «los homenajes, fiestas y regocijos» de los días 15 y 16, así como los del 14 en el que se anunciarán los fastos con repiques de campana. En las jornadas siguientes se dotará a las jóvenes pobres que quieran casarse, se celebrarán misas y repartirán donativos, habrá toros, iluminaciones, árboles con 150 reales de premio en su copa para quien suba a cogerlos, bailes y espectáculos callejeros. En el nº 68 (14-VIII-1810) se refieren las doncellas pobres que han resultado agraciadas; y en los números 69 (17-VIII-1810) al 72 (28-VIII-1810) se siguen aportando noticias sobre el éxito de las fiestas²⁴. Todos estos artículos constituyen un claro testimonio de cómo los invasores trataban de ganarse al pueblo; fiestas, toros y creación de teatros, serán algunos de los medios empleados para ello, algo que los papeles patrióticos denunciarán por ser según ellos una nueva forma de robar²⁵.

En los periódicos tirados en territorio libre se valorará de un modo muy diferente el matrimonio, coincidiéndose con los afrancesados solo en el hecho de iba a reportar beneficios a Francia y Austria, que reforzarían sus relaciones. No faltarán en las cabeceras gaditanas numerosas opiniones previas a que se produzca el casamiento sobre los vínculos que baraja el emperador de acuerdo con sus ambiciones de conquista, y será por ello frecuente que se presente a la reciente esposa como víctima, o cuando menos como un ser ingenuo.

En el *Diario Mercantil* del 4 de febrero de 1810 en la sección dedicada a las noticias extranjeras se dice que Bonaparte no tardará en coronarse emperador de Occidente, título para el que tiene «indudables derechos, que le son transmitidos por su predecesor Carlomagno» según algunos periódicos de Viena, que al anunciar la restauración del imperio de Carlomagno manifiestan su anhelo de que: «Ciña el gran Napoleón la diadema del Emperador Franco-Romano, que solo así pueden verse cumplidos los votos y la esperanza de la generación presente»,²⁶ lo que se califica de impúdico en el papel gaditano. En conexión con este asunto se pondrán en las entregas siguientes los rumores sobre la autenticidad de la separación de Napoleón de Josefina –a la que se dice que sigue visitando en Malmaison, según figura en el cuaderno del 18

24. Estos actos fueron frecuentes en París y en toda Austria como celebración del matrimonio y durante el traslado de María Luisa. Pueden verse al respecto los ejemplares de la *Gazeta de Madrid* de los días 7, 15, 21, 24-26 y 39 de abril; 2, 7 y 23 de mayo de 1810.

25. De igual modo hay que citar que se fundaron liceos y otras instituciones que fomentan la educación, de los que poco o nada se señala en los impresos contrarios a Bonaparte.

26. *Diario Mercantil de Cádiz*, 4 de febrero de 1810, p. [2].

de febrero— y su futura boda con la que afianzará su imperio, y sobre la que se elucubra con que se haga con nada menos que la reina de Holanda, que debería para ello divorciarse de Luis Bonaparte;²⁷ con la duquesa de Sajonia o con la gran duquesa de Rusia, tratados todos ellos favorables por no estar consolidada su política aún en aquellos lugares, según se apunta en el diario del día 22 de febrero.²⁸

En el mes de marzo de forma escueta y en un intento de mostrar la oposición de Rusia a Napoleón, el día 2 en el extracto de las cartas recibidas de San Petersburgo en Inglaterra vía Holanda a finales de 1809 o enero de 1810, se dirá que la emperatriz madre, María Feodorovna, ha negado la mano de su hija Ana al emperador de los franceses y que propiciará que la princesa se case de inmediato con el príncipe al que estaba comprometida. Sin embargo, en el diario del 13 de marzo se indica que las gacetas de Ámsterdam de enero aseguran que ya está proyectado el matrimonio con la hermana del emperador Alejandro, señalando que Armand Augustin Louis de Caulaincourt, pariente del embajador francés en Rusia, ha salido de París para acompañar a la princesa a esta capital. Con estas noticias deben ponerse en relación otros contenidos de fondo publicados en el *Diario* como las «Variedades» del día 21 de marzo en las que se evidencia que estas especulaciones que significarían la unión entre Rusia y Francia son del todo falsas²⁹, pues la primera alcanzó cuanto podía

27. Se traían de esta forma a la palestra pública las malas relaciones que en esos momentos existían entre los hermanos Bonaparte, y que acabarían en julio de 1810 con la abdicación del trono holandés por parte de Luis a favor de su mujer, Hortensia de Beauharnais [hijastra de Napoleón, aportada por Josefina de su primer matrimonio] e hijo, Napoleón Luis Bonaparte. En *El Conciso* nº XXIII (6-X-1810) se incluye la siguiente «Anécdota» en la que se pone en tela de juicio la paternidad de Luis Bonaparte: «Parece que el ex rey Luis remitió la renuncia al trono de Holanda a su hermano Bonaparte en los términos siguientes: «te remito la corona que me diste, la mujer que me encargaste, y los hijos que de ella tuviste». *Se non é vero, é ben trovato*, que quiere decir, que la exreina está en Secheron, y el ex príncipe heredero en París», pp. 111-112. Los avatares de Holanda fueron también seguidos de cerca por la prensa patriótica, que veía en ellos una vez más un motivo para mostrar la perfidia de Bonaparte, capaz de actuar incluso contra su familia si no satisfacían sus intereses.

28. En relación con toda esta rumorología deben situarse las especulaciones que corrieron en Austria, en los últimos días de enero y las primeras semanas de febrero, sobre la probable boda de Napoleón con María Luisa desde que se divorció de Josefina. Estas pueden leerse en la *Gazeta de Madrid* desde finales de febrero y durante la primera quincena de marzo. Igualmente, los detalles sobre la separación de Napoleón y Josefina puede verse en el número del día 6 de enero de 1810.

29. Tal y como se publica en el periódico, la primera opción de Napoleón para asegurarse la descendencia con el nacimiento de un varón, y llevar a cabo una jugada maestra en el tablero político fue la de unirse a Ana, con la mediación de Caulaincourt que empezó a negociar en noviembre; sin embargo el zar Alejandro argumentaría que su hermana

pretender con el tratado de Tilsit (julio de 1807)³⁰, aumentando sus territorios y ayudando a cambio a Francia en el bloqueo comercial a Inglaterra, lo que según los editores puede variar por las presiones económicas que sufre Rusia por los costos de la guerra marítima y las escasas posibilidades de ampliar sus dominios, que hacen poco viable la unión de ambos países que llevaría implícita la boda.

En abril deja de teorizarse con las posibles opciones y se aportan ya noticias concretas sobre el enlace de Napoleón con María Luisa de Austria. Así el día 16, sin desaprovechar la ocasión para atacar a Napoleón al presentar a la dama como presa de sus intereses, al hacerse eco de los papeles ingleses, se dice que:

«El 11 se celebró en Viena el matrimonio de Napoleón con la archiduquesa María Luisa por poder conferido *al archiduque Carlos*; el 13 se puso la víctima en camino para París, en donde se harían preparativos para solemnizar el sacrificio»³¹.

En el ejemplar del *Diario Mercantil* del 23 de abril con el título de «Farsa matrimonial de Buonaparte», y remitiendo al periódico del día 16, se recopilan los datos sobre la petición de mano al emperador de Austria por parte del embajador extraordinario de Napoleón, la aceptación de este, y la consiguiente de la archiduquesa María Luisa y del archiduque Carlos, que debía asumir sus poderes para celebrar la ceremonia matrimonial, y que al admitirlos hace patentes las razones de aquel nexo y los beneficios derivados del mismo:

«*Contestación del archiduque*

Príncipe: admito gustoso la propuesta que por vuestro conducto me transmite el emperador de los franceses. Su elección, al paso que me lisonjea, me penetra del dulce presentimiento de que va a borrar todo vestigio de disensiones políticas, y reparando los estragos de la guerra, a producir la felicidad de dos naciones formadas para estimarse y que se hacen mutua justicia. Contaré entre los más venturosos instantes de mi vida el en que en testimonio de una reconciliación tan franca como sincera, presente la mano de la archiduquesa María Luisa al delegado del gran monarca que representáis; y os ruego, príncipe, hagáis en toda Francia notorio mi anhelo de que las prendas de la archiduquesa cimenten para siempre la amistad de nuestros soberanos y la dicha de sus pueblos».³²

era demasiado joven y exigiría que el emperador esperase dos años para casarse con ella. Esto, que en realidad era una negativa, contribuyó a tensar más las relaciones con Rusia, y precipitó la boda con la candidata de Austria.

30. Sobre el contenido del tratado y el empleo del mismo en la circunstancia presente pude verse el *Diario Mercantil* del 30 de agosto de 1810.

31. *Diario Mercantil de Cádiz*, 16 de abril de 1810, p. [4].

32. *Diario Mercantil de Cádiz*, 23 de abril de 1810, p. [3].

Este texto parece estar inspirado en la *Gazeta de Madrid* nº 101 (11-IV-1810), o cuando menos en la misma fuente de la que esta toma los datos, pues aunque el contenido es prácticamente el mismo³³, la expresión varía; en los títulos de cada intervención el cambio puede deberse al interés de los diaristas en dotar de un toque de humor al artículo y en los parlamentos en sí puede atribuirse al intento de resumir un poco los discursos, sin que se tergiverse nada de lo dicho.

A tenor de las palabras del archiduque Carlos parece claro que con el matrimonio se buscaba una alianza que resultase beneficiosa para ambos países, aunque ello supondría el inicio de fuertes desavenencias con otras naciones; quizás por esto se insertaron en el *Diario Mercantil* estos escritos que ratificaban otras ideas expuestas en ejemplares anteriores. No en vano, en el *Diario Mercantil* del 17 de abril en la sección «Variedades» se incluía un extenso e interesante escrito, en el que se ofrecían las opciones políticas derivadas del matrimonio. El texto da inicio como unas exclamaciones retóricas con las que se destaca lo inaudito de una boda sobre la que el autor del mismo –que no revela el nombre– dirá que nunca entró en sus «cálculos políticos», y que asimismo tampoco «pudo tener cabida en las combinaciones de cabeza humana». ³⁴ Dicho esto ofrece todo un argumentario sobre razones por las que se ha producido el enlace y apunta que es previsible que pronto Francia y Austria se unan contra Turquía, con el objetivo de aumentar el control sobre Asia y conquistar Rusia, a la que recomienda unirse a Prusia y recibir los auxilios de Gran Bretaña contra Napoleón, revitalizando el comercio y haciendo que tal vez Dinamarca y Suecia planten cara al francés y sacudan «el pesado yugo bajo que gimen»:

«(...) Quizá me engañe y la experiencia dará por falso mi vaticinio; mas creo que nada puede pronosticarse con más probabilidad que el próximo rompimiento de Francia y Austria contra la Turquía. En las provincias europeas de este imperio, es en donde ha de querer el yerno indemnizar al suegro de las pérdidas de la última guerra³⁵; poner una barrera a las nuevas adquisiciones de la Rusia (...), y disponerse para la conquista del Asia mayor y menor (si es que tamaños proyectos caben en cerebro de un mortal, o si es fácil a la política ejecutarlos). Es muy creíble que siga alucinando el tirano

33. En este punto la diferencia más notable es la ausencia del discurso de la emperatriz.

34. *Diario Mercantil de Cádiz*, 17 de abril de 1810, p. [2].

35. Se refiere a la guerra que Austria en coalición con Gran Bretaña mantuvo contra Francia en 1809, aprovechando la debilidad de las huestes napoleónicas por la Guerra de la Independencia, y que tras algunas victorias supuso el vencimiento de los austriacos en la batalla de Wagram (julio de 1809), y terminó con el Tratado de Schönbrunn, con el que Austria reconocía las anteriores conquistas de Bonaparte y cedía nuevos territorios a Baviera, al Gran Ducado de Varsovia y a Francia.

al joven autócrata de las Rusias, lisonjeándole con colocar a Constantino a las orillas del Bósforo, en tanto que le urde nuevas tramas y le pone otro dique, erigiendo la Polonia en uno de sus reinos feudatarios. El emperador de Austria conserva en pie un ejército respetable; el yerno aun tiene dos de los suyos en Alemania, y envía hacia Dalmacia fuerzas de alguna consideración. Vaya, rompen con Turquía. ¿Y el emperador Alejandro, llevará su ceguera a punto de no declararse por la Puerta Otomana? ¿No echará de ver que a no hacerlo así van a embestir después con él? ¿Es posible que el gabinete de San Petersburgo no tenga otra brújula que las intrigas de un Caulaincourt, que a medida del antojo de su digno señor, siembra el oro, las promesas y las discordias entre los magnates de aquel desgraciado imperio! El emperador Alejandro no tiene otra cosa que hacer, sino sostener con empeño la causa de los turcos, que es la suya, dejarse de proyectos quiméricos, y si aun insiste en el de incorporar la Tauride o Crimea a sus vastos dominios tener presente que esta importante provincia vendría a serle onerosa, si invadida la Turquía europea por los franceses y austriacos, consiguiesen estos *aliados nuevos* apoderarse de la margen del mar Negro. No debe tampoco olvidar la Rusia que si despliega un sistema de energía tal cual conviene a sus intereses, no dejará de unírsele la Prusia, y de recibir poderosos auxilios de la Gran Bretaña; y vigorizado su comercio, que tan abatido yace, su agricultura resucitará algún tanto los menoscabos que en estos últimos años ha sufrido. En fin, quizá también entonces la Dinamarca y Suecia se atreverán a sacudir el pesado yugo bajo que gimen, y Alejandro al alejar de su trono una de aquellas catástrofes, tan al orden del día en la historia de los césares, volverá a hacerse digno del aprecio de los buenos»³⁶.

De las palabras contenidas en este editorial se desprende cierta esperanza de que Rusia reaccione contra Napoleón por la amenaza que el nuevo nexo constituye para sus intereses. Se hace, pues, evidente que atrás quedaban ya los acuerdos del Tilsit, y la connivencia pacífica de Rusia con Francia se pinta como algo cada vez más improbable, toda vez que no deja de atribuirse cierta capacidad a la última para embaucar a la primera con las engañosas promesas hechas al zar Alejandro por los emisarios de Napoleón. En los ejemplares siguientes se insta al zar a que se alce contra el corso.

Durante los meses de mayo y junio se siguen dando detalles sobre el enlace y la recepción de la emperatriz en Francia, destacándose la suntuosidad que rodeó dicha ceremonia acaecida el 1 de abril e insistiendo en la idea de que ha sido posible sufragar los costes que ha tenido la profusa decoración gracias a los saqueos que hacen los franceses en los territorios ocupados; así en el del día 12 de mayo podemos leer lo siguiente:

36. *Diario Mercantil de Cádiz*, 17 de abril de 1810, pp. [2-3].

«Los papeles franceses no hablan de otra cosa que del bodorrio de Buona- parte, del enjambre de reyes que ha acudido a París, de las galas de la nueva emperatriz, de los arcos triunfales, del templo *transparente de himeneo* que, apareciendo a media noche sobre la torre de la iglesia de Nuestra Señora, había de dejar a los parisienses tan *estupefactos* como los triunfos de Ratisbona y Wagram. El emperador y rey no omite diligencia para divertir a su buen pueblo, para lo que le suministran los medios los saqueos y las contribuciones impuestas, tanto a los mismos vasallos embaucados, como a los de su padre político. Estos sobre todo son los que costean la fiesta»³⁷.

En el ejemplar del día 15 de mayo se hará mofa de los arcos triunfales y los lemas que figuraban en algunos de los medallones que en marzo y abril de 1810 adornaban las calles de París para solemnizar el enlace y que se presentan aquí como una prueba de la adulación desmesurada de los franceses hacia un emperador que les ha restado libertades. El día 1 de junio vuelven a recopilarse datos sobre los homenajes tributados en abril a Napoleón y María Luisa, en los que el responsable de las «Variedades» deja ver la importancia que tienen en el gobierno de Napoleón los lazos de sangre, y la trascendencia que el matrimonio tiene para sus objetivos, trayendo a colación algunos hechos que evidencian el verdadero carácter del corso al preguntarse el autor del texto si acaso durante las arengas laudatorias a los esposos, «los nombres de Luis XVI, María Antonia y también Josefina no dejarían de revolotear por las cabezas de la víctima y del manso rebaño de circunstantes, y aun también por la del lobo».

En la *Gazeta de la Regencia* apenas si se ofrecen más notas sobre el acontecimiento que aquí nos ocupa que la referencia contenida en el n° 14 (13-IV-1810) con fecha de Viena 17 de febrero, en la que se indica que el día 15 se anunció la boda, se detallaron los preparativos y se dijo que el archiduque Carlos sería el que desposase por poderes a María Luisa.

El Observador no se detendrá en la ceremonia en sí, y será uno de los pocos en los que las críticas se centren más en María Luisa y en el archiduque Carlos, que en el propio Napoleón. La primera es calificada de «emperatriz moderna»³⁸ en el *Apéndice al Observador* del 13 de julio donde se indica que los cardenales italianos que no acudieron a la farsa matrimonial en París, no fueron admitidos cuando al día siguiente quisieron presentarse a la dama, y han sido relevados de sus puestos y se les han confiscado sus bienes; seguidamente se recoge que en Lyon los ojos azules de la nueva emperatriz han causado sensación y todo el mundo trata de vestirse de ese color. En el

37. *Diario Mercantil de Cádiz*, 12 de mayo de 1810, p. [2].

38. *Apéndice al Observador*, julio 13 de 1810, p. [1].

nº 6 (10-VIII-1810) se publica una «Ojeada militar y política sobre la última campaña del Austria en el Danubio» donde se describe cómo las acciones del archiduque Carlos desde 1805 en adelante propiciaron que Austria quedase en manos de los franceses, perjudicando al resto de países cercanos, mostrando las humillaciones que todo esto supuso para Francisco, y que culminaron con la boda de Napoleón con María Luisa, cuyas gracias –descritas en nota al pie– gozará «el sátiro de Córcega, el caduco marido de Josefina»³⁹ una vez celebrada la vergonzosa ceremonia. En el nº 10 (7-IX-1810) vuelve a hacerse mención a la unión, cuestionando en un breve problema si Napoleón se habrá planteado un cambio de estrategia en la derrota de los Borbones, a la par que se pone en entredicho su verdadera impronta de revolucionario, pues su nueva esposa es «nieta del rey de las Dos Sicilias, sobrina de la malhadada reina María Antonia, y prima de Fernando VII»⁴⁰.

En lo que se refiere a *El Conciso* hay que matizar que como empieza a circular más tarde no va a incluir datos concretos sobre las nupcias, pero sí que se hará eco continuamente en sus ejemplares del vínculo entre Austria y Francia que se conseguía con ellas y el creciente descontento de Rusia. Además se valdría de la ridiculización de la figura de los esposos –María Luisa saldrá mejor parada que Napoleón– para abundar en la idea de que las cosas no van tan bien para el corso como algunos periódicos afines intentan hacer ver⁴¹. En este sentido, en un pasaje del cuaderno IV (30-VIII-1810) se inserta

39. *El Observador*, nº 6 (10-VIII-1810), p. 106. La descripción que se ofrece en nota al pie es la siguiente: «María Luisa de Austria, nacida el 13 de diciembre de 1791 es la más bella princesa de Europa. Véase cómo la describe una relación de Viena. Es moderadamente alta, de manos y pies muy lindos; el cuello y las espaldas a torno, la tez blanquísima y delicada, los cabellos rubios que bajan al suelo; ojos dormidos, la nariz un poco a la romana; pero los labios absolutamente austriacos, y que abriéndose descubren una hermosa dentadura; su voz tan dulce como el harpa». Lo dicho aquí contrasta con otros pasajes del texto en los que literalmente se la presenta como la «manceba de Bonaparte».

40. *El Observador*, nº 10 (7-IX-1810), p. 169.

41. Conviene destacar que las sátiras hacia Napoleón fueron frecuentes en toda la vida del periódico, pero lo fueron aún más en los primeros meses, especialmente en agosto y septiembre –disminuyeron sin desaparecer al iniciar las Cortes sus sesiones, pues se recoge el debate parlamentario–. Al comienzo de su andadura son muchas las anécdotas con las que se pretende la ridiculización del emperador de los franceses, al que se dibuja como una persona supersticiosa, miedosa y sobre todo maniática, hasta el punto de perder los nervios en ocasiones y dar pellizcos y arañazos a su exmujer Josefina, de la que en el nº XIII (18-IX-1810) se dice que debe estar contenta con el divorcio por estos motivos; en otras ocasiones lo que se ridiculiza es su afición al lujo y su comportamiento como si fuese el heredero legítimo de la monarquía francesa, remedando usos y costumbres de los anteriores reyes, tal y como se denuncia en «Bonaparte remedado como mona» en el nº XXI (2-X-1810), siendo esto solo un botón de muestra de los

una «Anécdota» en la que se pone de manifiesto que los ingleses resultaban superiores en el mar a los franceses, y que muy poco podían hacer por perseguirlos aun cuando contaban con un número de barcos mayor, lo que justifica Bonaparte diciéndole a su esposa que le pregunta sobre ese hecho que esto es así «porque el viento no es favorable»⁴². Más adelante, y tras haber mostrado con anterioridad las desavenencias de Napoleón con su hermano Luis, que se emplearon por parte de los editores de *El Conciso* para advertir a los demás monarcas de Europa de lo que era capaz Napoleón para lograr sus objetivos y ejercer de forma autoritaria su poder, en el nº IX (10-IX-1810) no titubearán en sembrar la duda sobre la estabilidad del matrimonio y sus intenciones para con Austria:

«(...) Hamburgo 26 de julio.= *Las cartas de París anuncian que ya empieza a haber falta de armonía entre los dos nuevos esposos*. Bonaparte, que no conoce más ley que su capricho, no necesitará para enfurruscarse más que ponérsele en la cabeza que ya tarda en tener frutos de la bendición. Bien puede el buen Francisco dejarse de pintar las ventanas de su palacio (ocupación digna de un emperador) y ver cómo ruega a Dios por la fecundidad de su hijita; pues me temo, fieles, que si la muchacha da en que ha de comer tierra, y deja desairado al omnipotente, su bendito papá será (como se dice vulgarmente) el C... del fraile; y podrá decir de su imperio *que se lo llevaron*»⁴³.

Días más tarde en un suplemento titulado *El Concisín* se lleva a cabo todo un recorrido por las monarquías europeas en 1810, a través de las vivencias de este hijuelo de *El Conciso*, que muestra que la mayor parte de los reyes se encuentran supeditados a Napoleón, vestidos a la francesa y amodorrados por el «opio gálico». El personaje relata asimismo que estuvo en París y que allí pudo ver «a Bonaparte desesperado y jurando acabar con todas las monarquías de Europa. Los españoles, decía, me han impedido que haya destronado ya a todos los soberanos, y puesto generales míos en sus tronos»⁴⁴, después de esto llegó a Cádiz, donde pudo comprobar que había tranquilidad y abundancia de comida, algo que se negaba desde los papeles franceses. Este significativo relato introduce mediante unas supuestas expresiones de Napoleón algo que paulatinamente se irá convirtiendo en *leitmotiv* en la prensa patriótica, sobre todo cuando sea recuperada la Península y Bonaparte sea derrotado en Rusia, pues esto último se interpretará en la prensa nacional como el resultado del

muchos escritos similares que se incluyen ahora y que figuran junto a otros de índole más noticiera en los que se trata sobre la situación con Rusia o de cómo se van tensando las relaciones con Austria.

42. *El Conciso*, nº IV (30-VIII-1810), p. 17.

43. *El Conciso*, nº IX (10-IX-1810), p. 43.

44. *El Concisín*, 4-X-1810, pp. 3-4.

desgaste que supuso la guerra en España, que fue además estímulo para la resistencia de otras naciones. Esto era algo que ya se adelantaba en el nº XXV (10-X-1810) de *El Conciso* donde leemos:

«(...) La infamia de todas las naciones continentales es inevitable: solo los españoles detenemos al architrano en el rápido curso de sus ambiciosos proyectos; los monarcas que aún ven ceñidas sus sienes con la corona que se les está cayendo, agradezcan a España su existencia momentánea si no mudan de política»⁴⁵.

Cuando se recorren las páginas de las publicaciones partidarias del régimen de José Bonaparte se aprecia cómo en el relato que se hace del matrimonio de su hermano Napoleón con María Luisa se destaca la importancia del mismo para la estabilidad política de Francia y Austria, para la expansión de la primera, y de manera muy específica para el mismo Napoleón, que conseguiría de esta forma estar más cerca de convertirse en un nuevo Carlomagno. Al mismo tiempo, el enlace es aprovechado para captar al pueblo de las zonas ocupadas con la realización de fiestas de diversa índole y a través de donativos a doncellas pobres, tal y como se hiciese en París y Viena. El invasor mostraba así su cara más amable, mientras hacía correr la idea de que la unión había sido del agrado de casi toda Europa.

Desde las cabeceras patrióticas, sin embargo, se presenta el nexo como el detonante de futuras hostilidades hacia Napoleón y como el inicio de una época difícil para las aspiraciones francesas de reunir Europa bajo la influencia del Emperador francés, lo que acabaría por convertirse en una realidad, pues a los conflictos protagonizados con algunos de los monarcas que había colocado en los estados conquistados, entre ellos su hermano Luis Bonaparte, se sumará con el tiempo el enfrentamiento abierto con Rusia, que a la postre provocaría el fin de su hegemonía. La burla se mezcla en los artículos de las diferentes empresas con textos en los que la mención a hechos pasados –en concreto a las luchas entre Francia y Austria– serán constantes y se emplearán para ponderar que la ambición es el único móvil de Bonaparte, que para lograr sus propósitos no duda en traicionar sus supuestos ideales revolucionarios y acaso a su propio corazón al separarse de Josefina –cuya sombra está presente en muchas de las críticas que se le hacen–.

De esta forma, mediante el uso unas veces a la crónica y otras a la sátira política, se lleva a la ciudadanía la información –convertida por unos y otros

45. *El Conciso*, nº XXV (10-V-1810), p. 120.

siempre en propaganda— de un hecho fundamental para el posterior desarrollo y declive del régimen bonapartista, como lo fue el matrimonio con María Luisa.

Al mismo tiempo, en los impresos gaditanos se ofrece, como era de esperar pues se hacía preciso mantener encendidos los ánimos y exaltar el patriotismo, una imagen muy positiva de España: el único país capaz de plantar cara al invasor. Esta idea la veremos repetida con insistencia cuando se produzca la caída del francés, y desde los papeles públicos se presente a España como la nación que salvó Europa, aunque esa ya es otra historia.

ESTUDIOS

STUDIES

Palabras en guerra. La experiencia revolucionaria y el lenguaje de la reacción

Words at War. The Revolutionary Experience and Reactionary Language

Encarna García Monerris

Carmen García Monerris

Universitat de València

«Era ralea que se infiltraba en todas partes, combatiendo la fe cristiana y la autoridad de los gobiernos legítimos, en nombre de una <filantropía>, de una aspiración a la felicidad y a la democracia, que sólo ocultaban una conjura internacional para destruir el orden establecido».
(Alejo Carpentier, *El Siglo de las Luces*)

Recibido: 2-III-2011

Aceptado: 14-IX-2011

Resumen

Este trabajo se plantea como objetivo una aproximación nueva al pensamiento reaccionario surgido a raíz de la experiencia revolucionaria española a partir de la obra de Rafael de Vélez, *Preservativo contra la irreligión*. En él abordamos el estudio de la reacción como parte inherente al propio proceso revolucionario. El espejo deformado de esa revolución, que daba paso a un nuevo escenario de la política y de lo público, eran las propuestas de una tradición inventada por los reaccionarios que, en muchos aspectos, resultaba tan novedosa como los principios revolucionarios que combatía. La dialéctica Ilustración-Antiilustración se subsumía, a partir de 1808, en la dialéctica Revolución-Contrarrevolución.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación FF12008-02107, de la Secretaría de Estado de Universidades del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Palabras clave: Revolución, Reacción, Ilustración, Antiilustración, Filosofía, Patriota, Afrancesado.

Abstract

This paper aims to introduce a new approach to the study of the reactionary thought emerged from the experience of the Spanish (liberal) revolution. It focuses on Rafael de Velez's work *Preservativo contra la irreligión* and it approaches the study of reaction as an inherent part of the revolutionary process itself. The distorted mirror of that revolution, which gave way to a new policy arena and a new conception of the public, gave birth to an invented tradition which in many respects, was as novel as the revolutionary principles that reactionaries were fighting. The dialectic Enlightenment and anti-Enlightenment was subsumed, from 1808 on, in the dialectic Revolution– Counter-Revolution.

Keywords: Revolution, Reaction, Enlightenment, Anti/Counter-Enlightenment, Philosophy, Patriot, Afrancesado.

Estamos tan acostumbrados a establecer de manera directa un nexo entre Ilustración y Revolución, y a pensar ese momento histórico desde la perspectiva del triunfo ineluctable de la Razón y del Progreso, que olvidamos con frecuencia que la Ilustración tuvo su Antiilustración y que la Revolución, desde el momento mismo de su estallido, tuvo su Reacción¹. Ambas se mostraron como las dos caras de una misma moneda, con una fecha y un acta de nacimiento idénticas. Dificilmente podemos captar el alcance del proceso abierto en 1789 sin el posicionamiento de sus contrarios y, a su vez, el carácter de estos no puede ser entendido sin el brutal trauma que supuso la ruptura revolucionaria.

Conforme el concepto de «revolución» se iba cargando de nuevas connotaciones en los albores de la contemporaneidad, el inicial y mecánico sentido de la «reacción» iba a su vez definiendo y marcando también los límites y expectativas de un proyecto que nacía precisamente por oposición a aquella y que venía atravesado de las mismas señas de identidad universalistas y voluntaristas². Una universalidad que contribuía a delimitar el conflicto abierto como un enfrentamiento de carácter eminentemente ideológico, en el que la Religión se batía contra la Filosofía; y un voluntarismo que, de manera muy importante, concernía y ponía en valor las nuevas determinaciones morales y la capacidad de acción de los sujetos³. Revolucionarios y reaccionarios comul-

1. Sobre las corrientes antiilustradas y sus orígenes, BERLIN, Isaiah, *Contra la corriente*, México, F.C.E., 1992, especialmente su ensayo «La contrailustración», pp. 59-84; del mismo autor, *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Península, 1992. Ver también el libro de SORIANO, Ramón, *La Ilustración y sus enemigos*, Madrid, Tecnos, 1988 y el de PAGUEN, Anthony con el mismo título, Barcelona, Península, 2002. A propósito de ese sentido común apuntado, no debe sorprendernos que en pleno franquismo, los tradicionalistas no aceptaran el dictamen de J. Ortega y Gasset, cuando en uno de sus textos (*El ocaso de las revoluciones*, 1927), afirmaba que la reacción no era «más que un parásito de la revolución». La conciencia de su modernidad y pertinencia histórica parecía bastante rotunda.
2. KOSELLECK, Reinhart, «Semántica del concetto di rivoluzione», en VV.AA., *La rivoluzione francese e l'idea di rivoluzione*, Milán, Franco Angeli, 1986, pp. 7-17; HOBBSBAWM, Eric J., «La revolución», en PORTER, Roy y TEICH, Mikulás (eds.), *La revolución en la Historia*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 16-70; STAROVINSKY, Jean, «Acción y Reacción», en FERRONE, Vincenzo y ROCHE, Daniel (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 99-111.
3. En este aspecto concreto de la determinación moral de los individuos, la influencia de Immanuel Kant será decisiva. Véase, por ejemplo, a manera de introducción al tema, VILLACANAS, José Luis, *Kant y la época de las revoluciones*, Madrid, Akal, 1977; o del mismo autor, *La quiebra de la razón ilustrada: idealismo y romanticismo*, Madrid, Cincel, 1988. De manera particular, la obra de KANT, Immanuel, «Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?», en *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 17-29 (edic. e introducción de Agapito Maestre).

garon, en esta línea, del mismo sentido de la acción en un idéntico escenario que los unía y enfrentaba, y que no era otro que el de lo político, el de lo público y el de la opinión pública.

Sabido es que para Antoine Compagnon los verdaderos modernos fueron los antimodernos, aquellos que vivieron la modernidad entre el desarraigo, la tensión, el rechazo, la resistencia y la ambivalencia. El primer «moderno», en este sentido, sería Joseph de Maistre. En él y en los que participaron de su discurso y posición se encuentran las «figuras de la antimodernidad», aquellos «lugares comunes» que diseñaron un mundo antitético al de la propia revolución: la contrarrevolución, como figura histórica o política; la antiilustración, como figura filosófica; el pesimismo, como figura moral o existencial; el pecado original, como figura teológica; lo sublime, como figura estética y la vituperación o imprecación como figura de estilo⁴.

¿Hasta qué punto estos *topoi* estuvieron presentes en el discurso y en el pensamiento antiilustrado y reaccionario español? Como nos recordara hace ya bastantes años Javier Herrero, en un excelente y casi pionero trabajo sobre los orígenes del mismo, éste no fue «más que una manifestación del gran movimiento europeo en su reacción, primero contra la Enciclopedia y, más tarde, contra la Revolución Francesa». Añadía que la tan exaltada tradición española, «ni era tradición, ni era española». El interés intelectual por rastrear los orígenes del romanticismo español de los años 30 y 40 del siglo XIX le llevó, casi sin pretenderlo, a bucear en una España y en unos años en los que descubrió «todo un mundo estridente, violento (...), un mundo precursor de las violencias totalitarias de nuestro siglo. Demagogos airados denunciaban oscuras conspiraciones; paranoicos fanáticos acusaban a presuntos afrancesados de atentar contra las sagradas instituciones del Trono y del Altar». Por mucho que la interpretación de Javier Herrero obedezca a imperativos historiográficos y políticos del momento, a partir de los cuales caben bastantes matizaciones hoy en día, lo cierto es que tuvo, entre otras cosas, la virtualidad de plantear implícitamente la indisoluble relación entre Revolución y Reacción, y su más que evidente carácter ultranacional⁵.

4. COMPAGNON, Antoine, *Los antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007, p. 33 y ss.

5. HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza Universidad, 1988, «Introducción», pp. 13-24. Su interpretación, desde luego, debe contextualizarse en el momento de su formulación, en lucha fundamentalmente contra las ideas menendezpelayistas, empeñadas en buscar los orígenes patrios y la esencia de lo español. Desde este punto de vista, es verdad que las conclusiones de Herrero insistían, tal vez demasiado, en los orígenes europeos de este movimiento que, con todo, es verdad que, exactamente igual que la Revolución, debe entenderse en un contexto más amplio que el estrictamente «nacional». Una revisión del planteamiento de Herrero, que

En efecto; en medio del proceso revolucionario español y en plena lucha contra el ejército francés, puestos a definir o concretar quiénes eran los «patriotas» y quiénes los auténticos «afrancesados», resultó evidente que el pensamiento reaccionario acabó estableciendo nuevas líneas divisorias. Al reaccionario, en el fondo, no le interesaban España ni los «patriotas», sino la Revolución. «Afrancesados» resultaron serlo todos: josefinos, napoleónicos o «patriotas» antifranceses que comulgaban con los presupuestos del reformismo y de la racionalidad. Resultaba evidente que la Revolución instauraba un mundo nuevo proyectado hacia el futuro y que las fronteras de su acción no eran nacionales. El espejo deformado de esa Revolución eran las propuestas de una tradición inventada por los reaccionarios que en muchos aspectos resultarían tan novedosas como los propios principios revolucionarios que combatían. Los dos «inventaban» y los dos eran, a su manera, «revolucionarios». Tal vez por eso, Eugenio di Rienzo, a propósito de la dialéctica revolución-reacción, propuso en su momento el paradigma de las «dos revoluciones»⁶.

Se caería en el riesgo de ser conceptualmente imprecisos si aseveráramos que la tradición residía en exclusividad en los reaccionarios y que ellos eran los tradicionales por excelencia. Este aspecto, por el contrario, habría que buscarlo, de manera más originaria, en personajes y posturas políticas como la que representaba Edmund Burke, extraordinariamente respetuoso, él sí, con la historia, por mucho que ayudara también a difundir el *topoi* de la «conspiración»⁷. Paradójicamente, el abad Barruel, auténtico y primigenio responsable de este lugar común, que por esas mismas fechas publicaba sus *Memorias para servir a la Historia del jacobinismo* (1797-1798), creaba un mundo nuevo opuesto a la tradición. El presente, como catarsis, era el punto de partida. Sería en este autor en quien, especialmente, se mirarían los reaccionarios españoles a la hora de alimentar el componente antiilustrado y hostil a la Revolución que encontramos en sus escritos. Para muchos de

interpreta el pensamiento reaccionario español desde coordenadas historiográficas renovadas, en LÓPEZ ALÓS, Javier, *Entre el trono y el escaño. El pensamiento reaccionario español frente a la Revolución liberal (1808-1823)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011.

6. RIENZO, E. di (a cura di), *Nazione e controrivoluzione nell'Europa contemporanea, 1799-1848*, Milano, Guerini e Associati, 2004. Al respecto, ver también el cap. II del libro de MAYER, Arno J., *Les Furies, 1789-1917. Violence, vengeance, terreur aux temps de la révolution française et de la révolution russe*, Paris, Fayard, 2002, pp. 48-68, donde analiza la contrarrevolución como «antítesis indispensable de la revolución».

7. BURKE, Edmund, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790), Madrid, Alianza, 2003. Un análisis extraordinariamente sugerente de esta obra, perfectamente contextualizada en el momento histórico e ideológico en el que se produjo, en DÍEZ ÁLVAREZ, Luis Gonzalo, *Edmund Burke y la moderna guerra ideológica*, Madrid, Universidad Francisco de Vitoria, 2010.

ellos, 1789 y la guerra contra Napoleón constituyeron momentos y lugares de los que no podían prescindir en la elaboración de su discurso, siempre por negación. También en ellos, desde este punto de vista, el presente era un mito y no solo una prometedora proyección utópica hacia el futuro⁸. El presente era, evidentemente, la revolución, aunque los precedentes venían gestándose desde hacía un tiempo. Esos precedentes, igual para los reaccionarios que para los revolucionarios, remitían a la crisis de la monarquía hispánica, y a la naturaleza y características de la Ilustración y del reformismo español.

No podemos olvidar que la expulsión de los jesuitas de España, lejos de constituir un acto aislado y particular de la política hispana, se inscribía en una actuación de carácter más amplio, europea, que atacaba de manera directa los intereses de la Iglesia⁹. El embate regalista que este hecho supuso escondía en el fondo una lucha entre universalidades: la de una monarquía en pleno despliegue a costa de poderes intermedios o superiores a ella; y la más esencial de la Iglesia, definitoria de la propia estructura eclesial. Esto alimentó la percepción de una especie de conjura universal, que culminaría con la eliminación de todo tipo de religión en la Revolución francesa. El problema, sin embargo, no era sólo entre jurisdicciones, sino que afectaba de manera directa a aspectos materiales. No en vano, la religión, desde la perspectiva ilustrada, legitimaba el antiguo orden social y político. Como exclamara en un momento Diderot, haciéndose eco de la posición axial del binomio política-religión en el Antiguo Régimen, «imponedme el silencio sobre la religión y el gobierno, y no tendré nada más de que hablar». Imaginar otro gobierno, pensar otra legitimidad, o proyectar otra ingeniería social presuponía, inevitablemente, ya no tanto atacar la religión cuanto colocarla en otro lugar en la cultura y en la historia de la humanidad¹⁰.

Los apuros y necesidades hacendísticas de la monarquía, las medidas tomadas por sus ministros y las respuestas sociales a las mismas diseñaron, a su vez, un trasfondo conflictivo sobre el que incidirían los efectos de la

8. A propósito de las diversas percepciones del tiempo histórico y político, ver el citado estudio VILLACAÑAS, José Luis, *Kant y la época de las revoluciones...*, pp. 23-68.

9. Se ha ocupado ampliamente de este tema GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique, entre otros, en trabajos como «Los jesuitas y la Ilustración», *Debats*, n.º 105 (2009), pp. 131-140; Portugal y España contra Roma. Los inicios del proceso de extinción de la Compañía de Jesús (1767-1769)», en GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique (coord.), *Y en el tercero perecerán: gloria caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo XVIII: estudios en homenaje a P. Miquel Batllori i Munné*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002, pp. 293-324.

10. La cita de Diderot en GINZO FERNÁNDEZ, Arsenio, «Diderot preceptor de la Europa Ilustrada», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, n.º 20 (2003), pp. 107-143, concretamente en p. 121.

Revolución Francesa de 1789. El inicio del reinado de Carlos IV y la propia política de reformas llevada a cabo hasta el momento se verían empañados de inmediato por el temor al contagio de las ideas y noticias que llegaban de Francia. Se trataba de un momento de inflexión respecto a la dinámica política anterior. El llamado «cordón sanitario» del ministro Floridablanca no sólo buscaba evitar la entrada de las ideas «subversivas», sino también que no se escribiera sobre ellas dentro de España. Ni a favor ni en contra. Como si de una epidemia de peste se tratara, había que impedir su expansión. Las ideas, pero también los hombres procedentes del país vecino, eran el mal a conjurar. Sabemos, no obstante, que, pese a las precauciones tomadas, esas ideas y los escritos circularon clandestinamente. El momento y el ambiente favorecían, por tanto, lo que se conformó como una auténtica movilización contrarrevolucionaria ante las amenazas de una filosofía de efectos mesiánicos. Tal y como la historiografía ha puesto de relieve, el rearme de la Iglesia fue un hecho incuestionable en medio de esta repulsa a la Revolución: los eclesiásticos jugaron un doble papel, el de guardianes de la ortodoxia de la sociedad y el de propaganditas de la contrarrevolución. A través de obras y escritos de baja calidad literaria, en muchas ocasiones desplegaron todo un activismo que conectaba con la mentalidad antiilustrada anterior a 1789. Sus arengas inflamadas y el uso de la fuerza y de la represión arbitraria por parte de la monarquía, y la inseguridad que la situación creaba por momentos, aconsejaron la pertinencia de prohibir todo tipo de escritos, incluidos aquellos que pretendían hacer una defensa de los derechos de soberanía y de la constitución de la monarquía. Silenciar a los contrarrevolucionarios era una forma de silenciar la Revolución y sus efectos. No de otro modo pueden interpretarse las dificultades y la censura de que fueron objeto las obras de autores como Hervás y Panduro, o como la del francés Barruel. La Real Orden de enero de 1795 obraba en este sentido¹¹.

11. Sobre Floridablanca se puede consultar HERNÁNDEZ FRANCO, Juan, *La gestión política y el pensamiento reformista del conde de Floridablanca*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008; y MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús (coord.), *José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca (1728-1808): estudios en el bicentenario de su muerte*, Gijón, Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2009, especialmente los dos trabajos de Manuel de Abolbrason y el de Santos M. Coronas, que repasa su trayectoria como fiscal del Consejo de Castilla. Sobre la publicística, opinión pública y ofensiva contra la revolución, son especialmente indicados los trabajos de DUFOUR, Gérard, sobre todo «La Inquisición y la Revolución Francesa», en DIEGO, Emilio de y otros (coords.), *Repercusiones de la Revolución francesa en España*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 545-554; o «Godoy y la Iglesia», *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, n.º 3 (2004), pp. 125-134. También, el clásico estudio de ELORZA, Antonio, «El temido árbol de la libertad», en AYMES, Jean-René (ed.), *España y la Revolución Francesa*,

Que el componente antirreligioso de la Ilustración no se mantenía sólo en el plano de las ideas, y ni siquiera en el de la pugna de jurisdicciones, quedó de manifiesto con la desamortización de Godoy en 1798. Más allá de la significación estrictamente económica de la medida, la peligrosidad de la misma, para amplios sectores de la sociedad del Antiguo Régimen, se puso de manifiesto por la relación indiscutible que se establecía entre religión y propiedad a través de la actuación despótica ministerial. Los efectos benéficos de la venta de bienes eclesiásticos apenas se percibían por parte de quienes vieron en ese acto un auténtico ataque a las propiedades de la Iglesia. Atacar sus bienes era atacar a la religión, a la sensibilidad de los católicos y al cristianismo. Al mismo tiempo eso confirmaba el creciente ambiente de inseguridad jurídica y de deriva despótica de la propia monarquía. Desde esa sensibilidad, un conjunto de autores, con sus escritos y actuaciones públicas, representaron y recogieron toda esa mitología reaccionaria que el setecientos europeo fue generando de la mano de los antiilustrados. Son muchos los autores españoles en quienes se encarna esta corriente. Nos limitaremos en este trabajo a una relectura de uno de ellos, Rafael de Vélez, seguramente el que mejor supo recoger la teoría de la conspiración del abad Barruel, a través de sus varias publicaciones, en un momento decisivo para la Monarquía hispana como fueron los años de las Cortes de Cádiz.

Rafael de Vélez (Manuel José Anguita Téllez, Vélez Málaga, octubre 1777-monasterio de Herbón, agosto 1850) era fraile capuchino desde los 15 años y fue ordenado sacerdote en 1802. Cuando estalló la Guerra de la Independencia se refugió en un convento de Cádiz, ciudad desde la que dirigió la publicación *El Sol de Cádiz* y donde apareció su primera obra, *Preservativo contra la irreligión*, de extraordinaria difusión y acogida no sólo en la Península, sino también por los territorios americanos de la Monarquía. En 1816 es nombrado obispo de Ceuta y en 1824 arzobispo de Burgos y luego de Santiago. Tras la muerte de Fernando VII, destacó por su resistencia a las desamortizaciones. Acusado de connivencia con los carlistas, fue desterrado a Menorca en abril de 1835, pasando posteriormente, en junio de 1844, a Galicia. No era ésta la primera vez que sufría la persecución de los liberales.

Barcelona, Crítica, 1989, pp. 69-117. En este mismo volumen, el trabajo de DOMERGUE, Lucienne, «Propaganda y contrapropaganda en España durante la Revolución Francesa (1789-1795)», pp. 118-167. De manera general, CALLAHAN, William, *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid, Nerea, 1989; o MESTRE, Antonio y LA PARRA, Emilio, «Política y cultura en el reinado de Carlos IV», en MOLAS, Pedro y GUIMERÁ, Agustín (coords), *La España de Carlos IV*, Madrid, Asociación de Historia Moderna, 1991, pp. 189-204.

Ya durante el Trienio, su enfrentamiento con las autoridades políticas y constitucionales de Ceuta le acarrearón el destierro de esa ciudad y un periplo de varios años por distintos conventos de la Península. Su favorable acogida durante los gobiernos absolutistas ha llevado a insinuar que se trataba de uno de los más importantes apoyos doctrinales de la restauración fernandina. Vélez, muy por encima de su condición eclesiástica y de su, seguramente, muy relativa carga doctrinaria, es un producto de la dialéctica revolución-reacción. Su activismo, de netas y contundentes repercusiones políticas, le convierte en un personaje casi romántico, que acabó transitando por toda la geografía de la reacción, para acabar deviniendo en un auténtico mártir de la misma. Su empecinada lucha desde la condición eclesial contra las autoridades políticas en momentos constitucionales recuerda mucho, salvando las distancias, similares comportamientos de otros héroes contrarrevolucionarios como los del militar y capitán general Francisco Javier Elío. Ambos, Vélez y Elío, fueron protagonistas activos de ese otro lado de la Revolución que fue la Reacción. Los dos mártires, y los dos embalsamados y enterrados bajo la cripta de dos catedrales, la de Santiago y la de Valencia, respectivamente¹².

En el Cádiz cercado y agitado de las Cortes, en un momento, además, de plena efervescencia de la opinión y de los diversos grupos políticos en torno a temas tan cruciales como el de la abolición de los señoríos o la discusión del propio texto constitucional, nuestro capuchino publicó una extensa obra, de valor literario desigual, pero de extraordinaria significación para fijar, desde la perspectiva española, aquellos tópicos reaccionarios que ya se habían elaborado para el caso francés. El *Preservativo contra la irreligión o los planes de la falsa filosofía contra la Religión y el Estado* se publicó por primera vez en 1812¹³. La Constitución política de la monarquía española, una monarquía y una constitución todavía para ambos hemisferios, acababa de ver la luz. La obra de Vélez, de una extraordinaria e inmediata difusión, tenía también unas pretensiones netas de universalidad extensible tanto al público de la península como al de las colonias americanas. De hecho, la obra fue objeto, en apenas

12. Sobre Elío hemos publicado un estudio basándonos fundamentalmente en sus cartas desde la Ciudadela de Valencia: GARCÍA MONERRIS, Encarna y GARCÍA MONERRIS, Carmen, *La Nación secuestrada. Francisco Javier Elío. Correspondencia y Manifiesto*, Valencia, PUV, 2008.

13. El título completo de la publicación es *Preservativo contra la irreligión o los planes de la falsa filosofía contra la Religión y el Estado. Realizados por la Francia para subyugar la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España, y dados a luz por algunos de nuestros sabios en perjuicio de nuestra patria*, Cádiz, Imprenta de la Junta de Provincia, 1812.

un año, de unas diez ediciones, de las cuales dos fueron en México (1812 y 1813), una en la Habana (1813) y otra en Manila (1813)¹⁴.

La extensa obra, de 216 páginas, estructura en seis capítulos un argumento lógico y escalonado que va desde una idea general sobre la importancia constitutiva de la religión en el ser social humano, hasta el abatimiento de España, no tanto por la ocupación de las tropas francesas, como por el efecto corrosivo de la irreligión y de la filosofía. Una filosofía y unos filósofos que ya han manifestado sus planes y producido sus perversos efectos durante el siglo XVIII en Francia y que, de la mano de Napoleón y sus ejércitos, se han extendido por toda Europa. España, que en un primer momento sabe aunar el concepto de patria con el de religión, es la única capaz de hacer frente al tirano de Europa, pero al primer momento de triunfo sucede, ya en 1812, la inquietante realidad de una patria corrompida y, por tanto, nuevamente en peligro.

La historia para Vélez es la historia de la lucha de la religión contra la filosofía. Desde los orígenes mismos del cristianismo, éste tuvo que hacer frente a las fuerzas que pretendían su destrucción. Éstas se remontaban a tiempos pretéritos, de la misma manera que el hecho religioso es, por definición, el hecho constitutivo de la sociabilidad humana. La religión saca al hombre de su estado salvaje de naturaleza; no es sólo el vínculo más fuerte de la sociedad, sino su fundamento y el del poder mismo. Los intereses de la patria y de la religión «son una misma cosa con los bienes de su particular propiedad» (p. 8).

Desde esta perspectiva, la lucha entre religión y filosofía se reviste de un carácter universal, que trasciende fronteras físicas y temporales. La amenaza se remontaba a los mismos griegos, ese pueblo que generó esa especial raza de seres llamados filósofos, empeñados en descubrir a través de la razón y del *logos* una verdad que, para Vélez, estaba ya inscrita en la naturaleza religiosa de la sociedad y del poder. Esos hombres, encarnación del deambular del mal a lo largo de siglos y siglos de historia, son conocidos en Europa «con los nombres de iluminados, materialistas, ateos, incrédulos, libertinos, francmasones, impíos» (p. 8). Frente a una religión que actúa, además, como elemento contenedor y modelador de las pasiones y vicios humanos, se levantó desde el

14. De hecho, en este trabajo manejamos la reimpresión de México de 1813, hecha a solicitud del vicario general de capuchinos de las provincias de España y sus Indias, Fr. Mariano de Bernardos, en la oficina de doña María Fernández de Jáuregui. <http://books.google.es/books?id=vSMQAAAIAAJ&printsec=frontcover&dq=Preservativo+contra+la+irreligi%C3%B3n+de+Rafael+de+V%C3%A9lez&hl=es&ei=Yp_wTZqDO43JsgbK9yIBw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCsQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false> [última consulta: 9 de junio de 2011]. Durante los momentos de restauración absolutista su obra fue objeto también de nuevas ediciones.

origen de los tiempos una pretendida ciencia nueva fundamentada, que hacía de la razón y de las pasiones sus instrumentos. La historia de la humanidad se reconstruye a partir de dos estirpes o genealogías distintas enfrentadas que, desde las primeras sectas del cristianismo, pasando por la reforma protestante, desembocan en el siglo XVIII. Tantos siglos de lucha no parecían haber supuesto el triunfo de la ciudad de Dios sobre la de los hombres. El *infierno* seguía vomitando *monstruos* y la *filosofía* seguía armando *sabios*:

«Un ruido sordo, pero espantoso, terrible, semejante al que precede a las erupciones de los volcanes se percibía distintamente desde principios del siglo XVIII en las ciudades de primer orden, como en las aldeas más reducidas, por los paseos, por las tertulias, por los teatros de toda Francia. La filosofía tenía ya todas sus medidas tomadas: por momentos se acercaba el día de su triunfo: reyes, duques, obispos, sabios, personas de la más alta gerarquía se habían alistado en sus banderas. Los papeles públicos eran como las lavas abrasadas vomitadas por el Etna o el Vesubio que todo lo envolvían en sus corrientes, todo lo arrasaban» (pp. 26-27).

Las referencias apocalípticas, con todo, no hacían alusión sólo ni exclusivamente a un mundo natural, sino a espacios y lugares bien habitados y poblados por nombres y hombres que empujan y aceleran con sus escritos y acciones a las fuerzas del mal. Son los representantes más significativos al servicio de los «antiguos planes de la filosofía contra la iglesia y contra el Estado» (p. 27): Bayle, Montesquieu, Pufendorf, Diderot, Helvetius, Federico de Prusia, Voltaire, Rousseau, pero también Mirabeau, Hobbes, Condorcet, Dupont o Necker...

La Revolución en Francia, más allá de provocar una falsa representación nacional reasumida por los filósofos como representantes del pueblo, supuso, por la claudicación del rey ante la Asamblea, el comienzo de la cesión de toda la autoridad a aquella. Para el reaccionario, aquí no hay mediación institucional que valga. Esa autoridad y ese poder «siempre que se dexó entero en las manos solas del pueblo, fue la espada con que él mismo se ha dividido, el germen de revoluciones, estragos, muertes, guerras intestinas» (p. 36). Fue a partir de ese momento cuando la violencia de los planes de los filósofos se dirigió contra la Iglesia y la religión. Las medidas contra el poder eclesiástico y los bienes materiales de la institución coronaban el plan de destrucción. Acabada de este modo toda religión en Francia, «se extinguió la Monarquía» (p. 39). El final de una era la aniquilación de la otra.

Pero el mal es universal, de la misma manera que lo es el bien y, uno tras otro, los diversos estados europeos han ido sucumbiendo. A los mecanismos de difusión propios del XVIII pronto siguió la fuerza de los ejércitos y del representante de toda tiranía, Napoleón Bonaparte. Vélez, en su escrito,

literalmente emprende un viaje por su peculiar geografía de la Revolución francesa, y por su no menos peculiar geografía de la revolución en Europa. La auténtica realidad europea, de monarcas legítimos y de una Europa cristiana, fue sustituida, por efecto de la difusión del iluminismo, por un conglomerado uniforme, en un escenario nuevo en el que los actores eran «la humanidad filantrópica de los filósofos y de sus cómplices» (p. 44). A lo concreto sucedió lo abstracto; a lo diverso, lo uniforme; a la contención, la pasión, y a lo territorialmente diferenciado, lo universal. Y todo ello gracias a la acción de los embajadores que Francia enviaba para corroer y destruir a las monarquías europeas, con la misma habilidad que los filósofos «en el espionaje y en el arte de embrollar» (p. 48).

En ese nuevo escenario, en que la caballería había dejado paso a una especie de zafiedad plebeya, tuvo lugar la representación dramática de la revolución: «Reventó la mina; se sintió la explosión general en toda la tierra; los palacios, las cortes, los tronos de todos los monarcas se estremecieron y los pueblos todos principiaron a padecer» (pp. 44-45). Fue el Apocalipsis a partir del cual era exigible una catarsis que sólo podía contemplarse desde la perspectiva de la acción. Pero los referentes no eran sólo religiosos: eran también naturales y, desde esa perspectiva, la propia revolución, como manifestación misma de esa catarsis, podía ser un mal inevitable al que concurrían también, en un sentido orientador distinto, las propias fuerzas contrarrevolucionarias, que a manera de un *katechón* retenido a la largo de la historia, irrumpen en un momento decisivo y excepcional para reorientar su curso desbordado¹⁵. El campo de acción y de desarrollo de la voluntad humana era el diseñado y acotado por la propia ruptura revolucionaria, por mucho que sus claves interpretativas estuvieran en lenguaje religioso.

Desde esos referentes naturales e imprevisibles al mismo tiempo, la revolución se presenta como un torrente que todo lo arrasa y todo lo inunda; es una borrasca que genera olas gigantescas, o un terremoto espantoso que siembra el caos. Es un río de sangre y fuego que anega y arrasa todo lo que encuentra a su paso. En 1792, los actores, los protagonistas de esta catástrofe universal, no eran ya sólo filósofos, sino los sans-culottes y los jacobinos. La filosofía se había encarnado en protagonistas políticos concretos:

15. Curiosamente, el concepto de *Katechón* fue reactivado por el jurista alemán C. Schmitt en los años treinta en un contexto excepcional y de excepción que exigía, según sus planteamientos, un intervencionismo decisivo para postergar las fuerzas del mal. Al respecto, TRAVERSO, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009, p. 198 y, en general, pp. 194-201.

«Sansculotes, jacobinos, filósofos, divisiones de hombres forajidos, consumados en el arte de intrigar, salen de París y de toda la Francia, fiados en sus comunicaciones y tramas con los iluminados de los otros reinos y se esparcen por toda la tierra, llevando en una mano la tea de la discordia, y en la otra el oro y el veneno con que seducir, dar muerte y conquistar» (pp. 45-46).

La universalidad de la «res pública literaria», como la nueva realidad de la civilización europea del siglo XVIII, era constatada y asimilada de forma alarmante por Vélez y los reaccionarios, aunque reinterpretada bajo su peculiar prisma ideológico. Bajo ellos late la modernidad y su comprensión como exigencia para su destrucción o contención.

Mientras los enviados franceses por Europa hacían su trabajo con exactitud, seduciendo y alarmando, Inglaterra parecía saber protegerse de este cruel embate desde 1792. Allí «aún no se han visto los funestos resultados de varios diplomáticos franceses que en diversas épocas se han dirigido a aquel país». Vélez está seguro de que el tiempo confirmará esta resistente actitud de Inglaterra: «que el generoso Albión no ha consentido ser enturbiado por las artes pérfidas y viles del filosofismo francés», tal y como apunta en una nota aclaratoria a pie de página (p. 48). Sobre una Europa cuya unidad civilizatoria y política parecía desgarrarse y fraccionarse, asomándose al abismo, iba imponiéndose la percepción de la excepcionalidad de una «isla sin revoluciones» que desde temprana fecha empezara a difundir Edmund Burke como gran mito, no ya de la reacción, sino del pensamiento conservador.

La actitud resistente de Gran Bretaña destaca aun más si se observa lo que pasa alrededor. Otros sí que han sucumbido, como por ejemplo el Imperio alemán y, sobre todo, Roma, el centro del cristianismo. Conscientes de su significado, el objetivo de los filósofos era su destrucción y con ella la abolición de la soberanía temporal del Papa: «mientras haya Roma (...) no puede reinar la filosofía». Ahora Bonaparte es a Roma lo que en otro tiempo Escipión fue a Cartago. Escortado de un formidable ejército y precedido de multitud de *filósofos intrigantes*, entra en Roma y acomete su destrucción material, al tiempo que se granjea la adhesión de ilustres ciudadanos, leales afrancesados, que conspirarán «contra su patria y contra su príncipe». El Papa sucumbe merced al clima de discordia creado por los conquistadores y al despliegue hipócrita de artimañas de halago y complacencia. Sólo la hipocresía vil o la amenaza criminal pueden explicar la coronación como emperador del propio Bonaparte. Si el Papa sucumbió fue porque, desde su sencillez y candor, virtudes que lo envolvían, no podía llegar a pensar y creer que estaba siendo víctima de un engaño; si se desplazó a París, firmó concordatos, etc., fue porque pensaba que todo era por el «bien de la Iglesia» (pp. 51-52). Vélez apela a Cevallos

para recordarnos que ya aquél ha dado cuenta *de* «este proyecto criminal». En este punto reivindica de manera clara el viejo derecho de resistencia contra la tiranía y la guerra injusta:

«Una invasión no es una guerra: de una guerra injusta jamás puede nacer el derecho de conquista. El pueblo que obedece a la fuerza del más poderoso puede, (cesando la violencia) protestarla y sacudir el yugo sin ser rebelde. El príncipe no pierde sus títulos por una injusticia que reclama a la faz de todo el mundo, y a la que no trata de oponerse en razón de su debilidad» (p. 50)¹⁶.

Serbia, Holanda, Noruega, Suecia... cierran, finalmente, el recorrido de Vélez por esa geografía víctima de la «filosofía, contra la religión y contra el estado». Su lamento semeja un grito al cielo en demanda de ayuda providencial:

«¡Naciones todas de la tierra, monarcas todos del mundo, autoridades de los pueblos, habitantes del globo, ved aquí los famosos generales de la Francia: los grandes políticos, los ilustrados filósofos que han arruinado todos los tronos de la Europa (...), que han obligado a la religión de Jesucristo a desalojarse de do quier que la ha hallado, perseguido sus ministros y despreciándolos como ilusos, fanáticos y supersticiosos» (p. 54).

Cualquier tipo de arma ha sido útil a Francia para ganar sus batallas: los gritos de libertad, igualdad e irreligión; las tramas, la intriga, el soborno, el espionaje, los libelos; venenos y puñales. Todo valía con tal de hacer triunfar los principios de los «filósofos revolucionarios», de Voltaire, de Rousseau y de otros. Y entre todos esos medios e instrumentos hay uno que se apunta no sin maldad: las mujeres. Ellas están entre las armas de que se ha servido Francia para llevar a cabo sus fines y ocupan un honroso lugar al lado de «sansculotes, jacobinos y filósofos». Pero no unas mujeres cualesquiera, sino las mujeres ilustradas. Éstas principiaron sus acciones en la Francia del setecientos y hasta el momento no han cejado en su empeño:

«Mugeres que a expensas de sus favores y de su honor se ganaron la amistad y confianza de su gobierno, iniciadas en los altos misterios de la diplomacia filosófica francesa, forman las partidas de guerrilla de aquellas columnas destructoras; se introducen hasta las trincheras de los reyes, en los gabinetes, en los palacios, con los ministros, con los cortesanos, y con sus halagos y sus amores preparan los grandes triunfos que obtuvo la Francia en los principios de su revolución y que aun no han dexado de conseguir, porque tales emisarias no han dexado de intrigar» (p. 46).

16. Sobre el concepto de tiranía en el contexto de la Guerra de la Independencia, LÓPEZ ALÓS, Javier, «Guerra de la Independencia e instituciones legítimas: la cuestión de la tiranía», *Historia Constitucional*, n.º 11 (2010), <<http://www.historiaconstitucional.com>>, pp. 77-88.

De este modo tan directo inicia Rafael de Vélez lo que no tardará en revelarse en su escrito, de acuerdo con la rancia tradición cristiana, como una feminización del mal. En efecto, su postura va más allá de las referencias a esas damas ilustradas que, valiéndose de métodos poco honrosos y embaucadores, y habiendo perdido ya el honor, se dejaban ver por los clubes parisinos erigiéndose en abanderadas de esas nuevas formas de sociabilidad y de creación de opinión. La influencia que llega de Francia todo lo invade y España no iba a quedarse atrás. Como una auténtica epidemia, «el corazón sencillito del español» sucumbió, como sucumbieron también las mujeres ante la moda de París y los gustos franceses. Pero en éstas, los efectos no podían dejar de convertirse en vicio, en un recorrido que las lleva desde su condición de señoras a prostitutas:

«Hasta nuestras señoras se llegaron a corromper con la inundación de los franceses, que sobrevino a la paz. Hacían venir dos veces al mes desde París, (por agradar a los franceses) quantas modas inventaban en aquella capital la disolución, el libertinaje, la obscenidad, la prostitución de unas damas, que se elevaron por la revolución a clase de primer orden, perteneciendo por derecho de propiedad a la casa de corrección. Peynados, talles altos, calzados, desenvoltura, desnudez, la molicie, la delicadeza, los vicios hijos legítimos de la inmoralidad que caracterizaba el meretricio de las francesas, y que reprueba nuestra religión y toda moral, en parte o en el todo se llegaron a imitar por muchas españolas» (p. 66).

Toda revolución, sin lugar a dudas, venía precedida de un persistente y soterado cambio de la moral y de las costumbres.

El retrato que dibuja Vélez es totalmente opuesto a los valores que representa la mujer cristiana. Ésta, y más concretamente lo femenino, se convierte en encarnación del mal y de todos los vicios, en emblema del anticristianismo. Porque el punto de partida, el origen, también es femenino. La filosofía no escasea en recursos, se hace mujer y se viste de mujer: «como una actriz acostumbrada a las tablas, ahora hace las veces de una reyna llena de majestad, y luego de una criada andrajosa» (p. 50). Falsa, camaleónica y seductora, libertina y obscena. Se podía estar hablando de la mujer, pero con igual propiedad de la filosofía o de la razón. De la mano de ambas había nacido un nuevo culto, un nuevo Dios, pero feminizado. De este modo, el desprecio con que Vélez observa este proceso se hace más agudo, más cruel: «Un gran FILÓSOFO, impío y sin religión, ha sustituido a todos los monarcas: y este sólo adora una divinidad fermentada...la que él llama la RAZÓN...la FILOSOFÍA» (p. 57). Algo que sólo puede ser masculino ha sido pervertido por lo femenino, se ha feminizado, lo que convierte su condición en algo aún más deleznable.

El Iluminismo no es para Vélez más que la manifestación del sofismo antiguo. Los ilustrados son los «modernos sofistas» que, al amparo de los medios publicitarios, han conseguido una difusión extraordinaria. El escrito de Vélez, y en general los de todos los reaccionarios, está formulado desde la profunda convicción del arraigo y capacidad extraordinaria de difusión de las ideas liberales. La virulencia de sus escritos y la necesidad misma de ellos como arma de lucha es una constatación de la enorme potencia de los enemigos a abatir, de su capacidad de convicción. El púlpito, pero también los papeles, los panfletos, los libelos, todas aquellas armas que utilizan los enemigos serán también sus armas, y la libertad de pensamiento y de imprenta, que tanto vituperan, sus cauces.

Primero fue Francia la que sucumbió víctima de estas ideas; después cayó toda Europa y ahora, desde 1808, la lucha entre el bien y el mal se libra en España. «En nosotros ha quedado la semilla de la corrupción sembrada por sus escritos... Algunos de los nuestros tratan de cultivarla: ya han manifestado sus ideas a la nación en los papeles públicos: por este medio han descendido sus ideas al pueblo que siempre ha sido sano. Temo que aún quando arrojemus más allá de los Pirineos a nuestros opresores y tiranos, una revolución nueva nos divida» (pp. 13-14). La patria y la religión están en peligro, no tanto por el efecto de la invasión francesa de las provincias, «quanto por la multitud de prosélitos que han ganado a su partido, de que es una prueba indudable tantos periodistas y papeles públicos que se empeñan en ilustrarnos a la francesa, es decir, pervertirnos» (p. 16).

Desde esta consideración, el pensamiento reaccionario produce un desplazamiento y una ampliación del concepto de afrancesado, que adquiere un sentido mucho más inclusivo, abarcando también, desde 1808, a todos los liberales¹⁷. Esto implica, a su vez, una reacomodación del mismo concepto de patriota. Para Vélez el afrancesamiento es un lento proceso de contaminación de las costumbres iniciado y personificado por la implantación de los Borbones en España y que hunde sus raíces en una secular animadversión de Francia hacia «nuestro honor» y «nuestras glorias». Lo que Vélez intuye como una especie de «carácter» español, «se mudó» con el influjo de lo francés durante el siglo XVIII. Bien entendido que lo que se rechaza es la denominada Francia

17. Contribuciones recientes al tema en FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio, «Los afrancesados. Revisión de un concepto», en RAMOS SANTANA, Alberto y ROMERO FERRER, Alberto (coords.), *Liberty, liberté, libertad: el mundo hispánico en la era de las revoluciones*. 1.— *Revolución francesa vs. Revolución afrancesada*, Cádiz, UCA, 2010, pp. 23-52; y en RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, «En torno a la definición de <afrancesado>», *Ibid.*, pp. 85-99.

heterodoxa, frente a una supuesta ortodoxia representada, entre otros, por Bossuet. Cuando Floridablanca estableció el cordón sanitario, la transfusión de los males se había producido ya. Transfusión de veneno a través de la sangre, porque, efectivamente, desde una perspectiva organicista, el pueblo sano es contaminado por una epidemia, en lo que es ya un contagio generalizado:

«Una especie de frenesí gálico se llegó a apoderar de los cerebros de muchos españoles, que no respiraban más aire que el venido de los Pirineos, inspirado primero por los franceses. Sus miasmas, su corrupción, su veneno, se mezcló en la masa de nuestra sangre, corrió por nuestras venas y arterias, inficionó nuestro corazón, se propagó por la Península; alteró hasta nuestra atmósfera y dio señales evidentes de un contagio general» (p. 65).

El delirio de Vélez rompe los límites de la metáfora moral para convertir la epidemia en un efecto físico concreto contra el que la contrarrevolución debe desplegar sus armas higienistas. Durante todo el siglo XVIII, España estuvo subyugada a Francia, a sus intereses y guerras. Ello le ocasionó el derrumbe financiero, económico y moral. En 1789, todo estaba ya ganado para la causa francesa.

Desde su perspectiva, en España no había ni escritos ni escritores ilustrados. Todo había venido de Francia; ni siquiera la Inquisición había podido frenar o suprimir tan nefasta influencia. Presa de los escritos de los «sabios», España entera entra en un general abatimiento de todos sus «órganos vitales». La universidad, los eclesiásticos, los consejos, «toda la nación» sucumbe paralizada. «En los veinte años últimos –señala– el crimen sirvió de escala para los ascensos, la virtud se desterró públicamente, la religión iba ya a abandonarnos» (p. 71).

En la Guerra contra la Convención, quienes mostraron unidad fueron los soldados, fieles a su religión y a su patria. No así muchos de quienes les dirigían, en quienes ya habían penetrado las ideas nuevas de los modernos sofistas. Estos ya se mostraron partidarios del francés, hasta el extremo de que «nuestros consejos, de quienes debían salir las órdenes y los planes de los ejércitos, se procuraron ganar por el partido francés. Las intrigas introdujeron a sus partidarios (que cada día se aumentaban) hasta lo interior del Palacio» (p. 62). Francia, republicana pero unida, dio paradójicamente ejemplo en su lucha contra las potencias que le hacían frente, emulando la lucha de los atenienses contra los persas. La unidad, por el contrario, faltó en España. Había caído Floridablanca y también Aranda. Su sucesor, Manuel Godoy, había iniciado el camino hacia «la ruina». Desde ese momento, la nación consternada se da cuenta de los planes del valido, sabe que ha colocado en el ejército a partidarios de los franceses; sabe que ha alborotado la Corte; sabe, en fin,

que la firma de la paz con Francia ha sido una humillación: «así sacrifica un favorito para mantenerse en su auge el honor de su patria, de su nación, del mismo rey, que le había elevado a una gloria que jamás mereció» (p. 64).

El valido, un déspota y un sultán en su ministerio, y un sibarita cínico en su palacio, es visto por Vélez como instrumento al servicio de los planes de la nueva filosofía. La política desamortizadora que emprendió constituyó un ataque directo a los bienes materiales de la Iglesia y a sus ministros. Su acción al frente del gobierno no pudo ser más demoledora: favores, rivalidades, insubordinaciones, sobornos. Todo sembró la discordia y la desunión, «una multitud de franceses» se introdujo en las provincias sembrando «las máximas de su revolución y los ejemplos de su inmoralidad en todos nuestros pueblos». Los gritos de libertad e igualdad, que pretendían usurpar a los monarcas y las supersticiones de la religión, calaron en un pueblo ignorante e inocente, de sencillo corazón y que fácilmente se deja engañar por esas máximas. De su ya crónica enfermedad, España despierta «postrada ante el trono de su mayor enemiga». Tras la Paz de Basilea y el tratado de San Ildefonso, la patria ya estaba vendida, y nada hicieron para evitarlo ni los Consejos, ni los grandes, «todos callaron».

En determinados momentos, en su peculiar narrativa, Vélez se muestra buen conocedor de vicisitudes y procesos concretos, pero su método no es el de la oposición de lo concreto a un universal, sino oponer a esa universalidad, que es la Ilustración y la filosofía, una universalidad propia, la del reaccionario que juega en el mismo terreno que sus oponentes. Por eso, por mucho que sea consciente de problemas específicos, el mal aparece mucho más allá de la contingencia y adopta la forma de la conspiración:

«No; no llegamos a un estado tan deplorable por el trastorno momentáneo de nuestra monarquía, ni menos por aquellas vicisitudes anexas a todas las naciones de que las historias nos dan repetidos ejemplos. Nuestra ruina fue el resultado infalible de unos planes proyectados por los sabios que en un siglo se habían distinguido en la Francia y que realizaron entre nosotros a fuerza de muchos años» (p. 68).

La revolución en Francia había transformado la monarquía en democracia, la virtud en vicio y la religión en ateísmo. Si la virtud falta no se ama a la patria, «la religión se desprecia», «la sociedad de los hombres se hace odiosa». Todo este peligro amenazaba también a España. Sin embargo, ésta reaccionó «porque la religión aún no estaba perdida». Por esta razón, los planes de Francia eran, en primer lugar destruir «nuestra religión», introduciendo «la libertad de pensar sin límites», «el filosofismo» y «la irreligión». Y precisamente para hacer frente a esta amenaza, a los escritos que la contenían y difundían, se

escribieron obras como la del reverendo Cevallos..., pero fueron insuficientes, a juicio de Vélez.

Los planes de Napoleón no repararon en medios: a través de su emisario contemporizó con Godoy y halagó al Príncipe; envenenó las relaciones en el seno de la familia real. La seducción era su arma. Tras los hechos de El Escorial –apunta Vélez– hizo desterrar a los amigos de Fernando, el duque del Infantado y Escoiquiz, y a quienes creyó que podían oponerse a sus planes (p.80). Retomando la metáfora apocalíptica de la erupción volcánica, Madrid se convierte en «el cráter del volcán que abrasa interiormente a la España». Las provincias alarmadas por los destierros de sus reyes «esperan de un momento a otro una mayor revolución». También Europa desea que España se levante contra el invasor. Paradójicamente, nuestro fraile, que alza su voz en contra de la revolución, acaba invocándola, por mucho que le presuponga una finalidad distinta.

¿Qué es lo que ha conducido a todo esto? ¿Qué es lo que ha dado a Francia un «*poder colosal*»? En un tono que quiere ser irónico, pero que no puede dejar de traslucir el dolor y el desprecio que le causa y le merece, Rafael de Vélez no duda en la respuesta:

«A los adelantamientos de la filosofía debe la Europa estas nuevas leyes sociales, este moderno derecho de gentes, y estas bases de los estados, que dicta la moderna política (...) Si, la filosofía y la política acordes publican estos principios (...) acomoda todo lo útil: virtud y crimen solo se diferencian por la modulación diversa de las voces: por nada real supone, nada significan: honor, tratados, promesas, garantías, juramento a nadie ligan: son unas ideas quiméricas que la nueva ilustración debe desterrar...» (p. 83).

Todo un mundo de valores está desapareciendo, pero el resentido diagnóstico, también aquí de una manera paradójica, es una manifestación indirecta del reconocimiento de la fuerza de las ideas que empujan al enemigo, de la potencia de la revolución que se combate y de la filosofía que se contrapone al cristianismo. Emerge también la nueva criatura de la política, por mucho que, en contraposición al viejo sentido, se trate de una «falaz política moderna».

A pesar del abatimiento y de la crisis de la hacienda; a pesar de las facciones en que se encontraba dividida la nación; de lo insoportable de las cargas impositivas para el pueblo; del enfrentamiento entre Carlos IV y el príncipe Fernando; a pesar, en suma, de la falta de autoridad («nuestras autoridades eran como unos miembros yermos sin espíritus de vida») y de «la murmuración contra el gobierno, contra el rey y las autoridades»...; a pesar de todo ello, en España se operó una «resurrección política» (p. 101). Puestos a buscar antecedentes, había habido otra resurrección: aquella que se fue gestando a lo largo de setecientos años de lucha contra el árabe. Si en ese momento la

contienda se expresó en términos de lucha entre religiones, la nueva y moderna cruzada es la de la religión contra la filosofía. Igual que antes, es la religión la que arma al español y la que pone en manos del pueblo los instrumentos para resistir la agresión francesa. La Guerra de la Independencia es una segunda y crucial cruzada (p. 99)¹⁸.

España es en estos momentos la Roma que resiste y vence a Cartago; es más que la Esparta que resiste a los bárbaros de Asia. Los ejércitos napoleónicos son superiores a los de Aníbal y a los de Jerjes. La emulación de estas gestas heroicas recorre el mismo camino: desde la desunión y el abatimiento hasta la unidad en torno a la idea de patria. El movimiento español es para Vélez «simultáneo e inesperado» (p. 105); es unitario, está amalgamado por la religión, pero también por la rabia:

«El grande, el pequeño, el rico, el pobre, el eclesiástico, el militar, el que poseía grandes mayorazgos, como el que nada tenía que perder; el joven que estaba ya para unirse al dulce objeto de su amor y el esposo que en el regazo de su consorte disfrutaba de sus ternuras y de los frutos de su unión, hasta el anciano exento por sus años de la lid, todos corren a armarse contra nuestro enemigo común».

En esta bacanal unitaria y en este impulso para la acción que se mueve por un resorte primario e intuitivo, por encima de condiciones materiales, sociales o de creencias, incluso el bello sexo adquiere contornos heroicos y se redime a través de la figura de la matrona, esa mujer que ayuda o da la vida. Por unos momentos superan su timidez y delicadeza innatas, disparan cañones y alienan a sus hijos y esposos exactamente igual que lo hacían las heroínas clásicas (pp. 107-108).

La ciudad asediada que es España, es una nueva Cartago, una moderna Sagunto y una resucitada Numancia. A la revolución de los impíos, España ofrece el ejemplo a Europa de otra heroica revolución. Una revolución de la cual es protagonista inesperado, por encima de cálculos herrados de gabinetes y de políticos, «un pueblo que no sabe calcular» (p. 109), pero que ha hablado ese dos de mayo no tan lejano, y que con su ejemplo ha impulsado a clérigos y frailes a sostener con energía el odio contra Francia. Para ellos reserva

18. Recordemos que también para el pensamiento liberal que se está articulando a través de no menos peculiares lecturas de la historia, la «reconquista» que supone la Guerra de la Independencia tiene también su primer referente lejano en esa peculiar reconquista del suelo patrio ante la ocupación sarracena que anuló la labor de la unitaria España goda. Al respecto, por ejemplo, GARCÍA MONERRIS, Carmen, «El debate preconstitucional: Historia y Política en el primer liberalismo español (algunas consideraciones)», en LA PARRA, Emilio y RAMÍREZ, Germán (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp. 39-77.

Vélez explícitamente una parte de la gloria en esta «guerra de religión». Pero los mayores servicios del estado eclesiástico se produjeron en un terreno, el de la opinión pública, que Vélez asume implícitamente desde su percepción de la radical importancia que tiene para el enemigo. El púlpito, las conversaciones privadas, las públicas, los papeles, folletos, hojas volantes...; a través de estas armas, el estado eclesiástico reproduce un papel contrario pero similar, en parte, al de los filósofos. Eso que Vélez llama «nimiedades» tienen toda la fuerza de «minas subterráneas por donde se ha comunicado y propagado el fuego de la insurrección. Por estos mismos conductos se ha avivado, cuando las vicisitudes de la guerra o las malas providencias le apagaron en algunos pueblos o provincias» (p. 113).

La guerra es cruel, pero es una guerra de religión. O mejor, podríamos decir que es cruel porque es de religión. La confusión entre los dos términos es total:

«al lado de las aras de propiciación y de paz, se colocan nuestros fusiles y bayonetas; las banderas que les sirven de señal las reciben de manos de los sacerdotes después de su bendición. De los templos salieron nuestros militares para defender nuestras leyes, nuestros derechos, nuestro rey, nuestra religión» (p. 114).

Precisamente es la simbiosis entre los términos lo que confiere al fenómeno, como respuesta a la revolución, su carácter abarcador y general. El contexto es nuevo, distinto; los contendientes son otros y los valores puestos en juego en el tablero se han redefinido. Pero inevitablemente el escenario recuerda el otro gran momento de ruptura de la unidad europea que representó la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). También en ese momento, la guerra fue guerra de religión y también en ese momento fue en el fondo una «guerra civil». También ahora, es ese carácter del enfrentamiento, no sólo entre estados o dinastías, sino entre Filosofía y Religión, el que lo convierte sustancialmente en una guerra civil, «universal» e ideológica. Los principios que se esgrimen contra la Revolución no pueden sino provenir también de otra Revolución. Como sentenciaría Vélez orgullosamente, son los «principios de nuestra revolución»¹⁹.

A estas alturas, parece innecesario afirmar que nuestro autor, como contrarrevolucionario es, literalmente, un reaccionario, alguien que reacciona

19. Notables sugerencias respecto al concepto, por otra parte más tardío, de «guerra civil europea», aplicado en este caso a la época de 1914-1945, pero con algunos planteamientos de discutible continuidad con la Guerra de los Treinta Años y el momento revolucionario y napoleónico decimonónico, en TRAVERSO, Enzo, *A sangre y fuego...*, especialmente, pp. 34-44.

contra la revolución con sus mismas armas y desde idéntico escenario. Sus propuestas y sus escritos no son normativos, no son prescriptivos. Asumen implícitamente una crítica a la deriva despótica de la monarquía española, manifestación de su crisis y del abandono de principios constitutivos básicos, pero sus propuestas adolecen de un mínimo grado de concreción. En sentido estricto, no es una «restauración» del Antiguo Régimen lo que se propugna, aunque sólo sea por las manifestaciones degeneradas que muchos de sus componentes e instituciones exhiben y que, en el fondo, han constituido el caldo de cultivo del que se ha alimentado la revolución. La lógica de su lenguaje y de su discurso, como el de sus oponentes, se mueve en un ámbito más general, más permanente y por ello más esencial. El esquema teocrático de poder, con un vértice en Dios, un Fernando VII como su hombre en la tierra y una comunidad que se resuelve en un pueblo fiel, no agota, ni mucho menos, las propuestas políticas del mundo reaccionario, pero tiene la virtualidad de una generalidad que, por eso mismo, sirve de contrapunto al modelo también universal y general de la lógica revolucionaria y jacobina. Las leyes civiles son «las leyes del evangelio» y los príncipes, como «ministros de Dios, vengadores de sus ofensas y ejecutores de sus iras», son acreedores de respeto y sumisión «aun cuando sean díscolos o malos» (p. 137).

Desde su esquema teocrático, desde el supuesto de la amalgama entre «patria» y «religión», Vélez reduce el significado de «patriota» a la parte del pueblo cristiano, encarnación en esta peculiar cruzada de las «virtudes» que se despliegan contra los «vicios» de unos «afrancesados» que, por la misma redefinición del concepto de «patriota» ha resultado también modificado y ampliado. El binomio «vicio»/«virtud», curiosamente, está reproduciendo en sentido invertido, el escenario radical jacobino en su peculiar lucha contra el complot aristocrático. Si en éstos el terror era el punto neurálgico en el que virtud y crimen se oponían y la fuerza que resolvía el conflicto, en los reaccionarios, el complot de la falsa filosofía encuentra como respuesta la «dictadura del sable»; una guerra también como instrumento de resolución del conflicto entre la moral religiosa y las fuerzas materialistas y ateas.

Vélez es, evidentemente, un antiilustrado; su lucha contra la universalidad de la razón, contra sus emisarios, los filósofos, contra los sabios, es la razón de ser de su escrito. Hay algo de verdad en su percepción del carácter universal, de la capacidad de contagio de los efectos de esta filosofía; una razón que ya en su momento supo captar perfectamente Edmund Burke, y una razón en ese momento perfectamente antijacobina que supo captar también el abad Barruel. Pero si Burke supo responder al carácter abstracto y universal de la revolución francesa con todas las baterías de la cultura empírica inglesa

y con toda la carga de la historia, tanto Barruel como, desde luego, Vélez, oponen a la abstracción de la revolución francesa otra abstracción mayor. El mundo de estos reaccionarios no es nunca el mundo de la historia, sino el mundo de unos apriorismos teológicos que les permiten la construcción de un esquema evolutivo de la humanidad en el que la providencia sustituye a la razón. En ellos no está la tradición, a pesar de lo que dijera Menéndez Pelayo. El mundo de la tradición es el mundo de la historia, y ésta se recluye preferentemente en lo que será el pensamiento conservador.

La universalidad y la abstracción de Vélez es, desde luego, el terreno apropiado para lo sublime, para un heroísmo que rebasa la belleza de lo contingente. Lo bello es mortal por humano, pero lo sublime es inaprensible. Ese alo estético lo transporta a un lenguaje atravesado de pasión, inductor de un fanatismo sanguinario y cruel que, no obstante, como pasión grande y fuerte que es, enaltece el corazón de los hombres y bien dirigido por la religión puede producir sublimes virtudes. En Vélez es mil veces preferible un pueblo fanático a un pueblo afeminado por la irreligión, el espíritu reflexivo y filosófico (pp. 128-129). Ha sido el avance de estos males el que, precisamente, ha roto los lazos morales y políticos de un ser humano que, por el hecho de serlo, es desde el primer momento religioso y político. La revolución es esa explosión que propicia la emergencia, en su peculiar escenario, de hombres y mujeres (mucho más vulnerables éstas) intuitivos, impulsivos e irracionales por naturales. Por eso, la reacción contra esta revolución y la deriva utilitarista o hedonista de sus protagonistas sólo puede venir, paradójicamente, de la mano de actores fanáticos. Su mundo no es, como propuesta reaccionaria, el de la contención ni el del equilibrio, sino el de un fanatismo sublime y pasional al mismo tiempo.

La obra de Vélez, más allá de su significado general, es una obra concreta que no sólo responde a las peculiares circunstancias de la Guerra de la Independencia en España, sino de manera muy particular al notable hecho del surgimiento de un nuevo poder político manifestado en las Cortes y dotado de una nueva legitimidad en la recién aprobada Constitución de 1812. Su posición ante la misma no deja de ser sibilina: si, por una parte no puede dejar de considerarla como una norma nefasta, por otra no puede escapar, dentro de los márgenes más amplios pero siempre relativos del concepto de «tiranía», a una cierta valoración condescendiente o pragmática de la misma, desde el momento en que representa la respuesta legal y soberana a ese supuesto político que encarna, en este caso, Napoleón. Es, en definitiva, un elemento de seguridad frente a la falta de ley, la situación por antonomasia que define, en el contexto de las monarquías absolutas, la figura y la situación política de la

«tiranía»²⁰. Es la misma situación incómoda o paradójica de un reaccionario que, utilizando las armas de la opinión pública, clama ante «los padres de la patria», creadores de la Constitución, que supriman de la misma la libertad de imprenta. Puede parecer, al final de todo el recorrido, una reducción de objetivos, pero en realidad es el punto neurálgico que pretende cerrar esos «ríos subterráneos» a través de los cuales ha discurrido el mal, ha penetrado la filosofía en España.

Javier Herrero ya calificó en su momento el *Preservativo* como uno de los ataques más violentos contra los liberales y como una de las obras de máxima influencia a lo largo del siglo. El mismo autor no duda tampoco a la hora de poner en evidencia el carácter acomodaticio de Vélez, capaz tanto de dirigirse «suavemente» a las Cortes como de acusar a la Constitución de un «republicanismo sin igual»²¹. Lo que hemos pretendido en este trabajo es no sólo propiciar una nueva lectura del pensamiento reaccionario desde su emergencia a partir de la ruptura protagonizada por la experiencia revolucionaria, sino también de manera subsidiaria dejar planteado hasta qué punto, a partir de la situación creada entre 1808 y 1814, necesitamos repensar genealogías, tradiciones y sentidos comunes que han estado y siguen demasiado presentes en nuestra historiografía a la hora de definir las diversas opciones políticas enfrentadas.

20. Al respecto, una vez más, el trabajo ya citado de LÓPEZ ALÓS, Javier, «Guerra de la Independencia...»

21. HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento...*, pp. 314-316.

**«Dios nos libre de más revoluciones»:
el Motín de Aranjuez y el Dos de Mayo vistos
por la condesa viuda de Fernán Núñez**

**«God save us from more revolutions»:
The Aranjuez Mutiny and the Dos de Mayo uprising in the light
of Count Fernán Núñez's widow**

Antonio Calvo Maturana*

Universidad de Alicante

Recibido: 2-III-2011

Aceptado: 14-IX-2011

Resumen

El objetivo de este trabajo es ofrecer al lector un testimonio directo e inédito de lo acontecido en Madrid durante los dos grandes hitos históricos españoles de 1808: el Motín de Aranjuez y el Dos de Mayo. Para ello utilizaremos principalmente unas cartas de María Esclavitud Sarmiento, condesa viuda de Fernán Núñez, encontradas en los Archivos Nacionales de París. Esta dama de la alta nobleza reflejó en su correspondencia los miedos, esperanzas y especulaciones que asaltaron a la sociedad madrileña del momento. De esta manera podremos tomarle el pulso a la España del momento con un testigo presencial (femenino, lo que es aún más novedoso) que fue recogiendo las noticias y rumores que le llegaban, muchas veces obsoletos ya en la siguiente carta a causa del estado de ebullición política. Gracias a sus contactos con gente muy bien informada (como su hijo, el conde de Fernán Núñez, o miembros del gobierno, como Pedro Cevallos o Eusebio Bardaji), la condesa viuda nos ofrece interesante información sobre hechos y personajes fundamentales del momento: Fernando VII (su ascenso al trono o la gestación de su viaje a Bayona), Napoleón (su llegada a España y su reconocimiento o no del nuevo rey), Manuel Godoy (su prisión y su entrega a las

* Miembro del proyecto de investigación I+D: «La Corona en la España del siglo XIX. Representaciones, legitimidad y búsqueda de una identidad colectiva» (HAR2008-04389).

autoridades francesas), Carlos IV (su renuncia al trono y la revocación de la misma) y María Luisa de Parma (con todas las intrigas típicas de su leyenda negra y su mala imagen ya entonces).

Palabras clave: VI Condesa de Fernán Núñez, Camilo Gutiérrez de los Ríos, Fernando VII, Manuel Godoy, Motín de Aranjuez, Dos de Mayo, Correspondencia, 1808.

Abstract

This essay's objective is to analyse a direct and unpublished testimony of the two biggest Spanish historical events of 1808: the Mutiny of Aranjuez and Dos de Mayo Uprising. With this purpose we present to the public a collection of letters written by Maria Esclavitud Sarmiento, Countess of Fernan Nuñez, and found in the French National Archives of Paris. In this lady's correspondence we can appreciate the fears, the hopes and the speculations lived and suffered by the people from Madrid during this period. Thanks to this source we have access to the impressions of an eyewitness (a woman, something even more interesting and unusual) who was in constant relation with the current situation, gathering news and rumours, sometimes already obsolete in the next letter because of the frenetic political situation. By her contacts with well informed people (such as her son, the count of Fernan Nuñez, or members of government like Pedro Cevallos or Eusebio Bardaji), the widow countess offers interesting information about the most important figures and events of this year: Ferdinand VII (his rise to the throne and the preparation for his trip to Bayonne), Napoleon (his arrival to Spain and his recognition, or not, of the new king), Manuel Godoy (his imprisonment and his delivery to French authorities), Charles IV (the renounce of his claim and his posterior regret) and Marie Louise of Parme (many rumours related to her dark legend).

Keywords: VI Countess of Fernan Nuñez, Camilo Gutierrez de los Rios, Ferdinand VII, Manuel Godoy, Mutiny of Aranjuez, Dos de Mayo Uprising, Correspondance, 1808.

El mes y medio transcurrido entre el Motín de Aranjuez y el Dos de Mayo fue uno de los periodos más intensos de la Historia de España. A partir del camino iniciado entre marzo y mayo de 1808, la vieja Monarquía Hispánica no volvería a ser la misma. Desde aquel momento, la estabilidad de casi un siglo se quebraría en forma de Guerra de la Independencia, Cortes de Cádiz, Restauración, pronunciamientos, etc.

Aunque tenemos testimonios escritos de aquellos episodios, se encuentran principalmente en obras impresas de dos tipos: las publicadas inmediatamente en forma de edictos oficiales, manifiestos, pasquines o artículos de prensa, y los textos autobiográficos publicados años más tarde¹. Se trata de fuentes útiles para los historiadores, pero lastradas por su premeditación o falta de espontaneidad, su intencionalidad política o justificativa, y la censura o autocensura en algunos casos.

Se echan de menos observadores que plasmasen sus impresiones, esperanzas y temores, sin ánimo de llegar al gran público, sin más condicionamientos que la subjetividad inherente a cada individuo y a «sus circunstancias». Disponemos de algunos manuscritos anónimos, normalmente sin título, que no llegaron a ser publicados, y que suelen estar redactados como diarios. Poco o nada sabemos de sus autores ni de los motivos que les llevaron a coger la pluma, ni siquiera podemos estar seguros de que fueran escritos en esas fechas y no posteriormente, sabiendo cuál era el desenlace de la trama². Aún más

Abreviaturas: CARAN (Centre d'accueil et de recherche des Archives nationales, París), AHN (Archivo Histórico Nacional de Madrid), AHPM (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid) y BN (Biblioteca Nacional).

1. Me refiero, por poner varios ejemplos, a obras autobiográficas como las *Cartas de España* de José M^a BLANCO-WHITE (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004), el *Bosquejillo* de José MOR DE FUENTES (Barcelona, Imprenta de Don Antonio Bergnes, 1836) o las *Memorias* de Antonio ALCALÁ GALIANO (Madrid, Visión, 2009). En cuanto a los impresos publicados en 1808, podemos destacar dos textos fernandinos, pero no oficiales, en los que el pueblo protagoniza el levantamiento por amor a su rey: [atribuido a] ARANGO, José de, *Manifiesto imparcial y exacto de lo más importante ocurrido en Aranjuez, Madrid y Bayona*, Madrid, Repullés, 1808; MARTÍNEZ COLOMER, Vicente, *El filósofo en su quinta, o relación de los principales hechos acontecidos desde la caída de Godoy hasta el ataque de Valencia*, Valencia, Imprenta de Salvador Faulí, 1808; y el *Diario exacto o relación circunstanciada de lo acaecido en el Real Sitio de Aranjuez y Corte de Madrid de resultas de haber creído el Pueblo que SS.MM. querían dejar la capital, prisión (...) del Príncipe de la Paz y Coronación del Príncipe de Asturias, ahora Fernando VII*, Reimpreso en Cádiz, en la Imprenta de la viuda de don Manuel Comes, 1808 (BN, R/60163/4).
2. Véanse la *Relación de lo ocurrido en Madrid y Aranjuez en marzo de 1808*, Madrid, 22 de marzo de 1808 (BN, R/63139); la *Revolución de la Corte de España* (BN, R/62628) y *Aranjuez, 13 de marzo de 1808* (BN, R/60334/5).

son excepciones³ en las que podemos dar con un manuscrito inédito, rico en información y de un autor reconocible.

Estos motivos son los que me llevan a presentar al lector las cartas de la condesa viuda de Fernán Núñez a su hijastro Camilo Gutiérrez de los Ríos. En ellas se pueden revivir la caída de Godoy, la abdicación de Carlos IV, el ascenso de Fernando VII, la invasión francesa y la llegada de José I; pero no como un hecho ya pasado y a analizar o justificar, sino en el más riguroso «directo», desde el punto de vista de una persona bien informada que se encuentra en mitad de un frenesí político y que intenta hacérselo ver a su interlocutor con los medios de que dispone: rumores, recortes de prensa, bandos, noticias aportadas por sus influyentes amigos (como el secretario de Estado Pedro Cevallos o el oficial Eusebio Bardaji) y familiares (su hijo el conde, que era uno de los hombres de confianza de Fernando VII), elucubraciones propias, etc.

En muchos casos veremos que recogía información manipulada y rumores vertidos por unos y otros con intencionalidad política, lo que podemos vincular al «uso de la propaganda de guerra y de lo que hoy se llama desinformación»⁴. El lector comprobará con facilidad que ciertos chismes ayudaron a Fernando a mantener viva la llama contra Godoy y contra los reyes padres, otros respaldaron su viaje al encuentro con Napoleón y, finalmente, otros afectaron a los ocupantes franceses (positiva o negativamente según la fuente que los había generado). Contrastaremos buena parte de esta información con otras fuentes de la época, para comprobar que dichas noticias alimentaban a la opinión pública madrileña de entonces (para aligerar la lectura del texto, todos estos comentarios irán a pie de página).

La propia *Gaceta de Madrid* manipulaba al pueblo según el interés de quien la controlaba. En la España del Antiguo Régimen, el público tenía dos medios de información: los oficiales (como por ejemplo la prensa) o los rumores, fuentes a cual menos fiable. El conde de Toreno justificaba así que Napoleón hubiese cogido a los españoles desprevenidos:

«Hasta entonces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleón, la mayor parte solo veía en su persona un apoyo firme de la nación y un protector sincero del nuevo monarca. La perfidia de la toma de las plazas u otros sucesos de dudosa interpretación, los achacaban a viles manejos de Don Manuel Godoy o a justas precauciones del emperador de los franceses. Equivocado juicio, sin duda, mas nada extraño en un país privado de los

3. Recientemente, Joaquín Álvarez Barrientos ha editado una fuente de características similares a las que ha motivado este artículo: el interesante diario del actor Rafael Pérez (*Madrid en 1808. El relato de un actor*, Madrid, Biblioteca Histórica, 2008).

4. ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, «Introducción», en PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, p. 14.

medios de publicidad y libre discusión que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones»⁵.

Como pronto verá el lector, la condesa de Fernán Núñez y su familia pertenecían al llamado «partido fernandino», adscripción que condiciona totalmente sus comentarios. En las próximas páginas nos vamos a topar con una versión bien conocida de Manuel Godoy y María Luisa de Parma, imagen que hay que entender como producto de la opinión de la autora y de su entorno, así como de un contexto político determinado, que no por ello deja de tener valor histórico. En privado, los fernandinos estaban convencidos de los mitos que jalonaban su mensaje político (clandestino hasta 1808 y oficial desde entonces)⁶. Tampoco debemos resistirnos a la evidencia: prácticamente todas las fuentes del momento pueden ser calificadas como «fernandinas», ya que el grito contra Godoy era un clamor y nadie –salvo los reyes padres– fue tan temerario como para defenderlo.

A lo ya dicho sobre el interés de estos documentos manuscritos hay que añadir la condición femenina de su autora. No es habitual que una mujer del Antiguo Régimen se erija ante los historiadores como portavoz de la sociedad de su tiempo, y esta es una feliz excepción.

En primer lugar, se hace imprescindible contextualizar las cartas, su remitente y su destinatario. El resto del trabajo se ocupará de recoger, ordenar y analizar las noticias históricas que aporta esta fuente, que ofrece un viaje en primera persona por la España de 1808.

Las cartas, la remitente y el destinatario

En la sección de Policía de los Archivos Nacionales de París, entre los expedientes de prisioneros españoles en Francia durante la Guerra de la Independencia, hay una carpeta con el nombre «Fernán Núñez»⁷. Esta contiene los papeles relacionados con Camilo Gutiérrez de los Ríos, prisionero en Vincennes⁸.

5. TORENO, Conde de, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, León, Akron, 2008, p. 55.

6. Sobre la influencia del partido fernandino en la imagen de Godoy y sus protectores, véanse: LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002 y CALVO MATURANA, Antonio, *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*, Granada, Universidad de Granada, 2007.

7. CARAN, F7, 6.517b.

8. La carpeta tiene 118 folios. Las 43 cartas dirigidas a Camilo por la condesa viuda suman 78 (cada uno con el tamaño de una octavilla al tratarse de cuartillas dobladas), los recortes de prensa llegan a los 21 y las copias de escritos que corrían por Madrid añaden 5

Dentro del expediente, un texto en francés presenta unas cartas escritas en castellano que no especifican lugar de redacción ni autor. A primera vista se nota que casi todas son obra de la misma pluma y están datadas entre febrero y julio de 1808. La autoridad francesa consideraba que las cartas podían ser de utilidad para los intereses imperiales en la Guerra de la Independencia por su estilo «très mesuré» y por reflejar la inquietud de los españoles antes de la llegada de Napoleón, así como predisposición a defender a Fernando. Gracias a la valoración política que los carceleros hicieron de los papeles que Camilo llevaba consigo, esta documentación ha llegado hasta nosotros.

El destinatario del total de las cuarenta y tres cartas (todas dirigidas a él, como «querido» o «amado» Camilo) es el mencionado Camilo Gutiérrez de los Ríos, hijo natural del VI conde de Fernán Núñez y de su amante, la cantante italiana de ópera Gertrudis Macucci. En su juventud, el conde había viajado por Europa y había concebido en Italia a dos hijos ilegítimos: Ángel (1771) y Camilo (1772). En 1777, pasadas estas veleidades, se casó, como era preceptivo, con una dama de la nobleza española, María de la Esclavitud Sarmiento, hija del marqués de Castelmoncayo.

Como explicó en dos cartas a su mujer adjuntas a su testamento, Fernán Núñez ayudó a estos dos hijos naturales sin atreverse a reconocerlos públicamente⁹. La última voluntad del conde fue que su mujer los protegiera. Ángel siguió la carrera militar y Camilo la diplomática. Este último –siempre recomendado por su madrastra– dio sus primeros pasos en la administración de la Monarquía Hispánica ocupando puestos en las embajadas austriaca y portuguesa. A la par, sin pisar España, fue escalando puestos como oficial de la Secretaría de Estado¹⁰. En 1806 obtuvo una «licencia para viajar por Francia e Italia»¹¹.

Gracias a dicho permiso, Camilo había viajado a París. Desde allí emprendió un viaje a Bolonia para ver a su madre biológica, a la que llegó a visitar unos días para volver de nuevo a París, que es donde realmente le apetecía estar (para disfrutar de la atractiva vida social que ofrecía la capital francesa). Allí le sorprendió el cambio de dinastía en España, del que no salió nada bien parado. Ante su negativa a reconocer a José I como rey, fue apresado. Así

folios más. A esto hay que sumar otras pocas cartas recibidas por Camilo y la documentación del gobierno francés al revisar el expediente.

9. Cartas fechadas en Madrid, 15-VIII-1787, y en Lovaina, 8-IV-1792 (AHPM, t. 22.269, ff. 454-467).

10. OZANAM, Didier, *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid/Bordeaux, Casa de Velázquez/Maison des Pays Ibériques, 1998, pp. 291-292.

11. BADORREY MARTÍN, Beatriz, *Los orígenes del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Madrid, MAAEE, 1999, pp. 514-515.

llegaron las cartas, que Camilo debía llevar con él, a manos de las autoridades francesas.

Conocer la identidad de la remitente presentaba mayor dificultad, en un principio por tratarse de un personaje anónimo que solo firma como «la que te quiere» (y otras expresiones similares). La autora escondió su identidad en todo momento, aumentando progresivamente su discreción según se complicaba la situación política, llegando a firmar como si fuera un hombre. No obstante, una lectura detenida de las cartas y un acercamiento a la familia Fernán Núñez apuntan a que se trata de la condesa viuda María Esclavitud Sarmiento Quiñones¹².

La historiografía le ha prestado poca atención a la consorte del VI conde de Fernán Núñez, cuyo papel más importante de cara a la Historia hasta ahora era su aparición en un retrato firmado por Goya en el que podemos verla junto a su marido y sus hijos legítimos¹³. Sin embargo, por su correspondencia y su testamento podemos deducir que era una mujer de fuerte personalidad, bastante activa en todo lo que concernía a los intereses de su familia e interesada en los asuntos políticos.

Debe señalarse que su manera de escribir no es precisamente ilustrada, sino bastante llana¹⁴ y no exenta de errores en algunos nombres y palabras¹⁵.

12. Muchos son los motivos que confirman esta autoría, apuntemos algunos. En todo momento está claro que las cartas están escritas por un miembro de la Familia Fernán Núñez. Además, las alusiones a los hijos de la condesa (Carlos, José, Francisco, Luis y Ángel) son constantes. La actitud de la remitente con Camilo (con habituales consejos y reproches) es evidentemente maternal. Podía caber la duda de que se tratase de la cuñada de Camilo, María Vicenta Solís Vignancourt Lasso de la Vega, mujer del VII conde, pero en una de las cartas (19-V-1808) la autora dice estar «en el último plazo de la vida», algo que se puede esperar de la condesa viuda, que contaba con 58 años en 1808. La pista definitiva está en la carta de 31 de marzo de 1808, en la que la remitente le pide a Camilo que dirija las cartas: «a la condesa viuda y Génova para Madrid».

13. Datado en 1787 y perteneciente a la Colección Duques de Fernán Núñez (GUDIOL, J., *Goya 1746-1828. Biografía, estudio analítico y catálogo de sus pinturas*, Barcelona, Polígrafa, 1970, p. 273).

14. El conde de Fernán Núñez describió a su prometida en una carta al príncipe de Salm, el 2 de junio de 1777. Notaba las carencias en su formación pero apreciaba en ella virtudes que podían hacerla progresar (MOREL-FATIO, Alfred, *Études sur l'Espagne*, Paris, Honoré Champion, 1906, p. 239). La carta original se puede consultar en la edición que A. MOREL-FATIO y A. PAZ y MELIÁ hicieron de la *Vida de Carlos III*, Madrid, 1898, vol.II, pp. 240-242.

15. Aún admitiendo que la ortografía de la época no era tan rígida como hoy día, la condesa se tomaba licencias que no encontramos en los escritores más cultos ni mucho menos: «ynorancia», «guardia de cos», «aygan», «haygan», «guespedes», la ciudad de «Bayadoli» o «revulución».

El mismo Camilo le llegó a decir con humor que sus «ideas no se entendían más allá de la torre de san Andrés» (aludiendo a la iglesia de San Andrés, cercana al palacio de los Fernán Núñez)¹⁶, pero eso no pareció molestarle a su madrastra, que decía no tener «amor propio en esa parte de saber más o menos»¹⁷. Para una mejor comprensión, he corregido y actualizado la ortografía de la autora.

Las relaciones entre Camilo y María Esclavitud debieron haber sido inexistentes durante mucho tiempo. Él escribió años más tarde que, incluso ya muerto Fernán Núñez (1795), su viuda intentó ocultar la existencia de estos dos hijos destinándolos a América¹⁸. En su testamento, la condesa reconoció su mala conciencia por no haberse preocupado de Ángel y Camilo en un principio, pero aseguraba haber cambiado de actitud tras la muerte de su marido, pidiendo al rey la legitimación de los dos hijos naturales del conde (concedida el 30 de agosto de 1795) y protegiéndolos (tal y como este le había encomendado)¹⁹.

Sabemos que María no mintió, ciertamente se había esforzado en promocionar a su hijastro. Fue ella la que medió para que se le concediera en 1796 su primer puesto como «joven de lenguas a la secretaría de embajada de Viena»²⁰. Al revisar el expediente de la carrera diplomática de Camilo, encontramos que en cada uno de sus ascensos está implicada su madrastra, que decía haberlo tomado «bajo su protección como si fuese un hijo adoptivo»²¹.

16. 29-II-1808 (CARAN, F7, 6517b).

17. *Ibid.*

18. En una memoria que escribió a las autoridades francesas en 1811 para que lo liberaran (recogida por: MOREL-FATIO, A., «Camille Gutierrez de los Rios», *Bulletin Hispanique*, n.º. 21 (1919), pp. 53-66). Puede que mintiera en un intento de inspirar compasión a las autoridades francesas que lo tenían preso.

19. El testamento es de 1810 y se encuentra en el AHPM (t. 22.269, ff. 430-453). Referencia conseguida gracias al artículo VALVERDE MADRID, José, «La VI condesa de Fernán Núñez retratada por Goya», *Cuadernos de Arte e Iconografía*, n.º. IV, 8 (1991), pp. 334-338.

20. El 13 de abril de 1796, María Esclavitud agradecía a Godoy (a quien llamaba «mi estimado favorecedor»), la buena acogida de su instancia (AHN, *Estado*, leg. 3.415; referencia de archivo localizada en OZANAM, Didier, *Les diplomates espagnols...*, p. 292). Como tantos otros miembros de la elite española, parece que los Fernán Núñez tuvieron buena relación con Godoy en la primera etapa de su gobierno.

21. Esta intermediación se puede ver en el expediente de Camilo (AHN, *Estado*, leg. 3.415). El último de los honores que le procuró fue la concesión en 1808 de la Cruz de Malta. En las cartas se aprecia la alegría de María por ese honor. Ella misma lo había solicitado firmando un memorial entregado por su hijo el conde y pagando la tasa correspondiente (cartas de 7 y 16-III-1808, CARAN, F7, 6517b).

No parece que, a partir de ese momento, Camilo tuviese demasiados problemas para viajar a Madrid junto a la familia de su padre²².

Tanto por las cuarenta y tres cartas remitidas en pocos meses, como por la documentación hallada, no hay duda de que la condesa se preocupaba por Ángel y Camilo (incluso por la madre de estos y antigua amante de su marido, a la que mandaba recuerdos y dinero, y a la que llegó a incluir en su testamento). Como si fuera su madre, María Esclavitud aconsejaba a Camilo qué hacer y le reprochaba su excesivo gusto por las fiestas y sus derroches²³.

La condesa viuda era una persona bien informada de lo que estaba pasando en la España de 1808. Una importante fuente debió ser su hijo Carlos, el fernandino conde de Fernán Núñez, pero no la única. María se nutría de las noticias que le llegaban de sus numerosas amistades entre la nobleza y la clase política, así como de la prensa y los pasquines que caían en sus manos. Las cartas toman el pulso a la rumorología y a la opinión pública madrileñas en aquel momento de ebullición²⁴.

Este torrente de información, a veces contradictoria, otras complementaria a lo escrito unas cartas antes, hace que no sea fácil sacarle a la fuente todo el partido que ofrece. Para darles una mayor coherencia de cara al lector se han agrupado las noticias en epígrafes temáticos (el Motín de Aranjuez, el Dos de Mayo, los franceses, etc.) que analizan verticalmente la correspondencia aunque alguno de ellos obligue a volver al punto de partida.

22. Aunque García de León y Pizarro lo tacha de extranjero, podemos leer que Camilo había estado –al menos– «pocos meses en España» (GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, José, *Memorias*, Madrid, CEPC, 1998, p. 80). En su expediente del Archivo Histórico Nacional hay dos licencias para viajar a Madrid, una en 1801 y otra en 1806 (AHN, *Estado*, leg. 3415). Además, en la correspondencia de María Esclavitud se sobreentiende que Camilo y ella se conocen personalmente.

23. 29-II-1808 y 7-III-1808 (CARAN, F7, 6517b). Las palabras de uno de los compañeros de Camilo en la embajada confirman su vida disipada. García de León y Pizarro opinaba que aquel debía su suerte al favor de la mujer del conde Campoalange, con la que flirteaba: «Ríos (...) tenía talento y viveza, uso de la sociedad, gran manejo con las mujeres y principalmente con las viejas de algún influjo; ostentaba una buena tintura de las humanidades, pero en lo demás, una instrucción frívola y total ignorancia y desafecto a nuestras cosas» (GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, José, *Memorias...*, pp. 80-81).

24. Otro aspecto en el que inciden varios manuscritos de la época: «Los ruidosos sucesos ocurridos en Aranjuez (...) se han llenado de muchas circunstancias y anécdotas inverosímiles» (*Revolución de la Corte de España...*, 1808); «Siguen en esta Corte los agiotes vertiendo especies capciosas e interesadas sin más objeto que la usar para alarmar y seducir al común (...) son tan raras y ridículas las especies que se vierten, que los hombres sensatos suspenden el juicio (...) en Madrid lo que de noche se asegura de positivo, al día siguiente sale falso» (*Aranjuez, 13 de marzo...*). El relato de Rafael Pérez también se refiere a menudo a la rumorología (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*)

Una última característica fundamental de las cartas es la sensación de clandestinidad y precaución que transmiten. Ya hemos dicho que la autora nunca ponía su nombre y que incluso escondía su género en las últimas. Desde el principio parecía reticente a dar muchos datos, omitía muchos por miedo a que la correspondencia fuese intervenida, y podemos leer comentarios del tipo: «la cosa no es para [ser] escrita»²⁵. Ese disimulo también era obligatorio en el día a día de los madrileños del momento, a los que no quedaba otra que «compadecernos y disimular el que no se esté de buen humor»²⁶.

El Motín de Aranjuez, una «misión verdadera»

Las cartas más antiguas del expediente nos dan noticias de los días previos y posteriores a la caída de Godoy y de Carlos IV. El interés de la fuente se ve incrementado porque la correspondencia lleva adjuntos recortes de periódico, de bandos y de sátiras del momento.

Es importante insistir en que, durante los últimos años del reinado, los Fernán Núñez habían formado parte de la oposición al Príncipe de la Paz y sus regios protectores (el VII conde, hijo de María Esclavitud, llegó a ser desterrado a Valencia en 1804²⁷), una animadversión que se puede apreciar en la correspondencia con Camilo²⁸. Los dos contactos que los Fernán Núñez tienen en el gobierno son Pedro Cevallos, secretario de Estado, y Eusebio Bardaji Azara, su oficial más antiguo²⁹. A pesar de sus vínculos familiares con Godoy, Cevallos era un opositor en la sombra, prueba de ello es su confirmación al frente de la primera secretaría tras el ascenso de Fernando VII al trono³⁰, y su relación con fernandinos como los Fernán Núñez. Cuando se le concede la cruz de Malta a Camilo, su madrastra le pide que escriba a Cevallos y Bardaji para darles las gracias³¹.

25. 17-III-1808 (CARAN, F7, 6517b).

26. 16-III-1808 (*Ibid.*)

27. *Fichoz*, nº 020403.

28. Ya en mayo de 1808, cuando Carlos y María Luisa estaban exiliados, María Esclavitud temió que intentasen alguna represalia contra su hijo José y su hijastro Camilo, ambos en París: «no será extraño que procuren vengarse con alguno de los de la familia, a quien tienen declarada una tirria y odio que no será fácil olvidar» (23-V-1808; CARAN, F7, 6.517b).

29. *Fichoz*, nº 014754.

30. Uno de los recortes que María Esclavitud mandó a Camilo es precisamente lo que debió de parecerle una gran noticia, el anuncio de la confirmación de Cevallos en su puesto por no haber entrado nunca «en las ideas y designios injustos que se suponen en este hombre [Godoy] y (...) tener un corazón noble y fiel a su Soberano» (son palabras del *Suplemento a la Gaceta de Madrid*, martes 22-III-1808).

31. 7-III-1808 (CARAN, F7, 6517b).

En las cartas de la condesa viuda se aprecia perfectamente la tensa situación que se vivía en Madrid antes de la caída de Godoy. El pesimismo —«aquí todo son males y tragedias»— se deja ver en todo momento. María Esclavitud aconseja a Camilo que reforme sus hábitos y ahorre pues «en los tiempos presentes no se debe olvidar el día de mañana, en el cual no hay probabilidad ninguna de tener ningún empleo y menos subsistencia en nada»³².

La situación económica es nefasta, hace ya dos años que los vales «no se pagan de ningún modo» y están en «total decadencia»³³. Madrid atraviesa carestías, y la situación se agrava por el mal tiempo³⁴ y las epidemias, así que no parece que se vaya a poder mantener a tantos franceses como se espera («será menester que hubiese una nueva parte de mundo para que los de aquí nos fuésemos para comer pues esto no puede mantener a tantos»³⁵).

Aunque nos ocuparemos de las alusiones a los franceses en el próximo epígrafe, es necesario mencionar aquí que en todas las cartas está presente la tremenda incertidumbre provocada por la llegada a España del ejército napoleónico y las dudas sobre sus verdaderas intenciones (¿aliados? ¿enemigos?). Su presencia contribuyó no poco al caldo de cultivo que provocó el destronamiento de Carlos IV. La carta del 16 de marzo de 1808 sigue informando del avance de los franceses, su autora considera que «estamos en una época crítica». La situación es dramática: «nos tienen tan apurados y en un mar de lágrimas a toda la nación»³⁶.

El 17 de marzo leemos la tensa situación vivida tras los rumores de huida de los reyes, desmentida rápidamente por las autoridades. La condesa no se arriesga a hablar del tema, pero da una pista: «solo diré que ha estado para suceder lo que en Portugal»³⁷, en alusión a la marcha de los Braganza a Brasil. El Consejo de Castilla se ha reunido urgentemente. A partir de esta fecha, el interés de las cartas aumenta mucho.

El 21 de marzo, María Esclavitud narra azorada los acontecimientos de lo que hoy conocemos como Motín de Aranjuez, considerando que desde entonces «vivimos de milagro». Habla del «tumulto general en el Sitio» cuando se supo que «se quisieron escapar los amos». Aunque «decretó [el 16 de

32. 25-II-1808 (*Ibid.*)

33. 25-II-1808 (*Ibid.*)

34. «Por aquí el tiempo muy seco y de fases crueles, así los enfermos son muchos» (29-II-1808. *Ibid.*)

35. 25-II-1808 (*Ibid.*)

36. 16-III-1808 (*Ibid.*)

37. 17-III-1808 (*Ibid.*)

marzo^{38]} el amo que no se iba, no se le creyó»³⁹ y «todos se pusieron de acuerdo para no dejarle ir». Las tropas valonas y la guardia de corps se enfrentaron a la de honor de Godoy. La casa del Príncipe de la Paz fue asaltada. Con el rumor de que este había escapado «se sosegó el pueblo», que dejó de buscarlo. Pero la tranquilidad «duró poco». Godoy (a quien también se refiere como «el que mandaba» o «al que querían cortar la cabeza») fue hallado en su casa «debajo de unos rollos de estera»⁴⁰. Merece la pena recoger íntegramente la narración que la condesa hizo del encuentro entre los dos príncipes, el de la Paz y el de Asturias, distinto del que nos ha llegado a través de las *Memorias* del primero:

«Fue preciso que el Príncipe de Asturias fuese a allí con toda la tropa para que no lo despedazase el pueblo. Lo halló sin poder ni hablar pues había pasado dos días y medio sin comer ni beber, así solo dijo «agua», le dieron en un puchero roto, con ella entonces lo llevó el Príncipe al cuarto de guardias con todo el cuerpo, con todo las pedradas le alcanzaron y la cara se la hirieron⁴¹. Le pusieron en el pajar a ver si acaso le podían libertar, allí le curaron las heridas. Entonces le dijo el Príncipe: “has sido traidor al Rey, a mí y al Estado. Soy más generoso que tú, te perdono la vida pero te pondré donde no puedas hacer más mal”»⁴².

Renunció «Carlos IV a la Corona en su hijo, que ya es Fernando VII» pero los alborotos se habían trasladado del Sitio a Madrid. Este cambio político, que

38. Decreto contenido en el *Diario de Madrid* del viernes 18-III-1808, y que Camilo recibió de su madrastra. En ese texto, el rey se dirigió «al Público» asegurándole que los franceses eran sus amigos y que no tenía intención de marcharse. Con las mismas intenciones se promulgaron otros edictos y bandos también contenidos entre los papeles que la condesa remitió a Camilo.

39. 21-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

40. Esta versión coincide con la conocida por todos, admitida por el propio Godoy (GODOY, Manuel, *Memorias*, Alicante, Universidad de Alicante, 2008, 2, XXXII, pp. 1609-1618).

41. «Godoy, escoltado por Fernando, fue llevado como prisionero al cuartel de la guardia, no sin recibir en el camino crueles heridas, producidas por los que no querían perderse el honor de clavar sus cuchillos en el cuerpo de un hombre que pocas horas antes no se hubiera atrevido a mirar a la cara» (BLANCO-WHITE, José M^a, *Cartas de España...*, p. 301).

42. 21-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b). La narración que hizo Godoy de su encuentro con Fernando es algo distinta: «Aquella rara escena comenzó por un silencio indefinible (...) Después lo rompió el príncipe y me dijo: «Yo te perdono la vida». Yo le hice esta pregunta: «Vuestra alteza, ¿es ya rey?». Todavía no —me respondió— pero lo seré muy pronto»...» (GODOY, Manuel, *Memorias...*, 2, XXXII, p. 1620). Existen más relatos de la entrevista. Por ejemplo, según la *Relación de lo ocurrido en Madrid y en Aranjuez*, Fernando le dijo —magnánimamente— al malherido: «Infeliz, los Reyes te han abandonado y te han puesto en mi mano, pero irás a pasar tus días en el pueblo que tú mismo eligieres». La versión del actor Rafael Pérez es similar a la de Godoy, si bien incluye unos ruegos iniciales del extremeño por su vida (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, pp. 75-76).

debía tener a la condesa viuda satisfecha, no evita que se encuentre «acongojada». Ningún miembro de la élite podía ver con buenos ojos tumultos tan graves y a los que estaban tan poco acostumbrados⁴³ («estoy de tal modo que no puedo explicar (...) no sé cómo estoy ni cómo me tengo en pie después de 9 días que llevamos atroces»). «El pueblo» es un monstruo al que temer y que tiene pensamiento propio. Cuando Godoy iba a ser desterrado a la Alhambra, «el pueblo no lo permitió»⁴⁴. La personificación de la masa es evidente con expresiones como «dice el pueblo que...».

Precisamente el primogénito de María –el VII conde de Fernán Núñez– fue el encargado de ir a Madrid a apaciguar los ánimos, pero no lo dejaron pasar más allá de la Puerta de Toledo, «allí peroró hasta que no pudo más, pero nada alcanzó. Le quisieron insultar si no se volvía al Sitio a buscar al Rey, así lo hizo y quedó su palabra comprometida para traerlo». El pueblo llegó también a casa de la condesa, «pero con dinero que se les dio pudieron calmar su furia»⁴⁵.

Habían sido asaltadas las casas de los más destacados adictos a Godoy: su hermano Diego, el marqués de Branciforte, José Marquina, Manuel Sixto Espinosa, etc. Doña María habla a menudo de la suerte adversa que ha corrido la persona a la que se refiere como su «amiga», a la que no llega a nombrar, pero que parece ser la marquesa de la Mejorada⁴⁶. Esta señora –víctima de las persecuciones sufridas por los godoyistas– escapó de las llamas de su casa,

43. Algo que explicó muy bien Alcalá Galiano: «La generación presente, para quien ha sido frecuente espectáculo el de los tumultos, mal puede comprender el efecto que hizo en nosotros en 1808 ver por primera vez campante la sedición, interrumpido el público sosiego y faltando el orden constante con que la autoridad mandaba y los súbditos obedecían» (ALCALÁ GALIANO, Antonio, *Memorias...*, p. 97).

44. Según Vayo, este es uno de los «ridículos rumores» extendidos por los fernandinos para mantener al pueblo encendido (VAYO, Estanislao de Kostka, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842, pp. 83-84). Escoiquiz calificó el proyecto de llevar a Godoy a Granada como «acertado pensamiento del rey» al que se opuso «el pueblo de Aranjuez» (ESCOIQUIZ, Juan, *Memorias*, en BAE, tomo 97, Madrid, Atlas, 1957, p. 60).

45. 24-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

46. Esta dama era amiga de la condesa. De su puño y letra hay una carta previa entre la correspondencia encargando a Camilo ropa parisina. Sabemos que la casa de esta señora fue asaltada durante estos tumultos (LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy...*, p. 400). Otro argumento a favor de que esta amiga sea la marquesa de la Mejorada es que María Esclavitud dice que «su amigo está en Toledo oculto» (27 de marzo de 1808). Se decía que el inquisidor general Arce y la marquesa de la Mejorada eran amantes, y sabemos por la biografía del Inquisidor General y Arzobispo de Zaragoza que huyó a Toledo para evitar las represalias contra los godoyistas (CALVO FERNÁNDEZ, José María, *Ramón José de Arce: inquisidor general, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados*, Zaragoza, Fundación 2008, 2008, p. 297).

pero «aún están ardiendo sus muebles»⁴⁷. Por referencias sucesivas sabemos que «no le ha quedado ni siquiera una camisa ni pañuelo para mudarse al día siguiente»⁴⁸. Acogida en las Comendadoras, «ha perdido cuanto tenía, da pena verla». Cabe reseñar que la amistad entre la marquesa de la Mejorada y la condesa viuda de Fernán Núñez hubiese sobrevivido a las divergencias políticas que suponían que el marido de la primera simpatizase con el poder y el hijo de la segunda hubiese sido desterrado.

Mientras caen los adictos a Godoy, sus enemigos son resarcidos («todos los desterrados vuelven»). El VII conde de Fernán Núñez –insisto, el hijo de nuestra autora– es un hombre de confianza del nuevo rey. Además de la misión de aplacar al pueblo, se le encomienda una misión de todavía mayor confianza: que parta junto a otros nobles –Medinaceli y Uceda– al encuentro de Napoleón⁴⁹.

El 24 de marzo, «por Gracia de Dios», ya está «todo tranquilo», pero los efectos «de la revolución y tumulto» siguen siendo motivo de excitación. Fernando VII ha llegado a Madrid a caballo, seguido por los Grandes, «no es decible los vivas y aplausos que tuvo»⁵⁰, ni las «infinitas aclamaciones» que le hace el pueblo, que está «sereno y satisfecho». Nuestra protagonista no oculta su predilección por el nuevo rey, que «amable con todos se pasea», cuyas «inclinaciones son las mejores»⁵¹ y «que no desea otra cosa que hacer el bien común»⁵².

Tampoco disimula su satisfacción por la desgracia de Godoy. Manuel y su hermano Diego están presos en Aranjuez⁵³, vigilados por el marqués de Castelar esperando a que se abra su causa⁵⁴. Están mejor de sus heridas aun-

47. 21-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

48. 24-III-1808 (*Ibid.*)

49. 21 de marzo de 1808. Junto al recorte del *Diario de Madrid* en el que se publica el nombramiento de esta diputación de nobles (miércoles 23-III-1808), Camilo recibió de su madrastra una copia de la carta manuscrita que Cevallos mandó al conde de Fernán Núñez, fechada en Aranjuez el 20-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

50. 24-III-1808 (*Ibid.*). Todas las fuentes coinciden en este fervor popular: «Sin más aparato que el entusiasmo popular de los madrileños entró Fernando a caballo por la Puerta de Atocha (...) Nunca recibió monarca alguno tan sincera y cariñosa bienvenida de parte de sus súbditos» (BLANCO-WHITE, José M^a, *Cartas de España...*, pp. 303-304).

51. 27-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

52. 30-III-1808 (*Ibid.*)

53. Un seguimiento de todos estos sucesos en LA PARRA LÓPEZ, Emilio, «Godoy, prisionero de Fernando VII (marzo-mayo de 1808)», *Revista de Estudios Extremeños*, n.º 57, 3 (2001), pp. 873-892.

54. Son muy interesantes los partes diarios en los que Castelar informaba sobre su prisionero Godoy, que durante varios días vivió ajeno a lo que estaba pasando, y al que Castelar describe a veces deprimido, y otras altanero (*Ibid.*, p. 886 y ss).

que «el primero tiene saltado un ojo de las pedradas que se llevó y golpes pues le querían hacer en pedazos todo el mundo». Se les han confiscado sus bienes y al Príncipe de la Paz se le está encontrando «infinito dinero» que se va reintegrando en la tesorería⁵⁵. «Todos los días se descubren atrocidades» cometidas por él, «dicen que [el dinero que se le ha encontrado] pasa de dos mil millones»⁵⁶. «Levantando alfombras» con mayor o menor rigor, el nuevo gobierno intentaba legitimar su golpe de Estado.

Contrastando las virtudes de Fernando VII con la pretendida corrupción de Godoy, la condesa no puede menos que congratularse con el cambio político⁵⁷. Su frase final es muy expresiva, la primera persona plural de la expresión «lo que hemos tenido por práctica», ya sugiere un proceso político distinto al tumulto popular e implica al partido fernandino⁵⁸:

«El dinero que se va encontrando al Godoy es cosa horrible y también todo lo que se va descubriendo de las cosas que tenía dispuestas para perder a todo el mundo»⁵⁹. Válgame Dios qué misión tan verdadera lo que hemos tenido por práctica, bien se dice que Dios consiente y no para siempre»⁶⁰.

55. 24-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b). Recurramos a otro de los manuscritos anónimos del momento, que añade ambición política a la pretendida avaricia de Godoy: «Se le ha descubierto a Don Manuel Godoy moneda y cuño de emperador de México y para antes de esto de Regente de España (...) Circula otra relación o estado de los caudales que se dicen del tirano, y siendo cierta, o fidedigna, cubre o salda enteramente la deuda nacional» (Aranjuez, 13 de marzo...). El mismo texto informa de las maniobras del extremeño contra Fernando y sus allegados, confirmando, por ejemplo, el envenenamiento de la princesa María Antonia.

56. 27-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

57. Algo en lo que coinciden otros textos del momento. Así abre su entrada del día 18 de marzo el *Diario exacto*: «Hoy se puede decir que amaneció el Iris de Paz para toda la vasta extensión de la Monarquía Española; día memorable que hará época en la posteridad y se debía señalar en las notas cronológicas del Reino como una de las más singulares y extraordinarias de la Historia. Huyó el tirano y opresor de la humanidad nacional» (*Diario exacto*..., p. 5). Y así comienza la *Relación de lo ocurrido en Madrid y Aranjuez*...: «Hemos tenido 6 u 8 días de la mayor consternación, pero se pueden dar por muy bien empleados a trueque de lograr uno como el de hoy, de un regocijo tan universal» (*Relación*...).

58. Por mucho que los fernandinos –como Escoiquiz– hablasen siempre del «pueblo» al relatar lo sucedido en Aranjuez, la definición del Motín como revuelta de los privilegiados apoyada en el malestar popular está fuera de toda duda desde el mismo siglo XIX. Véase: LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy*..., pp. 382-397. La única monografía sobre el tema es: MARTÍ GILABERT, Francisco, *El Motín de Aranjuez*, Pamplona, Euns, 1972.

59. A finales de marzo se hicieron públicas las negociaciones de un nuevo tratado entre España y Francia. A cambio de Portugal, Napoleón reclamaba para su Imperio los territorios españoles desde la frontera hasta el Ebro. Juan Escoiquiz lo cuenta en su autojustificativa *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del rey Fernando VII a Bayona*, Madrid, Imprenta Real, 1814, pp. 25-18.

60. 30-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

Poco se sabe de la suerte de los reyes padres. En primer lugar se dice «que Carlos IV se va a una provincia»⁶¹, después que su esposa y él «se van solos a Guadalajara a vivir», finalmente (a veces las noticias llegan con la carta a medio escribir) parece que será Badajoz el destino elegido⁶². El 30 de marzo se sabe que los reyes no se irán «hasta que venga Buenaparte», «esto no es bueno» escribe la condesa con suspicacia. «Según dicen», la reina María Luisa «está furiosa»⁶³, pronto hablaremos de ese papel de intrigante con el que cargó la pamesana a ojos de los partidarios de su hijo.

Los levantamientos populares vividos tan de cerca y la inestabilidad política provocada por la presencia francesa no dejan de preocupar a una mujer consciente de «la situación crítica de toda España»⁶⁴. Por cierto, al hablar de los últimos acontecimientos, se refiere a ellos como «revolución y tumulto»⁶⁵ y «los días de la revolución»⁶⁶, palabra esta que quizá no debamos entender como un gran cambio político, pero sí al menos como una revuelta mayúscula. El 4 de abril, en relación a la prevista llegada de Bonaparte, escribe la frase que da título a este artículo: «Dios traiga a este con buenas intenciones y que nos libre de más revoluciones que ya son demasiadas para mí»⁶⁷.

«En todas partes están hartos de ellos...»: los franceses en Madrid

Como ya se ha dicho, no se puede entender la situación vivida en aquel Madrid sin la presencia de los franceses, y estos tienen un papel protagonista en las cartas. En febrero, con Carlos IV aún en el trono, llegaban noticias de que las tropas napoleónicas se dirigían a Madrid y entraban en todas las ciudades —escribe la condesa en su tono coloquial— «como Pedro por su casa»⁶⁸. En Pamplona han liberado a los presos⁶⁹ y, aunque en Barcelona el conde de Ezpeleta (el Capitán general) no había opuesto resistencia, «hubo muertos y sangre por las dos partes». No se sabe cuáles son las intenciones francesas, pero estas noticias y «otras tantas que no son para escribirlas», hacen que todo el mundo esté con «mucho susto»⁷⁰.

61. 21-III-1808 (*Ibid.*)

62. 24-III-1808 (*Ibid.*). También recogen este rumor otros textos como el *Diario exacto...*, p. 11.

63. 30-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

64. 27-III-1808 (*Ibid.*)

65. 24-III-1808 (*Ibid.*)

66. 27-III-1808 (*Ibid.*)

67. 4-IV-1808 (*Ibid.*)

68. 25-II-1808 (*Ibid.*)

69. 25-II-1808 (*Ibid.*)

70. 29-II-1808 (*Ibid.*)

Así pues cundía la incertidumbre, todo eran rumores y miedos: «por aquí va todo mal pues lo peor es el que no se sabe nada, muchas cosas se dicen y se ven venir mas de las que quisiéramos de esa [Francia] sin poder comprender el objeto para que todo esto sea. Dios nos asista y nos libre de lo que estamos amenazados»⁷¹. La llegada incesante de correos oficiales fomenta los nervios: «algo debe haber de bueno o de malo, quiera Dios sea lo primero pues de lo segundo hace tiempo que tenemos bastante»⁷². En Madrid se sigue «sin saber por qué y para qué» hay tantas tropas francesas en España. Se dice que Murat está en Bayona y que Godoy va a salir a recibirlo, pero «nadie puede penetrar qué saldrá de todo esto»⁷³. Sobre todos estos acontecimientos planea la sombra de Napoleón, temido⁷⁴ y cada vez menos respetado por culpa de su beligerancia⁷⁵ y de su política religiosa⁷⁶. No olvidemos que la misma propaganda oficial de la Monarquía Hispánica había contribuido a hacer del supuesto aliado un verdadero héroe⁷⁷.

A mediados de marzo, la condesa observa que los que llama –con resignación o ironía– «nuestros amigos» no se conforman con avanzar por España sino que «parece que también toman el poder político»⁷⁸. Con el paso de los días, los franceses se van concentrando en Madrid (que es «una confusión con tanta tropa»⁷⁹) y alrededores. El 24 de marzo se estiman en cincuenta mil⁸⁰ y

71. 7-III-1808 (*Ibid.*)

72. 9-III-1808 (*Ibid.*)

73. 9-III-1808 (*Ibid.*)

74. «Ese hombre parece que quiere absorber el orbe» (9-III-1808. *Ibid.*)

75. «Aquella desesperada Corte que tantas penas acarrea a la humanidad» (15-III-1808. *Ibid.*)

76. «Ese Señor de esa se quiere meter en la ley, aún ha Dios y con este no podrá nunca» (9-III-1808. *Ibid.*). Pero no todos habían perdido la fe en Bonaparte, uno de los cronistas anónimos del momento siguió resistiéndose a admitir lo evidente hasta el último momento, refiriéndose al general como «El gran Napoleón» y tachando los rumores en su contra como «delirios» del pueblo, o producto de la mente de los «tristes y melancólicos»; si bien reconocía estar en franca minoría: «Se puede asegurar que de 250mil almas que en el día puede haber en Madrid, las 249mil piensan con melancolía y las mil restantes son de la opinión del autor de este diario» (*Aranjuez, 13 de marzo...*). Observando su renovada esperanza tras el Dos de Mayo, podemos etiquetar a este escritor anónimo como «afrancesado» o como iluso. Rafael Pérez también consideró que los temerosos de Napoleón eran mayoría (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, p. 91).

77. LARRIBA, Elisabel, «La contribución de la *Gaceta de Madrid* al desprestigio de Carlos IV y del Antiguo Régimen por la exaltación de Napoleón (1804-1808)», en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M^a Victoria (coord.), *Crisis intersecular y deslegitimación de Monarquías. Anejos de Cuadernos de Historia Moderna*, n.º VII (2008), pp. 239-276.

78. 16-III-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

79. 27-III-1808 (*Ibid.*)

80. 24-III-1808 (*Ibid.*)

se esperan unos cien mil. La desconfianza hacia la presencia francesa crece, «parece que nos quieren cercar», «malo va esto»⁸¹.

María Esclavitud convivió con los franceses en su propio hogar. Los generales fueron distribuidos por las casas de la Grandeza; y la suya no fue una excepción. El 24 de marzo cuenta que para su «desgracia» tiene alojados a un general, a su edecán, a ocho soldados y ocho caballos⁸². Aunque ha tenido más suerte que otros Grandes y su general es «sumamente amable y atento y agradece infinito lo bien que se le trata» (al menos «en comparación a lo que son los otros»⁸³), reconoce que está gastando «infinito» pues le tiene «todos los días una mesa de 14 ó 16 cubiertos»⁸⁴.

El consuelo por el mal menor se irá diluyendo con el paso de los días. Desde el principio ya se quejaba de que su casa «parece una fonda»⁸⁵, «como en todas partes están hartos de ellos, aquí se vienen» y no la «dejan un momento»⁸⁶, excediendo su «corta paciencia» y su «bolsillo», atándola y quitándole «hasta [su] libertad»⁸⁷. No se cansa la condesa de pedir a Dios se «los lleve pronto»⁸⁸ y «que [esto] dure poco», aunque percibe con acierto que la situación «no tiene traza de acabarse»⁸⁹. La decisión de abandonar Madrid e irse a «unas 40 leguas» estaba tomada, solo había que esperar a tener la oportunidad de huir⁹⁰.

Nuestra remitente sufre profundamente. Dice no haberse sentido nunca «ni más afligida ni con menos espíritu». Para colmo tiene que disimular su disgusto, «teniendo que ahogar en [su] interior todos estos sentimientos y manifestar un aire sereno y tranquilo a estas gentes». Piensa constantemente en huir, pero no quiere dar ningún paso que pueda comprometerla: «Yo estoy indecisa si me iré de aquí pues tengo mucho miedo, por otro lado si abandono a estas gentes que procuro tener contentos, si ven que las dejo, quién sabe

81. 27-III-1808 (*Ibid.*)

82. 24-III-1808 (*Ibid.*)

83. 4-IV-1808 (*Ibid.*)

84. Queja de los «infinitos» gastos en las cartas del 27 de marzo y el 4 de abril (*Ibid.*)

85. 27-III-1808 (*Ibid.*)

86. 30-III-1808 (*Ibid.*). Sobre el particular, un viajero inglés escribió: «Los soldados estaban alojados en casas particulares y causaban la miseria y la desgracia de las familias. Pocos tenían el valor de poner en tela de juicio su derecho a quedarse con aquello que codiciara. Si querían formular alguna queja tenían que presentarla a un oficial francés, con el resultado de insultos o agravios adicionales» (BRINDLE, S., «A brief Account of Travels, etc. in Spain», cit. por ESDAILE, Charles, *La Guerra de la Independencia: una nueva Historia*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 64).

87. 7-IV-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

88. 30-III-1808 (*Ibid.*)

89. 27-III-1808 (*Ibid.*)

90. 8-IV-1808 (*Ibid.*)

si serán mis enemigos, así estoy en esta lucha que no es agradable como V. puede pensar...»⁹¹. Debe tenerse en cuenta que este mismo debía ser el sentir de toda la nobleza madrileña, que fue invadida en sus casas antes incluso que políticamente.

A principios de abril, en Madrid hay «cien mil hombres», «no hay edificio que esté libre de ellos», y el resto vive en 4 campamentos erigidos «como si fuese esto un sitio a tomar o bombardear». Por «las calles no se pueden andar con el gentío y está esto verdaderamente hecho una confusión de día y de noche»⁹². En una ciudad ocupada, en ese estado de tensión («que no tiene al pueblo muy tranquilo y a los demás igualmente»⁹³), con los ánimos aún excitados por los sucesos de marzo, era previsible el Dos de Mayo. Todos esperaban a que llegase Napoleón, la condesa mandaba a Camilo los recortes de prensa en los que se anunciaba su arribo inminente⁹⁴.

«De aquí a pocos días sabe Dios de quién seremos»: la incertidumbre sobre los destinos de Fernando VII y Godoy

La llegada de Napoleón se esperaba con una mezcla de inquietud e impaciencia, aunque ni siquiera estaba claro que fuera a producirse⁹⁵. La opinión pública madrileña quería que se resolvieran cuanto antes las grandes dudas que la corroían: ¿cuándo será juzgado Godoy?, ¿cuándo admitirá el emperador el cambio de monarca? Con el paso de los días, las mismas dudas se volverían temores: finalmente, ¿sería procesado Godoy?, ¿sería admitido Fernando VII?

En las cartas anteriores al 2 de mayo podemos encontrar un vaticinio de la futura Guerra de la Independencia. Ante la duda de si Napoleón «aprobará o no lo que aquí se ha hecho y si reconocerá o no al que gobierna», la condesa teme que no lo haga, pues «en ese caso todos estaríamos perdidos y esto serían arroyos de sangre, pues todo el pueblo y nobleza se sacrificaría por su Rey». La situación de Fernando con los franceses es precaria, pero los españoles no pensaban hacer ninguna concesión en este asunto:

«Se espera con ansia la respuesta de Buenaparte a todo lo ocurrido, pues hasta ver si lo aprueba no lo han querido reconocer a Fernando estos (...) ninguno ha ido a la Corte, ya ve V. que la cosa es sumamente delicada y que

91. 31-III-1808 (*Ibid.*)

92. 7-IV-1808 (*Ibid.*)

93. 4-IV-1808 (*Ibid.*)

94. «El Emperador no tardará en ponerse a la cabeza de sus ejércitos en España», podía leerse en la *Gaceta Extraordinaria de Madrid* del sábado 2-IV-1808.

95. «Ahora hay opiniones de si vendrá o no Buenaparte» (31-III-1808; CARAN, F7, 6.517b).

estamos como por los cabellos hasta que esto se aclare, pues como aquí se está decidido todos unánimemente a sostener lo hecho, puede resultar lo que no me atrevo a pronunciar y quiera Dios no se verifique»⁹⁶.

Este tipo de comentarios se suceden. El 7 de abril, la condesa escribe: «La respuesta de Buenaparte aún no ha llegado, esta es otra y le aseguro que estamos temblando pues si no reconoce a este nuevo Fernando se puede temer el fin de esta capital pues el pueblo está ya que no puede más y prontos a perecer todos»⁹⁷. Al día siguiente, escribe con pesimismo: «esto va de un modo que de aquí a pocos días sabe Dios de quién seremos», todo «es dudoso y más peligroso»⁹⁸.

Aunque sabemos que Napoleón insistió en que Fernando VII nunca fuera tratado por los franceses como rey⁹⁹, en la carta del 11 de abril pareció encenderse una llama de esperanza. El viernes de Dolores había llegado un «chambelán del emperador con la noticia de que este había reconocido a Fernando el 7», noticia que hacía «esperar que sus ideas no sean las de acabar con esta monarquía, lo que a todos nos tenía en la mayor aflicción y peligro». Se esperaba que los franceses cambiasen ahora su actitud con el joven monarca, «no es decible la petulancia con que han estado y sin hacer caso del Rey ni ir a Palacio». Como consecuencia de ese reconocimiento, Fernando VII había salido hacia Burgos para encontrarse con el Emperador de los Franceses dejando una junta de gobierno¹⁰⁰. No podemos saber si el rumor del chambelán fue un ardid de los franceses o una estrategia fernandina para justificar la partida del rey¹⁰¹, pero es interesante saber que esa posibilidad circuló por Madrid. Se decía además que Napoleón estaba ya en España y se iba a reunir con Fernando,

96. 4-IV-1808 (*Ibid.*)

97. 7-IV-1808 (*Ibid.*)

98. 8-IV-1808 (*Ibid.*)

99. LA PARRA LÓPEZ, Emilio, «Godoy, prisionero...

100. También mandó la condesa viuda a Camilo esta noticia, contenida en la *Gaceta Extraordinaria de Madrid* del sábado 9-IV-1808. Meses más tarde, se escribiría que «nuestro gabinete (...) no hizo más que ridiculizarse con gacetas extraordinarias, las más contradictorias y despreciables que salieron jamás de la Imprenta Real» (*Manifiesto imparcial...*, p. 18). Sobre el papel fernandino para contener la revuelta madrileña, véase: LA PARRA LÓPEZ, Emilio, «Fernando VII: impulso y freno a la sublevación de los españoles contra Napoleón», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 38-1 (2008), pp. 33-52.

101. Escoiquiz habla en sus *Memorias* de la presión francesa para que Fernando viajase y cuenta que «habiendo tenido el embajador una audiencia privada con S.M. le hizo tales instancias y le dio tales seguridades que, sin aguardar otras consultas, se decidió por sí mismo y le dio la palabra de ponerse en camino dos días después, esto es, el 10 de abril» (ESCOIQUIZ, Juan, *Memorias...*, pp. 65-66).

pero nada era seguro («esto está en la mayor confusión»¹⁰²). Engañados por el emperador o por sí mismos, Fernando VII y Escoiquiz marchaban hacia la perdición.

En estos momentos de desasosiego, la autora de las cartas se agarra a la ilusión (o al velo) que suponía Fernando VII. El entusiasmo popular por el nuevo monarca llegaba a través de las noticias del viaje de la Familia Real hacia el norte¹⁰³ (novedades difundidas con la clara intención de mantener la –cada vez más débil– llama optimista del 19 de marzo). La condesa da gracias a Dios por el nuevo rey hasta el punto de pensar que su elevación al trono no había «sido revolución de los hombres» sino «la mano visible de la Providencia»¹⁰⁴. «Es tal la energía y el amor al Soberano» que «esta nación está como nueva»¹⁰⁵. No sabía esta señora lo adversa que iba a ser la providencia con su causa durante los próximos años.

El antihéroe Godoy (al que se refiere como «preso de Estado») seguía prisionero hasta la llegada «del que se espera» (Napoleón) pues «no quieren ni permiten nuestros huéspedes que se traslade a ninguna parte»¹⁰⁶. Parece que, sin el Príncipe de la Paz, la Monarquía ha recuperado su identidad y los príncipes e infantes han salido de la opresión a la que estaban sometidos (según los fernandinos, Godoy tenía subyugados y marginados a los hijos de los monarcas). Ante la partida de Carlos María Isidro a Irún al encuentro de Napoleón, leemos: «Esto le hará a V. ver cómo esto ha mudado, pues los infantes hacen ya lo que en todas partes»¹⁰⁷. Tanto la prensa como las sátiras se esfuerzan por denostar al ídolo caído¹⁰⁸.

A mediados de abril, la situación se ve más negra que nunca. El aire de Madrid es irrespirable, se suceden los altercados entre españoles y franceses. «El jueves santo hubo otra especie de motín», «todos los días hay muertos alevosos de una parte y otra», «de modo que si el rey no vuelve pronto no sé cómo esto acabará». Su amigo el oficial de la secretaría de Estado, Eusebio Bardaji, le ha confesado a la condesa «que no está tranquilo y que no ve claro

102. 11-IV-1808 (CARAN, F7, 6517b). Según el relato de Rafael Pérez, el 20 de abril había rumores sobre el acuerdo amistoso entre Napoleón y Fernando, y sobre lo contrario (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, p. 85).

103. «Al infante Don Carlos cuando llegó a Valladolid le quitaron las mulas del coche y el pueblo le llevó tirando por el coche, figúrese V. lo que harán con el Rey en su camino, todos están locos de júbilo» (11-IV-1808. *Ibid.*)

104. 11-IV-1808 (*Ibid.*)

105. 20-IV-1808 (*Ibid.*)

106. 31-III-1808 (*Ibid.*)

107. 4-IV-1808 (*Ibid.*)

108. También encontramos entre las cartas la *Gaceta Extraordinaria de Madrid* del jueves 31-III-1808, que ofrece la visión fernandina de lo acontecido en el Escorial en 1807.

en ningún asunto». El conde de Fernán Núñez sigue en Bayona, pero no escribe, lo que «no es buena señal»¹⁰⁹.

Con el rey ausente, la incertidumbre ha crecido, «y a proporción del retardo de las noticias buenas se van desesperando los ánimos»¹¹⁰. Al saberse que Fernando VII está en Bayona, se espera lo peor: «esto no lo aprueban muchos, y creo que tengan razón pues quién sabe si lo dejarán volver, respecto de la mala fe que está vista»¹¹¹.

Los rumores apuntan a que «quieren los franceses libertar a Godoy y que están de acuerdo con su señora». La condesa vuelve a prever una «guerra civil» en el caso de que «esto se verificase». Con un goteo constante, la rumorología seguía menoscabando la imagen de los reyes padres. Se extendía la idea de que los franceses estaban confabulados con la reina María Luisa para devolver a Carlos IV el trono («siguen las intrigas de la que fue R[eina] y los huéspedes que pasan en el día de cien mil, los cuales están de su partido»)¹¹².

Corrió por Madrid una noticia que confirmaba las intrigas francesas para la restauración de Carlos IV en el trono. No podemos saber si el hecho ocurrió realmente o fue un bulo fernandino, lo que es seguro es que tuvo bastante repercusión, ya que lo recogen otras fuentes coetáneas¹¹³. Según parece, el 20 de abril cuatro oficiales franceses quisieron obligar a un impresor a reproducir un «pasquín que decía viva Carlos IV y muera [Fernando] 7º». El impresor se negó y fue amenazado de muerte, pero uno de los mancebos dio la voz de alarma y «acudió el pueblo, y a pocos minutos había más de 20 mil personas reunidas en la Puerta del Sol, calle de Carretas y de San Luis». Los cuatro franceses fueron prendidos «con el cuerpo del delito y si la tropa española no los hubiera libertado, los hacía pedazos el pueblo». A pesar de las constantes rondas de patrullas, «la noche fue toledana»¹¹⁴.

Con Godoy preso, no nos sorprende que María Luisa de Parma siguiese siendo vista como la gran intrigante¹¹⁵, la que «promueve esto con los huéspedes que son sus amigos»¹¹⁶. En un pasquín titulado *Ocurrencias de esta se-*

109. 17-IV-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

110. 20-IV-1808 (*Ibid.*)

111. 21-IV-1808 (*Ibid.*)

112. 20-IV-1808 (*Ibid.*)

113. También se refieren a este suceso el *Manifiesto imparcial...* (p. 24) y el relato de Rafael Pérez (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, pp. 85-86).

114. 21-IV-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

115. CALVO MATURANA, Antonio, *María Luisa de Parma...*

116. 21-IV-1808 (CARAN, F7, 6.517b). Según otro autor, Murat y su ayudante «hacían viajes nocturnos a Aranjuez y concertaban con la blanda y benéfica María Luisa el destino de la nación (...) no puede omitirse que la señora había jurado *salvar a Manuel* y

mana y noticias vulgares se dice que la reina mandó a Godoy 24 camisas y que una de ellas llevaba «en el doble del hombro una pequeña carta oculta»¹¹⁷. El mismo folleto asegura que la reina madre había entrado disfrazada en Palacio (historias de vodevil, a cual más increíble, con las que la biografía de la parmesana lleva cargando más de dos siglos).

El 23 de abril se confirmó uno de los dos grandes temores, Godoy había sido entregado a Murat y marchaba camino a Francia, igual que los reyes padres. Según las *Ocurrencias*, los franceses lo requerían por alta traición¹¹⁸. María Esclavitud también recoge con su pluma la noticia de la marcha de los reyes, aunque sigue sospechando de la reina María Luisa y sus supuestos aliados:

«La Señora se marchó con su marido, el cual dicen que está muy malo de salud, pero esto no contiene a ella para sus miras. Me han asegurado que lleva 60 carros de equipaje, esto demuestra que se quedará en Francia si es que no puede volver a mandar, que es a lo que está fulminando»¹¹⁹.

A finales de abril, las noticias se suceden, la condesa sigue completando sus cartas con recortes de prensa para poder abarcar todas las novedades que se van produciendo¹²⁰. Nadie sabe nada aún, «lo peor es que parece estamos como el primer día y que hasta ahora se ve todo muy oscuro y no podemos saber de quién seremos»¹²¹. Una de las sátiras enviadas a Camilo decía que la nación estaba «abatida y consternada (...) desde que supo la entrada de huéspedes ominosos, insolentes, orgullosos»¹²². No podía aspirar nuestra dama

destronar a su hijo Fernando, que Carlos IV firmó cuanto María Luisa había concertado con Murat...» (*Manifiesto imparcial...*, pp. 16-23).

117. Godoy cuenta que los reyes intentaron ponerse en contacto con él: «Así, pasé mi larga cuarentena; todos los días se parecieron en aquella murada soledad, donde no pudo penetrar por alto ni por bajo ni siquiera un recado de los reyes padres por más que lo intentaron» (GODOY, Manuel, *Memorias...*, 2, XXXIII, p. 1636).

118. Por haber revelado a Inglaterra ciertos secretos diplomáticos y bélicos franceses (*Ocurrencias de esta semana y noticias vulgares*, 1808; *Ibid.*)

119. 25-IV-1808 (*Ibid.*).

120. Es el caso de la *Gaceta Extraordinaria de Madrid* del viernes 22-IV-1808 anunciando la entrega de Godoy a los franceses, o de la *Segunda Gaceta Extraordinaria de Madrid*, del mismo día, tranquilizando los ánimos de los madrileños por el viaje de Fernando VII. Estos recortes de prensa que agrega la condesa a sus cartas no eran de gran consuelo según escribió –eso sí, a posteriori– un testigo de los hechos: «En vano las famosas gacetas querían calmar los ánimos» (*Manifiesto imparcial...*, p. 21).

121. En medio de esta ida y venida de noticias y rumores, el día 25 se llegó a correr la voz de que Carlos IV había muerto (*Aranjuez, 13 de marzo...*). Circulan rumores tan increíbles como que 24.000 navarros, guipuzcoanos y vascos habían rescatado a Fernando de Bayona (PÉREZ, Rafael, *Madrid en 1808...*, p. 92).

122. *Al Consejo del Escorial*.

a otras fuentes, ya que sus contactos en el poder estaban tan perdidos como ella. Desde Irún y Bayona, el conde de Fernán Núñez le había confesado a su madre estar «con los ojos vendados como todos»¹²³. En esta tesitura política y social se produjeron los sucesos del 2 de mayo en Madrid...

«El día 2 de este ha sido de sangre»

La historiografía actual apunta con acierto que el Dos de Mayo ha sido mitificado¹²⁴. Eso no significa que carezca de importancia. Visto desde una perspectiva menos romántica pero más científica, este episodio tiene mucho valor. Es probable que no fuera un levantamiento popular espontáneo y que tampoco fuera el punto de partida de la Guerra de la Independencia, pero eso no resta interés a una explosión cuya mecha pudo ser prendida tanto por fernandinos como por franceses, y cuya instrumentalización en los dos siglos posteriores no deja de ser apasionante.

Es lógico que la condesa viuda de Fernán Núñez considerase el Dos de Mayo como una consecuencia de la violencia contenida de las últimas semanas y no como el principio de insurrección general alguna, a pesar de que ella misma parecía preverla anteriormente al hablar del levantamiento de los españoles si Napoleón no refrendaba a Fernando VII¹²⁵.

El estallido de violencia debió ser tremendo. Hasta el día 8 no pudo coger la pluma María Esclavitud para contar que «el día 2 de este ha sido de sangre, más de cinco mil han perecido». Todos sus conocidos han huido y están dispersos, ella se ha refugiado en la Alcarria. El impacto sobre todas las capas de la sociedad madrileña tuvo que ser brutal. La condesa dice estar

123. 25-IV-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

124. Si bien se ha magnificado su influencia, el Dos de Mayo ha quedado como el punto de partida –real o simbólico– del levantamiento contra las tropas napoleónicas (GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; DEMANGE, Christian, *El Dos de Mayo: mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons/CEPC, 2004). Aunque mediatizada por el nacionalismo liberal de la época, la erudita obra de Pérez de Guzmán sobre el Dos de Mayo sigue siendo un libro de consulta. Por su prolija relación de hechos, es un buen contrapunto a las cartas de la condesa. Publicada en 1909, se ha reeditado recientemente: PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, Juan, *El dos de mayo de 1808 en Madrid*, Valladolid, Maxtor, 2008.

125. Y muchos otros madrileños: «Estaba yo vistiéndome para salir a la calle con la inquietud natural en aquellas horas, cuando entró azorada mi madre y sólo me dijo las palabras: *ya ha empezado*. Vese, pues, que no se necesitaba designar el hecho que tenía principio, sino que se daba noticia de su llegada como de cosa conocida» (ALCALÁ GALIANO, Antonio, *Memorias...*, p. 107)

«como el caracol con solo lo que tengo encima, pues solo he tenido cuenta del pellejo»¹²⁶. Según le cuentan desde Madrid, los franceses que se han quedado en su casa (ya son 24) disponen de ella a su antojo, y solo le queda «sufrir y callar»¹²⁷.

La carta del día 12 vuelve a ocuparse de lo ocurrido el 2. Fíjese el lector en la lírica comparación final entre el Paseo del Prado antes y ahora:

«El día 2 fue terrible en las calles, sólo dicen que han sido más de cinco mil personas las que han muerto. Al día siguiente en el Prado fueron las ejecuciones y estas no se sabe el número de los arcabuceados de toda especie: curas, frailes, en fin, todos los que tenían armas hasta un cortaplumas era bastante para sufrir esta pena. De modo que el paseo más divertido ha quedado ahora teñido de sangre humana»¹²⁸.

Ni la condesa ni su círculo esperaban que Napoleón fuese a quedarse con el trono. Ya hemos visto que pudieron temerlo en algún momento, pero no debió parecerles probable que se pudiera jugar así con la Corona¹²⁹. Hay que ponerse en el lugar de una dama de la alta nobleza, tantos años embajadora consorte de la Monarquía Hispánica, que había crecido en el supuesto inmovilismo del Antiguo Régimen y que, hasta meses antes, por muy grave que fuera la crisis internacional, creía vivir en una de las potencias europeas («es difícil poder imaginar las vueltas y variaciones que ha habido y que aún a las que los hemos visto nos han vuelto la cabeza»¹³⁰).

126. En similares circunstancias salieron de Madrid otras damas nobles. Estas son las palabras al respecto de lady Holland sobre la duquesa de Osuna y la marquesa de Ariza: «La duquesa de Osuna (...) abandonó Madrid la misma noche en que se supo que los franceses habían roto las líneas defensivas españolas de Somosierra, lo hizo en compañía de sus tres hijas, nueve nietos, la esposa del general Peña y otros amigos, sin equipaje, ni siquiera ropa de repuesto. La plata y todas sus otras valiosas pertenencias quedaron a merced del enemigo»; «Madame d'Ariza (...) ¡Pobre señora! Huyó con su hermana y su hijo, el joven duque de Berwick, precipitadamente, sin recoger incluso lo más necesario o imprescindible. Muchas de sus joyas y toda la plata quedaron abandonadas» (HOLLAND, Elizabeth, *The Spanish Journal of Elizabeth, lady Holland*, London, Earl of Ilchester, 1910, pp. 261-263).

127. 8-V-1808 y 12-V-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

128. 12-V-1808 (*Ibid.*). Otro testigo describe Madrid como una ciudad fantasma: «Ni se oyen campanas, ni andan coches por las calles, ni se ven portales, tiendas, fondas, iglesias, ni cafés abiertos, pues todo está cerrado. Las gentes decentes no salen y solo los de medio pelo y medio carácter andan por las calles, y mujeres de todas clases pero con semblantes tristes y melancólicos» (*Aranjuez, 13 de marzo...*).

129. Cotejémoslo de nuevo con otro texto de aquel año: «Todo se pensaba, todo se imaginaba; y vagando siempre, y todos buscando o lo justo o lo verosímil, nadie pudo acercarse sin horror a las ideas abominables. Nadie observó el pecho de Napoleón hinchado de negra perfidia» (*Manifiesto imparcial y exacto...*, p. 6).

130. 16-V-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

Se pensaba que los franceses querían devolver a Carlos IV al trono: «ahora se asegura que vuelven a mandar los antiguos pues han protestado contra la dimisión forzada que hizo. Del mozo R[ey] nada se habla. Ahora gobiernan la Junta y Murat o Príncipe de Berg»¹³¹. Con la toma francesa del poder se confirmaban los peores presagios, definitivamente «se ha rasgado el velo y está todo claro, pero opuesto a todo lo que esperábamos»¹³².

La situación de Madrid y los madrileños es peor que complicada. Los vales «a ningún precio se pueden cambiar, pues no tienen ningún valor». La ya mencionada amiga de la condesa (la marquesa de la Mejorada) «es la más desgraciada y la más pobre»¹³³. Los sueldos y pensiones se habían suspendido, en julio escribe que «habrá más de 3 meses que a nadie viene un cuarto», mucha gente está «vendiendo para comer cosas de su casa, lo mismo sucede a infinitas gentes que viven de sus sueldos y es un dolor»¹³⁴. Del 14 de julio es la última instantánea de las miserias de Madrid que tenemos de la misma mano¹³⁵:

«Todos se deshacen de plata y alhajas para comer, y en lo primero se pierde dos o tres de peso y no hay quien lo quiera. Se asegura que pasan de 6 mil familias que están sin el menor recurso para vivir. Considérese como estarán las calles de personas que solo viven de caridad pública. Esto sucederá a todos si el señor no lo remedia pues todo lo que son fondos se concluyen si no se renuevan y solo se saca»¹³⁶.

Temerosa de sufrir represalias, las cartas están escritas con cada vez más precaución, con frases en clave y sin nombres, sólo iniciales; no podía ser de otra manera para «los sabedores de lo que no se puede escribir»¹³⁷. Al narrar el ba-

131. 12-V-1808 (*Ibid.*)

132. 16-V-1808 (*Ibid.*)

133. 12-V-1808 (*Ibid.*)

134. [sin día] de julio de 1808 (*Ibid.*)

135. Abundan los testimonios de la dramática situación que vivían los habitantes de las ciudades españolas, especialmente los de la capital, en cuyas calles y plazas –según la *Historia razonada* de Carnicero – había «tantos pobres» que no se podía «andar por ellas» (Cit. por ESDAILE, Charles, *La Guerra de la Independencia...*, p. 317). Incluso se resintió la vida de la élite, solo hay que leer estas palabras del propio José I en 1812 pidiéndole dinero a su hermano: «Sire: Mi posición ha empeorado (...) hoy estoy reducido a Madrid; estoy rodeado de la más terrible miseria; no veo en derredor mío más que desgraciados; mis principales funcionarios están reducidos a no tener fuego en casa; todo lo he dado, todo lo he empeñado; yo mismo estoy cerca de la miseria» (Cit. por MOLINER PRADA, Antonio, «La España josefina: los afrancesados», *Revista de Historia Militar*, n.º LII (2008), p. 44).

136. 14-VII-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

137. «Si yo pudiese decir a V. todo lo que sé y lo que pasa, me parece que V. mismo opinaría conmigo» (8-V-1808. *Ibid.*)

ño de sangre del día 2, consciente de que las cartas se abren, teme que «si esta se lee como todas, no pase»¹³⁸. No es recomendable escribir y las confesiones solo pueden ser en persona («de silla a silla»¹³⁹). En los meses siguientes muchas cartas se pierden, María Esclavitud sufre porque no tiene noticias de los suyos («el señor aquiete todo pues así no se puede vivir ni saber de nadie»¹⁴⁰).

Madrid no era seguro. A principios de mayo la condesa había dejado la capital para irse primero a la Alcarria, luego a Barajas y finalmente a un punto alejado de la capital a unas 60 leguas que ya no especifica («no digo el sitio porque en estos tiempos no conviene que se sepa»). En julio firmará como «el mismo amigo» haciéndose pasar por un hombre¹⁴¹.

Desoyendo los consejos de su madrastra, Camilo Gutiérrez de los Ríos dejó Italia y volvió a París. No podía resistirse a la vida social y las diversiones que la capital francesa le ofrecía. Enfadada con él, pero resignada, la condesa le pide que al menos no contacte con ninguno de los miembros de la comitiva de los reyes padres, con los que no quería que relacionasen a Camilo (ni a nadie de su familia)¹⁴².

José I y la tentación del afrancesamiento

Como se ha dicho, Camilo Gutiérrez de los Ríos estaba empleado en la administración española, pero disfrutaba de un permiso. Según se acerca el momento de reincorporarse a su puesto, parece que contempla la idea de volver a Madrid. Su madrastra intenta disuadirlo haciéndole ver que la situación es peligrosa y que además hay un vacío de poder que haría inútil su esfuerzo: «En las circunstancias no tiene V. jefe ni pequeño ni grande, todos están en el mismo caso lo mismo Martín que el de Campo de Alange, todos iguales»¹⁴³.

Tras el 2 de mayo, el panorama se esclarece aún más («no se engañe V. en sus cálculos, no hay que contar con empleo ninguno hasta que todo se establezca nuevamente»). Como patrona y valedora de Camilo, la condesa le insiste en que no vuelva a España hasta que ella no pueda hacer ciertas gestiones:

«Lo que sí le digo a V. es que por ahora es imposible el venir a España pues, hasta que esto se ponga corriente y pueda yo ver si acaso queda V. con lo que tenía o sin nada, es imposible que se tome un partido, y se expondría V. que

138. 8-V-1808 (*Ibid.*)

139. 16-V-1808 (*Ibid.*)

140. 2-VI-1808 (*Ibid.*)

141. 5-VII-1808 (*Ibid.*)

142. Se lo pide en las cartas del 16 y el 30-V-1808 (*Ibid.*)

143. 2-V-1808 (*Ibid.*)

al día siguiente de su llegada le hiciesen ir a la secretaría a servir si acaso no es V. de los reformados»¹⁴⁴.

Después de las abdicaciones de Bayona, Carlos, el conde de Fernán Núñez, acató a José I y estuvo incluso en las Cortes de Bayona¹⁴⁵ (aunque la propia condesa sabía que no era allí donde no se tomaban las decisiones¹⁴⁶). Como partidarios del nuevo rey, los Fernán Núñez tenían oportunidades y obligaciones en la administración josefina. La nueva situación genera un consejo opuesto a los anteriores, Camilo tenía que dejar París y presentarse en Madrid: «no puede ser el que V. se quede mucho tiempo en esa pues según mis noticias todos los que están empleados aquí deberán volver a ocupar sus plazas»¹⁴⁷. Camilo duda qué hacer, pero su madrastra insiste: «en cuanto a la pregunta de lo que V. deberá hacer cuando se halle con carta para llamarle poco tiene que pensar, pues debe ser el obedecer y no dar lugar a quedarse sin empleo»¹⁴⁸.

El 28 de junio, el conde de Fernán Núñez ofreció a su hermanastro Camilo un puesto diplomático («reemplazar a Santibáñez»¹⁴⁹). Pero las circunstancias mudaban frenéticamente. El conde estaba a punto de cambiarse de bando, junto a todos sus hermanos, y la condesa madre aconsejaba ahora a Camilo que no aceptase el puesto ni acatase a un rey al que nadie quería:

«Digo que en los tiempos del día es difícil poder acertar un partido que pueda ser bueno (...) Debo decir que no entro ni salgo en el particular, pues la cosa puede salir bien, pero si esto no sucede como se cree, está V. perdido y sin poder volver a ver a los ausentes (...) En el día el mismo que le propuso a V. [el conde de Fernán Núñez] está en vísperas de buscar la maleta y de abandonar todo. L[uis] hace lo mismo y F[rancisco] también. Visto esto me parece que hay que pensar en determinar V., pues eso es estar en las astas del toro y haberse decidido por el que está aún lejos de los corazones de aquí»¹⁵⁰.

144. 16-V-1808 (*Ibid.*). A lo largo de toda la correspondencia, María había intentado que Camilo permaneciese en Italia, lejos de los peligros de París y Madrid. Este había desoído los consejos de su madrastra y había viajado a París. La detención de Camilo en Francia acabaría dando la razón a la condesa.

145. «De Carlos tengo noticias, está mejor de lo que ha estado de salud, ahora tiene que detenerse para la Junta que debe haber el 19 de este en aquella ciudad. Medinaceli, que llegó aquí uno de estos días, tiene que volver allá para lo mismo» (2-VI-1808. *Ibid.*)

146. «De C[arlos] tengo cada correo noticias pero nada me puede adelantar ni aclarar, pues de allí no influye el aire que puede aclarar las nubes» (27 de junio de 1808. *Ibid.*).

147. 9-VI-1808 (*Ibid.*)

148. 27-VI-1808 (*Ibid.*)

149. El josefino Ángel Santibáñez Barros, en 1808 era ministro plenipotenciario de España en EEUU y fue destinado a Francia (*Fichoz*, nº 003967).

150. 5-VII-1808 (CARAN, F7, 6.517b). José I fue recibido fríamente por los madrileños. El conde Miot de Melito, amigo y consejero del rey reconoció —como muchos otros testigos— «el silencio y la actitud desdenosa de los habitantes de Madrid» (Cit. por ESDAILE, Charles, *La Guerra de la Independencia...*, p.107).

Efectivamente, el conde de Fernán Núñez se pasó al bando fernandino. Su afrancesamiento y su condición de vocal del Estatuto bonapartista son lógicos si tenemos en cuenta que estaba en Bayona durante las abdicaciones; no tenía otra opción. Ya en 1808, los franceses le confiscaron sus bienes¹⁵¹. Ese mismo año, Camilo Gutiérrez de los Ríos se negó a jurar a José I en Francia y fue hecho prisionero en Vincennes¹⁵².

Aunque la correspondencia localizada finaliza el 21 de julio de 1808, podemos suponer la desazón que acompañaría a la condesa en lo poco que le quedaba de vida. En sus últimas cartas se mantiene –si no se acentúa– su espíritu melancólico (que dice que ni «aún con opio» podría curarse), oprimido («es menester ejecutar lo propio y tragarse las palabras con lo cual se padece mucho de indigestiones, que no se quitan con ayudas»¹⁵³) y pesimista con tintes apocalípticos («Dios aplaque su ira pues tiempos peores no se han conocido»¹⁵⁴).

Las últimas cartas que tenemos son inquietantes. El excesivo uso de claves las hace confusas. Parece en todo caso que la autora sabe que se está fraguando la resistencia contra José I y que la apoya. El 30 de junio dice no haber tenido nunca «más gana de decir proverbios», por lo que deja caer un «Antón pirulero, o me la pegas... o te la pego», que cierra con un «en esto se está»¹⁵⁵. El 5 de julio, con José I camino de Madrid, parece hablar del nuevo monarca al referirse a alguien que «no sé si escapará de aquí, pues son tales los insultos que recibe y pedradas que no le puede quedar otro partido que el irse bien lejos»¹⁵⁶. Ella sabe que sus cartas son difíciles de entender para su hijastro («no sé si algo se comprenderá por allá»). Mucho más claro es este pasaje en el que demuestra su malestar y el de sus allegados con el nuevo rey, y la esperanza de que las cosas cambien:

151. Carlos sirvió en varios puestos de confianza a los fernandinos y a Fernando VII. Fue embajador de España en Inglaterra entre 1813 y 1814, enviado español en el congreso de Viena en 1814 y embajador en Francia desde 1817 hasta su muerte en 1822. Como hombre de confianza del rey, fue nombrado gentilhombre de Cámara (*Fichoz*, n° 020403).

152. Poco después de ser liberado, volvió a ser apresado, esta vez en Pierre Châtel. Desde allí dirigió a las autoridades la memoria justificativa recogida por Moral-Fatio en el artículo citado. Tras el regreso de Fernando VII, Camilo continuó su carrera al servicio de la administración española, pero fuera de España. En los años siguientes acumuló honores y ocupó puestos diplomáticos en diversas embajadas europeas hasta ser ministro plenipotenciario en Prusia (*Fichoz*, n° 011122).

153. 14-VII-1808 (CARAN, F7, 6.517b).

154. 23-VI-1808 (*Ibid.*)

155. 30-VI-1808 (*Ibid.*)

156. 5-VII-1808 (*Ibid.*)

«Esto podrá calmar la tristeza de que todos estamos poseídos con la venida del que no se deseaba (...) la tortilla se va a voltear muy pronto. Este a su llegada ha sido muy insultado de todos y le irá poco bien (...) Se esperan muchos huéspedes en esta del sitio donde está Ángel, donde está guerrero, el país de C[arlos], en fin, de todas partes donde hay noticias y siendo así el enfermo se curará...»¹⁵⁷.

Conclusiones

Los hechos posteriores son bien conocidos: la llamada Guerra de la Independencia, la Restauración de Fernando VII, etc. Pero poco más pudo vivir María Esclavitud Sarmiento Quiñones, antigua condesa de Fernán Núñez, que falleció en 1810.

Gracias a su correspondencia, que el devenir de la Historia llevó a los Archivos Nacionales de París, hemos encontrado un nuevo testimonio sobre lo sucedido en Madrid entre febrero y julio de 1808. A lo largo de las cuarenta y tres cartas hay noticias de los más importantes hechos de aquellas fechas: la llegada de los franceses a Madrid, el Motín de Aranjuez, la prisión de Godoy, la abdicación y posterior renuncia de Carlos IV, el desorden público, la entrada de Fernando VII en la capital, el Dos de mayo, el viaje de Fernando VII a Bayona y la llegada de José I.

Los historiadores sabemos lo que pasó finalmente, pero es interesante conocer las alternativas a los hechos, lo que los españoles esperaban, deseaban o temían. Esa intrahistoria, plagada de especulaciones y rumores, enriquece enormemente la visión de conjunto. La pluma de María Esclavitud recogió las elucubraciones sobre las verdaderas intenciones de los franceses, el amor al nuevo monarca, la disposición general a derramar sangre por él, las dudas sobre su viaje y la nula popularidad de José I. Nunca, y menos en periodos como este, hay que subestimar –sea cierto o no– la importancia del rumor: fueron las habladurías sobre Godoy y la reina las que minaron el prestigio de Carlos IV, se atribuye a las hablillas sobre la partida de los reyes a América un gran protagonismo en el Motín de Aranjuez, y fue también el boca a boca el que hizo cundir la noticia de que los franceses se llevaban a Francisco de Paula el Dos de Mayo.

No menos interesantes son los asuntos que conciernen a la familia y las amistades de la condesa. Estos pasajes tienen un cariz político, pero también social. Los avatares de la amiga de María, la marquesa de la Mejorada manifiestan las dificultades que atravesaron los partidarios de Godoy. Estos quedaron

157. 21-VII-1808 (*Ibid.*)

en una situación tan delicada bajo el breve primer reinado de Fernando VII, que no es de extrañar que muchos de ellos jurasen obediencia a José I.

El devenir del primogénito de la condesa viuda, el conde de Fernán Núñez (primero exiliado, después escogido por Fernando para ir con él a Bayona, luego obligado a asistir a las Cortes josefinas y finalmente proscrito por los franceses por cambiar de bando), nos acerca los problemas de la clase política para tomar –por indecisión o por el imperativo de las circunstancias– un partido definido. El día 19 de marzo se había abierto un horizonte de posibilidades para el conde y su familia, pero días más tarde se vieron zarandeados por los acontecimientos políticos y obligados –como tantos de sus coetáneos– a improvisar, escogiendo –según el momento– el mal menor.

Por su parte, la biografía de Camilo Gutiérrez de los Ríos es digna de un estudio en profundidad: pasó de hijo natural a legítimo; y de ahí a miembro de la administración borbónica. García de León y Pizarro lo consideraba un extranjero, pero fue fiel a la causa llamada «patriota» y hecho prisionero por tal motivo. El estudio pormenorizado de su interesante carrera ya está en curso.

Por último, en los testimonios autobiográficos de María Esclavitud apreciamos el desasosiego de la élite madrileña: asustada por la violencia de las calles, invadida en sus propios hogares por los generales franceses, arruinada y obligada a escoger entre uno u otro bando. No podemos obviar al papel de la condesa como sujeto activo de esta historia, no en vano es la autora de las cartas. Como habrá podido comprobar el lector, su visión no es la de una señora aislada en su torre de cristal, sino la de una mujer relacionada con buena parte de la alta sociedad madrileña, sensible a los dictados de la opinión pública, y preocupada por saber lo que está pasando en su entorno y por buscar explicaciones y soluciones para el derrumbamiento del mundo que llevaba habitando toda su vida.

El Espectador sevillano de Alberto Lista (1809).

¿Un discurso revolucionario?

Alberto Lista's *El Espectador sevillano* (1809).

An Example of Revolutionary Discourse?

Claude Morange

Université de Paris III-Sorbonne Nouvelle

Recibido: 18-X-2011

Aceptado: 28-III-2012

Resumen

El Espectador sevillano, redactado por Alberto Lista, se publicó en Sevilla del 2 de octubre de 1809 al 29 de enero de 1810. Aunque se trata de uno de los periódicos más importantes del momento, se le ha estudiado poco. Redactado en la ciudad que, por las circunstancias bélicas, había pasado a ser capital de la España libre, ofrece una exposición sistemática de los fundamentos de la doctrina política liberal, que se plasmarían algunos meses después en la Constitución de Cádiz. En estas breves reflexiones, se trata de situar la publicación en el complejo e intenso debate de ideas de que fue entonces teatro Sevilla, para tratar de determinar hasta qué punto puede calificarse de revolucionario el pensamiento del Lista de 1809.

Palabras clave: Prensa, Sevilla, Liberalismo, Revolución, Constitución.

Abstract

El Espectador sevillano is a journal that was edited by Alberto Lista between 1809 (2 October) and 1810 (29 January). It happened to be published in Seville for the town had just become the capital city of unoccupied Spain. *El Espectador sevillano* provides us with a systematic account of the fundaments of political liberalism as a doctrine that led to the writing of the Constitution of Cadiz a few months after the termination of the journal. However little attention has been paid to *El Espectador sevillano* despite it is being one of the most political influential journals at that time. In this paper, we fill in this research gap by locating *El Espectador sevillano* within the complexity of the

vibrant political debate that took place in Seville during this period, in order to assess to what extent Lista's thinking in 1809 can be labelled as revolutionary.

Keywords: Press, Seville, Liberalism, Revolution, Constitution.

El Espectador sevillano, que redactó Alberto Lista del 2 de octubre de 1809 al 29 de enero de 1810, es una de las publicaciones más importantes de aquel período y, sorprendentemente, una de las menos estudiadas. Hasta hace poco solo le habían dedicado algunas páginas M. Gómez Imaz¹, H. Juretschke², A. Elorza³ y D. Martínez Torrón⁴. Pero, últimamente, ha llegado a mis manos un artículo de Jean-Baptiste Busaall⁵ que me ha sido muy útil en la elaboración de mi propia reflexión. Su autor, a fuer de especialista en derecho constitucional, estudia sobre todo las ideas de Lista en materia de Cortes y Constitución. Mi propio enfoque va a ser algo distinto. No pudiendo, en el breve espacio de que dispongo, ofrecer un estudio pormenorizado de las 476 páginas, muy densas, del *Espectador*, empezaré por situarlo en su circunstancia, para tratar luego de responder a esta sencilla pregunta: ¿hasta qué punto puede calificarse de revolucionario el discurso de Lista en aquel momento?

La publicación del *Espectador sevillano* se sitúa en el contexto del intenso debate político que se desarrolló en la España de 1809, en torno a la forma que había de darse a las futuras instituciones, para que la lucha por la independencia de la nación fuese inseparable de una reforma institucional que hiciese imposible la vuelta del odiado régimen político anterior. Esto, al menos querían los partidarios de la reforma. El debate se aceleró a partir

1. GÓMEZ IMAZ, M., *Los Periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1910, pp. 135-141.
2. JURETSCHKE, H., *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, Escuela de Historia Moderna, 1951, pp. 52-57. El autor no se detiene mucho en el estudio del *Espectador sevillano*. Pero lo suficiente para cometer un error, al afirmar que todo partió de una solitud de Mariano Carnerero, lamentable confusión que procede de no haber consultado los documentos, sino solo el *Índice de los papeles de la Junta Central*, en el que se enumeran sin solución de continuidad varios expedientes que no tienen ninguna relación entre sí. ¡Luego se sorprende de no encontrar en el periódico las firmas de los que solicitaron el permiso! El error ha sido repetido, rutinariamente, por varios autores.
3. ELORZA, Antonio, «La Ideología moderada en el Trienio liberal», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 288 (1974), reproducido en *La Modernización política en España*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 146-153. A pesar de su brevedad, este análisis sitúa perfectamente la importancia de las ideas de Lista en la génesis del moderantismo político.
4. MARTÍNEZ TORRÓN, D., *Ideología y literatura en Alberto Lista*, Sevilla, Alfar, 1993, pp. 217-230. El autor analiza más detenidamente que sus predecesores el contenido del *Espectador sevillano*, pero reproduce los mencionados errores de Juretschke, a los que añade algunos más.
5. BUSAALL, Jean-Baptiste, «Alberto Lista y el debate constitucional sobre Cortes (Sevilla, 1809)», en ALBEROLA, Armando y LARRIBA, Elisabel (eds.), *Las élites y la revolución de España (1808-1814)*, Alicante – Aix-en Provence, Universidad de Alicante-Université de Provence-Casa de Velázquez, 2010, pp. 169-186. En 1997, R. RICO LINAJE anunció un estudio sobre *El Espectador sevillano*, en «Constitución, Cortes y opinión pública: Sevilla, 1809», *Anuario de Historia del Derecho Español*, n° LXVII (1997), p. 816. No sé si llegó a publicarlo, pero no lo he visto.

de la conocida propuesta de Lorenzo Calvo a la Junta central en abril, de la publicación del decreto de 22 de mayo y de la puesta en marcha de la famosa «Consulta al país», la primera de cuyas preguntas se refería al «modo, número y clase con que, atendidas las circunstancias del tiempo presente, se ha de verificar la concurrencia a las Cortes», así como, ambigüamente, a «los medios para asegurar la observancia de las leyes fundamentales del Reino». Todo ello ha sido analizado ya por varios historiadores, lo que me exime de volver a referir la compleja y a veces caótica historia de los debates que se suceden en Sevilla, desde la creación de la Comisión de Cortes hasta la disolución de la Junta central, en una ciudad que, por las circunstancias de la guerra, se había convertido de hecho en la capital de la España libre, como recordaría Argüelles, años más tarde, resaltando la extraordinaria intensidad de la batalla de ideas de que fue entonces teatro la capital hispalense:

«En poco tiempo se reunió en Sevilla un número increíble de escritores de todas clases y denominaciones. Cuerpos científicos y literarios, sabios, eruditos, hombres públicos, personas notables en todas profesiones y categorías, todos se apresuraron a dirigir al gobierno el fruto de sus meditaciones y teorías»⁶.

En este contexto de agudización de la crisis política y bélica y de intensificación del debate ideológico, Lista lanza el proyecto ambicioso de publicar, por entregas diarias de 4 páginas in-4º, una exposición sistemática de «los grandes principios en que se funda la libertad política y civil de los pueblos», que él mismo calificará al final, de pequeño «tratado de conocimientos exactos en esta materia»⁷, como contribución al debate del que debían salir decisiones de gran alcance para el futuro del país.

De las circunstancias concretas en que se concibió y llevó a cabo el proyecto, sabemos muy poco. Nos ayudaría mucho saber si se trató de una iniciativa personal de Lista, o si fue éste el portavoz oficioso de un grupo. En opinión de Gómez Imaz, fueron los partidarios de la convocatoria de las Cortes los que se valieron de Lista para preparar la opinión pública y familiarizarla con la teoría constitucional:

«Cuando, en el seno de ella [la Junta central], comenzó a tratarse la ardua cuestión de convocatoria de Cortes, en que se dividió la opinión de los vocales, [...] los individuos de la Junta, que deseaban las Cortes, con objeto de explorar la opinión pública, preparar los ánimos y dar a conocer la teoría constitucional, valiéronse de Lista, para que su hábil pluma allanase tales

6. ARGÜELLES, A., *Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales y extraordinarias* [London, 1835], Madrid, Iter, 1970, p. 85.

7. *El Espectador Sevillano*, n° 116, 26-I-1810.

propósitos, para lo cual publicó, de acuerdo con aquéllos, *El Espectador sevillano*, que vino a ser en cierto modo órgano encubierto del Gobierno»⁸.

Ya he señalado en otra parte que no es lo mismo leer «los individuos de la Junta, que deseaban las Cortes» que «los individuos de la Junta que deseaban las Cortes». ¡Importancia de una coma! Nadie ignora, en efecto, que no había unanimidad en la Junta central sobre la cuestión capital de la reunión de Cortes y forma de convocarlas. Durante meses, se desarrolló sobre el tema una batalla encarnizada entre conservadores, reformadores y progresistas (categorías, por otra parte, muy indefinidas). Encasillar a los centrales en tal o cual categoría raya en lo absurdo cuando Juretschke, por ejemplo, escribe que el periódico de Lista era «un órgano oficioso de la Junta, creado para difundir las ideas de reformas moderadas, tal como las propugnaba entonces Jovellanos»⁹, porque la contradicción está en los mismos términos: si *El Espectador sevillano* estaba destinado a difundir las ideas de Jovellanos, no podía ser el órgano, oficioso o no, de toda la Junta. Sin embargo, de estas premisas se han sacado dos consecuencias: 1. El periódico sería una continuación del *Semanario patriótico*; 2. Expresaría el punto de vista del sector moderado de la Junta central.

Por lo que hace a la primera afirmación, la cuestión no es nada sencilla, porque sabemos muy poco de las relaciones de Lista con la famosa «Junta chica» que se reunía en torno a Quintana, de su colaboración en la segunda época del *Semanario*¹⁰, y de las circunstancias en que desapareció éste. Aparte de la nota final, en que los redactores proclamaron con cierta solemnidad y contenida indignación que preferían interrumpir la publicación a renunciar a su libertad de expresión, disponemos de tres testimonios contemporáneos, no del todo coincidentes: los de Blanco (en *El Español*), de Jovellanos (en la *Memoria en defensa de la Junta central* y en una carta a lord Holland) y de Quintana (en la memoria que redactó durante su encierro en la ciudadela de Pamplona)¹¹. El primero, año y medio después de los acontecimientos, refirió la historia del *Semanario*¹²: la tertulia de Quintana en Madrid, la creación

8. GÓMEZ IMAZ, M., *Los Periódicos...*, p. 138.

9. JURETSCHKE, H., *Vida, obra y pensamiento...*, p. 54.

10. Lista participó muy poco en la redacción del *Semanario*. Blanco afirma que solo un artículo del último número es suyo. Sin embargo, A. Garnica opina que colaboró en los números XXVIII a XXXII, para sustituir a Antillón (estudio preliminar a la reedición del *Semanario*, en BLANCO-WHITE, José, *Obras completas – Periódicos políticos*, t. I, Granada, Almed, 2005).

11. Memoria que se publicó más tarde en QUINTANA, Manuel José, *Obras inéditas*, Madrid, Medina y Navarro, 1872.

12. «Tercera época del *Semanario Patriótico*», *El Español*, t. II, n° X, 30-I-1811.

del *Semanario*, su considerable éxito, la huida a Sevilla, el nombramiento de Quintana de primer oficial de la Secretaría, las reuniones de los amigos en la llamada «Junta chica», el restablecimiento del *Semanario*, con Blanco y Antillón a la cabeza, el disgusto de algunos centrales al ver que los redactores criticaban veladamente al gobierno y, finalmente, las insinuaciones que se les hizo para que cambiaran de rumbo. Según Blanco, el nombramiento de Antillón de redactor de la *Gazeta*, con la condición explícita de que *no había de tener parte alguna en el Semanario*, fue uno de los medios de que se valieron sus enemigos para acabar con el *Semanario*. Afortunadamente, se ofreció Lista a suplir a Antillón:

«Ofrecióse generosamente a ayudarme uno de mis mejores y primeros amigos, D. Alberto Lista, conocido en Sevilla por su gran saber en las ciencias matemáticas y por su vasta erudición en todo género de lectura, que después dio a luz *El Espectador sevillano*, y de quien no hay más producción en el *Semanario* que el excelente discurso que, bajo el nombre de *Variedades*, se puso en el número XXXII, con que concluyó la segunda época».

Luego —explica Blanco—, como vieron los centrales que seguía publicándose el periódico, le pidieron a Quintana (que hacía de censor) que prohibiera la parte política, esperando conseguir con ello que «el papel iría perdiendo el concepto que tenía». Por lo que Blanco, decidido «a hacer entender a todos» lo que estaba realmente pasando, redactó el famoso «Aviso» en el que anunciaba a los lectores el final de la publicación. Es interesante, para nuestro tema, lo que escribe a continuación:

«Yo estoy satisfecho de haber hecho un servicio a España en haber contribuido así a que conociese bajo qué especie de gobierno se hallaba; pero mucho más de haber logrado que la Junta escarmentase para no proceder del mismo modo en semejantes casos. De esto tengo una prueba indudable en *El Espectador sevillano*, que se publicó poco después en Sevilla. Aunque empezó con cautela, fue por grados tomando atrevimiento, de modo que dijo al público verdades más fuertes que cuantas había dicho el *Semanario*».

Vemos, pues, que Blanco consideraba *El Espectador sevillano* como una especie de continuación del *Semanario*, en cuanto a orientación ideológica, e incluso, que el diario de Lista había sido más radical. Primer elemento de respuesta a la pregunta inicial.

Las dos versiones que ofreció Jovellanos son algo distintas de la de Blanco. La primera es una respuesta a lord Holland, quien se había «escandalizado» de la «prohibición» del *Semanario*:

«Usted está escandalizado con la prohibición del *Semanario patriótico*, y yo no menos, aunque no es cierto. Una noche, en sesión muy reducida, y ausentes los que pudieran resistir cualquier idea intolerante, se delataron algunas

indiscreciones del papel, y acordó indicar a los autores más moderación. Picáronse; tomaron el partido de cesar; lo anunciaron de un modo poco discreto, y esto ha producido al público mucho disgusto contra el gobierno. Trátase de remediarlo» (Carta de 12-IX-1809)

La segunda, en la llamada *Memoria en defensa de la Junta central*, es posiblemente una respuesta al citado texto de Blanco¹³. Refiere el incidente, teniendo buen cuidado de subrayar que él no estaba presente en la sesión en que se tomó la decisión, y cómo Garay, para acallar las quejas, ofreció hablar con los redactores. Sin embargo, aun saludando el talento y celo de los redactores, condena de nuevo su conducta y añade:

«Comoquiera que sea, la gran mayoría de la Junta no desmintió sus principios, y continuó protegiendo la libertad de escribir, y si fuese preciso alegar de esto algún ejemplo o prueba, me bastará citar al *Espectador sevillano*, escrito por uno de los que trabajaban para el *Semanario*, y que empezó a publicarse en 1º de octubre [en realidad, el 2], y al *Voto de la nación*, que se anunció más adelante, protegido y señaladamente fomentado por nuestra Comisión de Cortes».

El texto se ha citado para demostrar que tanto uno como otro periódico se publicaron con el apoyo de la Junta central. Lectura algo precipitada. En rigor, si bien se mira, dice lo contrario. Porque subrayar que *El Voto de la nación* salió «protegido y fomentado» por la Comisión de Cortes¹⁴, equivale a decir que no pasó igual con *El Espectador sevillano*. De no ser así, Jovellanos los hubiese incluido a los dos en el mismo enunciado. Añadiré dos datos que no parecen haber llamado la atención: 1º. *El Voto de la nación* salió de la Imprenta real, lo que confirma su carácter semi-oficial, mientras que *El Espectador sevillano* se imprimió por un taller privado. 2º. El primero se interrumpió cuando la Junta central anunció su salida de Sevilla (el último número se publicó el 17 de enero de 1810), mientras que la publicación del *Espectador sevillano* continuó hasta la entrada de los Franceses en la ciudad, lo que sugiere que no dependía de la Junta central.

V. Llorens opina que lo que disgustó al partido opuesto a la reforma fueron algunos artículos del *Semanario*, en los que veladamente se atacaba a la

13. Blanco no podía conocer la *Memoria*, que aún no se había publicado. En cambio, Jovellanos pudo tener noticia del artículo de Blanco a través de lord Holland.

14. Véase, en efecto, AHN, Estado, 22-E y Consejos, 11991-19: «La Junta suprema gubernativa del reino, convencida de la utilidad que puede producir en las actuales circunstancias la publicación del periódico intitulado *El Voto de la nación española*, de que son redactores D. Josef Luzuriaga y D. Juan de la Madrid, residentes en esta ciudad, se ha servido aprobarlo y resolver que todo cuanto se inserte en él pase previamente a censura de la Comisión de Cortes, con la cual se deberá imprimir sin otro requisito ni licencia. Sevilla, 10-XII-1809».

Junta central. Desde el n° XIV, habían proclamado enfáticamente los redactores que no estaban dispuestos a «ofrecer incienso sobre otro altar que el de la patria», es decir, que nunca serían un periódico gubernamental. Más adelante, el 11 de mayo, unas expresiones del artículo «Del egoísmo político» (n° XVI), se percibieron como inadmisibles indirectas. En ellas, se denunciaba «el furor del mando» de los políticos egoístas y la actitud de aquéllos que querían aplazar las reformas, invocando las urgencias de la guerra:

«Arrojemos, dicen, a los franceses; como si solo fueran los franceses los que nos abruman, como si el cerrar los caminos del mal gobierno que los trajo a España, nos distrajera de perseguirlos o templara el odio con que los aborrecemos. Arrojemos a los franceses; como si después de arrojarlos, estuviéramos seguros de ver establecer nuestros derechos en medio de la embriaguez del triunfo».

Ahora bien: uno de los que sostenían esta tesis era Jovellanos. De modo que una de dos: o Lista no estaba de acuerdo con su amigo Blanco, o me parece difícil calificarlo de jovellanista¹⁵, sin añadir a la calificación, cuando menos, algunos matices. El que, un año antes, Jovellanos le hubiese recomendado para la redacción del *Elogio de Floridablanca* no cambia nada. Existieron sin duda buenas relaciones entre ambos, de respeto y admiración por parte de Lista y, de parte del Asturiano, cierta consideración por las cualidades intelectuales del sacerdote sevillano. Pero éste, igual que sus amigos de la «Juntilla», no aprobaba el prudente reformismo posibilista de Jovellanos. Cuando vieron el texto del decreto de 22 de mayo, se llevaron una inmensa desilusión, que se expresa «sin reticencias ni veladuras», como ha subrayado Vicente Llorens, en las cartas que escriben en aquel momento Quintana y Blanco a lord Holland. El 26 de mayo, el primero confiesa al lord: «Después de tanto ruido ha salido el parto de los montes. Vergüenza me da que se diga que yo he andado en esto»¹⁶. Cuatro días después, concreta las acusaciones: Jovellanos es quien ha influido más que nadie «en la dilación del término asignado». El 30 de mayo, Blanco se desahoga, calificando a Jovellanos de «hombre que se niega a aceptar la opinión de la soberanía originaria del pueblo»:

«Todos sabemos la expectación que existía ante la promesa de una constitución; ya ve Vm. cuán cruelmente se nos ha engañado, pues así hay que decirlo, después del ambiguo decreto de la Junta. [...] ¿Cómo cree Vm. que va a

15. Me refiero al Jovellanos de aquel momento, porque nadie que haya leído un poco de cerca la multiforme obra del Asturiano puede ignorar que sus ideas fueron evolucionando o, según se mire, involucionando.

16. Cit. por MORENO ALONSO, M., «Principios políticos y razones personales para la reforma del Estado en España (1805-1840) (De la correspondencia inédita de M. J. Quintana con lord Holland)», *Revista de Estudios Políticos*, n° 70 (1990), p. 323.

preparar las Cortes una comisión de la que van a formar parte los máximos enemigos de nuestros derechos¹⁷, con la excepción de Jovellanos? ¡Qué débil barrera ésta frente a los intentos de tal partido! [...] El hombre que se niega a aceptar la opinión de la soberanía originaria del pueblo! Perdone, Milord, los sentimientos de mi corazón. Tengo el máximo respeto por el saber y las virtudes de un hombre tan honorable, pero no puedo confiar en él solo la defensa de nuestra libertad»¹⁸.

Como siempre en Blanco, el discurso es apasionado y vehemente. Pero el cargo era tan poco discutible que el mismo Jovellanos, un año después, reconocería que se había equivocado:

«Bien sé —escribiría a lord Holland el 18 de julio de 1810—, y ahora lo veo y toco más de cerca, que debí opinar por una época más breve para las Cortes; pero débeme disculpar el temor de que, celebradas entonces, hubieran divertido los ánimos del principal objeto de la guerra [...]».

Ahora bien, en *El Espectador*, encontramos un posible eco de esas polémicas. En el número 22, Lista denuncia «el error grosero de los que dicen que no debe tratarse de reformas hasta vencer y arrojar al enemigo de nuestro suelo», cuando está claro que afianzar la libertad, civil y política, es la mejor arma de que puede dotarse al pueblo para vencer al enemigo. Algunos artículos, incluso, podían interpretarse como veladas críticas a las restricciones a la libertad de expresión. Por ejemplo, una carta comunicada, cuyo autor se indignaba de que se considerara al pueblo español como menor de edad, pues se le ocultaban los reveses militares:

«Los papeles públicos, las cartas particulares y las conversaciones son los conductos por donde se informa del estado de la nación. ¿Será, pues, conveniente ocultarle los males de la patria o engañarle con noticias lisonjeras? No, pues será exponerlo a que pierda toda confianza» (nº 37, 7-XI-1809)

Lista y sus amigos veían que los centrales se mostraban reacios a reconocer la libertad de la prensa por medio de una ley, y no ignoraban que Jovellanos era partidario de esperar tiempos mejores para proclamarla. Hasta el punto de que lord Holland se lo reprochó en varias cartas¹⁹. Más tarde, en la *Memoria*

17. En efecto, el arzobispo de Laodicea, Rodrigo Riquelme y Francisco Javier Caro no eran muy partidarios de una revolución institucional.

18. LLORENS, Vicente, «Jovellanos y Blanco», en *Literatura, historia, política*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 97-98.

19. Jovellanos se defendió afirmando que no había libertad legal, pero sí de hecho: «No hay libertad legal de prensa; pero usted ve que la hay de hecho. Los periódicos se cruzan y todo el mundo los deja discurrir. Allá van esos números del *Espectador*; su autor, el presbítero don Alberto de Lista, autor de *Elogio de Floridablanca*, ya impreso, pero no publicado por falta de un retrato, que se graba en Valencia» (carta de 6-XII-1809).

en defensa de la Junta central, no ocultó su opinión al respecto, perfectamente resumida en esta frase: «No había entre nosotros quien no estuviese penetrado de la excelencia y necesidad de esta nueva ley, pero no tanto de su conveniencia momentánea»²⁰.

De todo ello se desprende que Lista y Blanco distaban mucho en aquel momento de compartir las ideas de Jovellanos. Veamos si el contenido del *Espectador sevillano* confirma esta hipótesis.

En los 19 primeros números, da la impresión de que Lista o bien no se atreve todavía a afirmar posturas demasiado marcadas (no olvidemos que *El Espectador sevillano* empieza su andadura un mes después de la cesación del *Semanario patriótico*), o no tiene materiales suficientes para llenar sus cuatro páginas con artículos doctrinales. Esto no le impide responder ya a una de las grandes preguntas del momento: ¿cuándo reunir las Cortes? A la carta de un gaditano, publicada en un periódico de Londres, en la que se aconsejaba esperar la expulsión del invasor, antes de reunir las Cortes, contesta Lista rotundamente: «La convocación de la representación nacional nunca será bastante pronta para nuestros votos». El «grito universal de la patria» es: una representación nacional, nombrada y elegida por los ciudadanos (nº 11, 12-X-1809).

A partir del número 20 (21-X), empieza a exponer algunos puntos básicos de la ciencia de la legislación, en forma de largos «discursos», repartidos en números sucesivos. El primero de ellos versa sobre «El espíritu de las naciones» (nº 20 a 22). Explica Lista que existe una relación directa entre el espíritu público de una nación y su constitución. En una monarquía templada, afirma,

«el ciudadano que participa en la legislación por medio de las elecciones y por la opinión pública, al mismo tiempo que manifiesta a sus magistrados aquella deferencia que les es debida, sabe mostrarles que él es una parte del gran todo, y que su opinión tiene derecho a ser atendida. Así, bajo el imperio del orden y de las leyes, conservan todos los ciudadanos la dignidad de hombres libres, y se establece el gran principio del *honor*, que no es otra cosa que la conciencia del mérito».

Recuerdo evidente de Montesquieu, para quien el honor era el gran principio de la monarquía. Sin embargo, se separa del autor de *De l'Esprit des lois*, al afirmar que «la situación geográfica de los pueblos puede influir en sus

20. JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Obras completas*, t. XI, *Escritos políticos*, ed. de I. Fernández Sarasola, Gijón, KRK-Ayuntamiento de Gijón-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2006, p. 541. El Asturiano recordaba que la mayoría de la Junta de Instrucción pública aprobó una memoria de José Isidoro Morales (gran amigo de Lista) favorable a la libertad de la imprenta, pero que no se elevó a la Junta central por falta de tiempo.

necesidades y pasiones físicas, pero no en las morales». Llama la atención la tonalidad moralizante de estos primeros discursos. En ellos, Lista trata de convencer al lector de que un «gobierno liberal» fomenta como naturalmente la virtud. Dibuja un cuadro idílico de dicho gobierno: todos procuran la felicidad de todos; reina la armonía social; se difunde la instrucción; circulan las luces y, gracias al control de la opinión pública, se mantiene «el orden con la mayor libertad posible»; y todos se someten a «la inexorable dominación de la virtud severa», etc. No parece sino que Lista está aplicando a la monarquía el atributo que según Montesquieu caracterizaba a la democracia, la virtud, como si su ideal fuera un régimen monárquico desde el punto de vista institucional, y republicano en cuanto a las mentalidades.

En España –añade Lista–, las tremendas consecuencias de 20 años de tiranía, precedidos por dos siglos de opresión van a hacer difícil el establecimiento de un gobierno liberal, por la falta de instrucción de los españoles en las materias políticas. De ahí la importancia de la labor de los publicistas. En la conclusión del artículo, rebate, ya abiertamente, los dos argumentos de los que quieren oponerse a la reforma institucional: por un lado, los que ensalzan la antigua legislación española como un modelo intangible; por otro, aquéllos que pretenden que primero hay que vencer al enemigo, y reformar las costumbres viciadas de los españoles. A los primeros, responde:

«No debemos mirar nuestra antigua legislación constitucional como un modelo, al cual obedecemos ciegamente, así como tampoco debemos enteramente abandonarla. Seamos justos e imparciales y, siguiendo los principios generales y primordiales del derecho natural, establezcamos la sociedad, si no sobre las basas que ha tenido en otra época, sobre las basas que ha debido tener en todas».

A los segundos, que es un «error grosero» no querer emprender las reformas hasta arrojar al enemigo, porque la conquista de la libertad civil y política es la mejor arma para vencer a los franceses.

En aquel momento, como es sabido, la cuestión central es la de la convocatoria de las Cortes. La elaboración de una constitución, aunque más fundamental para los futuros liberales, se considera cuestión no secundaria, pero sí supeditada a la reunión de la representación nacional. Pero existe una gran ambigüedad al respecto. Para los conservadores, se trata de reunir las Cortes en la forma tradicional, ante todo para designar una regencia, que pueda asumir el poder ejecutivo, durante la ausencia del rey. Para los partidarios del cambio, debería tratarse de un organismo nuevo o, al menos, profundamente renovado. Pero, entre las dos posturas, existe una gran cantidad de matices, y las opiniones se van modificando al filo de la batalla de ideas, según la

relación de fuerzas y, no lo olvidemos, en función de la situación, política y militar, por no decir nada de la influencia del aliado inglés. A partir del número 60, la exposición se hace más sistemática. Se presenta en la forma de un comentario a las *Observaciones sobre las Cortes de España y su organización*, opúsculo que José Canga Argüelles había publicado en septiembre, en Valencia²¹, como contribución a la «Consulta al país». El plan adoptado por Canga no seguía el orden de las preguntas de la Consulta. Se dividía en tres partes: unas observaciones sobre las Cortes antiguas de España; una impugnación de la Constitución de Bayona; y, finalmente, unas propuestas sobre la forma de la representación que convendría adoptar en el futuro para España. Lista tampoco siguió estrictamente el plan de Canga, sino que redactó un comentario a los principales puntos tocados por éste en la tercera parte de su folleto, que se fue transformando poco a poco en un pequeño tratado de derecho constitucional. Lo repartió en nueve «Questiones»: 1. «¿Las Cortes deben representar la nación dividida en clases, o deben representarla entera e indivisible? 2. En el caso de la representación por estamentos, ¿deberá reunirse en un solo cuerpo, o dividirse en dos cámaras? 3. ¿En qué proporción debe estar el número de representantes con la población general? 4. De las formas que deben observarse en las elecciones de diputados. 5. ¿Qué instrucciones deben llevar a las Cortes los diputados de la nación? 6. ¿Deberán quedar diputaciones de provincia después de la elección de los representantes? 7. ¿Cuál debe ser la autoridad de las Cortes? 8. ¿En qué épocas y bajo qué formas deberán renovarse las Cortes? ¿Cuándo deberán concluir sus sesiones? ¿Habrà facultad para juntarlas extraordinariamente? 9. ¿Cómo deberá formarse la diputación que ha de quedar después de disueltas las Cortes? ¿Y qué poderes se le deberán conferir? Como puede verse, este conjunto de preguntas abarca lo esencial de la problemática planteada por el proyecto de reunión de las Cortes, y constituye uno de los documentos más desarrollados que se produjeron en el marco de dicho debate. Lista profundizó mucho más que Canga en casi todos los puntos mencionados. Como contribución a esas discusiones, es pues un documento de primera importancia, y su extensión permite situar claramente el pensamiento de su autor en aquel momento.

Lista arranca claramente del principio básico del pensamiento rupturista, que serviría de punto de partida a la futura constitución de 1812: la soberanía

21. Se publicó sin el nombre del autor. La advertencia liminar lleva la fecha de 23-IX-1809. Lo ha estudiado Carmen GARCÍA MONERRIS en «La diversidad de proyectos políticos en el primer debate preconstitucional español: Canga Argüelles, Ribelles y Borrull en el contexto de la política valenciana», *Hispania*, XLII – I, n° 210 (2002), pp. 118-126.

reside en el pueblo. Cuando explica que no se puede confiar el poder ejecutivo a la representación nacional, se justifica de la siguiente manera:

«No se crea que por esto enervamos el gran principio de la soberanía del pueblo. Al contrario, lo proclamamos altamente a la faz de nuestra nación, a la faz de la Europa, del mundo entero (...) Consiste en que todo poder viene originariamente del pueblo; pero no en que el pueblo pueda ejercer indistintamente todos los poderes» (nº 79)

Lo mismo decía Flórez Estrada; lo mismo repetiría poco después *El Voto de la Nación*. En cambio, casi al mismo tiempo, Capmany no dudaba en afirmar que esta proposición era «un absurdo político»²², mientras que, como hemos visto, Jovellanos era, en opinión de Blanco «el hombre que se negaba a aceptar la opinión de la soberanía originaria del pueblo».

Una vez sentado el principio, quedaba por resolver la cuestión del cómo y del cuándo. En general, lo primero que hicieron cuantos tomaron cartas en el asunto fue volverse hacia el pasado. La referencia a la legislación tradicional se repite como una cantinela durante meses, como si dominara el miedo a una ruptura en la continuidad institucional. Iterativamente, se empieza por la necesidad de «restablecer» las leyes fundamentales del reino, y solo después se concede la posibilidad de «mejorarlas». Vale la pena, al respecto, volver a leer el decreto de creación de la Junta de Legislación y las «Instrucciones» que para ella redactó Jovellanos²³. La Junta debía recopilar las leyes fundamentales y, si acaso, proponer alguna reforma de ellas. Pero se descartaba todo proceso constituyente. Solo al cabo de algunas semanas se impondría la idea de elaborar una nueva ley fundamental²⁴. Lista, aunque considera importante sacar lecciones del pasado, no adopta una postura muy historicista. Aun reconociendo que fue el despotismo posterior el que destruyó los poderes

22. ÁLVAREZ JUNCO, José, «Capmany y su informe sobre la necesidad de una constitución (1809)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 210 (1967), p. 535.

23. La primera sesión de la Junta se celebró el 4-X, esto es, casi al mismo tiempo que empezaba a publicarse *El Espectador sevillano*. La composición de la Junta (Riquelme, Lardizábal, Mon y Velarde, el conde del Pinar, Juan Pablo Valiente, Ranz Romanillos y Dolarea) no dejaba esperar propuestas muy atrevidas. Blanco, que formaba parte de los designados, se negó a participar. El único vocal a quien realmente se puede calificar de progresista, es el secretario, A. Argüelles. El texto del decreto y las «Instrucciones» pueden consultarse en FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio, *Proyectos constitucionales en España (1786-1824)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004. Sin duda estaría Lista al tanto de las deliberaciones de la Junta de Legislación, pero las 9 «cuestiones» que plantea en *El Espectador sevillano* no siguen las 20 preguntas que sometió Ranz Romanillos a la Junta de Legislación, sino que arrancan de la lectura del folleto de Canga.

24. La ambigüedad fundamental persiste en el decreto de 1-I-1810, que anuncia la reunión de las Cortes.

intermedios entre el rey y el pueblo, aniquilando «todo género de representación» (nº 23), ve claro que las Cortes medievales no fueron asambleas representativas. Pero, mientras Canga había dedicado muchas páginas de su folleto a un examen minucioso de las leyes antiguas (llegando hasta considerar que los concilios de tiempos de los Godos fueron verdaderos Estados generales), Lista se detiene muy poco en esas indagaciones históricas. Su actitud no es de añoranza de un pasado mitificado. Sin duda pensaría como Blanco que tenía escaso interés buscar «las leyes constitutivas de unos congresos, que el silencio de los historiadores por una parte, y por otra, la ignorancia y poca cultura de los tiempos en que tuvieron principio, manifiestan que se formaron casi a la casualidad y sin reglas»²⁵, y que la legislación antigua no podía ser un modelo al cual obedecer ciegamente. Mucho más razonable le parecía seguir «los principios generales y primordiales del derecho natural»²⁶.

Es precisamente lo que trata de hacer Lista. Lejos de las tergiversaciones de Jovellanos, afirma una serie de principios que rompen con la tradición. En primer lugar, y en esto está de acuerdo con Canga, siendo la nación una e indivisible, su representación debe ser indivisible. Por lo tanto, debe rechazarse toda asamblea basada en el reconocimiento del privilegio:

«Si es una verdad conocida para los españoles que la soberanía reside originariamente en la masa de la nación y que solo la voluntad de toda ella, representada por diputados, puede hacer leyes, establecer reformas, organizar una constitución, en este caso no hay acto alguno legislativo que sea válido sin la concurrencia de toda la nación por iguales partes» (nº 60)

La crítica que hace del principio estamental es radical. Para él, «todo el cuerpo de ciudadanos debe concurrir con igualdad al establecimiento de la ley». La ley es la expresión de la voluntad general, y ésta se compone de las voluntades de todos los ciudadanos, y de ninguna manera de las voluntades de diferentes «brazos». Los progresos de la civilización han restituido su dignidad al hombre y al ciudadano. Todos están ya convencidos de «la igualdad natural de los hombres».

«La España es una nación indivisible; y así su representación debe ser indivisible. Esta decisión está apoyada en la naturaleza del cuerpo representativo, que no puede ser legítimo sino en cuanto es depositario de la voluntad general; en los principios del derecho natural, por los cuales nadie puede ser

25. «Dictamen sobre el modo de reunir las Cortes de España », redactado por Blanco en nombre de la Universidad de Sevilla. Lo publicó más tarde en *El Español* de Londres, nº II.

26. «Al buscar las huellas de los antiguos, no debe intentarse clavar sobre ellas religiosamente nuestra planta ; este sería el medio de conservar eternamente en su niñez al género humano», había escrito Blanco en el *Semanario patriótico* (nº XXVIII).

ligado sino por aquellas leyes a cuyo establecimiento ha concurrido igualmente que sus conciudadanos» (nº 62)

Para comprender el alcance de semejantes declaraciones, conviene recordar que, cuando Lista escribía esto, la Junta de Legislación seguía partidaria de la representación por estamentos (con el único voto en contra de Argüelles). Solo en la sesión del 8 de diciembre cambió de parecer, decidiendo tomar por base de la representación «la población absoluta y total del reino sin atención a jerarquías». Es decir que Lista se situaba resueltamente al lado de hombres como Blanco, Argüelles o Canga, liberales *avant la lettre*, mientras que, en el polo opuesto, Capmany, por ejemplo, defendía a rajatabla, no solo el sistema estamental, sino el comportamiento de nobles y eclesiásticos, a quienes juzgaba que se atacaba injustamente²⁷. En cuanto a Jovellanos, muy influenciado por lord Holland y las *Suggestions on the Cortes* de John Allen (publicadas en Londres en septiembre, y luego traducidas al castellano), prefería prudentemente mantener el sistema tradicional, dejando a las futuras Cortes la responsabilidad de zanjar el problema.

A pesar de que piensa que la opinión se inclina a favor de una representación indiferenciada, Lista considera la posibilidad de que la Comisión de Cortes opte por la representación estamental, con el problema consiguiente de la elección entre monocameralismo y bicameralismo²⁸. Enumera los argumentos de los partidarios de uno y otro sistema. Los defensores de las dos cámaras arguyen que el sistema ha preservado a Inglaterra del despotismo; que si hubiese existido en la Francia de 1789, tal vez se hubiesen evitado los violentos enfrentamientos de los partidos, actuando las clases privilegiadas de cuerpos intermedios entre el rey y la nación. Finalmente, concluye que «los inconvenientes que se tocan a cada paso que se dé, admitiendo la representación por clases, prueba[n] mejor que nada la conveniencia y necesidad de la representación indivisible»²⁹. Más adelante, volvió sobre el tema, enumerando

27. ÁLVAREZ JUNCO, José, «Capmany y su informe...». Véanse las pp. 537, 538, 540 y 545.

28. *El Espectador Sevillano*, nº 63 y 65 (3 y 5-XII-1809). Lista sabía que se estaba a punto de tomar decisiones al respecto. En efecto, la Junta de ceremonial se pronunció, el 5 de diciembre, a favor de un régimen monocameral. Pero, al día siguiente, Jovellanos escribió a lord Holland, con evidente satisfacción (porque, como reconocería más tarde, admiraba el modelo inglés), que la Comisión de Cortes iba a proponer a la Junta central una representación estamental en dos cámaras. Sin embargo, a finales de diciembre, se volvería a una convocatoria por estamentos en una sola cámara.

29. La cuestión del bicameralismo dividió incluso a los liberales. Recordemos que Flórez Estrada optó por las dos cámaras, en el proyecto de constitución que remitió a la Comisión el primero de noviembre, importando de la constitución francesa de 1795 una «sala o cámara grande», y una «sala de los respetables».

las múltiples dificultades que plantearía la designación de los representantes de los privilegiados y aclarando:

«Todo nuestro plan supone que ha de haber un solo cuerpo legislativo, compuesto de una representación indivisible. Pero, en el caso de ser adoptada la representación por estamentos, los nobles recibidos en los pueblos, los títulos de Castilla, los grandes de España y los obispos deberán ser excluidos de las asambleas primarias» (nº 75)

Es interesante el comentario que añade entonces sobre la teoría de los cuerpos intermedios de Montesquieu:

«Algunos suelen probar la necesidad de una cámara privilegiada por el peligro que correría la nación de caer en la democracia y la anarquía, si no hubiese un cuerpo intermedio entre el monarca y la representación, que tuviese la balanza entre ambos poderes e impidiese la preponderancia de cualquiera de ellos [...]. Estas razones son de bastante peso, y tienen por fundamento la opinión de uno de los más ilustres publicistas del siglo XVIII, que ha señalado la función propia de los cuerpos privilegiados en la mediación que ejercen entre la nación y el monarca. Sin embargo, esta doctrina no carece de graves contradicciones. La primera es que, para ejercer la mediación entre el pueblo y el rey, sirve el cuerpo representativo de la nación, no el cuerpo privilegiado. Montesquieu, queriendo hacer servir para algo los escombros de la anarquía feudal, les dio un destino que no pertenece sino a los que el pueblo nombra para que lleven al pie del trono las necesidades y el voto de la nación. Estos son los verdaderos mediadores; estos los que enfrenan el poder real y templan la fuerza de la opinión pública; ellos los que permiten a la nación descansar tranquilamente y abstenerse de los tumultos populares (...).

Por lo que hace a las violencias de la Revolución francesa, que llevaron al pueblo francés «a los precipicios de la democracia», no tienen nada que ver con la ausencia de un cuerpo intermedio: se produjeron porque los privilegiados se resistieron «al establecimiento de una constitución liberal y prudente» y porque habían llegado a su colmo «las injurias» hechas al pueblo francés.

Si Canga y Lista coinciden en el principio (revolucionario) de la proporcionalidad del número de diputados con respecto a la población y en la necesidad de que la representación sea bastante numerosa para impedir la corrupción y las posibles intrigas del gobierno, no están de acuerdo en cuanto al número de representantes de que deberá constar la asamblea. Frente a la mezquina representación anunciada en la Constitución de Bayona (1 diputado por cada 300.000 habitantes, esto es, con los diputados designados por el poder, un poco más de 100 diputados), Canga propone una proporción de 1 diputado por cada 100.000 habitantes, esto es, una asamblea de unos 110 representantes. Lista juzga que es muy insuficiente y propone una proporción

de 1 diputado por cada 27.500 almas, lo que llevaría a una asamblea de unos 400 diputados³⁰.

Calcular el número de representantes con respecto a una población definida en términos de habitantes o de cabezas de familia, suponía definir la noción de «ciudadanía», la extensión del derecho de sufragio y de elegibilidad. Canga empezaba por afirmar que «el derecho de representar a la nación era inherente a la calidad de individuo de la sociedad». Pero, a renglón seguido, enumeraba una serie de exclusiones, fundadas todas en el criterio de la utilidad social:

«Deberá privarse de este derecho a todos los individuos que se hallen manchados con algún delito; a los que carezcan de algún arte, oficio u ocupación útil al público, o que siendo hacendados no acrediten emplearse en bien de éste; y a los que, llegando a la edad de treinta años, no hubiesen contraído matrimonio; en una palabra, a todos aquellos, o viciosos, o parásitos, que sacan del Estado la subsistencia sin retribución alguna» (p. 74)

Además, reiteraba que en las elecciones parroquiales solo podrían participar los cabezas de familia, mas no los solteros, los que estén manchados con aquel delito, ni los que carezcan de oficio, arte u ocupación honesta. Lista expuso extensamente su punto de vista en los números 69 a 80, manifestando al respecto serias discrepancias con Canga. Empieza por explicar el principio del sistema representativo: siendo imposible que se reúnan miles de personas para elegir a sus representantes, tendrán que delegar su derecho a personas dignas de confianza. «El pueblo –explica– no nombrará a los diputados, pero nombrará a los que los han de elegir». Dicho de otra manera, la elección será de dos grados, lo que permitirá evitar las asambleas tumultuarias, «que darían a la monarquía cierto aire de democracia, que convidaría al pueblo a abusar de su irresistible poder». Sin entrar en la detallada exposición de los mecanismos electorales, me limitaré a algunas observaciones. En primer lugar, vale la pena observar que Lista, que no cesa por otra parte de presentar la Revolución francesa como un contramodelo, no solo se inspira en algunos aspectos de la Constitución francesa de 1791, sino que hasta utiliza algo de su vocabulario como el término de «asambleas primarias». En segundo lugar, ofrece de la ciudadanía y de la noción de cabeza de familia una definición más estricta que Canga:

30. En esto, parece seguir el consejo que había dado el *Semanario patriótico* (nº XXX): una asamblea ni demasiado numerosa (porque podría «degenerar en tumulto»), ni poco numerosa (porque sería excesivamente débil ante el poder ejecutivo). Flórez Estrada había propuesto un diputado por cada 40.000 almas; y la Universidad de Sevilla unos 300 diputados.

«Entendemos por ciudadano a todo hombre nacido en España, o domiciliado y establecido en ella el tiempo que exigen nuestras leyes para contraer el derecho de vecindad, que tenga la edad de 20 años, y que, no estando acusado ni sentenciado, no haya tampoco sido castigado por delito que merezca pena de infamia (...) Por cabeza de familia entendemos al que, teniendo un domicilio fijo, bien sea una suntuosa habitación, bien una humilde choza, tiene una familia que sostener o dirigir, sea padre, o hermano mayor, o jefe superior de ella».

En tercer lugar, en una larga digresión (nº 71), refuta un reparo que se le podría hacer: el conceder el derecho de voto a los jornaleros,

«siendo así que, en el sentir de los más acreditados publicistas, este derecho no debe pertenecer al jornalero, u oficial de menestral, que no teniendo propiedad alguna sino la de su trabajo, le son indiferentes los males y bienes de la patria» (...)

Lista reconoce que estas ideas se fundan en el derecho natural, «cuya base es la reciprocidad de los deberes»: solo puede ejercer el sagrado derecho de la soberanía el que contribuye a las cargas públicas. Pero ¿cuál es el estado actual verdadero de nuestros jornaleros? –pregunta–. No son meros proletarios, puesto que la mayor parte de las contribuciones carga en definitiva sobre ellos. «¿Con qué justicia, pues, privaremos a estos infelices del derecho de sufragio en las elecciones populares?». La conclusión es terminante: «Cuando las Cortes hayan arreglado el sistema de rentas de tal manera que el que nada tiene, nada pague, entonces el que nada tiene, tampoco deberá tener el derecho de sufragio. Mientras esto no se verifica, el que paga, debe elegir». En cuarto lugar, Lista desaprueba tres exclusiones decretadas por Canga: 1º. los que no ejerzan una actividad útil al público; 2º. los que, siendo hacendados, no acrediten emplearse en bien de éste; 3º. los que, habiendo llegado a la edad de 30 años, no hubieren contraído matrimonio. Las dos primeras exclusiones son imposibles de probar –comenta–, y la tercera es injusta. A la discusión de esta tercera exclusión dedica todo un número del *Espectador* (el 74), que es una especie de alegato apasionado en defensa de aquéllos a quienes la sociedad española no ha ofrecido las suficientes garantías de propiedad, seguridad y prosperidad, para que se casen. Cuando les ofrezca todo esto, entonces, si no se casan, se les podrá tachar de egoístas. Mientras tanto, no.

Entre la multitud de temas que aborda Lista, uno es especialmente interesante, porque ocupa un dilatado espacio en el periódico, y porque en su discusión se manifiesta una radical discrepancia entre Canga y Lista. Gira en torno a la relación entre poder central y poderes provinciales. Canga exigía de los diputados el juramento solemne de permanecer ligados por las instrucciones recibidas de su provincia, sin poder apartarse un ápice de ellas, y con la

obligación de dar cuenta de su actuación ante la diputación general de la provincia, de quien además recibirían su salario, es decir un mandato imperativo. Lista rechaza categóricamente la propuesta. Para él, sería una grave infracción a un principio esencial de la nueva legalidad: el ya mencionado de la unicidad e indivisibilidad de la nación³¹. Los diputados, en vez de ser representantes de la nación, representarían a su provincia respectiva, con el grave peligro de enfrentamientos y disputas entre provincias que esto entrañaría. De admitirse el mandato imperativo, los españoles ya no serían una nación, «sino una federación de distintas provincias, casi siempre enemigas en sus pretensiones».

La discusión se prolonga sobre el tema de la Diputación permanente de las Cortes. Reconoce Lista la necesidad de que haya un cuerpo de este tipo, pero desaprueba la forma que quiere darle Canga (nº 108)³². Según éste, debería la Diputación velar sobre la conducta del gobierno, representar, reprimir los abusos, y hasta *declarar la patria en peligro* y promover «convulsiones políticas» para ejercer su derecho de resistencia, si el rey tomaba decisiones despóticas. Para Lista, semejante organismo ocasionaría en breve la ruina de la nación.

«¡Declarar la patria en peligro! –exclama– es romper los lazos que unen a la nación con el monarca; es substituir a la fuerza de la razón, expresada en las leyes, la fuerza ciega de un pueblo tumultuado; es dar, en un Estado vastísimo, la preponderancia más perniciosa a la plebe de la capital sobre el resto de la nación».

Es sustituir la tiranía de uno solo por la tiranía de muchos. Los posibles abusos del poder monárquico pueden reprimirse por medios constitucionales. Pero esos recursos extremos nunca serán necesarios, si se deja la prensa libre, porque el tribunal de la opinión pública será suficiente para detener la ambición y denunciar las amenazas contra la constitución.

Estrechamente vinculada a la anterior, surge entonces la cuestión de las atribuciones y estatuto de las diputaciones provinciales. Canga quería que hubiese en cada provincia una diputación permanente que tuviese a su cargo la recaudación de los impuestos, el mando de la fuerza armada de la provincia, etc., y además un gran justicia encargado de «corregir los abusos de los magistrados» y «velar sobre la conducta de la Diputación general del reino, establecida en la capital» (nº 112). Para Lista, esto sería «desfigurar la

31. El 5-XII-1809, la Junta de Legislación propuso a la Junta central una constitución única para toda España, es decir la abolición de los fueros regionales.

32. Canga proponía que la Diputación permanente constara de la mitad de los diputados de cada provincia. A Lista esto le parece disparatado: con 1 o 2 diputados por provincia, sería bastante.

esencia de la monarquía» (que consiste en la unicidad del poder ejecutivo y su separación del poder legislativo), «propagar en la nación el espíritu de federalismo» y establecer un gobierno de hecho republicano, por el estilo del que tantos estragos causó a Francia. «La esencia del gobierno representativo –afirma– consiste en que la nación no exprese su voluntad sino por el órgano de sus diputados; la esencia del gobierno democrático está en que la nación permanezca formada y dicte leyes por sí misma». Por lo tanto, las diputaciones provinciales no deben ser permanentes. ¿Qué significaría, además, una diputación provincial encargada de velar sobre la conducta de una representación nacional elegida por toda la nación? (nº 113). A Lista tanta desconfianza le parece hasta «indecente», y descabellado el proyecto de confiar a las diputaciones provinciales el mando de la fuerza armada. ¿Qué sería un rey sin soldados? –pregunta–. «Más valdría no tenerlo y proclamar la España una república federativa» (nº 114).

La oposición es, pues, completa, en este terreno, entre Lista y Canga. Pero sería un error considerarla como un punto de teoría constitucional. Hay que entenderla en el contexto particularmente tenso de aquellos meses, con los numerosos conflictos que surgieron entre las juntas provinciales y la Junta central. La Junta de Valencia manifestó en varias ocasiones su oposición a la Central. A principios de octubre de 1809, le escribió para oponerse al proyecto de reunión de Cortes. El 23 de octubre, esta insubordinación fue duramente censurada por Quintana en un manifiesto dirigido a todas las juntas, en el que denunciaba el peligro del federalismo³³. El 8 de noviembre, Jovellanos escribía a lord Holland que la Junta de Valencia había enarbolado «el pendón de insurgencia», revelando su deseo de no abdicar la soberanía sobre su territorio y «de convertir la nación en un gobierno federado». Ahora bien, aunque, como ha observado Carmen García Moneris, el folleto de Canga era más castellanista que valencianista, se publicó con el aval de la Junta de Valencia, lo que pudo hacerle sospechoso a los centrales. Sea lo que fuere, la postura unitarista de Lista se confirma con la afirmación de que los diputados no deben representar a su provincia, sino a toda la nación, principio que se recogería en la Constitución de 1812. Ahora bien, esta profunda discrepancia entre Canga y Lista no debe ocultar que, más allá de sus diferencias, ambos desean de verdad «sacudir la infame coyunda» del despotismo, estableciendo un régimen representativo que dé a las Cortes toda la fuerza que les corresponde³⁴.

33. Reproducido en DÉROZIER, Albert, *Manuel José Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, Paris-Besançon, Les belles Lettres-Annales littéraires de l'Université de Besançon, 1970, t. II, pp. 249-254.

34. Expresiones utilizadas por Canga en el folleto citado, p. 70.

En la muy apurada y conflictiva situación de los últimos meses de 1809 (después de la derrota de Ocaña), Lista es indudablemente (con Flórez Estrada y su proyecto de constitución) uno de los pocos en tratar de exponer extensamente todo un cuerpo de doctrina coherente, que bien puede calificarse de liberal. A partir del substrato cultural (ideológicamente plural e incluso antagónico, porque cultura e ideología son dos esferas distintas) de la Ilustración, del jusnaturalismo, del racionalismo, de la fe en los progresos de la civilización y en el papel central de la instrucción, en la marcha lenta pero segura de las luces, condena sin ambigüedades el despotismo y la arbitrariedad que caracterizaban una sociedad fundada en la desigualdad legal. En contraposición, desarrolla los principios de un nuevo orden político racional y justo, que presupone el derecho de la nación a reconstituirse, basado en su fundamental soberanía. Como hemos visto, el primer paso será la convocatoria de Cortes designadas, en función de unos criterios uniformizadores (lo contrario del criterio estamental de la antigua sociedad), por una nación de ciudadanos. El objetivo será la construcción de un Estado representativo, en el que los diputados de la nación puedan moderar efectivamente el poder del rey: una monarquía templada. La noción que domina en el sistema es la de equilibrio: equilibrio entre los tres poderes (aunque, a la verdad, casi siempre de lo que trata es de la relación entre ejecutivo y legislativo), equilibrio en la forma y la práctica del gobierno, equilibrio entre libertad y orden, justo medio. Ni democracia, ni despotismo, repite sin cesar Lista, siendo de notar que para él el primer término es casi sinónimo de anarquía, y el segundo de tiranía. Varias veces afirma que los extremos se tocan, esto es, que la tiranía y la anarquía se basan en el mismo tipo de perversión de las instituciones: la reunión de los tres poderes. Pero, puesto a escoger, repetirá una sentencia ya afirmada por el *Semanario patriótico*: la tiranía de todos es más temible que la de uno³⁵. En todas las cabezas de los hombres de la generación de Lista ronda el espectro de la Revolución francesa. Seducen los principios de 1789 y, en parte, los de la Constitución de 1791. Pero todo lo que sigue se les antoja la viva imagen de la anarquía. Solo la monarquía templada permite conseguir el equilibrio entre la necesaria autoridad del poder ejecutivo y la libertad de los ciudadanos. En cuanto a la división de los poderes, «cimiento de la libertad», no la concibe como división estricta, sino también como equilibrio. Por ello, explica que se debe conceder al monarca cierta influencia en la legislación (cierta iniciativa de las leyes) y a las Cortes cierta influencia en el gobierno (nº

35. «El gobierno del déspota más absoluto es infinitamente preferible al de una multitud que manda sin freno» (nº XXXI, 24-VIII-1809).

116). Además, hay cierta disimetría entre los dos poderes principales. En dos ocasiones, recordando el sentido etimológico de la palabra monarquía, repite esta fórmula: «¡Para deliberar muchos, para obrar uno solo!».

Todo esto deberá plasmarse en una constitución, es decir que las primeras Cortes serán constituyentes. Porque Lista no piensa, como Jovellanos, que España ya tiene constitución, por lo que no necesita elaborar otra³⁶. Nuevo ejemplo de la radical diferencia que existe entre los dos: el segundo es un hombre del Antiguo Régimen, que no consigue adaptarse a la situación de una España en revolución; Lista, en cambio, se sitúa resueltamente en las nuevas coordenadas ideológicas. Como no redactó un proyecto constitucional, como Flórez Estrada, es difícil saber la forma que le hubiese dado. Pero en las páginas del *Espectador sevillano*, se encuentran muchos de los elementos necesarios para elaborarlo.

Lista, como casi todos los liberales, integra elementos que proceden de la Ilustración. Empezando por la opinión pública, que ocupa uno de los tres lados de un triángulo (monarca – sabios – opinión pública), que no es institucional, pero sin el cual las instituciones representativas difícilmente podrían funcionar. Es algo que viene a matizar considerablemente lo afirmado por otra parte sobre la igualdad de los ciudadanos ante la ley. La opinión pública, muy distinta por supuesto de la opinión popular, a la que incluso debe oponerse, solo puede alcanzar alguna eficacia gracias a la libertad de la imprenta y, especialmente del periodismo, lo que confiere un poder excepcional a los «sabios», encargados de enseñar a una masa, sin instrucción política y, finalmente, receptora pasiva del mensaje. Por algo dedica Lista un largo discurso (nº 38 a 44) a «la reina del mundo (...), grande agente de los gobiernos liberales», aventurando esta comparación:

«Así como la voluntad general de un pueblo, que se expresa por medio de las leyes, es la reunión de las voluntades particulares de los ciudadanos acerca de los objetos de interés general, así la opinión pública no es ni puede ser otra cosa sino la coincidencia de las opiniones particulares en una verdad, de que todos están convencidos».

¿Quién podrá asegurar que esta convicción general representa la opción más racional y justa? Los sabios, cuerpo que, en las naciones civilizadas, debe

36. «Y aquí notaré que oigo hablar mucho de hacer en las mismas Cortes una nueva Constitución, y aun de ejecutarla, y en esto sí que, a mi juicio, habría mucho inconveniente y peligro. ¿Por ventura no tiene España su constitución? Tiénela sin duda; porque ¿qué otra cosa es una constitución que el objeto de leyes fundamentales, que fijan los derechos del Soberano y de los súbditos y los medios saludables de preservar unos y otros?» (*Consulta sobre la convocación de las Cortes por estamentos*, 21-V-1809, en JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Obras completas*, t. XI, *Escritos políticos...*, p. 697).

difundir «los principios liberales dictados por la razón universal del género humano». Por ello, —explica Lista— los gobiernos despóticos siempre se esfuerzan por mantener al pueblo en el mayor grado posible de ignorancia³⁷. Debe, pues, haber «una íntima reunión» entre el poder ejecutivo y los sabios, lo que permitirá realizar el viejo sueño de que «reinen los filósofos y filosofen los reyes». Ocioso sería insistir en la raigambre ilustrada de semejante pensamiento.

Más moderna, y más característica de la mentalidad burguesa, es la consideración que hace de la riqueza, en relación con la justicia social y las virtudes domésticas. Como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, piensa que no deben confundirse igualdad legal e igualdad social. La desigualdad de fortunas es, sin duda, un mal, pero un mal necesario, que solo puede limitarse por medio de una reforma fiscal. Pero —añade, en el n° 24— «estamos muy lejos de acceder a la opinión de ciertos filósofos demasiado austeros, que creen las riquezas incompatibles con la virtud». Y aduce el ejemplo de Inglaterra («célebre por sus riquezas como por la decencia de sus costumbres») y Estados Unidos. La «excelente constitución» de ambos países se sostiene en gran parte gracias al estrecho vínculo que existe entre gobierno liberal y virtudes públicas. «Las riquezas adquiridas por el trabajo incitan a trabajar más y promueven la virtud en vez de aniquilarla», por lo cual «hay más virtudes en la clase mediana». Ahora bien, la fuente de esas riquezas debe ser el comercio y la industria. Nuevo ejemplo de la diversidad del liberalismo: casi al mismo tiempo, Flórez Estrada explicaba que la base de la riqueza de un país era la agricultura, y la propiedad de la tierra, la base del sentimiento de unión entre los ciudadanos³⁸. Esta gran disparidad de criterios invalida la tesis de aquellos que hablan de la existencia de un partido liberal, que estaría conspirando con eficacia y de manera coordinada por hacerse con el poder, ya a la altura de 1809 (e incluso antes), casi diríase que con la mirada puesta en Cádiz.

¿Dónde situar a Lista en este complejo panorama? Creo que queda claro que es partidario de un gobierno liberal, del sistema representativo, de una monarquía moderada, en la que debería existir un equilibrio entre el ejecutivo (atribuido al rey) y el legislativo (las Cortes). Quiere, ante todo, evitar

37. Muy distinto era, como es sabido, el punto de vista de Capmany, quien escribió: «La falta de lectura de nuestro pueblo le ha preservado de este contagio [el del charlatanismo francés], y este estado que llama de salvajes el bárbaro tirano, y los renegados filósofos españoles se lo aplauden, es precisamente el que le da más cuidado que nuestros ejércitos» (ÁLVAREZ JUNCO, José, «Capmany y su informe...», p. 543).

38. «Inglaterra —escribía, en su proyecto de constitución— es mucho más rica por su agricultura que por su comercio».

la democracia, para él casi equivalente de anarquía. El término medio al que aspira (ni despotismo, ni anarquía) será, más tarde uno de los lemas del moderantismo, igual que la propuesta de un gobierno basado en la clase media, desde el punto de vista social, y en los sabios, desde el punto de vista doctrinal. ¿Discurso revolucionario el de Lista en 1809?, pregunté al principio. Todo depende del contenido que se dé al adjetivo. Si por ello se entiende «que aboga por una ruptura con las instituciones y los valores de la sociedad estamental», habrá que contestar que sí. En cualquier caso, creo que *El Espectador sevillano* es un elemento esencial de lo que Francisco Tomás y Valiente llamó la fase «preconstituyente» del proceso que llevaría a la elaboración de la Constitución de Cádiz³⁹. Una última pregunta al respecto: ¿no ha sido la trayectoria posterior de Lista la que ha llevado a otorgar tan poca atención a un texto tan fundamental como *El Espectador sevillano*?

39. En «Génesis de la Constitución de 1812. De muchas leyes fundamentales a una sola constitución», en TOMÁS y VALIENTE, Francisco, *Obras completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997, V, p. 4512 (cit. por FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio, *Proyectos constitucionales...*, p. 646).

Autoritat, opinió i mobilització a l'Oriola del Trienni. Una aproximació als significats del liberalisme¹

Authority, Opinion and Mobilization in Orihuela
during the Constitutional period of 1820-1823.
An Approach to the Meanings of Liberalism

Jesús Millán

Universitat de València

«A Manuel Martí Martínez»

Recibido: 28-VI-2011

Aceptado: 12-III-2012

Resumen

Los enfoques sociales muestran que los análisis teóricos de los discursos y prácticas políticos son inadecuados. Se necesita, por tanto, comprender social y culturalmente las formas en que se adoptaban y se llevaban a la práctica los conceptos y actitudes políticas. Este trabajo estudia los tensos enfrentamientos que tuvieron lugar en Orihuela, en el sur del País Valenciano, durante el Trienio constitucional de 1820 a 1823, cuando fue sustituido el obispo antiliberal. Esta situación condujo a una división de la opinión pública, en la que surgieron dos significados contrapuestos de «el pueblo soberano» y «la ley y las normas». El consiguiente giro antiliberal debe entenderse en el contexto de las redes sociales que formaban los liberales en la ciudad.

Palabras clave: Liberalismo, Cultura política liberal, Absolutismo, Opinión pública, Trienio Constitucional en el País Valenciano.

Abstract

Social approaches prove that theoretical analysis of political languages and practices are inadequate. Therefore there is a need for a social and cultural understanding of the

1. Agraesc les observacions de M^a Cruz Romeo.

ways political concepts and attitudes were taken and put into practice. This article studies the tense clashes that took place in the south-Valencian town of Orihuela under the constitutional period between 1820 and 1823, when the antiliberal bishop was to be replaced. This situation led to a splitting of the public opinion, in which the opposite meanings of the «sovereign people» or «right and law» came to surface. The following antiliberal turn is to be explained against the background of the liberal networks in the city.

Keywords: Liberalism, Liberal Political Culture, Ultraroyalism, Public sphere, Constitutional Period 1820-1823 in Valencia.

Introducció

Els inicis dels Estats nacionals modificaren l'escenari de la política. La historiografia, però, adverteix que és arriscat valorar en abstracte les novetats o continuïtats que hi havia. Principis, com ara, la sobirania nacional o la llibertat tingueren un impacte social, a favor o en contra, que no és fàcil de valorar.

És útil, doncs, examinar els efectes que determinats procediments o l'aplicació de algunes nocions van tenir en el decantament de les postures i cultures polítiques. ¿Què implicava el triomf de determinats conceptes, a qui afavoria això? ¿Com se'n percebién els costos per part d'altres sectors? Aquesta aproximació a l'experiència política implica acceptar una visió dinàmica dels protagonistes, no estructuralment determinada². L'atenció se centra en una conjuntura clau per a l'assentament d'una opinió antiliberal, a l'Oriola del Trienni.

«Vint-i-quatre ciutadans» o «un poble immens»: la crisi de 1821

A posteriori, és fàcil projectar cap enrere l'evolució viscuda a Oriola durant el Trienni constitucional. L'escalada absolutista tingué episodis espectaculars, que culminaren en la sublevació de 1822. No obstant, la trajectòria inicial no permet parlar d'una hegemonia de l'absolutisme en l'espai públic oriolà. El tomb antiliberal no era evident abans del primer trimestre de 1821.

Les tensions, però, s'acumulaven des de l'estiu anterior. Simón López –un diputat absolutista a les Corts de Cadis, recompensat amb el bisbat el 1815– havia rebutjat d'aplicar l'ordre que establia que els rectors explicassen la Constitució. Això motivà un conflicte que acabà en l'exili del bisbe. Alhora, el ministeri ordenà que el Capítol nomenara governador de la diòcesi algú que fóra amant de la Constitució «y haya dado pruebas positivas de su adhesión a ella». Mentre alguns canonges, encapçalats pel Mestrescoles, Joaquín Ximeno Francia, proposaven delimitar qui reunia les condicions establertes pel ministeri, la major part, tot seguint les instruccions del bisbe, trià Félix Herrero Valverde. Aquest s'havia mostrat com a absolutista per a aconseguir la canongia Doctoral i, més tard, formaria part de la Junta carlina de Morella.

2. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, «Introduction. Le concept d'opinion publique, un enjeu politique euro-américain», dins FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier i CHASSIN, Joëlle (coords.), *Lavènement de l'opinion publique. Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, París, L'Harmattan, 2004, pp. 9-29. HOFFMANN, Stefan-Ludwig, *Geselligkeit und Demokratie. Vereine und zivile Gesellschaft im transnationalen Vergleich 1750-1914*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003. ROSANVALLON, Pierre, *La consagración del ciudadano*, Mèxic, Instituto Mora, 1999.

La jerarquia eclesiàstica mantingué, doncs, el rumb filoabsolutista. A inicis de 1821 es produïen els primers atacs a liberals³.

Les tensions van conduir, durant les celebracions de Quaresma, a un pols per la supremacia dins l'espai públic. L'11 i el 13 de març, es van produir incidents a la parròquia de Sta. Justa durant els sermons del mercedari Pedro Moliner i el franciscà Antonio Canales, predicadors de la novena de Nostre Pare Jesús, advocació d'important significat popular. Canales esmentà el deure d'obeir la Constitució o, segons Herrero, de morir per ella. El rebuig dels assistents –«*no la queremos, no la queremos*», cridà una dona– produí un escàndol. A més, el governador diocesà, qui es trobava present, no hauria intervingut per calmar els ànims⁴. Amb aquest motiu, els liberals oriolans van reobrir la qüestió del substitut del bisbe exiliat.

Segons el relat publicat per Ximeno, aquella vesprada s'haurien presentat a l'Ajuntament «*más de 24 ciudadanos*» que reclamaven que Herrero fóra reemplaçat per algú compromés amb el liberalisme. Segons les actes municipals, a les nou de la nit, «*un numeroso concurso de ciudadanos*» s'aplegà davant la casa del regidor Fernando Martínez Aguilar per «*sostener su opinión pública a favor del sistema constitucional*» i reclamar la destitució d'Herrero. Volien que l'Ajuntament pressionara el Capítol a favor de Ximeno. A mitja nit, «*grupos de gente*» voltaven pels carrers cridant el mateix. Amb nombroses absències, el municipi encetà, a casa d'Aguilar, una sessió convulsa, al llarg de la qual enviaria un seguit d'oficis al Capítol per què designara Ximeno. D'una banda, les autoritats van traure al carrer les tropes i la milícia, aquesta encara sense armes. D'altra banda, obriren les portes al poble i la corporació va anar prenent acords en relació amb l'opinió i els crits dels qui havien entrat a la sala. Aquell poble anònim demanà la destitució d'Herrero, de manera que si no ho feia el Capítol «*lo hiciese todo la autoridad civil*», o anuncià el seu propòsit d'anar «*a despertar á los canónigos para que se reúnan*». Finalment, s'entreveu el possibilisme dels regidors quan, prou tard, va aparèixer el jutge i donà el

3. BARBASTRO, Luis, *Revolución liberal y reacción (1808-1833): protagonismo ideológico del clero en la sociedad valenciana*, Caja de Ahorros Provincial, Alacant, 1987, pp. 217-227. MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos. Desarrollo agrario y tradicionalismo político en el sur del País Valenciano, 1680-1840*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1984, pp. 396-402.

4. Arxiu de la Diputació Provincial de València (ADPV), *Govern civil*, 1, c. 22, còpia de les actes municipals del 13 i 14-III-1821 i carta (14-III-1821) d'Herrero al Cap polític (les cites sense indicació en contrari procedeixen d'aquest expedient). En la primera acta consten incidents el setembre anterior, durant la novena a la Mare de Déu de Montserrat, d'alt significat emotiu, ja que la imatge es feia intervenir en riudes i era de fet patrona de la ciutat. Els liberals en responsabilitzaven els frares, qui portarien una tasca antiliberal entre la població rural i «*la gente menos culta*».

seu parer. Els regidors, cercant «*una determinación conforme á lo legal y que conservase la publica tranquilidad*», demanaren que, davant la impossibilitat de localitzar Herrero, fóra designat interinament Ximeno, qui havia estat conduït a la sessió pels seus partidaris vora les quatre de la matinada.

La mobilització es va dissoldre, per a triomfar la nit següent de manera curiosa. Mentre Herrero s'amagava i aconseguia eixir cap a València, una nova sessió municipal, amb menys assistents, urgia de nou al Capítol. L'argument era preservar la tranquil·litat pública, però aquesta nit no hi hagué cap mobilització liberal. L'estira-i-arronsa s'havia circumscrit a les autoritats. Per fi, alguns menys de la meitat dels canonges nomenaren Ximeno.

Aquest, durant vora un mes, governaria la diòcesi en consonància amb les institucions liberals. Aviat, però, Herrero féu arribar al Capítol un escrit que designava com a governador un clergue absolutista, Andrés Rodríguez. El reconeixement d'aquest obria un cisma, que el poder civil acabaria inclinant en contra de Ximeno i el liberalisme oriolà.

Els retards en el pagament de les contribucions estatals acompanyarien aquell estiu el boicot a la desamortització. En començar 1822, s'intensificaren el bandolerisme reialista a la contrada i els atacs a liberals. Un any després de la mobilització contra el governador absolutista del bisbat, Oriola era objecte de debat parlamentari, com a escenari d'una escalada d'incidents sagnants, la responsabilitat dels quals s'atribuïa als clergues. El juliol, la ciutat s'alçaria contra el govern constitucional⁵.

Els incidents de la primavera de 1821 foren l'ocàs d'una efímera agitació liberal a Oriola. ¿Quines concepcions polítiques s'hi havien manifestat? L'informe que Ximeno adreçà al Cap polític valencià, Francisco Plasencia, podria fer pensar que l'opinió pública donaria suport al liberalisme. Inicialment, «*todos los circunstantes mostraron el mayor desagrado*», fins que el rector de Sta. Justa intervingué en sentit constitucional. Amb això, els assistents «*mostraron la mayor satisfaccion*», tot i que s'indignaren perquè el governador diocesà «*se mostrase pasivo*». La reclamació a l'Ajuntament hauria seguit feta pel poble, «*conmovido y exasperado*». Els regidors haurien cedit a aquesta unanimitat, en veure «*que el Pueblo de ningun modo cederia de su empeño (...), para evitar que (...) pasase a un alboroto popular*»⁶.

La imatge d'una majoritària mobilització liberal té fissures, però. La irritació general amb Herrero contrasta amb la modesta xifra dels qui van protestar

5. MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos...*, pp. 403-415.

6. ADPV, *Govern civil*, 1, c. 22, J. Ximeno, Madrid, abril de 1821. ROMEO, M^a Cruz, *Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis del antiguo régimen*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, pp. 203-205.

davant el municipi. L'al·lusió a «*más de 24 ciudadanos*» es correspon amb el que Martínez Aguilar va escriure als canonges: a sa casa havia arribat «*una porción de hombres*». La xifra és versemblant, si tenim en compte la seua presència – juntament amb els regidors – dins la sala d'un habitatge. Però sorprèn si atenem a la gran capacitat del temple on es produí l'aldarull i al fet que l'Ajuntament, al carrer de l'Àngel, estava a una illa de cases de Sta. Justa i l'habitatge d'Aguilar, probablement, al carrer Major, no gaire més lluny. La precisió del migrat nombre de reclamants fa difícil pensar en una indignació estesa. La multitud liberal que evoca Ximeno, a més, no tornaria a aparèixer, sinó que va cedir l'espai a l'agitació absolutista. Cal considerar més proper als fets un altre relat de Ximeno i de la premsa liberal d'Alacant, on es diu que, en escoltar parlar de la Constitució, «*gran parte del auditorio salio precipitadamente del Templo*» i que «*el pueblo se conmovió contra los predicadores*»⁷. Tenim, a més, un argument indirecte per a relativitzar la força social que demanava el canvi del poder eclesiàstic: els signes de reticència dins la corporació havien crescut, ja que a la segona sessió sols anaren cinc regidors (Martínez Aguilar, Joaquín Romero, Domingo Pacheco, Manuel Castro i Francisco Ximeno). Mentrestant, Egidio i Taormina nodrien, fins a fer-ne majoria, la nòmina dels *malalts*, encetada abans pels alcaldes Nogués i Castor i els regidors Sorzano, López Campillo i Rodríguez. Més notable encara és que aquesta inseguretat fóra protagonitzada per regidors propers a Ximeno.

La qüestionable extensió de les demandes liberals enllaça amb els problemes que suscitaven aquestes exigències. La nit del 14 Herrero va informar al Cap polític del «*nombramiento forzado y violento*» de Ximeno, tot reclamant «*la protección de la ley de tantos modos violada*». En arribar a València, Herrero demanà que l'autoritat donara suport a Rodríguez, el governador diocesà que el canonge fugitiu havia designat, enfront d'un Ximeno al què considerava usurpador. Plasencia, un liberal moderat, fou receptiu a la demanda i instà l'inici d'un procediment judicial sobre els fets de Sta. Justa i que l'Ajuntament col·laborara amb l'autoritat de Rodríguez.

L'actitud de l'Ajuntament mostra els criteris liberals que aconsellaven, almenys, no interrompre l'estat de coses creat per la mobilització. Aquests

7. *Ibid.*, circular de Ximeno (29-III-1821) i *Diario de Alicante*, 81 (22-III-1821). El diari, del qual procedeix la segona frase, deia que la passivitat d'Herrero «*amargó al pueblo sano*» i que l'Ajuntament «*oyó con interés las voces del pueblo*». Segons deia Herrero a Plasencia (14-III-1821), serien «*30 reboltosos*» que usurpaven «*iniciamente el sagrado nombre de Pueblo*». L'al·lusió mostra, de pas, com el model gadità havia trencat amb les nocions del poble dins del contractualisme polític tradicional, MILLÁN, Jesús i ROMEO, M^a Cruz, «*Liberals i burgesos alhora? Els «respectables» en la nació liberal*», dins Josep Fontana. *Història i projecte social*, Barcelona, Crítica, 2004, vol. II, pp. 925-939.

criteris enllacen amb una certa idea de l'opinió pública per part dels liberals. Segons la resolució del municipi, tot i que el Cap polític protegia Rodríguez, això no equivalia a reconèixer-lo d'immediat. Tot seguint el criteri clau de «*la conservación de la tranquilidad pública más quando ya la vio en cierto modo comprometida por este mismo negocio*», l'Ajuntament informava al Capítol de «*no poder garantir sus responsabilidades en razon del orden publico, a no ser con la medida de no hacer novedad en el destino hasta la resolucion de su Magestad*»⁸. Hi havia una divergència entre el governador valencià i els liberals d'Oriola. Per al primer, les pressions cíviques no bastaven per a alterar l'autoritat eclesiàstica. Eren els procediments jurídics els que havien d'investigar les possibles responsabilitats d'Herrero. Per a l'Ajuntament, però, tot havia de supeditar-se a la necessària harmonia entre les autoritats i una opinió pública capaç de confiar en elles. Seguint aquest argument de tall roussonià, quan aquesta tranquil·litat no existia, el procediment havia de passar a segon lloc, fins que intervinguera l'autoritat superior de l'executiu. Mentrestant, la mobilització era un factor de legitimitat: calia respectar els fets creats sota la pressió proconstitucional, per davant de les mesures de l'autoritat de la província i de les institucions de la diòcesi, que afavorien Herrero i Rodríguez. Al capdavant, com exposaven els regidors, la designació de Ximeno s'hauria fet «*sin indicación de motivos violentos*» i hauria creat «*la complacencia de todos*». El consistori afirmava seguir així la «*regla magistral del cristianismo, su exacta definición y su mayor timbre que es la atención del bien público*»⁹.

En les sessions per respondre al Cap polític (7 i 9 d'abril) s'aprecia com fonamentà el municipi aquesta actitud implícitament favorable a la mobilització. Els regidors van encarregar l'informe a Pedro Pérez Cabrero i Nicolás Sánchez Tribes, catedràtics de Dret canònic i públic de la universitat oriolana, respectivament, i advocats de l'Ajuntament. Aquests universitaris propers a Ximeno, antic rector de l'Estudi¹⁰, argumentaren a partir de la connexió entre opinió pública i autoritat, sense fer esment de cap norma. Les actuacions de Rodríguez justificaven «*el temor de desagradables sucesos que en todas las Naciones han producido la divergencia de opiniones en iguales puntos*». Calia obeir l'ordre de Plasencia, però convenia exposar-li que hi havia un motiu per a

8. F. Herrero al Cap polític, València (20-III-1821) i informes del Capítol a Plasencia (Oriola, 10-IV-1821). Ximeno (29-III-1821) argumentava que Herrero no podia nomenar un representant pel seu compte.

9. L'Ajuntament al Cap polític, Oriola, 10-IV-1821.

10. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno: la Universidad de Orihuela en vísperas de su extinción*, Alacant, Universitat d'Alacant, 2011, pp. 41-47. MARTÍNEZ GOMIS, Mario, *La Universidad de Orihuela 1610-1807. Un centro de estudios superiores entre el Barroco y la Ilustración*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1987, II, pp. 175-191.

suspendre'n l'execució. Aquest motiu –no «*variar el orden público establecido en una materia tan delicada*»– s'havia de fer present també al jutge que investigava l'avalot a Sta. Justa. Després d'acceptar l'informe, en saber que el Capítol es disposava a reconèixer Rodríguez, els regidors anaren més enllà. Acordaren «*se indique al Sr. Gobernador Militar que en precaucion se sirva tener todas las tropas sobre las armas*», alhora que es comunicava als canonges que no es podria garantir l'ordre «*a no ser con la medida de no hacer novedad (...) hasta la resolución de Su Majestad*». En aquests escrits es feia inevitable el miratge d'un poble liberal, revoltat contra les maniobres de l'absolutisme.

L'únic discrepant fou el regidor Matías Sorzano, home de negocis i terratinent, qui reivindicava la seua condició de noble i consolidaria una ferma imatge d'antiliberal. Sorzano no havia participat en les reunions nocturnes per estar malalt. Ara, però, feia constar el seu raonament. Per a ell, la prioritat dels procediments judicials era indiscutible i la sintonia entre públic i autoritat s'havia de plantejar de manera oposada a com feien els liberals. Sorzano es mostrava escèptic sobre què es desfermara l'alarma pública si Ximeno era destituït. No eren les alternatives de l'opinió, afirmava, les que legitimaven l'autoritat, sinó que l'opinió s'havia de sotmetre al que disposaven les autoritats i al ritme dels procediments. Ell proposava divulgar per ban públic la resolució del Cap polític, favorable a Rodríguez. Calia esperar «*de la moderación característica de este Pueblo que uniformaran su conducta con los mandatos superiores y que dejaran a las autoridades y Tribunales competentes expeditas sus facultades para remover a quien lo mereciese y para constituir legitimamente á quien fuere digno de ello*».

El municipi, però, connectava la sobirania nacional –fonament de la Constitució– amb l'opinió liberal *in situ* –protectora d'una llibertat amenaçada–, com a legitimadora de l'autoritat. La necessitat de consolidar el sistema constitucional els feia prioritzar la mobilització sobre les garanties. Els portava a presuposar una militància liberal com a voluntat «del poble». Això s'apropava a la visió roussoniana del caràcter revocable de les autoritats. A més, es podia escenificar aquest «poble liberal» a través de l'ocupació de l'espai urbà. És el que feren milicians de Múrcia i unitats de l'exèrcit, que desfilaren i participaren en dinars col·lectius i algun ball a Oriola i Callosa de Segura, una vegada que fracassà un intent reialista a aquesta darrera població.

Com indicaven els articles 3, 6 i 7 de la carta de Cadis, l'opinió que comptava era la que estava en sintonia amb la Constitució. Els liberals podien passar de parlar del «poble patriòtic» a parlar de la «voluntat comuna del poble», amb independència de quina fóra la realitat social a un indret donat. Així, l'argument del municipi, quan parlava de la necessitat de satisfer les demandes

del poble liberal, tingué el rebuig sorneguer dels majoritaris canonges absolutistes: «*nos abstenemos de hacer las observaciones que se nos ofrecen*»¹¹. De manera més pragmàtica, el criptoabsolutisme de Sorzano podia confluïr amb el moderantisme del Cap polític. En aquella conjuntura, tots dos rebutjaven de donar suport a la mobilització com a base del poder i es decantaven pel «govern ordinari» dels procediments. Aquesta alternativa –entre sobirania i procediment, entre mobilització i garanties– obria esquerdes entre els liberals que encara dominaven la Casa de la Ciutat¹².

¿Qui eren els liberals?

Dins del liberalisme gadità l'espai polític es veia com una comunitat de ciutadans vinculats a la voluntat comuna de la nació. Això podia conduir a donar per existent una opinió favorable al sistema constitucional. A Oriola, tot indica que la trajectòria anterior a la primavera de 1821 no contradeïa aquestes suposicions. És cert que el 1814 s'organitzà un «enterrament» de la Constitució als carrers de la ciutat, on una àmplia participació social hauria hostilitzat els liberals. Amb tot, el protagonisme militar en l'acte i el fet que l'única persona que s'hi especifica siga el posterior guerriller absolutista Carlos Ulman deixen una ombra sobre els suports de la paròdia¹³.

En tornar al règim constitucional, el 1820, el liberalisme local tingué oportunitats significatives en l'opinió pública. En les votacions d'abril per a electors per a triar diputats a Corts per València, els resultats a Oriola afavoriren Joaquín Ximeno i Joaquín Antonio Romero, a més de José Rico¹⁴. Poc després, un lector alacantí, que signava com a *Compadre leal*, comentava en el

11. *Censor político y literario de Murcia*, 11 (31-III-1821). En el relat liberal, els àpats a Oriola no foren iniciativa de veïns particulars –a diferència de Callosa–, o sols hi participaren alguns d'ells. Durant la desfilada de les tropes, provistes d'artilleria, s'escoltaren «*voces fanaticas, insultantes y sediciosas*», amb un detingut transitori.

12. Sols el síndic Fabián Taormina, amb la visió d'un liberalisme militant, va rebatre la proposta del ban: no estava segur que això evitara tot desordre i en aquella matèria calia prevenir riscos. Ximeno s'allunyava d'una simple solució judicial. Segons ell (9-IV), Rodríguez seria responsable dels desordres, per la qual cosa Ximeno ho comunicava a les Corts i al govern. En escrit al rei (Oriola, 12-IV-1821), reclamava que cada part defensara els seus drets davant d'un «*tribunal competente*» designat pel govern. Mentrestant, ell governaria el bisbat. Veia intolerable que s'investigara els ciutadans que s'oposaren a Herrero. A finals de 1821, Plasencia s'adreçava a Ximeno per veure de substituir Herrero (BARBASTRO, Luis, *Revolución liberal y reacción...*, p. 224). Sorzano seria empresonat a l'arsenal de Cartagena arran de la insurrecció de 1822.

13. *Relación exacta del triste-liberal entierro que se verificó en la ciudad de Orihuela*, Palma, Imp. de Felipe Guasp, 1814.

14. ROMEO, M^a Cruz, *Entre el orden...*, pp. 113-122.

Redactor Constitucional de València els resultats d'Oriola i donava lloc a una resposta anònima, que circulà per aquesta ciutat¹⁵. Segons aquest darrer full, el liberal alacantí havia caigut en la mateixa suposició que farien els liberals oriolans un any després. Presoners de la seua noció homogènia de la comunitat constitucional, suposaven que qualsevol índex absolutista creava la irritació d'una opinió pública imaginada. El *Compadre leal* havia celebrat l'elecció de Ximeno, que evitava «consecuencias funestas». Alhora deplorava l'elecció de José Rico, secretari del bisbe, a qui qualificava de «servilísimo». El fullet publicat com a rèplica considerava un insult al poble suposar que hi havia «una facción que à viva fuerza, y dispuesta à consecuencias funestas, esplicadas con inquietudes populares, se hubiese empeñado en la eleccion del Maestrescuela». Des d'aquest angle, la lògica dels defensors del liberalisme fomentava una agitació fictícia. Hi havia el retret conservador al radicalisme constitucional, per la seua propensió «sobiranista» contra el respecte als procediments i la limitació dels poders¹⁶. El replicant reafirmava l'adaptació al règim constitucional del bisbe, desterrat dos mesos més tard. El prelat valorava que la Constitució era garantia de la religió i de l'harmonia dels poders: la Carta de 1812 «se funda en la confesion y propugnacion de la Religion Católica Apostólica Romana; porque en ella se ajustan para la felicidad de la Nacion los poderes legislativo, judicial y egecutivo, y porque en ella se garantizan á un tiempo la igualdad ante la Ley, la seguridad, y la propiedad de todos y cada uno de los Españoles». En subratllar la dedicació de López a l'«auxilio de la indigencia» el text dibuixava, a més, una maniobra per a connectar amb la base de la població.

De moment, però, els liberals oriolans obtingueren un èxit en les eleccions de diputats a València, on Romero, deixeble de Ximeno, fou triat com a suplent, mentre que José Rico, l'home del bisbe, quedava relegat. A escala local podien gaudir encara de triomfs importants, explicables dins del consens al voltant d'un liberalisme no radical dels inicis del Trienni. Contràriament al que faria pensar el decantament d'Oriola per l'absolutisme, el municipi de 1821 tenia un clar predomini liberal. La documentació sobre els fets de març i abril ens permet conèixer qui n'eren els membres. L'alcalde primer era Luis Nogués i el segon José Castor de Ocaña. Els acompanyaven els regidors Fernando Martínez Aguilar, Joaquín Antonio Romero, Domingo Pacheco, Manuel Castro, Matías Sorzano, Francisco López Campillo i Francisco Ximeno i els síndics Fabián Taormina i José Manuel Esbrí.

15. *Contestación al artículo comunicado de Alicante inserto en el Redactor Constitucional de Valencia*, Oriola, Berrueto, 1820.

16. Aquesta crítica a un soberanisme contractualista i parlamentari podia ser compartida per absolutistes i liberals conservadors, ROMEO, M^a Cruz, *Entre el orden...*, pp. 167-171.

Com es veié en el debat per a donar suport a Ximeno, només el poderós Matías Sorzano defensà l'opinió contrària. Sorzano, un nouvingut allunyat de l'oligarquia municipal de l'absolutisme, ingressà en política arran de la insurrecció antifrancesa, com a membre de la Junta formada en 1808, i es caracteritzaria per reivindicar la seua qüestionable condició de noble i protestar contra els impostos¹⁷. Un altre regidor, López Campillo, es reservà el vot, al·legant la seua condició de majordom de rendes del Capítol, però expressà el suport a Ximeno. Vora un any després, en una incursió del bandoler absolutista Jaume «el Barbut» al centre de la ciutat, fou segrestat un fill de López Campillo, a qui se'n demanà el rescat¹⁸.

Amb l'excepció de Sorzano, doncs, la resta dels regidors representaven una efímera majoria liberal. La mobilització de l'opinió defensora del liberalisme el març de 1821 –una mobilització en certa mesura «conceptual»– fou el cant de cigne de la presència liberal a l'escena pública oriolana i l'inici de la seua marginació. Les experiències d'aquells mesos cohesionarien un grapat d'hisendats i membres de la petita noblesa, per tal d'imposar-se en les eleccions municipals de desembre de 1821. Enmig d'enfrontaments amb les tropes, crits ultres i amenaces de mort als liberals, es va capgirar el panorama polític. Només dos membres del consistori liberal –Esbrí i Romero– continuarien l'any 1822. Mentre desapareixien tota la resta, llevat significativament de Sorzano, ara marcarien el to els membres de la noblesa propietària. Aquest nou municipi presidí un degoteig d'incidents absolutistes, que culminarien en la insurrecció de la ciutat¹⁹.

¿Quins factors expliquen aquest fracàs d'aquella imaginada mobilització d'un «poble liberal», mobilització que els absolutistes desfermarien amb més eficàcia, tot seguit? La pregunta es relaciona amb a una altra: ¿qui formava el consistori liberal de 1821? Si atenem a un grup dels seus membres –l'alcalde Nogués i els regidors Romero i Ximeno, sense oblidar Esbrí i Taormina i algú de ben important més tard, el secretari Santa Cruz²⁰– trobem un nucli

17. MILLÁN, Jesús, *El poder de la tierra. La sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo, 1830-1890*. Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999, pp. 207-209.

18. MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos...*, p. 411. Segons el contracte de 1815-1818, López Campillo havia de cobrar en «metálico sonante», condició feixuga per als llauradors, en precipitar-se la davallada de preus, Arxiu Històric d'Oriola (AHO), *Protocolo de J. Carrasco*, 1815, f. 233v.

19. *Ibid.*, pp. 408-409.

20. Després de fugir d'Oriola el 1823, Francisco Santa Cruz Pacheco s'instal·là a l'Aragó i seria ministre durant el Bienni Progressista.

caracteritzat per dos factors. N'és un la vinculació amb el Dret. L'altre es refereix, precisament, als lligams amb el canonge Ximeno.

El regidor Francisco Ximeno era un germà seu ben proper: el canonge li havia pagat els estudis de metge²¹. L'alcalde Nogués tenia una vella relació amb el Mestrescoles en compravenda de terres, allò que sols representava part d'una teranyina de vincles²². Don Luis Nogués era un hisendat, amb una presència consolidada en la política oriolana. Probablement pertanyia a una família de comerciants de la Catalunya urbana, alhora que disposava d'una fortuna notable a Oriola. El 1811 ingressava 530 lliures de renda i vint anys més tard posseïa a Oriola 22,5 Hes. –gairebé la meitat d'horta–, que majoritàriament explotava pel seu compte. De Barcelona estant, el 1831 Blasa Nogués i Montserrat Hernández Nogués, germana i neboda de Luis, sumaven 38 Hes. gestionades pel seu familiar oriolà. Aquest estava associat als negocis del seu cunyat a Oriola, Francisco Hernández Sivila. Luis havia entrat en política com Diputat del comú el 1808 i membre de la Junta formada en esclatar la guerra. La seua arribada a l'alcaldia, el 1821, es pot veure en paral·lel amb el protagonisme de Ximeno, qui, només eixir de la presó, es presentava com al referent del liberalisme²³.

Joaquín Romero, oriolà nascut cap al 1779, era un universitari de probable extracció modesta, capaç d'exercir funcions especialitzades en el canviant escenari polític. La seua proximitat a Ximeno, vint anys més gran, era clau, com es deriva del fet que el canonge el nomenara marmessor seu en 1811. Romero, advocat des de 1802, tramità el seu doctorat l'any següent, poc després de l'elecció de Ximeno com a rector de la Universitat i dies abans que aquesta reformara les càtedres, incrementant la importància del Dret espanyol, i mirara de millorar-ne la retribució. Romero concursà a una càtedra de Dret

21. La facultat de Medicina a Oriola s'havia suprimit el 1783. El canonge havia esmerçat en els estudis de Francisco «*muchas sumas de dinero*», AHO, *Protocolo de J. López, 1811*, n° 1754, fs. 595-597. A l'acta de 9-IV-1821, Francisco deixa la sessió en votar-se la proposta de la continuïtat de son germà al timó de la diòcesi, però no passa el mateix el 13 i 14 de març. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, p. 164, n. 164.

22. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, p. 165, n. 316. AHO, *Protocolo de P. Alzamora, 1818*, fs. 216-282v. Un nebot, Mariano Nogués, seria un important comprador durant la desamortització de Mendizábal, SÁNCHEZ RECIO, Glicerio, *La desamortización de Mendizábal en la provincia de Alicante. El clero regular: 1836-1850*, Alacant, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986, pp. 83, 121.

23. Les dades fiscals, Arxiu Municipal d'Oriola (AMO-AHO), *Libro capitular, 1811*, fs. 230-236v. i *Equivalente, 1831*. GARCÍA SORIANO, Justo i ROGEL RECH, Rafael, *Orihuela durante la Guerra de la Independencia*, Oriola, Ajuntament d'Oriola, 2008, pp. 231, 278. És interessant l'estudi sociopolític de RENOM, Mercè, *Conflictos sociales i revolució. Sabadell, 1718-1823*, Vic, Eumo-Universitat de Vic, 2008.

canònic, per a arribar a regent de Lleis Reials. Des d'aquesta plaça explicaria la Constitució durant el Trienni²⁴. Romero eixia, doncs, del nucli de juristes seguidors del reformisme regalista i defensors del *dret patri*, com José i Pedro Pérez Cabrero, Vicente Orihuela i el mateix Ximeno. La militància d'aquests havia crescut en llargues pugnes, des de 1790, en favor del mèrit, representat per ells, enfront del privilegi, que consagrava la preeminència dels dominicans, el Capítol o el patriciat urbà.

Tot fa pensar que Romero era un jurista adaptable i volcat a la gestió. Els seus càrrecs no el destaquen per la seua activitat argumental ni publicística. No la desenvolupà el 1805, quan fou Diputat del comú. En les tibants sessions del Trienni, on tant es jugava Ximeno, la veu de Romero no se singularitza mai. No respon a la imatge de l'advocat disposat a embolicar amb raons, tan rebutjada pels absolutistes, sinó que actuava amb la dosi mínima d'arguments. En algun moment fou assessor de la Subdelegació *de Montes y Plantíos*, allò que l'arrecerava sota el fur de Marina. El pragmatisme i les influències poden explicar que fóra advocat del Capítol entre 1811 i 1819 o que el Consell de Castella el designara fiscal el 1815, per a ser reconvertit el 1822 en fiscal del Jutjat de Primera Instància. Havia estat regidor constitucional el 1814, per a recuperar aquesta plaça el 1820. L'absolutisme oriolà de 1823, però, no va permetre cap compromís amb aquest diputat suplent per València. Perseguit ell i sacsejada sa casa, s'establí a Cartagena, on trobà un lloc en l'administració militar durant l'Ominosa Dècada.

La imatge de Romero és la d'una eficàcia desplegada dins d'institucions, sense interès per arribar al públic com espai d'argumentació general. Per això resulta interessant el seu vincle amb un episodi del canvi d'estructures que propiciava el liberalisme. L'any 1820, Romero es casà amb Juana Villanueva Sala, filla d'un persistent litigant contra el Capítol. Els canonges, mesos abans, havien rescindit els serveis de Romero com a advocat. *Don Manuel Villanueva Torregrosa* – negociant esdevingut primer emfiteuta, amb 23 Hes., i Diputat del Comú de Bigastre– havia encetat el 1815 un plet contra les regalies dels canonges a aquest senyoriu. Villanueva no tingué dificultats per a litigar a l'Audiència de València. Els canonges, però, van mobilitzar 22 testimonis del poble a favor de la senyoria. Romero i Villanueva tenien motius per a estar en contacte des de 1805. Llavors, quan el jurista era Diputat del comú a Oriola, el seu futur sogre protagonitzà un afer, en aconseguir com abastador municipal de la neu que el contracte tancat es modificara, segons alguns, en perjudici de

24. Dades sobre la seua activitat a Archivo Histórico Nacional, *F C Ministerio de Justicia. Magistrados jueces*, 9319, que vaig conèixer gràcies a M^a Cruz Romeo. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, pp. 150-155, 115-116.

la ciutat. El 1836, mentre Romero reclamava la fiscalia d'Oriola, el seu cunyat Mariano Villanueva apareixia en l'òrbita de l'Estatut Reial²⁵.

Enmig d'aquesta xarxa, la figura de Ximeno no es pot valorar sols com la d'un clergue. La seua condició eclesiàstica s'integrava dins d'estratègies en les quals l'ingrés al clergat era un recurs que no oblidava d'altres objectius en el món secular. Les arrels de Ximeno –el pare era metge i l'inhabitual cognom matern, Francia, era el d'uns mestres d'obres, afavorits pel bisbe Tormo²⁶– se situen fora del privilegi a l'antic règim. Però podia fer servir el mèrit i els contactes per a escalar posicions, a través dels canals establerts. Com en d'altres casos, allò decisiu eren les oportunitats que fornien la condició eclesiàstica, per tal de traçar una trajectòria que, tot barrejant elements heretats i innovadors, podia acabar posant l'accent en alguna perspectiva de trencament. Amb un caràcter polèmic, segur de la seua vàlua, Ximeno es va moure per consolidar la seua personalitat entre les elits rectores, que, segons ell, havien de renovar-se, ampliant l'espai del mèrit i la dedicació al bé comú. Desplegar el mèrit personal amb garanties –conceptes llavors en redefinició²⁷– podia fer necessari, però, alguns avantatges derivats del privilegi.

El punt de partida de Ximeno no fou pas el trencament ideològic. No només havia desqualificat la filosofia francesa, sinó que durant la Guerra del Francès se sumà a les actituds menys rupturistes. En això s'apropava a un referent seu: l'oidor afrancesat de l'Audiència de Catalunya, José Soler del Olmo, oriolà i gens sospitos de liberalisme²⁸. El rebuig de Ximeno a què el Capítol participara en la Junta governativa²⁹ – Junta representativa de «totes

25. Arxiu Municipal d'Oriola-AHO, *Capítular*, 1805, fs. 385-389. Villanueva es considerava noble, MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos...*, pp. 391-392; MILLÁN, Jesús, «Agricultura y propiedad de la tierra en la colonización señorial. Bigastro (1779-1826)», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia contemporánea*, 6 (1986), pp. 29, 36; ID., *El poder de la tierra...*, p. 76. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, p. 44, n. 67.

26. BUENO, Anibal, *Personajes en la historia de Orihuela. Diccionario biográfico*, Alcoi, Caja Rural Central, 2005, p. 190.

27. LÓPEZ-CORDÓN, M^a Victoria, «La cultura del mérito a finales del siglo XVIII: servicio, aprendizaje y lealtad en la administración borbónica», dins PÉREZ SARRIÓN, Guillermo (ed.), *Más Estado y más mercado. Absolutismo y economía en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2011, pp. 75-102. Véase JONES, P. M., *Reform and Revolution in France*, Cambridge, CUP, 1995, pp. 71-79.

28. En plena guerra, Ximeno deixà en el testament les terres a Soler, amb qui tenia comptes i al qual se sentia agraït. En 1820 feia gestions per Soler, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1811, fs. 283-286v., *Id.*, 1820, fs. 405v-408. PÉREZ SAMPER, M^a Ángeles, «La Real Audiencia de Cataluña durante la Guerra de la Independencia», *Pedralbes*, 2 (1982), pp. 184, 193, 207.

29. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, p. 177. Un regidor hereditari, Agustín Pastor –la família del qual milità en el carlisme–, s'oposà al caràcter vinculant de la

les classes», que reclamava el seu caràcter vinculant per a d'altres corporacions— coincidí amb les reticències al nou poder insurreccional i sobirà. La impressió era la de qui es veu a sí mateix com a dirigent qualificat i obvi, més que no pas com qui és capaç de guanyar suports socials efectius. Com corresponia a la seua base jurídica, l'elitisme de Ximeno requeria un suport vinculant. La nació era, sobretot, l'argument teòric de legitimitat per a un dirigisme competent i renovat en la seua procedència social. Tot i que ell no s'inclinava per un trencament fundacional basat en la barreja de classes, un vegada en vigor la Constitució Ximeno s'identificà amb les garanties que donava. Els drets de «la heroica Nación Española» eren la garantia contra l'arbitrarietat. La llibertat civil assegurava la renovació de les elits³⁰. Ximeno valorava la llibertat d'impremta i esmerçà reiterats esforços per difondre les seues versions dels fets. Un moment clau fou l'edició a costa seua del discurs de Martínez de la Rosa a les Corts, a propòsit de l'anomenada conspiració d'Audinot. Això i el pròleg antiabsolutista que hi afegí el portarien a presó el 1815.

D'altra banda, Ximeno podia moderar de vegades les seues crítiques al predomini dels dominics i canonges dins la universitat, potser per tal de no fer malbé la plataforma que li donarien després la canongia —amb la benevolència del conservador bisbe Cebrián— i el rectorat de l'Estudi oriolà. Entre 1797 i 1802 un Ximeno en els quaranta anys havia assolit aquest espai, que li permetia cercar circuits més amplis, tot oposant a canongies a València i Barcelona, per bé que debades. Aquesta carrera aconsellava fomentar la propietat particular, a més de la corporativa que gaudien les institucions de les què ell formava part. Potser el Ximeno de vint i cinc anys ja gestionava un patrimoni familiar. Havia de fer-ho amb prou cura com per a que els seus companys de l'església de sant Jaume el trobaren sospitós —atés que era *hisendat*— de traïr els interessos corporatius, en tant que representant de la parròquia en la junta de regs. En el canvi de segle, el canonge aprofitaria la desamortització per a arrodonir un patrimoni de vora cinc hectàrees, alhora que se situava en

Junta, mentre que Taormina —actiu liberal el 1821— el defensava, GARCÍA SORIANO, Justo i ROGEL RECH, Rafael, *Orihuela durante la Guerra...*, pp. 330-348. ROURA, Lluís, «Jacobinos y jacobinismo en los primeros momentos de la revolución liberal española», dins ROURA, Lluís i CASTELLS, Irene (eds.), *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones Del Orto, 1995, pp. 74-80.

30. Com deia en una pastoral, amb el nou règim «*verán las inmediatas generaciones formarse insensiblemente una cadena de hombres grandes, versados en el Arte militar, en la política, y en el manejo de los negocios. Hombres que sabrán mandar un Ejército, explicar su voto en el Congreso, arengar al pueblo, entender las leyes, e intereses de la nación*», BARBASTRO, Luis, *Revolución liberal y reacción...*, pp. 138-139.

condicions d'atorgar préstecs³¹. Com a comptador del Capítol, en la greu conjuntura de llavors, Ximeno tractà de millorar l'economia corporativa, entre d'altres maneres, reclamant l'alça en la renda que pagaven els arrendataris³².

El seu univers afavorí la connexió amb certes figures d'una noblesa propietària i al servei de la Corona –en la línia dels ideals de Mayans–, com s'intueix en el cas de José Soler del Olmo³³. Destaca també el seu lligam amb Mariano Roca de Togores, qui designà Ximeno partidori de la seua herència. El testador era germà del primer comte de Pinohermoso, títol que en faltar Mariano el 1810 ostentava el seu nebot, Luis Roca de Togores Valcárcel. Es tractava d'una herència d'uns 3,2 milions de rals, pel cap baix. Aquesta fortuna s'incloïa en l'òrbita d'un elitisme socialment més obert, com ho prova que els marmessors en foren els juristes Ximeno, Vicente Orihuela i Joaquín Romero. A més, don Mariano afirmava «*ser libre en disponer*» dels béns no vinculats, aparentment majoritaris. Per això, amb una decisió ben polèmica, deixava com a hereva la família de D. Francisco Hernández Sivila, un petit noble, lligat al comerç català i cunyat de Luis Nogués, soci de Ximeno i futur alcalde oriolà, el 1821³⁴. La biblioteca i el mobiliari del difunt suggereixen una imatge coherent. En els 104 títols, destacaven la literatura i la història, amb un 34 i un 12 per 100 respectivament. El catàleg dibuixa un univers «janse-nista» que posava l'accent en la tradició literària del Barroc i, especialment, en obres que preludiaven la identificació amb l'espai nacional espanyol³⁵. El Quixot interessava molt don Mariano –fins el punt de fornir part de la seua

31. En 1812 adquirí 11 hes. de secà, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1820, fs. 157-159. A través de la seua familiar Maria Vallejos, el Mestrescoles estava relacionat amb els Soler, llinatge secundari del patriciat. Ximeno prestà 14.680 rals a la vídua María, que aquesta no va poder tornar. En 1820, el canonge demanà l'execució de les dues tafulles d'horta hipotecades, les quals, en no tenir comprador, serien seues, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1821, fs. 266v-274 i 1820, fs. 405v-408.

32. JAVALOY, Carmen, *El rector Joaquín Ximeno...*, pp. 173-178. MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos...*, p. 399-400. En contractes de Ximeno en nom del Capítol, aquest es reservava el desnonament per mort del llaurador o endarreriments «*sin figura alguna de juicio*», com era normal a la zona, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1812, fs. 690-692v.

33. MESTRE, Antonio, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*. València, Universitat de València, 2ª ed., 2000, pp. 279-281.

34. AHO, *Protocolo de J. Carrasco*, 1815, f. 1142v. Mariano destacava «*la buena correspondencia*» amb aquesta família i «*el afecto y cariño que profesava a sus hijos, a quienes havia tratado intimamente desde su nacimiento, deseandoles todos sus adelantamientos*». Nogués i Ximeno eren marmessors d'Hernández Sivila i sa muller, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1811, fs. 283-286v. Es pot suggerir que els fills de Blasa Nogués serien de Mariano Roca de Togores, BUENO, Aníbal, *Personajes en la historia de Orihuela...*, p. 444, situació comparable a la de la comtessa Amaranta dels *Episodios de Galdós*.

35. ANDERSON, Benedict, *Comunitats imaginades. Reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, València, Universitat de València, 2005, pp. 43-51.

decoració domèstica—, com també el *Peregrino en su patria*, de Lope de Vega, sense oblidar la bibliografia sobre l'Amèrica espanyola, la Guerra de Successió a Espanya o la dels Set Anys a Europa. Un nodrit fons religiós —on destacava S. Agustí— s'arrenglerava amb obres de Quevedo i Francisco Santos —i una *Pícarra montanera*—, juntament amb les de Feijoo, Flórez, Iriarte, Croiset o Prévost, sense que hi faltara l'antirevolucionari Hervás y Panduro de la *Historia de la vida del hombre*. Dues obres són prou significatives: els *Elementos de policía* de von Justi i uns *Elementos* de Pestalozzi, obra encara no traduïda a Espanya³⁶. Tot plegat, un món cultural que evolucionava sobre l'herència del Barroc i que es relacionava, en part, amb el jesuïta Seminari de Nobles de València. Els seus horitzons integrarien novetats del reformisme elitista, dins d'un regalisme monàrquic i fomentador d'una certa identitat espanyola, alhora que, per últim, insistia en la formació de la personalitat.

L'accent individualista de Mariano Roca de Togores, en disposar sobre el nucli del patrimoni, es relaciona, a més, amb la seua confiança en els universitaris il·lustrats i amb el seu patrocini d'una família d'una noblesa sense títol, econòmicament activa i probablement amb inquietuds intel·lectuals. En distanciar-se del seu nebot, el comte de Pinohermoso, aquell Roca de Togores fadrístern representaria un patronatge a favor d'un cercle, del qual s'esperava la renovació del patriotisme al servei públic. Després de mort, el patrimoni de don Mariano aprofundí en aquest paper. En això es comprova una afinitat amb el liberalisme d'un altre personatge d'aquesta història com era Vicente Rocamora, marquès de Rafal, desitjós de sanejar el seu patrimoni aprofitant la desvinculació³⁷. Mariano Roca de Togores, explicaria Ximeno, s'havia preocupat per limitar l'abast dels vincles que havia heretat, sens dubte un tema conflictiu. Temia el malestar de la seua família, encapçalada pel seu nebot, el comte, atés el destí que donava als béns «*porque los dejaba a personas estrañas de ella, si bien que con motivos justos*». Poc després del seu traspàs, el com-

36. La «montanera» pot ser *La pícarra Justina*. Sobre l'obra de von Justi a Espanya, LLUCH, Ernest, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840): els orígens ideològics dels proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*, Barcelona, Edicions 62, 1973, pp. 75-79 i *La Catalunya vençuda del segle XVIII: foscors i clarors de la Il·lustració*. Barcelona, Edicions 62, 1996, pp. 196-198. El títol de Pestalozzi pot ser l'adaptació de Joseph Schmidt, *Die Elemente der Form und GröÙe (gewöhnlich Geometrie genannt)* (Bern, 1809 i 1810). L'intent de Godoy d'adoptar la pedagogia de Pestalozzi en l'educació castrense fou frenat, LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 250-253. Tres fills oficialment d'Hernández Sivila eren militars, MILLÁN, Jesús, *El poder de la tierra...*, p. 227.

37. MILLÁN, Jesús i ZURITA, Rafael, «Élites terratenientes y tipos de caciquismo. La casa de Rafal/Vía-Manuel entre la revolución liberal y la crisis de la Restauración», *Historia Agraria*, 16 (1998), pp. 153-181.

te de Pinohermoso reclamà judicialment nombroses finques. Ximeno, però, comptava amb instruccions del testador per a oposar-s'hi al màxim i designar un administrador. Durant cinc anys el llegat seria administrat, a iniciativa de Ximeno i Romero, per Luis Nogués, futur alcalde liberal, qui era soci del canonge i cunyat i marmessor de l'hereu designat pel noble.

S'hi jugava la transferència d'un patrimoni nobiliari a un sector que es feia progressivament alternatiu en política. Això resultaria molt polèmic en l'espai públic. A finals del Set-cents, els informes municipals denunciaven que Mariano Roca de Togores, tot i incrementar el seu patrimoni amb contínues compres, no pagava l'Equivalent a Oriola i la seua rodalia, des de vora 1780, al·legant ser cavaller de S. Joan o per una tèrbola protecció de l'Intendent valencià. El greuge havia de resultar feixuc per a l'oligarquia tradicional oriolana, cada cop més revoltada contra la fiscalitat ascendent de la crisi de l'antic règim. El tema s'havia inclòs en un virulent memorial de la ciutat, justament el dos de maig de 1808³⁸.

Balanç: privatització i sobirania en l'ascens de l'Estat-nació liberal

Aquests processos van plantejar unes disjuntives fonamentals entre autoritat i garanties, entre la manera com es configurava l'autoritat «anònima» de l'Estat-nació i la defensa dels interessos particulars. El rerefons del liberalisme, en aquest cas, ens mostra com en els inicis d'aquest Estat no existia una contraposició entre la defensa d'interessos particulars i la demanda d'un poder inèdit, definit pel concepte de «sobirania». L'Estat nació liberal no es plantejava com a l'eina d'un interès privat o de classe. Com s'esdevenia arreu d'Europa occidental, precisament quan les economies productives es privatitzaven, sorgia l'Estat com a un espai imprescindible de serveis i garanties comunitàries³⁹.

La trajectòria que conduí Ximeno i el seu cercle a l'activisme liberal se'n pot considerar un exemple. Es tractava d'una evolució que desenvolupava aspectes individualistes, incloent-hi la disposició privada de la propietat, dins de les estructures de l'antic règim. No hi ha indicis d'un trencament ideològic abans de la Constitució de Cadis. Eren figures integrables dins de l'anomenada «burguesia d'antic règim». En elles trobem la fidelitat a la innovació intel·lectual, especialment en el camp del Dret «patri», el distanciament respecte a les pràctiques religioses no rigoristes, la cerca de la promoció personal i la

38. MILLÁN, Jesús, *Rentistas y campesinos...*, pp. 324, 383.

39. JONES, E. L., *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 194-195. LANGEWIESCHE, Dieter, «La nación como comunidad de recursos», dins ID., *La época del estado-nación en Europa*, València, 2012, en premsa.

defensa de les pautes normatives de conducta, en pugna amb les inèrcies comunitaristes, juntament amb l'interés per una propietat individual, fins i tot, oposada a la propietat institucional. Alhora, aquests elements creixien en els solcs parcialment privilegiats de l'antic règim. El Ximeno sacerdot maldà per fer-se un lloc al Capítol i a una universitat sota el pes de clergues i patricis. Joaquín Romero fou prou discret com per a ser vist com a un eficaç funcionari de l'absolutisme fernandí i un servidor dels interessos d'uns eclesiàstics a la defensiva. Podien confluïr en negocis i sociabilitat amb un gran propietari privilegiat, tot i que aquest destacara per la seua reivindicació –probablement escandalosa– de la disponibilitat individual del patrimoni, fora de la coerció familiar. No eren elements conservadors, en principi, allò que faltava entre els membres d'aquest elitisme alternatiu.

Però això no estalvià el moment espectacular de la ruptura. En abraçar el liberalisme de Cadis, Ximeno entrava en un escenari substancialment distint. La noció de la sobirania nacional era per a ell la base d'un espai jurídic homogeni i de funcionament automàtic, que hauria de protegir individus portadors de la competència i el mèrit, al servei d'un concepte prou teòric del bé comú. La llibertat civil, la ciutadania i la propietat serien les columnes d'aquest espai, que no admetia excepcions. En reivindicar la seua permanència al capdavant de la diòcesi, Ximeno denunciava (12-IV-1821) que l'administrador de correus, que li negava la correspondència oficial, no era espanyol, sino un italià no naturalitzat. Les disposicions que no el reconeixien en el càrrec, deia el canonge, «*infringen el sagrado derecho de propiedad turbando al mismo tiempo el orden*». Fou a partir d'aquestes prioritats com la xarxa de relacions teixida per Ximeno s'identificà com a pilar local de les noves institucions i es radicalitzà, fins a arribar a pràctiques de caire jacobí⁴⁰. Durant el Trienni, les distàncies que en 1808 havien separat el sobiranisme d'un Fabián Taormina enfront d'un Ximeno, llavors partidari de l'autonomia estamental, havien desaparegut. Ara

40. Aquest radicalisme liberal s'imposà a nuclis urbans on tenien força alguns factors massa reduïts en el cas oriolà, com ara una burgesia de negocis local, amb bones perspectives de beneficiar-se dels canvis en el mercat de la propietat i en la legislació antisenyorial, o un nombrós i degradat artesanat, sotmés als grans mestres i comerciants, tots dos blocs enfrontats alhora amb el dirigisme excloent del patriciat urbà, ROMEO, M^a Cruz, «La sombra del pasado y la expectativa del futuro: 'jacobinos', radicales y republicanos en la revolución liberal», dins ROURA, Lluís i CASTELLS, Irene (eds.), *Revolución y democracia...*, pp. 107-138 1995. MILLÁN, Jesús i ROMEO, M^a Cruz, «¿Por qué es importante la revolución liberal en España? Culturas políticas y ciudadanía en la historia española», dins BURGUERA, Mónica i SCHMIDT-NOWARA, Christopher (eds.), *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, Universitat de València, 2008, pp. 17-43.

tots dos estaven en el punt de mira d'un absolutisme irritat, que es beneficiava dels dubtes creixents entre els liberals d'ordre.

L'inici del Trienni havia afavorit l'ascens del liberalisme oriolà. Amb tot, la presència en les institucions de l'influent comerciant proabsolutista Sorzano o de figures de l'entorn del bisbe exiliat mostrava que els més conservadors no estaven en la impotència. Des de finals de 1820, el liberalisme organitzat al voltant de Ximeno ensopegà amb entrebancs. Alhora que s'encetaven la desamortització i la desvinculació –amb l'amenaça consegüent per als sectors que venien combinant privilegi, poder local i individualisme possessiu–, es multiplicaren a Oriola les manifestacions de rebuig a la Constitució. En la lluita quotidiana pel significat del nou sistema, els liberals oriolans comprovaven els seus límits, enfront de frares i propietaris en dificultats. Probablement, els interessos i les concepcions del poble que hi havia dins del cercle liberal no facilitaven la seua comunicació amb la base del món local.

Aquells liberals no evitarien un rebuig de to comunitari entre la població. En 1820-1821 quallaria una mobilització socialment complexa, que prenia cos a partir de la politització antiliberal d'elements religiosos propers a les capes populars. A la ciutat, aquestes estaven integrades per un artesanat precari i parcialment lligat al consum dels privilegiats. Els gremis més nombrosos es nodrien de l'intent de buscar una alternativa per part dels qui no trobaven eixida en l'agricultura. En el camp, els drets senyorials no representaven el pes decisiu sobre la majoria dels llauradors, allò que reduïa l'abast de l'antifeudalisme. El lloc clau corresponia a una propietat privada rendista, la legitimitat de la qual no es qüestionava. El conreu intensiu per via contractual absorbia franges de població precària del camp. En aquest medi, havien de tenir un gran pes els valors religiosos que guiaven l'ètica del treball i afavorien la bona opinió dels qui maldaven per seguir com a *llauradors*, quan molts factors els empenyien cap a la massa dels *jornalers*. L'arrelada propensió a prendre explotacions sota la renda feia dels regadius valencians –segons havia observat temps enrere un il·lustrat oriolà– una excepcional reserva de *llauradors* a tot Espanya. La crisi agrària havia fet més actual aquesta tendència, ja que molts amos en dificultats, malgrat la lletra dels contractes, no estaven en condicions de prescindir dels arrendataris poc solvents. L'11 per 100 dels arrendaments escripturats el 1821 es feren amb llauradors endeutats pel contracte anterior i, a més, s'estenien la fragmentació de les explotacions i la rebaixa de la renda en vigor: descomptar-ne la quarta part no era anòmal. La crisi agrària donava un to més decisiu a unes canviants relacions entre amos rendistes i llauradors de pocs recursos, relacions que venien d'abans i que es projectarien cap al futur. En elles no mancaven les estratègies tibants. Cap a 1821,

la identificació emotiva i mobilitzadora amb un discurs altament ideològic arrelava –a diferència de tantes altres zones– en un escenari com aquest, que feia versemblants per a la majoria el tipus d'interpretacions del que passava i la mena de col·laboració subordinada que caracteritzaven l'absolutisme. En el terreny discursiu, la iniciativa restava, sense compromisos programàtics, en les velles oligarquies, ressentides per la renovada fiscalitat i la fi dels vincles i les regidories vitalícies, alhora que la desamortització afavoria l'ascens d'una colla de negociants forasters⁴¹. El resultat produiria aquell especial «status no problemàtic» de l'amo rendista, que Unamuno evocà en els seus records del carlisme⁴².

El propòsit liberal de protagonitzar l'opinió pública local era un miratge voluntarista. Els liberals van guanyar les eleccions de 1820, però la seua projecció social mostrà aviat els seus límits. En això influiria la imatge del règim constitucional, arran de l'intent d'apartar l'absolutista Herrero de la direcció de la diòcesi, precisament quan a d'altres indrets d'Espanya es reproduïa el mateix problema de les relacions entre autoritat i opinió mobilitzada. En

41. Segons l'arbitrista oriolà Pablo de Mora, «no hay Reino más abundante de Labradores, y Hortelanos ... que Valencia (...) Y assi ... sera facil sacar de aquel Reino infinitos Labradores para las demás Provincias», VALLEJO, José M^a, *Un oriolano en la Corte de España: Pablo de Mora y Jaraba*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, p. 79, n. 160. Sobre les estratègies d'amos i colons, MILLÁN, Jesús, *El poder de la tierra...*, pp. 148-157, 237-243 i *Rentistas y campesinos...*, pp. 377-381, 442. CALATAYUD, Salvador et alii, «Leaseholders in capitalist Arcadia: Bourgeois hegemony and peasant opportunities in the Valencian countryside during the nineteenth century», *Rural History*, 17 (2006), pp. 149-166. Molts amos no incorporaven a la renda tota la part suprimida del delme, MILLÁN, Jesús, «Triunfo y límites de la propiedad en el arrendamiento valenciano», dins DE DIOS, Salustiano et alii (eds.), *Historia de la propiedad. Costumbre y prescripción*, Madrid, Colegio de Registradores, 2006, pp. 401-402. ID., «Radicalismo, pasividad, contrarrevolución: Política y conflicto en la sociedad agraria española durante el ascenso del capitalismo», *Idearium*, 1 (1992), pp. 75-90. Sobre la «lluita pel significat», MEDICK, Hans, «Els missioners en la barca de rem?» Vies de coneixement etnològic com a repte per a la història social», dins COLOMINES, Agustí i OLMOS, Vicent (eds.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja i Barcelona, Afers, 1998, pp. 147-181. El marquès de Rafal, endeutat amb el seu antic administrador, el regidor López Campillo, li havia cedit a aquest rendes de quinze colons seus, per vora 69.000 rals, AHO, *Protocolo de J. López Pérez*, 1820, fs. 216-217, 433-436.

42. Els arrendataris carlistes, va escriure, «dependían de su tierra y de su brazo, sin más mediador entre aquella y éste que el amo, cuyo derecho de propiedad acataban sencillamente, cual un misterio más», UNAMUNO, Miguel de, *Paz en la guerra* (orig. 1897), Madrid, 2009, p. 100. Al meu parer, Antoni VIVES, «Carlismo y caciquismo: las subjetividades campesinas en la historia contemporánea de España», *Ayer*, 83 (2011), pp. 158-159, precipita la identificació amb l'estructuralisme o l'utilitarisme de propostes diferents, que engloba com a *història agrària*. La seua em sembla una lectura insuficient de les investigacions sobre les prioritats dels arrendataris i l'aprofitament dels seus marges d'actuació.

aquest context es descobririen els significats divergents del que volia dir una autoritat recolzada en l'opinió. En realitat, aquest criteri havia estat enunciat dins de l'antic règim. A l'Europa de l'antic règim es considerava «veu pública» no simplement les opinions que circulaven entre els veïns, sinó un consens majoritari, acceptat per figures autoritzades d'una comunitat. Amb motiu de les reformes municipals de Carles III a Espanya es confià l'elecció d'alguns càrrecs nous al sufragi dels veïns, fins i tot en secret, sense distincions estatamentals. Alhora, es consideraven excloses les activitats discursives per tal de guanyar l'opinió dels individus, sobretot d'aquells que eren dependents d'altres de posició més elevada⁴³. Fer això es considerava suborn i portava a rebutjar com a inviable aquella extensió del sufragi i a mirar de configurar una elit estable en el seu lloc. L'aixecament nacional contra Napoleó afavorí excepcionalment un escenari distint. La nocturna deliberació «assembleària» del municipi oriolà, el 1821, no s'allunya massa de la que l'Audiència de Saragossa hagué de fer el 1808, per iniciativa del monàrquic Palafox⁴⁴. El sobiranisme del nou sistema es caracteritzaria per posar l'èmfasi en la llibertat de premsa i pel criteri segons el qual, com deia l'article 13 de la Constitució, l'objectiu del govern era el benestar dels individus que formaven la nació. L'ampliació sense precedents de l'espai públic i l'autonomia individual era òbvia. D'aquesta manera, entrava en crisi un precari equilibri de la darrera època de la Il·lustració: el que havia permés d'estendre l'avanç corrosiu de «les llums» entre sectors patricis, alhora que es defensava una «superstició socialment útil» entre sectors subalterns⁴⁵.

En fer-se portaveu del liberalisme, el grup de Ximeno –per a qui les allaus de «*gacetas y periódicos en el día tanto ilustran*»⁴⁶– donava suport a unes conseqüències que anaven més enllà dels seus propòsits immediats. Això, en

43. Els criats, segons un divulgat manual, devien «*trabajar fielmente en beneficio de la casa donde sirven*» y «*no han de recibir cosa alguna de otras personas contra la voluntad de su señor*», ARBIOL, Antonio, *La familia regulada*. Saragossa, Diputació de Zaragoza, 2000, pp. 582-583. Això podia fonamentar que la raó política no entrara en conflicte amb els vincles de dependència o patronatge.

44. FRASER, Ronald, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 134-136.

45. WINDLER, Christian, *Élites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y Monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*, Universidad de Sevilla, Còrdova i Sevilla, 1997, pp. 239-281. GARCÍA MONERRIS, Encarnación, *La monarquía absoluta y el municipio borbónico: la reorganización de la oligarquía urbana en ayuntamiento de Valencia*, Madrid, CSIC, 1991, pp. 364-387. MILLÁN, Jesús, «Del poble del regne al poble de la nació: la guerra del Francès i l'espai social de la política», dins SAUCH, Núria (ed.), *La Guerra del Francès als territoris de parla catalana*, Afers-Institut Ramon Muntaner, Catarroja i Barcelona, 2011, pp. 329-346.

46. BARBASTRO, Luis, *Revolución liberal y reacción...*, p. 50.

correspondència amb una capacitat d'integració socialment reduïda a Oriola, conduiria aviat a una ràpida alternativa. A inicis de 1821 es comprovaren les conseqüències d'aquell ús teòric de l'opinió patriòtica i de l'harmonia de l'autoritat amb ella, problemes que presidien l'evolució del liberalisme europeu⁴⁷. Les agitades sessions nocturnes van mostrar a molts que el liberalisme gadità s'apropava a un sistema anàrquic, en benefici d'un grapat d'ambiciosos. Això multiplicà els liberals incòmodes amb aquella dinàmica. Sobretot, esperonà una reacció organitzada, que agranaria del municipi gairebé tots els regidors liberals, i alenà l'agressivitat absolutista. Per últim, l'escenificació d'una unanimitat liberal, en part sota la pressió de la força armada, assenyala una de les trajectòries característiques de la peculiar mobilització basada en la sobirania de la voluntat nacional.

47. KIRSCH, Martin, «Los cambios constitucionales tras la revolución de 1848: el fortalecimiento de la democracia europea a largo plazo», *Ayer*, 70 (2008), pp. 199-239.

Protesta, desobediencia y violencia subversiva. La Semana Trágica de julio de 1909 en Cataluña

Protest, Disobedience and Subversive Violence. The July 1909 Tragic Week in Catalonia

Gemma Rubí

Universitat Autònoma de Barcelona

Recibido: 2-III-2011

Aceptado: 19-XII-2011

Resumen

Este artículo pretende revisar la Semana Tràgica de julio de 1909 en dos vertientes. Por un lado, pone de manifiesto su amplia extensión territorial, que alcanzó toda Cataluña, con una mayor intensidad en las comarcas barcelonesas y gerundenses. Por otro, observa esta amplia insurrección como una revuelta contra el Estado de la Restauración borbónica, puesto que los amotinados colapsaron las comunicaciones por las que circulaba su autoridad.

Palabras clave: Insurrecciones, Restauración borbónica española, Semana Trágica de Cataluña, Historia social, Movimientos sociales.

Abstract

This article aims to revisit the Tragic Week of July 1909 on two fronts. On the one hand, shows the wide extent of the territory reached Catalonia, not only Barcelone, with greater intensity in the regions of Barcelona and Girona. Furthermore, look at this widespread insurrection as a revolt against the state of the Bourbon Restoration, since the rebels collapsed communications from circulating his authority.

Keywords: Insurrections, Spain Bourbon Restoration, Catalonia Tragic Week, Social History, Social Movements.

Contemplar la rebelión de julio de 1909 en Cataluña como una revuelta contra la autoridad estatal o una insurrección que hoy denominaríamos antisistema es un eje de debate que apenas se ha planteado hasta el momento, dado que tradicionalmente la historiografía ha preferido poner el acento en la violencia anticlerical reflejada en la quema de edificios religiosos¹. Y, cuando se ha reivindicado la dimensión política, ha sido sobre todo para explicar las repercusiones del caso Ferrer y Guardia y la movilización internacional que provocó su sentencia de muerte sobre el futuro de la vida política de la Restauración².

La mirada que planteamos en este artículo pretende reconsiderar esta insurrección contextualizándola en una arraigada dinámica de protesta política tradicional, que frecuentemente se manifestó con un carácter abiertamente antiestatal³, protagonizada por los sectores populares y mesocráticos en la Cataluña contemporánea, y especialmente del último cuarto del siglo XIX⁴.

1. La bibliografía sobre el componente anticlerical de esta insurrección es muy abundante. Una aproximación historiográfica en PALÀ, Albert, «L'obrerisme i la crema de convents de 1909. Algunes reflexions historiogràfiques», en *Església, societat i poder a les terres de parla catalana. Actes del Congrés de la CCEPC. Vic, 20 i 21 de febrer de 2004*, Valls, Coordinadora de centres d'estudis de parla catalana/Universitat de Vic/Cossetània edicions, 2005, pp. 575-586. Sobre el anticlericalismo en cuanto a ingrediente central en la cultura de la movilización popular, véase a todos los efectos, DE LA CUEVA, Julio; MONTERO, Feliciano (eds.), *La secularización conflictiva. España (1898-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007; LA PARRA LÓPEZ, Emilio; SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Una reciente síntesis en SUÁREZ CORTINA, Manuel, «Entre cirios, barricadas y bayonetas. El anticlericalismo en la España de fin de siglo», en MOLINER, Antonio (ed.), *La Semana Trágica de Cataluña*, Barcelona, Nabla Ediciones, 2009, pp. 25-50.
2. El origen de este artículo procede de algunas reflexiones que tuve la ocasión de exponer en la mesa redonda en la que participé en el marco de las Jornadas sobre la Semana Trágica organizadas por el Centre d'Història Contemporània de Catalunya y que se desarrollaron en el Museu d'Història de Catalunya los días 28 y 29 de mayo de 2009. Algunas de las ideas expuestas aquí se desarrollaron en una primera versión en catalán en el libro que recoge las aportaciones de las Jornadas, *Els fets de la Setmana Tràgica*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2010.
3. Al margen del uso de fuentes secundarias, significativamente de obras coetáneas y de monografías especializadas, hemos consultado profusamente la documentación oficial, —hasta ahora escasamente utilizada por la historiografía clásica de la Semana Trágica—, depositada en la Fundació Antonio Maura, el Archivo General de Palacio, el Archivo Histórico Nacional, y diversas fuentes pertenecientes a gobernantes de la Restauración localizados en la Real Academia de la Historia, como el del conde de Romanones y el de Natalio Rivas, o en sus archivos particulares, como es el caso del archivo de Juan de la Cierva. Debo agradecer la financiación obtenida a través de mi participación en el proyecto de investigación «La cuestión catalana en la política española del siglo XX» (BHA2002-01307).
4. Una primera aproximación historiográfica a las monografías publicadas a raíz del centenario de la Semana Trágica en BARNOSELL, Genís, «La Setmana «Tràgica»: a la recerca

Unas prácticas de movilización y unos símbolos de protesta tradicional a las que se sumó desde principios del siglo XX la influencia de los principios del socialismo revolucionario francés o la vinculación más específica entre acción revolucionaria y revolución política contenida en los postulados republicanos en un clima de abierta crisis del anarquismo catalán. Y claro está, sin olvidar por ello la ingente labor de agitación desarrollada por Alejandro Lerroux en el ámbito del republicanismo barcelonés y su radicalización convirtiéndose en portavoz de las masas desheredadas; o el compromiso revolucionario de figuras como el anarquista Francesc Ferrer y Guardia que, en la vigilia de la explosión obrera de 1902, entendía que solamente la huelga general haría posible la Revolución, en un intento libertario de desmarcarse de la estrategia del movimiento republicano⁵.

Este enfoque situado en la larga duración cronológica explicaría en buena medida el porqué la gente durante estos días de anarquía de julio de 1909 apelaba a los símbolos republicanos, algo que evidenciaba que seguían teniendo un pleno significado en el imaginario de los sectores populares catalanes. Porque bien es verdad que la simbología tiene en toda manifestación colectiva unos evidentes efectos movilizadores a la hora de sumar apoyos⁶. El recuerdo de la federal de 1873 todavía no se había evaporado en aquella coyuntura tan conflictiva. Buena prueba de ello es la recuperación del lenguaje propio del movimiento juntista, la toma de decisiones efectuada desde abajo y el papel activo de las asambleas, el uso del petróleo «purificador» y la ocupación de los espacios religiosos, o el uso de expresiones como «cantón plebiscitario» en referencia a la experiencia asamblearia de Granollers, o la consideración

dels «culpables», *L'Avenç*, n.º 348 (julio-agosto 2009), pp. 54-56. Los libros que han aparecido con ocasión del centenario de la Semana Trágica y que han dedicado nuevamente la atención en el fenómeno anticlerical han sido en primer lugar el de CORS, Ramon, *La Setmana Tràgica de 1909. L'Arxiu Secret del Vaticà*, Barcelona, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, 2009, que ha explorado en cantidad suficiente la documentación de los Archivos Secretos del Vaticano, y por lo tanto, la posición de la Iglesia. Y el de MARIN, Dolors, *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009, que analiza el mismo fenómeno desde la perspectiva de la fuerza y vigencia en la Cataluña de 1909 del librepensamiento, la escuela racionalista y el anarquismo ferrerista, y del rearme propagandístico consiguiente practicado por los sectores católicos. Finalmente, cabe citar el monográfico dedicado a estos hechos que recogen las ponencias presentadas en unas jornadas celebradas en la Biblioteca Balmesiana de Barcelona en *Analecta Sacra Tarraconensia*, n.º 89 (2009), especialmente y entre otras, la de CULLA, Joan Bta., «Revisitar la Setmana Tràgica», pp. 57-72.

5. *La Huelga General*, 15-XII-1901.

6. Sobre la importancia de los símbolos en la política moderna véase, entre otros, de ORY, Pascal, «L'histoire des politiques symboliques modernes: un questionnaire», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n.º 47-3 (juillet-septembre 2000), pp. 525-536.

de cantón «independiente» en alusión a la de Sabadell. Como tampoco lo es, y no por casualidad, que los huelguistas acudieran a buscar aquellos viejos fusiles Remington que todavía se guardaban en la calle Sadurní de Barcelona y que habían pertenecido a los Voluntarios de la Libertad de la época de la Revolución Gloriosa. O podríamos recordar lo ocurrido en la plaza Padrón de Barcelona, donde, según cuenta el anarquista Adolfo Bueso en sus memorias, una vez coronada la barricada que habían levantado allí, todos cantaron el himno de la Marsellesa con letra traducida al catalán por Josep Anselm Clavé⁷.

Por otra parte, como ya insinuamos en la presentación del libro sobre la Solidaridad Catalana y España, la Semana Trágica fue un epifenómeno de la profunda desafección que experimentaba la sociedad catalana en aquel final de la primera década del siglo XX⁸. Con frecuencia se ha analizado el movimiento solidario y la Semana Trágica como si se tratara de fenómenos separados, divorciados, que nada tuvieran que ver entre sí, un hecho que atribuyo básicamente a los apriorismos contenidos en las interpretaciones de algunos coetáneos, incómodos frente a una revuelta que los sobrepasó y que no acabaron de comprender, y quizás también al posicionamiento de una parte de la historiografía sobre el movimiento obrero, que ha preferido desvincularlos porque entendía que el primero era un movimiento esencialmente burgués y catalanista y el segundo, una insurrección de cariz popular y obrerista.

La realidad supera, en mi opinión, ambas interpretaciones: debemos tratar de ver la Solidaridad Catalana y la Semana Trágica como hechos complementarios, como dos formas distintas, si bien radicalmente diferentes, de expresar el profundo divorcio que existía en aquellos momentos entre la sociedad catalana y el Estado de la Restauración. Aquello que unía a las dos manifestaciones de masas, en realidad dos tipos de solidaridades transversales diferentes, era la expresión de una radical marginación política, que en el primer caso se resolvió parcialmente con una victoria contundente de los candidatos solidarios en las elecciones generales de abril de 1907, mientras que en el segundo, la expresión de la impotencia asociada a un silencio forzado, el de las clases populares, menestrales y profesionales, acabaría por canalizarse de forma virulenta. Aun así, mientras Solidaridad Catalana era orquestada por un comité ejecutivo y se basaba en un pacto político sellado entre fuerzas tan dispares entre sí como carlistas, republicanos y regionalistas, es discutible que los acontecimientos de julio de 1909 fueran producto

7. BUESO, Adolfo, *Recuerdos de un cenetista. De la Semana Trágica (1909) a la Segunda República (1931)*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1975.

8. RUBÍ, Gemma; ESPINET, Francesc (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya (1905-1909)*, Barcelona, Editorial Base, 2008, p. 9.

de una inteligencia parecida; ni siquiera que Solidaridad Obrera, primer intento de unificación de las tradiciones obreristas catalanas, fuese el cerebro ejecutor de la protesta.

Nos hallamos, pues, ante una revuelta poliédrica, cuyas múltiples caras compartieron un mismo canal de expresión: el profundo rechazo a un sistema político que ignoraba las clases populares y las condenaba irremisiblemente a la explotación económica, al silencio político y a la tutela interesada de la Iglesia. A la vez, la protesta fue mucho más transversal de lo que podríamos imaginar. Como lo recordaba el sabadellense Manuel Folguera y Duran, miembro de la Unió Catalanista, «*amb la protesta del Govern tots estem conformes: els comerciants, els fabricants, els propietaris i els obrers*»⁹.

Por este y otros motivos, deberíamos situar la Semana Trágica en el contexto de una coyuntura de intensa desafección de la sociedad catalana hacia el Estado de la Restauración, de alejamiento, en definitiva, entre la sociedad catalana y el estado. Un periodo histórico que arrancaría con los hechos del Cu-Cut en noviembre de 1905 y que acabaría con la caída del gobierno largo de Maura, a raíz de la implacable política represora que éste llevó a cabo contra el obrerismo, el republicanismo y el catalanismo radical tras los hechos de julio de 1909. En realidad, nos encontramos en la primera etapa de la militarización de la vida política española, que Carolyn P. Boyd ha definido como el pretorianismo recuperado del siglo XX. Según esta historiadora, dicha etapa, que daría comienzo el año 1898, tendría como epicentro los hechos del Cu-Cut y la Ley de Jurisdicciones y, a mi modo de ver, se extendería hasta incluir las consecuencias de la Semana Trágica¹⁰.

La erosión de las instituciones estatales, de su autoridad y la de la Iglesia durante el estallido de protesta que tuvo lugar durante esta semana de julio de 1909 provocó tal conmoción entre las clases dirigentes catalanas que llevó a los partidos dinásticos, con la total complicidad y aquiescencia de aquellas, a orquestar durante el otoño de este mismo año una intensa campaña de patriotismo y de colonialismo con el fin de poder amortiguar en la medida de lo posible el creciente antimilitarismo, y por extensión antiestatismo, existente en la sociedad catalana¹¹. Este rebrote de patriotismo colonialista contribuye

9. FOLGUERA DURAN, Manuel, *Una flama de la meva vida (Memòries)*, Sabadell, Col·legi de Doctors i Llicenciats, 1996, p. 176.

10. BOYD, Carolyn P., «Violencia pretoriana: del Cu-Cut! al 23-F», en Santos Juliá (dir), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 289-325. También ROMERO MAURA, Joaquín, *La Romana del Diablo. Ensayos sobre la violencia política en España (1900-1950)*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

11. MARTÍN CORRALES, Eloy, «Otoño de 1909: recuperación del patriotismo colonialista tras el agotamiento de la Setmana Tràgica», en DELGADO, Josep Maria et al. (edición

a resaltar el carácter abiertamente antisistema y antiestatal que revistió la Semana Trágica, ampliamente compartido por toda la sociedad catalana. Y a acariciar como así lo hizo el dirigente de la Lliga Francesc Cambó la idea de la necesidad que de súbito, frente al arrojo revolucionario, la sociedad catalana tenía de «gubernamentalizarse». Parafraseando a Cambó, en una conferencia pronunciada durante el mes de noviembre de 1909, «*la gran mayoría de ciudadanos de Barcelona se había horrorizado de la revolución, deseaba acercarse a la autoridad*»¹².

¿Una rebelión anunciada?

Hacía muchos años que el Gobierno estaba aislado: desde que el catalanismo político había ido ganando terreno en la sociedad catalana e iba calando en una opinión pública progresivamente desafecta, pero al mismo tiempo estaba solo por su prolija gobernabilidad, como si talmente el mismo esfuerzo malograra la atención de las autoridades. Un territorio «imposible» a los ojos del Gobierno a causa precisamente de su constante insubordinación. Esta era una sensación fuertemente extendida en medios oficiales durante las semanas previas al estallido revolucionario. Con el movimiento de Solidaridad Catalana, observaba el sacerdote Augusto Riera, «*Barcelona y una parte de Cataluña parecían estar absolutamente divorciadas del Gobierno de la nación, y solidarios y revolucionarios, por la cuenta que les tenía, procuraban que tal estado de cosas se prolongara indefinidamente. Y el Gobierno, por su parte, no parecía poner empeño en reconquistar el terreno perdido*»¹³. Para el propagandista católico Modesto H. Villaescusa, esta situación lo llevaba a lamentar la angustiosa «*orfandad moral en que se halla sumida Barcelona*»¹⁴.

Por otro lado, no tenemos que olvidar tampoco que tanto Solidaridad Catalana, como Solidaridad Obrera, que unía las diferentes tradiciones obreras catalanas, anarquistas, socialistas y societarias, combatían cada una por su cuenta la Ley de Jurisdicciones aprobada por el parlamento español en 1906, a raíz de los hechos del Cu-Cut, y con el apoyo del Ejército y del monarca. Todos

al cuidado de), Antoni Saumell i Soler. *Miscel·lània in memoriam*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, pp. 523-549.

12. CAMBÓ, Francesc, *El momento político*, Conferencia pronunciada en el local de la Lliga Regionalista el 4-XI-1909.

13. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica. Reseña de las causas que originaron los sucesos ocurridos en Barcelona en los últimos días del mes de Julio del corriente año*, Barcelona, E. Albacar, 1909, p. 1.

14. VILLAESCUSA, Modesto H., *La Revolución de Julio en Barcelona. Hechos, causas y remedios*, Barcelona, Herederos de Juan Pili, 1910, 2ª ed., p. 11.

la combatían excepto los lerrouxistas, que se afanaban por rentabilizar una más que torpe demagogia populista de signo españolista. A lo largo de 1908, el gabinete Maura hizo todo lo posible para aprobar una ley contra el terrorismo so pretexto de acabar con las bombas que estallaban casi diariamente o semanalmente en Barcelona, una política que encontró la oposición no ya de anarquistas sino de liberales y republicanos.

Un representante tan directo de la autoridad del Estado como el gobernador civil de Barcelona, el abogado madrileño Ángel Ossorio adjudicó al Estado la primera de las culpas cuando se preguntaba qué fuerza moral podía tener este sobre los ciudadanos si a lo largo del siglo XIX se había caracterizado por la dejadez y la relajación y, gravitando «sobre pueblos pobres y anémicos, origina el indiferentismo y lo aplanamiento; cayendo sobre pueblos ricos y vigorosos, determina la protesta y el odio»¹⁵.

En este sentido, los hechos de julio de 1909 no cogieron por sorpresa al Gobierno porque hacía tiempo que sus gobernadores civiles se quejaban de la desidia del Estado en Cataluña y reclamaban incrementar las fuerzas de seguridad y disponer de mejores instrumentos de mando. Este sentimiento tampoco era una novedad y sustentaba un comportamiento de larga duración entre el gobierno y sus principales administradores en el Principado. Una vez finalizada la revuelta, un ciudadano anónimo, probablemente un funcionario estatal, transmitió a Maura desde Barcelona que «los hechos han venido brutalmente a demostrar que ninguna medida se tomó para que el estallido no nos cogiera en camisa»; aprovechando para sentenciar que el movimiento había tenido en muchos puntos un carácter «separatista». Y, tras apostillar que la herida causada al «buen nombre de España y la monarquía» era profundísima, recomendaba que la acción del gobierno se amparara en una «legión de guardias civiles y un verdadero ejército de ocupación»¹⁶.

Lo que verdaderamente sorprendió a Maura, de la Cierva y Ossorio fue la notable ambición de la revuelta, su extensión geográfica y su persistencia, a diferencia de la huelga general de 1902, que afectó fundamentalmente a Barcelona y a algunas localidades industriales, pero no a todo el Principado, y se limitó a la destrucción de algunos tranvías. En cambio, fueron más livianos los incidentes que tuvieron lugar en Zaragoza, Asturias, Mequinenza, Tudela, Calahorra, y mucho más contundentes los hechos de Alcoi y de otras

15. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *La España de mi vida. Autobiografía*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1977, pp. 51 y ss.; del mismo autor, *Barcelona, Julio de 1909. Declaración de un testigo*, Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1910, p. 3.

16. Carta de un ciudadano anónimo de Barcelona a Antonio Maura, s/d, Legajo 151, Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM).

poblaciones alicantinas, derivados de las manifestaciones de protesta en contra de la guerra y de la resistencia a la incorporación de sus reclutas¹⁷.

Una insurrección catalana, no sólo barcelonesa.

Actualmente ignoramos la geografía exacta de la sedición¹⁸, siempre teniendo en cuenta que la insurrección en Barcelona –ciudad que, al hallarse en pleno proceso de articulación urbanística y social, debemos considerar como varias ciudades en una– revestiría, por su extensión, unas características especiales, diferenciadas respecto del resto de ciudades y pueblos catalanes¹⁹. Una ciudad no sólo paralizada, sino claramente ocupada por las masas durante las jornadas revolucionarias, ocupación que no se limitaría al casco antiguo, sino que se extendería a todos los distritos, burgueses, menestrales y populares. De lo que estamos seguros, en todo caso, es que la Semana Trágica fue un movimiento general presente en toda Cataluña, y no sólo en la capital. Casi en todas partes triunfó la huelga general, mientras la insurrección revistió una intensidad especial en las principales ciudades de las demarcaciones provinciales de Girona y de Barcelona, con importantes brotes violentos en las de Tarragona y Lleida, que, lejos de permanecer pasivas, fueron objeto de la suspensión de las garantías constitucionales por parte del gobierno.

Pese a que las cronologías variaron en función del lugar, el cariz de los acontecimientos fue muy semejante en todas partes, especialmente en la forma como el pueblo se insubordinó debido a la movilización de los reservistas. En la demarcación barcelonesa, la quema de edificios religiosos no fue general sino limitada a las ciudades de Manresa, Sabadell, Badalona, Sant Adrià del

17. BACHOUD, André, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, pp. 166-170; GIL ANDRÉS, Juan, «¿Abajo la guerra! Repercusiones de la Semana Trágica de 1909 en Calahorra», *Kalakorikos*, 3 (1998), pp. 127-138.

18. RUBÍ, Gemma, «Algo más que la quema de conventos. La Semana Trágica en Cataluña, la historia de una desafección», en MOLINER, Antonio (ed.), *La Semana Trágica de Cataluña...*, pp. 81-135. En esta investigación he tenido la oportunidad de elaborar una primera aproximación territorial sobre el alcance y la extensión de esta insurrección en la geografía catalana.

19. GABRIEL, Pere, «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 61-94. Más reciente, el libro de OYÓN, José Luis, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008. Desde otra perspectiva, MARTÍNEZ FIOL, David, *La Setmana Trágica*, Barcelona, Pòrtic, 2009.

Besòs, Granollers y Premià de Mar²⁰. Mientras que la proclamación del régimen republicano solamente prosperó en Sabadell, Mataró y Granollers. En algunas ciudades, se constituyeron juntas revolucionarias como en Sabadell, Granollers, Mataró y en el pequeño pueblo de Vallbona de Anoia, situado junto a Igualada y con poco más de 800 habitantes, dónde la rebelión adoptó el formato clásico de revolución.

Aun así, en todo lugar reinaba una gran expectación y, pese a no existir algaradas en todas partes, nadie trabajaba y todo el mundo confiaba, en palabras del gobernador civil de Barcelona, en «*el próximo establecimiento de la república en España*»²¹. Casi todas las comarcas barcelonesas se vieron afectadas por el movimiento, con o sin violencia, y en todos los casos la rutina de la cotidianidad se alteró por completo. La rebelión alcanzó una mayor homogeneidad y extensión geográfica en la demarcación gerundense, tanto en los pueblos de la costa como en los de la montaña y el interior, hasta el punto de que llegó a subvertirse el orden político y social, atentándose no sólo contra la institución eclesiástica y la autoridad del Estado, sino intentando asaltar las fábricas y las casas acomodadas.

Con la excepción de Girona, el martes día 27 de julio tuvieron lugar grandes desórdenes en Sant Feliu de Guíxols, Palamós, Llagostera, Cassà de la Selva, La Cellera y Anglès²². El delegado del gobernador civil estimó que el movimiento «*parece republicano; en algunos pueblos socialista y aún anarquista*»²³. Ripoll, Olot, Salt, Banyoles, Figueres, Santa Coloma de Farners, Calonge, Maçanet de Cabrenys, Ribes, Calonge, Llançà, y muchos otros pueblos se adhirieron a la huelga. Incidentes más esporádicos tuvieron lugar en Castellfollit de la Roca, Bagur y en Camprodon. Las comunicaciones y los servicios públicos fueron saboteados en Campdevàrol, Vilajuïga, Palamós y Cassà de la Selva, mientras que en Caldes de Malavella se produjeron destrozos en las vías, y en el pueblo de Anglès resultó muerto un joven huelguista al intentar proteger el ferrocarril. En Castell d'Aro y en La Jonquera se cortaron las líneas de telégrafo, y en Fornells se intentó inutilizar la línea férrea. Hasta el 29 de

20. Los acontecimientos de Premià de Mar y Alella en «Memoria del Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Infantería de Premià de Mar (3-IX-1909)». Se conserva una copia en la Caja 15.622/8 del Archivo General de Palacio (AGP).

21. Telegrama del gobernador civil de Barcelona al Ministro de Gobernación, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151, Carpeta 12.

22. Memoria del Gobernador civil de la provincia de Girona entregada al Ministro de Gobernación del 8 de agosto de 1909 (AGP, Caja 19.418).

23. Telegrama del gobernador civil de Girona a Antonio Maura, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

julio el gobierno no pudo custodiar la presa de Bescanó ni la central eléctrica que suministraba luz en Girona.

En la provincia de Tarragona fueron las localidades de El Vendrell y de Reus las que más abiertamente conocieron actos de protesta y fueron escenario de otros de carácter violento en contra del gobierno y de su política, si bien la inquietud era mucho más general. Las semanas anteriores se habían caracterizado por el despliegue de una intensa campaña periodística instigada por los republicanos radicales, esencialmente, contraria a la guerra de Marruecos en una provincia en la cual, según el gobernador civil, era «*difícil sacudir la apatía*», y a la vez preveía posibles altercados en Tortosa, Valls y el Vendrell²⁴. Aun así, a medida que se iban recibiendo las noticias de la declaración de la huelga general en Barcelona, de forma paralela los ánimos se iban excitando cada vez más sobre todo en Reus, Tarragona, y también en Falset.

La paralización de la vida económica se extendió por muchas poblaciones como Vilaseca, donde los labradores se sumaron a la huelga y no salieron a faenar al campo, o por localidades mineras como Masroig. Las vías férreas fueron interceptadas en Les Borges del Camp, así como en El Vendrell, donde una multitud colocó unas traviesas delante de la máquina del tren que acababa de llegar, cargado con un escuadrón de caballería que se dirigía a Barcelona²⁵. En Santa Coloma de Francolí, unas 500 personas recorrieron el pueblo gritando «*abajo la guerra*», sin ir más allá gracias a la participación del somatén. Incidentes más graves tuvieron lugar en L'Espluga de Francolí, y sobre todo en la ciudad de Reus en la que el ayuntamiento fue saqueado y el dispensario municipal, destruido²⁶.

Como consecuencia de la incomunicación en que se encontró la ciudad de Lleida respecto de Aragón, Tarragona y Barcelona, el gobierno decidió suspender las garantías constitucionales en la provincia el jueves 29 de julio. Con excepción de la capital, las manifestaciones de protesta se sucedieron en Agramunt, Verdú, Bellpuig, Mollerussa y muchas otras localidades. En Almacelles, Balaguer y Cervera hubo alborotos, mientras las vías del tren y las comunicaciones en general eran saboteadas cerca de les Borges Blanques, Juneda y Tàrraga. En la estación de La Floresta, cerca de les Borges Blanques, los revoltosos quemaron y saquearon los vagones, apoderándose de parte de

24. Telegrama del gobernador civil de la provincia de Tarragona a Juan de la Cierva, 25-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

25. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona. Su represión. Sus víctimas. Proceso Ferrer*, Barcelona, Maucci, 1910 (3ª ed.), p. 177.

26. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica...*

la recaudación de los billetes²⁷. El 30 de julio la línea de ferrocarril de Manresa a Lleida presentaba un aspecto del todo anormal, algo que preocupaba al gobierno, temeroso que la insurrección se propagara a Aragón. Como lo atestiguó en su momento Salvador Canals, «donde hubo energía y medios, no pasó nada de singular gravedad. En otras partes se llegó a una transacción patriótica: la gente de orden daba dinero para que los reservistas, los soldados con licencia o los reclutas disponibles traspusieran la frontera, y los revoltosos se prestaban, en cambio, á no desmandarse. Era una anarquía capacitada para pasar inmediatamente a la Gaceta»²⁸.

Podemos preguntarnos si nos encontramos ante un contagio, una explosión que se extendió como una traca, como la definió el gobernador civil de Barcelona Ángel Ossorio y Gallardo, y por lo tanto, ante una predisposición generalizada a formular la huelga general como una modalidad específica de protesta colectiva²⁹. Esta tesis es bastante plausible, puesto que viene avalada por otros testigos de la época, entre los que se halla el manresano Ramon Xandri, quien definió este movimiento insurreccional como «un estado anormal revolucionario-anárquico de la capital de este Principado y otras poblaciones importantes de esta provincia» que «se iba extendiendo y propagando con la rapidez de un rayo»³⁰.

Podemos discrepar hasta qué punto la revuelta estuvo coordinada por los promotores del comité de huelga. Pero no podemos negar que el ambiente se caldeó en todas partes por igual y que la movilización en la calle adoptó unos patrones similares. En Girona, la opinión pública había sido espoleada sobre manera durante los días previos a raíz de la publicación de una serie de debates en la prensa y la apertura de subscripciones para socorrer a las familias de los reservistas, hasta el punto de que el ayuntamiento estuvo a punto de aprobar una resolución contraria a la guerra, porque correspondía a los ayuntamientos el llamamiento a filas.

27. RUBIÓ SOBREPÈRE, Josep; SOLDEVILA ROIG, Jordi, «Més enllà de Barcelona: la Setmana Tràgica a les comarques de ponent. Una primera aproximació», *Urtx: revista cultural de l'Urgell*, n.º 24 (2010), pp. 410-431.

28. CANALS, Salvador, *Los sucesos de España en 1909*, Madrid, Imprenta alemana, 1910-1911, p. 169.

29. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Barcelona, julio de 1909...*, p. 52.

30. *Relación histórica y verdadera de los principales sucesos acaecidos en esta ciudad de Manresa en los días 29, 30 y 31 de Julio del corriente año 1909, comprendidos en la semana sangrienta, fueron presenciados, la mayor parte de ellos, por el infrascrito Ramon Xandri Mas, autor de la siguiente descripción o relación* (texto manuscrito localizado en la Biblioteca del Instituto Universitario Jaume Vicens Vives de la Universitat Pompeu Fabra).

El gobernador civil de Lleida, por su cuenta, adoptó medidas expresas para evitar que los diarios publicaran las noticias que llevaban los corresponsales a las redacciones e impuso una censura férrea para que la población no pudiera enterarse de todo lo que estaba sucediendo en el resto de Cataluña. Gracias a ello, conseguiría que la prensa permaneciera, incluida la radical, «dentro de límites circunspectos y publicando diariamente las notas oficiales»³¹. Al mismo tiempo, organizó, conjuntamente con el gobernador militar, una fiesta «patriótica» con la finalidad de reunir recursos destinados a los heridos y a las familias de los reservistas. El mitin de la Federación Obrera de Terrassa, celebrado el día 21 de julio, fue uno en los que los congregados mostraron mayor hostilidad en contra del gobierno: se protestó por el reparto de escapularios y se clamó porque marcharan a la guerra los curas, los frailes y el cuerpo de somatenes³². Aun así, no se trató de un hecho aislado, ya que se celebraban mítines por todo y en todas partes, siempre y cuando el gobernador civil o los alcaldes no los prohibieran. De manera silenciosa, abiertamente o de forma descarada, la agitación iba en aumento, y de manera especial en las casas del pueblo, en las fraternidades y sociedades obreras y republicanas y, disimuladamente, en las tertulias que sostenían los sectores más conservadores.

En definitiva, se trató de una campaña de protesta amplia y generosa, gracias en buena parte a la prensa de izquierdas, la republicana y también la nacionalista³³, que se hizo eco del malestar popular y se difundió de manera plural en sociedades obreras, centros federales, entidades nacionalistas, casinos radicales, escuelas laicas, grupos corales o núcleos espiritistas³⁴. Quizás debamos también matizar el tópico de la solidaridad entre huelguistas: los ritmos serían variables, pero nunca coincidentes. En algunas localidades los sublevados se adelantaron a los de Barcelona; en otras, esperaron noticias. Muy a menudo, fue la noticia del aislamiento, la incomunicación ferroviaria, telegráfica y telefónica la que impulsó a las masas a cometer los desmanes.

El papel de la incomunicación de las poblaciones fue determinante porque era sinónimo de existencia de insubordinación más allá de los andenes de

31. Conferencia del gobernador civil de Lérida, 25-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

32. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Barcelona, julio de 1909...*, p. 32 y FABRA RIBAS, Antonio, *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*, Madrid, Ediciones Castilla, 1975, p. 32.

33. GOULA, Eulàlia, *El Centre Nacionalista Republicà de Barcelona (1907-1910)*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Barcelona, 1975, p. 215.

34. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, pp. 27 y 28; también en TERMES, Josep, *Història del catalanisme fins al 1923*, Barcelona, Pòrtic, 2000, p. 439 y CULLA, Joan B., *El republicanismo lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, Curial, 1986, p. 207.

la estación. El aislamiento también pasaba por la inexistencia de correo, signo inequívoco de que había altercado o de que se quería hacer «la revolución», o por la oscuridad durante la noche, después de haber boicoteado la central eléctrica suministradora del fluido eléctrico o simplemente de haber destrozado las farolas. Hasta donde llegan nuestros conocimientos, las ciudades que se quedaron a oscuras fueron Palafrugell, Vic, Manresa, Sabadell e Igualada, seguramente entre muchas otras.

El colapso del sistema de comunicaciones y los atentados a los símbolos de la autoridad estatal

Esta insubordinación no se caracterizó única y exclusivamente por su talante indiscutiblemente anticlerical, sino que integró otros elementos, nuevos y tradicionales, de contestación y desobediencia al Estado, y entre los que cabe destacar la quema de los fielatos o casillas de los consumos –una prueba fehaciente de desobediencia fiscal–, la resistencia a las quintas, o la destrucción de las vías del ferrocarril en multitud de poblaciones catalanas o en la misma Barcelona, en el barrio de Sant Andreu, o de los tranvías de Sarrià de Ter y de Flassà al Baix Empordà. En realidad, la resistencia a la presión fiscal, y en concreto al impuesto de los consumos, fue a menudo la principal forma de protesta colectiva multitudinaria que tuvo lugar durante la Restauración³⁵.

Entre 1876 y 1911, en toda España se contabilizaron más de 130 incidentes, concentrados específicamente entre 1885 y 1892-1893³⁶. A punto de suprimirse, esta modalidad de tributación indirecta que grababa los artículos de primera necesidad siguió siendo una de las principales dianas de la ira popular durante los hechos de julio. En la ciudad de Manresa, los huelguistas acudieron a los fielatos empezando por prender fuego a uno de reciente estreno que había despertado la animadversión de los vecinos, para proseguir a continuación con el resto. Al acabar, incendiaron la administración central de los consumos y al día siguiente, además, la saquearon³⁷. En Mataró, las

35. CASTRO, Demetrio, «Agitación y orden en la Restauración ¿Fin del ciclo revolucionario?», *Historia social*, nº 5 (Otoño 1989), pp. 37-49. De obligada consulta, PÉREZ LEDESMA, Manuel, «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120 y CASTILLO, Santiago; ORTIZ DE ORRUÑO, Jose María (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998.

36. Una visión panorámica de estos disturbios en GIL NOVALES, Antonio, «La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)», *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, 7 (1986), pp. 188-191.

37. RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta. Els fets de juliol del 1909», *Dovella*, 101 (Tardor 2009), pp. 31-35.

casetas de los consumos también serían pasto de las llamas, si bien es necesario subrayar que este tipo de ataque no fue tan general en toda Cataluña como se podría imaginar en un primer momento.

Junto a elementos típicos de la protesta popular tradicional (quintas, consumos, quema y destrucción de edificios religiosos y barricadas), aparece con fuerza un elemento nuevo: el colapso de las comunicaciones del Estado. Los patrones tradicionales de acción colectiva en la calle –tanto en Cataluña como fuera de ella– se materializarían en forma de ataques a las oficinas donde se recaudaban los consumos; levantamiento de barricadas; presencia de mujeres encabezando las manifestaciones y a la vez actuando como diques de la represión militar, tendencia a confraternizar con los soldados, etc.

Los elementos que podríamos considerar nuevos, no solamente por ser la primera vez que aparecían, sino por su uso sistemático, intensivo y generalizado, serían, entre otros, el ataque a edificios públicos como las dependencias de la policía y los juzgados, los registros de la propiedad, las prisiones y los consistorios; y, sobre todo, la desarticulación y el sabotaje del sistema de comunicaciones.

Durante estas jornadas hubo una clara intención, más o menos exitosa, de colapsar las comunicaciones del Estado, los denominados «nervios» del Gobierno, interceptando trenes, volando puentes, cortando cables telegráficos y telefónicos, sabotando centrales eléctricas y desarticulando el servicio de correos y las comunicaciones ferroviarias. Si la anarquía y el caos fueron totales se debió en parte a que las fuerzas de seguridad del Estado, los soldados, la policía, los carabineros y los guardias civiles confraternizaron con la protesta. Los huelguistas y amotinados hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para frustrar la circulación de las órdenes de la autoridad. El gobernador civil de Girona ordenó el reforzamiento del contingente de la guardia civil en la capital, los pueblos más importantes y las vías férreas y carreteras con la finalidad de contener posibles alborotos. Aun así, estas órdenes no llegaron a su destino por culpa del bloqueo de la comunicación telegráfica³⁸.

Así, no solamente iglesias y sobre todo conventos, sino ayuntamientos, juzgados y cuarteles de la guardia civil se convirtieron en objetivos de la ira popular, tanto en Barcelona como el resto de Cataluña. En este sentido, pierde valor la interpretación según la cual el odio se canalizaría fundamentalmente hacia la quema de edificios religiosos y actos rituales sacro fóbicos con la voluntad de desviar las energías revolucionarias.

38. Telegrama del Capitán General de la cuarta región al Ministro de la Guerra, 2-VIII-1909, AFAM, Leg. 151, exp. 8.

Contrariamente, estas energías se diversificaron y se dirigieron fundamentalmente a los símbolos de la autoridad estatal. En este sentido, también podemos atribuir un significado abiertamente político a estos actos violentos protagonizados no por masas despolitizadas, porque no tenían directrices ni cabecillas, sino porque estos eran en sí medios de expresión propiamente políticos. Las acciones cometidas contra el transporte ferroviario con la intención de impedir la movilización de los reservistas, harto variadas e imaginativas, fueron las que se reprodujeron con mayor frecuencia y de forma más homogénea por toda Cataluña.

En cambio, la amenaza de destruir las fábricas fue muy localizada, así como los atentados a la propiedad. Estas acciones consistían en el levantamiento de las vías, la destrucción de las agujas, la substracción del vapor de las locomotoras, la quema de los vagones, el boicot a la salida de los trenes, el lanzamiento de piedras contra los trenes en lugares determinados de la vía, la voladura de los puentes del ferrocarril, la colocación de grandes piedras en medio de las vías o el incendio de los muelles de las estaciones o de los almacenes de las mercancías.

Los ejemplos se podrían multiplicar por todo el Principado, y cualquier subterfugio era bienvenido. Un gentío de Monistrol de Montserrat, a los pies de la montaña de Montserrat, impidió que dos soldados del pueblo que disfrutaban de una licencia se pudieran reincorporar a filas el jueves 29 de julio: les sustrajeron el uniforme militar y los conminaron a cambiar de dirección en su trayecto hacia Lleida³⁹. En el pueblo de Anglès, las mujeres se tumbaron sobre las vías para impedir el paso del tren de Olot que iba a Girona repleto de reservistas⁴⁰. En Ripoll, unos huelguistas procedentes de Sant Quirze de Besora y de Montesquiu, después de haber destruido la vía férrea y de haber cortado el telégrafo, intentaron que el jefe de la estación les preparara un tren para volver a casa. Ante la negativa de este, optaron por tomar por su cuenta unas vagonetas e irse. En la localidad tarraconense del Vendrell, un numeroso grupo de huelguistas colocó unas traviesas delante de la máquina del tren que acababa de llegar y en el que viajaba el escuadrón de caballería que se dirigía a Barcelona. En medio de un fuerte griterío, los soldados bajaron del tren y, como consecuencia de la carga contra los amotinados, resultó muerto uno de

39. RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta...».

40. Los hechos de Anglès se tratan ampliamente en RAMS RIERA, Emili, *Anglès. De la pàgina a la industrialització*, Girona, Ajuntament d'Anglès/Diputació de Girona, 1999, pp. 57-79. Un resumen en PLANELLAS, Marta, «El centenari de la Setmana Tràgica a Anglès. Relat dels fets de l'estiu de 1909 a través de les memòries de Joan Matas», *Revista de Girona*, 255 (2009), pp. 32-35.

ellos. Las diversiones se suspendieron y se abrió una suscripción para socorrer a la familia del finado. Se produjeron algunos destrozos en la estación de Juneda en Lleida, mientras en la ciudad de Tàrrrega la multitud de sublevados hizo todo lo posible por evitar que subieran al tren tres licenciados pertenecientes al regimiento de Albuera.

El gobernador civil de Tarragona relató en un telegrama cursado el Ministro de la Gobernación que el viernes 31 de julio los alborotadores consiguieron hacer volar el puente sito junto al Morell sobre el río Francolí: «los sediciosos colocaron 7 petardos de dinamita puente, explotando solo 5 en uno extremo del puente; 20 metros de vía destrozada, en otro 80. Línea telegráfica cortada distancia de 300 metros, arrancados postes, de ellos 10 quemados»⁴¹. Según el testimonio del sacerdote August Riera, en otras poblaciones como Calella del Maresme, los insurrectos «abrieron una grande zanja y colocaron un alambrado que interceptaba por completo la carretera de Barcelona»⁴². O en Cassà de la Selva, donde se cortó la carretera con el propósito de controlar el tránsito rodado.

Las comisarías de la policía fueran otro de los objetivos del ataque de los insurrectos, siendo esta una manera de hacer desaparecer los ficheros de los delincuentes, como ocurrió en Barcelona con las de las Atarazanas, que fueron asaltadas, una práctica recurrente, por otra parte, en la estrategia de los anarquistas. También fueron objetivos prioritarios de asalto las oficinas de los consistorios y de los juzgados, de otras dependencias municipales como los dispensarios o las residencias de los inspectores de policía y la administración de consumos. Sin mencionar los diferentes ataques frustrados contra los cuarteles de la guardia civil, como el que tuvo lugar en Anglès y en Sabadell⁴³. El ayuntamiento de Reus fue saqueado y se saldó con importantes desperfectos en puertas y cristales, además de la destrucción de numerosos libros consistoriales.

En Igualada, un grupo de jóvenes y mujeres «derribaron la bandera y haciendo añicos el letrero que figuraba en el balcón de la casa» del inspector de policía⁴⁴. En la industrial ciudad de Sabadell, los insurrectos incendiaron la

41. Telegrama oficial del gobernador civil de Tarragona a Juan de la Cierva, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

42. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica...*, p. 259; BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, p. 190.

43. CALVET, Josep, «La Setmana Tràgica a Sabadell», *Arrahona. Revista d'Història*, 3 (1977).

44. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, p. 182; BENGOCHEA, Soledad, *Les dècades convulses. Igualada com a exemple*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002; TÉRMENS, Miquel, «La cruïlla de camins. 1907: l'Escola Moderna a Igualada», *Miscellanea Aqualatensis*, 11 (2004), pp. 169-188.

Secretaría, cuya documentación fue pasto de las llamas, la contaduría, las oficinas de vigilancia y los juzgados municipales y de primera instancia. El resultado del asalto y ocupación de las oficinas municipales de Sabadell fue de 8 muertos y 20 heridos, además de la pérdida de un millar de armas y 600 pesetas que iban destinadas a la beneficencia municipal. Otros municipios tuvieron más suerte, como el de Palafrugell, donde un regidor evitó el incendio del ayuntamiento, pero no logró que fueran invadidas las oficinas municipales, sin que los amotinados consiguieran, a pesar de todo, quemar la documentación municipal ni la del juzgado, que se pudo salvar.

El papel del somatén y la actitud pusilánime de las clases dirigentes locales

Uno de los principales protagonistas de los acontecimientos en los municipios del Bages fue el miedo, por encima de los actos vandálicos, que se limitaron a algunas poblaciones, como Manresa y Sant Vicenç de Castellet. Movidos por el miedo, los pueblos intentaron prepararse para hacer frente a las posibles intenciones de los insurrectos. A menudo se creía que eran forasteros los que cometían los destrozos. No podemos negar que existían forasteros a los que les resultaba más fácil actuar fuera de sus pueblos. Aun así, la proporción de los mismos en los hechos de la Semana Trágica fue mínima, por lo que puede afirmarse que los autores materiales de la violencia eran fundamentalmente los propios habitantes del pueblo o la ciudad y, en buena parte, jóvenes de edades comprendidas entre los 14 y los 18 años, y muchas mujeres.

Las autoridades municipales y el Somatén de la villa de Moià planearon incluso negociar con las guerrillas y ofrecerles dinero con el objetivo de disuadirlos. Pese a ello, si los sublevados insistían, cada cual debía defenderse como pudiera, debido a que el Somatén no disponía de suficientes municiones. Dadas las dificultades para organizar una defensa eficaz, el rector y el arcipreste decidieran esconder de la vista de los sediciosos los objetos de valor de la iglesia parroquial y los escolapios, alertados por la suerte trágica de la casa de Barcelona, actuaron en consecuencia y buscaron cobijo a los novicios⁴⁵.

En Terrassa, el Somatén se alineó junto a las autoridades municipales y fue determinante a la hora de abortar el conato de rebelión junto con las fuerzas de infantería que llegaron a la ciudad. Por ello, no debe causarnos extrañeza que el conde de Egara, Alfons Sala y Argemí, que era a la vez vocal de la Junta organizadora de los somatenes, recordara a Antonio Maura que el somatén de una ciudad de 20.000 habitantes como Terrassa había prestado

45. «Sucesos de julio de 1909», *Modilianum*, IX (Marzo-Julio 1968), pp. 193-194.

«el grande servicio de mantener el orden, y a pesar de que hasta el tercero día no hubo en ella más que uno teniente y seis guardias civiles, contuvo a los revoltosos y tuvo a raya a las comisiones que llegaban de Sabadell y de Manresa incitando a seguir el ejemplo de esas ciudades donde ardian Iglesias y Conventos y se cometían asesinatos»⁴⁶.

El martes día 27 de julio la capital de Osona se adhirió al paro general, animado por los obreros de Manlleu. Nuevamente, el somatén que patrullaba por las calles garantizó que no se alterara el orden, pese a que el paro obrero continuaría hasta el 3 de agosto en toda la cuenca del Ter⁴⁷. Y en Igualada, sin contar con refuerzos de tropa, únicamente pudo confiarse en una parte del somatén y de los mozos de escuadra, ya que los efectivos de la guardia civil eran más bien escasos.

El miedo también fue una de las causas explicativas de la inacción de las autoridades civiles y militares durante la jornada fatídica del jueves día 30 de julio en Manresa. Las crónicas de testigos presenciales consultadas y algunas fuentes militares dejan constancia de esta pasividad, así como del aplauso de buena parte del público y de los curiosos que presenciaron la quema de las casetas de los consumos, y de las iglesias y conventos. El mismo miedo que tenían los bomberos que dejaron quemar los edificios religiosos hasta el domingo 1 de agosto ante el temor a posibles represalias. Nuevamente el somatén resultó determinante. Al anochecer de este mismo día, las campanas de la basílica de la Seu repicaron insistentemente y sólo acudieron entre 10 y 11 miembros de dicho cuerpo, entre los que se hallaba Joaquim Cardona y Rami, que el día siguiente encontraría la muerte. A partir de entonces, serían voluntarios los que debieron patrullar las calles durante la noche. Cardona fue el gran héroe de la Semana Trágica en Manresa: las autoridades y los somatenes de Cataluña organizaron una recolecta para socorrer a la familia⁴⁸.

El pueblo de Artés, en la comarca del Bages, desafió el miedo organizando una vigilancia permanente. En este municipio también circulaban rumores de la entrada de una guerrilla procedente de Sallent que, al parecer, pudo desautorizarse finalmente. Para el rotativo próximo a la Lliga Regionalista, *El Pla de Bages*, si todo el pueblo permanecía unido, se podría hacer frente al «mal»⁴⁹.

46. Carta de Alfons Sala i Argemí a Antonio Maura, 26-VIII-1909, AFAM, Legajo 151, Carpeta 16.

47. TORNAFOCH, Xavier, *Del caciquisme a la democràcia. Política i eleccions a Vic (1900-1931)*, Vic, Eumo Editorial, 2006, p. 91.

48. «Los somatenes ante el movimiento sedicioso», *Paz y Tregua. Boletín oficial del cuerpo de somatenes armados de Cataluña*, 8, Agosto 1909, pp. 1-2.

49. *El Pla de Bages*, 1588, 5-VIII-1909. Y de RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta...».

Según este diario, un pueblo unido era el que representaba la reunión de las autoridades municipales con los jefes del Somatén y los cabezas de familia, que organizaron unas patrullas de vigilancia encargadas de preservar el orden. El objetivo era presentar los hechos minimizando la capacidad de los llamados «revolucionarios» para subvertir el orden público con finalidades políticas y transmitir una imagen deformada, identificándolos como simples ladrones y delincuentes. Poco se podían imaginar estos sectores católicos y conservadores que el ambiente de protesta del que participaron tan intensamente pudiera degenerar en una explosión tan violenta como aquella.

De los doscientos integrantes del somatén de Granollers, solamente acudieron al repique de campanas una docena, y todos ellos, casualmente, eran carlistas⁵⁰. La intervención del somatén fue decisiva, en cambio, en La Bisbal, donde se disponía de poca fuerza pública para frenar el saqueo de las residencias acomodadas. Cuando fue posible el somatén se convirtió en una pieza clave a la hora de reprimir las algaradas y restaurar el orden. Por este motivo, las clases dirigentes catalanas recurrían a esta institución en parte por desconfianza en la eficacia de las fuerzas de seguridad públicas y en parte porque así podían intervenir y controlar más directamente la represión de los alborotos. De hecho, en la huelga general de 1902, los cuerpos del somatén fueron movilizados con frecuencia en los distritos del plano de Barcelona y alrededores; y donde no existían, se crearon, como sucedió en los barrios barceloneses de la Marina y de Sants⁵¹. En algún caso, como sucedió en Premià de Mar, según consta en la memoria escrita por el jefe de la comandancia de la Guardia civil de infantería, el alcalde –que era republicano radical– rechazó la colaboración del somatén. Para el responsable militar, el alcalde prefirió nombrar una ronda de correligionarios, en buena parte comprometidos con los hechos: «*esta negligencia adquiere caracteres de complicidad (...)*», sentenciaría⁵².

Protesta y desobediencia. Violencia espontánea y tradición subversiva

El republicano Josep Sol y Ortega, espectador de los hechos, una vez pacificados los ánimos sentenció que los insurrectos se habían alzado en contra del orden establecido en su totalidad. Este y los motivos anteriormente expuestos, nos conducen a la necesidad de abundar en la dimensión política de

50. PLANES, Jordi, «La Setmana Tràgica a Granollers», *Lauro. Revista del Museu de Granollers*, 2, (1991), p. 8.

51. BENGOCHEA, Soledad; RAMOS, Gemma, «La patronal catalana y la huelga de 1902», *Historia Social*, 5 (1989), pp. 77-95.

52. Memoria del jefe de la comandancia de la guardia civil de infantería de Premià de Mar. Caja 15.622/8, AGP.

una manifestación antimilitarista, de rechazo frontal a la guerra, similar a la experiencia asociada a la guerra de Cuba, aunque fue mucho más allá precisamente por el evidente talante antisistema que adoptó⁵³. Porque creemos que no es suficiente con insistir en el carácter subversivo de esta insurrección, situándola, como así se ha hecho, como un peldaño más de una periodificación de la violencia política ejercida por los sujetos sociales excluidos del régimen de la Restauración, sino que es conveniente entrar a fondo en la morfología que adoptó, en la acción de protesta propiamente dicha, e incluirla en el repertorio o abanico de formas de protesta antisistema, sean estas convencionales o no⁵⁴.

Tenemos claro ahora que, como modalidad de revuelta urbana, la huelga general era ciertamente un instrumento de protesta moderno, aunque se aplicó en el contexto de la Semana Trágica de una manera radicalmente diferente a los conflictos obreros tradicionales, orientados a la reivindicación de mejoras laborales, como la huelga general de 1902, en la que los anarquistas capitalizaron el malestar obrero canalizando la protesta hacia finalidades revolucionarias; y adoptará ya una carácter abiertamente político y revolucionario con ocasión de la huelga general de 1917. Naturalmente, es necesario entender la huelga como una expresión de un horizonte insurreccional impulsivo de los desheredados, pero también debemos recuperar la vertiente del desafío al Estado, en el que a veces no se ha hecho suficiente hincapié⁵⁵.

Pese a que la insurrección de 1909 no persiguiera objetivos políticos concretos ni consignas revolucionarias explícitas, al margen de las instrucciones concretas del comité de huelga barcelonés, en el que estuvieron presentes representantes de las principales ciudades industriales catalanas, y de la reivindicación de un régimen republicano laico y más justo, la protesta en la calle y

53. SERRANO, Carlos, «Guerra y crisis social: los motines de mayo de 1898», en CASTILLO, Santiago et al. (coord.), *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Madrid, Universidad Menéndez y Pelayo, 1981, pp. 439-449. También, del mismo autor, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987 (reeditado en castellano: *El turno del pueblo: crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Barcelona, Península, 2000).

54. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración», *Ayer*, 13 (1994), pp. 85-113. Muy innovadora me parece la perspectiva metodológica presente en LOEZ, André et MARIOT, Nicolas (dir.), *Obéir/désobéir. Les mutineries de 1917 en perspective*, Paris, La Découverte, 2008, que recoge las contribuciones presentadas a un coloquio celebrado en 2007 sobre las manifestaciones de desobediencia colectiva que se desplegaron en Francia durante la primera guerra mundial.

55. DEL ALCÁZAR, Joan, *Temps d'avalots al País Valencià (1914-1923)*, València, Diputació de València, 1991, p. 252.

los comportamientos subversivos que se derivaron fueron en sí mismos, y no sólo de manera mediatizada, manifestaciones contundentes de una acción colectiva contraria y deslegitimadora del sistema político vigente, comenzando por el propio Estado, así como de la institución eclesiástica, en cuyas funciones asistenciales, educativas y benefactoras aquel se apoyaba.

Que los miembros del comité de huelga se vieran desbordados por la furia de las masas controlando simbólicamente el espacio público y los republicanos radicales y nacionalistas fueran incapaces de reconducir esta violencia supuestamente «incontrolada» que se manifestaba bajo modalidades tradicionales no es óbice para que la protesta popular fuese en sí misma una manifestación específica de acción colectiva y que tuviese finalidades políticas, por inconfesables o escasamente articuladas que estas fueran. En este sentido cobra un total significado la tesis del historiador Chris Ealham cuando afirma que esta movilización representó una gran oportunidad para la ciudad trabajadora –en referencia a Barcelona–, dotada de una esfera pública emergente, formada por escuelas laicas, cooperativas, sindicatos, casas del pueblo, de afirmar su identidad cívica y proyectar su propia agenda política⁵⁶.

Por su parte el profesor Àngel Smith ha subrayado específicamente la tradición subversiva de los estamentos populares y de los obreros catalanes⁵⁷. Otros historiadores, entre los que cabe citar a Enric Ucelay da Cal y Susanna Tavera, han constatado la larga pervivencia de una cultura insurreccionalista en la vida política catalana y española de los siglos XIX y XX⁵⁸. Asimismo, se ha interrelacionado esta vertiente violenta con la cultura republicana. Nos preguntamos si estas masas en la calle querían hacer realmente la revolución o simplemente protestar y obtener así visibilidad pública. ¿Era tan importante tener consignas claras o se trataba quizás de hacer una demostración de fuerza en la calle? ¿Era esta forma de acción colectiva el único canal de expresión política de las clases populares? En realidad, se ha analizado la huelga general de 1902 desde la perspectiva de establecer un vínculo directo entre el concepto republicano de revolución con la idea obrerista de la huelga general, dado

56. EALHAM, Chris, «La batalla per Barcelona durant la Setmana Tràgica: el xoc entre dos models urbans i dues maneres antitètiques d'entendre la ciutat», en AA.VV, *Tràgica, roja i gloriosa: una setmana de 1909*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2009, pp. 32 y ss.

57. SMITH, Àngel, «La tradición subversiva catalana. Oficios y clase obrera en perspectiva comparada», en SANZ, Vicent; PIQUERAS, José A. (eds.), *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 317-330.

58. TAVERA, Susanna; UCELAY, Enric, «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española (1924-1934)», *Ayer*, 13 (1994), pp. 115-146.

que orgánica y mentalmente los universos de algunos republicanos, más bien de los progresistas, eran coincidentes con los del obrerismo organizado y más militante, a la par que a partir de 1890, los republicanos empezaron a repensar el concepto de revolución política⁵⁹.

De entrada, convenimos con Charles Tilly que la protesta social es una forma no institucionalizada, pero «normal», de participación en la política⁶⁰. Que esté formalmente organizada o no o que adopte formas de violencia reflexiva o bien irreflexiva son cuestiones que, a mi parecer, no invalidan esta afirmación. Aun cuando no estoy del todo segura que este movimiento persiguiera el objetivo de manera consciente y deliberada de presionar a las autoridades⁶¹. Ahora bien, sí que resulta difícil calificar un movimiento insurreccional con una extensión territorial tan amplia. ¿Deberíamos hablar de bullanga, como si estuviéramos todavía en el siglo XIX, de alboroto, motín o simplemente sublevación con connotaciones revolucionarias? No nos hallamos frente a un motín de subsistencia tradicional ni tampoco de un alboroto ocasionado por el odio inveterado al impuesto de los consumos⁶². Sin ignorar que la transición entre las formas tradicionales de acción colectiva y las nuevas, entre las motines y las huelgas, fue un proceso lento y desigual⁶³.

El motín tenía un carácter más bien local, mientras que la huelga requiere formas de organización más complejas y permanentes. En primer lugar, esta insurrección trajo consigo la presencia de un nuevo actor político en la calle, las masas fundamentalmente obreras, que no sólo paralizaron la vida

59. DUARTE, Àngel, «Entre el mito y la realidad. Barcelona, 1902», *Ayer*, 4 (1991), pp. 147-191.

60. TILLY, Charles, *From Mobilization to Revolution*, New York, Random, 1978 y «Modelos y realidades de la acción colectiva popular», *Zona Abierta*, 54-44 (1990), pp. 167-195. MCADAM, Doug; TARROW, Sidney; TILLY, Charles, *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2005.

61. Prólogo de IBARRA, Pedro, en TRAUGOTT, Mark, *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Barcelona, Hacer, 2002.

62. CASTRO ALFÍN, Demetrio, «Agitación y orden en la Restauración...». También del mismo autor «Protesta popular y orden público: los motines de consumos», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 109-123. Posteriormente, una excelente reflexión conceptual, metodológica e historiográfica en GIL ANDRÉS, Carlos, «Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura», *Historia social*, 23 (1995), pp. 121-135.

63. GIL ANDRÉS, Carlos, *Echarse a la calle: Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000. Otra manifestación de este enfoque que usa profusamente las fuentes judiciales y militares en BASCUÑÁN, Óscar, *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008.

social, económica y cultural de las poblaciones, sino que monopolizaron el pulso cotidiano. Una presencia que traduciría probablemente la imperiosa necesidad de expresión de identidades colectivas, normalmente ocultas y escasamente visibles, diluidas en el seno de la comunidad social, entre las que destaca la de género. Las mujeres serían protagonistas indiscutibles de los alborotos, tanto las prostitutas del Paralelo de Barcelona, que podían sentirse amenazadas por futuros planes urbanísticos, como, sobre todo, las amas de casa que debían garantizar la continuidad del hogar familiar, en un momento en que sus maridos habían sido «injustamente» movilizados y destinados a Marruecos⁶⁴.

Siguiendo a Temma Kaplan, la acción colectiva de las mujeres era una consecuencia directa de las obligaciones y responsabilidades asumidas dentro del espacio comunitario⁶⁵. La tarea de la mujer, por lo tanto, era entonces la de asegurar la vida. El dirigente socialista Josep Comaposada lo tenía muy claro: las mujeres fueron la verdadera alma del movimiento, «*sin ellas en muchas poblaciones no se hubiese exteriorizado la protesta ni hubiese ocurrido nada*»⁶⁶.

En segundo lugar, se trató de una rebelión originada por una huelga general de protesta que debía adoptar en principio un tono pacífico. La protesta afectó tanto a obreros de la ciudad como del campo, por lo que la vida económica y social se paralizó en todas partes, con independencia de que se produjeran actos violentos o no. Fue, sin duda, una insurrección originada por la carencia de legitimación de la autoridad gubernamental.

Por lo tanto, deberíamos ir más allá de la simple observación de los comportamientos incendiarios, tan presentes en la cultura de movilización y de protesta de la sociedad catalana contemporánea, y ubicarlos en una modalidad profunda de desacato a una autoridad estatal escasa o nulamente legitimada en esta coyuntura. Sin querer en ningún momento minimizar la intensa violencia anticlerical que después de algunos recientes análisis comprendemos con mayor profundidad, sea como un rechazo a la negativa impuesta por la moral católica a las clases más humildes de acceso a los placeres de la modernidad en el ámbito del ocio, o bien como medida para desbaratar, según el antropólogo Manuel Delgado, la «*institución religiosa de la cultura, la trama de sacralizaciones que ordena poderosamente la vida social y determina con razones*

64. RUBÍ, Gemma, «Catalunya, juliol de 1909. La història d'una desafecció», *Revista de Catalunya*, 253 (Septiembre 2009), pp. 9-23.

65. KAPLAN, Temma, *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península, 2003.

66. COMAPOSADA, Josep, *La Revolución en Cataluña. Segunda parte de la Revolución en Barcelona*, Barcelona, Biblioteca de Acción, 1910, p. 31.

sobrenaturales la existencia de los individuos, un conjunto de prácticas y convicciones que hallaban en el culto católico un soporte legitimador»⁶⁷.

Por otro lado, en buena parte de los casos examinados, la población civil demostró una cierta pasividad, o bien una abierta simpatía por la protesta, y no contribuyó en muchos lugares a restaurar el orden. En la misma ciudad de Barcelona, las clases medias se adhirieron a la huelga general cerrando las tiendas, y el alcalde, que era dinástico, no quiso colaborar con el capitán general para hacerlas cambiar de parecer. Entre todos se contribuía a consolidar un nuevo estado de cosas: el paro generalizado en fábricas, talleres, en el campo y en los establecimientos comerciales, pero también el cese de las actividades de ocio, en señal de luto por los soldados caídos en Marruecos, como forma de protesta más generalizada.

Convenimos con Sydney Tarrow que en toda acción colectiva de protesta la gente reconoce sus intereses y valores comunes y se organiza, más o menos espontáneamente, más o menos formalmente, en torno a aquéllos⁶⁸. Lo que es nuevo aquí no es la huelga general, que pasó a ser la forma habitual de protesta social a principios del siglo XX. Como, sin duda, tampoco lo es la destrucción de las casetas de los consumos ni la protesta en contra de la quinta o el levantamiento de barricadas. La gran novedad fue, por una parte, la repercusión de la protesta y, por otra, la destrucción sistemática del sistema de comunicaciones con el único objetivo de neutralizar la acción represiva del Estado, el uso de la fuerza, o simplemente el boicot al cumplimiento de sus órdenes. Es decir la desobediencia, la rotunda negativa de ir a la guerra, algo que se tradujo en una gran deserción, pero también en una voluntad explícita de visibilizar este malestar a través de actos violentos de boicot y sabotaje a las comunicaciones.

Para impedir que el ejército pudiera ahogar la insurrección, pero también para tomar materialmente y simbólicamente la calle, el espacio público por excelencia. Por una razón y por otra. El sabotaje a gran escala requiere unos conocimientos técnicos especializados: este es un elemento moderno, sólo ensayado en parte por los carlistas en Cataluña durante la última guerra de

67. Sugerentes son los trabajos de CAPDEVILA, Joaquim, «Anticlericalisme popular durant les dècades de canvi dels segles XIX i XX. Una aproximació a les arrels socials, mentals i culturals del fenomen. (Aportació d'exemples de la Catalunya occidental)», *Urtx. Revista cultural de l'Urgell*, n.º 22 (Abril 2008), pp. 292-311 y de DELGADO, Manuel, en particular, «Violencia anticlerical e inconoclasta en la España contemporánea», en MUÑOZ, Javier; LEDESMA, José Luis; RODRIGO, Javier (coord.), *Cultura y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 75-99.

68. TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 2004.

1872-1876⁶⁹. Por este motivo, aunque la república aún tardaría unos cuantos años en llegar, la revuelta rebasó el marco local y no sólo adoptó un carácter anticlerical, sino también de revuelta política contra el Estado de la Restauración y la monarquía que lo sostenía. Las autoridades eran lo suficiente conscientes de este extremo. En este sentido, la historia de la Semana Trágica fue también la historia de un olvido, la substracción de la memoria colectiva de la debilidad de los resortes del Estado en coyunturas de fuerte convulsión social, aunque al mismo tiempo fiel reflejo de sus limitaciones a la hora de integrar políticamente el grueso de las clases populares. Unas clases que seguirán expresando la injusticia y exteriorizando el conflicto a través de la violencia anticlerical en la Guerra Civil, pero también bajo otras modalidades de ataque a la propiedad, acentuando así la intensidad de la violencia en vez de canalizar el malestar hacia otras formas de acción colectiva, más acordes a la Europa coetánea.

69. TOLEDANO, Lluís Ferran, «Una pugna pel monopoli de la violència», en *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya, 1872-1875*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 2004, pp. 285-335.

El último ciclo de la Guerra Fría en *La Vanguardia*: miedo, pacifismo y propaganda (1979-1984)

The Cold War final stage in *La Vanguardia*: Fear, Pacifism and
Propaganda (1979-1984)

Coral Morera Hernández

Universidad de Valladolid

Recibido: 14-XII-2010

Aceptado: 18-III-2011

Resumen

Este artículo analiza los discursos emitidos por *La Vanguardia* con motivo del fin de la distensión entre los bloques en el período que abarca desde 1979 hasta 1984. A partir de una contextualización histórica concreta, nos ocupamos del vaciado de prensa y análisis de contenido, cuantitativo y cualitativo, en torno a dos bloques temáticos: el desarme y el terrorismo. En unos años de máxima tensión de la Guerra Fría, de gran trascendencia histórica y política, pero sobre todo, de máxima fricción ideológica, la actitud de la cabecera catalana estuvo caracterizada por el rigor y la ponderación. La denuncia de la irresponsabilidad de los bloques por atender a estrategias políticas, junto con el rearme, la marginalidad europea y la amenaza terrorista, son las principales preocupaciones argumentales que surgen del estudio.

Palabras clave: Propaganda, Guerra Fría, Desarme, Terrorismo, Prensa.

Abstract

This article analyzes the speeches issued by *La Vanguardia* at the end of détente between the blocks, in the period from 1979 to 1984. From a historical context of the period, we proceed to content analysis, quantitative and qualitative, around two topics: disarmament and terrorism. In moments of high tension of the Cold War, of great historical and political relevance, but above all, time for a big ideological friction, the head's attitude was characterized by rigor and weighting. The denouncement of the

irresponsability of the blocks to attend policy strategies, the rearmament, European marginality and the terrorist threat, are the main concerns extracted from the study.

Keywords: Propaganda, Cold War, Disarmament, Terrorism, Press.

Introducción

El objetivo de este estudio es el análisis periodístico de un período histórico calificado como «la segunda Guerra Fría»¹ y que abarca una etapa marcada por la retórica, la propaganda, las amenazas y la paz. A principios de los años ochenta, se produjo la ruptura de la distensión iniciándose un nuevo ciclo en la Guerra Fría caracterizado por el mayor antagonismo ideológico, proliferación nuclear y rearme entre los bloques desde 1945. Una etapa, en definitiva, marcada por los problemas y necesidades políticas, económicas y defensivas de Estados Unidos y de la Unión Soviética. La pugna por el liderazgo entre las superpotencias provocó que el deterioro en las relaciones entre ambas creciera de forma palmaria.

Los protagonistas del final de la distensión fueron, en mayor intensidad, Ronald Reagan, Leonidas Breznev, Paul Nitze, Juri Andropov y Andrei Gromiko. Hasta la llegada de Mijail Gorbachov, los presidentes de los bloques encargados de garantizar la estabilidad mundial fueron incapaces de mantener un encuentro. El *teléfono rojo* no garantizó una comunicación fluida y el continente europeo tuvo que soportar la instalación de misiles de uno y otro bando, y sobrellevar la artillería más pesada y destructiva: la propaganda.

Europa fue la zona más afectada militarmente y también la más sensible al debate. Recibió a pacifistas de todo el mundo, fue testigo de los opacos encuentros, y desencuentros, entre los representantes de uno y otro bando; mientras, solicitaba la protección del paraguas estadounidense a través de los socios europeos de la OTAN. En medio de la crispación, el fantasma nuclear flotaba como una amenaza que presagiaba una posible «Tercera Guerra Mundial». Si bien el conflicto bélico nuclear era posible, lo que resulta más difícil de determinar era si dicho conflicto podía mantenerse².

Nos interesa conocer cuáles fueron los discursos principales emitidos por *La Vanguardia* en un escenario dominado por dos sistemas que atendían a una retórica revolucionaria, y cómo reflejó el diario el desencuentro y la ruptura de las conversaciones en los momentos más difíciles de la Guerra Fría. Justificamos la idoneidad de la cabecera elegida con el hecho de ocupar un lugar destacado en la historia del periodismo español³ y ser el tercero en difusión del período tras *El País* y *ABC*. Además de la importancia histórica

1. HALLIDAY, Fred, *The making of the Second Cold War*, London, Verso, 1986.

2. Miller considera imposible la idea de que hubiera prosperado un conflicto nuclear. MILLER, David, «La Guerra Fría en retrospectiva», *Revista de Estudios Sociales*, 15 (junio 2003), p. 166.

3. BARRERA, Carlos, *Sin mordaza. Veinte años de prensa en democracia*, Madrid, Temas de Hoy, 1995. GUILLAMET, J. «La significació històrica de La Vanguardia», *L'Avenç: Revista*

del diario, la categoría dedicada de ordinario a la información internacional –fue el primer diario español que envió corresponsales a cubrir la primera Guerra Mundial– nos parece un aspecto de gran interés para la temática de cuyo análisis nos ocupamos. Desde el punto de vista editorial, la mayor serenidad y ponderación en unos años de tal tensión y fricción ideológica, se perfila más interesante y conclusivo que ahondar en la cobertura de diarios como *ABC* y *El País* que mantenían su propia *retórica revolucionaria*, sin aportar aspectos que no se conozcan. Así se definía *La Vanguardia* en su libro de estilo durante los ochenta:

«Primer periódico diario de Cataluña, está al servicio de los valores, los intereses y las aspiraciones de la sociedad catalana, lo cual excluye cualquier actitud de apoyo o estímulo hacia las posiciones ideológicas extremas que ésta no comparte»⁴.

El período nos parece adecuado y bien definido porque coincide con la llegada de Ronald Reagan a la política internacional y con una manera de enfrentarse al bloque soviético que difiere de su antecesor en el cargo, Jimmy Carter, y que lo hace atractivo desde el punto de vista histórico. La pugna entre los bloques se mantendría hasta la llegada de Gorbachov y también después, sin embargo, el primer mandato del republicano tuvo una influencia directa en los hechos que ocurrirían más adelante, como atestiguan los distintos análisis sobre su presidencia y sobre el final de la Guerra Fría.

«Un influyente comentarista económico –refiriéndose a Richard Reeves– dijo: «Casi parecía que estaba declarando la guerra no militar a la Unión Soviética». Si se trataba de una exageración, carecía de importancia y era perdonable. Reagan consideraba las ideas, los principios y la ideología frentes de la Guerra fría tan importantes como los tangibles frentes económicos, militares y territoriales. Hasta entonces los soviéticos habían organizado ataques sistemáticos que apuntaban a la moralidad de Occidente –bajo las acusaciones de racismo, militarismo, explotación, neocolonialismo, etc–, pero Occidente no había tomado represalias. A partir de ese momento Reagan llamaría a las cosas por su nombre y calificaría a la Unión Soviética de imperio del mal»⁵.

de història i cultura, 313 (2006), pp. 42-49. NOGUÉ, Anna y BARRERA, Carlos, *La Vanguardia. Del franquismo a la democracia*, Madrid, Fragua, 2006.

4. BLECUA PERDICES, José Manuel, RUBIO MARTÍNEZ, Juan Carlos, CASÁN HERRERA, José, CASASÚS, Josep María, *Libro de redacción de La Vanguardia*, Barcelona, La Vanguardia, 1986, p. 11.
5. O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra. Un trío que cambió el mundo*, Madrid, FAES, 2008, p. 288. En el mismo sentido se han manifestado: LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 429-430. JOHNSON, Paul, *Estados Unidos, la historia*, Barcelona, Javier Vergara, 2001, p. 773. PAYNE, Stanley G., «La presidencia de Ronald

El *corpus* de análisis está formado por dos bloques temáticos: por un lado, lo relacionado con el desarme y por otro, lo relativo al terrorismo. Para cubrir el primer bloque, hemos procedido al vaciado de prensa de los siguientes hechos: la Cumbre de Viena de 1979, las Conversaciones de Ginebra celebradas entre 1981 y 1982, los editoriales publicados sobre la instalación de los euromisiles en 1983 y, por último, la Conferencia de Estocolmo de 1984. En lo referente al terrorismo, nos ocupamos del derribo de un avión comercial surcoreano en septiembre de 1983 por parte de cazas soviéticos y de la matanza de marines en el Líbano un mes después.

La metodología utilizada es el análisis de contenido desde un plano cuantitativo a nivel superficial, y cualitativo desde una mayor hondura. Nos centramos por tanto en el discurso escrito del diario, tanto desde el pronunciamiento oficial de los editoriales, como a través de las informaciones interiores correspondientes a corresponsales y enviados especiales. Nos interesa asimismo la coincidencia o no de las primeras páginas con los editoriales en aras de confirmar la tendencia informativa de la cabecera, así como de determinar la coherencia argumental. Según el modelo propuesto por Van Dijk⁶, sometemos el vaciado de prensa a tres niveles: argumental, episódico e histórico, y analizamos las funciones que persiguen los textos: expositiva, retórica o persuasiva.

Las ochenta y cinco unidades de análisis están tomadas de las primeras páginas, editoriales e información interior de la temática descrita y son como consta en la siguiente tabla:

Tabla 1. Total de elementos analizados

	1ª Página/Portada	Editorial	Noticias
<i>Cumbre de Viena (1979)</i>	1	-	6
<i>Desarme (1981-82-83)</i>	2	9	10
<i>Cumbre de Estocolmo (1984)</i>	2	1	5
<i>Derribo avión surcoreano (1983)</i>	4	3	18
<i>Matanza en el Líbano (1983)</i>	5	1	18
TOTAL	14	14	57

Reagan: evaluación histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CCII: cuaderno I (enero-abril 2005), p. 107.

6. VAN DIJK, Teun A. (comp.), *El discurso como estructura y proceso*, Barcelona, Gedisa, 2008, cap. «El estudio del discurso», pp. 21-65.

Contexto histórico

«Frente a este panorama, realmente acongojante, el ciudadano ha de admitir dos hechos incontrovertibles: las armas nucleares no pueden ser ‘desinventadas’ y los dos imperios que dominan el mundo no desmantelarán las que poseen»⁷.

Hablar de Guerra Fría significa referirse a las negociaciones sobre la limitación de armamento, y el avance o retroceso en la evolución de dichas negociaciones permite conocer el clima de las relaciones internacionales en el período de cuyo estudio nos ocupamos. La carrera de armamentos al principio de la Guerra Fría tuvo como telón de fondo la superioridad estratégica norteamericana. Sin embargo, la situación de los cincuenta varió en las siguientes décadas a causa del avance soviético en distintas armas. Cuando los bloques encargados de mantener la distensión se pusieron a negociar, el armamento existente superaba cualquier expectativa positiva, además la situación internacional se había complicado demasiado, sobre todo tras la invasión soviética de Afganistán en 1979, dándose un clima poco favorable para mantener la tan nombrada «coexistencia pacífica».

«El único fantasma que perseguía a los líderes políticos y militares durante la Guerra Fría era la guerra nuclear y era una amenaza que influía sobre cada decisión en algún sentido. Igualmente, era una amenaza que sólo unos cuantos entendían, y un asunto acerca del cual se pronunciaban un sinnúmero de absurdos»⁸.

El entendimiento se fue haciendo más difícil y el «prejuicio ideológico»⁹ con el que habían comenzado las relaciones soviético-norteamericanas se acrecentó en los ochenta. Para los Estados Unidos era imposible obtener acuerdos sólidos con un sistema de carácter comunista y revolucionario como el soviético. Para la URSS el peligro residía «en el contagio de las ideas liberales»¹⁰.

En noviembre de 1969 comenzaron en Helsinki las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas. Tras tensas negociaciones, Richard Nixon y Leonidas Breznev conseguían sacar adelante los SALT¹¹ con el fin de poner un límite a la carrera armamentística. En aquellas fechas nacía «Safeguard»,

7. DE SEPÚLVEDA, Francisco, L., «El miedo nuclear», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5.

8. MILLER, David, «La Guerra Fría en retrospectiva...», p. 165.

9. PORTERO, Florentino, «Las relaciones soviético-norteamericanas y los orígenes de la guerra fría», *Revista de Occidente*, 57 (febrero 1986), p. 49.

10. *Ibid.*, p. 49.

11. *Strategic Arms Limitations Talks*: Conversaciones para la Limitación de Armas Estratégicas.

un sistema cuyo objetivo era «garantizar la supervivencia de los misiles estadounidenses en caso de un ataque sorpresa de la URSS»¹². En 1972 se firmaba un acuerdo en Moscú, Tratado ABM, que limitaba los sistemas de defensa contra los misiles balísticos. A partir de entonces quedaba reglada la incongruencia armamentística y cada bloque argüía motivos para crear potentes armas en nombre de la paz, como prevención de posibles ataques nucleares o para proteger su sistema político. Había nacido lo que los norteamericanos denominaron *brinksmanship*¹³, una especie de «mutua destrucción asegurada», «equilibrio del terror», es decir, una estrategia concebida para mantener amenazado al adversario.

La época dorada vivida por Nixon y Breznev quedaba eclipsada por el devenir de los acontecimientos y la situación internacional se iba encrespando a pasos agigantados. La definitiva ruptura de la distensión abría el camino para la propaganda política, municionada e instrumentada por el miedo y el pacifismo, unas herramientas, si cabe, más poderosas que las propias armas sobre las que se estaba negociando.

En junio de 1979 se encontraban por primera vez Jimmy Carter y Leonidas Breznev en Viena para firmar los SALT II. Los dos líderes a quienes se les habían complicado las cosas en sus respectivos países, querían dejar de *dar puñetazos al aire*. Conscientes de que no se podía volver a las décadas anteriores porque la coexistencia pacífica estaba averiada, daban luz verde a los SALT II que encarnaban una coexistencia reglada pero no pacífica. Se trataba de un acuerdo de veintidós páginas y en vigor hasta 1985 que limitaba el potencial estratégico nuclear y ofensivo. Aquel Tratado –que nunca fue ratificado por el Senado estadounidense–, conducía a una nueva etapa en la Guerra Fría, caracterizada por un desarrollo desenfrenado en la carrera de armamentos. Lo que se acordó en Viena, por tanto, no eran unos acuerdos sobre desarme *per se*, sino una toma de contacto entre dos bloques que ansiaban fórmulas que permitieran sofocar las tensiones. Dichas fórmulas parecían por fin materializarse a través de limitaciones cualitativas. A modo de anécdota, el tratado nacía inmediatamente antes de que Estados Unidos anunciara que continuaría con la construcción del proyectil MX. El objetivo de los SALT II era establecer un código de comportamiento entre las dos superpotencias en materia de estabilidad estratégica.

Nacía una nueva versión de la Guerra Fría entre Washington y Moscú, y moría la distensión. En los ochenta los bloques definieron la sociedad del

12. BARDAJÍ, Rafael L., «La SDI: una falsa promesa», *Revista internacional de Sociología*, 3 (1987), p. 606.

13. La política al borde del abismo.

miedo, caracterizada por el lenguaje de la amenaza, y definida en torno a un contrapeso de fuerzas asentado sobre misiles tan sofisticados como peligrosos.

Cumbres, besos y escepticismo

En junio de 1979 se encontraban Jimmy Carter y Leonidas Breznev y sellaban con un beso el segundo acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. El diario incluyó siete piezas informativas consistentes en seis informaciones interiores y una primera página, y no publicó editoriales. Las informaciones están firmadas y no son de agencia, y los titulares tienen un carácter informativo que ilustra el tema y que coincide con lo expuesto en el cuerpo de las informaciones¹⁴.

No se advierten distinciones de trato entre uno u otro bloque, ambos mandatarios son citados en los titulares y ambos son considerados «colosos»¹⁵. Tan sólo hemos encontrado alguna crítica aislada menos favorable al bloque soviético: «El tratado, evidentemente, podía haber sido más restrictivo, en general y para bien de la humanidad, o más favorable para los Estados Unidos si los negociadores rusos no fueran tan correosos»¹⁶.

La capital austríaca abrió la esperanza sobre la reducción de efectivos militares que estaba estancada desde hacía cuatro años. Pasará a la historia como aquella cumbre en la que no pasó nada excepcional y la Guerra Fría seguía atendiendo a una obviedad, tal y como lo interpretó el diario catalán: «La realidad es que los dos colosos tratan de mantener sus zonas de influencia»¹⁷. Estos gigantes han tenido que encontrarse por necesidad, formalidad internacional y puesta en escena, pero advierte el diario, con gran acierto, que serán otros quienes materializarán acuerdos sobre desarme¹⁸:

14. «Carter y Breznev cara a cara en Viena», *La Vanguardia*, 17-VI-1979, p. 3. ESTARRIOL, Ricardo, «Viena: Carter y Breznev se hacen reproches mutuos», *La Vanguardia*, 17-VI-1979, p. 17. «SALT II: Un margen para el respiro», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 1. ESTARRIOL, Ricardo, «Carter: «Si no controlamos nuestro poder de destruir, no aseguraremos nuestro futuro», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 3. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado tiene ahora la palabra», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 20. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21. NADAL, Carlos, «Sin ilusiones», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
15. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado tiene ahora la palabra», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 20.
16. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.
17. ZÚÑIGA, Ángel, «Nueva York: El Senado...», p. 20.
18. No será hasta 1987, cuando tenga lugar la cumbre de Washington entre Reagan y Gorbachov y comience a materializarse el desarme desde un punto de vista formal, después de tantos años de arduas negociaciones.

«En estas condiciones, Carter y Breznev se han visto obligados a encontrarse, a recomponer el montaje de las SALT y, sobre todo, a hablar, aunque sea para cantarse a las claras los muchos motivos de contraposición que existen entre ellos e intentar, en todo caso, poner otra vez en marcha la herrumbrosa, averiada teoría de la coexistencia pacífica.

Carter y Breznev llevaron a Viena la diferencia de ritmo de sus dos países y la reflejaban incluso físicamente. Se reunieron por necesidad. Convencidos de que nunca cogerán la misma onda, tal vez previendo que lo más fácil es que sean otros quienes se reúnan en nombre de sus dos países en la próxima ocasión»¹⁹.

La palabra que mejor resume cómo *La Vanguardia* se acercó al desarme es escepticismo. El diario catalán denunció el oscurantismo de las potencias en un tema tan delicado como el del armamento nuclear que llegaba de forma sesgada a la opinión pública. En realidad en Viena no había pasado nada importante más allá de un fotografiado encuentro. Se trata de mantener las zonas de influencia norteamericana y soviética, de definir una especie de código de comportamiento, de mantener la incongruencia que hasta ahora han supuesto los acuerdos en materia de desarme, y nada más:

«Quienes a estas horas se escandalizan ante el acuerdo rusoamericano y su escaso contenido, deben considerar que las negociaciones SALT nunca tuvieron el desarme como objetivo. Ni la eliminación de los arsenales nucleares ni una reducción drástica de los gastos militares. Las armas estratégicas y la tecnología que las ha producido existen –están ahí– y no puede entenderse que se evaporen como consecuencia de la firma de unos papeles. La finalidad de las negociaciones consiste en llegar al establecimiento de ciertas reglas con las cuales la coexistencia resulte lo más estable posible».²⁰

La incongruencia es tal que no solamente es imposible conocer las especificidades técnicas de un armamento tan poderoso, sino que los acuerdos están destinados a ir quedándose obsoletos uno a uno debido a los avances técnicos. Parece advertirse que la cabecera catalana consideró que las materias relacionadas con el desarme se movían en el terreno de lo irreal.

Armas y propaganda vs. desarme, 1981

Fue precisamente durante 1981 cuando la carrera de armamentos avanzó a pasos de gigante a costa de la mutua destrucción asegurada. Según Reagan, «los soviéticos iban creando una nueva arma detrás de la otra»²¹. Un hecho

19. NADAL, Carlos, «Sin ilusiones», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.

20. DE SEPÚLVEDA, Francisco L., «Tratado SALT II: mucho mejor que nada», *La Vanguardia*, 19-VI-1979, p. 21.

21. REAGAN, Ronald, *Una vida americana*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991, p. 265.

que sí afectaba a las relaciones entre los bloques y al devenir de la Guerra Fría venía determinado por el nuevo dirigente de la Casa Blanca: un duro negociador que había hecho de la firmeza el eje de su política para con los soviéticos, el republicano Ronald Reagan.

«Como base de mi política exterior, decidí que teníamos que enviar a los soviéticos un mensaje tan fuerte como pudiésemos, aclarando que no íbamos a permanecer a un lado por más tiempo mientras ellos armaban y financiaban a los terroristas y subvertían Gobiernos democráticos. Nuestra política iba a estar basada en la fuerza y el realismo. Yo quería paz mediante la fuerza, no paz con un pedazo de papel»²².

Lo que sucedió a partir de entonces fue que la inversión norteamericana se incrementó hasta conseguir la modernización total de las fuerzas nucleares para contrarrestar los misiles soviéticos.

La primera propuesta que el presidente norteamericano hizo a los soviéticos, fue la opción cero-cero, es decir, la eliminación de todas las armas nucleares de alcance medio en Europa. La propuesta no tuvo aceptación en el bando soviético, que se negó de forma sistemática a renunciar a los misiles de alcance medio. La acción –considerada belicista por buena parte de la comunidad occidental, Mitterrand y Trudeau fundamentalmente–, consistía en el despliegue de misiles *Pershing II* y de crucero, con el propósito de obligar a Moscú a aceptar la paridad cero-cero.

Los soviéticos tenían más cohetes intercontinentales además del temido SS-20 para el que no había contrapartida occidental. En general, desde el punto de vista numérico, Moscú aventajaba a Washington en submarinos nucleares, bombarderos atómicos, tanques, aviones, cañones y hombres. Si bien, en el apartado cualitativo, el arsenal soviético se había quedado obsoleto frente a las fuerzas norteamericanas que disponían de los *Pershing* y los *Cruise*, el bombardero B-52 y cabezas atómicas de las características de los *MX* y los *Trident*, armas de gran precisión y con capacidad para cubrir miles de kilómetros en minutos.

Semejante arsenal se adivinaba peligroso y las negociaciones sobre el mismo parecían revestir una gran complejidad, si bien el punto de partida era bastante más simple: si la URSS renunciaba a los SS-20, los misiles de alcance medio sobre Europa, Washington renunciaría al despliegue de los *Pershing* y de los *Cruise*. La tensión estaba servida: por una parte la agresividad norteamericana en manos de un duro negociador con una supremacía armamentística

22. *Ibid.*, p. 274.

de tales proporciones, y por otra el Kremlin, a pleno rendimiento en el terreno propagandístico.

En diciembre de 1981 Ginebra fue testigo de un encuentro entre norteamericanos y soviéticos tras tres años de silencio sobre material nuclear. La ciudad suiza acogía a los centenares de periodistas que se habían desplazado para cubrir el evento. Los protagonistas esta vez eran Paul Nitze²³ por la parte norteamericana y Yuli Kitsinski en representación de la delegación soviética. Desde Viena no había habido encuentros entre dirigentes o representantes de Washington y Moscú, por lo tanto nada se había avanzado en materia de desarme.

La Vanguardia dedicó una primera página completa²⁴ al hecho, además de dos crónicas interiores firmadas²⁵. De nuevo no encontramos un editorial a pesar de la importancia del acontecimiento y su tratamiento en portada. Como una «iniciativa saludable y extraña» se refería uno de los articulistas a aquellas primeras conversaciones sobre desarme, y además sentenciaba: «el fantasma de la guerra nuclear sirve para movilizar a la opinión pública europea»²⁶. Este postulado coincide con uno de los argumentos esgrimidos por O'Sullivan en cuanto a considerar que: «En el trascurso de esos dos años el bloque del Este y del Oeste se enzarzó en una titánica lucha por el espíritu político de Europa»²⁷.

La Vanguardia cambió el escepticismo por la decepción como nota característica de la cobertura de las conversaciones en la ciudad suiza. El núcleo del discurso fue la denuncia por el secretismo con el que las dos potencias se reunían en Ginebra sin que trascendiera información de relevancia para la opinión pública, y todo ello a pesar de los centenares de periodistas convocados allí. Estamos ante una reunión que se reduce a una primera toma de contacto

23. «Por haber apoyado la acumulación de armas de destrucción masiva como un instrumento de disuasión, Paul Nitze es identificado como un «halcón»». DE LA PAZ, Gabriela, «Los arquitectos de la Guerra Fría», *Confines*, 6/11 (enero-mayo 2010), pp. 111-115, p. 111. Para más información sobre los negociadores norteamericanos durante la Guerra Fría, véase THOMPSON, Nicholas, *The Hawk and the Dove. Paul Nitze, George Kennan, and the History of the Cold War*, New York, Henry Holt & Company, 2009.

24. Junto con una información en la parte inferior dedicada a la muerte de la actriz norteamericana Natalie Wood.

25. «Reunión para la esperanza, en Ginebra», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 1. MAC LIMAN, Adrián, «Las negociaciones de desarme, en secreto», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 3. L. F., «Alexander Haig considera fundamentales las negociaciones con la URSS», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 16.

26. MAC LIMAN, Adrián, «Las negociaciones de desarme, en secreto», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p. 3.

27. O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra...*, p. 321.

entre las dos delegaciones para futuras negociaciones: «una conferencia para reducir las armas nucleares dirigidas hacia Europa apartándose de la teoría soviética de que se trata de todos los sistemas de alcance medio»²⁸.

La Guerra Fría se calienta

Durante el año 1982 las cosas no cambiaron en las relaciones entre EE.UU. y la URSS. La Asamblea Extraordinaria de Desarme celebrada en Nueva York reunía a menudo a los secretarios de Estado, Haig y Gromiko, sin que saliera ninguna negociación de aquellos encuentros. Los únicos avances tenían que ver con la propaganda y con las manifestaciones pacifistas que recorrían el mundo y que habían nacido en Europa:

«Toda Europa, por encima de las divisiones de los bloques militares y políticos, es recorrida por un movimiento de opinión popular, pacifista y anti-armamentista, de dimensiones y amplitud insospechadas. Parece, como si inesperadamente, se hallase un lenguaje común a uno y a otro lado del telón de acero. Lógicamente, su grado de intensidad más agudo se registra en Europa Central; posiblemente los euromisiles nucleares hayan hecho más por el acercamiento entre las dos Alemanias que cualquier otra doctrina o ideología»²⁹.

La Vanguardia no asumió la visión romántica de los movimientos pacifistas presentada por algunos autores, y sí mantuvo una actitud de condena explícita sin ambigüedades sobre una «bella hipótesis» que no se sostiene:

«(...) por dos razones evidentes: en primer lugar, el pacifismo europeo es, ante todo, antiamericano, como antiamericana fue la nueva izquierda que nació en los años sesenta. (...) En segundo lugar, el pacifismo no es un movimiento generador de un nuevo europeísmo porque sus manifestaciones no han llegado a proponer una sola acción positiva —basta pasar revista a los textos de sus pancartas—, de modo que difícilmente quienes han participado en ellas han podido sentirse miembros de una patria europea portadora de un mensaje de liberación y de modernidad»³⁰.

28. L. F., «Alexander Haig considera fundamentales las negociaciones con la URSS», *La Vanguardia*, 1-XII-1981, p.16.

29. MESA GARRIDO, Roberto, «Guerra fría, distensión y solución de conflictos», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 3 (1989), pp. 247-268, p. 263. Algunas visiones menos favorables de los movimientos pacifistas pueden consultarse en O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra...*, pp. 321 y 332. PAYNE, Stanley. G., «La presidencia de Ronald Reagan...», p. 106. También CUARTERO LARREA, Miguel, «Pacifismo, Desarme y No Violencia», (Ponencia en Seminario del Instituto Español de Estudios Estratégicos, XII-1983), *Cuadernos de estrategia*, 128 (2004), Ministerio de Defensa, pp. 161-186, p. 173. TUSELL, Javier, «Pacifismo y derechos humanos», *Cuenta y Razón*, 13 (Septiembre-Octubre 1983), p. 125.

30. «En torno al pacifismo», *La Vanguardia*, 17-XI-1981, (editorial), p. 5.

En noviembre de 1982 moría Leónidas Breznev y le sucedía un antiguo jefe de la KGB, Yuri Andropov. Aquel cambio de liderazgo en el Kremlin no iba a suponer que las relaciones entre Washington y Moscú se vieran favorecidas, sino más bien todo lo contrario.

En 1983 nació la IDE (Iniciativa para la Defensa Estratégica)³¹ una especie de fórmula concebida como elemento de disuasión nuclear, y cuyo núcleo central estaba compuesto por un sistema global de reducción de armas nucleares³².

«(...) el 23 de marzo de 1983, (...) Ronald Reagan, volvería a abrir el debate sobre las defensas antimisiles. En un ya célebre mensaje televisado, Ronald Reagan criticó la falta de moralidad del equilibrio del terror, en la disuasión nuclear, en mantener un mundo en una precaria estabilidad sólo garantizada por la posibilidad última de un suicidio mutuo, preguntándose y preguntando a los ciudadanos americanos si no sería mejor 'salvar vidas que vengarlas'»³³.

Reagan perseguía un programa que diseñara la forma de defenderse de la amenaza nuclear y que volviera inútiles y obsoletas las armas. Según Bardají: «Esa noche Ronald Reagan sorprendió al mundo no tanto por replantear la pregunta de ¿podemos lo que queremos? cuanto por su fe decidida en que lo que proponía era realizable, en que se podía lo que se quería»³⁴.

En otoño del mismo año comenzaba el despliegue de los *Pershing* por el suelo europeo y tan sólo un mes más tarde, el Pentágono autorizaba el desarrollo de armas espaciales más poderosas que fueran capaces de destruir los misiles enemigos antes de alcanzar sus objetivos. Reagan lanzaba una ofensiva mayor al autorizar el aumento del presupuesto al programa de investigación tecnológica espacial. Desde el viejo continente se llevó a cabo una vehemente oposición al despliegue de los *Pershing* como si el republicano fuera a dirigirlos contra Europa y no como mecanismo de defensa de los misiles soviéticos.

La Unión Soviética amenazó entonces con la retirada de la mesa de negociaciones, amenaza que se materializó en diciembre y que encrespó la relación entre los bloques, sobre todo a partir de los incidentes que analizamos en epígrafes posteriores y que aumentaron la temperatura de una ya caliente Guerra Fría.

31. SDI (*Strategic Defense Initiative*).

32. O'SULLIVAN, John, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra...*, p. 363.

33. BARDAJÍ, Rafael L. «La SDI: una falsa...», p. 607. El artículo incluye una exhaustiva explicación de la SDI, así como una escéptica visión de la misma y la inviabilidad de los ideales presidenciales de Reagan con respecto a la SDI, cfr. p. 608.

34. *Ibid.*, p. 607.

El año 1983 alcanzó momentos de máxima tensión internacional y no sólo en el terreno armamentístico, como tendremos ocasión de comprobar. Nos ocupamos en primer lugar de las informaciones interiores, tanto de co-responsables y enviados especiales como algunas de agencia.

La Vanguardia dio por terminado el ciclo de escepticismo con el que en los tres años anteriores se había abordado el tema del desarme y optó por otros discursos: la amenaza que la URSS suponía para el mundo y el apoyo que merecía la estrategia norteamericana. Lo que hizo el diario fue presentar la opción de Reagan como algo aceptado por los aliados de la OTAN, sin querer ser ambiguo en torno a la postura de aquellas potencias europeas reticentes al despliegue de euromisiles³⁵. No menos explícito se mostró con respecto a la denuncia del abandono de la mesa de negociaciones por parte de la URSS tras la instalación de los *Pershing*, así como en señalar las constantes amenazas que lanzaba Andropov sobre EE.UU.³⁶. En el mismo sentido, uno de sus analistas señalaba cómo iba a aprovechar Moscú la baza propagandista ante la imposibilidad de competir con las armas norteamericanas:

«Por lo demás, es muy probable que Moscú cuente ya con tener enfrente las nuevas armas norteamericanas. Y que vea en ello el lado favorable, es decir, la oportunidad para sacarle el máximo provecho propagandístico a fin de alentar e incrementar las tendencias pacifistas de la Europa occidental, nada desdeñables, especialmente en el punto clave, Alemania»³⁷.

La claridad, la crítica y la desesperanza ante la falta de entendimiento entre las potencias, cuando una de ellas, —entiéndase URSS—, es especialmente peligrosa, son los calificativos que mejor definen la información sobre el tema en el diario catalán. Introdujo la cuestión sin exageraciones dado que las potencias se habían ajustado a sus anunciadas promesas: instalar los euromisiles y romper las negociaciones; la crisis no ha hecho más que comenzar y será ahora cuando ese «equilibrio del terror» cobre fuerza. Entre los *dimes* y *diretes* entre las potencias, las ineficaces y parciales movilizaciones pacifistas y el despliegue de un aparato armamentístico de dudosa eficacia y precisión, el panorama que se cierne sobre el mundo no deja de ser desolador para la cabecera. Los seres humanos quedan indefensos ante un despliegue sobre el que apenas

35. «Los euromisiles los pone gratis Norteamérica para proteger a Europa y no viceversa», GARRIGO, Andrés, «La reducción de misiles sustituye la opción cero», *La Vanguardia*, 27-III-1983, p. 15.

36. EFE, «Andropov anuncia el despliegue, en los mares, de misiles dirigidos a EE.UU.», *La Vanguardia*, 25-XI-1983, p. 3.

37. NADAL, Carlos, «Más allá de diciembre», *La Vanguardia*, 2-X-1983, p. 17.

tienen conocimientos, desamparados y con la esperanza de que las potencias se avengan a negociar³⁸.

Una vez conocido el posicionamiento del diario en materia de información interior, nos interesa conocer el discurso editorial. Para ello nos ocupamos de todos los editoriales publicados con motivo del desarme en ese año. El total de unidades analizadas es de ocho³⁹. El año comienza con un diálogo de sordos entre los bloques. El tema del «rearme», que ya no sólo desarme, es un desafío grave para la humanidad, por lo que la solución pasa para el diario por frenar la carrera de armamentos y encontrar puntos de unión en materia de desarme. Esta solución debe procurar un diálogo que ponga fin a esta peligrosa situación:

«(...) alguna forma de negociación real debe suceder a la guerra verbal y al clima de amenazas entre la radical «opción cero» que propugna Reagan y las engañosas propuestas soviéticas de reducir los «SS-20» equiparándose –cuando le conviene a la URSS así lo hace– a Francia y Gran Bretaña, como si los Estados Unidos y la OTAN no estuvieran presentes en Europa, hay que encontrar una vía de diálogo»⁴⁰.

En este clima de hostilidad, Europa no ha sido capaz de desempeñar ningún papel, y no es sólo ya una víctima del rearme sino que también «es víctima de su propia indecisión y su voz parece escucharse cada vez menos»⁴¹. Se trata de un análisis ponderado y real de la situación, en el que *La Vanguardia* nos advierte de la postura firme de Reagan, de la violación sistemática del Acta de Helsinki por parte de Moscú, y de la situación a la que ha quedado relegada la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, (CESCE). Europa ha sido desplazada a un lugar marginal sin voz ni voto.

«Antes de cerrar toda puerta a la esperanza, hay que desear por lo menos que, en las pocas semanas que quedan, un gesto soviético –si no en el terreno de los misiles sí por lo menos en el de los derechos humanos– permita

38. «Resultado: que entre «Pershing», «Cruceros» y «SS-20», tres mil millones de seres humanos vivirán a la vez amenazados y protegidos por ese nuevo equilibrio de armas terroríficas. Lamentablemente, esta es la nueva realidad, mientras no se avengan las dos superpotencias a negociar el desarme bilateral». *Ibid*.

39. «Rearme y desarme», *La Vanguardia*, 21-I-1983, p. 5, (editorial). «Weinberger y las distintas opciones», *La Vanguardia*, 23-III-1983, p. 5, (editorial). «Reagan juega fuerte», *La Vanguardia*, 21-IV-1983, p. 5, (editorial). «La acción psicológica de Andropov», *La Vanguardia*, 31-VIII-1983, p. 5, (editorial). «El verdadero peligro», *La Vanguardia*, 7-IX-1983, p. 5, (editorial). «Rusia pasa a la acción», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 5, (editorial). «El mundo y los 'misiles'», *La Vanguardia*, 25-XI-1983, p. 5, (editorial). «Riesgo calculado», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5, (editorial).

40. «Rearme y desarme», *La Vanguardia*, 21-I-1983, p. 5, (editorial).

41. *Ibid*.

desbloquear una situación en la que Reagan juega muy fuerte, seguido con más o menos ardor por unos aliados europeos que tienen de hecho poca voz ante la batalla que concierne principalmente a las dos grandes potencias»⁴².

Nos hallamos ante textos que definen una actitud comedida, aséptica y concreta de lo que estaba ocurriendo. La cabecera parece sentirse muda porque no hay nada que decir, y no se desprende que abogue por actitudes retóricas, porque para eso ya están las potencias: «Shultz y Gromyko representan a dos países con arsenales nucleares potentes. Sus respectivos gobiernos están enzarzados en una retórica política y militarista que no presenta síntomas de conciliación reales»⁴³. Nada puede ocurrir mientras los dos grandes no adopten una actitud de cooperación, da igual que se firmen actas tras encuentros, en este caso en la Conferencia de Seguridad y Cooperación que tiene lugar en Madrid, donde los bloques no se escuchan: «Este peligro real, de armas en posición de disparar, no lo va a desviar –por desgracia– el acta final que mañana se disponen a firmar 35 países»⁴⁴.

A pesar del peligro real, el diario consideró «poco probable» que pudiera estallar un conflicto mundial: las potencias manejan muy bien sus tiempos y sus armas, y saben hasta dónde pueden llegar⁴⁵.

La línea de los editoriales es muy similar excepto en uno de ellos. Se trata de la pieza más áspera publicada con motivo del despliegue de los euromisiles. Aunque responsabiliza a los dos bloques de la situación que acontece, vuelca un grado de crueldad sobre Moscú, además de vincular al bloque soviético con los movimientos pacifistas y a éstos, con visiones parciales y actitudes torticeras.

«Los movimientos pacíficos, casi todos de neto origen marxista y filosoviéticos no han podido con las mayorías gubernamentales.» (...) La réplica soviética no se hará esperar. La retirada de la mesa de conversaciones es sólo un comienzo. Seguirá, de inmediato, el principio de una nueva escalada que tendrá de protagonistas a los territorios del Pacto de Varsovia, vecinos de Occidente. Sin previas consultas parlamentarias, como es de rigor. ¿A qué Parlamento consultaron hasta la fecha los dirigentes del Kremlin para llevar a cabo el despliegue de las seis mil cabezas nucleares que apuntan desde hace años a la Europa del Oeste y también más allá de la frontera chino-soviética? ¿Dónde están, si es que los hubo o se atrevieron a manifestarse, los pacifistas que contestaran tan tremenda decisión unilateral?»⁴⁶

42. «Reagan juega fuerte», *La Vanguardia*, 21-IV-1983, p. 5, (editorial).

43. «El verdadero peligro», *La Vanguardia*, 7-IX-1983, p. 5, (editorial).

44. *Ibid.*

45. «Riesgo calculado», *La Vanguardia*, 9-XII-1983, p. 5, (editorial).

46. «El mundo y los ‘missiles’», *La Vanguardia*, 25-XI-1983, p. 5, (editorial).

Ni Ginebra ni Viena: Estocolmo

«A pesar de nuestras diferencias políticas y las distintas perspectivas que tenemos sobre los problemas internacionales, tengo la confianza que podremos hacer progresos para reforzar la paz y para resolver nuestras diferencias a través de negociaciones y discusiones».

Konstantin Chernenko⁴⁷

La felicitación del líder soviético no era más que una mera formalidad de las que se dedicaban las potencias en elecciones y designaciones. Reagan inauguró su segundo mandato destinando más fondos a la carrera armamentística mientras la URSS sufría una crisis de liderazgo y económica delicada. La silla del Kremlin volvió a cambiar, esta vez se trataba de Konstantin Chernenko que ocuparía la Secretaría general desde abril de 1984 hasta marzo de 1985, pero como en anteriores circunstancias, el desencuentro entre el Este y el Oeste permanecía inalterable.

La tensión se mantenía en torno a un panorama peligroso: Estados Unidos continuaba el envío de euromisiles al viejo continente y la URSS desplegaba más SS-20 por Alemania Oriental y Checoslovaquia.

En enero de 1984 tenía lugar la CDE (Conferencia sobre Desarme en Europa) en la ciudad sueca de Estocolmo que volvía a poner en contacto a los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos y la Unión Soviética: George Shultz y Andrei Gromiko.

Las conversaciones de Ginebra, es decir, las relacionadas con la reducción de armas nucleares de alcance medio (*INF*) y las estratégicas (*START*) habían muerto; las de Viena, aunque agonizantes, podían retomarse ya que se trataba de un foro multinacional en el que las posiciones de Washington y Moscú estaban menos comprometidas. El elemento más positivo de Suecia era la reanudación de las negociaciones sobre reducción de armas convencionales en Europa.

Durante más de cinco horas el nuevo secretario de Estado norteamericano, George Shultz y su homólogo soviético, Andrei Gromiko, se reunieron con el propósito de abordar temas relacionados con la situación mundial y el desarme.

El espacio dedicado por *La Vanguardia* a la conferencia fue amplio: dos portadas, francamente editorializantes, cinco noticias interiores y un editorial.

47. Extraído del prólogo de un libro con escritos de Chernenko, citado por: FOIX, Luis, «La Administración Reagan está preparando un plan de acuerdo sobre desarme con la URSS», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 10.

Se observa un tratamiento más ácido y anticomunista en el diario que no se había advertido, al menos de forma tan contundente, hasta ahora. En las primeras páginas el diario aprovechó la ironía para arremeter contra el sistema soviético:

«(...) como era de esperar dentro de los hábitos propagandísticos y diplomáticos, indicó los buenos propósitos de la Unión Soviética, cuyo principal objetivo, afirmó, consistía en evitar la guerra y se mostró partidario de resolver todo problema internacional sobre la mesa de negociaciones»⁴⁸.

En la misma línea, publicó la fotografía en grande de la mujer de un disidente ruso con el retrato de su marido en la mano, para acompañarlo del siguiente texto: «No todos están de acuerdo con la ‘política de paz’ de la Unión Soviética expuesta por Andrei Gromyko en las reuniones de Estocolmo»⁴⁹.

Con respecto a los discursos emitidos por nuestra cabecera, se detecta cómo la propaganda con la que la URSS había llegado a Estocolmo y la forma en que estaba sirviendo como base del discurso antiamericano en Europa, fueron los núcleos centrales del diario:

«Tal como se preveía, al menos parcialmente, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, utilizó el foro de la CDE para realizar un furibundo ataque dialéctico contra la política exterior de la Administración Reagan, acusándola prácticamente de llevar el mundo a la guerra. En uno de los discursos más rabiosamente antinorteamericanos, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, ha resumido todo el resentimiento acumulado por Moscú en los últimos años respecto a la política exterior de la Administración Reagan. (...) acusó a Estados Unidos de prácticamente todos los males y peligros de guerra que azotan a la humanidad. Empezó justificando la brusca retirada soviética de las tres negociaciones sobre desarme en Europa, diciendo que toda la culpa la tiene Washington»⁵⁰.

La crítica por la falta de acuerdo entre las dos potencias recayó según el diario sobre la URSS. Han sido los europeos y EE.UU. los que han acudido a la capital sueca con ánimo de llegar a un acuerdo, y para ello incluso Reagan, —más por consejo de sus asesores que por una decisión personal de bajar el tono de firmeza en cuanto a su política de desarme—, ha pronunciado un discurso conciliador sobre el tema; sin embargo los soviéticos no parecen dispuestos a facilitar una negociación⁵¹.

48. «Gromyko atacó a EE.UU.», *La Vanguardia*, 19-I-1984, p. 1.

49. «La mujer de un disidente protestó en Estocolmo», *La Vanguardia*, 20-I-1984, p. 1.

50. FOIX, Luis, «Severo ataque de Gromyko contra la política exterior norteamericana», *La Vanguardia*, 19-X-1984, p. 13.

51. RAMOS, Rafael, *La Vanguardia*, 20-X-1984, p. 12.

La desaprobación no era sólo para la URSS dado que los bloques continuaban rearmándose y desplegando misiles por territorio europeo sumidos en sus propias estrategias: Reagan tratando de ser reelegido y Gromiko lanzando soflamas contra EE.UU. en su empeño por ganar la batalla propagandística⁵². Sin embargo, algo ha cambiado en el diario en este año 1984 con respecto a los anteriores. Hasta ahora, se había mostrado imparcial en el pulso librado por los bloques a cuentas del desarme nuclear y de una Europa indefensa y ausente; a partir de ahora, el diario entona un discurso implícito a favor de quien cree que está ganando esta *mano*: Ronald Reagan. La URSS parece que también tiene el mismo parecer según *La Vanguardia*, de ahí los furibundos ataques en Estocolmo. Así lo presentó el diario:

«El ministro soviético de Asuntos Exteriores se despachó a gusto en un ataque frontal, durísimo, contra la política exterior de Estados Unidos, que ha venido a ser como un alegato contra quien la inspira, o sea, el presidente Reagan. (...) Gromyko no se ha limitado a resaltar este aspecto de la situación actual, Sino que ha tenido especial interés en acusar a Estados Unidos de estar desarrollando una política exterior agresiva y desestabilizadora en todo el mundo»⁵³.

El diálogo continúa congelado

Ronald Reagan no había conseguido un encuentro con un mandatario soviético durante su primer mandato, algo que sus más firmes críticos se encargaban de recordar de tanto en cuando. La reelección del republicano no fue bien recibida por los soviéticos que sabían que tendrían que negociar con Reagan de forma irremediable. Aún habría de pasar casi un año para que se encontraran Reagan y Gorbachov⁵⁴ en Ginebra, en noviembre de 1985, pero todo hacía presagiar un entorno más favorable, en el que si bien las negociaciones sobre desarme fueran una utopía, al menos se produjera un encuentro entre los dos colosos que controlaban la política mundial.

El año 1984 parecía abrir una esperanza para que las potencias empezaran a tomarse en serio la posibilidad de entenderse y frenar la carrera de armamentos. Pero era un espejismo; había más de protocolo que de colaboración, es decir, prevalecía la propaganda, la retórica y la declaración de intenciones por delante de los buenos propósitos. Así Reagan seguía haciéndole propuestas

52. FOIX, Luis, «La reanudación de las negociaciones de Viena probable único resultado», *La Vanguardia*, 20-X-1984, p. 11.

53. «El ataque de Gromyko», *La Vanguardia*, 19-I-1984, p. 5, (editorial).

54. Elegido en marzo de 1985.

imposibles a los soviéticos, y éstos entonando que el entendimiento era necesario e *imposible* con el republicano.

El tratamiento en *La Vanguardia* en torno al «plan paraguas» de Reagan fue esperanzador. Estábamos ante un entorno nuevo, la nueva legislatura de Reagan y el cambio de silla en la URSS, es decir, se daban las circunstancias para volver a la mesa de negociaciones. Los soviéticos puede que accedieran a ello pero no tanto por una concesión política sino por una cuestión económica⁵⁵:

«La Administración Reagan está elaborando el llamado «Plan Paraguas» para proponer un acuerdo global con la URSS sobre desarme. Un funcionario de la embajada soviética en Washington calificó esta propuesta como un paso sin precedentes en la historia de las tensas relaciones entre los dos países. Antes de responder formalmente a la iniciativa de Reagan, los soviéticos quieren conocer más detalles sobre a qué nivel tendrían que celebrarse las conversaciones, en qué ciudad y qué temas tendrían que ser tratados con prioridad»⁵⁶.

La Guerra Fría se lleva a 269 pasajeros

El período que analizamos de la Guerra Fría no tuvo solamente al desarme como protagonista sino que hubo otros puntos de fricción que encrespaban aún más, si cabe, aquellos años: el terrorismo.

Nos ocupamos del hecho que se produjo el treinta y uno de agosto de 1983, cuando un avión comercial surcoreano con doscientas sesenta y nueve personas a bordo fue derribado por un caza soviético en el Pacífico occidental, en las inmediaciones de la isla de Sajalin. En un primer momento las autoridades soviéticas negaron su implicación en el derribo del avión que invadió el espacio aéreo de la URSS. Conforme avanzó la crisis y se fueron esclareciendo los hechos, se vieron obligados a confirmar su participación.

El diario publicó bastante información: cuatro primeras páginas, dos de ellas de temática única, abundante información interior y tres editoriales.

El texto de las portadas evita una crítica mordaz o ácida contra los soviéticos como sí hemos visto en algunas informaciones relacionadas con el desarme⁵⁷. El énfasis está puesto en las víctimas y no parece que desde este

55. FOIX, Luis, «La Administración Reagan está preparando un plan de acuerdo sobre desarme con la URSS», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 10.

56. «Desarme: nuevo plan de Reagan», *La Vanguardia*, 16-XI-1984, p. 1.

57. «Un caza soviético derriba a un avión civil surcoreano, sobre territorio militar, con 269 personas a bordo», *La Vanguardia*, 2-IX-1983, p. 1. «Buscan el «747» coreano derribado», *La Vanguardia*, 3-IX-1983, p. 1. «Flores y lágrimas japonesas sobre el mar para las víctimas del atentado perpetrado por los soviéticos», *La Vanguardia*, 5-IX-1983, p. 1. «Un avión espía de EE.UU. volaba junto al Jumbo», *La Vanguardia*, 6-IX-1983, p. 1.

espacio se persigan fines que no sean meramente informativos. Parece que *La Vanguardia* entiende que el tema es demasiado grave y que hacer propaganda es ofender a las víctimas, y al fin y a la postre, a sus lectores.

El discurso central fue de condena a la URSS por el atentado perpetrado contra civiles. Con respecto a los discursos secundarios encontramos una pseudocondena a EE.UU., la expresión de la rabia que producía el sufrimiento causado a las víctimas y el sentimiento de miedo e inseguridad por la situación mundial como consecuencia de las desavenencias entre las dos potencias. El hilo argumental de todos estos temas se mantuvo en torno a las víctimas: las que habían muerto, las que no podían ni siquiera recuperar los cuerpos de sus seres queridos, y el resto de la humanidad, que sufría en silencio el miedo y la propaganda difundido por los bloques.

La Vanguardia se pregunta ¿por qué se abatió un avión comercial, indefenso, que no llevaba a cabo ninguna misión militar ni de espionaje? Y entienden que ninguna respuesta podría justificar tal acción.

En la información interior encontramos una narración de los acontecimientos y de los interrogantes que rodearon al atentado, todo ello hasta que la URSS confirmó su participación, y hasta que EE.UU. reconoció que tenía un avión espía sobrevolando la zona: este hecho varía el análisis que pueda hacerse del atentado⁵⁸. La cobertura interior mantiene la serenidad en los titulares y también en el cuerpo de las informaciones. Los únicos textos que adoptan actitudes más persuasivas tienen que ver con las crónicas de analistas, corresponsales y enviados. En ellas se abunda en la crítica contra la Unión Soviética; son textos que incluyen repulsa e ironía para caricaturizar a Moscú, un sistema inútil pero muy peligroso que ni siquiera sabe qué versión ofrecer:

«Las órdenes y las normas disciplinarias en aquellos límites se suponen de máxima rigidez. Queda lamentablemente demostrado que se cumplen con precisión de autómatas. Y, aunque cabe la posibilidad de otras versiones –la fatalidad de errores por una o ambas partes– queda también la impronta de un sistema de seguridad dispuesto a mostrarse implacable, antes que dar ninguna sensación de debilidad»⁵⁹.

Pero la caricatura no se limita al sistema soviético sino que se hace extensible al norteamericano. Esta «Guerra de las Galaxias» sí es real para el diario, y ha destapado de forma indirecta la manera de operar de la Casa Blanca. La batalla

58. Washington reconoce que tenía un avión espía cerca del Jumbo surcoreano abatido por la URSS, *La Vanguardia*, 6-IX-1983, p. 3.

59. ARIAS, Jaime, «Temores en Asia, debilidades en Europa», *La Vanguardia*, 2-IX-1983, p. 10.

de esta *guerra sucia*, la han protagonizado dos potencias, aunque el misil sea soviético, y por desgracia, la hemos perdido todos.

«Aunque el atentado aéreo más bochornoso que se recuerda en tiempos de paz no vaya a desencadenar ningún conflicto bélico de grandes dimensiones, sí que se puede afirmar que la guerra del espacio ya tiene nombres y apellidos y ha dejado de pertenecer al fantasioso mundo de los Kubrick, Spielberg, Lucas y otros. La frialdad y seguridad con que George Shultz lanzaba las acusaciones contra el Kremlin estaban avaladas por una prueba testifical impecable. Irónicamente, lo que ocurría a más de diez mil metros la altura en un día normal, en un vuelo regular, estaba tan al alcance del Pentágono como cualquier conversación *pinchada* entre dos personas situadas a ras de tierra puede estar en posesión del gobierno»⁶⁰.

Nos ocupamos a continuación del discurso editorial. En el primero publicado, es decir, el del día dos de septiembre, –hasta el día seis no se conoce que EE.UU. había sido testigo de la conversación entre los cazas soviéticos–, ya condenó la fragilidad, cuando no oportunismo estratégico, de las comunicaciones entre los bloques.

«¿Es que las relaciones entre las dos grandes potencias, con sus teléfonos rojos y demás medios de comunicación y consulta rápida, no son capaces de evitar que más de doscientas personas civiles pierdan la vida cuando la persecución dura horas? Algo falla ahí en la responsabilidad compartida de velar por la paz mundial»⁶¹.

La conmoción de los hechos no consiguió que el diario apostara por un discurso servil e inmaduro sobre buenos y malos. La reflexión partía de confirmar hasta qué punto podíamos estar seguros en el mundo sabedores del arsenal nuclear del que disponían la URSS y EE.UU. Si la justificación soviética no se sostiene, tampoco puede obviarse el hecho de que la fragilidad de las comunicaciones entre las dos potencias haya quedado en evidencia. ¿Por qué no descolgó el teléfono rojo la Casa Blanca cuando se detectaron las operaciones que los cazas soviéticos trataban de acometer?:

«Aunque el atentado aéreo es en sí gravísimo, lo que más nos debe preocupar son las consecuencias que tiene para el futuro de las relaciones internacionales. Porque lo que cayó sobre el mar del Japón no fueron solamente los restos mortales y el avión troceado. Cayó también la confianza de una seguridad que hasta ahora nadie se atrevía a discutir. Y con la pérdida de esta seguridad ha nacido un nuevo miedo, una impotencia para resolver un problema que nunca debió tener un desenlace trágico»⁶².

60. L. F. «Todo bajo control», *La Vanguardia*, 3-IX-1983, p. 4.

61. «Un misil en acción», *La Vanguardia*, 2-IX-1983, p. 5, (editorial).

62. «Quién y por qué disparó», *La Vanguardia*, 4-IX-1983, p. 5, (editorial).

La URSS recibía una condena argumentada en torno a los hechos, la destrucción de un avión civil, y no a las ideologías. Entiende el editorial lo difícil que a partir de ahora lo va a tener el Kremlin de cara a sus clientelas ideológicas: «Pero la tenaz propaganda soviética en favor de la paz difícilmente puede verse respaldada por la destrucción fulminante de un avión sin armas cargado de viajeros civiles»⁶³.

Los otros dos editoriales están destinados a condenar el sistema soviético por falso, injurioso, inhumano y totalitario. Por un lado, los hechos merecen un análisis más profundo que vaya más allá de lamentar la terrible pérdida de tantas vidas humanas. La repulsa internacional ya se conoce y lo que diga Washington también. Lo importante es saber qué pasa en el Kremlin. Todo el editorial se esmera en extraer la conclusión de por qué Moscú ha actuado así y por qué esa reacción ante los hechos. Para ello descompone minuciosamente el suceso, y la forma de actuar de los soviéticos de ordinario. Describe, no sin cierto rencor, su *modus operandi*:

«La ambigüedad de la explicación oficial es la que ha preferido el Kremlin añadiendo todos los matices de rigor para acusar, de paso, al espionaje norteamericano. Es una técnica vieja y conocida. Recordemos que en los primeros días de 1980 se anunciaba al mundo que las tropas soviéticas entraban en Afganistán respondiendo a la llamada de auxilio que les fue formulada por el presidente Amín. Lo que no impidió que una semana después de entrar en territorio afgano el propio presidente muriera víctima de un atentado llevado a cabo por un comando dirigido por un capitán soviético»⁶⁴.

Por otro lado, se mantiene la condena contra el pacifismo «fabricado» en el Kremlin y que está encontrando su mejor megáfono en los ciudadanos europeos. Es la misma actitud mantenida en torno al desarme pero desde aquí se expresa con más acritud. Temor, terror y ausencia de información, así se expresó el editorialista:

«Cuando no se dice, después de un acto de violencia homicida tan claro como la muerte de doscientos sesenta y nueve pasajeros de un avión comercial, que no se les quería matar resulta pintoresco posar de defensor de la paz y tratar de presentarse como potencia a la defensiva como no revele el ataque un exceso de temor. Y es que el temor, y aun el terror, puede ser también algo que sufre el que provoca el ataque. (...) Falta una explicación para el resto del mundo. Pero también falta una explicación, y ésta tan sencilla como necesaria, para los ciudadanos de la Unión Soviética y países dependientes: no

63. *Ibid.*

64. *Ibid.*

saben todavía que dentro del avión iban doscientos sesenta y nueve pasajeros. Y es lo primero que hay que saber»⁶⁵.

Matanza en el Líbano

Analizamos a continuación otro de los sucesos que convirtió el semestre de 1983 en uno de los más críticos del final de la Guerra Fría: el atentado perpetrado contra militares en misión de paz en Beirut en octubre de aquel año. El edificio que albergaba a los marines estadounidenses y a los paracaidistas franceses en Beirut sufrió dos explosiones en la madrugada del veintitrés de octubre, causando más de doscientos muertos⁶⁶, de los cuales más de ciento cuarenta y seis eran norteamericanos. El Movimiento de la Revolución Islámica Libre se atribuyó en un principio la matanza que se llevó a cabo a través de dos camioneros que portaban la carga explosiva.

Los orígenes del conflicto hay que situarlos en 1975 cuando llegaron al Líbano las primeras tropas sirias. La desestabilización fue paulatina y vinculada con una serie de acontecimientos. Por un lado la invasión de *Tsahal* israelí que se produjo en junio de 1982; los hechos siguieron la misma escalada violenta hasta que finalmente una fuerza multinacional integrada por norteamericanos, franceses, italianos y británicos se estableció en Beirut tras la matanza de palestinos en Sabra y Chatila en septiembre de 1982 a manos de la falange libanesa. Desde aquello, franceses y norteamericanos se habían convertido en los efectivos más implicados en el conflicto.

Los hechos que rodearon al atentado se produjeron con posterioridad al envío de aviones «Super-Etendard» franceses a Bagdad con el apoyo de Reagan, circunstancia que había provocado las represalias de los iraníes destacados en Líbano.

En el Líbano de 1983 se daban cita muchas tensiones de raíz religiosa, así como un número elevado de intereses de distinta índole que habían ido involucrando cada vez más a los norteamericanos. Antes del atentado, los soldados norteamericanos y franceses habían sido víctimas de una guerra indirecta; a partir de la masacre pasaban a convertirse en un objetivo directo.

La Vanguardia dedicó una amplia información al atentado que incluyó cinco primeras páginas, tres de las cuales fueron de temática única. La información interior fue asimismo muy completa, dieciocho noticias en total, sobre la posición norteamericana, francesa, la del resto de los países implicados,

65. «Falta una explicación», *La Vanguardia*, 5-IX-1983, p. 5, (editorial).

66. Las cifras entre cadáveres y desaparecidos ascendió a 243 víctimas.

Italia e Inglaterra, así como sobre el esclarecimiento de los hechos. En lo relativo a editoriales sólo publicó uno.

Para el diario los hechos ocurridos en Líbano eran otra batalla más de la Guerra Fría⁶⁷; eran también una evidencia del fanatismo de la revolución islámica iraní.

De manera explícita y gráfica condenó un atentado que había sacudido la opinión pública mundial, parafraseando a los medios norteamericanos en torno a una especie de Pearl Harbour de Oriente Medio. El especial se enmarca bajo el título de: «Matanza en Beirut». El diario utilizó los calificativos más severos para referirse a los hechos: «salvaje ataque», «brutal atentado», «carnicería», «matanza», «sangriento atentado»⁶⁸.

Observamos una evolución en la sucesión de acontecimientos llevada a cabo por el diario, en la que se pasa de la condena unánime, a la descripción del horror del ataque suicida, pasando por el dilema que se le planteaba a EE.UU. y la actitud de los marines ante el drama de la guerra⁶⁹. En todos estos acontecimientos se mantiene un mensaje de fondo que se incluye en varias ocasiones: se trata del atentado más grave cometido contra militares en misión de paz.

Una vez que sitúa al lector en los orígenes del conflicto y en las circunstancias en las que las «tropas de pacificación», –nombre con el que se refiere a los militares allí desplazados– han sido atacadas, *La Vanguardia* describió la complicada situación que tenía EE.UU. ante sí por la presión de una opinión pública que había perdido a tantos compatriotas. Norteamericanos y marines fundamentalmente, son ahora las víctimas de una guerra que empezó como pacificación y cuya complejidad dificulta el análisis, y lo que es peor, la solución⁷⁰.

El atentado se ha producido para ahuyentar a la fuerza internacional y sobre esa línea se informó acerca de la reacción de Reagan para no ceder ante la presión del fanatismo y abandonar una región a su suerte:

67. RAMOS, Rafael, «Estados Unidos no puede entregar Oriente Medio a la Unión Soviética», advierte Ronald Reagan», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 4.

68. *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 1.

69. «Matanza en Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 1. «Estados Unidos y Francia no abandonan Líbano», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 1. «El vicepresidente de EE.UU. visitó a los «marines» de Beirut», *La Vanguardia*, 27-X-1983, p. 1. «Entre la paz y la guerra, la fatiga y la negociación», *La Vanguardia*, 28-X-1983, p. 1. «Llanto por el hermano», *La Vanguardia*, 1-XI-1983, p. 1.

70. Véase «Horas de horror y de tensión tras el salvaje ataque contra las tropas de pacificación en el atormentado Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 3.

«La retirada de los «marines» de Líbano equivaldría a claudicar ante las acciones de los terroristas árabes, y es políticamente inaceptable. No hacer nada y dejar que las cosas sigan como están equivaldría a una bomba de tiempo que podría explotar en las manos de Reagan en cuanto se produjera un nuevo ataque contra sus soldados. Y la tercera opción, lanzarse más a fondo en Líbano, supondría aceptar el riesgo de un nuevo Vietnam»⁷¹.

Reagan, al mando del timón del país y con una situación que se le iba complicando en todos los frentes, adquirió bastante protagonismo. Con grandes dosis de firmeza y claridad, el republicano informaba de sus decisiones a la opinión pública explicando, no sólo por qué no podían dejar que la URSS se sintiera con ganas de intervenir en el conflicto, sino también por qué a nivel mundial era necesario establecer allí un orden:

«Norteamérica no se puede dejar intimidar y además aquella es una zona clave de la estabilidad de la región. Porque Estados Unidos tiene allí intereses vitales. La paz en ese país es la clave para la estabilidad de todo Oriente Medio. No podemos dejarnos intimidar por aquellos que quieren apoderarse del Mediterráneo oriental, del golfo Pérsico, de toda la zona... Nuestra credibilidad a una esfera global está en juego», dijo el presidente»⁷².

El único editorial publicado con ocasión del atentado coincide con el núcleo argumental del resto de la cobertura: una batalla más entre dos potencias que miden sus fuerzas. Desde esta perspectiva la cabecera plantea, en primer lugar, cómo los bloques aprovechan cualquier circunstancia para beneficiarse y atacar al adversario: «Las ideologías se confunden al cruzarse los planos, pero los intereses permanecen atentos»⁷³. En segundo lugar, cómo los poderes regionales «buscan el apoyo de los grandes poderes e implican a éstos en sus contiendas»⁷⁴; y por último, unos «minipoderes» que utilizan el arma más eficaz: el terrorismo.

«Las dos grandes potencias mundiales –los Estados Unidos y la Unión Soviética– no muestran interés especial en enfrentarse, pero aprovechan las infinitas posibilidades del mapamundi en ebullición para mejorar las posiciones propias y minar las del adversario»⁷⁵.

Una vez descrito el posicionamiento oficial que merecen los hechos, describe la situación que acompaña a un atentado cuya autoría aún no se conoce:

71. RAMOS, Rafael, «La decisión de Reagan sobre Líbano vendrá condicionada por su política electoral», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 13.

72. RAMOS, Rafael, «Estados Unidos no puede entregar Oriente Medio a la Unión Soviética, advierte Ronald Reagan», *La Vanguardia*, 25-X-1983, p. 4.

73. «Terremoto en Beirut», *La Vanguardia*, 24-X-1983, p. 5, (editorial).

74. *Ibid.*

75. *Ibid.*

musulmanes chiítas o iraníes radicales. Atendiendo a la misma línea religiosa en su versión más fanática, acometerá una condena mordaz contra la URSS desde unos textos finales, y por tanto conclusivos, al equiparar el fanatismo y sectarismo entre islámicos y soviéticos respectivamente: «El fanatismo religioso de los dirigentes iraníes mueve las piezas en el tablero del mismo lado que los doctrinarios del ateísmo soviético»⁷⁶.

Consideraciones finales

Exponemos nuestras conclusiones basándonos en los dos niveles a los que la muestra ha sido sometida a análisis. En primer lugar destacamos, desde un plano cuantitativo, la importancia dedicada al tema que ocupa nuestro estudio desde las primeras páginas y desde una vasta información interior. No hay, sin embargo, una coincidencia entre portadas y editoriales en todos los hechos analizados, así ocurre con la Cumbre de Viena, el encuentro de Ginebra entre negociadores norteamericanos y soviéticos, y el atentado contra militares en Beirut. Quizá el número y la profundidad de análisis llevada a cabo desde las crónicas de corresponsales, enviados y articulistas del diario, evite la publicación de editoriales en temas que sí son objeto de portadas y de amplia información interior. No observamos alardes expresivos desde los titulares del diario en ningún género salvo algún caso aislado, como ocurre con los dedicados a las portadas sobre la Conferencia de Estocolmo.

En segundo lugar nos detenemos en el discurso del diario y apreciamos una evolución de los acontecimientos en *La Vanguardia* y no un discurso pactado con la línea editorial del diario. La cabecera catalana insistió en denunciar los gestos hechos por las potencias para sus clientelas ideológicas y ambos bloques fueron condenados de forma explícita por la instrumentalización con la que pretenden hacer triunfar sus sistemas.

En unos años que iban a tener al mundo en vilo, advertimos un discurso caracterizado por la denuncia y la certeza de sus argumentaciones. No hay aspectos que puedan inclinarnos a hablar de ingenuidad o de respaldo ideológico; no a lugar a hablar de *buenos y malos*. Hay dos bandos en esta Guerra Fría y *sucia*: el compuesto por los bloques, que está demostrando grandes dosis de irresponsabilidad, y el formado por las víctimas, no sólo las que han perdido la vida, sino las que conforman una opinión pública ignorante y maniatada.

Para el diario catalán lo que está ocurriendo en el mundo a costa de la falta de entendimiento entre el Este y el Oeste denota escepticismo, incongruencia y falta de responsabilidad. El correr de los acontecimientos acrecentará una

76. *Ibid.*

decepción que posteriormente se volverá desesperanza por la ruptura del diálogo, por la peligrosidad de la amenaza soviética, por el establecimiento del «equilibrio del terror» y por la instrumentalización de la paz. Otros temas que son también importantes para el diario son el rearme, el desafío más grave que azota al fin de siglo, y la marginalidad del continente europeo. La propaganda está presente y viene motivada por el resentimiento soviético y por las ambiciones norteamericanas. No se está proyectando por tanto una imagen positiva o negativa de uno u otro bando recurriendo a elementos retóricos que coincidan con los intereses editoriales del medio, sino que es la propia evolución de los acontecimientos la que define el hilo argumental, con un carácter en mayor grado expositivo, y con menor intensidad persuasivo. Con respecto a los editoriales, presenciamos una tendencia interpretativa y no hallamos textos con actitudes vehementes, salvo un par de piezas ya mencionadas en epígrafes del presente artículo, que adoptan modos más ácidos contra el régimen soviético y las manifestaciones pacifistas. En general detectamos que los editoriales de *La Vanguardia* están concebidos para invitar a la reflexión y no a la acción.

Quizá el hecho que más abunde en la prudencia y ponderación del diario se refiera a la actitud que mantiene con motivo del derribo soviético del avión surcoreano. Una vez superada la conmoción del primer momento, y una vez que se esclarecieron los hechos que rodearon al atentado, el diario no se despegó de la condena a los soviéticos por su incapacidad para asumir responsabilidades y dar explicaciones; tampoco de la denuncia contra EE.UU. por no haber tratado de evitar el atentado. El escepticismo del diario fue manifiesto, no sólo por la masacre del atentado soviético, sino por la indirecta participación de EE.UU. que hubiera podido impedirlo si no hubiera atendido a estrategias de la Guerra Fría.

El análisis de un período de hace tres décadas y de máximo enfrentamiento ideológico, nos traslada en el diario objeto de estudio, a un periodismo crítico y riguroso, más preocupado por sus lectores que por sus afinidades políticas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

BIBLIOGRAPHICAL NOTES

Los españoles y Napoleón antes del bicentenario de la Guerra de la Independencia

The Spaniards and Napoleon before the Bicentennial of the Peninsular War

Vicente León Navarro
Rafael Fernández Sirvent

El presente dossier sobre «Los políticos europeos y Napoleón» permite referirnos a algunos trabajos sobre Napoleón y España o Napoleón y los españoles como parte de ese complejo entramado europeo que fueron el Imperio y las guerras napoleónicas. España pesó mucho en los recuerdos de Santa Helena en un hombre que, en la soledad de su prisión, confesaba amargamente el error de haber menospreciado a un pueblo al que no conocía, al que exigió mucho, dio poco y se sublevó al ser traicionado. Un hombre abatido que, en la plenitud de su poder, pensó regenerar a una España que, en su opinión, pedía a gritos ayuda contra el mal gobierno de Godoy. Así rezaban los variados informes con los que fraguó su España imaginaria desde los sucesos de El Escorial, aunque la experiencia y avatares de las complejas relaciones anteriores pesaron en su decisión final. Creyó hacerlo en paz, cambiando una dinastía caduca, inerte, impotente y ridícula, a la que odiaba, y a un favorito al que aborrecía, por otra nueva. Pero no contó con la reacción de los españoles —que no eran Godoy— ni estuvo atento a las necesidades de su hermano José. Pretendió tal vez ser regenerador y salvador, pero actuó como mero usurpador. Su error, tras meses de reflexión y de acopio de informes sobre España, fue prescindir de un despreciable Fernando VII, un juguete en sus manos, sin tener en cuenta que era (o se iba a convertir en) el rey deseado. Hubiera sido un aliado dócil, sumiso y agradecido. La empresa que se presentaba fácil a sus ojos, a los de sus consejeros e informadores, resultó ser la tumba de sus

aspiraciones, de su gloria y, quizás, de sus nobles ideales para la Europa del momento.

Si la Guerra de la Independencia ha sido objeto de numerosas publicaciones y estudiada desde muchos puntos de vista, la relación de Napoleón con España no ha merecido quizá tanta atención. No significa que haya habido descuido y falten estudios, pues ya en 1818 Alberto Baldrich publicaba *Historia de la guerra de España contra Napoleón*. Pero fue su muerte la que despertó un enorme interés por aquella figura legendaria y mítica. En España aparecieron numerosas obras, unas en castellano y otras traducidas del francés, aunque la mayor parte de ellas tratasen aspectos muy concretos de su vida, acciones militares, conquistas o legislación. Por otra parte, la invasión napoleónica influyó poderosamente en la organización posterior española que deseaba una nueva administración más eficaz y un Estado más sólido. Pasada pues la guerra, los odios contra Napoleón también cambiaron. Incluso aparecieron folletos en alabanza de un hombre benéfico. En la memoria de muchos afrancesados, la intervención del Emperador en España quedó como la ocasión perdida para un cambio necesario; para los liberales propició el despertar de los españoles de su servidumbre, iniciando su camino liberador, y para los conservadores permitió a los españoles medirse con los franceses y demostrar su arrojo, heroísmo y amor a las tradiciones.

También en Francia, dispuesta al olvido de la época imperial, surgió gran interés por un Napoleón poliédrico, viendo en él lo que cada uno quería, al monstruo, al héroe y hombre excepcional, al criminal, al traidor o al villano. Cada cual alimentó su propia imaginación. Natalie Petiteau señala al respecto: «L'histoire de l'Empire a mauvaise presse alors que Napoléon a envahi la littérature et la mythologie du XIXe siècle pour constituer ensuite un point de référence de la vie politique française, de moins jusque dans l'entre-deux-guerres, et pour demeurer, aujourd'hui encore, un personnage qui fait rêver quelques fanatiques ou qui inspire quelques romanciers, à l'heure où son tombeau est toujours l'un des moments les plus visités en France»¹. Napoleón, una figura tan alabada como vituperada, tan glorificada como satanizada, fue poco a poco objeto de atención respecto a España a pesar de todas las prevenciones. Jean-René Aymes apunta que la intervención de Napoleón en España ha sido durante mucho tiempo descuidada porque la Guerra de la Independencia fue poco gloriosa para los franceses².

1. PETITEAU, Natalie, *Napoléon, de la mythologie à l'histoire*, Paris, Éditions du Seuil, 2004, p. 7.

2. AYMES, Jean-René, *L'Espagne contre Napoléon. La guerre d'Indépendance espagnole (1808-1814)*, Paris, Nouveau Monde Éditions, Fondation Napoléon, 2003.

Algunos autores pues se embarcaron en la tarea de afrontar esta interesante época. Uno fue Geoffroy de Grandmaison, que publicó en 1908 *L'Espagne et Napoléon*. Obra que contaba con una buena documentación, pero adolecía de un análisis histórico riguroso, al tiempo que su autor dejaba entrever en exceso tanto su nacionalismo como su carácter conservador. Otro, Jean Lucas-Dubreton, publicaba en 1946 *Napoléon devant l'Espagne: ce qu'a vu Goya*, con criterios y puntos de vista acertados. Un tercero, aunque a escala regional, fue Pierre Conard que defendía su tesis en 1910 sobre *Napoléon et Catalogne*. Finalmente, André Fugier, daba a la luz en 1930 *Napoléon et Espagne*, obra recientemente publicada en España con el título *Napoleón y España. 1799/1808*³. La obra fue importante y pionera en su época, escasa en publicaciones de este tipo, y sigue siéndolo en la actualidad. En la presentación de la edición de 2008, el profesor Emilio La Parra destaca el carácter crítico y riguroso de su autor, lo cual permitió que la obra se convirtiera en consulta obligada para muchos historiadores posteriores. Fugier se documentó muy bien e hizo planteamientos acertados sobre la situación española y las intenciones de Napoleón, aunque no le faltaron apreciaciones personales más propias de la pasión que del rigor histórico, cayendo en algunos errores que criticaba en otros.

Como señala Emilio La Parra, el trabajo de Fugier no ha sido superado y aún hoy resulta imprescindible para conocer la compleja situación política de la España de finales del XVIII y principios del XIX, y en especial para comprender las relaciones diplomáticas entre la España de Carlos IV y la Francia napoleónica⁴. Ciertamente que en estos momentos no tenemos una obra de esta envergadura, pero los estudios más recientes, tanto en Francia como en España, han actualizado y mejorado en algunos aspectos la obra de Fugier, como se puede ver en numerosos trabajos y, en concreto, en las dos obras que intentaremos presentar de un modo resumido. Una, fruto de un Coloquio Internacional dirigido por el profesor Gérard Dufour y celebrado en Aix-en-Provence en 1983, cuyas actas se publicaron en 1984 con el título de *Les Espagnols et Napoléon*, y la otra, *Annales historiques de la Révolution française* con un monográfico dedicado a *L'Espagne et Napoléon*, correspondiente al número

3. FUGIER, André, *Napoleón y España, 1799-1808*, presentación de Emilio La Parra, traducción de Elena Bernardo y Alicia Martorell, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, 831 pp.

4. Otra rica fuente de información sobre el tema son las *Memorias* de Manuel Godoy, obra que cuenta con una completa y reciente edición y estudio introductorio de Emilio La Parra y Elisabel Larriba, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008, 1985 pp.

336 (abril-junio de 2004)⁵. Ambas publicaciones vienen a demostrar a ambos lados de los Pirineos la creciente atención por la figura de Napoleón y su relación con España, interés que se ha visto incrementado en los últimos años con ocasión del bicentenario de la Guerra de la Independencia.

En *Les Espagnols et Napoléon* intervienen una serie de investigadores que en 1983 presentaban trabajos innovadores, aunque a la altura de 2011 parezca algo lejana aquella fecha. El tema central de las diversas aportaciones es Napoleón-España-los españoles.

Jean Tulard se preguntaba en «Les responsabilités françaises dans la Guerre d'Indépendance» si Napoleón se equivocó respecto de España o lo equivocaron, aunque la decisión de invadirla fue personal. España parecía madura para los cambios, pero equivocó el modo al actuar como invasor. El error, según Louis Trenard en «Images de l'Espagne dans la France napoléonienne», lo originó el desprecio por una España sumisa a Francia desde los Pactos de Familia. Una España al margen de la Europa ilustrada cargada de tópicos negativos. La revolución aumentó los contactos y España ganó interés para los franceses, pero persistieron la mayoría de aquellos estereotipos. Por contra, según Alberto Gil Novales en la «Dualidad napoleónica en España», la imagen de Napoleón antes de 1808 tenía buen cartel entre los españoles, incluso sus tropas gozaron de buena acogida en la Guerra de las Naranjas. La situación cambió con la invasión y la feroz campaña antinapoleónica que se desató por todos los medios imaginables. Campaña en la que pone el acento Jean Battesti Pelegrin en «Nommer l'innommable a propos de la rhétorique des proclamations populaires de la guerre d'Indépendance», para quien la abundancia de textos antinapoleónicos presentados en ocasiones por patriotas anónimos de toda clase muestra la militancia de sus autores. Analiza un buen número de panfletos y habla de los protagonistas, de la visión del enemigo, de cómo se le designa, de la reducción del adversario a través de la retórica del combate. ¿Fue eficaz?, se pregunta. Por su parte, Claudette Dérozier, en «La caricature anti-napoléonienne espagnole», abunda en el tema. La caricatura contra Napoleón la iniciaron los ingleses para combatirle con el desprecio y la calumnia. Lo mismo se hizo en España. La caricatura, como los folletos, recogía la sátira, el ridículo, el odio contra Napoleón. Ahora bien, a diferencia de la europea, la española era más militante, una verdadera imagen de combate para informar, deformar, manipular y satanizar.

5. Este número de *Annales historiques de la Révolution française* dedicado a *L'Espagne et Napoléon* se puede leer íntegro en la propia Web de la revista: <http://ahrf.revues.org/1641> [consulta: 21 de enero de 2011].

Levantamientos y propaganda que no debe llevarnos a equívocos respecto al consenso patriótico. Lluís Roura, en «Napoleón: ¿Un punto de acuerdo entre la reacción y el liberalismo en España?», diferencia entre el mito napoleónico positivo que surge tras su muerte y el mito antinapoléonico, político y negativo que se crea desde el inicio de la guerra como oposición al mito fernandino. Pero, paradójicamente, el mito antinapoléonico no es motivo de encuentro entre reaccionarios y liberales, atentos sólo a sus respectivas ideas. Entonces, se pregunta Gérard Dufour, «Pourquoi les espagnols prirrent-ils les armes contre Napoléon?». Su visión es novedosa. Los españoles tomaron las armas no para defender a Fernando, sino para defenderse ellos mismos puesto que, contrariamente a su soberano, no aceptaron someterse a los franceses. La religión tampoco tenía nada que ver en los móviles de los españoles en su lucha contra Napoleón. La guerra de España no fue una guerra santa, sino de independencia. Porque movimientos los hubo y muchos, según Antonio Moliner Prada en «Movimientos populares en Cataluña en la Guerra del Francés». Así, se produjeron motines populares en muchos pueblos y la sublevación antinapoléonica tuvo un cariz tanto de guerra popular como antis señorial, reflejo del malestar existente en el campo. Pero las nuevas instituciones controlaron y canalizaron estas revueltas preservando el orden social vigente.

Napoleón contó con la prensa como arma de propaganda. José Javier Sánchez Aranda, en «Napoleón y la prensa afrancesada en España», destaca el poder de ésta, su coordinación y control entre las distintas publicaciones y el poco influjo que tuvo sobre la población por falta de sintonía con un público ajeno a sus principios. Por otra parte, pocos eran quienes sabían y podían leer. Parece que esta prensa bonapartista fue incapaz de ganarse a la opinión pública. Más eficaz sería la colaboración de los afrancesados que apoyaron a José I. Así lo explica Joan Brines Blasco en «Aproximaciones al estudio sociológico de los franceses en el País Valenciano». Parte de la aristocracia colaboró para encauzar el proceso revolucionario y controlarlo echando mano del ejército napoleónico para aplastar cualquier negativa a pagar los derechos señoriales. La otra parte consideró preferible una revolución controlada que cambiara algo para mantener su preeminencia social. La burguesía vio la ocasión propicia para transformar la sociedad sin traumas. Si el clero fue más remiso en su participación, Anacleto Pons y Justo Serna presentan «El colaboracionismo valenciano en la Guerra del Francés. El canónigo Pascual Fita». Estudian la situación valenciana, la figura del canónigo y su sermón del domingo de Ramos para recordar la entrada de Suchet en Valencia hecha en enero de 1812 y a la que ya había aludido el canónigo Joaquín Más. El sermón se interpretó como afrancesado por sus alabanzas al mariscal y a la monarquía josefina. A

la vuelta de Fernando se inició un proceso judicial contra ambos canónigos que sufrieron prisión y embargo de sus bienes. El afrancesamiento fue tema debatido y mal resuelto durante mucho tiempo. Genevié Barbé en «Goya et Napoléon» expone cómo Goya evoca a Napoleón y los horrores de la invasión. No le pintó, aunque en algún momento significó la esperanza de la lucha contra el oscurantismo. Las obras de Goya se adaptan a las circunstancias sin renunciar a sus ideas y como filósofo rechaza la barbarie y la crueldad venga de donde venga. Algunos afrancesados lo fueron por convicción, caso de Marchena que estudia Juan Francisco Fuentes en «Marchena y el poder napoleónico (1799-1808)». Colaboró con Napoleón como hombre de orden, en beneficio del sistema burgués, y se alegró cuando en 1808 invadió España, esperando su regeneración y la implantación de un sistema de libertades. No obstante, su indiscreción le acarreó varias veces algunos problemas con la policía, sin llegar a más.

Toda realidad es compleja. Si, como se ha señalado, la imagen de Napoleón mejoró en España tras su muerte, también es cierto que se mantuvo el mito antinapoleónico como demuestran Nelly Clemessy en «Persistance de l'esprit anti-napoléonien dans le conte espagnol (2^e moitié du XIX^e siècle, debut du XX^e)» y Emmanuel Larraz en «La Guerre d'Indépendance dans le cinéma franquiste». En un caso, la Guerra de la Independencia ha servido para mostrar viva en la conciencia nacional la idea de una España fuerte e invencible. Los cuentos han mantenido una imagen simple y parcial de Napoleón y de los franceses para engrandecer el valor de España y de los españoles. Algo similar sucede en el otro caso, donde el cine franquista toma la guerra para exaltar la lucha patriota contra los franceses, defender el nuevo Estado y evocar la guerrilla como grandeza de una raza. A partir de 1951 cambian los gustos de los españoles y dejan de producirse películas como *Agustina de Aragón*, *El Verdugo*, *El Abanderado* o *Lola la Piconera*. Aline Vauchelle-Haquet, en «L'image de Napoléon à travers les ouvrages en langue espagnole publiés en France dans les années qui suivirent sa mort», se fija en la aparición de obras en español en Francia sobre la vida de tan importante personaje, con distintos puntos de vista. En 1821 aparecía la primera y en 1827 se presentaba la traducción de *Napoleón en España o historia de la guerra de la península* como muestra del interés de los españoles por Napoleón. Por estas fechas sitúa Jean-René Aymes la opinión sobre Napoleón de algunos liberales en «Deux historiens libéraux espagnols face à Napoléon: le comte de Toreno et Francisco Martínez de la Rosa». Frente a mitos y antimitos pintan su retrato físico, intelectual y moral y levantan sus voces sobre el sistema militar, el reformismo o sus sueños. El Emperador se sitúa en un primer plano, pero no es un ser

esencial, ni extraordinario caudillo, ni político fuera de lo común, ni tampoco un especial conductor de hombres y su papel en España es menor, aunque reconocen el valor de sus leyes. No opinaba igual un padre Luengo, como estudia Rafael Olaechea en «Napoleón visto por un jesuita español exiliado en Italia». Echa mano de una rica cantera, la obra del jesuita, en la que critica con pasión la obra y figura de Napoleón como el perturbador de Europa, sujeto despreciable y vil, azote de Dios y nacido para perseguir la religión y abatir los tronos...

Entre los trabajos restantes, Guy Mercadier escribe «Les Mémoires du Général Palafox: Autobiographie ou autohagiographie?». Aparte de quejarse de la transcripción, considera al personaje muy interesante. Las *Memorias*, escritas antes de la muerte de Fernando VII, comprenden las distintas partes de su vida, buscando restituir su honor mancillado por la envenenada envidia. Palafox se presenta como buen escritor que sabe poner en escena su vida, su persona y los acontecimientos que giran a su alrededor. José Antonio Ferrer Benimeli, buen conocedor de la masonería, expone en «La masonería bonapartista en España» que si hacia 1782 no existía en España al estar prohibida por la Inquisición, en 1824 parece que la francmasonería estaba instalada desde la guerra. Lo curioso es que Napoleón no fue masón, aunque sí toda su familia, y su régimen contribuyó, como ningún otro, al desarrollo e implantación de la masonería. Se difundió como arma de captación de adeptos a la causa imperial de la mano de José I y de los militares. Emilio La Parra López, en «Guerra y caos fiscal en una ciudad no conquistada. Alicante 1808-1813», demuestra que la guerra supuso para Alicante y para España un descalabro económico, pues al tiempo que aumentaron los gastos militares y de alimentación, disminuyeron los impuestos y la producción, practicándose una fiscalidad nueva que afectó al pueblo llano. Éste no distinguió bien entre exigencias de la guerra y los deseos renovadores del régimen liberal trazado por las Cortes de Cádiz, lo que posibilitó el triunfo del absolutismo quedando en entredicho la labor de las Cortes. Enric Olivé Serret en «Pirates i comerciants. Les relacions d'un corsari francès amb comerciants catalans (1807-1814)» expone un tema curioso. El comerciante Pollan asentado en Barcelona firmó un acuerdo con comerciantes catalanes para armar una nave a fin de ejercer la piratería. Durante tres meses consiguieron un botín de 340.000 duros. La guerra cambió las relaciones y Pollan desapareció sin repartir los beneficios y continuó con la piratería. Acabada la guerra fue detenido, y una vez absuelto se instaló en Niza. Para el autor, la burguesía catalana se presta a invertir en negocios especulativos antes que en manufactureros. Para Jacques Penot el cambio de dinastía fue un descalabro colonial. En «Les hispano-américaines

et Napoléon» señala la importancia de las Indias en la estrategia de Napoleón, que cedía a su hermano, como rey de España, las Indias con todos sus recursos y permitiendo a los representantes americanos participar en Bayona como un cuerpo diferenciado. Previamente, Napoleón había enviado agentes a América y en mayo organiza varias expediciones para llevar la noticia del cambio dinástico. La operación no tuvo éxito. Los ingleses se encargaron de anunciar el levantamiento de los españoles contra Napoleón y su amistad con Inglaterra. Napoleón, ante la obediencia de las Indias a Fernando VII, decidió apoyar las ideas independentistas enviando agentes.

Lluís Roura presenta el monográfico de *Annales historiques de la Révolution française* (2004), resaltando la importancia de Napoleón para la historiografía española y de España para la historiografía napoleónica. En este volumen veremos algunos autores que también colaboraron en el encuentro que acabamos de referir. Lluís Roura estudia «Napoléon, héritier des rapports entre l'Espagne et la France révolutionnaire (1795-1804)», y Emilio La Parra López «Méfiance entre les alliés. Les relations Napoléon-Godoy (1801-1807)». Dos trabajos complementarios tanto en la cronología, como en algunos puntos de vista sobre la situación española y las difíciles y turbulentas relaciones entre Napoleón y Godoy, a quienes, sin embargo, la opinión pública española unió estrechamente. Si Napoleón dedicó poco espacio a Godoy, al que despreciaba por sumiso, ingrato, egoísta y dispuesto a todo por mantenerse en el poder y salvar sus riquezas, Godoy admiraba a Napoleón, aunque le aplicara el correctivo de altanero, inconstante en sus ideas, voluble en sus proyectos y ambiguo. Lluís Roura evidencia la situación de España respecto a Francia y ambas miran la amenaza de Gran Bretaña. La sumisión de España a Francia hace pensar a Napoleón en la invasión de Portugal y mantener buenas relaciones, pero con el Tratado de Fontainebleau la situación cambia por culpa de Godoy en el que vio, según Emilio La Parra, la traición en el *Manifiesto* de 1806. Napoleón y Godoy intentaron engañarse. El fulgurante ascenso de Godoy le convirtió en pieza clave de la monarquía, lo mismo que Napoleón en Francia. La desconfianza de éste hacia Godoy se transformó en cierto favor al «partido fernandino». ¿Pudieron influir los acontecimientos de El Escorial? Parece que este cambio de actitud dio esperanzas a Fernando, más aún cuando Napoleón lanzaba una campaña en *Le Moniteur* contra el príncipe de la Paz con dos mensajes: uno que mostraba a un Fernando inocente frente a un culpable Godoy; y otro en el que denunciaba a Godoy enriquecido, venal, intrigante y corrupto, responsable de todos los males de la monarquía. Fernando VII tenía el campo libre para el asalto final y Napoleón para aprovechar el caos de la monarquía y presentarse como el salvador de todos.

Parte de este período, analizado políticamente, encuentra algunas claves en la situación económica que, desde el punto de vista demográfico, estudia Esteban Canales en «1808-1814: démographie et guerre en Espagne». La ausencia de datos fiables antes y después de la guerra impide cuantificar las pérdidas. A la guerra precedió una virulenta crisis demográfica entre 1800 y 1805, que dificulta el conocimiento exacto de la población al comienzo de la contienda. El autor se sirve de los registros parroquiales y señala que la mortalidad tiende a concentrarse en 1809 y 1812 de forma desigual, según zonas. En 1809 incide más la pérdida de cosechas con sus consecuencias. En 1812 aumenta la crisis de subsistencia, año del hambre. Tras el crecimiento demográfico de 1787-1801, en 1800-1805 se pierde medio millón y durante la guerra, 1808-1814, otro medio. Estudios recientes recortan estas cifras.

En un momento de cambios estratégicos, Charles Esdaile, en «Par delà les monts et dans le lointain: l'armée britannique dans la péninsule ibérique (1808-1814)», defiende que Gran Bretaña hizo pocas reformas militares frente a las novedades francesas. Su potente y eficaz marina controlaba los mares y protegía las Islas de cualquier invasión. Su poderosa milicia guardaba el territorio nacional y su ejército, reducido pero profesional, servía a los aliados en el continente. Inglaterra se había convertido en una «nación en armas», como Francia, con una sexta parte de los hombres uniformados, pero con puntos débiles. No obstante, hubo cambios acordes a la táctica militar francesa. Si Wellington era más tradicional, hubo otros más modernos, pero al final predominó un ejército del Antiguo Régimen movido por tácticas del Antiguo Régimen, mandado por un general del Antiguo Régimen. En España con un general de gran talento en quien confiaban sus soldados, que aguantó el reto francés tanto en ataque como en defensa.

Richard Hocquellet, en «Les élites et le peuple face à l'invasion napoléonienne: pratiques sociales traditionnelles et politique moderne (1808-1812)», Antonio Moliner Prada, en «Crise de l'État et nouvelles autorités: les juntas lors de la Guerre de l'Indépendance», y Vittorio Scotti, en «La guérilla espagnole dans la guerre contre l'armée napoléonienne», plantean varios puntos de vista sobre la invasión francesa y la respuesta española. Ante todo, según R. Hocquellet, se da una doble paradoja, la división del bando patriota en reaccionarios y liberales y la fractura entre élites y pueblo. El levantamiento popular es la reacción del pueblo frente a la pasividad de autoridades, pero ¿fue espontáneo o magnificado por patriotas posteriores? La situación del momento era compleja y las intrigas de unos y otros visibles. Así que a la vista de los sucesos posteriores, más que de espontaneidad se debería hablar de disponibilidad de la población a creer las noticias, a moverse y a reunirse. La

ineficacia de las autoridades obligó a formar Juntas –nuevas instituciones– al margen del poder constituido. No se puede hablar de una revolución popular, porque el pueblo estuvo ausente de estas Juntas, pero éstas no se entienden sin la acción popular. Las Juntas se convierten en el motor del cambio político y símbolo de la revolución. Por otra parte, para V. Scotti, la invasión motivó el nacimiento de la guerrilla, alabada por patriotas y vituperada por los franceses por estar formada por bandidos, ladrones, malhechores y bandoleros que impedía el despliegue normal del ejército francés, interrumpía los correos o atacaba por sorpresa. Se discute sobre su eficacia y peso en el desenlace de la guerra. Si para Ch. Esdaile fue negativa, V. Scotti la defiende con argumentos y señala que hizo más daño a los franceses que el ejército regular.

La importancia de la prensa en el campo ocupado lo tratan de forma general y concreta Jean-René Aymes, «La Guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814)», y Frédéric Dauphin, «La Gazette nationale de Saragosse». Para el primero la prensa entre 1808 y 1814 es prensa de Estado dirigida a desinformar y manipular según circunstancias y conveniencias. Napoleón controló y orientó el número de periódicos, contenidos y fuentes. En el caso de España, las derrotas no son tanto, sus tropas son ejemplares y aclamadas por doquier. La prensa imperial echa mano de los estereotipos de la leyenda negra pintando a los españoles, a la guerrilla y al ejército con los colores más negros. Algo cambió el sentido de la propaganda entre el Dos de Mayo y la batalla de Bailén con la intención de atraerse a la parte ilustrada de la población. La prensa devalúa el levantamiento, desacredita a las Juntas como ilegítimas y a las Cortes como obra de los ingleses, pero no puede ocultar la oposición a la nueva dinastía, aunque sea obra de grupos insurgentes autónomos y desorganizados, hombres de la peor calaña y poco enemigo para el ejército francés. El segundo se centra en la Zaragoza ocupada y en la *Gazeta*, cuyos redactores defendieron la modernización de España contra los mismos españoles. Nacida como periódico oficial napoleónico, su redactor principal, Ased, la orientó hacia las ideas ilustradas para hacerla creíble. Respondía a un triple plan de propaganda con ataques a la guerrilla, a las poblaciones que la apoyan y con premios a quienes delataban a sus miembros. Premios y castigos como arma en manos de Suchet, que buscaba el orden y la pacificación. La *Gazeta* recogía los errores y contradicciones de Napoleón y el discurso de los afrancesados, defendiendo la regeneración y pacificación que encarnaba José I. Para su redactor fue afrancesada en una línea ilustrada, buscando su utilidad social y económica bajo la nueva dinastía. Ased unía afrancesamiento e ilustración de tinte aragonesa, propaganda y utilidad, ideas liberales y fino anticlericalismo, esperanza e ilusión de ver a España entre las naciones más cultas. Disentía

del afrancesamiento político y apostaba por José. Es un ejemplo de prensa provincial interesante.

En una línea cercana a la prensa afrancesada, Xavier Abeberry Magescas, en «Joseph I et les *afrancesados*», muestra el interés de los afrancesados en emprender un programa de reformas partiendo de la Constitución de Bayona y de José como el monarca adecuado. Reformas que tuvieron su influencia en la España postbélica, como señala Jean-Philippe Luis en «L'influence du modèle napoléonien en Espagne (1814-1845)». Para X. Abeberry empezaron pronto las defecciones en el bando josefino y los que le fueron fieles insinuaron la necesidad de negociar la paz con los insurgentes, proponiendo una paz separada con Inglaterra, el pago de los gastos al ejército napoleónico, la anexión de Portugal y la vuelta al tesoro nacional de los bienes de Godoy. La proclamación de Fernando VII en agosto de 1808 por el Consejo de Castilla declarando nulas las abdicaciones de Bayona era un aviso importante. El entorno de José se movía en dos direcciones distintas. Unos pretendían la independencia política de España respecto de Francia, con la que podría mantener acuerdos ofensivos y defensivos. Otros miraban más a Napoleón para controlar el país con ayuda militar. En esta línea, el embajador Laforest jugó un papel decisivo al defender por encima de José y de los españoles el prestigio de Francia. Para el autor, José I llevó a cabo importantes reformas en Nápoles, y en España también es destacable su actividad legisladora. J.-Ph. Luis analiza el influjo que tuvo la experiencia napoleónica de la Guerra de la Independencia y la etapa posterior en España. Influjo que se completó con obras de economía, jurídicas y de política. El modelo francés de Estado se veía como algo imitable, sin importar si era napoleónico o bonapartista. Napoleón sólo fue odiado a partir de 1808 y años más tarde se diluía este odio dando paso a la leyenda surgida tras su muerte, unida a las nuevas corrientes liberales sobre la libertad de los pueblos. Ciertamente que la experiencia del Trienio Liberal vino a recordar la imagen liberticida de los franceses. Si las ideas de Napoleón sobre Europa germinaron en algunos lugares, en España hubo que esperar al nacimiento del Estado liberal moderado, aunque el terreno estaba abonado por el bagaje de algunos políticos afrancesados en la política fernandina con los recuerdos de Bayona, los decretos de Chamartín y las leyes de José I. A partir de 1834 empiezan las reformas, algunas ya esbozadas antes, a pesar de la guerra carlista y del enfrentamiento entre liberales moderados y progresistas, y desde 1840 se adopta el modelo francés en la línea del liberalismo moderado de prescindir del pueblo, que debe contentarse con ser gobernado bien y con justicia. El interés administrativo y político por el modelo napoleónico lo ve Alberto Gil Novales, en «Napoleón, anti-Napoleón en Espagne à partir

de 1815», en la abundancia de libros publicados en España sobre Napoleón en atención al interés que despertó su figura con ocasión de la Guerra de la Independencia. Muchas obras francesas fueron traducidas al español. Algunas sólo trataron aspectos concretos, otras fueron más generales como la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón* de Alberto Baldrich, aparecida en 1818. Gil Novales incorpora una amplia relación de estas obras.

Finalmente, Irene Castells Oliván ve en «Le libéralisme insurrectionnel espagnol (1814-1830)» un modelo de lucha contra el absolutismo a través del pronunciamiento para reinstaurar la Constitución de Cádiz. El ejército asumía la voluntad nacional y las aspiraciones liberales nacidas de la aventura napoleónica. Pronunciamiento, liberal, guerrillero, junta, etcétera, son palabras españolas que se han hecho universales, como señalaba V. Scotti. La Guerra de la Independencia fue obra del ejército regular y de la guerrilla. El pronunciamiento, precedido de la conspiración, es un fenómeno urbano, liberal y militar que tiene un efecto circular de contagio como medio de presión para cambiar el gobierno sin lucha. El ejemplo fue el pronunciamiento de Riego en 1820, cuyo impacto se verá reproducido en otros países, pero ese liberalismo exaltado del Trienio no tuvo buena prensa y le correspondió a Francia asestarle el golpe definitivo, provocando un nuevo exilio liberal que siguió conspirando y pronunciándose.

RESEÑAS DE LIBROS / REVIEWS

LA PARRA LÓPEZ, Emilio (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Casa de Velázquez, 2010, 444 pp.

ALBEROLA, Armando y LARRIBA, Isabel (eds.), *Las élites y la «Revolución de España» (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Université de Provence-Casa de Velázquez, 2010, 389 pp.

La Guerra de la Independencia ha sido, y sigue siendo, objeto de múltiples estudios, encuentros, mesas redondas, seminarios, publicaciones, discusiones y actividades diversas tanto a nivel nacional como internacional. Ello ha permitido una puesta al día del estado científico del tema y ha posibilitado, por una parte, superar estereotipos arraigados a lo largo del tiempo por diversos intereses y, por otra, actualizar el nivel

de conocimientos acordes con los hechos.

En este ámbito de discusiones y de puestas al día gracias al trabajo de numerosos investigadores, queremos reseñar las dos publicaciones citadas sobre el impacto de la invasión napoleónica y de la Guerra de la Independencia con sus consecuencias. En ambas podemos apreciar idéntica distribución de los trabajos y, aunque de forma algo distinta, presentan un antes, un ahora y un después, de acuerdo con la temática que plantea cada una. Esto es, se dividen en tres partes que recogen respectivamente: los españoles ante la crisis/precursores; imagen y propaganda en torno a la contienda/protagonistas; y los costes humanos y económicos de la guerra/los herederos, para acabar con una reflexión final en la primera obra. Planteamiento casual, puesto que ambos congresos se realizaron en tiempos distintos.

La línea de ambos libros queda manifiesta en sus títulos y también en las aportaciones de sus autores. La Guerra de la Independencia como

tema principal se presenta como un fenómeno complejo que va descubriendo las permanencias y los cambios, lo viejo y lo nuevo, las sombras y las luces en una lucha continua entre hombres que defienden ideas, pero también intereses. Hombres que pueden ser franceses o afrancesados contra los que se levanta el pueblo en armas o patriotas enfrentados ideológicamente. Filias y fobias que permanecerán entre mitos e intereses, nacionales, políticos o religiosos, como demuestra el Dos de Mayo.

Ahora bien, esta fecha, señalan los profesores Emilio La Parra y Jean-Pierre Étienne en la presentación del primer libro –por más heroica que pueda o quiera considerarse–, no fue el inicio de la guerra, sino cuando se conocen las abdicaciones de Bayona y se produce el cambio de dinastía. Es el momento del levantamiento popular contra Napoleón en defensa de la libertad y de su rey con cuanto éste significa, aclamado –no se debe olvidar– en varias ocasiones como tal y elevado a la categoría de mito con ayuda de su «partido fernandino» y de la impopular política godoyista. Más difuso resulta saber si aquel acto y los siguientes constituyeron una o varias revoluciones y cuáles fueron sus señas de identidad, esto es, revolución como cambio estructural para poner fin al Antiguo Régimen o revolución-reacción para mantenerlo, echando al olvido los años del despótico poder de Godoy. Tema que

se trató en el Coloquio Internacional de 2008 en la Universidad de Aix-en-Provence, cuyas actas vieron la luz en 2009 con el título *L'Espagne en 1808: régénération ou révolution?*, bajo la dirección de Gérard Dufour y Elisabel Larriba.

La Guerra de la Independencia fue un trauma para todos. Para los españoles cambiaron muchas cosas, no tantas como debieran, pero nada fue igual a partir de entonces. La verdad-dogma de unos chocó con la necesidad de cambios de otros. La lucha en el campo de batalla compartió escenario en unos casos y en otros cedió terreno a la lucha ideológica, al enfrentamiento entre dos ideas de España, de la religión, de la política y de la sociedad. Lucha no ajena, por cierto, a intereses de grupo y personales.

En el primer libro y primer apartado Ronald Fraser y Emilio La Parra coinciden en algunos de sus planteamientos. Uno presenta de forma breve «Los levantamientos de 1808»; otro, «El rechazo de la nueva dinastía». Ambos señalan cuatro aspectos fundamentales. Primero, el inicio de la guerra coincidió con el cambio de dinastía, no con el 2 de mayo; segundo, el levantamiento del día 23 de mayo no fue espontáneo; tercero, la gran incertidumbre social derivada del vacío de poder, como apunta también el profesor Millán, y cuarto, el miedo a la anarquía, esto es, al pueblo y a la revolución, por lo que era preciso controlar y encauzar el odio

popular contra Napoleón. Emilio La Parra analiza con más extensión las consecuencias de la salida de Fernando VII de Madrid y las novedades aparecidas en la *Gazeta de Madrid* el día 13 de mayo. Noticias confusas y contradictorias para una opinión pública desorientada, mientras los conspiradores, fernandinos, godoyistas o franceses aprovechaban la situación para controlar al pueblo ya hostigándole ya pacificándole según conviniese en cada momento a sus intereses, lo que explicaría la movilización controlada cuando convino para levantar al pueblo tras las abdicaciones de Bayona. Richard Hocquellet sigue el hilo conductor de los anteriores en «Los españoles antes de la acefalía». Estudia el sentimiento social ante la pérdida de su rey Carlos primero y de Fernando después. Y une en clave metafórica, el destino del rey-padre, con los españoles, súbditos-hijos que, opuestos a una dinastía ajena, luchan por recuperar a su monarca-padre. En esa lucha tiene lugar la transformación del sistema político que adquiere su más alta dimensión en la obra de las Cortes de Cádiz, que, por desgracia, sucumbió ante los vótores a un Fernando deseado.

Abdicaciones, vacío de poder, cambio de dinastía y guerra. Situación compleja que lleva a Lluís Roura en «1808: ¿Un momento fundacional?» a preguntarse si es de la nación, de la modernidad política o de la sociedad liberal que se inicia con

la aventura napoleónica y los supuestos deseos regeneracionistas del Emperador, exponente también de una voluntad fundacional. Voluntad que parece apreciarse en la aparición de las Juntas Provinciales, de la Central y en la convocatoria a Cortes. Para el autor estos deseos ya estaban presentes antes, aunque dentro de un orden, como demostraron la letra y el espíritu de la Constitución, pensando más en la nación que en el individuo.

Crítico es Charles Esdaile con la historiografía de la Guerra de la Independencia, al considerar una ocasión perdida el bicentenario para haber replanteado la historia de ese periodo. En «Los españoles contra los ejércitos franceses: un cuento de dos ciudades», toma Madrid y Sevilla como ejemplos de los cambios experimentados desde 1808 por sus reacciones ante José I. Los comportamientos de los sevillanos en 1810 marcan una inflexión hacia la nueva dinastía y cambian los tópicos respecto a los franceses a los que se aceptan como solución a la guerra y a la anárquica situación de España y a su negro futuro.

Enfoque diferente es el que hace Jesús Millán en «Colapso del Antiguo Régimen y movilidad social. 1808 como inicio de la España contemporánea». Describe los estereotipos de la guerra entre patriotas y afrancesados y resalta el conflicto antinapoleónico como el cambio de España hacia el Estado-nación. La situación anterior

a 1808 le sirve para plantear el desigual reparto de la propiedad, los intentos reformistas y las reivindicaciones populares que encontraron en 1808 su fuerza imponiendo nuevas autoridades. Desde su punto de vista las condiciones sociales no fueron el principal motivo del levantamiento, sino el cambio de dinastía como señalan Fraser y La Parra. La oposición a Napoleón, que no esperaba, inició un nuevo camino tanto político como social, aunque distinto dentro del seno patriota, según los intereses.

En la segunda parte, Gérard Dufour y Vittorio Scotti analizan el papel de la prensa en dos lugares distintos pero con un mismo objetivo. El primero destaca en «La prensa en la España ocupada por los franceses», la obsesión de Napoleón por controlar la prensa española como medio propagandístico y manipulador de la información. La prensa era un arma poderosa, la guerra de pluma. Así, la *Gazeta de Madrid* se convirtió en el principal órgano oficial de Napoleón. José I no compartió la obsesión de hermano, tomándose en serio el papel de rey de España. Las diferencias entre ambos siempre se saldaron a favor de Napoleón que controló todo. De hecho la prensa madrileña y de provincias fracasó en su intento de ser una vía de propaganda josefina. V. Scotti con «Los espejos italianos. Visiones diacrónicas y discrepantes de la Guerra de la Independencia», reafirma lo expuesto por Gérard Dufour.

En el caso de la prensa italiana, cuyo proceso fue similar al de otros lugares, atendiendo a las consignas del poder, al que adulaban los diarios. La excepción fue el *Giornale Italiano* al que, según su fundador, convenía cierta libertad para ser creíble. Los diarios incluyeron noticias de la guerra de España a partir de los diarios oficiales franceses o españoles, dando una visión favorable a los franceses. Con la derrota de Napoleón cambiaron de chaqueta.

En la misma línea, pero en abierta lucha ideológica, se presenta el trabajo de Gonzalo Butrón «Ciudadanos católicos. Mitos e imágenes de la propaganda antiliberal en el Cádiz sitiado» documentado en la *Colección de diferentes papeles importantes de Cádiz (1808-1814)*. Sitúa la acción en el Cádiz sitiado por los franceses en un momento de agitada politización en las Cortes, en la prensa y en la calle con una sociedad dividida en serviles y liberales, buscando cada parte ganar la batalla de la opinión pública en una especie de guerra civil. Importaba menos Napoleón que destruir al otro con calumnias y descalificaciones. La prensa servil fue maestra en este oficio.

Por su parte, los jesuitas españoles exiliados en Italia fueron observadores de primera fila de la invasión napoleónica en Italia y receptores interesados de las noticias españolas. ¿Cómo vieron aquellos sucesos? Es el tema de Enrique Giménez en «El

año ocho visto por los jesuitas españoles en el exilio». Lo vieron como el fruto de una conspiración fraguada por francmasones, jansenistas y filósofos unidos para subvertir el orden y acabar con la religión y el trono que ya habían denunciado antes de su expulsión. Víctimas de esa conspiración serían Carlos III, Carlos IV y los tres últimos pontífices. Los jesuitas creían estar llamados a defender el Trono y el Altar. El padre Luengo se encargó de recoger sus vivencias en sus *Diarios* en contacto con las noticias que llegaban de España tras los sucesos de 1808.

Carlos Sambricio en «Fiestas, celebraciones y espacios públicos en el Madrid josefino» defiende dos aspectos fundamentales. Uno, que los cambios fueron obra de arquitectos españoles que ya habían desarrollado su actividad con Carlos IV, siendo capaces de dar respuesta al programa del gobierno josefino de acuerdo con cultura española. Dos, José I buscó españolizarse a través de la fiesta, atento más al pueblo del que era rey que a los intereses de su hermano. Su mérito fue llevar a cabo lo que estaba esbozado ya con aportaciones propias sin imponer el programa revolucionario.

Además de la prensa diaria o periódica surgieron otras formas de expresión antinapoleónica con el fin de exaltar el ardor y los sentimientos nacionales y patrióticos, sirviéndose ya de la poesía, del teatro o de

la iconografía. En el primer caso, Françoise Étienvre en «Propaganda antinapoleónica: el arma de la poesía», nos presenta el interés de las autoridades españolas en estimular con premios a la población a publicar trabajos poéticos exaltando el amor a la patria y la lucha contra el enemigo. Una forma más refinada de la guerra de pluma. La autora proporciona ejemplos de estas composiciones poéticas que al tiempo que exaltaban los valores patrios, defendían a Fernando VII. En el segundo, Marie Salgues con «Españoles y franceses en el teatro de la guerra, Visiones recíprocas», resalta el interés de Napoleón por el teatro como arma de propaganda, al igual que los patriotas españoles. En cada caso con el fin de ridiculizar al enemigo con los estereotipos tradicionales. Las obras francesas cargan las tintas contra los ingleses, sus auténticos enemigos, la Iglesia y la Inquisición como tema recurrente, y la necesidad de regenerar a España, arruinada física y moralmente. Los autores siguen las consignas del poder. El éxito del levantamiento español cambió la orientación de estas obras. En el tercero, António Ventura en «Iconografía portuguesa sobre la Guerra de la Independencia española» expone brevemente el problema de la guerra con la aportación de una serie de grabados que circularon en Portugal, en los que destaca a un Napoleón vapuleado por los españoles. El destino de Portugal estuvo unido

al de España y en ambos países la propaganda antinapoleónica adquirió similar dimensión.

En la tercera parte se presentan cuatro trabajos de similares características. Vicente Pérez Moreda, «Las crisis demográficas del periodo napoleónico en España»; Enrique Llopis, «El impacto de la guerra de la Independencia en la agricultura española»; Ángel García, «La guerra económica: la extracción a Francia de ganados merinos» y Alex Sánchez, «Guerra e industria. Consecuencias de la Guerra de la Independencia en la industria manufacturera española». El primero se fija en los costes humanos de la guerra en los quince primeros años del siglo XIX, atendiendo a la crisis económica y los efectos bélicos según años y regiones. Señala las tres crisis: 1803-1805, 1809 y 1812 con sus características y baraja la cantidad de unas 800.000 entre población civil y militar. El segundo abarca el periodo de 1815 hasta mediados del siglo. Destaca primero el desmoronamiento de las instituciones del Antiguo Régimen tras la invasión napoleónica y el impacto negativo sobre la agricultura, distinto según zonas que alteró las relaciones de los campesinos-señores. Luego, tras la guerra se produjeron cambios, se redujo la importación de granos, la mortalidad y aumentó la natalidad. Desde este punto de vista, el balance, a largo plazo, aunque inestable sería positivo. El tercero estudia la importancia de

la oveja merina y el interés de algunos países para aclimatarla a sus territorios. Ya los franceses en tiempos de Carlos III consiguieron exportar algunos cientos de ejemplares para la Granja Real de Rambouillet. Este interés se mantuvo en la Paz de Basilea y con la invasión de Napoleón, poniendo mucho empeño en la saca de ovejas con destino a Francia a la que contribuyó el contrabando. Las consecuencias fueron nefastas. Finalmente, el cuarto coincide con Vicente Pérez y Enrique Llopis en las consecuencias negativas de la guerra a corto plazo, pero menos graves a medio y largo plazo, incluso las consideran positivas, pues la guerra no fue un desastre total, más bien posibilitó un cambio político irreversible. Y si bien la restauración fernandina no fue la panacea, permitió la apertura de las fábricas y talleres, aunque la descapitalización, el deterioro del utillaje y la desarticulación de la red comercial y el contrabando fueron un pesado lastre. Contó a su favor con el aumento demográfico y la expansión agrícola y cierto relanzamiento de la industria textil.

Finalmente, José Álvarez Junco hace un breve pero denso recorrido del periodo en «La Guerra de la Independencia y el surgimiento de España como nación», en el que desmonta algunos mitos en torno al conflicto bélico. Según los estudios más recientes reflexiona sobre las señas de identidad de los españoles, el impacto

de la Revolución Francesa o el vacío de poder. La guerra como ruptura de la historia de España, fue compleja por sus dimensiones y características políticas, militares, religiosas y sociales. Una guerra que compartía el odio al francés con el odio al otro, servil, liberal o afrancesado. Si los liberales mitificaron la nación soberana y la libertad, los conservadores lo hicieron con la trilogía de rey, patria y religión. La nueva historia patria intenta poner las cosas en su sitio y, tal como se ha visto en las ponencias, se está de acuerdo en que el levantamiento no fue tan unánime, ni patriótico ni que las manifestaciones religiosas fueran incompatibles con la formulación de la nación y de la soberanía nacional.

El segundo volumen, centrado en las élites –personas, instituciones o grupos– lo abren Armando Alberola y Jesús Pradells con «Un cuerpo élite en el ejército de la España del XVIII: los ingenieros militares». Tema que plantea la organización del Estado y la constitución de cuerpos técnicos necesarios para su funcionamiento. Es el caso de los ingenieros militares en la España borbónica y de un gobierno pragmático y acorde con las ideas europeas. No tuvo un proceso de formación fácil por las diferencias entre quienes detentaban el poder, sus propias funciones y la aparición de otros cuerpos, como los arquitectos civiles, con los que tuvieron enfrentamientos por sus respectivas competencias. Con casi un siglo de

diferencia y en el ámbito de la educación, Rafael Fernández Sirvent en «Elitismo cultural y político. El entorno del Instituto Pestalozziano (1805-1808)» desvela los deseos de Godoy de crear un ejército moderno de nuevo cuño con colegios para la formación de sus oficiales. Le pareció bien a Godoy la idea de establecer en Madrid un instituto pestalozziano en 1805, adaptando el nuevo método a las necesidades de la monarquía y a sus propios intereses. Le dio un carácter militar para controlarlo mejor y regenerar el ejército. Contra todo pronóstico el centro se cerró en 1808 por razones *inevitables* debidas a la heterodoxia del sistema, a su raíz protestante, a la situación política y a la entrada de las tropas francesas.

Vinculado al Instituto Pestalozziano estuvo Isidoro Antillón, personaje estudiado por Christine Benavides en «Isidoro de Antillón y la abolición de la esclavitud». Liberal convencido, protegido de Jovellanos y poco amigo de Godoy, fue un hombre polifacético y defensor de los derechos del hombre, cualquiera que fuere su color. El 2 de abril de 1802 exponía su *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los Negros* que vio la luz en 1811, con duras críticas al gobierno, déspota y enemigo de las luces. El 2 de abril de 1811 discutían las Cortes sobre la abolición de la esclavitud que, por intereses económicos, no se aprobó. Las ideas de Antillón eran claras. No pedía una

abolición inmediata, pero sí que se pusieran las bases para su desaparición lo antes posible, estableciendo escuelas públicas donde los negros de ambos sexos se educasen.

Ilustración o interés. «En la sopa económica de Rumford, o la beneficencia empresarial en el siglo XVIII», Jean-Pierre Climent plantea tres aspectos. Uno, la biografía de Benjamín Thompson, conde de Rumford, personaje ambiguo y complejo, del que destaca la formación científica que le hace triunfar. Dos, la institución de la sopa económica en Múnich, donde alcanzaría triunfos y honores, y resolvió el problema de la alimentación militar, aplicada luego a los pobres. No fue un gesto caritativo sino interesado, al limpiar las calles de mendigos y recogerlos en hospicios –*Military work-house*– donde se ganaban la comida con su trabajo. Tres, el papel del *Semanario de Agricultura* que, al recoger esta iniciativa, seguía tanto la tradición cristiana como las ideas ilustradas respecto a unos mendigos felices y productivos a la nación.

En la parte segunda, Jean-René Aymes escribe sobre «La mise en cause des élites et, en particulier, des «philosophes» et des «savants» pendant la Guerre de l'Indépendance». Parte el autor del concepto mismo del levantamiento contra Napoleón y de sus protagonistas que adjudica al pueblo, a quien no dirige la élite, oculta, esperando que se aclare la situación y atenta a sus intereses. Las

proclamas, aunque dirigidas mayoritariamente al pueblo, también se ocupan de las élites. Esto lleva a pensar que el pueblo se mueve más por sentimiento que por la razón, pero también por la verdadera sabiduría a la que son ajenas las élites «sabias». Y contra los «sabios»/«philosophes» se dirige la artillería reaccionaria. De modo que si se lucha contra Napoleón con fuerza, con no menos se lucha contra los liberales, identificados con afrancesados y franceses. Si demonio es Napoleón, demonios son los liberales como se recoge en libros, panfletos y diarios dirigidos por eclesiásticos para descalificar, condenar y destruir a los liberales/filósofos.

En «Los hombres de Fernando VII en 1808», Emilio La Parra estudia la biografía de tres personajes vinculados al Príncipe de Asturias primero y a Fernando VII después. Se trata de Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Carlos. Los tres complejos y con gran ascendiente sobre Fernando como integrantes del llamado «partido Fernandino», caracterizado por su odio a Godoy y la voluntad de coronar a Fernando. Partido que supo atraerse a buena parte de la nobleza, mandos del ejército y de la jerarquía eclesiástica. El partido desapareció en 1814, por lo que para el autor, tal denominación, aunque válida, debería ser cambiada por élite política. De cualquier forma, los personajes de este partido/élite utilizaron en beneficio de Fernando la propaganda y la

agitación con éxito. Los tres fueron el alma de su gobierno, lo llevaron ante Napoleón y procuraron la tranquilidad del pueblo, de M^a. Luisa y de Carlos.

Jean-Philippe Luis en «Familia, parentesco y patronazgo durante la Guerra de la Independencia» y Antonio Risco en «Avatares de la nobleza afrancesada y liberal», se centran en la nobleza, en su papel en el Antiguo Régimen y los cambios que experimenta con ocasión de la guerra. El primero se fija en el cambio político y social y la toma de postura entre tradición y modernidad, entre colectividad e individualismo, entre «partidos» y familia, entre un bando y otro. Si bien la familia constituía el vínculo más natural, ésta sufrió los avatares de la crisis, preludio del nacimiento de la política moderna y del individuo, aunque con ataduras a la tradición. La guerra fue pródiga en cambios de bando, de chaqueta y en ruptura de familias, pero también de fidelidades tanto entre afrancesados como entre patriotas reaccionarios o liberales. La situación militar impuso conductas no siempre deseadas. El segundo traza la semblanza de personajes concretos de unas familias escogidas atendiendo a componentes familiar, social y asociativo y político. El escenario se sitúa en el País Vasco en torno al VI marqués de Montehermoso, la III condesa de Echáuz y el III conde de Villafuertes durante la guerra y la opción política elegida. El

matrimonio Montehermoso-Echáuz apoya a José I que les colma de honores y nombra al marqués comisario de teatros, medio de propaganda política. Al morir, su esposa rehizo su vida en Francia, manteniendo inestables relaciones con el conde de Villafuertes su pariente liberal.

Así mismo, aunque en otro plano, los cambios que introduce la guerra permite a Jean-Baptiste Busa-ll escribir sobre «Alberto Lista y el debate constitucional sobre Cortes (Sevilla, 1809)». A Lista añade José Canga Argüelles. Ambos liberales ven el individualismo como fundamento de la representación de la nación pero con notables diferencias. Canga buscaba el equilibrio entre los derechos del rey y los de los reinos, reinterpretando de manera republicana la tradición pactista. Lista proponía una forma nueva de gobierno, ajena a la política de la monarquía católica, en la que los diputados no eran representantes de la provincia sino de la nación, elegidos para elaborar una nueva Constitución, de la que carecía España.

Sobre la política de José I y de Esménard trata el trabajo de Elisabel Larriba, «Jean-Baptiste Esménard, un francés afrancesado». Si hay personajes curiosos y complejos, Esménard es uno de ellos, pero al mismo tiempo honesto en sus planteamientos, adoptando la postura que creyó mejor en cada momento y teniendo en cuenta España, los españoles y Francia, las

patrias que compartía con igual afecto. Esménard sale de Francia y viene a España, adaptándose a la vida y costumbres de los españoles. En 1808 apoya a José al que quiere ser útil con sus consejos a fin de que se granjee el afecto de los españoles, se atraiga a las élites y al clero por su influjo social. Invita al rey a españolizarse. Esménard guardará fiel recuerdo de España y favoreció a los exiliados que acompañaron a José I. Las cosas tal vez hubieran cambiado si se hubiera prestado atención a los consejos de quienes, como él, conocían a los españoles.

Y no le faltaba razón a Esménard como demuestran Maximiliano Barrio en «Eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia», Vicente León en «La élite eclesiástica ante la política. Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés» y José Calvo Fernández en «El inquisidor general Arce. En la sombra del poder». Obispos y canónigos. Para M. Barrio, el episcopado tardó en tomar partido. Abundaron los eclesiásticos afrancesados y lo fueron por ideología, ambición, miedo o deseos de paz, aunque siempre defendieron su proceder alegando motivos religiosos o sociales. La mayoría de ellos lo fueron por circunstancias de la guerra. Hubo quienes colaboraron gustosos, los que intentaron pasar desapercibidos y los que aprovecharon la ocasión para obtener beneficios. Entre los colaboradores estaba

el complejo y controvertido Inquisidor general Arce, que estudia José Calvo, que lo fue todo entre 1797 y 1813 de la mano de Godoy y siempre a la sombra del poder. Un hombre cuya vida pública y privada manifestó la cara y cruz de sus virtudes y defectos. Inquisidor indulgente, arzobispo reformista intrigante cortésano, codicioso insaciable, confidente de reyes, líder de los afrancesados ajeno al sufrimiento de sus diocesanos y mal obispo. Y por si fuera poco José Calvo publicó después de este Congreso *Ramón José de Arce: Inquisidor General, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados* (Zaragoza, 2008), libro muy bien documentado e interesante. En el lado de los canónigos liberales, Vicente León presenta a J.L. Villanueva y a Miguel Cortés con trayectorias distintas. Villanueva vivió en las dos orillas del río revolucionario y en cada una defendió lo que tocaba. Antes de 1808, el absolutismo y después el liberalismo moderado cincelado en el tomismo. Apoyó la reforma de las Leyes Fundamentales y participó activamente en las Cortes y en la aprobación de la Constitución. Pero Villanueva era sobre todo canonista, escritor y brillante polemista que buscaba la reforma de la Iglesia, con la mirada puesta en los siglos primitivos y en la Iglesia nacional. Algo distinto fue el proceder de Miguel Cortés, más liberal, «progresista» y hasta radical. Defensor de la Iglesia primitiva, del

papel de los presbíteros y de los fieles pero sobre todo del poder civil sobre la Iglesia.

El tercer apartado lo inicia François López con «José Marchena y su *Historia literaria de España*». No se trata del Marchena revolucionario, aunque algo sí, sino del autor de *Leciones de Filosofía Moral y Elocuencia*, publicada en Francia en 1820. Obra en la que hace un esbozo histórico de la literatura española y presenta una abundante colección de textos selectos en prosa y verso de los mejores autores españoles, acorde con su ideología liberal. Critica tanto el despotismo religioso como político y frente a la riqueza lírica denuncia el atraso de la ciencia. Marchena se presenta como un humanista moderno, eminente latinista e inteligente que profesa la moral de la naturaleza. Su obra, coetánea con el pensamiento romántico, al que se enfrenta, se sitúa en un ideario claramente revolucionario.

Juan Francisco Fuentes presenta «Geografía del liberalismo español en la década ominosa: emigración política y exilio interior». Plantea con acierto el autor el complejo fenómeno de la emigración liberal tras el Trienio, tratando tanto su dimensión territorial como su procedencia así como la geografía del exilio interior. En el primer caso apunta los centros del exilio: Francia, Gibraltar, Inglaterra, Portugal y otros destinos menos importantes. En el segundo analiza

la procedencia por provincias. Con los datos en la mano rompe los estereotipos que se han mantenido sobre este exilio y señala que la emigración política tuvo menos importancia que la formada por prisioneros de guerra, desertores o fugitivos, siendo más importante la del litoral y zonas del Pirineo. En el tercero destaca el arraigo del liberalismo en las distintas provincias y también el papel de las mujeres y su incorporación a la causa liberal. La ausencia de conocimiento exhaustivo del fenómeno tiene su causa en la falta de datos o que éstos son incompletos, pero sobre todo en el carácter sectorial y sesgado de la perspectiva metodológica seguida por la mayoría de los historiadores del exilio.

Cayetano Mas Galvañ se ciñe a «El clero murciano durante el Trienio Liberal: las raíces de un conflicto» y la importancia del Seminario de San Fulgencio con su plan de estudios de 1774 de la mano del obispo Rubín de Celis, de las ideas ilustradas y de las directrices del gobierno. Enfrente órdenes religiosas y Ayuntamiento, cada cual en defensa de sus intereses. El Seminario fue foco de ilustrados y liberales, aunque los acontecimientos posteriores cercenaron este impulso tanto en el terreno ideológico como en el control de la educación. En este sentido hay que entender tanto la represión posbélica de 1814 como de 1823. La liquidación de la actividad del Seminario puede explicar las

causas del empobrecimiento intelectual de Murcia desde esta época.

Un poco más lejos nos lleva el trabajo de Aline Vauchelle «De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas. La continuación del debate sobre la utilidad de las órdenes religiosas en el *Diálogo entre fray Pedro y D. Antonio*». La muerte de Fernando VII dejó una España dividida y muestra de esa división es el *Diálogo* que estudia entre fray Pedro y D. Antonio. El *Diálogo* presenta dos Españas muy diferentes, pero también dos religiones católicas, dos iglesias y dos dioses. D. Antonio es el liberal que pretende convencer al carlista fray Pedro, y éste a aquél, con todo tipo de argumentos. El autor de la obra, partidario de D. Antonio, aboga por un catolicismo ilustrado y bíblico, por un clero fiel a su deber para con la sociedad plural, por una religión compatible con el liberalismo. Fray Pedro defiende su religión tradicional, un clero poderoso y una Iglesia dominadora donde importa más la apariencia que la esencia.

Finalmente, Severiano Rojo en «Mito e instrumentalización: el 2 de mayo en la prensa madrileña de la segunda república (1931-1939)», transporta los mitos de la Guerra de la Independencia a la II República. Si a lo largo del siglo XIX el recuerdo de la guerra tuvo sus altibajos, especialmente el recuerdo del 2 de mayo, con el inicio de la II República se apartó su celebración por sus recuerdos

conservadores y reaccionarios. La prensa trató el evento de desigual manera según su ideología. Durante la Guerra Civil ambos bandos se apropiaron de símbolos y mitos de la Guerra de la Independencia mitificando de nuevo al pueblo. Mientras los nacionalistas veían la guerra como un combate bíblico entre el bien y el mal y ensalzaban la religión y el clero, los republicanos resaltaron la acción popular contra el enemigo externo, el fascismo, como nuevo patriotismo, retomando el discurso liberal del XIX. El mito se convertía en arma de propaganda para los dos bandos a fin de legitimar su causa.

VICENTE LEÓN NAVARRO

VILAR, Juan Bautista y VILAR, Mar, *El primer hispanismo británico en la formación y contenidos de la más importante biblioteca española de libros prohibidos. Correspondencia inédita de Luis de Usóz con Benjamín Wiffen (1840-1850)*, Sevilla, Editorial MAD, 2010, 522 pp.

Con el sello de Editorial MAD, y dentro de la colección *Eduforma Historia*, nace una serie denominada *Investigación y Memoria*, cuyo primer volumen se trata de un trabajo que lleva la firma del muy acreditado historiador Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de

Murcia e investigador prestigiado en los ámbitos de la Historia del siglo XIX español y de la Historia de las religiones. Le acompaña en esta obra, como coautora, Mar Vilar, profesora titular de Filología Inglesa, también en el mismo centro universitario. El trabajo, denso y voluminoso está destinado a sacar a la luz pública la correspondencia inédita del polígrafo y literato español Luis de Usoz y Río con su amigo, el hispanista inglés Benjamín B. Wiffen entre 1840 y 1850, descubierta por estos dos investigadores en el Wadham College de Oxford, y un corpus en su conjunto rico en contenidos, en detalles, en confesiones y en arrepentimientos. Este corpus que se revela como un instrumento de primer orden para el análisis y comprensión de la España isabelina y romántica, busca llegar al lector con un lenguaje sencillo y ameno. Los dos autores, conocedores de la inviabilidad de que los historiadores se queden en el *ghetto* de lo académico y de la necesidad de traspasarlo para que la Historia sea un aprendizaje para la sociedad, han jugado con la invitación al lector para que éste –a través de la rememoración de la constitución del Estado liberal– haga un ejercicio para pensarse más allá de sí mismo, para que salga –a partir del conocimiento histórico– del presente y del yo, enfrentándole con lo que éramos hace ciento sesenta años. Y se han empeñado en esa tarea simplemente para que nos aceptemos y

para sabernos situados, en palabras de Sartre. Lo han hecho a través de una fórmula de conocimiento del pasado, aquella que nos permite medirnos, contrastarnos, averiguarnos a partir de lo que hicieron personajes como Usoz y Wiffen, que se tomaron en serio la propia vida, aquella que nos permite convertirlos en nuestros interlocutores. De hecho, poner a disposición del público –como han hecho los dos autores– una documentación tan valiosa es un esfuerzo que, debido al rigor con que ha sido tratada y al alcance de su contenido, podemos catalogar de notabilísimo.

En definitiva, el valor del libro que comentamos –el cual llama la atención en primera instancia por la pulcritud de la publicación– es de tal magnitud que cubre, sobradamente, cualquier expectativa al respecto. Solamente la introducción, que abarca una extensión de 74 páginas, apoyada en un amplio soporte documental, ofrece una reseña histórica y sociológica de la época, así como una sucinta biografía de los dos protagonistas, a lo que se añade una descripción del fondo bibliográfico de Usoz y las enrevesadas maneras de conseguir burlar las restricciones oficiales para ser importados los libros deseados por este personaje desde el extranjero, mediante un tráfico clandestino, especialmente desde Londres.

Luis de Usoz y Río es una de las personalidades más atrayentes y enigmáticas de la España del siglo

XIX, según afirman los dos autores. Las circunstancias de la vida le hicieron nacer en Chuquisaca, alto Perú, hijo de un juez español, al que se le acusó, tras su retorno a la metrópoli, de ser un encubierto defensor de la causa independentista en los territorios coloniales del Imperio hispano en América. La etapa de aprendizaje y, especialmente, su permanencia como bibliotecario del Colegio de los Españoles en Bolonia (p. 45) determinaron de modo perenne el interés de Usoz por los libros, hasta convertirse en uno de los bibliófilos más importantes de su tiempo. También fue uno de los más emprendedores intelectuales y uno de los impulsores del movimiento romántico español. Traductor de griego, hebreo y latín, colaboró continuamente en las más influyentes revistas de su tiempo.

La vida de Usoz dio un cambio radical en el período, paralelo al desarrollo del intercambio epistolar analizado en la obra, en que su ingente, descomunal biblioteca se hallaba en expansión, una biblioteca –de altísimo valor– que llegó a estar compuesta hasta por 11.357 volúmenes, «libros en su mayoría prohibidos por la legislación española entonces vigente –perseguidos hasta entonces por la Inquisición– pero también ediciones señeras de clásicos greco-latinos y de los grandes maestros de la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración y de la primera mitad del siglo XIX», que años más tarde, la viuda

de Usoz, cumpliendo los deseos de su esposo, donó a la Biblioteca Nacional. Es así mismo en esta etapa de su vida cuando Usoz se dedicó a la búsqueda, importándolos a España de forma clandestina, y edición de los autores clásicos del protestantismo español.

En otro orden de cosas, la lectura de la correspondencia que ahora se pone al alcance del lector, amén de permitirnos ir conociendo cómo se forma la biblioteca de Usoz, es un material excepcional –como hemos apuntado– para penetrar en la España del segundo tercio del siglo XIX a través de las reflexiones, el recuerdo y la construcción de *otra visión* del Estado liberal-constitucional hecha más allá del análisis políticamente correcto. Incluso aunque esa otra visión esté expuesta también a la alteración con que el informante Usoz introduce, *volens nolens*, en el relato de la situación, la presentación de un Estado liberal-conservador, restrictivo de las libertades, especialmente la religiosa, que Usoz, cercano al movimiento cuáquero a cuyo credo estaba adscrito Wiffen, afronta desde su talante y compromiso avanzado, rabiosamente liberal, compromiso que pone al descubierto su correspondencia. El epistolario Usoz-Wiffen permite conocer de primera mano «la realidad española ochocentista en sus limitaciones y esperanzas, y en sus frustraciones, fracasos, aciertos y logros», en palabras de los autores de esta obra. Con todo, éstos –rememorando a

Portelli— han sabido evidenciar cómo la importancia de documentos como las cartas de Usoz consiste no tanto en su observación real, verídica, objetiva de los hechos históricos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permite que la imaginación, el simbolismo y el deseo emerjan. Y estos pueden ser tan importantes como las narraciones factualmente ciertas y más objetivas¹. Porque estrategias subjetivas de enfrentamiento de la realidad, es decir de la España isabelina hay en el texto; la obra está plagada de ellas. Sin embargo, los autores han sabido ahondar en la investigación de las formas culturales y los procesos mediante los cuales los individuos que —como Usoz— son origen de testimonios históricos expresan su sentido de sí mismos en la Historia ya que la subjetividad tiene sus propias leyes objetivas, sus estructuras y sus mapas; en este sentido, Juan Bautista y Mar Vilar han sabido reconocer la subjetividad como tal, y separándola de forma metodológica de la información factual y las formas intermediarias, han logrado apreciar su condición cognoscitiva. Han abierto el camino para que el lector utilice el texto para deconstruirlo², entrando en diálogo constante con el autor de las epístolas: como,

por su naturaleza, las cartas de Usoz son simultáneamente representaciones de situaciones y de reacciones a estas situaciones, o sea, de las estructuras y de la praxis, ponen en tela de juicio cualquier intento de concebir la realidad socio-histórica tanto como el resultado de estructuras «objetivas» puras o como el resultado de la acción subjetiva pura; de hecho, es mediante la praxis del sujeto, en este caso, los testimonios escritos de Usoz, como se pueden captar mejor la experiencia y la subjetividad para fines históricos.

Así mismo, el entronque de Usoz con el movimiento romántico español permite a los dos autores actualizar en una sugerente aunque sucinta síntesis el panorama cultural e ideológico al que se refiere el ámbito cronológico del epistolario del bibliófilo, haciendo referencias a la producción escrita de unos años tan desvalorizados por la crítica literaria nacional hasta la década de 1970, pero —sin embargo— tan creativos y renovadores cuando se les investiga en profundidad. Usoz, que es hombre de vasta cultura clásica, minucioso relator del patrimonio literario y artístico español, vive a partir de 1840 un cierto retraimiento social (p. 48). Para él, la escritura, el mito, las epístolas a Wiffen, exorcizan o parafraseando a Gabriel Albiac, tal vez sólo proponen, la imposibilidad de la vida en

1. Cfr. PORTELLI, *Tite Death / o Luigi Trasulli and ollter Stories. Form and Meaning in Oral History*, New York, 1991, pp. 50-51.

2. Cfr. CHANFRAULT-DICHET, Marie-Françoise, «Mitos y estructuras narrativas en la historia de la vida: la expresión de las

relaciones sociales en el medio rural», *Historia y Fuente Oral*, n.º. 4 (1990).

un tiempo estancado para el bibliófilo como entendía era el propio de la España isabelina. Cuando –como él juzgaba– el pasado absolutista no quería acabar de morir, cuando el futuro con la anhelada libertad no podía acabar de nacer a la vida, acaecían tiempos mórbidos que él analiza en un tono que quiere ser sabiamente sosegado. A la vez describe con fino sentido crítico y a veces con británico humor –propio de un anglófilo– las costumbres del país que contempla; es, además, desde una posición liberal-democrática, un analista político de primer orden. Al escribir sobre Madrid, villa y corte y sede del gobierno, Usoz se extiende muy detalladamente en consideraciones políticas sobre los males de España, la falta de infraestructuras viarias que articularan un sistema de transporte terrestre eficaz y rápido haciendo posible la interconexión de las economías comarcales y regionales y la consolidación de un mercado económico nacional (p. 76), el escaso desarrollo de un sistema educativo gratuito y público (p. 116), el atraso material del país y en consecuencia la insuficiencia de los recursos productivos para generar una demanda de puestos de trabajo lo suficientemente numerosa como para dar empleo a la población activa nacional, lo cual suponía que el excedente de mano de obra se viera abocado a la emigración a Uruguay, Argentina, y a las excolonias americanas (p. 120), la desmoralización de

la población, la corrupción política que ve como la maldición endémica que sufre la malhadada España, la poca disponibilidad de los funcionarios públicos para esforzarse en aras al bien común; en definitiva, Usoz va pergeñando un completísimo fresco de la España de su tiempo, convirtiéndose esta obra –con los sólidos análisis que la complementan de Juan B. y Mar Vilar– en una referencia necesaria dentro de la bibliografía sobre la historia de la implantación del régimen constitucional en España, siendo una síntesis útil para conocer la evolución política y social de diez de los primeros años de funcionamiento del liberalismo, un trazado ágil y ameno de los avatares políticos bajo la regencia de Espartero y el gobierno de Narváez, así como de las fuerzas sociales y los intereses económicos, que estaban tras de aquéllos.

En este orden de cosas, Usoz, situado en la vanguardia del liberalismo progresista-radical de la época (p. 40) y por tanto figura parangonable al más grande de los poetas románticos españoles, Espronceda, pues como él fue uno de los precursores del todavía non-nato movimiento demócrata³, se lamenta continuamente de la falta de

3. De hecho, desde 1840 y sobre todo en torno a los poderes municipales y provinciales y en los batallones especialmente populares de la Milicia Nacional, se habían ido organizando grupos republicanos de ideología democrática antimonárquica y con difusas ideas federalistas,

libertades en el país, de la falta de libertad de cultos, de la existencia del Estado confesional (pp. 117, 125, 139-140, 142, 149, 170, 171, etc), introducidas paradójicamente por los liberales españoles en el proceso de gestación del Estado constitucional. En este punto, y siguiendo a María Cruz Romeo Mateo, podemos entrar en un diálogo a-crítico, sin ánimo de zaherir a Usoz, señalando que ésta es una realidad introducida ya por la primera Constitución liberal hispana del siglo XIX, la de 1812, que ciertamente no cimenta o no basa la legitimidad de los derechos humanos y cívicos en los individuos, sino en el *sujeto nacional*, en la Nación; en la cultura liberal, será la existencia de esa Nación la que salvaguarda los derechos de los individuos. Pero imbricado con este punto, cabe añadir que el fundamento de los derechos cívicos en el primer liberalismo español es ya sagrado, es moral-religioso. El sistema de libertades fundamentales de los ciudadanos no depende tanto de la legislación, sino de la asociación de esos derechos a la dimensión sagrada, divina. Frente a las críticas que Usoz hace sobre la persistencia de la confesionalidad del Estado y el poder omnipotente de la Iglesia católica en la España isabelina, en nuestro diálogo con el autor de las epístolas evidenciamos que éstas son estrategias

que tienen que utilizar los liberales, pues al tiempo que se iniciaba el desarrollo del aparato legal del nuevo sistema constitucional, se planteaban al mismo unos problemas políticos derivados de la guerra civil carlista y del apoyo a la causa de D. Carlos María Isidro por parte del clero regular. La guerra carlista puso sobre el tapete la necesidad urgente de unir todas las fuerzas liberales y que tanto progresistas (Usoz se queja repetidamente de que los miembros de este partido sean contrarios a la libertad religiosa, véase pp. 140-42, 150-151) como moderados entendieran como vital para el mantenimiento del régimen, la necesidad de conciliarse con las jerarquías eclesiásticas para contar con su apoyo, dado el ascendiente ideológico que la Iglesia ejercía sobre la mayoría de la población, restando de esta manera apoyos al carlismo.

Otro de los apartados que merece especial atención del bibliófilo Usoz es la falta de la democracia que ha conllevado el triunfo de los liberales en España y el advenimiento de la burguesía como clase social hegemónica. Sin embargo, entre las redefiniciones actuales del concepto de «revolución burguesa» que han llegado al campo historiográfico desde los años 80 del siglo XX, G. Eley⁴ ha roto o matizado la cadena causal que enlazaba en la

cuyas bases se confundían muchas veces con las del progresismo radical.

4. BLACKBOURN, D. y ELEY, G., *The Peculiarities of German History. Bourgeois society and Politic in Nineteenth Century*

historiografía burguesía/liberalismo/democracia. Sus argumentos son un importante correctivo de estas ecuaciones, estableciendo que no existe una continuidad histórica clara entre liberalismo=burguesía=revolución=democracia=liberalismo, pues cada uno de estos conceptos tiene una evolución histórica multiforme, nunca una identificación, aunque sí un posible solapamiento, a veces; es decir se entrecruzan en el desarrollo histórico en todo caso. Así: 1. El liberalismo no es un reflejo unilateral, directo de los intereses burgueses; 2. El liberalismo no está unido totalmente a la burguesía; 3. La democracia no tiene por qué practicarse en un Estado liberal, que puede aplicar el sufragio censitario. De hecho, los políticos liberales españoles temían intensamente la revolución social popular. Les aterrizaba que las 'turbas' se apropiaran del poder⁵. El modelo ideal marxista del liberalismo como cambio –o revolución burguesa– que conducirá indefectiblemente a la introducción de un nuevo modo de producción, el capitalismo, está dejando de ser válido para los propios historiadores marxistas.

Particular referencia merece la identificación que establece Usoz entre la política del partido moderado

y el absolutismo político (p. 346). Quienes de ese modo son acusados por el bibliófilo no eran, sin embargo, unos epígonos del absolutismo. Isabel Burdiel ha demostrado cómo, de hecho, Donoso Cortés, dirigente del moderantismo, ideólogo del partido y cerebro gris de la España isabelina ya había demandado de Fernando VII la apertura política a favor de «las clases medias» y había ejercido su habitual sarcasmo contra los carlistas en armas. El político extremeño representaba a mediados del ochocientos el auge del mérito y de las filas intermedias de la sociedad, en realidad despreciativas del feudalismo, la sociedad estamental y la aristocracia cortesana del Antiguo Régimen⁶. De hecho, con Narváez llegaron al poder en 1844 una nueva generación de liberales moderados que, excepto Martínez de la Rosa, eran relativamente novatos en la vida política. La base ideológica de estos políticos, el liberalismo doctrinario, influido por la Francia de Luis Felipe de Orleans, proclamaba como base de la moral pública la idea de conseguir una seguridad en el respeto de la propiedad privada, la paz en el interior del país y un orden estable basado en la vía intermedia entre las tendencias políticas extremas (absolutismo y democracia). Para garantizar este orden, los moderados no dudaron en

Germany, Oxford-New York, Oxford University Press, 1984, pp. 82-83.

5. Cfr. Isabel Burdiel: *Isabel II. Una biografía* (1830-1904), Madrid, Taurus, 2010, p. 4.

6. I. Burdiel: *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe, 2004.

emplear la represión (de hecho, en el primer año de gobierno de Narváez, 1844, fueron fusiladas más de doscientas personas, pp. 125 y 133 del epistolario de Usoz). En este sentido, uno de los pasajes del epistolario que más llaman la atención, sin discurrir empero por los caminos del exceso injustificado, y que le confieren una extremada intensidad emocional y plástica que nada tiene que ver con la desmesura o la artificiosidad porque está moldeada por un estilo —el del bibliófilo— espontáneo, poderoso y personal, consistente en la aplicación sistemática de una mirada penetrante son los fragmentos dedicados a la represión por el gobierno Narváez de las repercusiones del ciclo revolucionario de signo progresista-democrático de 1848 en Madrid (pp. 259-263 y 277-281) con centenares de muertos en las calles, desproporcionada violencia, ejecuciones sumarias y varios millares de personas confinadas en presidio, proceso que Usoz conceptualizará como «tiranía espantosa», en unas páginas que por su tensión emotiva rememoran la descripción que Víctor Hugo hace en *Los miserables* de la fallida revuelta popular, obrera, bonapartista pero también republicana y democrática contra el gobierno de la alta burguesía del 5 de junio de 1832 en las calles de París⁷.

Otro de los temas extensamente tratados en el epistolario de Usoz es la falta de libertad de comercio en las relaciones mercantiles internacionales que mantiene el régimen isabelino. Sin embargo, en las matizaciones al autor del epistolario podemos utilizar el paradigma de un método de trabajo empleado en la actualidad con profusión por los historiadores, el análisis comparativo de procesos históricos para darnos cuenta de que al respecto, España no difería en su evolución de aquel país, el Reino Unido, al que Usoz desea imitar. De hecho, a partir de 1830 se había asistido en el Parlamento británico a un debate suscitado por los empresarios industriales librecambistas como Richard Cobden (al que Usoz cita en las pp 197 y ss.), que seguían las tesis de los teóricos del liberalismo en economía política (A. Smith, D. Ricardo, T. Malthus) y pretendían acabar con el proteccionismo agrícola, las *Corn Laws* y las Leyes paternalistas en el Reino Unido respecto a los pobres, a la par que deseaban abrir el mercado inglés a todo tipo de importaciones pues ello permitiría dar salida al exterior a la producción textil británica. Este mismo debate y esta búsqueda del librecambismo están presentes en la España de la Regencia de Espartero. De hecho, es la polémica que tuvo lugar en las Cortes españolas a partir

7. Seguimos el capítulo octavo de la cuarta parte en la versión abreviada de la novela. V. Hugo, *Los miserables*, Barcelona,

Ediciones Dalmau Socias, 1980, pp. 517 y siguientes.

de los meses de noviembre-diciembre de 1842, entre proteccionistas y libre-cambistas; es en el marco de esta polémica cuando surgió el rumor de que Espartero proyectaba firmar un tratado comercial con Inglaterra, que iba a liberalizar la entrada de tejidos ingleses en España. La industria algodoneira catalana –proteccionista– se puso en pie de guerra contra este proyecto y contra Espartero, lo que condujo a la sublevación de Barcelona contra el gobierno progresista (p. 106). Esta campaña contra el librecambismo promovido por el Regente es lo que detecta Usoz como «animadversión de los periódicos de Madrid contra los ingleses, atribuyendo cuanto malo pasa en España, a Inglaterra» (p. 109 y ss). Usoz detecta la consecuencia, pero no la causa.

Tratamiento extenso también ha merecido la personalidad del destinatario de la importante colección de cartas de Usoz, Benjamín B. Wiffen (pp. 49-51), nacido en el seno de una familia de origen alemán. Ambos se conocieron en Londres, y desde el mismo momento de su encuentro surgió una amistad para siempre. Tras una visita de Wiffen a España, brotó la idea de rescatar del olvido a los clásicos del protestantismo español. Además de recuperar estas obras, ambos amigos se dedicaron a reeditarlas,

de modo clandestino en Madrid y San Sebastián. Será esta una de las temáticas que con mayor frecuencia aparezca en la correspondencia citada.

En consecuencia, el trabajo de los dos autores se vuelca en las acciones de los personajes analizados y en el análisis sistemático del corpus epistolar de Usoz. Los autores analizan estos apartados en contextos amplios, accesibles a quienes llevan mucho estudiado sobre las raíces sociales de la política y la cultura. Las vidas privadas y el análisis social se conjugan, para ofrecer un producto que reúne muchas de las innovaciones que hoy se reclaman de la Historia. A un pulso dramático y narrativo se une un espléndido conocimiento de referencias y, no en último lugar, el firme ejercicio intelectual de argumentar un análisis alternativo de los inicios de la España contemporánea. En varias dimensiones, por tanto, es un ensayo a la vez atractivo y con estímulo suficiente como para deber ser tenido en cuenta en el terreno de la Historia como problema. No es habitual que un libro de Historia ofrezca tanto.

A mi padre, C. Pastor

FRANCISCO MANUEL PASTOR
GARRIGUES

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009, 249 pp.

La biopolítica, un *no-concepto* historiográfico

La palabra «biopolítica», desde que Foucault le diera carta de naturaleza allá por 1973 y sobre todo durante los cursos 1977-78 (*Securité, Territoire, Population*) y 1978-79 (*Naissance de la Biopolitique*), enseguida fue acogida como un gran hallazgo semántico y cosechó un éxito inmediato en el campo del pensamiento crítico. Nació como concepto en construcción. Pronto empezó a tener vida propia, con aplicaciones y ampliaciones más o menos ajustadas a los planteamientos genuinamente foucaultianos (es decir, según nos recuerda Francisco Vázquez, la biopolítica entendida como «conducción de las conductas relacionadas con el ser humano en tanto organismo viviente, implicando por ello una serie de procesos vitales de alcance colectivo»), o con derivaciones, apropiaciones y reinterpretaciones tan polémicas como asimismo exitosas en obras de teóricos sociales de gran renombre, sobre todo Giorgio Agamben (en *Homo sacer*) y Toni Negri y Michael Hard (en *Imperio*), además de Zygmunt Bauman o Habermas y Sloterdijk.

Así se entiende mejor que el concepto de biopolítica se fuera haciendo

más y más visible en los campos de estudio de algunas Ciencias Sociales, y eso mismo explica que, con bastante relevancia y riqueza durante los últimos años, hayan empezado a darse grandes avances también en el ámbito español de los estudios sociales de la biopolítica actual (de la mano de autores como Javier Ugarte o Ignacio Mendiola, entre otros). Sin embargo, la biopolítica, ni en su acepción más ortodoxa ni mucho menos en sus enfoques más heterodoxos, no ha encontrado todavía su sitio en la gran caja de herramientas de la historiografía española más avanzada, es decir, aquella que, aunque no pugne demasiado por formalizar dentro de las Ciencias Sociales conceptos y teorías con una fuerte resonancia crítica, los conoce y los aplica con solvencia. Paradójicamente, aunque Foucault se empeñó en dotarlo de historicidad, el concepto de biopolítica brilla fuera de los estudios históricos. Sus escasas apariciones literales en la obra de algunos historiadores españoles son en gran medida soslayadas por la comunidad historiográfica, porque sueñan abstrusas y ajenas, como herramientas analíticas de otras disciplinas, o, en el peor de los casos, como jerga vacua de ensayistas y jerigonza postmoderna.

El concepto de biopolítica sigue en construcción y en vigorosa ampliación mientras que la historiografía española apenas ha empezado a dibujarle un prometedor hueco

conceptual. Se ha convertido en un clamoroso *no-concepto* historiográfico algo que, sin embargo, adquiere auténtica utilidad cuando se aplica al análisis de la larga duración de los procesos históricos y a sus efectos en el tiempo presente.

Biopolítica de facto en la historiografía española

La biopolítica es, pues, un *no-concepto* historiográfico y por lo tanto su riqueza teórica proviene de fuera, aunque su verdadera aplicabilidad sea histórica. Sin embargo, su suerte futura ya podría haber empezado a cambiar, gracias al esfuerzo que ha realizado el filósofo e historiador Francisco Vázquez García en *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. Este libro, además de la síntesis y la sistematización que nos hacía falta tener, por encima de cualquier aportación concreta, merece ser destacado por la mayor de sus virtudes: demostrar que, aunque su uso conceptual sea clarísimamente deficitario, el amplio y resonante significado teórico del término biopolítica impregna el enfoque de algunos historiadores españoles en muchos de sus trabajos sobre «poder» y «gobierno» de las «poblaciones», en la Edad Moderna y en la Contemporánea.

En efecto, hay muchos enfoques biopolíticos en la historiografía española. Con palabras de Francisco Vázquez podríamos decir que ya llevamos

varios años abordando la historicidad de las «prácticas de matriz biopolítica» (p. 6). De forma dispersa y fragmentada, a veces impresionista y desmigajada, la historiografía española ha ido analizando los trazos y los trayectos de la «conducción» política de las conductas colectivas, lo que permite al profesor Vázquez García, tras redefinirlo en términos de biopoder y biopolítica, situar su «punto de partida» en torno a 1600 para, desde ahí, ir desmenuzando la larga duración de «los discursos y las prácticas que configuran la biopolítica» en España. El autor profundiza en aspectos concretos de la biopolítica moderna y contemporánea y prefiere terminar su análisis en la década de 1940, cuando la biopolítica se tiñe de pretensión totalitaria. No obstante, nos son pocas ni irrelevantes las reflexiones que realiza Francisco Vázquez acerca de la utilidad de ese concepto para plantearnos mejor algunas de las interrogantes del presente (como «la presencia continuada e imponente de la Iglesia en el marco de la biopolítica», por ejemplo). Y, además, se detiene en hacer inteligible ese largo proceso de la biopolítica en España, que abarcaría desde el siglo XVII hasta nuestros días, resumiéndolo y subdividiéndolo en 6 grandes períodos que, por ilustrativos, conviene destacar aquí.

En primer lugar delimita una primera y larga etapa de formación histórica y de «nacimiento» de la

biopolítica propiamente dicha en España, la que en resumidas cuentas podría llamarse «biopolítica absolutista», que abarcaría desde 1600 a 1820. En ese largo período el ejercicio de la soberanía estuvo monopolizado por la figura del monarca, por lo que se desarrolla un auténtico marco de biopoder disciplinario (en instituciones asilares, cárceles y manicomios, o a través del control de pobres vagabundos y de la represión de la prostitución, entre otras prácticas de control punitivo). Pero también nace la biopolítica propia de un «Estado de policía», preocupada por la conducción de las conductas y por el aprovechamiento de los recursos y las utilidades. Entendida, en su sentido primigenio foucaultiano, como «gobierno de las poblaciones», la primera biopolítica española estuvo literalmente determinada por la acuciante problemática de la «despoblación» de amplísimos territorios, pues la población era entendida como una «riqueza del reino». Esto último tendrá una especial repercusión en el pensamiento económico y en sus derivas como proyectismo biopolítico barroco e ilustrado, muy preocupado por las descompensaciones estructurales del régimen poblacional, como las que provocaba «el exceso de religiosos» (pp. 97 y ss.), o la emergencia de «las políticas de extranjería» (pp. 105 y ss.), junto a «la expulsión de los moriscos» (págs. 110 y ss.), el cierre de las mancebías, o ciertas

prácticas lujuriosas y el problema de la sodomía y las polémicas sobre los afeminamientos, etcétera.

En su segunda etapa decimonónica, la que comprendería las décadas 1820-1870, la biopolítica se hace «liberal clásica», porque se va gestando un modelo de sociedad en el que emergen el Mercado, la Población y la Sociedad Civil con tendencia a su propio desarrollo autónomo y, por tanto, menos sujetos a la coacción del Estado. La «ciencia de la policía», ocupada del hombre «como viviente» y en desarrollo desde los comienzos de la dinastía borbónica, sobre todo a través de la práctica reglamentista y del uso de ese «saber de Estado» que llamaremos «estadística», se va a centrar en atender cinco grandes problemáticas: la población, los víveres, el trabajo (y el ocio), «la cuestión de las circulaciones y los tráfico», y la salud (en términos de higiene, limpieza y decoro, asuntos que el autor desmenuza en las pp. 155 y ss., retomándolos más adelante para relacionarlos con los tratamientos estadísticos, como «tecnologías de la gubernamentalidad liberal»).

Sin embargo, el siglo XIX dará para mucho y conocerá una nueva etapa, la que Francisco Vázquez denomina «biopolítica interventora». Esa tercera etapa de la historia de la biopolítica, a la que se dedica todo el capítulo VI del libro, comenzaría en 1870 y concluiría en 1939, es decir, cuando el Estado liberal ya

había cristalizado, entre otras cosas, intentando conducir los procesos biológicos, económicos y civilizatorios que iban a servir para evitar las consecuencias de la autorregulación del mercado. Es por eso una etapa de seguros sociales y «medicina social», de previsión y reformas sociales, pero también de nuevas tecnologías eugenésicas, con su enorme «polivalencia ideológica» (desde liberal a anarquista) y su lenguaje social darwinista de «defensa social» frente a los delinquentes concebidos como «enemigos biológicos» que amenazan la supervivencia de la nación (nación española, por supuesto, aunque Francisco Vázquez señala que también podría encontrarse su correlato en el imaginario racista del naciente nacionalismo vasco de Sabino Arana).

La dictadura franquista abarca la cuarta etapa de este largo proceso, la que el autor no duda en categorizar como «biopolítica totalitaria», entre otras cosas, porque el Estado ejerce un biopoder máximamente disciplinario y regulador, con un tremendo desarrollo de la tanatopolítica dirigida contra sus enemigos políticos, al menos en los primeros años de posguerra. Después llegará una nueva

etapa –la quinta, la que Vázquez llama *biopolítica social*–, en unos años cortos, casi coincidentes con lo que convencionalmente ha dado en llamarse Transición democrática, pues el autor la sitúa entre 1975 y 1985. En esos años, los de la edificación del Estado de Bienestar, vida y salud no son una «obligación» individual y una preocupación para el Estado (como se entendía en la etapa de la biopolítica intervencionista), sino un derecho que el Estado debe atender.

Y para terminar, aún puede objetivarse una sexta y última etapa, la que habría tomado cuerpo a partir de 1985, una especie de «biopolítica liberal avanzada o neoliberal» en la que «lo social» ya no va a ser un rosario de «necesidades básicas», sino un «trasfondo de energías» que hay que conducir hacia los fines marcados por los mercados. Por eso, al cerrar las páginas de este libro atípico y sugerente, nos asalta la duda sobre el biopoder que en estos momentos se está edificando y acerca de la biopolítica que se practicará cuando amaine (o no) la crisis sistémica del capitalismo global iniciada en 2008.

PEDRO OLIVER OLMO

VILLANUEVA ALONSO, María Luisa (dir./ed.), *La Méditerranée et la culture du dialogue (Lieux de renoncé et de mémoire des Européens) – El Mediterráneo y la cultura del diálogo (Lugares de encuentro y de memoria de los europeos) – El Mediterrani i la cultura del diàleg (Punts de trobada i de memòria dels europeus)*, Bruselas, P.I.E. Peter Lang, 2008, 339 pp.

Se trata de un libro que recoge trabajos en francés, español y catalán, de aquí que su título sea trilingüe. Su objetivo consiste en contribuir a la creación de espacios comunes para el diálogo entre los europeos con la intención de promover una cultura del debate que vaya en busca del Otro. Se encuentra estructurado en cuatro partes bien delimitadas.

La primera parte lleva por título: «La cultura du débat / La cultura del debate / la cultura del debat». Agrupa aquellos trabajos que reflexionan sobre las lenguas y los discursos. Un primer trabajo es el de Vicente Salvador Liern. Analiza con gran claridad y acierto el término «debate», en cuanto elemento educativo y constructivo, y se centra, sobre todo, en el debate político. Concluye que resulta cada día más necesaria una cultura social del debate ciudadano, ante los graves problemas que se plantean en los tiempos actuales. Dos trabajos con un mismo elemento común: la lentitud, son los aportados por Rosana

Serra e Isabel Ríos. Ambos analizan la lentitud como imprescindible para los procesos de enseñanza-aprendizaje. Rosana Serra se centra, sobre todo, en el aprendizaje de lenguas en general, mientras que Isabel Ríos lo hace en el aprendizaje en la escuela. Sandrine Caddeo, por su parte, defiende una aproximación al conocimiento de las lenguas teniendo en cuenta el potencial lingüístico de cada uno y tratando de poner los medios adecuados para activarlo. Considera que hay que saber aprovechar el parentesco entre lenguas para su aprendizaje, señalando los puntos coincidentes, y muy en especial, aquello en lo que difieren tanto en el aspecto léxico, como morfológico y sintáctico.

Una segunda parte titulada: «Voyage et Reencontre. Images littéraires / Viajes y encuentros. Imágenes literarias / Viatge i trobada. Imatges literaries», agrupa una serie de trabajos que contienen análisis sobre el juego de espejos, que se establece cuando se entra en contacto con el Otro. Se aborda a través de la literatura de viajes y del estudio de las influencias en los pueblos del Mediterráneo. Alias Bacar pone en evidencia las huellas que Cataluña ha dejado en el Túnez contemporáneo. María Elena Baynat Montreal, nos ofrece la visión que sobre los españoles tenían tres autores franceses del s. XIX: Gautier, Dumas y Mérimée. Concluye que estos autores han contribuido a crear ciertos estereotipos aún vigentes en la actualidad

y con los que somos percibidos por algunos viajeros que nos visitan. Victoria Gaspar Verdú, hace un recorrido por aquellas obras de Goethe, y muy en especial, por aquellas en las que la influencia clásica greco-latina se percibe con mayor claridad. Pretende demostrar cómo la cultura greco-latina es un elemento aglutinador de países, sirviendo de encuentro entre culturas diferentes. Serhat Ulagli, analiza a partir de un corpus de 15 novelas de autores turcos de los ss. XI y XX, lo que representa occidente, y en especial Francia por sus relaciones más históricas, más estrechas en el espíritu oriental. Los rasgos distintivos entre estas dos culturas: étnicos, religiosos, culturales y políticos, constituyen la causa de una desconfianza mutua. No obstante, no faltan novelas partidarias y defensoras de occidente. La literatura se presenta como un buen medio para un mayor conocimiento mutuo.

Da comienzo la tercera parte, que lleva por título: «Mithes, mathesis et tradition / Mitos, matesis y tradición / Mites, mathesis i tradició», con un extenso y muy documentado trabajo de Jesús Bermúdez Ramiro. Analiza y deja patente la poderosa influencia que la antigüedad clásica greco-latina ha ejercido y sigue ejerciendo en la literatura europea desde la Edad Media hasta nuestros días. Muy interesante resulta su análisis sobre la poesía de Francisco Brines, poeta valenciano vivo actual, bajo la influencia clásica.

Su poesía, según el autor, no se llega a comprender del todo, sin unos conocimientos de la cultura greco-latina. Demuestra con gran claridad cómo autores como Epicteto, Marco Aurelio, Epicuro, Platón, Horacio, Séneca se encuentran presentes en su poesía. Este estudio tan riguroso y valioso es una aportación más en ese encuentro entre las diferentes culturas europeas, tomando como base la cultura clásica greco-latina. Eliseo Borrás Vesés nos presenta un recorrido sintético y a la vez esclarecedor por el sinuoso curso de la historia del pensamiento matemático. Desde lo uno a lo múltiple y diverso. Todo se ha explicado y es explicable con modelos matemáticos: el determinismo y el caos, el equilibrio y la incertidumbre, el monoteísmo y el ADN. Helios Jaime Ramírez analiza las correlaciones que mantienen los mitos con la teogonía, la cosmogonía y la navegación. Muestra de forma patente cómo los mitos son importantes para esclarecer la evolución de las civilizaciones, haciendo especial referencia a la relación entre la mediterránea y la nórdica. Lluís Meseguer pretende ejemplificar la dualidad discursiva de las literaturas que se han creado en Europa como «voces de la memoria» de esta cultura y, por tanto, manifestación de su condición nacional y local. Esta hipótesis la demuestra analizando ejemplos de narrativa realista en Europa de diferentes autores como Tolstoi, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez,

Narcís Oller y Manuel Vicent, quienes introducen diversas lenguas en su narración. Rosa Monlleó intenta analizar de manera brillante el interés mostrado en Europa por la Memoria Histórica en las últimas décadas, tanto por parte de los cultivadores de la Historia como en la ciudadanía. Entre las causas de este interés sitúa la autora las vivencias de periodos traumáticos como el holocausto nazi, las dos Guerras Mundiales, el totalitarismo de los países del Este y en España la Guerra Civil y el Franquismo. Las personas que vivieron estos periodos de ruptura y violencia, muchas de ellas víctimas de actuaciones injustas, necesitan recuperar la memoria y su dignidad, más cuando tiene el peligro de ser ocultada e ignorada por los poderes públicos. Durante la Transición Democrática, los políticos que pilotaron este periodo pretendieron una amnesia colectiva de la Guerra Civil y el Franquismo para mirar al futuro, pero, después de los años pasados, las víctimas y sus familiares necesitan contar lo sucedido para que las heridas se cierren y se dignifique su memoria.

La cuarta parte trata sobre «La quête de l'identité et la culture de la paix / La búsqueda de la identidad y la cultura de la paz / La cercaq de la identitat i la cultura de la pau». Un primer trabajo muy minucioso y elaborado de Gérard Bossuat, trata de responder a la pregunta ¿la identidad europea existe? Considera que por el

momento queda todavía un largo camino que recorrer. No hay una identidad europea sentida con fuerza por los ciudadanos europeos, se trata más bien de la expresión de una pluralidad de culturas. Existe, no obstante, un deseo por parte de los europeos de tener unas marcas de identidad en un mundo inquietante. Ricardo Pérez Casado se propone subrayar el papel central del Mediterráneo en los nuevos escenarios de la globalidad. Resulta necesario aprovechar la nueva centralidad del Mediterráneo para la solución de conflictos, pero como dice el autor: «Todo con la UE, nada sin los Estados Unidos». Vicente Martínez Guzmán, aborda desde el punto de vista de la filosofía de la paz, las tensiones que viven las culturas del Mediterráneo, dentro de un mundo global. Propone toda una serie de alternativas de inspiración kantiana, que considera el globo como el hábitáculo común sobre el que nadie tiene más derecho que otro a estar en un lugar de la tierra. Maria-Àngels Roque señala que a ambos lados del Mediterráneo se encuentra civilizaciones y culturas específicas, pero también aspectos coincidentes. Hay cierto aire familiar, pero también un espacio en el que se intenta marcar diferencias. El diálogo es el procedimiento que disponemos frente a una serie de desafíos, pero igualmente de potencialidades cuando existe la voluntad. Un artículo llamativo es el de Agustín García Calvo. Su título

«Contra patrias y culturas» es ya indicativo de su contenido. Rechaza la idea de Estado, Nación, Patria, porque, en su opinión, son instrumentos de opresión que junto con el Capital beneficia a unos pocos en perjuicio de la mayoría. Este binomio Estado-Capital que son uno y lo mismo, son los causantes de la miseria y pobreza del planeta.

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER
Universidad de Alicante

SANTACREU SOLER, José Miguel; AURA MURCIA, Federico; MILLÁN LLIN, Vicente, *La segregación de San Vicente del Raspeig del término municipal de Alicante. Análisis y documentación*, Alicante, Diputación Provincial de Alicante, 2011, 386 pp.

Al transitar por la carretera que une Alicante con San Vicente del Raspeig, en una de las nuevas rotondas que jalonan el recorrido, nos sorprende la vista de una escultura que recuerda una hoja de papel en la que se pueden leer algunos nombres. Si desde el coche conseguimos detener la mirada unos segundos más, observamos que no se trata simplemente de una serie de nombres, sino de firmas. Son firmas de letra sencilla y su grafía nos revela una escritura de pluma, seguramente antigua. Pero, ¿quiénes son sus firmantes?

Efectivamente, para quienes no hayan tenido el tiempo o la curiosidad de pararse y mirarlo más detenidamente, se trata de un homenaje a aquellos 58 hombres, vecinos del caserío de San Vicente, que en 1836 elevaron un memorial a la reina, solicitando su segregación de la ciudad de Alicante. Ahora, 175 años después, vecinos e instituciones evocan aquella gesta.

En esa misma línea conmemorativa, se enmarca la publicación del libro *La segregación de San Vicente del Raspeig del término municipal de Alicante. Análisis y documentación*, a cargo de José Miguel Santacreu Soler, Federico Aura Murcia y Vicente Millán Llin, los tres historiadores e investigadores, impulsores del *Cercle d'Estudis Sequet però Sanet*, que desde 1997 viene desarrollando una intensa labor de investigación para divulgar la historia de San Vicente desde las distintas vertientes posibles, buena muestra de lo cual son las publicaciones *Plecs del Cercle*, que cuenta ya con más de 55 títulos.

Los autores nos presentan en un cuidado volumen, editado por la Diputación Provincial de Alicante, toda la documentación recopilada en torno al proceso segregacionista de 1836: cuarenta documentos fundamentales transcritos y en facsímil, que son introducidos por un análisis histórico del propio memorial, de sus antecedentes y de las vicisitudes que siguieron a los primeros tiempos de

la egresión, todo ello contextualizado en una España de inquietudes liberales. Su inclusión en facsímil le añade, a mi juicio, una riqueza extraordinaria, y es que cuando se estudia la historia no hay nada tan estimulante como acercarse a las fuentes, al propio documento: el color del papel, el tono envejecido de la tinta, el trazo de la letra, ese dar voz a los protagonistas dejándoles expresarse con sus mismas herramientas...

En la presentación histórica que los autores hacen de los acontecimientos se nos ofrece también la semblanza de algunos de los protagonistas más destacados: Mariano y José Beviá que llegarían a ser alcaldes del nuevo municipio, el cura Juan Montoyo, Victoriano Aracil, agrimensor que inicialmente no fue partidario de la egresión pero que al cabo firmaría el memorial; Carlos Lillo, Antonio Sirvent, Francisco Pastor, Felipe Mallol, apellidos que en su mayor parte siguen hoy fuertemente anclados entre la población.

Cuando en 1836 San Vicente del Raspeig alcanzaba la segregación, se culminaba un dilatado proceso prolongado a lo largo de varias décadas. Ésta era la cuarta vez que los vecinos de la localidad hacían frente a la ciudad de Alicante en demanda de su separación. Lo hicieron por vez primera en 1806, en un pleito seguido ante el Consejo de Castilla. Entonces 153 vecinos otorgaron sus poderes a un agente de los Reales Consejos para

ser representados en todos los procedimientos necesarios. El asunto no prosperó, ya que su continuación suponía el importante pago de 190.000 reales de vellón que la localidad no estaba en condiciones de afrontar. Posteriormente la invasión napoleónica puso fin a cualquier aspiración independentista.

Tras la promulgación de la Constitución de 1812, y los nuevos aires liberales que impregnaron el país, se facilitó la creación de nuevos ayuntamientos a tenor del artículo 310 del propio texto aprobado por las Cortes de Cádiz, para aquellas poblaciones que llegaran a las «mil almas». Se encuentran referencias a un primer alcalde del municipio desde agosto de 1812. La vuelta al absolutismo de Fernando VII frustró la continuidad del proceso dos años después, reintegrándose nuevamente a Alicante.

Durante el Trienio Liberal (1820-1823) volvió a formarse el Ayuntamiento constitucional que existiera en 1814, según oficio enviado por el propio cabildo alicantino al pedáneo del caserío de San Vicente; tampoco en esta ocasión llegaría a consolidarse la segregación, ya que de nuevo, en noviembre de 1823, el gobernador político y militar de Alicante ordenó al ayuntamiento de San Vicente que «cese inmediatamente en sus funciones» volviendo a la situación en que se encontraban en 1820.

Finalmente, el 31 de octubre de 1836 quedaba establecido el nuevo

Ayuntamiento en San Vicente del Raspeig.

La lectura de los documentos que incluye esta publicación nos permite conocer de primera mano cuáles fueron los argumentos empleados por los vecinos para solicitar su segregación. Fundamentalmente querían romper con esa subordinación que las aldeas o lugares menores estaban obligados a mantener respecto al municipio matriz: «Lo solicita, lo desea y de ello pende la buena administración de los intereses comunes, y de que puedan apellidarse sus vecinos sin juris, y no enagenados como lo han estado hasta aquí bajo el yugo de la capital...». Era importante poder nombrar a sus propios órganos de gobierno, contar con un alcalde que pudiera ejercer la justicia y evitar las molestias y perjuicios que sin duda suponía para cualquier litigante el tener que trasladarse a la ciudad. Consideraban «...sin temor a faltar a la verdad, aunque con vergüenza, que sus vecinos han sido mirados como los niños de la infancia, a quienes se reputa sin razón suficiente para obrar por sí mismos.»

Los procesos segregacionistas nunca estuvieron exentos de dificultades. Era lógico si tenemos en cuenta que, como en el caso de Alicante, a lo largo de toda la Edad Moderna, la ciudad tuvo que ver cómo su término poco a poco fue mermando a medida que algunos núcleos alcanzaban su emancipación. La táctica de la ciudad

—como generalmente ocurrió en otros lugares— siempre fue oponerse a los solicitantes, enredarse en largos procesos judiciales que acababan con el dinero y la paciencia de los demandantes quienes, finalmente, se veían abocados al abandono del mismo, a la espera de mejor ocasión para volver a intentarlo.

Y cuando por fin se otorgaba la segregación, era necesario efectuar el apeo, deslinde y amojonamiento del término sobre el que ejercería su jurisdicción el nuevo ayuntamiento. Este era otro de los conflictos habituales, y también lo fue en el caso de San Vicente del Raspeig: según puede el lector comprobar a través de la propia documentación ofrecida por la obra que comentamos, el deslinde no concluyó hasta 1848, doce años después. Inicialmente, y como solía ser habitual, el cabildo de San Vicente solicitó que el término otorgado fuera el mismo que ya poseía su Parroquia. Alicante, por el contrario, quería excluir determinadas partidas como La Cañada, Verdegás, El Moralet, etc. Y, evidentemente, ante posturas tan encontradas era difícil llegar a un acuerdo.

Esta falta de un término definitivo provocaba serios problemas al nuevo ayuntamiento. Como no se disponía de un padrón efectivo de vecinos, había que recurrir al libro padrón de riqueza de la ciudad para repartir el déficit económico de cada ejercicio. Por otra parte —se lamentaban—, a las importantes cargas que debían soportar

los habitantes de San Vicente, ahora había que añadir una más: el elevado gasto derivado del proceso de deslinde y amojonamiento, al que no podía hacer frente el municipio por carecer de Propios y arbitrios.

Esta situación llevó a su ayuntamiento, en un intento desesperado de buscar soluciones, a solicitar de nuevo la agregación a la ciudad de Alicante, por no poder subvenir a todas sus necesidades, según se desprende de un texto que resulta conmovedor. En esa misma línea, vecinos de determinadas partidas, algunos con claros intereses en la ciudad, se dirigieron también al Ayuntamiento alicantino solicitando mantener su pertenencia a la ciudad y rechazando su incorporación a San Vicente del Raspeig.

Con el transcurso del tiempo, y pese a los numerosos avatares que tuvieron lugar, llegó el acuerdo; el resultado final no se alejaba demasiado de lo que inicialmente había propuesto Alicante: la circunferencia de la nueva población dejaba fuera de su término a las partidas de la Cañada, Verdegás y Moralet, hecho por el que se afligían sus ediles ya que ello suponía la pérdida de más de 300 vecinos, obligando a reducir los salarios de algunos oficios asistenciales como el médico, el maestro y el alguacil, y a rebajar algunas partidas económicas que deberían adecuarse al nuevo censo.

Este libro, espléndidamente compuesto y editado, constituye la

compilación documental de un momento crucial en la historia de San Vicente del Raspeig: su nacimiento como municipio. Los investigadores, Santacreu, Aura y Millán, autores del trabajo, nos revelan el ejemplo de la constancia y fortaleza de ese nutrido grupo de personas, que lucharon por dirigir sus propios destinos y los de sus convecinos sin subordinación a otros poderes que los que ellos mismos pudieran elegir.

Gracias a esta valiosa iniciativa podemos acercarnos al material de archivo que reconstruye este acontecimiento y conocer de primera mano un retazo de nuestra historia. Una publicación que, sin duda alguna, resultará ya imprescindible para todos los vecinos de San Vicente interesados en sus propias raíces.

M^a CARMEN DUEÑAS MOYA

ENGLUND, Peter, *La belleza y el dolor de la batalla*, Barcelona, Roca Editorial, 2011, 761 pp.

La siguiente obra recopila los testimonios de veinte personas, de distinta procedencia geográfica, social y profesional, que vivieron la Primera Guerra Mundial desde diferentes puntos de vista. Tal y como afirma el propio autor, el historiador sueco Peter Englund, el objetivo último de este trabajo sería experimentar con una nueva forma de escribir la historia,

que en ningún caso debe entenderse como una alternativa a los estudios tradicionales que se han realizado sobre la Gran Guerra, sino más bien como un complemento de estos⁸.

Publicado originalmente en 2008, *La belleza y el dolor de la batalla* se ha traducido en 2011 al inglés y al castellano, entre otros idiomas, lo que sin duda contribuirá a la difusión global de una obra que representa la primera incursión de Peter Englund en el campo de estudio de la Primera Guerra Mundial, puesto que sus trabajos precedentes se centraron en distintos periodos de la historia de Suecia y en cuestiones relacionadas con el ensayo y el pensamiento históricos.

La significación histórica de la Gran Guerra está fuera de toda duda, a pesar de que su importancia ha sido en ocasiones ensombrecida por la Segunda Guerra Mundial, un conflicto con unas causas y desarrollo mucho más claros y definidos que el anterior. Con todo, 1914 simboliza el fin del *mundo de ayer* de Stefan Zweig, pero por otro lado también marca el inicio del siglo XX corto, término acuñado por Eric J. Hobsbawm. El primer conflicto enteramente global fue,

asimismo, el punto de partida para una nueva concepción de la guerra, pero tampoco hay que olvidar que su propio desarrollo impulsó –o al menos confirmó– otro tipo de cambios en el plano social, como la incorporación lenta pero constante de las mujeres al mercado laboral y a la política nacional en algunos países.

El libro sigue una estructura cronológica que comprende los años del conflicto y los días posteriores al armisticio. Se divide en un total de 227 fragmentos en los que se narran las vivencias de los personajes escogidos por Peter Englund a partir de una recopilación de memorias de guerra, epistolarios y diarios. Hay que señalar que el autor no se basa en fuentes inéditas, sino que se dedica a recuperar testimonios poco conocidos que habían caído en el olvido. El volumen de autobiografías y de experiencias personales que se publicaron durante los años 20 y 30 es lo suficientemente ingente como para poder elegir los «personajes» que dotan de contenido a su propuesta.

Precisamente, la elección de testimonios anónimos –entre ellos no se encuentra, por ejemplo, ningún oficial o político de renombre– está en consonancia con el deseo de Englund de elaborar un relato complementario y diferenciado de la historiografía que tradicionalmente se ha ocupado de este acontecimiento, si bien hay que aclarar que los historiadores especializados en este periodo se están

8. El autor hizo estas declaraciones en el podcast de «History Extra», la página web oficial del *BBC History Magazine*, publicado el pasado 8 de diciembre de 2011.
<http://cdn.bbcmagazinesbristol.com/bbchistory/audio/HistoryExtra_8thDec11.mp3> [consultado: 29-XII-2011]

alejando, de hecho, de los tradicionales enfoques centrados en la política o cuestiones estrictamente militares al menos desde hace una década. Buena prueba de ello es el libro de John Horne y Alan Kramer *German Atrocities. A History of Denial* (2001), en el que se realizó un novedoso enfoque sobre las atrocidades alemanas cometidas en Francia y Bélgica que incorporó elementos de análisis como la psicología, la memoria colectiva o la vida cotidiana.

De los veinte «antihéroes» que aparecen en la obra, un total de dieciocho tienen relación directa con los campos de batalla (hay catorce soldados que sirvieron en distintos cuerpos, un cirujano de campaña, dos enfermeras y una conductora de ambulancias); además, también se hace mención a las vivencias de una niña alemana y un funcionario francés. A pesar de su heterogeneidad, todos ellos comparten dos características comunes: en primer lugar, la práctica totalidad no supera los treinta años (excepto el funcionario francés, la colegiala alemana y un oficial de caballería). En segundo lugar, se podría decir que muchas de sus historias personales son heterodoxas o incluso exóticas. Nos encontramos, así, con un aventurero profesional que se enroló en el ejército británico de África del Este; con un venezolano que sirvió como voluntario en las tropas otomanas o, finalmente, con un joven italoamericano

que abandonó su vida en Nueva York para contribuir a la «grandeza de Italia» (p. 180).

Junto a estas características, es de agradecer que Englund optara por experiencias que prácticamente cubren todos los lugares donde se produjeron enfrentamientos: los frentes occidental y oriental de Europa, la región Mesopotámica disputada por Gran Bretaña y el Imperio otomano, y el norte y sur-este africanos. Esta mirada alejada del eurocentrismo dominante en este tipo de relatos consigue que el lector amplíe su tradicional visión sobre la Primera Guerra Mundial.

La multitud de historias personales y anécdotas que encierran los veinte testimonios se configuran como un fresco impresionista, como un relato único en el que no importa tanto la singularidad de cada una de las experiencias como la visión global que pretende transmitir el autor. Sin embargo, resulta también interesante comprobar de primera mano cómo la realidad de la guerra se va imponiendo sobre la guerra soñada. Es el caso de Richard Stumpf, un joven marino de un acorazado alemán que manifestó su hastío y decepción por no haber llegado siquiera a entrar en combate. Para él, el vapor *Helgoland* es su particular «cárcel de hierro» (p. 379). Desde las trincheras de Verdún, René Arnaud pensaba que «la guerra es bella, en las pupilas de generales, periodistas y eruditos» (p. 322).

Evidentemente, el frente dibujaba una realidad muy distinta.

En relación con esto último, conviene destacar el contrapunto que ofrecen los testimonios de Elfriede Kuhr, la niña alemana que se convirtió en adulta durante la contienda, y el de Michel Corday, un gris funcionario francés que plasmó en sus diarios la vida cotidiana de un París frívolo y distante de una guerra lejana pero presente al fin y al cabo (p. 340). En este sentido, las diferentes historias muestran que la distancia entre el frente y la retaguardia no fue únicamente geográfica, sino que tuvo al mismo tiempo un importante componente mental y psicológico. Además, también se puede hablar de conexiones entre los dos escenarios, como por ejemplo a través de la propaganda o la economía de guerra. En la obra de Englund esta cuestión está siempre presente de algún modo.

Los testigos directos restantes, como ya hemos avanzado, ofrecen una visión amplia y heterogénea sobre lo que significó el conflicto mundial para ellos. El autor, por tanto, pone el acento en cuestiones relacionadas con la vida cotidiana y no tanto en operaciones militares o el contexto histórico. Es aquí donde se encuentra el núcleo duro de esta publicación. En definitiva, lo que Peter Englund pretende es subrayar el contraste entre los primeros meses de la guerra —llenos de ilusiones o emociones— y la evolución personal de cada uno de

los individuos incluidos en este gran relato.

Sin embargo, la preeminencia de las cuestiones personales y emocionales, así como el intento de ahondar en la vida cotidiana impiden obtener una visión clara de conjunto. Es aquí donde se encuentra el principal punto débil de la obra. La falta de contextualización de los testimonios se intenta suplir con una breve cronología de los acontecimientos más relevantes de cada año, algo que resulta en nuestra opinión insuficiente.

La obra también adolece de un desigual tratamiento de las fuentes utilizadas. Como ya hemos comentado, Peter Englund se basa en diarios, autobiografías, epistolarios o manuscritos, pero estos solo aparecen referenciados en una bibliografía general en la que no se distingue entre fuentes primarias y secundarias. Por otra parte, el autor recurre con frecuencia a las citas en extenso, pero no cita la procedencia de los fragmentos.

En conclusión, nos encontramos ante una obra novedosa y sugerente en muchos aspectos, puesto que muestra las distintas aristas de la guerra y la multiplicidad de un conflicto ya de por sí difícil de abarcar en su conjunto. El «experimento» de Peter Englund se enmarca en un deseo de contribuir a la recuperación de la memoria de la Primera Guerra Mundial. Pese a sus carencias, la preocupación del autor por rescatar vivencias personales confirma que el «giro

socio-cultural» experimentado por la historiografía sobre la Gran Guerra se encuentra en plena vigencia. Por último, no hay que olvidar que en 2014 se cumple el primer centenario del inicio de la Gran Guerra, por lo que esta obra puede entenderse como una avanzadilla de la miríada de publicaciones e investigaciones que, seguro, verán la luz en los próximos años.

GUILLERMO PÉREZ CASANOVA
Universidad de Alicante

EIROA, Matilde y REQUENA GALLEGU, Manuel (coords.), *Al lado del Gobierno Republicano. Los brigadistas de Europa del Este en la guerra civil española*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Colección Luz de la Memoria, nº 8, 2009, 207 pp.

La guerra civil española constituye una coyuntura de gran interés y atractivo para los historiadores nacionales e internacionales, como lo muestra el inmenso caudal editorial existente en las librerías. La participación de los brigadistas internacionales es uno de los aspectos más controvertidos de dicho conflicto, sobre el que se han debatido ampliamente las cifras, el tipo de colaboración, sus medios de comunicación o su disciplina. Manuel Requena, uno de los coordinadores del libro que aquí nos ocupa,

es precisamente uno de los investigadores que más ha contribuido en dicho debate. La historiografía es, pues, abundante teniendo en cuenta la relativa buena accesibilidad de las fuentes y los centros que la promueven, como el Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales de la Universidad de Castilla-La Mancha, dirigido por el editor del libro colectivo que reseñamos aquí.

Al lado del gobierno republicano aborda la participación de brigadistas procedentes de países de Europa Central y Oriental, un territorio poco analizado por los especialistas. Contábamos con menciones a la participación polaca, húngara, checa o búlgara en los estudios generales sobre las Brigadas, pero faltaba una monografía de conjunto que reuniera la dimensión real de su colaboración. De esta manera, se reconstruye una parte de la Historia que, por diferentes razones relacionadas con el idioma y las fuentes, no había sido investigada hasta el momento y que nos ayuda a comprender un poco mejor las implicaciones del conflicto español a nivel internacional. En este sentido, conocer el número de voluntarios, el tipo de contribución a la lucha o su filiación ideológica, son factores que permiten aclarar las verdaderas razones que les impulsaron a implicarse en una guerra, en principio ajena a sus lugares de origen.

A pesar de la dificultad en acceder a determinada documentación de

la época, la revisión documental que han hecho los autores se ha realizado de manera exhaustiva y con un rigor indiscutible. Investigadores de reconocida solvencia en su calidad de hispanistas, han realizado una observación sistemática de diversas fuentes documentales depositadas en archivos nacionales e internacionales. A nivel nacional, podemos destacar la descripción del fondo documental basado en expedientes personales de brigadistas reunidos en el Archivo General Militar de Guadalajara. Esta es una de las aportaciones más importantes del monográfico que realiza Francisco Javier López Jiménez, el director técnico de dicho archivo. Con este capítulo y el anexo correspondiente incluido al final del libro, los lectores tienen la posibilidad de encontrar los nombres, la nacionalidad y la referencia exacta del expediente para su consulta.

La consulta, pues, de fuentes institucionales y documentos oficiales, combinada con el de fuentes no oficiales, representadas fundamentalmente por las memorias de voluntarios en la guerra civil española, ofrece una perspectiva más amplia y profunda sobre los hechos. Al mismo tiempo permite reconstruir de una manera completa y contrastada la realidad de aquellos acontecimientos.

En cuanto a los capítulos redactados por los historiadores hispanistas, hay que destacar el gran avance que aportan al conocimiento de las Brigadas en lo que se refiere a la

cuantificación de los voluntarios y a la aportación de datos relativos a las vicisitudes para su llegada, la normativa internacional, la procedencia social y otros elementos que configuran el perfil de los soldados. En este sentido, las memorias de los propios brigadistas son reveladoras, así como los informes elaborados por los países de origen de los voluntarios.

El libro se estructura en diferentes capítulos escritos por especialistas de los diversos países que componen el estudio: Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Bulgaria. El capítulo I, elaborado por Ángeles Egido y Matilde Eiroa, contextualiza el expansionismo que estaba llevando a cabo la Alemania hitleriana al Este y Sur-Este de sus fronteras, considerado el «espacio vital» nazi. Precisamente, la ocupación de estos territorios fue decisiva para la implicación de voluntarios internacionales en la lucha contra el nazi-fascismo en España, ya que se percibía como un ejemplo de lo que podía ocurrir dentro de sus propias fronteras.

En el capítulo II, F. J. López realiza una aportación exhaustiva de los expedientes personales de brigadistas reunidos en el Archivo General Militar de Guadalajara, unos fondos apenas consultados hasta el momento. De un total de 175.000 expedientes conservados en los fondos de batallones, el campo de Miranda de Ebro y prisioneros de guerra, señala que unos 20.000 corresponden

a extranjeros, y de ellos, una parte a brigadistas. Además, analiza de una manera pormenorizada las penas a las que éstos fueron condenados.

Los capítulos IV al VI están dedicados al análisis de la presencia específica de húngaros, polacos, checoslovacos y búlgaros en la ayuda al gobierno republicano.

En primer lugar, Iván Harsányi, profesor emérito de la Universidad de Pécs y reconocido historiador, trata de resolver determinadas preguntas sin respuesta acerca del reclutamiento de voluntarios en el caso húngaro, caracterizado por la ausencia del Partido Comunista que había quedado disuelto. La principal dificultad de este trabajo ha sido la de contabilizar a los brigadistas (alrededor de mil), que llegaron en diferentes periodos de la guerra y procedentes en muchos casos de otros países que no eran Hungría. Las memorias del brigadista István Bakallar sobre la manera en qué logró desplazarse desde Hungría hasta España son reveladoras de la situación que se vivió.

La mayor parte de la investigación sobre la participación de ciudadanos polacos en las Brigadas Internacionales fue elaborada durante el régimen comunista, caracterizada por la censura y la ausencia de relatos críticos. J. S. Ciechanowski, de la Universidad de Varsovia, trata de revisar el estado de la cuestión para mostrar ciertas lagunas históricas. En este sentido estima la participación

de polacos en la guerra civil española en unos 4.500, aunque el número de llegados directamente desde Polonia parece reducirse a unos 600-900 voluntarios.

Vladimír Nálevka, eminente hispanista checo de la Universidad Carolina de Praga recientemente fallecido, analiza el perfil político y la contribución en la guerra civil española de los checoslovacos, que cifra en más de dos mil voluntarios. Mientras que Jaroslav Boucek ofrece un análisis y un listado detallado del personal médico checoslovaco de las brigadas, un aspecto de enorme valía en la guerra civil por las atenciones prestadas a los heridos y los avances ocurridos en la medicina.

En cuanto a los búlgaros, el profesor Dragomir Draganov, catedrático de la Universidad de Sofía, explica las dificultades para reunir voluntarios que vinieran a España a luchar a favor de la República, ya que el gobierno era proclive a la Alemania nazi. A pesar de nos revela la importante participación de búlgaros en operaciones de combate en los frentes de Madrid, Andalucía, el Norte, Brunete y en la batalla del Ebro.

Esa variedad de investigadores y la aportación de puntos de vista complementarios sobre un mismo hecho permiten ofrecer una perspectiva más completa sobre este tema, que indudablemente contribuye a esclarecer la magnitud e importancia de la participación de brigadistas internacionales

en la guerra civil española y la relevancia de este conflicto en el ámbito internacional.

El valor de este libro es sin duda la aportación que realiza sobre algunos aspectos que no habían sido investigados hasta el momento y que contribuyen a enriquecer una parte de la historia de la guerra civil que podría haber quedado en cierta ambigüedad o en el olvido. Por último, cabe resaltar los avances en cuanto a la cuantificación que los brigadistas de Europa del Este que participaron en la guerra civil española y el conocimiento del perfil socio-político. Asimismo, es de reconocer el esfuerzo por acceder a diversas fuentes no consultadas en otras investigaciones y que contribuyen a que conozcamos con mayor precisión la compleja realidad de la guerra civil española.

GORICA VUKOJICIC

Universidad Carlos III de Madrid

AGUADO, Ana y ORTEGA, Teresa María (eds.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València-Universidad de Granada, 2011, 366 pp.

En los últimos años han ido aumentando los trabajos historiográficos que abordan la relación histórica

entre culturas políticas, ciudadanía femenina e identidades de género en la historia contemporánea española. Esto ha sido posible gracias al avance y consolidación de la historia de las mujeres y de género que se ha preocupado por poner de relieve las experiencias de las mujeres y su capacidad de acción en la historia desde una visión que supera la clásica y reduccionista dicotomía culpable-víctima. Aún así, son comunes las omisiones respecto a la participación de las mujeres en los procesos de cambio social y político en las obras de carácter general sobre historia contemporánea. En este sentido, la siguiente monografía pretende avanzar en la incorporación de la perspectiva de género en la investigación histórica y ofrece un espacio de diálogo entre las diferentes propuestas presentes en los estudios que conforman la obra. Propuestas y análisis que parten de diversos proyectos de investigación, seminarios y coloquios llevados a cabo en los últimos años, como por ejemplo el Seminario sobre Ciudadanía Femenina y Culturas Políticas celebrado en la UIMP de Valencia en 2008, o las Jornadas sobre La consecución de la igualdad de las mujeres en España: el movimiento feminista durante la Transición, organizado por el Grupo de Investigación Consolidado de la Universitat de Barcelona «Multiculturalisme i Gènere».

Así, este libro es una obra colectiva en la que investigadoras

especialistas en la historia de género exponen y analizan los discursos y las prácticas en torno a la relación e interacción de las mujeres con las distintas culturas políticas en las que participaron desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. También se introduce el estudio de la construcción y evolución de la ciudadanía femenina a partir de la toma de conciencia de éstas sobre su subordinación a los varones y su marginación del sistema liberal como sujetos políticos, poniendo de manifiesto que esta concienciación sólo es posible cuando las mujeres desarrollan una identidad colectiva que les hace reconocerse como miembros de un grupo con unos problemas concretos y unos objetivos comunes.

En tercer lugar, hay que destacar la inclusión en estos estudios de otro elemento que no puede desligarse de los antes mencionados si se quiere llegar a un conocimiento profundo de la participación y movilización política y social de las mujeres en la historia contemporánea: nos referimos a las retóricas y acciones feministas y antifeministas desarrolladas en todas las culturas políticas que son reflejo de los avances logrados por las mujeres en su lucha por sus derechos y por el reconocimiento de la igualdad en todos los ámbitos, pero también de los miedos y angustias que producen, así como los cambios que sufren los modelos tradicionales de masculinidad y feminidad, y las tensiones,

transformaciones y resistencias que se operan en las relaciones entre mujeres y hombres.

Otro aspecto importante de esta obra es la atención prestada a la creación y evolución de genealogías femeninas en las que diferentes generaciones de mujeres se inspiran en el ejemplo de la generación anterior siguiendo sus enseñanzas, readaptando sus experiencias a su contexto y reformulando sus esquemas de actuación. Cada generación de mujeres será asimismo fuente de inspiración y conocimientos, una guía para la siguiente. A este fenómeno se refiere especialmente M^a Dolores Ramos, que se centra en el estudio de las feministas laicistas y librepensadoras en la etapa de entresiglos, destacando su contribución a la construcción de la ciudadanía y democracia liberales, ya que a pesar de que éstas habían marginado a las mujeres, también se nutrieron de sus críticas porque «las feministas laicistas no eran ciudadanas pero se comportaban como si lo fueran». Además, estas mujeres tejieron una red asociativa feminista que constituyó un precedente de las modernas organizaciones de mujeres como espacios de encuentro y núcleos de acción por la emancipación femenina.

Luz Sanfeliu destaca la cercanía ideológica de las feministas laicistas a los círculos blasquistas en la demanda de un cambio en el sistema educativo que posibilitara el acceso de las

mujeres a la instrucción. La educación de las mujeres fue una reclamación del republicanismo blasquista. Sin embargo, esta demanda no tenía como objetivo la autonomía femenina y su participación en el espacio público-político en condiciones de igualdad con los varones, sino que estaba en relación con el principal cometido que el blasquismo encomendaba a sus militantes femeninas: la formación de sus hijas e hijos en los valores republicanos y el apoyo a sus compañeros de filas. Así, el feminismo apropiado para el blasquismo se movía en los límites de los derechos civiles y educativos, pero no admitía el sufragio femenino. Aun así, su aprobación en 1931 sirvió de catalizador para la movilización política de las republicanas valencianas que desarrollaron proyectos propios.

Otro de los objetivos de la instrucción de las mujeres según los republicanos era la formación de una conciencia femenina libre de los preceptos de la Iglesia. La vinculación de las mujeres a las prácticas religiosas a lo largo del siglo XIX y la difusión de unos estereotipos femeninos apoyados por pretendidas teorías científicas y basados en la supuesta propensión de las mujeres a la credulidad «eran argumentos que se combinaban para reforzar la representación de las mujeres como víctimas fácilmente sojuzgables por el clero, bajo cuya influencia se convertían en rémoras para el progreso». M^a Pilar

Salomón demuestra así la existencia de un antifeminismo de base anticlerical en el discurso republicano de finales del siglo XIX que no sólo nacía de un afán de secularización de la sociedad, sino también de los miedos masculinos provocados por los avances del feminismo, ya que a veces se representaba a la beata como una mujer activa y con dotes de mando. Asociando este tipo de mujer al clero los republicanos reflejaban la ansiedad provocada por la posible emancipación femenina.

Precisamente para lograr esa emancipación, las feministas burguesas consideraron la independencia económica como un primer paso hacia ese objetivo. Esto suponía la entrada de las mujeres en el mercado laboral. Sin embargo, estas ideas no se ajustaban a la realidad de las mujeres de clase obrera para las que el trabajo era una necesidad para mantener a la familia. Alicia Mira pone el acento en su estudio en las dificultades existentes a finales del siglo XIX para la construcción de una identidad colectiva obrera femenina. Estas dificultades nacían, por un lado, de la ocupación de muchas mujeres en trabajos a domicilio, lo que impedía el diálogo entre las trabajadoras y la formación de lazos de solidaridad; y por otro lado, de la creencia extendida entre hombres y mujeres de que el trabajo femenino era algo temporal y en todo caso complementario al masculino. Excepciones a estas situaciones eran

las Fábricas de Tabacos que contaban con mano de obra mayoritariamente femenina y que conformaron espacios de sociabilidad y lograron una mayor visibilidad social, aunque se haya constituido una imagen de las mismas estereotipada. Con todo, a principios del siglo XX se dio una organización de las obreras en sindicatos específicamente femeninos.

Algunos de estos sindicatos estaban vinculados a la Iglesia, ya que el movimiento católico se esforzó por llegar a todos los sectores sociales en su afán por recristianizar una sociedad que estaba en proceso de secularización. Así, el movimiento católico favoreció la movilización de las mujeres, sobre todo a partir de los años veinte, como instrumento de regeneración moral de la sociedad en el ideario cristiano. En este contexto nace Acción Católica de la Mujer (1919) que proponía un modelo de mujer basado en el patriotismo y la identidad nacional católica, y una participación de las mujeres en el espacio público fundamentada en la proyección de las cualidades que tradicionalmente se les había asignado a la esfera política. Tomando este marco de referencia, Teresa Carnero analiza los discursos de Maura y Vázquez de Mella en la primera asamblea de la ACM (1920), como representantes de la derecha liberal y de la extrema derecha antidemocrática respectivamente, sobre los límites de la participación política de las mujeres.

En la década siguiente la organización colectiva de las mujeres se intensificará y traspasará los límites de las reducidas asociaciones femeninas de los años precedentes. La Segunda República amplió el campo de acción de las mujeres a través del desarrollo de una serie de políticas de género conducentes a una mayor igualdad entre mujeres y hombres. La aprobación del sufragio femenino fue una de estas medidas que condicionó la apertura de los partidos a la participación femenina y propició la creación de agrupaciones de mujeres y la adaptación del discurso de los partidos políticos que empezaron a extender una propaganda dirigida específicamente a ellas, conscientes del peso de las mujeres en el electorado. Ana Aguado y Teresa M^a Ortega centran sus trabajos en la movilización de las mujeres socialistas y en el adoctrinamiento de las mujeres de clase media por parte de las derechas católicas durante la Segunda República, respectivamente. Dos culturas políticas cuyos discursos sobre política en general y sobre las identidades de género en particular se construyeron de forma antagónica, aunque tuvieron algunos elementos argumentativos en común como por ejemplo, el recurso a la maternidad.

La primera autora pone de manifiesto la existencia de planteamientos de género igualitarios ya en los programas iniciales del PSOE y de una genealogía feminista socialista. Estos

elementos hicieron posible que el PSOE fuera más favorable a la participación de las mujeres en la política y en el partido, resaltando la amplia movilización de las mujeres socialistas que se organizaron en agrupaciones femeninas socialistas y actuaron no sólo para responder a las campañas de las derechas católicas, sino también para poner en marcha nuevas pautas de comportamiento y una reformulación de las relaciones de género a partir de sus experiencias.

Por su parte, la segunda autora analiza el espectro político opuesto a través de la publicación *Ellas*. Semanario de las mujeres españolas, que reunió a las derechas antiparlamentarias en un intento de «movilización política en forma de «reconquista» cristiana de las mujeres de clase media» ya que «las mujeres debían convertirse en el brazo ejecutor que aniquilase para siempre la Segunda República». Como hemos apuntado anteriormente, el sufragio femenino condicionó las estrategias de los partidos, que empezaron a elaborar discursos dirigidos específicamente al nuevo sector que se había incorporado al electorado: las mujeres. Los partidos de la derecha católica proyectaron un modelo ideal de feminidad basado en las propuestas de la ACM, un nuevo arquetipo de mujer que incluía su movilización política, eso sí, a favor del hogar y la familia tradicionales, de la religión, del patriotismo y del antirrepublicanismo. Así, fue

también habitual la participación de activistas católicas en las páginas del semanario que resaltaban las virtudes de la «nueva mujer católica» frente a la «degenerada mujer moderna».

La victoria de la derecha en las elecciones de 1933 y el progresivo ascenso de los fascismos en Europa sentaron las bases de la polarización política que supuso la difusión de un discurso antifascista entre las culturas políticas de izquierda y que unió a mujeres de distintas agrupaciones en *Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*, creada en 1934. Por su parte, en el mismo año se formó la Sección Femenina de Falange. Los trabajos de Susanna Tavera, Ángela Cenarro y Mercedes Yusta se centran en la dialéctica fascismo-antifascismo que movilizó a las mujeres antes, durante y después de la Guerra Civil.

La primera investigadora realiza una reflexión sobre la Sección Femenina de Falange en su primera etapa (1934-1939), haciendo hincapié en primer lugar en la falta de información y las lagunas en cuanto a la genealogía política de las activistas de SF. En segundo lugar, resalta las contradicciones entre el discurso de SF, que proponía un modelo de mujer basado en la domesticidad, y la práctica de las primeras militantes que participaban activamente en la política y asumían la violencia política defendida por Falange como medio de acción. Por último, destaca –siguiendo las aportaciones de Marie Aline

Barrachina— que a partir de la Guerra Civil y con el crecimiento de SF y su extensión por todo el país, se acentuó la contradicción entre el modelo falangista de mujer y el modelo de mujer falangista. Es decir, las dirigentes de SF se reservaban el derecho de saltarse las normas impuestas al resto de mujeres que las confinaba al hogar si estaban casadas y que permitía el trabajo remunerado a las solteras, siempre bajo su vigilancia.

La segunda autora también hace referencia a estas contradicciones entre teoría y práctica en el seno de SF. Pero además, destaca la construcción de un espacio femenino propio por parte de las falangistas dentro del fascismo español construyendo una identidad falangista femenina que no existía antes «porque el fascismo como movimiento político se construyó a partir de valores masculinos». Además realiza una llamada de atención sobre la necesidad de revisar las interpretaciones históricas hegemónicas sobre las mujeres fascistas resaltando que éstas no fueron simples receptoras de los discursos y ejecutoras de las consignas fascistas acríticamente, sino que tuvieron poder de decisión, fueron activas, realizaron contribuciones a la formación de la cultura política fascista y reelaboraron algunos elementos del discurso y las prácticas falangistas. Finalmente, hace un repaso de otros proyectos diseñados en el ámbito del fascismo por otras mujeres que propusieron alternativas

a los de Pilar Primo de Rivera y que fueron eclipsados por ésta.

Por su parte, Mercedes Yusta realiza un estudio sobre la cultura política femenina en el antifascismo analizando su evolución desde la Segunda República hasta la lucha antifranquista desde el exilio. La autora destaca que si en los primeros momentos las agrupaciones femeninas antifascistas (Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, más tarde, Agrupación de Mujeres Antifascistas) estuvieron caracterizadas por la heterogeneidad de culturas políticas de izquierda existente y la convivencia en su discurso de argumentos feministas y maternales, más tarde se va produciendo progresivamente un ascenso del comunismo en la dirección del movimiento y un viraje discursivo condicionado por el contexto internacional, las estrategias políticas del Partido Comunista y la necesidad de ampliar las bases del movimiento para incrementar la participación en la resistencia antifranquista. Estos elementos propiciaron la desaparición de la retórica feminista de su discurso, que hacía referencia a la emancipación y que fue sustituida por reivindicaciones de tipo maternalista en un afán por llegar al mayor número posible de mujeres.

Los últimos tres capítulos del presente volumen analizan tanto los movimientos feministas como los antifeministas en la Transición. En el primero de ellos, Mary Nash propone

un análisis del feminismo que supera su consideración como movimiento social planteándolo como una cultura política, desde la formación de una identidad colectiva femenina más allá de la pertenencia a un partido político determinado o a una clase social concreta. Una cultura política feminista que se forma a partir de prácticas sociales y experiencias personales, y sobre la base de unos principios democráticos y antifranquistas. Así, el feminismo de los años setenta impuso la identidad de género sobre la identidad de clase o la de partido y consiguió crear una agenda política que planteó en el espacio público las reivindicaciones por los derechos derogados por la dictadura, añadiendo las demandas de derechos sexuales y reproductivos, y poniendo en duda la legitimidad de un sistema político que se sustentaba en una estructura de poder androcéntrico. Sin embargo, también hubo discrepancias y rupturas dentro del movimiento, sobre todo en torno a la cuestión de la doble militancia política y feminista. Además, tuvieron que enfrentarse al sexismo dominante en partidos políticos de todo el arco político, que no admitieron en su mayor parte la autoridad feminista en la redefinición de la cultura política desde parámetros feministas. Por último, se pone de manifiesto la falta de reconocimiento en nuestra sociedad del movimiento feminista como parte importante de la

lucha antifranquista y como motor del cambio en la Transición.

En el segundo capítulo de este último bloque, Mónica Moreno aborda las posturas de diversas culturas políticas sobre dos de las reivindicaciones feministas más controvertidas y discutidas en la Transición: el divorcio y el aborto. El cruce de las variables feminismo-antifeminismo y catolicismo-anticlericalismo dio como resultado todo un repertorio de movimientos heterogéneos cargados de propuestas rupturistas en unos casos o de estereotipos heredados del pasado en otros, llegando incluso a la radicalización violenta en algunos de ellos. Así, la autora expone los argumentos que utilizaron en sus respectivos discursos para apoyar o rechazar rotundamente el derecho al divorcio y al aborto, y también la elaboración de propuestas alternativas que introducían ciertos matices en sus proyectos. El abanico de opciones presentadas en este artículo van desde el feminismo laico y anticlerical de izquierda, el feminismo católico que incorporaba elementos del anticlericalismo, la democracia cristiana, el antifeminismo católico y clerical y el antifeminismo anticlerical existente en la derecha antiparlamentaria. La diversidad de opciones aquí presentadas y su preocupación por estos temas pone de manifiesto la importancia que tuvo el movimiento feminista, ya que logró que las demandas surgidas del ámbito de

la privacidad se debatieran públicamente por un amplio espectro político. Este proceso no puede entenderse sin prestar atención a los diálogos y tensiones entre feminismos, antifeminismos, movimientos católicos y anticlericalismos.

Finalmente el trabajo de Vicenta Verdugo analiza la actividad de las organizaciones feministas valencianas y la contribución de las mujeres al proceso de transición política hacia la democracia pero también al proceso de transición sociocultural hacia nuevas pautas de comportamiento en las relaciones de género. En cuanto a las asociaciones feministas hay que destacar la capacidad de movilización de diferentes sectores de la población femenina. La diversidad de planteamientos hizo que a la fractura generada por el debate de la doble militancia se uniera otra división entre las militantes partidarias de priorizar la lucha social y política a partir de reivindicaciones más clásicas, y las militantes que abogaban en especial por la reclamación de los derechos sexuales. Sin embargo, estas discrepancias no impidieron que las distintas organizaciones feministas se unieran en diferentes campañas reivindicativas como por ejemplo, las referentes al divorcio y el aborto. Otro elemento a destacar en el movimiento feminista valenciano es la existencia de un activismo feminista de urgencia, que nace de la formación de un tipo de solidaridad femenina y que pone en

marcha acciones urgentes ante casos concretos de discriminación jurídica por razones de género y de violencia sexual. Este tipo de acciones refuerzan la identidad colectiva femenina y feminista que es la base de la movilización feminista.

En síntesis, las líneas de investigación propuestas en esta obra son imprescindibles para la construcción de un conocimiento integral de las experiencias y prácticas desarrolladas por las mujeres en las distintas culturas políticas de finales del siglo XIX y del siglo XX. Como hemos podido comprobar, las mujeres no fueron receptoras pasivas de los discursos procedentes de las distintas culturas políticas, sino que fueron sujetos con capacidad de acción para crear proyectos autónomos, y reformularon y readaptaron estos discursos en función de sus necesidades y contextos adoptando diferentes estrategias prácticas.

Asimismo, esta obra pone de manifiesto la importancia de la historia de las mujeres y de la introducción de la perspectiva de género en los estudios históricos, ya que aportan un utillaje teórico que ayuda a replantear conceptos supuestamente neutrales, como el de «ciudadanía», elaborados desde una óptica masculina sin tener en cuenta las experiencias de las mujeres y sus aportaciones en la formación de movimientos sociopolíticos. La historia de las mujeres ha aportado y sigue aportando

planteamientos metodológicos que favorecen el avance de la historiografía introduciendo nuevas propuestas explicativas en torno a referentes clave en la investigación histórica como los discursos, la acción colectiva y las identidades. La construcción y evolución de las distintas culturas políticas desarrolladas en España a finales del siglo XIX y en el siglo XX son procesos que no pueden comprenderse en su totalidad sin tener

en cuenta la participación de las mujeres en los mismos y sin el análisis de las identidades y las relaciones de género. Por ello, el enfoque de género que se sigue en cada una de las aportaciones de esta monografía hace posible que se avance hacia un conocimiento completo del pasado, esto es, hacia una historia total.

ADRIANA CASES SOLA
Universidad de Alicante

AUTORES / AUTHORS

GÉRARD DUFOUR es presidente honorario y catedrático emérito de la Université de Provence, ahora Aix-Marseille Université (Francia), y miembro correspondiente de la *Academia Portuguesa da Historia*. Ha consagrado gran parte de su labor investigadora a la Guerra de la Independencia, con publicaciones entre las cuales destacan *Goya durante la Guerra de la Independencia* (Madrid, Cátedra, 2008) y la publicación de la novela de Joseph Bonaparte, *Moina o La Aldeana del Mont Cenís* (traducción de María Ángeles Casado Sánchez, Universidad de Alicante, 2008). Asimismo, ha participado en numerosos coloquios sobre este tema, organizando varios de ellos en su Universidad, desde *Les Espagnols et Napoléon* (1983) hasta *L'Espagne en 1808: régénération ou révolution?* (en colaboración con la profesora Elisabeth Larriba, 2008).

ALICIA LASPRA RODRÍGUEZ es doctora en Filología Inglesa por la Universidad de Oviedo y diplomada en Estudios Norteamericanos, como Becaria Fulbright, por la Universidad de Nueva York. Es profesora titular de Universidad en el Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa de la Universidad de Oviedo, miembro correspondiente del Real Instituto de Estudios Asturianos y miembro de la Junta Directiva y del Comité Científico de la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia y de la comisión británica *Peninsular War 200*. Ha publicado varias obras sobre lingüística aplicada y sobre las relaciones hispano-británicas durante la Guerra de la Independencia. Ha impartido numerosas conferencias en diversas instituciones y universidades nacionales e internacionales.

MARIE-PIERRE REY es antigua alumna de l'Ecole Normale Supérieure, doctora habilitada en Historia de l'Université de Paris I-Panthéon Sorbonne, agregada de Historia y licenciada en Ruso. Actualmente es profesora de historia rusa y soviética y directora del *Centre de Recherches en Histoire des Slaves* de l'Université de Paris I. Es autora de varios libros y de numerosos artículos

consagrados a la historia rusa y soviética. Entre sus obras destacan *Le dilemme russe: la Russie et l'Europe occidentale d'Ivan le Terrible à Boris Eltsine* (París, Flammarion, 2002); *De la Russie à l'Union soviétique, la construction de l'Empire, 1462-1953* (París, Hachette, 1994), *La Tentation du Rapprochement, France et URSS à l'heure de la détente, 1964-1974* (París, Publications de la Sorbonne, 1991). Ha dirigido, además, la publicación del libro colectivo *Les Russes de Gorbatchev à Poutine* (París, Armand Colin, 2005) y ha publicado en 2009 en la editorial Flammarion la biografía *Alexandre Ier, le tsar qui vainquit Napoléon* (obra premiada por l'Académie des Sciences Morales et Politiques).

REMEDIOS SOLANO RODRÍGUEZ es licenciada en Ciencias de la Información (Periodismo) por la Universidad Complutense de Madrid, donde en 1998 obtuvo el doctorado europeo con la tesis *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1814)*. Es, además, autora de varios trabajos sobre el tema. Los sucesos de la Guerra de la Independencia también han sido materia en algunos de sus relatos, como «Huyendo de los dragones» (finalista en el certamen literario de la revista de Historia y Humanidades *Ex Novo*, 2010). Desde 2000 es profesora de Lengua Española en la Wissenschaftliche Hochschule für Unternehmensführung (Coblenza, Alemania).

BEATRIZ SÁNCHEZ HITA es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Cádiz (2006), donde es profesora interina en la Facultad de Ciencias de la Educación. Ha sido investigadora postdoctoral en la UMR Telemme (Université de Provence-CNRS) de 2009 a 2011. Miembro del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz e investigadora asociada de la UMR-Telemme, ha obtenido el «Premio de Ciencias Sociales Cortes de Cádiz» (VII Edición) y el «Premio de Estudios Constitucionales Cádiz 1812» (VI Edición). Su labor investigadora se centra en la prensa y la publicística de finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, materia sobre la que ha realizado varias aportaciones científicas en revistas, libros y congresos. Entre sus obras más recientes destacan *Los periódicos del Cádiz de la Guerra de la Independencia (1808-1814). Catálogo comentado* (Cádiz, 2008), *Juan Antonio Olavarrieta/ José Joaquín de Clararrosa: periodista ilustrado. Aproximación biográfica y estudio del «Semanario Crítico» (Lima, 1791) y del «Diario de Cádiz» (1796)* (Cádiz, 2009) y *José Joaquín de Clararrosa y su «Diario Gaditano» (1820-1823). Ilustración, periodismo, y revolución en el Trienio Liberal* (Cádiz, 2009).

ENCARNA GARCÍA MONERRIS es profesora titular de Historia Contemporánea en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València. Entre sus líneas de investigación destacan las relacionadas con la Monarquía absoluta y el poder local, el municipio liberal, el patrimonio real o el pensamiento reaccionario. Ha publicado varios libros y artículos en revistas especializadas. El más reciente, en colaboración con Carmen García, un estudio sobre Francisco Javier Elío titulado *La Nación secuestrada* (Valencia, 2008).

CARMEN GARCÍA MONERRIS es catedrática de Historia Contemporánea en el Departamento del mismo nombre de la Universitat de València. Entre sus líneas de investigación destacan los trabajos relacionados con el Real patrimonio valenciano o las relaciones entre la Ilustración y el primer Liberalismo. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y diversos libros como *La Nación secuestrada* (Valencia, 2008), en colaboración con Encarna García, o *La Corona contra la Historia* (Valencia, 2005).

ANTONIO J. CALVO MATURANA es licenciado en Historia por la Universidad de Granada (2002) y doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (2009). Actualmente es investigador «Juan de la Cierva» en el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante. En los últimos años, ha sido miembro de prestigiosos grupos de investigación, ha presentado ponencias en congresos nacionales e internacionales y ha publicado numerosos artículos en revistas científicas. Especialista en la España de la crisis del Antiguo Régimen, es autor de los libros: *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito* (Granada, 2007) y «*Aquel que manda las conciencias*»: *Iglesia y adoctrinamiento político en la Monarquía Hispánica preconstitucional, 1780-1808* (Cádiz, 2011).

CLAUDE MORANGE es profesor titular honorario de Paris III-Sorbonne Nouvelle. Especialista en la crisis del Antiguo Régimen en España y el tránsito a la sociedad liberal, es autor de unos cincuenta artículos sobre el tema y de varios libros, entre los que cabe destacar: *Siete calas en la crisis del Antiguo Régimen español y un panfleto clandestino de 1800* (Alicante, 1990); *Sebastián de Miñano, Sátiras y panfletos del Trienio constitucional* (Madrid, 1994); *Paleobiografía (1779-1819) del Pobrecito Holgazán, Sebastián de Miñano* (Salamanca, 2002); *Una Conspiración fallida y una Constitución nonnata (1819)* (Madrid, 2006); *Juan de Olavarría, Reflexiones a las Cortes y otros escritos políticos* (Bilbao, 2007).

JESÚS MILLÁN Y GARCÍA-VARELA estudió Filosofía y Letras en Alicante y Valencia y se doctoró en esta última universidad, donde actualmente es catedrático de Historia Contemporánea. Su investigación se ha centrado en la trayectoria de la sociedad agraria entre el fin del Antiguo Régimen y el triunfo del orden liberal, intentando entender especialmente las tradiciones políticas nacidas de este proceso. En este sentido ha tratado de presentar una perspectiva sobre el significado del carlismo. Últimamente, en colaboración con Salvador Calatayud y María Cruz Romeo, ha coeditado *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques* (Universitat de València, 2009).

M.^a GEMMA RUBÍ I CASALS es profesora de Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona, donde imparte docencia en las titulaciones de Historia y de Humanidades, e investigadora del Grupo de Historia del Parlamentarismo dirigido por Borja de Riquer. Previamente, ha ejercido como profesora de Ciencia Política en la Universitat Pompeu Fabra, en la Facultad de Derecho de la Universitat de Barcelona, y en universidades a distancia (UNED y UOC). Licenciada en Historia y en Ciencias Políticas y Sociología, así como doctora en Historia Contemporánea por la Universitat Autònoma de Barcelona, y en *Histoire et civilisations* por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, institución donde realizó los estudios de tercer ciclo bajo la dirección del profesor Pierre Vilar. Es especialista en historia social y política de Cataluña y de la España contemporáneas.

CORAL MORERA HERNÁNDEZ es doctora en Periodismo por la Universidad de Valladolid. Profesora de la Universidad de Valladolid de Teoría de la Información y de la Comunicación, sus líneas de investigación se circunscriben al periodismo de investigación de base histórica, Estados Unidos, Guerra Fría, imagen mediática, análisis de contenido, técnicas de investigación en comunicación social y efectos.

VICENTE LEÓN NAVARRO es doctor en Historia por la Universidad de Valencia, Máster en Didáctica de la Geografía e Historia. Miembro de la *Fundación de Historia Moderna*, de *Estudios del Siglo XVIII* y de la *Sociedad Bibliográfica «Gerónima Galés»*. Ha centrado sus estudios en la Iglesia, la sociedad y la educación en la época moderna y contemporánea. Entre sus publicaciones destacan: *Luis de Granada y la tradición erasmista en Valencia. Siglo XVIII* (1986); *La pasión por la libertad. Miguel Cortés y López (1777-1854). Diputado a Cortes y Diputado provincial* (Valencia, 2003); *Lluita pel control de l'educació valenciana al segle XVIII. Jesuïtes, escolapis i il·lustrats* (Gandía, 2010); *Epistolario XVIII*

y *Epistolario XIX* de la correspondencia de Gregorio Mayans con el canónigo Juan Bautista Hermán, (Oliva, 2001 y 2002); y, en colaboración con Germán Ramírez, *Ensayo de una bibliografía de folletos y papeles sobre la Guerra de la Independencia publicados en Valencia, 1808-1814* (Valencia, 2009), así como *Memorias históricas sobre los sucesos de Valencia*. Ha participado en varios libros de carácter monográfico y/o congresual y es autor de numerosos artículos aparecidos en revistas especializadas.

RAFAEL FERNÁNDEZ SIRVENT es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Alicante. Su interés científico se ha centrado en la historia política y cultural del siglo XIX y en la biografía. Es autor de varios trabajos relacionados con el Instituto Pestalozziano de Madrid, la Guerra de la Independencia española y el Estado español bonapartista, el exilio español en París y la educación física como herramienta nacionalizadora, destacando su libro *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia* (Alicante, 2005). Ha participado en dos proyectos de investigación del Plan Nacional I+D+i, cuyo objeto de estudio es la imagen pública de la Corona española en el siglo XIX, siendo sus últimas aportaciones a este campo «De Rey soldado a Pacificador. Representaciones simbólicas de Alfonso XII de Borbón» (*Historia Constitucional*, 2010) y «Alfonso XII, el rey del orden y la concordia» (en LA PARRA, Emilio, coord., *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, 2011). Es director académico del Portal «Reyes y Reinas de la España Contemporánea» de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Pasado y Memoria, revista de periodicidad anual, pretende extender el cauce de comunicación entre los historiadores e investigadores dedicados al análisis e interpretación de los sucesos y procesos históricos del mundo contemporáneo. Es precisamente aquí, en la delimitación del campo de estudio, donde el título de la revista encuentra su significado: el *pasado* es el ámbito de estudio de la historia y la *memoria* es uno de los factores que configura nuestro conocimiento del pasado próximo.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

El Consejo de Redacción de *Pasado y Memoria* establece las siguientes normas para el envío de trabajos originales:

Presentación.— Los artículos de investigación deberán ser inéditos, con una extensión máxima de 9.000 palabras. Se añadirá un resumen del contenido del trabajo en español y en inglés (incluido el título en ambas lenguas), con una extensión máxima de 150 palabras, especificándose unas palabras clave en español y en inglés, además de una breve nota curricular, de una extensión aproximada de unas 10 líneas, sobre la formación académica, situación profesional y labor investigadora del autor/autora. Cualquier contacto, así como el envío de originales, se realizará a través de la dirección de correo electrónico:

pasadoymemoria@ua.es

Admisión.— El trabajo será sometido, mediante el sistema de doble ciego, a los dictámenes de dos especialistas en la materia externos al Consejo de

Redacción y al Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante y, a la vista de los mismos, el Consejo de Redacción decidirá si procede o no su publicación, lo que será notificado al autor/autora en un plazo máximo de seis meses.

Referencias bibliográficas.— Las citas bibliográficas se colocarán en notas a pie de página. Todas las referencias bibliográficas se atenderán a la siguiente secuencia: APELLIDO/S del autor/a o autores, en versalitas, el nombre completo del autor/autora o autores, en minúscula, seguido de coma; luego, en cursiva, el *título de la obra*, seguido de coma; a continuación y separados por comas, el lugar de edición, la editorial y la fecha de publicación; por último, la p./pp. de referencia.

Ej.: HOBSBAWM, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 29-30.

Si una obra ha de ser citada varias veces, se pondrá el nombre del autor/autora, el *comienzo del título de la obra*, seguido de puntos suspensivos y el número de p./pp. referidos.

Ej.: HOBSBAWM, Eric J., *Historia del siglo XX...*, pp. 42-53.

En caso de cita consecutiva:

Ej.: *Ibid.*, p. 275.

Para la cita de fechas (prensa, documentación de archivo, día de consulta de sitio en Internet, etc.) se seguirá el siguiente modelo: 19-III-1812.

Cuando se trate de artículos de revistas: APELLIDO/S del autor/autora o autores, en versalitas; el nombre completo del autor/a/res, en minúscula, seguido de coma; luego, entre comillas, «título», seguido de coma; *título de la revista* en cursiva, seguido de coma; tomo (t.) o volumen (vol.) correspondiente; número de la revista (nº); año, entre paréntesis; finalmente, p./pp. de referencia.

Ej.: REDERO SAN ROMÁN, Manuel y GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria M., «Prensa y opinión en la transición política», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, nº 8-9 (1991-1992), pp. 85-119.

Citas electrónicas.— Los recursos electrónicos que hayan sido consultados deberán ser citados especificando la dirección de Internet encerrada entre los símbolos «<» y «>», indicando, entre corchetes, la fecha en que fue visitado el recurso citado.

Ej.: <<http://www.historiaconstitucional.com>> [consultado: 14-VII-2008]

Iconografía, cuadros y gráficos.— Deberán aparecer insertados en su lugar correspondiente en el texto, siendo claramente identificados y explicados, y, en el caso de ilustraciones, habrán de tener una resolución óptima para su impresión en blanco y negro. Se recomienda adjuntar las imágenes también por separado en formato jpg, tiff o similar.

Notas bibliográficas y reseñas de libros.— Las notas sobre el estado de la cuestión de un tema referido al período contemporáneo tendrán una extensión máxima de 4.000 palabras, acompañándose una bibliografía final según las normas especificadas.

Las reseñas de libros tendrán una extensión máxima de 1.500 palabras, especificándose el autor/autora, título, lugar de publicación, editorial, fecha de publicación y número de páginas, así como el nombre y apellidos de quien realiza la crítica e institución a la que pertenece al final de la misma.

INSTRUCCIONES PARA EVALUADORES DE ARTÍCULOS

Los **evaluadores externos**, que serán doctores especialistas en la temática y periodo histórico sobre el que verse el trabajo de investigación, recibirán una solicitud de revisión de artículo vía correo electrónico remitido por algún miembro del Consejo de Redacción, normalmente su secretario. Si el encargo no fuese aceptado en el transcurso de una semana, se entenderá declinada la solicitud y se procederá a su remisión a otro/otra experto/experta.

Una vez aceptado, el revisor o la revisora dispondrá de un plazo de **4 semanas** para emitir su informe razonado, que habrá de remitir a la secretaria de la

revista (pasadoymemoria@ua.es) utilizando para ello el **modelo-plantilla** que le será adjuntado junto con el artículo objeto de evaluación. Asimismo, se garantiza un total **anonimato** por ambas partes (**sistema de doble ciego**): ni autor ni revisores tendrán conocimiento el uno del otro. El dictamen de los informantes podrá ser: *aceptado sin modificaciones*, *aceptado con modificaciones*, *rechazado*.

Todos los artículos de investigación serán remitidos a dos revisores/as (**proceso de revisión por pares**). En caso de que sendos informes fuesen muy dispares, se podrá solicitar un tercer informe.

Los revisores podrán ser requeridos en una segunda ocasión para dictaminar si el/la autor/autora ha efectuado los cambios sugeridos para la mejora del texto. La decisión de su publicación o su rechazo definitivo corresponderá en última instancia al Consejo de Redacción de *Pasado y Memoria*, cuyo dictamen será argumentado apoyándose en los informes realizados por los/las evaluadores/as externos/as.

INDICADORES DE LA DIFUSIÓN Y LA CALIDAD EDITORIAL Y CIENTÍFICA DE *PASADO MEMORIA*

Orientación para evaluadores, autores e investigadores

Índice de impacto RESH (2004-2008): 0.077

Latindex (2011): cumple 30 criterios (sobre 33)

Categoría ERIH (2011): INT2

Categoría ANECA (2011): 15

Criterios calidad CNEAI (2011): 13

Catalogada en DICE (fecha actualización 14-VII-2011):

-valoración difusión internacional: 1.5

-internacionalidad de las contribuciones: 12.5

MIAR – difusión ICDS (2010): 3.403

Clasificación CARHUS Plus 2010: grupo C

Clasificación CIRC: grupo B

Pasado y Memoria, revista de periodicitat anual, pretén estendre les vies de comunicació entre els historiadors i investigadors dedicats a l'anàlisi i interpretació dels successos i processos històrics del món contemporani. És precisament ací, en la delimitació del camp d'estudi, on el títol de la revista troba el seu significat: el *passat* és l'àmbit d'estudi de la història i la *memòria* és un dels factors que configura el nostre coneixement del passat pròxim.

NORMES PER A LA PRESENTACIÓ D'ORIGINALS

El Consell de Redacció de *Pasado y Memoria* estableix aquestes normes per a l'enviament de treballs originals:

Presentació. Els articles d'investigació hauran de ser inèdits, amb una extensió màxima de 9.000 paraules. S'hi afegirà un resum del contingut del treball en espanyol i en anglès (que incloga el títol en les dues llengües), amb una extensió màxima de 150 paraules, i s'hi especificaran unes paraules clau en espanyol i en anglès, a més d'una breu nota curricular, d'una extensió aproximada d'unes 10 línies, sobre la formació acadèmica, situació professional i tasca investigadora de l'autor o autora. Qualsevol contacte, com també l'enviament d'originals, es farà a través de l'adreça de correu electrònic:

pasadoymemoria@ua.es

Admissió. El treball serà sotmès, mitjançant el sistema de doble cec, als dictàmens de dos especialistes en la matèria externs al Consell de Redacció i al Departament d'Humanitats Contemporànies de la Universitat d'Alacant.

A la vista dels dictàmens, el Consell de Redacció decidirà si escau o no publicar-lo, i ho notificarà a l'autora o autor en un termini màxim de sis mesos.

Referències bibliogràfiques. Les citacions bibliogràfiques es col·locaran en notes a peu de pàgina. Totes les referències bibliogràfiques s'atindran a aquesta seqüència: COGNOM o COGNOMS de l'autor o autors, en versaletes, el nom complet de l'autor o autors, en minúscula, seguit de coma; després, en cursiva, el *títol de l'obra*, seguit de coma; a continuació i separats per comes, el lloc d'edició, l'editorial i la data de publicació; finalment, la p./pp. de referència.

Ex.: HOBSBAWM, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 29-30.

Si una obra ha de ser citada diverses vegades, es posarà el nom de l'autor o autora, el *començament del títol de l'obra*, seguit de punts suspensius i el nombre de p./pp. referits.

Ex.: HOBSBAWM, Eric J., *Historia del siglo XX*,..., pp. 42-53.

En cas de cita consecutiva:

Ex.: *Ibid.*, p. 275.

Per a la citació de dates (premsa, documentació d'arxiu, dia de consulta de lloc en Internet, etc.) se seguirà aquest el model: 19-III-1812.

Quan es tracte d'articles de revistes: COGNOM o COGNOMS de l'autor o autors, en versaletes; el nom complet de l'autor o autors, en minúscula, seguit de coma; després, entre cometes, «títol», seguit de coma; *títol de la revista* en cursiva, seguit de coma; tom (t.) o volum (vol.) corresponent; nombre de la revista (núm.); any, entre parèntesis; finalment, p./pp. de referència.

Ex.: REDERO SAN ROMÁN, Manuel y GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria M., «Prensa y opinión en la transición política», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, nº 8-9 (1991-1992), pp. 85-119.

Cites electròniques. Els recursos electrònics que hagen sigut consultats hauran de ser citats amb l'adreça d'Internet tancada entre els símbols < i >, i caldrà indicar entre claudàtors la data en què va ser visitat el recurs citat.

Ex.: <<http://www.historiaconstitucional.com>> [consultat: 14-VII-2008]

Iconografia, quadres i gràfics. Hauran d'aparèixer inserits en el seu lloc corresponent en el text, clarament identificats i explicats, i, en el cas d'il·lustracions, hauran de tenir una resolució òptima per a imprimir-les en blanc i negre. Es recomana adjuntar les imatges també per separat en format jpg, tiff o similar.

Notes bibliogràfiques i ressenyes de llibres. Les notes sobre l'estat de la qüestió d'un tema referit al període contemporani tindran una extensió màxima de 4.000 paraules, i s'acompanyaran d'una bibliografia final segons les normes especificades.

Les ressenyes de llibres tindran una extensió màxima de 1.500 paraules; s'hi especificarà l'autor o autora, títol, lloc de publicació, editorial, data de publicació i nombre de pàgines, i també el nom i cognoms de qui fa la crítica i la institució a què pertany al final de la ressenya.

INSTRUCCIONS PER A AVALUADORS D'ARTICLES

Els **avaluadors externs**, que seran doctors especialistes en la temàtica i període històric sobre el qual tracta el treball de recerca, rebran una sol·licitud de revisió d'article via correu electrònic remès per algun membre del Consell de Redacció, normalment el secretari. Si l'encàrrec no és acceptat en el transcurs d'una setmana, s'entendrà declinada la sol·licitud i es remetrà a un altre expert o experta.

Una vegada acceptat, el revisor o la revisora disposarà d'un termini de **4 setmanes** per a emetre un informe raonat, que haurà de remetre a la Secretaria de la revista (pasadoymemoria@ua.es) utilitzant el **model plantilla** que s'adjuntarà a l'article objecte d'avaluació. Així mateix, es garanteix un total **anonimat** per les dues parts (**sistema de doble cec**): ni l'autor ni

els revisors tindran coneixement l'un de l'altre. El dictamen dels informants podrà ser: *acceptat sense modificacions*, *acceptat amb modificacions*, *rebutjat*.

Tots els articles d'investigació seran remesos a dos revisors (*procés de revisió per parells*). En cas que els dos informes siguin molt dispars, se'n podrà sol·licitar un tercer.

Els revisors podran ser requerits en una segona ocasió per a dictaminar si l'autor o autora ha incorporat els canvis suggerits per a millorar el text. La decisió de la seua publicació o el seu rebuig definitiu correspondrà en última instància al Consell de Redacció de *Pasado y Memoria*, el dictamen del qual serà argumentat i es basarà en els informes realitzats pels avaluadors o avaluadores externs.

INDICADORS DE LA DIFUSIÓ I LA QUALITAT EDITORIAL I CIENTÍFICA DE *PASADAT MEMÒRIA*

Orientació per a avaluadors, autors i investigadors

Índex d'impacte RESH (2004-2008): 0.077

Latindex (2011): compleix 30 criteris (sobre 33)

Categoria ERIH (2011): INT2

Categoria ANECA (2011): 15

Criteris qualitat CNEAI (2011): 13

Catalogada en DICE (data actualització 14-VII-2011):

-valoració difusió internacional: 1.5

-internacionalitat de les contribucions: 12.5

MIAR – difusió ICDS (2010): 3.403

Classificació CARHUS Plus 2010: grup C

Classificació CIRC: grup B

Pasado y Memoria is an annual journal that aims to broaden the channels of communication between historians and researchers who are devoted to the analysis and interpretation of historical events and processes in the contemporary world. It is precisely within the definition of this field of study that the sense of this journal's title lies: the past (*pasado*) is the sphere studied by history while memory (*memoria*) is one of the factors that constitute our knowledge about the recent past.

INSTRUCTIONS FOR AUTHORS (STYLE SHEET)

The *Pasado y Memoria* Editorial Board has established the following guidelines for the submission of original works:

Presentation.— Research articles must be previously unpublished works, with a maximum of 9,000 words. The paper will include an abstract of no more than 150 words summarising the article content, in Spanish and English (including the title in both languages). Key words must also be given in Spanish and English. A short biography of approximately 10 lines should also be included containing relevant information about the author's academic background, professional status and research work. All correspondence, including the submission of the originals, must be sent to the following e-mail address:

pasadoymemoria@ua.es

Acceptance for publication.— Based on a double-blind peer review, the article will be evaluated by two experts in the field, who are independent from the Editorial Board and the Department of Contemporary Humanities of

the University of Alicante. Based on these reviews, the Editorial Board will decide whether to proceed with publication or not, notifying the author of its decision within six months of submission.

Bibliographical references.– Bibliographical citations must be included in foot notes. All bibliographical references will be set out as follows: author/s SURNAME/S in small capitals and the author/s full name in lower case followed by a comma; the *title of the article* in italics, followed by a comma; then separated by commas, the place of publication, the publisher and year of publication; and finally the pg. or pp. reference.

E.g.: HOBBSAWM, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 29-30.

If an article is to be cited several times, it is only necessary to indicate the author/s' name, the *beginning of the article's title*, followed by ellipsis (...) and the page numbers referred to.

E.g.: HOBBSAWM, Eric J., *Historia del siglo XX*..., pp. 42-53.

In case of a consecutive citation:

E.g.: *Ibid.*, pg. 275.

When citing dates (press, archive documents, web retrieval date, etc.) the following model will be applied: 19-03-1812.

When citing articles in a journal: author/s SURNAME/S in small capitals and the author/s full name in lower case and followed by a comma; the «title» in quotes, followed by a comma; *title of the journal* in italics, followed by a comma; the corresponding book (b) or volume (vol.); issue of the journal (no.); year, in brackets; finally the pg. or pp. reference

E.g.: REDERO SAN ROMÁN, Manuel and GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria M., «Prensa y opinión en la transición política», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, no. 8-9 (1991-1992), pp. 85-119.

Electronic references.– Any electronic resources that have been consulted should be cited, specifying the web page address between the symbols

«<» and «>», and indicating the date said resource was accessed, in square brackets.

E.g.: <<http://www.historiaconstitucional.com>> [Accessed: 14-07-2008]

Illustrations, tables and graphics.– These should appear in their corresponding place within the text and be clearly labelled and explained. Any illustrations must have an optimum resolution for printing in black and white. Please send any images separately in jpg, tiff or other format.

Bibliographic notes and book reviews.– Notes about the state of the question related to a topic based on the contemporary period will be no longer than 4,000 words and will be accompanied by a bibliography at the end of the document, according to the established guidelines.

Book reviews will contain a maximum of 1,500 words. The author, title, place of publication, publisher, date of publication and number of pages must be specified at the end of the document, as well as the name and surnames of the person responsible for the review and the institution to which he/she belongs.

INSTRUCTIONS FOR REVIEWERS OF ARTICLES

The **external reviewers**, who will be expert doctors in the topic and historical period analysed in the research article, will receive a request for an article review by e-mail from the Editorial Board secretary, or an occasion from another member. If the reviewer does not accept the request within a week, it will be understood that the request has been declined and it will be sent to another expert.

Once the reviewer agrees to undertake the request, he/she will have **4 weeks** to submit a well-reasoned report, which he/she must send to the journal secretary (pasadoymemoria@ua.es) using the **model-template** which he/she will have received along with the article for review. Furthermore, total **anonymity** is guaranteed for both sides (double-blind peer review system): neither the author nor the reviewers will know each other's identity.

The decision of the reviewers may be: *accepted without modifications*, *accepted with modifications*, *rejected*.

All research articles are sent to two reviewers (*peer review process*). If significant differences are found between the two reports, a third review may be requested.

Reviewers may be required to carry out a second review to determine whether the author has introduced the suggested changes to improve the text. It is the *Pasado y Memoria* Editorial Board that makes the final informed decision as regards acceptance or rejection of an article based on the reports submitted by the external reviewers.

INDICATORS RELATED TO THE DISSEMINATION AND PUBLICATION AND SCIENTIFIC QUALITY OF *PASADO Y MEMORIA*

Guidelines for reviewers, authors and researchers

Impact factor RESH (2004-2008): 0.077

Latindex (2011): fulfils 30 criteria (out of 33)

ERIH category (2011): INT2

ANECA category (2011): 15

CNEAI quality criteria (2011): 13

Catalogued in DICE (updated 14-07-2011):

- international dissemination valuation: 1.5

-internationality of contributions: 12.5

MIAR –ICDS dissemination (2010): 3,403

CARHUS Plus 2010 classification: group C

CIRC classification: group B

EVALUADORES EXTERNOS DE LOS ARTÍCULOS DE INVESTIGACIÓN (desde 2010)

Miguel Ángel del Arco Blanco, *Universidad de Granada*
José Babiano Mora, *Archivo de Historia del Trabajo. Fundación 1º de Mayo*
Carlos Barciela López, *Universidad de Alicante*
Inmaculada Blasco Herranz, *Universidad de La Laguna*
Gonzalo Butrón Prida, *Universidad de Cádiz*
María Dolores de la Calle Velasco, *Universidad de Salamanca*
Antonio J. Calvo Maturana, “Juan de la Cierva” en la *Universidad de Alicante*
Diego Caro Cancela, *Universidad de Cádiz*
Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta, *Universidad de Navarra*
Francisco Cobo Romero, *Universidad de Granada*
Carlos A. da Costa Cordeiro, *Universidade das Açores*
Gérard Dufour, *Université Aix-Marseille I*
Fernando Durán López, *Universidad de Cádiz*
Elías Durán de Porras, *Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia*
Francesc Espinet i Burunat, *Universitat Autònoma de Barcelona*
Roberto Fandiño Pérez, *Instituto de Estudios Riojanos*
Hiltrud Friederich-Stegmann, *Dra. en Historia*
Carmen García Monerris, *Universitat de València*
Eduardo González Calleja, *Universidad Carlos III de Madrid*
Carmen González Martínez, *Universidad de Murcia*
José Luis de la Granja Sainz, *Universidad del País Vasco*
Telesforo M. Hernández Sempere, *Universitat de València*
Elisabel Larriba, *Université Aix-Marseille I*

Vicente León Navarro, *Dr. en Historia*

Jean-Philippe Luis, *Université Blaise Pascal, Clermont Ferrand*

Martí Marín Corbera, *Universitat Autònoma de Barcelona*

Ricardo Martín de la Guardia, *Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid*

Jesús Millán i García-Varela, *Universitat de València*

José Antonio Miranda Encarnación, *Universidad de Alicante*

Antonio Moliner Prada, *Universitat Autònoma de Barcelona*

Carme Molinero Ruiz, *Universitat Autònoma de Barcelona*

Manuel Ortiz Heras, *Universidad de Castilla-La Mancha*

Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Universidad de Almería*

Germán Ramírez Aledón, *Universitat de València*

Jordi Rodríguez Virgili, *Universidad de Navarra*

M^a Gemma Rubí i Casals, *Universitat Autònoma de Barcelona*

Pedro V. Rújula López, *Universidad de Zaragoza*

Ingrid Schulze Schneider, *Universidad Complutense de Madrid*

Vittorio Scotti Douglas, *Università degli Studi di Trieste*

Álvaro Soto Carmona, *Universidad Autónoma de Madrid*

Sandra Souto Kustrín, *Instituto de Historia del CSIC, Madrid*

Manuel Suárez Cortina, *Universidad de Cantabria*

Lluís Ferran Toledano González, *Universitat Autònoma de Barcelona*

José Ramón Urquijo Goitia, *Instituto de Historia del CSIC, Madrid*

Bruno Vargas, *Centre Universitaire Jean-François Champollion, Albi*

Aline Vauchelle-Hacquet, *Université de Rouen*

Francisco Javier Vidal Olivares, *Universidad de Alicante*

Pere Ysàs Solanes, *Universitat Autònoma de Barcelona*

NÚMEROS PUBLICADOS

- Nº 1, 2002: Instituciones y sociedad en el franquismo
- Nº 2, 2003: La II República española
- Nº 3, 2004: La memoria del pasado
- Nº 4, 2005: Represión y violencia (1936-1945)
- Nº 5, 2006: España en los años 60. La percepción de los cambios
- Nº 6, 2007: II República y Transición
- Nº 7, 2008: Mujeres y culturas políticas
- Nº 8, 2009: Economía y Guerra Civil española
- Nº 9, 2010: Consenso y enfrentamiento en la Democracia española
- Nº 10, 2011: Los políticos europeos y Napoleón

